3 1761 08166211 6

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO 13. NUM. 148.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

ABRIL, 1901

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

462652
3. 6.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 13
no. 148-50

EN VANO

NOVELA

(CONCLUSIÓN)

XV

Pasaron otras dos semanas sin que ocurriese ningún cambio en las circunstancias de nuestros héroes. Schwarz no volvió á ir á casa de la señora de Vitzberg. Quien iba en cambio todos los días era Pelsky, aun cuando la presencia de Augustinovitch, al que no podía soportar, le hiciese alguna sombra.

Una vez Schwarz dirigió á su amigo una extraña pregunta:

—¿Qué impresión te hace el primo de la condesita?

—Amigo mío, la impresión de un hermoso y redondo cero.

—¿Qué defecto le puedes poner?

—Ninguno.....; una dosis inconmensurable de imbecilidad. Habla con las señoritas y discurre..... con arreglo, como es natural, á la fuerza de su ingenio; viste siempre á la moda, abotónase con precisión los guantes claros, dedica gran atención al nudo de la corbata, alaba la virtud, censura el vicio, afirma que vale más un sabio que un ignorante.....; en suma, créeme, Schwarz, un cero bien redondo.

—Tú juzgas á la gente en globo.

—Esa es otra novedad, ¡en globo! Aproximadamente como juzgas tú á tu pecho con arreglo á la medida que ha tomado el sastre, y no conforme al busto de Fidias. Haz como yo, que-

rido amigo. A la postre se ríe uno de todo..... y no se atormenta el corazón..... Nada de esto vale la pena.

—¡Hombre, explícate con más claridad!

—Y ¿qué he de explicarte? Un hombre mediocre, que no ha salido nunca del camino de enmedio por miedo de caerse y porque no conoce otros caminos; un hombre honrado, por la sola razón de que no ha cometido nunca nada de deshonroso..... Pero déjame en paz, no perdamos el tiempo en ocuparnos de él. Hablemos más bien de sistemas filosóficos, ó cantemos algunas de nuestras antiguas coplas.

—No; háblame de él, te lo ruego—insistió Schwarz.

—¡Como quieras! Llénname la pipa entonces.

Schwarz cargó la pipa de su compañero, encendió él un cigarro, y comenzó á pasearse de un lado á otro de la habitación.

— No te he contado nada de lo que pasó en la velada en cuestión—añadió Augustinovitch—por no irritarte; pero puesto que lo deseas, aquí me tienes á tus órdenes. Las cosas sucedieron de la siguiente manera. Poco importa conocer cómo Pelsky supo que el difunto conde tenía una hija, é impulsado por la curiosidad, vino á Kieff para conocer á la prima y encargarse de ella. ¿Qué quieres? Los hombres son vanidosos, gustan de los efectos teatrales, y me concederás que el papel de protector de una prima pobre es uno de los que más agradan á la mayoría; por lo tanto, como es natural, agradó á Pelski..... Por lo demás, ¿á quién no agradaría? Tú posees una fortuna determinada, y la tiendes la mano — á la prima, por supuesto, no á la riqueza;—te conviertes en su protector, en su apoyo; la conmueves con la delicadeza de tu afección, de tus acciones, y á sus ojos concluyes por aparecer como un príncipe, como un sér ideal..... La vanidad es romántica, amigo mío. ¡Cómo sabe hacer que vibren ciertas cuerdas! ¡Que el diablo me lleve!

«Como el corcel golpea el suelo relinchando.....» Siempre es la misma historia: un fogoso alazán, una espléndida figura

de mujer, lágrimas y sonrisas por ambas partes.....; después la suerte cruel los separa.....; luego se encuentran de nuevo..... sus almas se entienden..... y ¡Numa viene después de Pompilio!

—¿Quieres aludir á Pelsky y á Lula?—preguntó Schwarz, sombrío.

—Has comprendido. Pelsky la buscó por pura curiosidad. Pero, como tú sabes, Lula es una hermosa muchacha, y á él le complacerán los vínculos que con ella tiene. ¿Qué quieres? Es un tipo vulgarísimo de aristócrata, una nulidad vanidosa y con corona, un hermoso cero; en suma, pero..... á pesar de todo esto, si no da importancia al dote..... ¡pues!

— ¿Qué? — preguntó Schwarz, agarrándose á las última palabras de su amigo.

—¿A qué conduce que te forjes ilusiones? Para ti debe ser un hecho indiferente. En último término, tú no eres un niño ni una mujer, y cuando te has explicado con Elena sabías perfectamente á lo que te obligabas.

Schwarz no replicó y Augustinovitch siguió diciendo:

—Decía, pues, que Pelsky es joven y rico y que la muchacha le agrada. Pudiera suceder también que no le importe la dote; pero por el momento lo esencial es que la muchacha le agrada.

—Admitamos, pues, que no le importe que no tenga dote.....

—Entonces Lula será la condesa de Pelsky.

—Pretendes que ella consentiría en.....—exclamó Schwarz, relampagueándole los ojos.

—Cuestión de tiempo, amigo mío. Pero ¿qué sacamos con esta conversación.....? Hoy tal vez rehusaría..... pero dentro de un mes, pongamos, si quieres, dentro de un año..... ¡bah! cuestión de tiempo, repito. Si continuases frecuentando la casa, si te presentases como un rival....., pero, en otro caso, créelo, Lula concluirá por ser la mujer de Pelsky.

—Y ¿en qué se funda tu opinión?

—¿En qué? En muchas cosas. La primera vez que encontré á Pelsky en casa de la señora de Vitzberg, oí que preguntaba: ¿Quién es ese Schwarz, de qué familia es? ¿Y sabes lo que le contestó Lula? «¡Oh! la verdad es que no sabré decírtelo». ¡Y si la hubieras visto cuando respondí yo que tu padre fue un herrero! Se puso como la grana, y por poco llora; tanta fue su rabia contra mí..... ¡Y ya lo sabes todo!

Un sentimiento de rabia y de alegría invadió el alma de Schwarz.

—¿Qué quieres?—añadió Augustinovitch;—ese majadero es un pariente suyo, sin tacto, sin experiencia; pero está en buen terreno. La lleva un título, á lo que ya está habituada, y tradiciones de familia, y toda una serie de timbres y pergaminos, que se sabe de memoria. Por lo demás, no podría obrar de otra manera..... Aun sin la intervención de Pelsky, ella es una aristócrata de pura sangre. ¿Te acuerdas lo que chocamos al principio? ¿Te acuerdas el trabajo que nos costó derribar todo el montón de sus prejuicios? ¡Ah, cocodrilo! Pelsky está en buen terreno, avivando en ella la vanidad y despertando su orgullo; esto la aleja cada vez más de nosotros, y nosotros, amigo mío, vivamos contentos como..... como..... ¡Váyase al diablo la comparación, que no me sale!

No hallando comparación á mano, Augustinovitch comenzó á largar grandes bocanadas de humo, haciendo esfuerzos para encontrarla con toda la gravedad posible. Schwarz, con la vista fija en el suelo, callaba.

—¿Le has dicho que me caso con Elena?

—No.

—¿Y por qué?

—Le he dicho que lo mucho que tenías que estudiar te impedía ir á verla. Es necesario que en la inconsciente lucha que ha de entablarse en lo íntimo de su alma entre tú y Pelsky, sea ella sola la que decida. El anuncio de tu matrimonio con Elena sería un impulso venido de fuera, y bastaría tal vez para que se inclinase la balanza en favor del otro.

Lentamente Schwarz se acercó á Augustinovitch, y, apretándole el brazo como con unas tenazas, le dijo:

—¡Pero entiéndeme! ¿Y si soy yo el que alcanzo la victoria en esa lucha?

—Vete al diablo de una vez..... y no me aprietes el brazo de esa manera, que me haces daño. A mí me corresponde más bien hacerte semejante pregunta. ¿Y si eres tú el que alcanza la victoria?

En pie los dos, frente á frente, se miraron un instante con rabia, y latió en sus corazones un sentimiento de hostilidad y de ira. Después Schwarz soltó el brazo de su compañero, y, ocultándose el rostro entre las manos, se tumbó en la cama.

Augustinovitch lo siguió con torva mirada; después, poco á poco, desapareció de su rostro toda expresión de amenaza. Se acercó á su amigo, le miró largo rato á la cara, medio oculta por las manos, y le tiró ligeramente de la americana.

—¡Amigo mío!

Su voz tenía una dulzura desacostumbrada, un extraño timbre de emoción. Schwarz no respondió.

—Amigo mío, no te enfades conmigo. Si fueras tú el que alcanzara la victoria, conservarías la imagen de Lula en el corazón, como se conserva la de una santa, y entonces, le diría yo: ¡Angel purísimo, sigue el camino del deber, en el cual Schwarz te ha precedido!

XVI

Elena no podía creer en su propia felicidad. La luz disipaba las tinieblas del pasado, la noche tocaba su fin, apuntaba el alba. Elena se preparaba para la boda. Semejante á una estrella errante que lanzada al través de los espacios ignora dónde se ha de detener, así su suerte jugó con ella caprichosamente. Abríase ante ella un nuevo horizonte: conquistar el amor del hombre amado; ser su esposa, para estar eternamen-

te unida á él; empezar una vida llena de paz, de amor y de deberes; revivir en una mañana resplandeciente y admirable..... Tal era el porvenir que se presentaba á Elena. Existía una enorme diferencia entre el pasado de aquella mujer y su porvenir; de lo cual ella se daba cuenta, ó, por mejor decir, lo adivinaba.—¡Oh, no!—había murmurado á Schwarz, el día en que éste le puso el anillo de novia;—¡oh, no; de un pasado de lágrimas como el mío, no es posible que nazca un porvenir alegre! ¡Yo no merezco tanta felicidad!

Tenía razón aquella pobre mujer, á la que el amor volvió loca una vez y que de nuevo la dominaba ahora. Lógicamente, un porvenir semejante no podía nacer de tal pasado. Pero la vida de Elena había cesado de seguir su camino propio. Existen ciertas estrellas que, abandonadas en la infinita inmensidad de los espacios, giran vertiginosamente, encaminándose hacia un astro más poderoso que las atrae; siguen después su movimiento circular, pero como satélites del nuevo astro. Algo semejante había sucedido á Elena. La voluntad del más fuerte concluye siempre por dominar á la voluntad del más débil, y Elena, en cuanto encontró á Schwarz en su camino, siguió la órbita trazada por aquél. Su confianza en el mismo la tranquilizaba.—Si él lo quiere, seré feliz—pensaba á menudo. Y depositaba una fe sin límite en el carácter de Schwarz y en su fuerza de voluntad. De esta suerte, había desaparecido de su espíritu hasta el último jirón de sombra, cierto temor vago é indefinible del porvenir, una duda mortificante que la había turbado hasta el día de la solemne promesa, y que la punzaba, sin que lo pudiese remediar, como un remordimiento.

Elena se ocupaba en los preparativos para la boda, y modulando sus labios una melodía encantadora, abandonábase á los sueños fantásticos del futuro. Parecida en esto á un niño, bastaba cualquier cosa para inundarle el alma de alegría. A pesar de su condición de viuda, quería ir al altar con traje blanco, lo que le había parecido bien á Schwarz. Animados por la felicidad, los rasgos de su rostro habían adquirido ma-

yor nobleza y hermosura; y como con la seguridad del amor había vuelto también á ella la alegría del espíritu, su salud renacía, y ágil y hacendosa, se cuidaba hasta de los menesteres más menudos de la casa. Aquella flor silvestre, aquel pajarillo prisionero con las alas cortadas, se había transformado como por encanto en una mujer con plena conciencia de sus méritos, aunque no tuviese otro que el de saber hacerse amar.

Mientras tanto, acercábase cada vez más el día señalado para el matrimonio.

*
* *

Y con la fecha de la boda se acercaba también para Schwarz el día del examen de la licenciatura. Estudiaba afanosamente, pero su salud sufría las consecuencias. Las largas noches de insomnio y la continua tensión del espíritu habían hecho que palidecieran sus mejillas. Demacrado, con cárdenas ojeras, presa de la fiebre del estudio, sentíase extenuado; á pesar de esto resistía, y no escatimaba esfuerzo alguno para conquistarse una posición digna é independiente para el porvenir. Había otra causa que le estimulaba ante la proximidad de la boda, que le impulsaba á realizar aquel exceso de trabajo. La herencia paterna tocaba casi á su fin, y hacía algún tiempo que tanto la alimentación como los otros gastos de la casa pesaban en su mayor parte sobre Augustinovitch. Este, que había abandonado definitivamente el vicio de la bebida y dedicádose en serio al trabajo, ganaba más que Schwarz, sobre todo con las lecciones de música, que le producían mucho, sin quitarle el tiempo necesario para otros trabajos. Tenía tales disposiciones naturales para la música, que compensaban sobradamente la falta de estudio y de buena voluntad.

Como de costumbre, Augustinovitch seguía yendo todos los días á casa de la señora de Vitzberg; todos los días salía á abrirle Malinka, y por lo menos en apariencia, se apresuraba á retirar las manecitas blancas, que aquél había tomado la

costumbre de cubrir con los más tiernos besos. La excelente muchacha tenía por Augustinovitch una marcada inclinación. En cuanto á él, era casi indiferente: el pasado le había despojado de la facultad de amar; ya no se apasionaba en semejantes asuntos. Y sin embargo, animada por el fuego de la pasión, su potencia intelectual hubiera podido hacerle llegar á gran altura; pero sucedía con su inteligencia lo que sucede con la luz de la luna: iluminaba sin calentar; lo que no era óbice para que fuese un excelente compañero y una persona alegre en sociedad. Poseía también cierta susceptibilidad para abrigar simpatías ó antipatías. Así, para citar un ejemplo, Malinka le era simpática y Lula antipática; pero alegaba motivos para tal antipatía. Ante todo, Lula conservaba constantemente en sus relaciones con él cierta frialdad y cierta altanería; en segundo lugar, era una condesa; y por último, había otras razones.

Gracias á su inagotable buen humor, y casi podemos decirlo, á su cinismo, que le hacía ser el íntimo de cualquier casa en donde entrase, Augustinovitch tenía mucho partido con las mujeres. Poseía también una especial habilidad, que le permitía amoldarse al ambiente en que se encontrara, fuera el que fuese. En la ocasión oportuna, y cuando le parecía, sabía hacer gala de los modales más distinguidos y refinados; y entonces aseguraba y sostenía con la mayor gravedad, que tales modales eran en él hereditarios, y que procedían de una conspicua nobleza de sangre. En realidad, jamás conoció á sus padres, ni siquiera de nombre; pero gustaba de que le creyeran el último vástago de una raza ilustre. Y para demostrar su parentesco con la familia de Bonaparte, repetía á veces la conocida broma de que Leticia, abuela de Napoleón III, y la suya, eran dos abuelas.

Todas estas cualidades pasaban inadvertidas para la condesita. Schwarz, con su carácter enérgico y entero, atrajo demasiado la atención de la joven para que tuviese tiempo de fijarse en aquel sér voluble y alocado. Además, cuando Lula

se enamoró de Schwarz, simpatizó también con Augustinovitch. Pero con la llegada de Pelsky y con la interrupción de las visitas de Schwarz habíase iniciado en ella una transformación lenta, y Augustinovitch, que lo observaba todo al través del prisma de su antipatía, había comenzado á inquietarla. A Augustinovitch se le había metido en la cabeza que la condesita debía mostrarle indiferencia y desprecio; y en cambio, sucedió absolutamente lo contrario: Lula le temía casi.—¡Qué dicha—pensaba entonces Augustinovitch—que el hombre tenga una lengua tan expedita! ¡Tiene miedo de que no tome yo bastante por lo serio á Pelsky!

Al principio, Lula le preguntaba por Schwarz; pero como la respuesta era siempre la misma:—Tiene que estudiar,—cesó de dirigirle pregunta alguna referente al asunto. Parecía también como si la joven procurase captarse las simpatías de Augustinovitch, porque le trataba con cierta dulzura, unida á una tristeza silenciosa. A veces, cuando llegaba el joven, Lula le miraba á la cara cobardemente con ojos tristes, como preguntándole: ¿siempre solo? ¿y sin ninguna noticia de él? Amase ó no á Schwarz, tenía razón de todos modos al extrañarse que aquel en quien había fundado sus mayores esperanzas, aquel que le había demostrado siempre una viva simpatía, se encerrase ahora en un silencio obstinado que llegaba casi hasta el olvido. La única explicación que lograba obtener de Augustinovitch no le parecía sincera. Era imposible que, aun enmedio de los estudios más asiduos, no hubiese encontrado Schwarz un minuto en dos meses para venir á saludarla, nada más que á verla, con mayor razón amándola.

Y en su imaginación compaginaba la llegada de Pelsky con el alejamiento de Schwarz; indudablemente debía existir cierta relación entre los dos hechos. Solamente Augustinovitch hubiera podido dar una explicación; pero se negaba á ello.

Así, presa de la impaciencia y de la agitación, Pelsky la deslumbraba transportándola al mundo de los sueños; hacía que brillase ante sus ojos un espléndido porvenir de riquezas,

de comodidad, de fausto. Y mientras tanto, su pensamiento volaba hacia Schwarz, y su mente se repetía sin descanso una pregunta con angustiosa ansiedad:—¿Por qué no viene?

Y él continuaba sin venir. Pelsky tomaba cada vez con mayor claridad la actitud de un pretendiente, y Lula, que se consideraba ofendida y despreciada por el alejamiento de Schwarz, hubiera estado dispuesta por venganza á conceder su mano al primo. De suerte que no era difícil prever de quién había de ser la victoria. Pelsky, por su parte, se las arreglaba lo mejor posible para alejar de la joven la más ligera nubecilla, y lo lograba á menudo. Lula entonces tenía imprevistos arrebatos de alegría en los que era otra; reía, bromeaba, decía frases ingeniosas; y en tales momentos había algo de fiebre, algo como una necesidad de aturdirse; pero había también una parte, aunque pequeña, de coquetería. Brillaban sus ojos, su frente irradiaba, sonreían sus labios de una manera encantadora, sus palabras sonaban al mismo tiempo á quejas y á caricias, á halagos y á censuras. Generalmente, cuando una tentativa de este género, dirigida hacia Augustinovitch, quedaba sin efecto, quien sufría las consecuencias era Pelsky, el cual entonces perdía por completo la cabeza, y renunciando á su actitud de tutor, se declaraba esclavo de su prima, la cual mostrábase tanto más atrevida, cuanto más se humillaba aquél; tanto más alegre y desesperante, cuanto más tristeza demostraba el otro.

—¡Malinka—murmuraba entonces Augustinovitch,—no la imite usted; es una verdadera coqueta!

Malinka se entristecía y bajaba la cabeza.

—No—respondía ella.—En tiempo oportuno recordaré á usted esas palabras.

Sería difícil imaginarse lo que hubiera dicho Augustinovitch, si, después de semejantes veladas, hubiese visto sollozar á la pobre muchacha en la soledad de su cuarto. Lula no podía confiar á nadie la indecible angustia que le destrozaba el corazón, no tenía nadie que viniese en su ayuda en aquella horrible lucha consigo misma. Y en aquellos momentos de debi-

lidad se deshacía en lágrimas, en las que se confundían el amor hacia Schwarz y el orgullo ofendido. En otro tiempo hubiera abrazado á Malinka, confiándole sus penas. Pero aquella dulce intimidad, que unía á las dos jóvenes, había desaparecido: la desgraciada tentativa de coquetería empleada con Augustinovitch había ofendido profundamente á Malinka, enamorada de aquél; y, por otra parte, lo extravagante de su actitud con Pelsky habíala alejado aún más de Lula.

Y el tiempo pasaba. Lula comenzaba á dudar de que realmente hubiese amado á Schwarz; Pelsky le ofrecía un porvenir lleno de riquezas y de bienes..... Y el tiempo pasaba; y según el dicho del poeta, el tiempo es un mal jardinero para las rosas ya abiertas.

XVII

Malinka interrogaba á menudo á Augustinovitch acerca de la verdadera causa del alejamiento de Schwarz.—¿Qué es lo que le retiene?—preguntaba ella.

Pero Augustinovitch aseguraba que no había nada que le retuviese, y en cuanto á la verdadera causa, contestaba con el silencio ó inventaba cualquier cosa. Por su parte, Schwarz, estaba convencido de que Lula lo sabía todo.

—Se lo he dicho todo—afirmaba Augustinovitch.

—¿Y ella?..... ¿No dijo nada? ¿No mostró algún sentimiento?

—¡Schwarz!

—¿Qué te pasa?

—¿Te importa, acaso, lo que no debiera importarte?

Schwarz apretaba los dientes con ira, bajaba la cabeza, pero no insistía. En último término debía también comprender que semejantes preguntas eran una concesión á su propia debilidad, un regreso á aquel amor que hubiera debido estar sepultado para siempre, y se avergonzaba. Con verdadero

terror, comprendía que había desaparecido toda esperanza de consuelo. Habían pasado aquellos momentos en los cuales hubiera olvidado á Elena, y el deber, y la conciencia; en los cuales lo hubiera dado todo, incluso el honor y hasta cuanto le quedaba aún de dignidad propia, á cambio de posar su cabeza fatigada en el seno de la condesita. Y la imagen de ésta volvía á su fantasía con creciente poder. Hasta ahora se había vencido á sí mismo, pero ¡cuánto le costaba la victoria!

¡Unas veces reinaba en su alma la suprema tranquilidad de los estanques; otras, en cambio, mugían las olas encrespadas! Tras los arrebatos de la pasión, caía á menudo en aquel estado de melancolía y de sentimentalismo, del que se había burlado despiadadamente en otros tiempos, y al que llegó hasta despreciar cuando lo veía en los demás.

Esta transformación no se ocultaba á Augustinovitch.

Una noche—había pasado cerca de un mes desde que Schwarz se alejó de Lula—Augustinovitch se despertó á una hora muy avanzada. Como de costumbre, Schwarz, sentado ante la mesa, tenía un libro abierto. En la esfera del reloj, la aguja señalaba la rápida y silenciosa carrera de los minutos. La lámpara difundía una claridad suave en rededor, y dibujaba con precisión sobre el fondo negro de la butaca el rostro pálido y la barba castaña de Schwarz. Tenía caída la cabeza y cerrados los ojos, pero no dormía; harto lo denotaban la contracción de las cejas, y el cambio de colores en la cara; denotábalo más aún la inefable expresión de beatitud que iluminaba su rostro. Era indudable que alguna dorada mariposa posada en su frente, le llenaba de dulzura con el aleteo de sus alas frágiles.

Augustinovitch le miró con atención y se incorporó en la cama.—¿Qué le pasa á éste?—se dijo.—Apuesto lo que se quiera á que le doy con una almohada á ese farsante..... aun á riesgo de romper la lámpara.....—¡Ahora va á ver!.....—En un momento se dispuso todo para la batalla. Augustinovitch se sentó en la cama y lanzó el proyectil; después se escurrió

precipitadamente entre las sábanas. Schwarz se enderezó.

—Y ahora veamos lo que sucede—murmuró Augustinovitch, fingiendo dormir.

Y en verdad que había motivo para asombrarse. Schwarz le dirigió una ojeada sospechosa, miró en rededor como un asesino á punto de cometer un crimen, abrió un cajón de la mesa, y empezó á registrar.

—¡Hola! ¿Qué es lo que hacemos?—pensó Augustinovich. —¿Querrá envenenarse éste, ó meterse tal vez una bala en el cráneo?

Pero Schwarz no tenía la menor intención de suicidarse. El objeto que buscaba era un guante, un mísero guante inofensivo, pequeño, amarillento, un recuerdo triste, un dón histórico, al que se dice: «¡Acuérdate de mí, mi tesoro!»

Quizás, al igual del caballero Deslorges, Schwarz, para defender aquel guante, se hubiera arrojado «entre el tigre y el león»; más difícil era saber «si lo abandonaría á última hora».

Las diferentes generaciones se parecen frecuentemente más en las tonterías que en las cosas razonables. Schwarz se llevó el guante á los labios.

—¡Ah desvergonzado!—gruñó Augustinovitch.

Y había, en efecto, algo de vergonzoso en aquel beso. El mismo Schwarz lo comprendió así, sin duda alguna, porque á la mañana siguiente salió de casa, temprano, con objeto de no encontrarse con Augustinovitch. Este, por su parte, estaba verdaderamente irritado contra su compañero; le parecía que se había equivocado al juzgarlo.—Este es un majadero como los demás, ni más ni menos—pensaba.

Su irritación era la forma bajo la cual se mostraba en él el disgusto que experimentamos cuando por cualquier circunstancia nos vemos en la necesidad de retirar nuestra estimación á una persona que habíamos colocado á gran altura. Augustinovitch tenía ahora la firme convicción de que Schwarz concluiría por volver al lado de la condesita.—La

otra se morirá, ó perderá la razón—pensaba, refiriéndose á Elena;—y mientras tanto, los otros se casarán..... Por lo demás, aunque se muriese, ¿qué me importa á mí?—No olvidemos que Augustinovitch se tenía por enemigo acérrimo de las mujeres.

Pensó si sería conveniente poner á Lula al tanto de la próxima boda de Schwarz. Pero también esta vez optó por el silencio.

—Elena me tiene sin ningún cuidado..... Schwarz volverá al lado de Lula. Además, aun cuando la dijese hoy algo, sería demasiado tarde; desde luego que sería demasiado tarde,—y recalcó estas palabras.—Pero también es ya demasiado tarde para Elena; todo lo tiene ya preparado y archipreparado. En cambio, si me callo, ni ayudo á la una ni perjudico á la otra..... Sí, sí; lo mejor es callar. El silencio es oro.

En realidad, Augustinovitch daba la preferencia á Elena sobre Lula, y deseaba que Schwarz se casase con la primera. Pero, como todavía prefería aún más á Schwarz, deseaba al mismo tiempo que Lula permaneciese libre, aun cuando estuviese profundamente convencido de que por fin la condesita se casaría con Pelsky.

—Entonces—pensaba—diré, triunfante, á Schwarz: «¿lo ves? no la dije una palabra de Elena; no sabía que se casaba con otra, y, sin embargo, ha dado su mano á Pelsky.

Además, reservaba la noticia del matrimonio de Schwarz con Elena para mejor ocasión; esto es, para el día en que Lula, cansada de esperar la vuelta de Schwarz, concediese con sonrisa de felicidad su mano á Pelsky.—Schwarz hace votos por la feliz pareja, diré yo entonces: *crescite et multiplicamini*, añadiré. El se ha casado ya hace tiempo; ama y es amado.

XVIII

Pasaban días, y Schwarz no volvía á casa de la condesita. Una mañana, Malinka dijo á Augustinovitch:

—Hoy ó mañana, Pelsky pedirá formalmente la mano á Lula.

—Y si no lo hace él, lo hará ella el mejor día,—replicó Augustinovitch con intención.

—¡Oh! es usted injusto con esa pobre muchacha, muy injusto.

—¡Ya lo veremos!

—Sí, créalo usted. Lula tiene una gran dignidad de mujer: si acepta la mano de Pelsky, será exclusivamente porque Schwarz, con su indiferencia, la ha herido en el amor propio. Por lo demás, lo cierto es que Pelsky es el único que la ama, y, por lo tanto, ella no puede contar más que con él.

—Sí, es indudable que es muy práctica.

Malinka sintió un impulso de ira.

—Hubo un tiempo en que contaba con Schwarz..... pero se engañó. ¿De qué se la puede acusar, siendo él quien no da señales de vida? ¿No lo comprende usted?

Augustinovitch no dijo nada.

—La pobre se ha visto engañada dolorosamente—añadió Malinka,—y crea usted que yo soy la única que sé lo que le cuesta tal abandono. Nuestra amistad no es tan íntima como antes, porque Lula se ha alejado de mí; y sin embargo, sólo yo veo y comprendo lo que sufre. Ayer, al entrar en su cuarto, la encontré llorando desconsoladamente. «Lula—le pregunté, aunque ya no tiene conmigo la confianza de antes,—Lula, ¿qué tienes?» «Nada de importancia—me respondió,—un poco de dolor de cabeza.» Entonces la abrí los brazos, pero me rechazó, y sus ojos relampaguearon de tal manera, que casi sentí miedo. Sus lágrimas habían desaparecido. «Lloraba

de vergüenza—exclamó con energía;—ya me comprendes lo que quiero decir, ¡de vergüenza!» No comprendí bien el significado de sus palabras; pero después la ví llorar de nuevo. ¿Lo ve usted, Augustinovitch?

—Lo veo. ¿Pero qué prueba eso?

—Que no le es tan fácil como usted supone el renunciar á Schwarz..... ¿Pero qué es lo que pasa? ¡Dígamelo usted, por Dios! ¿Por qué no viene á casa?

—¿Y si viniera?

—Lula no dudaría en rechazar á Pelsky.

—¡Me da risa! ¡Rechazar á Pelsky!

—Sí, usted tiene la costumbre de reirse de todo. Pero lo que hace Schwarz..... ¿Cree usted que es digno abandonarla de esa manera?

—¿Y se puede saber qué diablos piensa Schwarz?

—El tiene el deber de saberlo—replicó Malinka;—tiene el deber de declarar lo que piensa hacer con ella.

—No tiene tiempo para ocuparse en estos asuntos; tiene que estudiar.

Sin embargo, aquel mismo día, Malinka tuvo ocasión de convencerse de que el estudio no absorbía á Schwarz tanto como lo pretendía Augustinovitch. Habiendo salido con su madre, lo vió en compañía de un joven. Schwarz no reparó en ella; pero Malinka le miró con extrañeza y con pena: estaba pálido, demacrado; parecía como si acabase de salir de una enfermedad.

—¡Oh! sin duda ha estado enfermo—pensó ella al regresar á casa.

Entonces comprendió por qué Augustinovitch se obstinaba en ocultar la causa de la ausencia de Schwarz. Este había estado enfermo y habría prohibido á su compañero que lo dijese, para no asustar á Lula. Y la joven comprendió que Schwarz crecía en su opinión hasta llegar á la altura de un héroe legendario.

Por la noche Augustinovitch llegó como de costumbre. En la sala hablaban la señora de Vitzberg y las dos jóvenes.

—Augustinovitch — exclamó de pronto Malinka — por fin he descubierto la causa de que no haya venido Schwarz en tanto tiempo.

Brilló un relámpago en los ojos de Lula. La joven trató de dominarse; pero no pudo impedir que sus manos temblaran convulsivamente.

—El pobre debe haber estado muy enfermo—añadió la señora de Virtzberg con su ligereza habitual.—Está tan pálido, que parece haber salido de su tumba. ¿Por qué no nos había dicho usted nada?

—Justamente. ¿Por qué no dijo usted nada? ¿Temía usted quizá que cometiéramos una imprudencia con Lula? ¡Bonita idea tiene usted de nosotras! —añadió Malinka en tono de reconvención.

—¡Lula!... ¿qué tienes?... ¿te sientes mal?

—Nada... nada... vuelvo en seguida.

Cubríala el rostro una mortal palidez, y la angustia la quitaba la respiración. Apresuradamente, corriendo casi, salió á esconderse en su cuarto. La señora de Vitzberg quiso seguirla, pero Malinka la detuvo, con ademán resuelto y cariñoso.

—No es necesario, mamá.

Después se volvió hacia Augustinovitch.

—¿Qué le parece á usted?

Había en su acento un tono de severidad y de tristeza al mismo tiempo. Augustinovitch se mordió los labios.

—¿Qué le parece á usted? ¿Le sigue á usted pareciendo que Lula es una coqueta sin corazón?... ¿Qué dice usted?

—Puede ser que me haya engañado— balbuceó Augustinovitch — pero...

En tales momentos no se atrevería á decir que Schwarz iba á casarse con Elena y que no volvería ya á ver á Lula. Ni tampoco podía referir á Schwarz, cuando regresó á casa, la escena que acababa de desarrollarse en casa de la señora de Vitzberg.

Mientras tanto, Lula se había encerrado en su cuarto. Ar-

díale la cabeza; sus pensamientos se amontonaban, martillándole dolcrosamente el cráneo; y en aquel silencio, se oía su respiración fatigosa y los latidos violentos de su corazón. Schwarz, Pelsky, Augustinovitch y Malinka, bailaban ante ella confusamente; y entre aquella confusión de imágenes y pensamientos, veía alzarse como de un sepulcro y erguirse el rostro de Schwarz, pálido como la cera, con los ojos cerrados, muerto...

—¡Está enfermo, está enfermo!—murmuraba en voz baja. —¡Se muere! ¡No le volveré á ver, no le volveré á ver!

La pobre Lula se había explicado de un modo completamente distinto de Malinka la prolongada ausencia de Schwarz; éste había renunciado á ella espontáneamente; se había sacrificado sufriendo horriblemente para no ser un obstáculo entre ella y Pelsky.—Mas ¿quién le habrá dicho que yo había de ser más feliz con Pelsky? — murmuraba ella angustiosamente.— ¡De modo, que él no tenía confianza en mí! ¡Dios mio! ¿Pero acaso podía tenerla?...—Y como punzante remordimiento asaltábale el recuerdo de las miradas fascinadoras, de las encantadoras sonrisas, de las dulces palabras que dirigiera á Pelsky; y recordaba el rubor y la vergüenza que experimentó cuando Pelsky supo que Schwarz era hijo de un herrero... ¡Oh! también en este momento se escondía entre las manos la cara roja de vergüenza; pero era una vergüenza muy diferente. Comprendía que aun cuando Schwarz mismo hubiera sido un herrero, le hubiese besado con alegría la frente ennegrecida por el humo; hubiese colocado su cabecita en el vigoroso pecho de él, aunque se hubiera tiznado.

—¡Cómo se confunde todo ante mi vista!... ¡Ah, no sabía que le amaba tanto! — murmuró con febril estremecimiento.

De repente se le ocurrió una idea luminosa. Palpitante de emoción, se arrodilló ante una imagen de la Virgen, y exclamó fervorosamente:

—¡Reina de los santos! ¡si está de Dios que sufra y muera uno de nosotros, haz que sea yo, pero líbrale á él, protégele, consérvale!

Después se levantó tranquila, aureolada por el brillo del amor.

Augustinovitch no se dejó ver en los días siguientes; en cambio, redobló su asiduidad Pelsky, el cual, por fin, como había anunciado Malinka, pidió á Lula por esposa. Declaró sus íntimos anhelos, mirando tranquilo en apariencia y sonriente á su prima, y la ofreció su mano solemnemente. Pero se quedó estupefacto cuando Lula contestó con una rotunda negativa.

—¡Amo ya á otro!—fue su respuesta, lacónica, pero muy expresiva.

Como es natural, Pelsky quiso conocer el nombre de su rival. Lula se lo dijo con toda franqueza, sin un movimiento de vacilación, y le ofreció su amistad, á cambio del amor, como es de rigor en tales casos. Pero Pelsky se negó á aceptarla, y ni siquiera quiso estrechar la mano que Lula le ofreció lealmente al despedirle.

—Es mucho lo que me niegas—murmuró con voz apagada,—y harto poco lo que me ofreces en compensación: ¡la amistad á cambio de la felicidad de mi vida!

Sin embargo, cuando se marchó Pelsky, Lula no experimentó el menor remordimiento. Muy otros eran los pensamientos que la embargaban. Precisamente lo que el amor tiene de feo es que aparta nuestra atención de todo aquello que no se relacione con el amor mismo. El que ama no piensa más que en su amor; quisiera abrazar al mundo entero, pero nada más que en cuanto se refiere al ser amado. Algo semejante experimentaba Lula cuando después de la marcha de Pelsky fué á buscar á Malinka; sentía la necesidad de confiar á alguien las sensaciones que se agitaban tumultuosamente en su corazón.

Malinka estaba sentada junto á la ventana y la indecisa luz del anochecer dibujaba su rostro dulce y pensativo. De repente Lula la besó en el cuello.

—¿Eres tú, Lula?—preguntó Malinka en voz baja.

—Yo misma, Malinka—murmuró Lula. Y sentándose en un banquillo á los pies de su amiga, apoyó la cabeza en sus rodillas.

—Querida Malinka, ¿no estás ya enfadada conmigo? ¿No me odias ya?

Malinka la acarició como se acaricia un niño.

—He sido mala, muy mala, pero he vuelto á encontrar mi corazón. ¡Y me encuentro tan bien cuando estoy contigo! ¿Te acuerdas aún de nuestras conversaciones de antes, tan largas, tan agradables? Volvamos á tenerlas. ¡Tengo tantas cosas que decirte!... ¿Quieres?

En los labios de Malinka se dibujó una sonrisa triste y maliciosa.

—Sí, tengámoslas por hoy. Pero ¿y después?... Vendrá un señor á llevarse á Lula, y la pobre Malinka se quedará sola.

—¿Vendrá?...—preguntó Lula con voz apagada.

—Vendrá. El pobre estaba enfermo.... le martirizaba la pasión. Augustinowitch se obstinaba en callar y yo no me explicaba su silencio.... Ahora lo sé todo: Schwarz estaba enfermo y le había prohibido hablar. ¡Pobre! no quería asustarte.

—O quizá no quería rivalizar con Pelsky.... ¡malo!

—¿Y cómo has acabado con Pelsky?

—Te lo iba á decir ahora; me declaró su amor.

—¿Y tú?

—Le dije que no, querida Malinka.

Siguió un momento de silencio.

—Al marchar no ha querido darme la mano.... ¿Pero podía yo hacer otra cosa? Me he conducido con él como no debiera, lo sé; pero ¿podía aceptar su mano cuando no le quiero?

—¡Más vale tarde que nunca! Has escuchado la voz de tu corazón y has hecho bien. Solamente con Schwarz puedes ser felíz.

—¡Oh, sí! Sólo con él.

—Dentro de un mes veremos á Lula con traje blanco.—

añadió Malinka;—dentro de un mes lloraremos á la señorita para felicitar á la señora. Seréis felices. Debe ser muy bueno, tan bueno como lo dicen todos.

—¿Todos lo dicen?—preguntó Lula, con vehementes deseos de llorar y de reir al mismo tiempo.

—¡Ya lo creo! Mamá le mira con cierto respeto..... como también yo algunas veces. Y sin embargo, me agrada mucho su carácter.

Lula cruzó las manos detrás de su cabeza y miró á su amiga con sus ojos hermosos y brillantes. Mientras tanto, había cerrado la noche; la luna subía por el horizonte; todo callaba, y las dos jóvenes se contaban sus sueños con dulce murmullo en los aires..... De repente se oyó un fuerte campanillazo.

—¡Es él!—murmuró Lula.

Pero no era él, porque en el recibidor se oyó la voz de Augustinovitch.

—¿Están en casa las señoras?

—Escóndete en ese cuarto—se apresuró á decir Malinka, empujando á su amiga;—le diré que has despedido á Pelsky, y le encargaré que vaya á decírselo á Schwarz. ¡Veremos ahora si se conmueve! Tú escucha con atención lo que digamos.

Se abrió la puerta y apareció en el umbral Augustinovitch.

XIX

Augustinovitch, como ya lo sabemos, no se atrevió á decir una palabra á Schwarz de cuanto sucedió últimamente en casa de la señora de Vitzberg. Lula había echado por tierra todos sus planes. Si el anuncio de la supuesta enfermedad de Schwarz había bastado para conmoverla hasta tal punto, era preciso reconocer que, á pesar de su aristocracia, y á pesar de la corte de Pelsky, sentía un amor profundo hacia el joven doctor. Augustinovitch estaba pagando la ligereza con que trataba

todos los asuntos y sus juicios temerarios. A pesar suyo, comprendía que la condesita era digna de estimación; y estimar á una mujer era para él una cosa tan extraña, tan original, tan contraria á sus convicciones morales, que no acertaba cómo arreglárselas. Tenía el aspecto de un hombre cogido en flagrante mentira; y en efecto, había mentido en sus juicios acerca de las mujeres. Lula le había desconcertado profundamente. Una vez—cosa extraordinaria en él, y que no le sucedía desde tiempo inmemorial—salieron de sus labios ciertas palabras, llenas de amargura: «¡Y si existiese una, una sola, y el hombre fuese diferente de lo que es.....!» Procuraba evitar á Schwarz; si se le ocurría hablar con él, vacilaba y mostrábase inquieto. A veces, formaba el propósito de contárselo todo, dudaba después, y concluía por dejarlo para el día siguiente. De suerte que, al cabo, Schwarz se dió cuenta de aquella actitud extraña, y le preguntó un día:

—Pero, ¡qué te pasa?

—¡Hombre! ¿No hubieras podido preguntarme directamente por Lula?—exclamó Augustinovitch con acento de cómica desesperación.

Schwarz se puso en pie.

—¿Por Lula? ¿Qué significa esto? ¡Habla!

—¿Qué significa? ¡Nada! ¿Es preciso que todas las palabras tengan un significado?

—Augustinovitch, tú quieres ocultarme algo.

—¡Y dale con pensar en Lula!—exclamó Augustinovitch, fingiéndose cada vez más desesperado.

Schwarz logró dominarse, haciendo un esfuerzo sobrehumano; pero su actitud era la calma lúgubre que precede al furioso desencadenamiento de la tempestad; sus mejillas, pálidas y descarnadas, palidecieron más aún; su mirada centelleaba de ira.

—¡Pues lo diré todo!—exclamó Augustinovitch, decidido á acabar de una vez con todo aquello.—¡Lo diré todo.....! ¿Quién puede obligarme á ocultar que has salido victorioso en

la lucha? ¡Que el diablo me lleve..... si no has vencido.....! ¡Y qué victoria! Lula te ama.

Un sudor frío inundó el rostro de Schwarz. Se pasó una mano por la frente, y preguntó con sequedad:

—¿Y Pelsky?

—No se ha declarado todavía.

—¿Y sabe ella cuanto conmigo se relaciona?

—¡Schwarz!

—¡Habla!

—No sabe nada; no la he dicho una palabra.

Siguió un instante de silencio. Cuando Schwarz pudo hablar, su voz era ronca y sorda.

—¿Por qué no has hablado?

—Creía que ibas á volver con ella.

Schwarz apretó los puños; las últimas palabras de Augustinovitch le abrasaban el rostro como un hierro candente. ¡Volver al lado de Lula! ¡Abandonar á Elena! Volver con Lula hubiera sido alcanzar la felicidad suprema, pero al mismo tiempo hubiese sido matar á Elena, deshonrarla, ser un infame, llegar á perder la estimación de sí mismo... Para colmo de la desgracia, el demonio tentador andaba murmurando mil dulces promesas al oído de Schwarz; y en su alma reinaba un impetuoso desencadenamiento de deseos, de pensamientos, de propósitos, de sentimientos, una lucha encarnizada de las pasiones.

Augustinovitch contemplaba á su compañero con la desesperación en el corazón y casi estúpido; hubiera querido arrojarse por la ventana. De repente Schwarz hizo un brusco movimiento: en sus ojos brillaba la energía de una resolución extraordinaria.

—¡Augustinovitch!

—¿Qué?

—Vete inmediatamente á casa de Lula y dila que me caso, que la boda se celebrará dentro de un mes, y que no volveré á verla nunca. Nunca, ¿me has comprendido?

Augustinovitch hizo un esfuerzo y salió. Ya sabemos que lo recibió Malinka. Lula estaba escuchando en la habitación contigua. Conmovida aún por lo grato del coloquio que acababa de sostener, Malinka salió al encuentro de Augustinovitch con alegre sonrisa, y le estrechó la mano con efusión de sincero afecto. Menos sincera era la presión con que le respondió Augustinovitch.

—¡Qué bien ha hecho usted en venir!—exclamó ella;—tengo que decirle muchas cosas.

—También yo tengo que decirle muchas cosas. Traigo un encargo.

—¿De parte de Schwarz?

—Precisamente; de Schwarz.

—Está mejor, ¿no es cierto?

—Continúa enfermo á su manera. ¿Ha estado Pelsky?

—Sí. Precisamente quería hablarle á usted de él.

—La escucho.

—Pelsky se ha declarado ya á Lula.

—¿Y qué ha contestado?

—Que no, rotundamente. Lula no ama más que á Schwarz, y no quiere ser más que suya. ¡Qué buenísima es Lula!

Siguió un instante de silencio. Después, la voz de Augustinovitch vibró tristemente en la sala.

—¡Nunca será suya!—dijo silabeando.

—¿Cómo?

—Schwarz está ya comprometido; se casa.

La noticia fue un rayo para las dos jóvenes. Durante unos momentos reinó un silencio lúgubre y penoso; después se abrió repentinamente la puerta de la habitación contigua y apareció Lula. Sus mejillas ardían por la ofensa recibida, y en sus ojos brillaba una altivez indómita. Todo lo que en su alma había de más hermoso, de más sagrado, parecía haberse desvanecido bajo aquel golpe.

—No le preguntes más, Malinka, te lo suplico,—exclamó. —¡Basta, basta ya! Este señor ha cumplido con su misión. ¿A

qué humillarse con una respuesta inútil?—Y cogiendo á su amiga por la mano, se la llevó casi á viva fuerza.

Augustinovitch las siguió con la mirada; después se encogió de hombros.

—¡Por vida de...! La pobre muchacha tiene razón, lo comprendo, y la culpa es toda de Schwarz... Pero tratemos de remediar el mal si todavía es tiempo.

En un abrir y cerrar de ojos se personó en casa de Pelsky, á quien le puso al corriente del asunto.

—¿Qué quiere usted?—añadió á modo de conclusión;—sobre el pobre Schwarz pesa una verdadera fatalidad. No podía obrar de otra manera. ¿No es usted del mismo parecer, señor Conde?

—Eso es cuenta suya. Lo que no comprendo es por qué motivo se ha tomado usted la molestia de suministrarme todos esos informes.

—¡Por nada! Mas antes de responderle, permítame que le haga una pregunta: ¿no obró lealmente Lula al rechazar el ofrecimiento que usted la hizo?

—Me reservo la contestación.

—Puede usted guardársela, mi dignísimo señor, pues me tiene sin ningún cuidado. Tampoco me preocupa mucho la suerte de Lula. Le diré solamente que si Schwarz se retira, no se presenta muy envidiable el porvenir de esa señorita... y como usted es primo suyo... ¡Qué lástima!...

—¡Lástima! ¿Lástima de qué?

—Lástima que su declaración de usted no haya llegado un poco más tarde.

El Conde se paseó un momento por la habitación.

—¿Volveré otra vez?..... ¡Oh, jamás! —murmuró á media voz.

Tales palabras no asustaron á Augustinovitch.

—¡Lástima en verdad! Pero..... es demasiado tarde..... demasiado tarde, mi estimadísimo señor..... ¡Qué se ha de hacer!..... Todavía he de suplicar á usted algo..... nada de par-

ticular. No hable usted á nadie de mi visita, menos á la señora de Vitzberg ó á Schwarz, si por casualidad los encontrase.

—¡Y qué le importa á usted?

—Me importa mucho; pero usted no lo puede comprender, señor Conde respetabilísimo. ¡Servidor de usted!

Al quedarse solo, Pelsky comenzó á reflexionar seriamente: ¿por qué había deseado Augustinovitch ponerle al corriente de todo aquello?.,... A decir verdad, Pelsky no lo veía muy claro; sin embargo, llegó á la conclusión de que quien podía sacar provecho era él mismo.

—Podré acudir de nuevo á ella y aparentar que no sé nada de lo sucedido,—se dijo.—¡Pobre Lula!

XX

Mientras tanto las dos jóvenes estaban sentadas juntas en el cuarto de Malinka, y en su alrededor reinaba un penoso silencio.

La pobre Lula atravesaba uno de los momentos más difíles de la vida, y era presa de una indecible tristeza. Todo lo que guardaba como sagrado en el fondo de su alma yacía á sus pies, derribado, profanado, destruído. En aquel amor Lula había puesto lo mejor de sí, por el poder de aquel amor se había levantado de una caída momentánea, por él sólo habíase hecho superior á los prejuicios de raza; rechazó la mano de un joven que la amaba sinceramente, sacrificó la independencia de un porvenir de riquezas, de bienestar, de desahogo, festejando tal sacrificio como el primer paso hacia la boda. Y por todo agradecimiento venían á arrojarla al rostro semejante noticia: ¡el hombre que era el objeto de tanto amor se casaba con otra! ¡Oh, más grave aún era la pérdida! Aquel sér hermoso, noble, angelical, que hasta el día anterior informaba la vida de Lula, había sido vencido y aniquilado; en adelante su alma podía quedarse yerta. ¿No había perdido el amor y con

el amor la esperanza y la fe, si no en el sentido religioso, al menos en cuanto constituyen los alicientes más poderosos de la vida? El suelo, sobre el cual sosteníase antes con seguridad, faltaba ahora á sus pies: veíase obligada á navegar en una frágil barquilla sin remos, hacia un porvenir incierto. ¡Pobre huérfana recogida hoy y custodiada por un corazón noble y generoso, abandonada tal vez mañana entre las borrascas del mundo sin un pedazo de pan; inmaculada hoy hasta el punto de poder coger lirios en su seno, expuesta mañana á manchar su pureza aunque no fuese más que en un momento de amargura; hoy, niña aún, primavera espléndida de una mañana de Mayo, destinada á un precoz otoño, al través de largos y largos años infecundos! Vencida, tronzada «como tierno arbolillo por la tempestad», aturdida, muerta para la felicidad, con los ojos secos y febriles, se cogía convulsivamente á Malinka, que lloraba. Lula en cambio no podía llorar. ¡Ah, muchas eran las lágrimas que había de derramar aún! Pero en aquel momento el despecho le secaba los ojos. Malinka lloraba por las dos.

*
* *

Al día siguiente la condesita recibía dos cartas: una de Pelsky, otra de Schuwarz.

«Lula:— le escribía Pelsky — El dolor que experimenté ante tu negativa, me impidió medir ayer las palabras que te dirigí. Rechacé la amistad que me ofreciste, y hoy me encuentro arrepentido. Si no acierto á explicarme tu conducta hacia mí, comprendo, sin embargo, que seguiste la voz del corazón. ¡Quiera Dios que esa voz no te haya engañado! Si el hombre á quien prefieres te ama como yo te amo, no tengo duda alguna de que serás feliz. Yo no puedo acusarle de nada, no me atrevo á juzgar á la persona que amas. Pero en lo que á mí concierne, ya que me veo en la dura necesidad de renunciar á la esperanza de hacerte mía, te ruego, como el favor más seña-

lado, que me perdones las palabras desconsideradas que lanzara en un momento de dolor; te ruego que me permitas retirarlas y que me concedas la amistad que me ofreciste, y la cual ha de ser en adelante mi único consuelo.»

La carta de Schwarz fue llevada á la noche por Augustinovitch. Lula al principio se negó á recibirla; pero Augustinovitch se lo suplicó:

—¡No quiera usted causarle ese nuevo dolor! Quizá sin necesidad de eso, mi pobre amigo.....

Un raudal de lágrimas le cortó la palabra. Cuando pudo continuar, murmuró con voz temblona:

— Tal vez sean estas sus últimas palabras..... Ayer lo han llevado al hospital.

Lula se puso pálida como un cadáver y se sintió desfallecer.

En vano se esforzaba en conservar esa apariencia de glacial tranquilidad tras la que el dolor se esconde; temblaba todo su cuerpo como una hoja agitada por el viento.

Tomó la carta de manos de Augustinovitch y leyó lo siguiente:

«Señorita: He podido sufrir en silencio la pérdida de su mano; no puedo sufrir la de su estimación. Lea y júzgueme después. Un amigo moribundo confió á mi cuidado una infeliz mujer, á la que amaba con toda la fuerza de su corazón, y de la cual yo le había arrebatado el amor inconscientemente. Muerto él, frecuenté la casa de dicha mujer, la conocí más de cerca, creí amarla..... Y, por mi desgracia, un día la confesé mi amor..... Lo que después ha sucedido, usted lo sabe, Lula de mi alma. Luché cuanto pude para ocultar, hasta de mí mismo, mi naciente cariño hacia usted, y ¡cuánto he sufrido! ¡Perdóneme! Cuando al fin comprendí lo que pasaba en mí, cuando desperté de mi largo sueño y me dí cuenta de mi amor....., juzgue usted misma..... ¿Qué debía hacer? ¿Hacia qué lado dirigirme? La solemne promesa hecha á la cabecera de un moribundo, la palabra dada á una infeliz mujer, todo, todo destrozando mi corazón, me persuadía, me imponía el

deber de renunciar á usted..... No es mía la culpa si no ha sabido usted hasta ayer mi situación. Debió usted conocerla el mismo día que llegó Pelsky; pero la desgracia y la ligereza de los hombres lo dispusieron de otra manera..... Ya lo sabe usted todo. Júzgueme, pues, y perdóneme..... si puede perdonarme. Augustinovitch me dice que estoy enfermo....., tiene razón....; se me confunden las ideas....., veo muchas sombras en rededor, siento un ardor irresistible en las venas..... Pero enmedio de mi dolor, enmedio de este girar de las imágenes brilla ante mis ojos una luz esplendorosa..... porque amo. ¡Te amo á ti, Lula mía!»

Esta carta disipó en Lula los últimos restos de desdén y frialdad; se retrató en su rostro una melancolía dulce y profunda.

—¡Augustinovitch — exclamó ella — dígale que ha obrado como le ordenaba el deber!

Pero Augustinovitch se arrodilló á sus plantas y replicó:

—¡También á mí me debe usted perdonar! Yo he sido injusto hacia usted... pero era porque ignoraba que hubiera en la tierra semejantes ángeles.

XXI

Al salir de casa de sus amigas, Augustinovitch se dirigió directamente al hospital, en donde permaneció toda la noche. Schwarz estaba enfermo, muy enfermo. El tifus se había apoderado de aquel organismo robusto y amenazaba aniquilarlo.

A eso de media noche, el enfermo tuvo alucinaciones, y comenzó el delirio; hablaba en alta voz, discutía consigo mismo, y, por fin, se puso á disputar obstinadamente acerca de la inmortalidad del alma con un gato negro, que veía sentado á los pies de la cama. Tal vez le aterrorizaba la idea de la muerte, porque de cuando en cuando se retrataba en su rostro una indecible angustia.

Se asustaba y hacía un brusco movimiento á cada movimiento de Augustinovitch. Unas veces, con voz trémula y como adormecida, entonaba las canciones que conocía, cantinelas alegres ó tristes; otras, parecía conversar con los amigos; había algo de cómico en tales conversaciones, pero de un cómico lúgubre, que provocaba más las lágrimas que la risa. Augustinovitch, excitado ya por los acontecimientos, seguía anhelante las fases de la enfermedad. Con miedo y con afán esperaba que amaneciese, y espiaba ansiosamente á la aurora al través de los cristales de la ventana; pero en vano: el espacio permanecía lleno de negras sombras. La noche era obscura y sombría, y la lluvia, que azotaba los cristales, repercutía con ruido monótono y lúgubre, en la reducida alcoba del hospital. Hacía mucho tiempo que la mente de Augustinovitch no se había visto atormentada por pensamientos tan serios y tan tristes. Sentado junto á la cama, con los codos puestos en las rodillas y la cara entre las manos, pensaba en la extraña y complicada serie de acontecimientos á que había asistido en aquellos últimos días. De cuando en cuando levantaba la cabeza, y dirigía al enfermo una mirada atenta y excrutadora; y á veces, en aquellos rasgos descarnados, acentuados y abrasados por la fiebre, le parecía ver pasar la sombra. Tal vez, dentro de un par de días, aquel hombre, que poco antes gozaba de una vida tan activa y tan intensa, estaría reducido á una masa inerte, sepultado bajo tierra... para siempre... y todo terminado. Vulgar es la idea, y diariamente acude al pensamiento del hombre..., y, sin embargo, es más dolorosa aún para aquellos que se ven obligados á confirmarla: ¡el fin!... ¡polvo!... ¡la nada! Algunos días antes, cuando vivía en plena posesión del vigor de sus fuerzas, aquel mismo sér, cadáver ahora, aventajaba tal vez á los demás en la potencia de acción. Como el arado que traza en la tierra profundos surcos, él, de la profundidad del bien y del mal, llevaba á la fuente de la vida el bien... ¿y qué otra cosa más? Involuntariamente el hombre llega á preguntarse cuál es y á dónde conduce el ocul-

to sentido de esta fábula. ¿Dónde, cuándo, en qué planeta será descubierto el misterio que rodea á la tumba?... ¡La inmortalidad!... Tal vez en el Océano sin límites de las acciones humanas vibrará algún átomo, por decirlo así, de las acciones del difunto: pero ¿adónde ha ido aquel conjunto de cualidades que constituía su personalidad, aquel yo grande, enérgico, poderoso?... Y ese átomo de acción se parece al cadáver del marinero, arrojado por sus compañeros al fondo del mar. ¿Quién y en dónde podrá sacarlo á flote? Tal vez el mismo Dios recoge esos átomos imperceptibles, y crea con ellos nuevos seres.

La amargura de tales reflexiones se retrataba en el rostro somnoliento de Augustinovitch. Mientras tanto, el aire negro se iba haciendo poco á poco gris..... Por fin, apuntó el día. La rojiza llama de la luz que iluminaba el cuarto palidecía lentamente; los objetos salían de la sombra en que la noche los había sumergido; en los corredores resonaban los pasos de los enfermeros. Una hora después llegó el médico.

—¿Cómo está el enfermo?

—Mal—respondió Augustinovitch.

El médico hizo un gesto con los labios, arrugó la frente y tomó el pulso.

—¿Qué le parece á usted?—preguntó Augustinovitch.

—No sé qué responderle. Vamos mal, muy mal.

Una expresión de amarga ironía contrajo el rostro de Augustinovitch.

—Yo, en cambio, sé lo que responder á usted, maestro. La medicina es una niña presumida que pretende levantar á un hombre agarrándolo por la punta de los pies..... ¿no es así?

El médico dirigió una ojeada al joven, se encogió de hombros y prescribió un calmante cualquiera. Augustinovitch leyó la receta, á su vez se encogió de hombros y volvió á ocupar su puesto al lado de la cama. Schwarz seguía empeorando; á media noche había entrado casi en el período agónico. Augustinovitch lloraba como un niño, se desesperaba, y después volvía á sentarse á la cabecera del enfermo. Así transcurrió la

noche. Al amanecer le pareció observar una ligera mejoría; pero no era más que una ilusión de los sentidos, y el cuerpo de Schwarz no tardó en volverse á cubrir de manchas rosadas y blanquecinas, que demostraban harto palpablemente la rápida marcha del tifus.

Por la tarde, la señora de Vitzberg fué á saber del enfermo. Augustinovitch no la dejó entrar en el cuarto; pero la expresión de su rostro bastó para indicarla que sucedía algo terrible.

—¿Vive?—exclamó ella.

—¡Se está muriendo!—respondió él lacónicamente.

Hacía un momento que el capellán del Hospital había entrado para administrarle la Extremaunción. Augustinovitch no tuvo fuerzas para asistir á la ceremonia, y salió á la calle; tenía necesidad de aclarar sus pensamientos, de poner orden en sus ideas, de respirar aire libre: su mente vacilaba en una extraña confusión de imágenes. La agonía de Schwarz le trastornaba profundamente; á todo estaba preparado menos á la muerte de su amigo. Corría á la ventura como un loco, parándose á veces repentinamente por el temor de volver demasiado tarde al Hospital. De pronto advirtió que se encontraba ante la casa de Elena, y se le ocurrió una idea.

—Voy á entrar. Es preciso que lo sepa, que lo vea por última vez.

Media hora después, Elena, deshecha en llanto, estaba arrodillada junto al lecho de Schwarz, sueltas las doradas trenzas que le caían por la espalda, abrazando convulsivamente los pies del enfermo y sin dejar de mirarle fijamente á la cara. En la tétrica habitación reinaba un silencio sepulcral, que hacía más solemne la respiración fatigosa del enfermo. Así transcurrió la noche, larga, terrible, en la angustia de aquella agonía en que cada momento parecía ser el último.

De esta manera Schwarz luchó trece días entre la vida y la muerte, durante los cuales ni Elena ni Augustinovitch le abandonaron un minuto. Por fin, se acentuó en el enfermo una li-

gera mejoría; según volvía á la vida, parecía renacer también aquella mujer, que se exaltaba casi hasta la locura á la menor señal que despertase una esperanza en su alma. Y llegó un día en que Schwarz recobró el conocimiento. Augustinovitch se había alejado por un instante; de suerte que el enfermo vió sólo á Elena. La contempló un minuto, hizo un esfuerzo mental para concentrar sus recuerdos, y sonrió. Era una sonrisa forzada, pero bastó á Elena, que se dejó caer de rodillas ante la cama, derramando lágrimas de alegría.

En cuanto Augustinovitch dió la vuelta comprendió lo que había pasado, pero comprendió al mismo tiempo que la presencia de la mujer excitaba á su amigo y le atormentaba: no separaba los ojos de ella, y seguía con la mirada todos sus movimientos; sus labios tenían esa contracción especial de los enfermos ó de los viejos. Augustinovitch, que seguía el movimiento de las pupilas de Schwarz, no presagiaba nada bueno. Hacia la noche, como de costumbre, aumentó la fiebre, y el enfermo cayó en un sopor profundo. Augustinovitch trató de convencer á Elena para que se retirase á su casa á reponerse descansando un poco. Pero ella se negó terminantemente.

Augustinovitch no insistió; se sentó en su puesto y se sumió en profundas meditaciones. Poco á poco experimentaba pesadez en el cuerpo, sus párpados parecían de plomo, y se apoderaba de él un sueño invencible. Después inclinó su cabeza sobre su pecho, tras grandes cabezadas, y se durmió profundamente. Le despertó una sacudida.

—¿Duerme?—preguntó á Elena, indicándole á Schwarz.

—Duerme, pero agitado—respondió Elena en voz baja.

Augustinovitch no tardó en dormirse de nuevo. Pero de pronto, le hizo dar un salto un grito de Elena. Sentado en la cama, en un ataque violento de fiebre, con el rostro ardiendo y relucientes los ojos, Schwarz extendía el brazo hacia ella.

—¿Qué sucede?—exclamó Augustinovitch.

Elena lo agarró convulsivamente por la mano.

—¡Vete!—repetía Schwarz con voz ronca y fatigosa.—¡No

me atormentes!...Mataste á Gustavo; ahora me quieres matar á mí... ¡Vete pronto! ¡Te odio! ¡Vete pronto!

Y cayó en la cama, agotadas las fuerzas, murmurando con voz apagada:

—¡Oh Lula, Lula mía! ¡Ven á salvarme!

Casi á viva fuerza, Augustinovitch sacó á Elena fuera de la habitación. Siguió en el corredor un diálogo breve, entrecortado, en el cual se repitió más de una vez el nombre de la condesita. Después Augustinovitch volvió solo. Estaba pálido, y por la frente le corrían grandes gotas de sudor.

—¡Mujer concluída!—murmnró.

***

Presa de la desesperación, Elena huyó corriendo. Las palabras escapadas á Schwarz y la breve explicación de Agustinovitch, iluminaron con resplandor harto vivo muchos puntos de su drama, no resueltos hasta entonces. Corría por las calles inconscientemente, sin saber á donde. Sus pensamientos la abrasaban como un hiero candente; ya no se les podía llamar pensamientos, eran un círculo de fuego que giraba dolorosamente en su cerebro. La noche había ya cerrado. Millares de luces temblorosas, diseminadas por la ciudad, rompían con su luz pálida las tinieblas que envolvían las casas, y la paz del hogar doméstico resplandecía al través de las ventanas iluminadas. Elena continuaba en su carrera. Algunos transeuntes se volvían para mirarla; un jovenzuelo la dijo algo esbozando una sonrisa, pero al mirarla á los ojos, retrocedió con terror. Elena continuaba corriendo.

Llegó al fin al lugar en donde las calles largas y espaciosas se convertían en callejuelas, donde á los edificios elegantes sucedían humildes casuchas de obscuras ventanas. Los habitantes, pobres obreros, descansaban de las fatigas de un día de trabajo. De tarde en tarde se vislumbraba alguna lucecilla al través de la niebla, de tarde en tarde resonaba el eco de un paso lejano. Era una noche húmeda y tranquila, una de esas

noches en las que nuestro espíritu parece agobiado por la indefinible opresión que reina en la atmósfera. Del Dniéper venía un fresco delicioso, y la niebla que se alzaba lentamente de la superficie de las aguas, llegaba á depositar jirones de ella en los cabellos y en las vestiduras de Elena.... Continuaba corriendo. Le parecía como si del cielo lloviese fuego sobre su cabeza, su pecho, sus brazos; le parecía andar enmedio de un círculo de llamas, y que cada una de éstas, bailando en rededor, le mostrase el rostro de Gustavo y el de Schwarz. En aquella carrera vertiginosa había perdido la manteleta, el viento la había desatado el cabello, la humedad la impregnaba las trenzas. A veces tropezaba, caía, pero se levantaba al punto para continuar, impulsada por la necesidad de correr hacia adelante, lejos.

Pronto se encontró sola, en la nocturna soledad. Y aun aquí le parecía que la perseguían los rumores de la ciudad y los ladridos de los perros. Insensible al cansancio, insensible al dolor, ya no tenía más que un pensamiento: era demasiado desgraciada. La ruina de su amor no le había arrebatado sólamente *una parte* de la vida: para Elena el amor era *todo;* vacío el cáliz del amor, la vida misma se le antojaba inútil y peligrosa. Había «amado mucho», y, sin embargo, para ella no podía existir el perdón, sino solamente la paz más allá de la vida. Seguía corriendo, pero las fuerzas empezaban á faltarle; tenía los labios ardiendo, los ojos velados, el vestido saturado de humedad y lleno de fango; caía con más frecuencia y se alzaba con trabajo, elevando los ojos al cielo y aspirando con avidez la frescura de la noche. El suelo se hacía cada vez más fangoso y resbaladizo... unos pasos más, y después el frío fascinador y el murmullo triste y caprichoso de las aguas...

En la orilla, Elena se detuvo un momento; después cerró los ojos, abrió los brazos y se abandonó á la corriente. Un grito breve y ahogado, el último, vibró en el aire al sumergirse el cuerpo. Después todo volvió á quedar en silencio. Por el cielo extendíase una noche sin estrellas, obscurísima.

XXII

«¡Qué maravillosamente se concierta todo en nuestro pobre mundo!» dejó escrito un antiguo poeta. Pero á veces, la madeja de la vida humana se enreda de tal manera, que para devanarla es preciso cortarla como el nudo gordiano. Este precisamente era el caso de Schwarz.

Lleno de fe en sus propias fuerzas y en el porvenir, llegó á Kieff algunos años antes, y le fue dado, no solamente ser el árbitro de su propia suerte, sino también de la suerte de los demás. Y, sin embargo, debía convenir, que en poco tiempo perdió hasta el timón de su propia nave; le fue dada la libertad de orientarse con arreglo á sus deseos, pero se vió obligado á dirigirse donde espiraba el viento. Y además, no había hallado la felicidad en su propio camino. Como en todos, su vida, ó, por mejor decir, la exuberante fogosidad de los años juveniles, habíase dirigido por la corriente del amor femenino. Pero la corriente era harto estrecha, las aguas harto turbias, y el pasado de Schwarz contaba muy pocos fugitivos instantes de satisfacción. Y, sin embargo, en poco estuvo que los pagase con la vida... ¡Ah, no, en verdad que no valía la pena!

Después del último delirio furioso, el peligro no estaba todavía conjurado; Augustinovitch temía una recaída, mas por fortuna no se realizaron sus temores. Al contrario, Schwarz mejoraba de día en día. No se podía pronosticar aún el tiempo que duraría la convalecencia; quedaba aún en él, es cierto, aquella gran debilidad que la terrible enfermedad deja tras sí; pero estaba ya fuera de peligro: lenta pero segura, renacía en él la salud. Augustinovitch procuraba distraerle, pero á sus labios no acudían ya con la facilidad de antes la broma y las frases ingeniosas. Los últimos acontecimientos le habían transformado mucho, estaba más serio y más pensativo. Como había renunciado á muchas de sus costumbres, así durante todo

el tiempo de la enfermedad de Schwarz no fué ni una sola vez á casa de la señora de Vitzberg, la cual acudía frecuentemente al Hospital para saber noticias del enfermo.

Si la enfermedad había producido tales efectos en Augustinovitch, se pueden imaginar los que causó en el mismo Schwarz.

Cuando pudo dejar el lecho era otro hombre. Aquella energía indomable que le impulsaba á la lucha, aquella resolución que lo distinguía entre sus compañeros, habían desaparecido para siempre; sus ademanes eran lentos, sus miradas apagadas. Al principio, Augustinovitch había atribuído aquellos fenómenos al período de transición que media entre la convalecencia y el regreso completo de la salud. Pero pronto observó en él otros síntomas harto nuevos, y especialmente una indiferencia extraña, que tocaba en los límites de la apatía. Volvía á la vida por segunda vez, pero volvía considerando las cosas desde un punto de vista completamente distinto; parecía como si hubiera muerto en él la vida afectiva. Y á la transformación de su carácter moral, correspondía un cambio físico: se había quedado calvo, con el rostro pálido, las mejillas hundidas y los ojos nublados. Unas veces permanecía ensimismado varias horas con la mirada fija en el vacío, en un entorpecimiento del que nada conseguía sacarlo; otras se pasaba durmiendo todo el día. Lo que preocupaba á Augustinovitch era que, á pesar del rápido regreso de las fuerzas físicas, veía persistir en él aquella postración moral, ó por lo menos, que desaparecía con excesiva lentitud. Echaba de menos al Schwarz de otros tiempos, y hacía todo lo posible para que volviera á ser lo que era antes; pero era una tarea difícil en extremo.

Una vez Augustinovitch leía en alta voz, como de costumbre, un pasaje de un libro. Schwarz, echado boca arriba, miraba al techo y pensaba evidentemente en otra cosa, ó quizá no pensaba en nada. De pronto hizo un gesto de cansancio. Augustinovitch suspendió la lectura.

—¿Quieres dormir?

—Me fastidia ese libro.

Augustinovitch leía *La dama de las camelias*.

—Sin embargo, aquí se trata de la verdadera vida.

—Quizás; pero no doy por él el valor de un céntimo.

—Aquí se trata la cuestión de aquellas mujeres que...

—¿Y qué importancia pueden tener las mujeres?

—Antes te importaban.

Schwarz no respondió; su rostro tomó la expresión del que reflexiona. Después, tras un momento de pausa:

—¿Y Elena?... ¿Cómo está? ¿Ha venido á verme?

—Sin duda, claro es,—respondió Augustinovitch no sabiendo lo que decir.

—¿Y qué hace ahora?

—¿Ahora?... Está enferma... una enfermedad grave.

El rostro de Schwarz no dió la menor señal de conmoción.

—¿Qué tiene?—preguntó con negligencia.

—¡Qué tiene.....? Elena..... Te diré la verdad, pero prométeme que no te has de alterar.

—¿De modo.....?

—De modo que Elena ya no vive..... Encontró la muerte en las aguas del río.

Una indecible conmoción contrajo el rostro de Schwarz; hizo ademán de levantarse, después dejó caer pesadamente la cabeza en las almohadas.

—¿Cómo ha sido? ¿A propósito ó por accidente?

—Basta, basta, amigo mío; estás demasiado débil para hablar mucho tiempo; ya te contaré todo oportunamente.

Schwarz se volvió hacia la pared y se entregó á su pensamiento. En aquel instante apareció en la puerta un enfermero.

—La señora de Vitzberg pregunta por usted—dijo á Augustinovitch.

Augustinovitch salió al corredor, donde le esperaba la citada señora.

—¿Qué hay?—preguntó él no sin cierta inquietud.—¿Hay algún otro enfermo?

—No, afortunadamente.

—Entonces.....

—¡Lula se ha marchado!--exclamó la dama con voz lacrimosa.

—¿Cuándo?

—Ayer por la noche. Hubiera venido antes, porque hace ya más de una semana que no tengo noticias del señor Schwarz. Pero Malinka lloraba y se desesperaba tanto con la citada marcha, que me ha costado mucho trabajo tranquilizarla. ¡Lula se ha marchado!

—¿Y por qué?

—Es una historia muy larga de contar. Unas dos semanas después de que cayera enfermo Schwarz, Pelsky nos hizo una visita, volvió después otras varias veces, y, por fin, se declaró de nuevo á Lula, la cual se conmovió mucho por el sincero afecto que la demostraba el joven; pero, no obstante, le rechazó también, porque, como dijo, no se puede casar una con quien no se ama. ¡Pobrecillo! Hay que confesar que es una persona muy simpática Pelsky. Pero no es esto de lo que quiero hablar. Así, pues, Lula ha rehusado por segunda vez la mano del Conde. Na die podría creer lo que ha sufrido la pobre criatura durante la enfermedad de Schwarz..... Pero tampoco es esto lo que quería decir. Se separaron como dos amigos; y Pelsky la ha procurado una colocación en Odessa. Figúrese usted cómo me quedaría cuando vino á decirme que únicamente la enfermedad de Schwarz la retenía aún en Kieff, y que ya que Schwarz estaba en vías de curación, no quería seguir siéndome gravosa, sino que deseaba ganarse el pan, y con esto me da las gracias y se marcha. ¡Figúrese usted! ¡Serme ella gravosa! ¡Después que ha enseñado á Malinka á conducirse en sociedad.....! Y además, yo la quería mucho, la he querido siempre como á mi hija.

La buena señora estaba muy afligida. Augustinovitch, después de reflexionar un rato, dijo:

—No se afiija usted tanto, señora. Comprendo perfectamente á Lula. Cuando la recibió usted en su casa era una niña ingrata y caprichosa, que creía pagar suficientemente sus cuidados de usted con la corona de Condesa, y estaba persuadida de que únicamente por esto se la atendía. Ahora, en cambio, se ha transformado y se ha hecho una mujer seria.....

—Pero, ¿acaso la he negado yo nada?—exclamó la señora.

—No es esa la cuestión. Comprendo que tal resolución es muy dolorosa para usted..... ¡Qué lástima que no lo haya sabido yo antes, ahora que ya no existe la mujer con la que estaba comprometido Schwarz!

—¡Cómo! ¿Ha muerto?

—Sí; ha muerto. Pero, aparte el dolor que experimenta usted, nada se ha perdido con la marcha de Lula. Schwarz no ha terminado sus exámenes de licenciatura; es preciso que, ante todo, piense ahora en obtener un título, pues este es el único medio para ganarse el pan. Después, restablecida por completo su salud y asegurados los medios de subsistencia, pensará en reunirse con Lula, aunque se encuentre en Odessa. Pero, como es natural, esto exigirá tiempo, pues la enfermedad le ha cambiado mucho. Por lo demás, como ya he dicho, la marcha de Lula no perjudica nada, antes bien servirá para realzar á la condesita á los ojos de Schwarz.

A pesar de todas estas seguridades, la señora de Vitzberg marchó con el corazón oprimido.

Augustinovitch, al quedarse solo, procuró recapacitar.

—Rehusa por segunda vez la mano de Pelsky..... Quiere ganarse el pan por sí misma..... ¡Ah, Schwarz, Schwarz, también á costa de mayores sacrificios.....!

Y completando con un gesto su pensamiento, entró en el cuarto. Tranquilo é indiferente le preguntó Schwarz:

—¿Qué te quería la señora de Vitzberg?

—Lula se ha marchado á Odessa— respondió bruscamente Augustinovitch.

Schwarz entornó los ojos y permaneció un rato inmóvil.

— ¡Lástima! ¡Era una buena muchacha Lula! — exclamó después.

Sin responder palabra, Augustinovitch apretó los labios.

*
* *

Por fin, Schwarz estuvo en disposición de abandonar el Hospital, y un mes después recibió el título de Doctor en Medicina.

En un día alegre de otoño regresaban á casa los dos amigos con el título en el bolsillo. Schwarz estaba ya completamente sano; sin embargo, su rostro conservaba las huellas de la reciente enfermedad. Marchaban del brazo é iban hablando del pasado.

— Sentémonos en este banco — dijo de pronto Augustinovitch, cuando llegaron al jardín de la ciudad. — Hace un día espléndido, y es muy agradable calentarse al sol de otoño.

Sentáronse ambos, y Augustinovitch dió un gran suspiro.

— Así pues — añadió en tono alegre — hace ya tres meses que debíamos tener en el bolsillo estos papeles, y no los hemos obtenido hasta hoy.

—Es cierto. Y he aquí el otoño que se anuncia— respondió Schwarz, revolviendo con el bastón las amarillentas hojas que cubrían el suelo.

—Sí. Caen las hojas de los árboles y huyen los pájaros hacia los países del sol—replicó Augustinovitch. Y señalando una bandada de cigüeñas que revoloteaban entre los árboles, añadió con voz más baja:—¿No irías tú también al Mediodía, como esos mensajeros del sol?

—¿Yo? ¿A dónde.....?

—¡Allá, hacia el mar, á Odessa.....!

Schwarz inclinó la cabeza y calló un largo rato. Cuando la levantó, retratábase en su rostro una expresión de tristeza sin esperanza.

—¿Para qué?—murmuró.—Ya no la amo.

*
* *

Por la noche de aquel mismo día Augustinovitch dijo á Schwarz:

—Ya lo ves, amigo mío, dedicamos la mayor parte de nuestras fuerzas á la busca del amor femenino; pero el amor vuela pronto como un pájaro, y nuestras fuerzas se consumen en vano.

Enrique Sienkiewicz.

POETAS AMERICANOS

LA EPOPEYA DEL BOSQUE

I

EL SALMO DE LAS CUMBRES

Allá, sobre la cúspide, en el nido
Del solitario condor, á la hora,
En que la obscuridad sube sin ruido
Y se ensancha terrible y tentadora
Como un bostezo de Luzbel caído,
Vibra la tempestad, que, con extrañas
Voces, pregona hacia el confín incierto
El secreto arrancado á las entrañas
De esas mudas y fúnebres montañas,
En los apocalipsis del desierto!

Cada monte es un libro: en sus no abiertas
Páginas, la indomable fantasía,
De la Naturaleza acaso un día
Fijó los sueños de las razas muertas;
Y Biblia así de eterna poesía,

¡Cuántas frases abarca el atrevido
Guarda la historia de una extinta lumbre,
De una ilusión que fue, de un Dios que ha sido,
Acento circunflejo de una cumbre,
Solitaria y glacial como el olvido!

¡Oh raros jeroglíficos de piedra!
¡Oh signos de ortográficos perfiles!
El insolente espíritu se arredra
Ante el capricho de la cumbre; y baja
A los abismos hondos y serviles,
Donde el sombrío Génesis trabaja
Del glorioso futuro,
Que saldrá á luz intrépido y bravío,
Como el planeta en un bostezo obscuro
Que dió la boca abierta del vacío.....

Ahí también ocultas
Las misteriosas cifras, entre sombra
Que amortaja las luces insepultas,
Le hacen ver á la ardiente fantasía,
En superpuestas capas, en la alfombra
De la más deslumbrante pedrería,
A esas difuntas razas de titanes
Que entre el horno volcánico, al sonoro
Clarín de Dios que demarcó otros planes,
Sintieron como un triunfo en sus afanes
Convertirse agua y fuego..... en plata y oro.

¡De ahí, de los abismos,
Al beso de la tarde, cuando el vago
Crepúsculo reparte los bautismos
De su luz á las cumbres elevadas;
Cuando el cielo, tranquilo como un lago,
Bebe del sol las últimas miradas,

Surgen vestiglos, trasgos, raras aves,
Vampiros, que, en fantásticos derroches,
Ponen las cuerdas de las notas graves
En el arpa vibrante de la noche!

Vaciándose el abismo al sol que muere,
Tras el sacramental abracadabra,
Es la boca entreabierta que agua quiere
Sin poder balbucear una palabra.....

Logra agua al fin. Cual si Moisés abriera
Una senda á su ejército bravío,
Súbitamente la montaña entera
Se parte en dos para dar paso al río.
Por entre la montaña, en la espesura,
Protesta el río con clamor de fraguas:
Lívida raya en cabellera obscura,
A veces con la red de la verdura
Cubre las desnudeces de sus aguas.....

¡Esos que, sin llorar é indiferentes,
Sonríen del dolor que los arredra,
Podrían ahí ver que hasta la piedra
Sabe también llorar: llora á torrentes!

¡Qué glorioso concierto
Forman el agua en bravos estertores,
Con la voz ronca con que hablara un muerto,
Y el trueno, que redobla sus tambores,
Conjurando las sombras del desierto.....!

Luego..... la paz.

¡El monte de agrias puntas,
Que alza en cresta su cumbre soberana,

Es un titán con las dos manos juntas
En la actitud de una oración cristiana!
¡Las cumbres de sinuosas inflexiones,
Como oleajes de horrendos cataclismos,
Parecen formidables corazones
Enterrados de punta en los abismos!
El alto monte que hasta el cielo crece,
De orgullos fieros y ambiciones sumas,
Vertiendo agua en los cóncavos, parece
Hércules humillado hilando espumas.....

¡Hasta allá..... por las cúspides bifrontes,
Con pie de acero y corazón de brasa,
Irá el tren de lejanos horizontes,
Que superpuestos túneles traspasa
Como una aguja que cosiera montes.....!

¡Oh, vértigos de altura extraordinarios!
¡Oh, qué collar de cumbres se desgrana,
Como jibas de enormes dromedarios
En una inamovible caravana.....!
Y de noche, ¡oh visión la de las cumbres!
La noche bajo el ala abriga estrellas,
Sombras de sombras, fugas de vislumbres,
Golpes de trueno y tajos de centellas.
¡Allá..... sobre esa cumbre que reposa
Se ven los astros palpitar con vida,
Simulando, en las sombras, la caída
De una inmensa nevada luminosa,
Pero perpetuamente suspendida.....!

II

LA ORACIÓN DE LAS SELVAS

¡No en vano el Dios de los hebreos quiso
Prodigar su beatífica ternura,
Y enriqueció á su humilde criatura
Con la felicidad de un Paraíso;
Porque no de otra suerte la Natura
Vibra en las almas el alegre lampo
De inenarrable amor, de honda ventura,
Que sólo da la plenitud del campo!

¡Oh, bosque primitivo, en cuyas venas
La misma savia del Edén circula!
¡Oh selva despeinada, que á los vientos
Sacude sus fantásticas melenas,
Mientras un río estrepitoso ondula
Como un collar de risas y lamentos!...

La noche en la espesura del boscaje
Se guarece á dormir, como una fiera
Que huye del cazador que la vigila;
Y, por entre el misterio del follaje,
Se asoma de su obscura madriguera
Y abre en cada lucero uno pupila...

La selva duerme en oración, á modo
Del fervoroso monje que en su lecho,
inclina, arrodillado, la cabeza;
Y al balbucear una oración por todo,
Se duerme, con los brazos sobre el pecho;
Y, soñando rezar, dormido reza...

¡Oh selva en oración! Le habla la noche
Desde el sonoro púlpito de un trueno;
Y la selva abre su fragante broche
Como una madre que se abriese el seno.

Su voz espanto da, cual si estuviese
Enferma de huracán. En su horizonte
El nudo de las sombras se desata;
Y un río de furor pone sü ese
Entre la lobreguez que lo recata,
A modo de la rúbrica de un monte
Que abre una fina cicatriz de plata...

Flébil rayo de luna tamizado
Lame las hojas de vibrantes filos;
Enróscase en el nervio de las ramas;
Y en la red del follaje enmarañado
Va, con la plata de sus blancos hilos,
Bordando los más bellos monogramas.

La nikelada luna se refleja
En minúsculos discos sobre el suelo,
Cuando el follaje traspasar la deja;
Y deshoja su beso de ternura
Sobre la faz de la montaña en duelo,
Como una flor sobre una sepultura...

Fulgen súbitamente en la espesura
Rondadoras luciérnagas, que al vuelo
Tarjan de rayos la extensión obscura;
Y, bajo el blanco y desceñido velo
De la luna nupcial, son los fulgores
De las más vivas fiestas de diamante,
Los fuegos fatuos de las muertas flores
Y los insomnios de la luz errante...

El espeso follaje, suspendido
A la manera de un inmenso nido
Que pendiese volcado, urde misterios,
Teje penumbras, desvanece lampos
Y pulsa apocalípticos salterios
Cual si fuese la orquesta de los campos.

Ya es fluvial cabellera, que en torrente
Cae en nudosas y erizadas greñas,
Sobre una roca cual sobre una fuente;
Ya es ola de pujante marejada,
Que ciñe troncos y circunda peñas,
Entre el furor de su espumoso encaje,
Como una tempestad eternizada
En la gráfica copia de un follaje;
Ya es flotante y rasgada vestidura,
Con que el capricho del pudor á veces
Cubre la desnudez de la Natura,
Que suma las más bellas desnudeces;
Ya es harapo de sórdigo mendigo;
Ya es túnica bordada; ya es bandera
En que se envuelve el viento su enemigo,
Como un salvaje en una piel de fiera;
Ya es teatral laberinto, que en escalas
De ficción, miente fugitivo acceso
A la altitud de las etéreas salas
Sin requerir el golpe de las alas,
Cual se alcanza un amor sin dar un beso;
Ya es barba de titán, que cae suelta,
Como una rica primavera en brote,
A modo de una pompa desenvuelta
Sobre la majestad de un sacerdote;
Y, en las más varias formas, sin que haya
Para tan bravo mar estrecha playa,
Se van atropellando los follajes,

Con el hervor de espumas con que rueda
Un laberinto de faustosos trajes
En una danza de frufrús de seda:
Suspensa, así, la lóbrega espesura
En contracción de nervios se levanta;
Y, meciéndose al viento que murmura,
Cubre el azul de la extensión remota,
Como una pesadilla que se espanta
O como una catástrofe que flota!.....

Allá un árbol, que se alza retorcido,
Hace un gran gesto de dolor, y luego
Tiende al azul los brazos suplicantes;
Allá un árbol, abierto como un nido,
Que prepara su copa al dulce riego,
Salpica su melena con diamantes;
Un tronco más allá busca el regazo
Del musgo, y á los tardos peregrinos
Piadoso ofrece improvisado asiento;

Acá un arbusto endeble, como el brazo
De un esqueleto, con sus dedos finos
Brinda una flor que se deshace al viento;
Más acá, un laberinto de zarzales
Punza los pies de un árbol corpulento,
Que se alza como un genio de locura
Y combina las equis colosales
De un molino girando en la espesura;
Aquí, como ganosos combatientes,
Se enroscan dos ramajes á manera
Que se envuelven y anudan dos serpientes;
Ahí, una formidable enredadera
Extrangula un arbusto entre sus lazos,
Y salta á un árbol, y en veloz carrera
Va de un árbol en otro, cual si fuera
Una mujer que repartiese abrazos:

Es un revuelto campo de batalla
En que ruedan los bravos lidiadores,
Mientras bélico ardor ruge y estalla,
Sacude frutos y deshoja flores;
Y entre la confusión de anchas encinas,
Vetustos cedros, robles milenarios
Y álamos erizados como espinas,
Surge la sombra de una iglesia en ruinas
Con los más caprichosos campanarios.....

Un charco entre el negror de la espesura
Como broncínea lámina chispea,
Desplegando en un gesto de locura
Una arruga de luz que serpentea;
Y alrededor del palpitante rayo,
Que la perlada luna desvanece
En el temblor de su fugaz desmayo,
Tejen su danza insectos voladores,
Ebrios con el licor que les ofrece
La copa rebosante de las flores.

Sobre el run-rún, destácase el chirrido
Del élitro que gime: entre el murmullo
De la enjambrada turba, que en su vuelo
Desata una espiral, vibra el quejido
De la fiera sonámbula, el arrullo
Con que rezonga el pájaro en desvelo,
El gluglú de las aguas en rebote
Sobre las asperezas, el ronquido
Del reptil mientras duerme, el desconcierto
De voces locas, el sedoso frote
De hojas que pasan en un libro abierto,
Hasta el crujido de la flor en brote
Sobre el viento locuaz que habla en desierto!

Improviso clamor llena la anchura
Y sorprende la paz. Antes que vuelva

El sol audaz á conquistar la altura,
El viento bramador luce sus galas
Cual fiera que sus miembros desentume.
Siempre en la noche abanicó la selva;
Y, aprovechando el golpe de sus alas,
Le escamoteó tesoros de perfume!

La selva es una flor, que voluptuosa
En entregarse al viento se recrea;
Y el viento es una enorme mariposa,
Que en torno de esa flor revolotea
Y sobre el cáliz de esa flor se posa!

Prófugo el viento corre, y atropella
Cuanto alcanza en su fuga: se diría
Que huye espantado de su propia huella;
Y con desapacibles alaridos
Se confiesa, como alma en agonía,
Ladrón de aromas, salteador de nidos.....

Las flores abren sus sedientas bocas;
Las ramas tiemblan de dolor y frío;
Las raíces penetran en las rocas
Y se retuercen con angustia; el río
Salta como un relámpago inseguro,
Que va poniendo pinceladas locas
Sobre el más rembrandesco claro-obscuro...

Lejos aúlla dolorida fiera,
Cuya trémula voz desgarra el viento
Como fino puñal, y á la manera
De un alerta de espanto que corriera
Sobre la muda paz de un campamento...
¡Voz de amenaza y de dolor! ¡Bramido
Que se afila en el ay de una amargura!
¡Espíritu del bosque hecho sonido!
¡Grito del corazón hecho espesura!

Cerca destapa su joyel de notas
Lírico ruiseñor, que en su garganta
Atesora quimérica fortuna;
Y, como arroyo que salpica gotas,
Desata trinos y saltando canta
Serenatas de amor para la luna...

Desvanecida y temerosa llueve
La luna, desde lo alto, su tranquila
Luz de inocencia como flor de nieve;
En el azul obscuro las estrellas
Cierran y abren nerviosas la pupila,
Con timidez de púdicas doncellas;
Y, á través del follaje más tupido,
Los astros que salpican la montaña
Fingen moscas de plata que han caído
En una tela de monstruosa araña.

La luna cubre la montaña entera
Con su beso de mármol: es la urna
Que la ceniza funeral espera
Del planeta caduco; y se diría
Que es ancha copa en que la paz nocturna
Mezcla las heces del difunto día...

La pierrotesca faz del astro muerto
Hace un gesto de amor. La selva huraña
Se estremece al sentir el beso frío,
Que cae como nieve en el desierto
Y se deshace en un raudal, que baña
De azulado pavón follaje y río.

Parece que la tierra ensimismada,
Bajo la siempre hipnótica mirada
En que la luna pálida acrisola
Sus anemias de luz, sueña en la nada
Y reza á Dios porque se siente sola;
Y es que si una catástrofe en sus brazos

La envuelve un día como inmensa ola,
Tal vez, por una irónica fortuna,
Condenada esté á dar con sus pedazos
Satélites humildes á la luna...

José Santos Chocano.

***

CONTESTACIÓN Á UN CONVITE

Recibo la invitación;
Y le doy de corazón
Cumplidas gracias por ella
A la más amable y bella
Dama de nuestra nación.

—

Francamente ya creí
Que no pensabas en mí
Ni para el baile siquiera,
Mientras yo no hallo manera
De darte al olvido á ti.

—

Recibir convite tal
De dama tan principal,
Tan elegante y hermosa,
Será la más dulce cosa
Del presente Carnaval.

—

Acepto con ilusión
Tu galante invitación,
Y harás mi dicha completa
Si concedes al poeta
El segundo rigodón.

P. P. Gallardo.

LAS REFORMAS MILITARES

PRESENTADAS A LAS CORTES

I

Entre los problemas de vital interés, planteados en España por la terminación desgraciada de la guerra hispanoamericana, es de capitalísima importancia el relativo á la organización de nuestro ejército. Momentos de la vida de los pueblos, tan críticos cual los creados por las consecuencias de aquella contienda, han sido en otros países motivo de recogimiento y reflexión; y así, del análisis de las causas de yerros y desastres pasados, surgieron, con estados de cosas más perfectos, convenientes remedios. Buen ejemplo Prusia en 1806 y Francia en 1870, que, gracias á meditados estudios, asidua labor y enérgica voluntad, trocaron en vigorosas y brillantes instituciones militares defectuosas y viciadas organizaciones.

No sólo en el aspecto técnico debe considerarse esta necesidad, acaso de superior importancia en el orden moral, por afectar á las relaciones entre el ejército y el país. Ciego ó iluso será quien hoy no advierta el doloroso apartamiento de las clases civil y militar, al que urge á toda costa poner término, por entrañar riesgos gravísimos para algo que está por cima de ambos: la nación española.

Con ser esto lamentable; con abultarse las culpas al ejérci-

to achacadas y ser de inmediata y nacional necesidad atajar las consecuencias de la prevención con que son vistos por sus conciudadanos los elementos armados, no es posible negar que, aun cuando injustamente exagerada, es lógica, pues las colectividades no raciocinan: y si tras la victoria no vislumbran siquiera la labor política que puede haberla preparado, otorgando por entero la gloria de ella á los que directamente la alcanzan, del propio modo imputan la derrota sólo á los inmediatamente derrotados; más si, cual nos ha ocurrido, no dulcifican el vencimiento hechos brillantes que, cuando no de utilidad para el resultado de la lucha, sirven al menos de atenuante al dolor del vencido.

Que el ejército español no es el solo responsable de la pérdida de nuestro imperio colonial; aún más, que tal vez no le incumbe la mayor culpa de ella, cosa es fuera de duda para todo el que piense y reflexione en la preparación y desarrollo de este hecho histórico de enorme trascendencia; pero á él vió el país regresar vencido. Y lo que es más grave, y no cabe disimular, sin que los esfuerzos para evitarlo rayaran á la altura de la magnitud de la catástrofe, ni de los sacrificios por la nación en tal empeño realizados.

Hay ligereza en algunos cargos, injusticia en otros; pero no puede negarse un fondo de razón para formularlos, sobre todo si reparamos que por perder un Imperio colonial se han concedido diez ó doce veces (cuando menos) más recompensas que se otorgaron por las victorias precursoras de la creación del Imperio Alemán, y que nos ha faltado valor para seguir el ejemplo de Francia, revisando las concedidas en aquella guerra.

Revisión de tal índole pudo ser prenda de franca reconciliación entre el ejército y el país; garantía de que aquél comenzaba á marchar con provechoso rumbo; prueba de patriotismo, capaz de redimir viejos errores. No se ha hecho, es tal vez tarde para hacerlo; y perdido tal medio rápido de rellenar el vacío, cada vez más hondo, entre paisanos y milita-

res, es preciso buscar á toda costa otro, si más lento, seguro al menos de colmarlo, haciendo cesar, en plazo no lejano, ese peligroso alejamiento.

II

¿Responden á dicho fin las reformas presentadas á las Cortes? ¿Tienden á dignificar la oficialidad en el concepto público? ¿Propenden á dar garantías al país, de que el inmoral derroche de recompensas no se ha de repetir andando el tiempo? ¿Corrigen defectos orgánicos ó de funcionamiento técnico? ¿Establecen las bases de superior cultura militar?

No; nada de esto parece haber preocupado al reformador.

Acaso para hacerlas simpáticas al elemento civil, lo cual sólo fugazmente se ha logrado mientras la gente se enteraba de que no era el fondo lo que las apariencias indicaban, díjose con manifiesta exageración en preámbulos, prensa y discursos, que era propósito del Ministro evitar abusos, cortar corruptelas, prácticas abusivas, suprimir obvenciones injustificadas, etc., etc. Así, habrán creído los profanos que el presupuesto de Guerra es una Jauja para los que de él viven, cuando precisamente ocurre lo contrario, y el oficial sólo recibe del Estado lo indispensable para no morirse de hambre, no ya lo preciso para vivir con el decoro necesario á su clase.

¿Dónde están esos abusos? ¿Dónde esos despilfarros en personal.....? Véase el presupuesto, y él demostrará que el excesivo gasto, abrumador para el Erario, procede del número de jefes y oficiales que urge reducir, lo cual no es posible hacer en un día, á menos de matarlos; mas no de la cuantía de sus obvenciones, escasas y mermadas por fuertes descuentos.

Y bien, ¿es procedimiento adecuado para apretar los lazos entre paisanos y militares propalar con inexactitud que los segundos disfrutan privilegios y regalona vida? No; eso es cavar ahondando diferencias faltas de sólido fundamento.

Ni una palabra, ni una promesa hay en las reformas de que por cualquier medio se pondrá freno el día de mañana al festín de recompensas, no siempre otorgadas á los más dignos. Olvido de gran monta en proyectos presentados á raíz de sucesos que han demostrado ser este mal tal vez el de más urgente remedio, por radicar en él la causa desmoralizadora por excelencia entre las varias que atentan á la buena constitución de nuestro estado militar.

De cuanto en Cuba, Filipinas y Puerto Rico ha fracasado, y por desdicha no fue poco, en ningún organismo, en clase alguna, ha sido el fracaso tan evidente y ruidoso como en el generalato, salvo raras y honrosas excepciones, que son precisamente las que hoy están arrinconadas.

Es natural. En todo ejército bien organizado se toman precauciones para nutrirlo, mientras nosotros lo llenamos por un procedimiento notabilísimo: *la lotería*. Sí, la lotería; aun cuando la cosa produzca asombro, este es el sistema. Véase el método: existe un *programa* á prevención dispuesto, donde se establece que cada cien vacantes de general se distribuyan entre las diversas Armas y Cuerpos, *proporcionalmente* al número de sus coroneles. Poco importa que haya uno de relevantes condiciones reconocidamente superiores á las de los demás; *si no le toca* el turno, coronel se queda, y serán generales antes que él, ocho, diez, veinte, treinta menos aptos para el cargo. Es una *equidad* á beneficio de medianías y nulidades, gracias á la cual se retiran, por no llegar á ellos la rueda de la fortuna, muchos con mayores méritos y aptitudes que los encumbrados por el inmoral sistema.

Es el ascenso á general medio que la nación tiene para que los mejores suban á puestos donde sus servicios sean más útiles, no derecho de los individuos; y así lo reconoce nuestra ley constitutiva, al consignar que las carreras militares terminan en coronel. ¿Pues si no existe tal derecho en el individuo, cómo reconocérselo á la colectividad?..... Es absurdo suponer que las notabilidades se repartirán en todo tiempo proporcio-

nalmente, al número de coroneles de cada una; es pueril, por no darle otro nombre, convertir el generalato en reparto de gangas entre buenos amigos; criminal, entregar el mando de tropas y la defensa de la patria á quien llega á tal puesto por semejantes medios. Así han ascendido la mayoría de nuestros generales, y á tenor del método fueron los resultados obtenidos.

Tampoco de esto se trata en las reformas, sin duda por estimar no hay de ello necesidad ni urgencia; que el sistema es bueno; que no es preciso aquilatar méritos ni importa sean los venideros como los recientemente fracasados, para que fracasando también llegada la ocasión, nada tengan que echarse en cara unos á otros.

Esto resulta de los proyectos presentados á las Cortes, donde sólo se trata del generalato para aparentar que se cierran las puertas de la dignidad de Capitán general, abriéndolas realmente de par en par, aun en tiempo de paz, á cuantos hallen medio de pasar por ellas. Tal dignidad debe ocuparla *uno no más*, si la gana, ó está vacante; para escalarla, sólo deben ser válidos los servicios de guerra, no llegando á ella sino por el camino de la victoria; no otorgándola por triunfos no alcanzados al frente de verdaderos ejércitos, por lo menos de 50.000 á 60.000 hombres. Lo demás es propio de ópera bufa.

En los países serios, en los ejércitos bien montados, puede decirse que el ascenso á general está vinculado en los oficiales procedentes de las Escuelas Superiores de Guerra; se eligen cuidadosamente los encargados del alto mando. En las reformas pendientes de discusión, no se preocupa el reformador sino de que los generales sean jóvenes. No les va á exigir más ciencia ni mayor cultura; no va á romper el troquel de la proporcionalidad, germen principalísimo de nuestras derrotas. No, bástale juventud, panacea, al parecer, de todas las deficiencias, cual si la carencia de ella fuera la causa de nuestros descalabros.

No, no es ciertamente juventud lo que ha faltado á nues-

tros generales en la pasada contienda: bien jóvenes eran los tres á quienes burló el anciano Máximo Gómez en su marcha á Occidente, harto lo sabe el autor de las reformas; jóvenes, los que mandaban en Sevilla, Santiago, Puerto Rico y otros muchos lugares.....

No, ni juventud ni valor personal faltaron, sino otras condiciones de mayor importancia para ejercer el mando fructuosamente. Esas, esas son las que es preciso buscar en los futuros generales; esas, las olvidadas por completo en las reformas, acaso por no reconocer al exigirlas para lo sucesivo, que en la falta de ellas radica una de las principales causas de las últimas derrotas.

¿Hay algo en las reformas por donde colegirse pueda que han de ser origen de aumento de cultura en el ejército?... Todo lo contrario. Comienza su autor calificando de notabilísimos los progresos en poco tiempo realizados en ella. Nosotros, sin duda por colocarnos en distinto punto de vista ó ambicionar más que el Ministro, no vemos claros esos progresos, al menos en términos de darnos ya por satisfechos. Es más: cuando en todas las naciones civilizadas y en la oficialidad de sus ejércitos se advierte manifiesto deseo de aumentar la instrucción; cuando los encargados de dirigirlos se preocupan ante todo de facilitar tales aspiraciones ofreciendo estímulos para que tan nobles anhelos hallen campo donde ejercerse y aliciente que recompense el fruto de ellos, patentízase en las actuales reformas la anómala y peligrosa tendencia de combatir por cuantos medios pueden emplearse el afán de instruirse é instruir á los demás.

Pruebas al canto: á la par que se proponen aumentos de sueldo para diversas clases, se rebajan los de los oficiales alumnos que cursan los años cuarto y quinto de las carreras de Artillería é Ingenieros. Sin duda se considera penable que quien en tres años puede acabar una carrera militar elija otra que requiere dos años más de estudio, en los cuales, precisamente, tienen esos oficiales gastos mayores que sus compañeros de igual empleo de Infantería y Caballería, pues sabido es lo muy

costosos de los libros necesarios en las carreras facultativas.

Cabalmente, ese sueldo que se quiere mermar da hoy posibilidad de seguirlas á individuos de familias modestas, pues en él hallan una ayuda, sin la cual no les sería posible hacer el sacrificio de la entidad que representa tan crecido número de años de estudio.

Pero aún hay más. ¿Qué recompensa se ofrece á tal sacrificio? ¡Un año de ventaja en el ascenso á primeros tenientes!; pues equiparando el Ministro *tres de servicio en un Cuerpo á los dos de estudio* en Academia, otorga al cabo de aquéllos el ascenso á los segundos tenientes de Infantería, Caballería y Administración Militar.

Esa pequeña ventaja será ilusoria en grandísimo número de casos, pues sabido es que á causa de la mayor dificultad de las carreras de Artillería é Ingenieros, son poquísimos los oficiales que acaban sus estudios en los cinco años; así, en definitiva, será regla general que lleguen antes á primeros tenientes en Infantería y Caballería que en las otras carreras, los que las comenzaron al mismo tiempo. En dicho plazo, habrán los primeros estudiado menos, ascendido más y recibido mayor sueldo del Estado.

¡Donosa manera de fomentar el amor al estudio! ¡Buen modo de estimularlo el de juzgar equiparables tres años de semanas, guardias y revistas á dos de constante labor intelectual!

No es, en verdad, probable que con tales procedimientos se aliente á la juventud á emprender carreras trabajosas; y si la suposición no fuera inadmisible, cualquiera pensaría que sólo se tomaba tal camino porque molestando á alguien la brillantez de ciertos cuerpos del ejército se deseaba hacerles sufrir penuria de aspirantes á ingreso poniéndolos en el trance de rebajar el nivel de su cultura ofreciendo facilidades para la recluta del personal.

Pero este no es sino un lado de la medalla, el de los que estudian; queda el de los que enseñan.

En reemplazo de las suprimidas recompensas al profesorado militar, existen hoy modestas gratificaciones que en la mayor parte de los empleos no llegan sino á compensar otras ventajas, como las de asistente, pabellón, gratificación de armas, que no disfrutan los profesores de las Academias Militares. En el mismo caso se halla el personal destinado en los establecimientos de industria militar.

Fundándose el Ministro en esa superior cultura del ejército, que pondera, entiende es hoy cosa muy fácil reclutar el escogido personal necesario para formar el profesorado militar. Sin que, por lo vidrioso del asunto, discutamos ese optimista criterio, no puede negarse que cuando se rebaja la retribución de un servicio, padece el prestigio de él y de quien lo desempeña: si el Estado abona menor sueldo al que dedica sus vigilias al estudio que á quien manda media vuelta á la derecha; si remunera con mayor largueza al instructor de soldados que á quien hace é instruye oficiales, proyecta un cañón, varía un procedimiento de fabricación, es indudable que será porque aprecie en menos los servicios de estos últimos, es decir, los más intelectuales q ue en el ejército se prestan, los que requieren mayor cultura anterior, más educada inteligencia, superior trabajo, y asiduidad actual é incesante.

Luego es indudable que se distinguen las reformas criticadas por su hostilidad manifiesta á cuanto significa labor de un orden elevado, á cuanto revela estudio y cultura.

Tales rumbos sólo conducen al desprestigio de la enseñanza profesional, á la ruina de las industrias militares en nuestro país. Pues aun suponiendo que la afición á tales trabajos, y la vocación decidida de unos pocos se aviniesen á prestar servicios, si, desdeñados por alguno, estimados de las personas cultas, no ha de olvidarse que la oficialidad española vive de sueldos cortos para sus necesidades; y como de aprobarse las reformas, serían los que en tales destinos se disfrutaran mucho menores (por la falta de ventajas antes citadas) que los correspondientes á los destinados en cuerpo, la necesidad de atender

á sus obligaciones de padres de familia se impondría á la vocación, alejándolos de aquellos centros.

Sería preciso proveer las plazas de profesores á viva fuerza con quien careciera de influencia para sustraerse á lo que pecuniariamente vendría á ser un verdadero castigo; se aprovecharían las coyunturas de abandonarlo, etc., etc.

Imagínese qué clase de profesorado llegaríamos á tener con tal procedimiento.

. . . . . .

III

Si estas reformas no tienden á aumentar la cultura de la oficialidad; si no corrigen deficiencias del generalato; si no tocan á la manera de otorgar recompensas; si no encierran la solución fundamental de una ley de ascensos preventiva de crecimientos desmesurados de escalas á cada contienda, con daño de la organización y pesadumbre para el Erario; si ni siquiera comienzan por sentar la base del edificio, el reclutamiento; si su movilización, ponderación de fuerzas y división territorial, fundamento, con el reclutamiento, del estado militar de todo país, son negación evidente de los principios más elementales de organización, representando el imperio de lo caprichoso y lo arbitrario; si esto es así, ¿á qué responden esos heterogéneos proyectos sin el menor vínculo que los una?

¿Serán las economías de que alardean los preámbulos, tan ponderadas por una parte de la prensa diaria? No, no es ese el fin perseguido, según ha evidenciado la discusión sostenida en el Congreso de los Diputados. Allí se ha demostrado que tales economías no existían, tan claramente, que así ha tenido que reconocerlo el autor de las reformas, rindiéndose á los argumentos de sus impugnadores, viéndose en el trance de confesar que, en lugar de economías, originarán aumento, y cohonestando tal confesión con la promesa de compensarlos.

Una de dos: ó no queda con esto muy bien parada la sinceridad con que las reformas se han presentado, ó se evidencia la escasa atención dedicada á su estudio. Nada podríamos decir de nuestra cosecha tan elocuente como las declaraciones de su autor, en contradicción con sus preámbulos y en pugna con el mismo articulado: él da el principal argumento contra las reformas.

Pero si tampoco responden las reformas, según creía la gente, fiándose de afirmaciones hechas á la ligera, al propósito de lograr economías, ¿á qué obedecen?

Según ha dicho el Ministro en el Congreso: á «suprimir lo inútil». Y para ello se propone echar de primera intención de las escalas á centenares los jefes y oficiales, y en lo sucesivo á miles.

Desde luego sería este un buen camino, si es que efectivamente existen en el ejército oficiales que no rayen á la altura de su cometido. Así ganarían en prestigio los que quedaran, se resolverían problemas hoy secundarios, pero al fin interesantes, relacionados con la marcha de los ascensos; así se lograría el beneficioso resultado de aligerar al Tesoro de parte de la carga abrumadora que sobre él pesa. No cabe duda, si por uno ó varios procedimientos de selección hiciera esto el General Linares, daría gallarda prueba de esa inquebrantable firmeza de carácter, dote envidiable en quien ejerce el mando, que algunos le atribuyen; y con ello, no sólo ganaría gloria propia, sino que prestaría á España y á nuestras instituciones militares un servicio eminente en las actuales circunstancias.

Mas, por desdicha, no es así como el reformador entiende el problema. No hay selección, no hay revisión, sino de partidas de bautismo, en las reformas en proyecto.

Por lo que en la discusión parlamentaria se ha oído, este es el punto capital de los proyectos: la juventud, maravilloso filtro que curará por arte mágico todos los achaques y deficiencias que en el generalato y en la oficialidad puedan hallarse. No una juventud muy florida, desde luego, pues habrá en ella

capitanes y tenientes con edades á los cuales es probable haya hace mucho tiempo dejado de hervirles la sangre en las venas, pero al cabo juventud relativa, pues siempre serán menos viejos que los que tengan dos años más, porque esta es la tasa de la rebaja. Con ella no se consigue nada, en cuanto á la finalidad de tener personal más activo y ágil; pero, en cambio, fabrícanse en pocos años varios millares de retirados; y como, pasado el momento de la implantación de las leyes consecuencia de los proyectos, la mitad de las vacantes producirán ascensos en las escalas inferiores, el resultado económico será recargar en varios millones, y no pocos, el presupuesto de clases pasivas, sobrado pletórico ya para nuestras fuerzas. No se comprende, en verdad, cómo nadie puede creer que sea «suprimir lo inútil» aumentar á millares el número de retirados que cobran y no trabajan.

Y no se entienda que defendemos el mantenimiento de las edades de retiro hoy vigentes, por creerlas acertadamente establecidas: no, tenémoslas por altas; mas de esto á elegir para rebajarlas el momento en que un abrumador excedente de personal hace inconveniente la medida, hay un abismo.

Si sólo tuviéramos la oficialidad estrictamente necesaria para cubrir los servicios, y la excesiva edad fuera en algunos causa de que aquél se resintiera, acertado sería rebajarla, lo cual no ocasionaría entonces quebranto económico importante; pero hoy que sobran generales, jefes y oficiales, no ya jóvenes, sino muy jóvenes, y á propósito para emplearlos en los destinos más activos, no hay urgencia ninguna de tal disminución ruinosa, inoportuna y de otra parte altamente desmoralizadora; pues aun cuando se quiera ocultarlo, el verdadero objeto de ella no es sino producir artificiosa y disimuladamente movilización de escalas, no disculpada por lentitud que hoy no existe en los ascensos.

En el último derroche de recompensas, acaso el más desenfrenado que nuestra historia registra, y escandaloso desde luego cual ninguno por coincidir con la derrota, salvo hon-

rosas pero escasas excepciones, recayeron aquéllas, cual es frecuente en nuestra desquiciada España, no en los de superiores aptitudes, ni siquiera en los que más han combatido, sino en deudos, amigos y paniaguados de los dispensadores de ellas. Tan pródigamente se otorgaron, que muchos favorecidos subieron rápidamente á puestos y empleos más elevados de lo que sus años y servicios podían hacerles esperar; y siendo notorio que comiendo viene el apetito, acostumbrados á pasar por las escalas cual meteoros, no se avienen esos mimados de la fortuna con la marcha lenta que la paz y la necesidad de reducir el excedente impone á los ascensos; estórbanles los compañeros más antiguos que por delante tienen, y mirando el asunto en el aspecto de sus intereses y no legítimas ambiciones, paréceles de perlas reforma que despeja para ellos el camino, por el medio eficaz de echar unos cuantos miles de jefes y oficiales al panteón de retirados.

Naturalmente, ese inquieto y poco numeroso núcleo ha de ser entusiasta, si bien único defensor de los proyectos del Ministro, que les asegura la faja de general en corto plazo.

Entre los que serían arrollados por esa juventud, á la cual quiere el Ministro sacrificarlo todo, están precisamente los que constituyen el montón anónimo de veteranos cuyos servicios y penalidades han sido peor pagados, pues como casi todos los ascensos fueron para los jóvenes que, más modernos, han saltado á las escalas superiores dejándoles atrás, ellos han envejecido en los empleos que tenían, y hoy ocupan las cabezas de las suyas, de donde á todo trance se quiere arrojarlos antes que asciendan, para dejar paso franco á los otros.

IV

Otra novedad saliente de las reformas es la del Cuerpo de Estado Mayor, que á vuelta de ditirámbicos elogios en todos los tonos pronunciados, y á cada paso prodigados en preám-

bulos, discursos, etc., se intenta atropellar sin consideración á su brillante historia, á sus servicios, ni á las condiciones de un personal, que indudablemente tiene el gravísimo defecto en los tiempos actuales de no usar de las cien lenguas de la fama, no emplear el autoreclamo, ni tener organizada la sociedad de bombos mutuos, que tan buenos resultados ha dado y sigue dando á otras corporaciones. Así, la multitud de trabajos ejecutados por este Cuerpo como entidad oficial, y por sus individuos en particular, yacen desconocidos, no de quien no tenga por qué estar al tanto de ellos, sino de los mismos á quienes tal desconocimiento hace reos de ignorar lo que por obligación saber debieran.

Existe otra razón de esta general ignorancia. Un artillero inventa un cañón: se funde, se prueba, se monta; establécese una fabricación nueva, y surge el taller, el horno, el fusil; edifica un ingeniero un cuartel, un hospital; construye un fuerte, un puente, monta una línea telegráfica, y cual el del artillero, queda su trabajo á la vista de todos: patente á la luz del día, nadie puede ignorarlo. Un oficial de E. M. levanta un plano, realiza un trabajo de organización ó movilización, un estudio de defensa, un plan, escribe la historia de una campaña, y terminado y visto por el que lo encargó, ó se archiva y ya no lo ve nadie, ó se publica poniéndolo á la venta en el Depósito de la Guerra..... y el resultado es el mismo, pues como ninguno lo compra, nadie se entera.

Este es un aspecto del asunto. Veamos otro:

Un Cuerpo de Ejército ejecuta grandes maniobras. Las prepara el Estado Mayor: desde los reconocimientos del terreno, plan de ellas, embarques, movimientos de tropas, hasta las disposiciones del combate, todo pasa por sus manos. Supongamos que el resultado es brillante: el general reune en su despacho á su Estado Mayor, y le felicita por su acierto, inteligencia, etc., etc..... lo cual no oye nadie; y la gente, el ejército y el Ministro, ponen en los cuernos de la luna al general, por su *acierto, inteligencia,* etc., etc... Pero esto lo ve y lo

oye todo el mundo. Sale de la Capitanía general un trabajo de entidad, difícil, que requiere inteligencia, labor asidua, cultura superior: lo hace el Estado Mayor, lo firma el general, y S. E. es un talento; sale un documento sin importancia redactado por un auxiliar ó un escribiente, y gritan todos: «¡Esos de Estado Mayor no hacen sino extender pasaportes!» Un día se elogia á un jefe de cuerpo en una comunicación, y el agraciado se esponja con el buen concepto que de él tiene el general; al siguiente recibe un varapalo por un descuido ó una torpeza, y entonces son los pícaros del Estado Mayor los que le quieren mal; los favores se agradecen al general; las reprimendas, los fracasos de las pretensiones, son resentimientos con el Estado Mayor que despacha el asunto; y así, este pobre Cuerpo está siempre á las duras y á nunca á las maduras.

Es inevitable: lo dan de sí el cometido de los Estados Mayores, las vanidades y debilidades de los de arriba y de los de abajo: todo muy humano.

No es cosa de España, sino de todos los países; pero sí es exclusivamente nuestro, que esto no quede reducido, cual fuera ocurre, á murmuraciones de cuartos de banderas ó tertulias de café, y sólo aquí acontece que cada doce ó quince años, tales ignorancias y miserias lleguen hasta la altura; lo que sólo nosotros vemos es que se intente atropellar á un personal colmándolo de elogios, á la par que censurando la manera como lo emplean los encargados del mando, nada se haga, nada se proponga para corregir esta única cosa que las actuales reformas critican, y la sola en que no ponen mano.

Las últimas campañas evidenciaron con escándalo graves deficiencias de nuestro ejército; pueden señalarse citando hechos y aun nombres. En el Cuerpo de Estado Mayor no se ha dado el caso de relevar á un oficial; los generales, al cambiar de mando, pedían les siguiera el personal á sus órdenes; han recompensado á los jefes y oficiales de Estado Mayor, distinguiéndose en ello el autor de las reformas. Y, sin embargo,

donde tanto y tanto hay que corregir, á nada se toca sino al Estado Mayor, que, en opinión de los únicos que pueden apreciar sus servicios, ha cumplido siempre á satisfacción su cometido *en paz y en guerra*, según declara en el preámbulo de la reforma el propio autor de ella, tan poco firme en su criterio, que á los pocos días de presentado su proyecto á las Cortes él mismo lo modificaba radicalmente.

¿Y qué se pretende? Dar un salto en el vacío; ensayar lo ya desacreditado en varios países respecto á personal, confundiendo ideas y procedimientos en forma que indica escaso conocimiento y falta de estudio del asunto, sin modificar en nada lo relativo á la manera de prestar el servicio que, siendo lo único que se censura, en nada se altera, cayendo en inconsecuencia manifiesta.

Seamos claros. ¿Si el concepto personal que los oficiales de Estado Mayor disfrutan en la sociedad, uno á uno y como individuos de ella, es favorable respecto á su cultura y condiciones de caballerosidad, etc.; si el que merecen, también individualmente entre sus compañeros del ejército que los conocen y tratan lo es también; si los generales á cuyas órdenes sirven los distinguen y elogian, á qué obedece que en cuanto se les considera reunidos en corporación se fulmine contra ellos cursi anatema?..... Íbamos á contestar con claridad, según decimos al principio del párrafo, mas no nos atrevemos, porque resultaría la claridad un tanto fuerte.

V

En el punto interesante de la división territorial militar es donde, tal vez más que en otro alguno, se patentiza cuán necesitadas de más sólido estudio andan las reformas; aquí sobre todo se advierte, no sólo censurable ligereza, sino que lo arbitrario y caprichoso impera en ellas.

Obedece la división territorial en todos los Estados milita-

res á la necesidad de dislocar las fuerzas de la nación, de modo que proporcione las mayores facilidades para movilizarlas, así como para concentrarlas en las direcciones según las cuales han de ser empleadas según las mayores probabilidades. Base imprescindible de toda división territorial racionalmente hecha es la ley de reclutamiento; y aquí donde estamos abocados á un cambio en ella, anunciado por el propio Ministro, presenta éste, antes de estudiarlo, un proyecto de división territorial, lo cual equivale á trazar el plano de una casa sin saber como será el solar donde ha de levantarse.

Requiere la movilización, en beneficio de la cual se hace principalmente de antemano la división del territorio, que las unidades tengan sus núcleos en posiciones céntricas con respecto al territorio que comprendan, á fin de que, en caso de guerra, recorran los reservistas cortas distancias para incorporarse á las planas mayores; y si en las unidades pequeñas, que abarcan escaso radio, puede infringirse un tanto la regla (siempre lo menos posible), para atender á consideraciones de otra índole, es porque, tratándose de cortos recorridos, no tiene el aumentarlos graves inconvenientes, siempre que el alargamiento sea moderado; pero en las grandes circunscripciones de División y Cuerpo de ejército, un aumento de tal índole es intolerable, pues retrasa notablemente la movilización y, sobre todo, la concentración; y si siempre y en todo el tiempo es oro, en los comienzos de una campaña es sangre y honra de la patria, pues los retrasos en estas primeras operaciones suelen ser y han sido causa de definitiva derrota ó vencimientos desastrosos.

En su aspecto estratégico, á este solo punto restringido, debe la división territorial satisfacer á la necesidad de llevar á las fronteras, por donde el ataque pueda venir, el mayor número posible de cabezas de Cuerpo de ejército, dando al territorio que á cada uno se le asigne escasa anchura en sentido paralelo á ella y gran profundidad en el perpendicular hacia el interior, con lo cual no sólo se consigue presentar un fren-

te más nutrido al enemigo, sino lanzar en los primeros momentos, y á modo de observadoras y guardadoras de las líneas de invasión, tropas con superiores efectivos que las disponibles con menor número de cuerpos fronterizos.

El orden y la rapidez exigen que cada región militar tenga en su territorio todos los soldados que en sus cuadros han de ingresar llegado el caso, y no tenga más; pues de no ser así, se da lugar á idas y venidas, cruces, errores, retardos que tan funestos resultados dieron el año 1870 en la nación vecina. Para satisfacer tal exigencia, acaso la más esencial de todas, debe existir inmediata relación entre la fuerza del Cuerpo de ejército y la población de su demarcación; la misma, con ligeras variantes para todos.

La elección de capitalidad, punto natural de concentración, conveniente y céntricamente situada, teniendo en cuenta consideraciones relativas á su influencia como punto estratégico; el meditado estudio de las vías de comunicación, de los recursos, etc., etc., son, además de los ya considerados, factores que, ineludiblemente, deben tenerse en cuenta al proyectar una división territorial si no se quiere hacer un daño en vez de un beneficio.

De cómo se ha atendido en las reformas á tales premisas, pueden dar idea las someras observaciones siguientes:

La homogeneidad de unidades de igual fuerza, llamadas á desempeñar el mismo cometido, que deben movilizarse y concentrarse en plazos, si no idénticos, á lo menos poco diferentes, se juzgará por el hecho de que, mientras en alguno de los Cuerpos de ejército propuestos (el 5.°) no alcanzan los habitantes de la región, ni con mucho, á 2.000.000, en otro, el segundo, rayan en 4.000.000. Los demás ofrecen pintoresca variedad, con lo cual, si á unos les faltara gente, llegado el caso, sobrará á otros, y váyase ésto por aquéllo. Considerando la superficie, hallamos iguales enormes diferencias: desde 52.000 kilómetros cuadrados en uno á 109.000 kilómetros cuadrados en otro.

Tenemos en la actualidad en la frontera francesa tres cabezas de Cuerpo de ejército, 4.°, 5.° y 6.°, y en la de Portugal cuatro, 7.°, 8.°, 1.° y 2.°. De aprobarse las reformas, sólo quedarán en la primera el 4.° y 5.°, y en la segunda el 6.°, 1.° y 2.°; es decir, que en ambas significa el proyecto un retroceso.

Las capitalidades de las regiones modificadas, Barcelona y Valladolid, resultarán no sólo peligrosamente excéntricas con respecto al conjunto del territorio, sino alejadísimas de zonas importantes, á las cuales convendrá atender con verdadera urgencia.

Constitúyese una región, la 6.ª, en forma que el pronunciado saliente NE. de la frontera portuguesa penetrara en ella, permitiendo al enemigo que por dicha parte atacara cortar en una ó dos jornadas las comunicaciones de las tropas situadas á Oriente y Occidente de tan enorme y desproporcionada región.

Se prescinde de la capitalidad de Zaragoza, que es nudo de vías fluviales y carreteras, centro ferroviario á caballo sobre el Ebro, y amenaza temible para el enemigo que se halle en cualquier orilla; primer baluarte de importancia contra la invasión procedente del Pirineo Central, hoy abierto; posición de flanco contra la que viniera por Pamplona y Miranda; ciudad populosa con tradición guerrera; centro de una comarca belicosa y tenaz; lugar donde acabaron algunas invasiones, y otras se detuvieron largo tiempo, pues nadie se atrevió á pasar de ella sin atacarla. Prescindiendo de tal población, cométese una verdadera herejía estratégica, sin que haya ni sombra de pretexto para cometerla.

VI

Para terminar este ligero examen, á grandes rasgos hecho, de las reformas, diremos dos palabras sobre *las economías*

procedentes de supresión de regiones, centros, etc., economías que tanto se han cacareado.

Sólo existen, como no sea en cuantía risible, en la imaginación de los escasos apologistas de las reformas.

Para convencerse de ello, basta advertir que por la supresión de todos esos organismos no se elimina del presupuesto el personal que en ellos sirve, pues para eso sería preciso aniquilarlo, y las reformas no son tan radicales; de modo que con las propuestas sólo cambiarán de concepto en nómina. Hay que desengañarse, *la única manera de economizar en Guerra, es amortizar vacantes* hasta extinguir el excedente, aplicando con constancia la actual amortización verdad del 50 por 100. Cuando se haya extinguido la excedencia aparente, será hora de acabar con la efectiva, mucho mayor. Entonces podría producir economías verdad la supresión de no pocos organismos inútiles que el Ministro no menciona, y aun entonces debería dejarse subsistente la mayor parte de lo que ahora, con daño del servicio y sin provecho del Erario, se intenta suprimir.

Pero ¿no hay nada bueno en las reformas? Poco puede hallarse, en verdad, examinándolas imparcialmente; pero como algo hay, fuera injusticia no aplaudirlo; no como parte de un plan malo, sin trabazón entre sus partes, sino como proyectos sueltos beneficiosos, que deben prosperar aun cuando los otros merezcan ser desechados, pues ninguna relación existe entre unos y otros.

De estos proyectos podemos aplaudir el de mejora de rancho: si bien podrá ser poco eficaz tan parsimoniosamente realizada, y, sobre todo, haciéndola uniforme y no en proporción á la carestía de las localidades.

No como economía, pues ya hemos visto no se logra hoy por hoy con supresiones que dejan subsistir el personal, sino por razones de otra índole, parécenos oportuno que desaparezca la Junta Consultiva de Guerra, cuya principal finalidad es dar colocación, poco fructuosa para el servicio, á crecido número de generales.

Como orientación, aplaudimos sin reserva el proyecto de crear el Estado Mayor Central, organismo indispensable en todo ejército bien organizado; pero sólo alcanza el aplauso á la tendencia, pues si descendiéramos al articulado del proyecto, mucho sería preciso censurar, por deficiente á todas luces é inspirado en estrechas miras, capaces de anular los beneficiosos frutos que de centro tan importante, reducido en el proyecto á una sección nueva del Ministerio, hay derecho á esperar.

IGNOTUS.

Madrid, Febrero, 1901.

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

LA PASCUA DE ASHURA

Dar Muley Ali, 12 de Mayo de 1900.

Desde ayer estamos en plenas fiestas; los mahometanos celebran una de las cuatro principales solemnidades del año, la llamada Pascua de *Ashura*, que coincide con la entrada del año musulmán, y equivale en cierto modo á nuestro carnaval. Aunque los mahometanos son generalmente serios y formales, tienen también sus días de expansión y esparcimiento, y en estos días se disfrazan grotescamente y ejecutan toda suerte de juegos y farsas, remedándose unos á otros, sin respetar clases ni jerarquías. Las antiguas saturnales viven aún en todos los países. Lo mismo hoy que ayer, me he pasado casi todo el día en la calle, entretenido, contemplando el animado aspecto que presentaba la plaza principal *Djemma el Fenáa,* donde se celebra la fiesta, y se había formado una especie de feria en extremo pintoresca. Hanse reunido allí individuos de las más diversas regiones del Imperio, siendo innumerables los aldeanos y montañeses congregados en la ciudad para cumplir sus deberes religiosos y gozar de los variados espectáculos que les ofrecen los juglares, trovadores y músicos ambulantes. Distínguense especialmente los bereberes, de pequeña talla, ágiles

miembros y tez tostada por el sol. Su traje singular y característico me llamó bastante la atención, sobre todo por ir cubiertos con una á manera de gran capa pluvial negra, adornada en su parte posterior con un buen segmento de círculo rojo, que les hacía asemejarse á sacerdotes actuando de pontifical. Estas gentes pertenecen á una raza especial; forman un grupo independiente, y aunque hablan el árabe, se sirven entre ellos de un dialecto especial que en nada se asemeja á dicho idioma.

Durante el día la animación del *Soko* ha sido verdaderamente extraordinaria. Los chicuelos de todas clases se han entregado por completo al juego. Con intención de divertirlos se habían levantado las *Nahoras*, especie de ruedas aéreas ó de Tío-Vivo colgante, muy parecidas á cierto aparato que para esparcimiento de grandes y pequeños suelen verse en las ferias de Europa. Los pequeñuelos, y aun los adultos, acudían á ellas dando gritos de entusiasmo, pues únicamente en las fiestas de *Ashura* se usan las tales *Nahoras*. Dos ó tres rapaces ocupaban uno de los cajones suspendidos, y cuando la primitiva máquina estaba llena de criaturas, comenzaba á girar, elevándolas en el aire, mientras que los circunstantes se reían desaforadamente.

Otros niños, en tanto, esperando la ocasión de remontarse en las *Nahoras*, se paseaban en toscos carricoches ó en artefactos de madera que intentaban reproducir más ó menos torpemente las airosas y gallardas formas del caballo. Los chicuelos árabes, generalmente silenciosos y taciturnos, hoy estaban alegres y satisfechos, y sus sonoras carcajadas y gritos de júbilo, contribuían poderosamente á aumentar la desusada animación que por todas partes reinaba. Como en todo el resto del año nadie se acuerda en este país de los pequeñuelos, parece justo que al menos durante estas grandes solemnidades de la Pascua, les sea permitido entregarse á los juegos propios de su edad. Nada más primitivo y grosero que los aparatos que empleaban para divertirse: carrozas de dos pisos ó caballos de seis

pies, verdaderos monstruos que nadie se atrevería á imaginar; y es que, como la religión mahometana les prohibe reproducir nada viviente, se abstienen de representar al hermoso bruto, que es, más que compañero, amigo del árabe.

Largas horas me he pasado discurriendo por la extensa plaza principal de Marrakesh, aturdido y maravillado por tanta cosa rara, curiosa y extravagante como he podido observar. Allí había de todo: saltimbanquis y juglares, narradores de historias y leyendas, poetas ambulantes, curanderos, nigromantes, doctores empíricos, mimos y volatineros del Sus, cantores y músicos, *aisauas*, *handuchas* y otros sectarios fanáticos que ejecutaban mil juegos á cual más sorprendentes y capaces de asombrar al más escéptico, sin que faltaran ciertos jóvenes, de gallarda presencia y lindo aspecto, que al par que cantaban dulces canciones, ejecutaban danzas lascivas, lanzando en torno miradas y sonrisas provocadoras. Innumerables mahometanos acudían á contemplarlos, pudiendo asegurarse que aquel era el espectáculo más concurrido de la feria. Ya hace días que me habían chocado sobremanera aquellos mancebos de andares equívocos é indefinidos ademanes, y mi moralidad de europeo se resistía á calificar el depravado oficio á que se dedicaban. Pero tras haberlos observado algún tiempo y después de haber consultado con persona entendida en el idioma del país, he tenido que rendirme á la evidencia. Los vicios de Sodoma reinan en el Imperio del Magreb y se practican públicamente. La raza árabe, tan viril y denodada, se encuentra en el mayor grado de abyección y rebajamiento.

Singular espectáculo. Enmedio de un corro formado de hombres de todas clases y edades, veíanse tres ó cuatro muchachos, de catorce á quince años cuando más. Vestían largos caftanes de finísima muselina blanca, que permitían entrever suavemente tamizado el viso de color brillante, azul, amarillo ó rojo; ceñían su talle de impúberes con un cinturón de seda bordado con lentejuelas, y adornaban sus cabezas, de las que pendían dos largas trenzas, con cintas y flores. Los brazos,

puestos en el cuadril, titubeando las caderas, y mirando á todas partes (como diría el inimitable y castizo D. Serafin Estébanez Calderón), cantaban con voces atipladas de extraño timbre, y bailaban cierta danza caprichosa, nada agitada, pero de movimientos ondulosos sabiamente entendidos, al compás de una pequeña música exótica y quejumbrosa, que ejecutaba una orquesta, compuesta de un *guembri,* especie de guitarra de dos cuerdas, un *rebab* ó violoncello primitivo y dos *derbukas* ó tamboriles, que con sus golpes secos marcaban el ritmo y la cadencia. De cuando en cuando un viejo, repugnante y asqueroso, sin duda alguna el jefe de la pandilla, se introducía en el grupo de los cantores, y ya los acariciaba ó, lo que era más frecuente, remedaba sus movimientos y ademanes, exagerándolos un tanto, quizá con el sano propósito de excitar, por el contraste, la atención del público, que contemplaba con deleite y satisfacción el baile obsceno y descocado. Otras veces uno de los bailarines, acudiendo á la seña de alguno de los circunstantes, se aproximaba á él, y frente á frente, mirándole con fijeza, cantaba y bailaba para él solo. Cuando terminaban los endiablados muchachos sus empecatados ejercicios, una lluvia de monedas, ávidamente recogidas por el indecente viejo, cubría el suelo; mientras que los protagonistas del cínico espectáculo se envolvían en grandes mantas obscuras, recatándose y coqueteando con todos los presentes como mujerzuelas de baja estofa. Y todo esto se ejecutaba al aire libre, en plena plaza pública, á toda luz, ante un centenar de espectadores. Lo veía y no quería creerlo. Al principio no me explicaba lo que ocurría, pero cuando comprendí la verdad, me dieron náuseas y me alejé precipitadamente lleno de asco y sin volver la cara atrás.

Afortunadamente no faltaban en la plaza otros espectáculos para distraerse, y fuí á dar en una reunión de graves mahometanos que, acurrucados en el suelo, escuchaban con gran atención á un individuo que, moviéndose con agitación y ejecutando toda clase de gestos y aspavientos, les relataba con

triste y plañidera voz historias y leyendas maravillosas. El auditorio, embebecido, permanecía en el mayor silencio, escuchando las fantásticas descripciones que debía hacerles el trovador ambulante, acompañando su monótona canturria, pues recitaba con entonación y ritmo, con los golpes de una pandereta. ¿Que contaría el poeta popular? Casi seguramente, cuentos llenos de fantasía, sucesos de un mundo mejor, en el que intervienen en la vida del hombre espiritus y genios, fantasmas y espectros, ángeles y huríes, todo un conjunto de criaturas sobrenaturales de singular y relevante belleza. Jamás he sentido el deseo de penetrar un arcano, como en esta ocasión. Hubiera dado cualquier cosa, realizado cualquier sacrificio, por entender lo que decía el recitante, y gozar siquiera por un breve instante de las infinitas delicadezas de la poesía oriental. Acrecentaba mi curiosidad la actitud de los oyentes, que escuchaban extáticos, admirados, como si saborearan algún manjar muy exquisito y refinado que les causaba tan extraordinario placer, que no se acordaban de nada, notándose en sus semblantes una indefinida expresión de beatitud. Entregados por completo al encanto de la narración maravillosa, se apartaban de las realidades de la vida, y se remontaban con el poeta á las etéreas regiones de la belleza suma. Felices los que así escuchan y entienden, pues tienen á su alcance una fuente inagotable de dichas y placeres.

Como no entendía nada, absolutamente nada de lo que allí se decía, como la expresión mímica del recitante no me aclaraba ningún concepto, me dirigí á otro de los muchos corros que en la plaza había. Esta vez se trataba de algo más inteligible, pues lo que pude ver era una reunión de saltimbanquis del Sus, que ejecutaban trabajos gimnásticos y enseñaban al público los ejercicios y habilidades de algunos animales amaestrados; algo de lo que se hace en nuestros circos. Uno de los volatineros, muchacho joven y fornido, me sorprendió por su extraordinaria vivacidad y ligereza. Encaramado en lo alto de un palo que sostenía en el aire uno de sus compañeros, dis-

paraba su espingarda haciendo blancos maravillosos, como el de atravesar una naranja colocada en la punta de una larga caña, y elevada á mayor altura que él. Lo verdaderamente notable era que no ocurriese una desgracia, pues la plaza estaba llena de gente, y el arma que se empleaba, á más de estar vieja y descompuesta, se cargaba con exceso. Después de ejecutar esta y otras proezas por el estilo, jugaban con unos monos, enseñados á hacer toda clase de piruetas, brincos, saltos, trechas, corbetas y demás monerías, con gran contentamiento de los congregados para presenciar el espectáculo. Junto á este grupo había otro de *Susis* cantores, que se acompañaban con panderos y guitarras de tres cuerdas, extrañas canciones llenas de melancolía y tristeza. No me explico por qué toda la música árabe es triste y sombría. No he oído desde que estoy en este extravagante país una sola canción alegre. Siempre escuché cantos lúgubres, gemidos desesperados, suspiros y lamentos, como si el arte popular llorase la decadencia de la civilización y de la raza.

Es por demás sabido que los árabes no han tenido nunca teatro. A pesar de ser esta la opinión más generalizada, no faltan algunos escritores que hablen de ciertos *diálogos* poéticos, que pertenecen por su forma y contenido al arte dramático, citando entre ellos una famosa composición del escritor español *Mahommed el de Vélez*, en la que intervienen los profesores de diversas artes é industrias, que usando cada cual el lenguaje propio de su profesión ú oficio, se burlan y motejan mutuamente, descubriendo sus vicios y sus fraudes. También se sabe que á la feria de *Alocad* acudían los más célebres poetas del *Islam* para disputar cantando sus versos, y sostener diálogos sobre diversas materias; y según testimonio del escritor Alselami, en su *Historia de Granada* (1), citada por Casiri, en las *posadas* de la ciudad de la Alhambra los juglares y poetas ejecutaban danzas y recitaban diálogos para solaz y recreo de

(1) Vide *Casiri*, tom. II, pág. 246.

los forasteros que visitaban la capital Nazarita. Algunos de estos diálogos, recitados con gran acompañamiento de gestos, he escuchado yo en el *Soko* de Marrakesh, lamentándome de no poder comprender la letra, por más que algunas veces la pantomima clara y significativa me permitiera formar alguna idea de la acción del pequeño poema. Uno de estos, que debía alcanzar gran éxito, pues le ví ejecutar más de dos veces, consistía, á mi entender, en la discusión sostenida entre un chaláu que pretendía vender á otro individuo un burro, un caballo ó un camello, en fin, un cuadrúpedo cualquiera, que era representado gráficamente por uno de los miembros de la ambulante compañía. Tras larga conversación en la que el mercader trataba de convencer al marchante, enumerándole las buenas cualidades del animal, se verificaba la venta, y el astuto chalán se marchaba, es decir, se sentaba en el círculo formado por los músicos. El comprador, ya solo, pretendía regresar á su casa, utilizando los servicios de la bestia adquirida, pero ésta, que debía ser vieja, se resistía tenazmente, sin que fuera posible obtener nada de ella, con lo que desesperado el pobre marchante se dirigía en busca del malhadado chalán que le había engañado. Libre la escena por haberse sentado también entre los que componían la orquesta los actores que desempeñaban las partes de comprador y de animal, volvía á presentarse el mercader, contando el dinero recibido y demostrando su alegría por el buen negocio realizado, pero no tardaba en acudir nuevamente el comprador, que le reconvenía agriamente reclamando la cantidad dada en pago, y alegando haber sido engañado, terminando la farsa con una lucha en la que no escaseaban los palos. Ignoro si lo que decían los personajes era recitado de memoria ó improvisado; lo cierto es que el auditorio reía sin cesar, ya los chistes y agudezas que á mi parecer pronunciaban, ya los gestos cómicos que ejecutaban con verdadera maestría. Hay que reconocer que estos *Susís* son inmejorables *mimos*. Esta pequeña *farsa*, que tal nombre merece semejante espectáculo, es muy posible que quisiera re-

presentar otra cosa que la que yo presumí entender, pero no obstante, me divirtió mucho recordándome los *juegos* que suelen hacer los campesinos andaluces en las fiestas que se celebran durante las vendimias y en los que reproducen escenas de la vida popular, exactamente lo mismo que sucedía en las *farsas atelanas* de los antiguos romanos. ¿Tomaron los españoles estos *juegos* de los árabes, ó éstos los recogieron de los españoles, á quienes los legaran los romanos? He aquí un problema interesante que me declaro incapaz de resolver, confesando leal y sinceramente que este teatro primitivo é inocente me entretiene largos ratos, y que soy asiduo asistente á sus representaciones.

Otra farsa he visto ejecutar, de argumento más complicado y picaresco. Se trataba esta vez de un señor moro que viajaba con su esposa, representada por un muchachote que, envuelto en una de las inmensas mantas con que se cubren por lo general las mujeres moras, conservaba cuidadosamente la cara tapada, conforme á la usanza preestablecida. La lluvia sorprendía á nuestros dos caminantes, que habían simulado lo largo de la jornada dando innumerables vueltas en derredor de[1] círculo formado por los asistentes, en las cercanías de un *fondak,* al que se dirigían presurosos. Una vez refugiados en la posada, donde ya había buscado albergue un negociante, se disponían á cenar tranquilamente. Pero el huésped primitivo, al ver á una mujer en la reunión, empezó á importunar al marido, enseñándole collares, babuchas y otros objetos caprichosos que despertaban la codicia de la desconocida viajera, que miraba con un ojo solo, y hacía vanos esfuerzos por obtener de su dueño y señor alguna de aquellas baratijas. Tras larga discusión, en la que no se llegaba á ningún acuerdo, el esposo pretendía echar de la habitación al negociante, demostrándole que era llegada la hora de descansar y no le parecía prudente que un extraño permaneciese en compañía de su esposa. Pero éste, dispuesto á todo y alentado por las miradas insinuantes de la coqueta, alegaba su indiscutible derecho de *primo ocu-*

pante, y sin más ni menos, se acurrucaba en el suelo y se fingía dormido. Comprendiendo el marido que en vano trataba de conseguir su objeto y que la pertinaz lluvia le impedía alejarse del *fondak,* tomaba el mejor partido y se acostaba en compañía de su cara mitad, no sin amonestarla severamente y cuidando de colocarse entre ella y el negociante. Largo silencio, que al fin interrumpían los ronquidos del cansado viajero, dando la señal para que el fingido durmiente comenzara á hacer toda clase de señas sigilosas con el objeto de despertar á la mujer, que no tardaba en acudir al llamamiento, entablándose un diálogo amoroso, que cesaba apenas el desgraciado marido hacía cualquier movimiento. Dos veces lograban los indiscretos amantes despitar las sospechas del ultrajado marido, pero la tercera vez eran sorprendidos infraganti, concluyendo la fiesta con buen número de garrotazos, que recibían lo mismo el atrevido negociante que la coqueta y descarada mujerzuela. El argumento, no muy correcto en su trama, tenía un desenlace moral, en que triunfaba la virtud y eran castigados los prevaricadores. ¿Qué más se podía pedir? Los tres actores que representaron esta grotesca farsa eran admirables, sobre todo el encargado de la parte de mujer, que ejecutaba su difícil papel con sin igual donosura, remedando todas las gracias y dengues de la más refinada coqueta. Los mudos diálogos que se cruzaban sobre el cuerpo del dormido caminante, claro está que no hubieran podido ser presenciados por ninguna damisela, pero, á pesar de su descarada indecencia y procacidad, resultaban ejecutados con verdadera gracia y picaresca intención. Estas pantomimas de los *Susis,* que constituyen un embrión de arte escénico, deleitan sobremanera á los mahometanos.

Pero lo más curioso é interesante que puede verse en el *Soko de Marrakesh,* lo que más me ha sorprendido y maravillado, son los fascinadores de serpientes, y, sobre todo, los trabajos realizados por los *aissauas* y *handuchas* y otros individuos pertenecientes á las diversas sectas religiosas fanáticas que

tanto abundan en el Imperio. Ejecutan estos *santones,* que en semejante concepto son tenidos por el pueblo, actos tan raros, tan extravagantes, tan fuera del orden natural, que, aunque seguramente tendrán su explicación lógica y fundamentada, como se escapan por completo á lo que nuestra inteligencia juzga como verosímil y posible, ponen en grave aprieto al más escéptico en cuestión de milagros. Como los *fakires* de la India y los *derviches* de Oriente, los *aissauas* y *handuchas* poseen secretos maravillosos y practican artes ocultas, que les permiten producir fenómenos en apariencia sobrenaturales; y digo en apariencia, porque presumo que el hipnotismo y la sugestión son la causa que los produce, no encontrando mi espíritu otro modo de explicárselos satisfactoriamente. Repetidas veces he presenciado los extraños fenómenos patológicos á que me refiero, casi siempre acompañado por alguna persona de la expedición, y cada vez mi sorpresa ha crecido. Uno de mis más asiduos compañeros ha sido el Dr. Cerdeyra, y lo mismo él que yo hemos quedado atónitos y perplejos, sin poder explicarnos lo que veíamos. Es sabido que la civilización árabe ha dado siempre gran importancia al estudio de las ciencias ocultas, tan perseguidas en Europa durante la Edad Media, y no es extraño que por esta causa hayan llegado al conocimiento de ciertos fenómenos sobrenaturales de esos que tanto preocupan á los sabios investigadores de las modernamente llamadas ciencias psíquicas. Y dejando á un lado toda digresión, voy á tratar de consignar lo que he visto (1) y sobremanera me ha interesado, por constituir un espectáculo altamente sugestivo, que, aunque en ciertos momentos no dejaba de resultar repugnante, atraía con el misterioso encanto de todo lo desconocido y sobrenatural.

(1) Como á alguno de los lectores pudiera parecer exagerada ó fantástica la descripción de los fenómenos realizados por los *aissauas* de Marrakesh, me tomo la libertad de asegurarles que cuanto escribo es rigurosamente exacto, habiéndolo presenciado en mi compañía varias personas, y entre ellas, los Sres. D. Jaime de Ojeda, D. Reginaldo Ruiz y el doctor Cerdeyra. A su testimonio me remito.

Por más que se hayan leído descripciones, por más que se tenga alguna idea de lo que hacen los fascinadores de serpientes, la primera vez que se presencia semejante espectáculo se recibe una sensación extrañà y anómala, motivada en parte por la repugnancia que inspiran los inmundos reptiles. Desde luego, la curiosa escena se verifica al aire libre, en plena plaza pública. El *milagrero,* y permítaseme que le dé semejante nombre, comienza por pronunciar una arenga, invocando al Todopoderoso y al famoso morabito *Sidi Muley Abd-el-Kader,* que debe ser el patrono de los del gremio, pues que todos los que he visto ejecutar esta clase de suertes pretenden su auxilio y protección. El discurso, más bien que hablado es cantado, entrecortado por gritos penetrantes y estridentes, que acompañan verdaderas contorsiones de convulsionario. Recuerdo uno de estos individuos, muchacho joven, alto, delgado, demacrado y ojeroso, tez curtida por el aire caliente del desierto, larga cabellera negra desmelenada, grandes ojos, negros también y rasgados, de mirada penetrante y expresiva, que al mismo tiempo que pronunciaba sus conjuros, oraciones y exorcismos, se agitaba frenéticamente, llegando á asemejarse á un energúmeno. No tarda mucho en acudir la gente, ansiosa de presenciar el extraordinario espectáculo que ha de testimoniar una vez más la indiscutible grandeza de Allah y los inmensos privilegios con que honra y premia á sus favorecidos. Todos forman círculo en derredor del santón, á quien contemplan con religioso respeto, uniéndose de corazón á sus invocaciones. En todos estos juegos representa un gran papel el elemento místico; las plegarias se suceden durante largo rato, ya recitadas por el oficiante solo, ya dialogadas entre él y la concurrencia. De cuando en cuando se interrumpía el rezo para hacer una colecta, generalmente abundante. Las monedas de todas clases caían en la pandereta, que presentaba al público el director del espectáculo.

Mientras tanto, los ayudantes habían colocado en el centro del corro un canasto cilíndrico, cubierto de pieles y cuidado-

samente cerrado, ante el cual extendieron una gran manta de lana, después de lo que se acurrucaron en un extremo del espacio descubierto y comenzaron á tocar una música imposible. Uno de ellos arrancaba lastimosós sonidos á una tosca flauta de caña, en tanto que el otro percutía una pandereta marcando un ritmo alterado, que se iba acelerando paulatinamente. Ya terminadas las imprecaciones y rezos, y satisfecho el oficiante de la cantidad recogida, el juego comenzaba. Primero descubría con esmero el canasto cilíndrico, é inmediatamente comenzaba una danza lenta y pausada, canturreando entre dientes una especie de salmodia, á cuyo sonido acudían los asquerosos ofidios, deslizando sus anillos viscosos y su piel reluciente sobre la manta de lana extendida en el suelo. Había serpientes de dos clases: unas como de dos metros de largo, delgadas, de color bronceado, con reflejos azules y cabeza aplastada, que mantenían erguida á respetable altura en tanto enroscaban el resto de su cuerpo; otras pequeñas, gruesas, de piel blancuzca con manchas pardas; ambas temibles por el veneno que destilan sus puntiagudos dientes. Los repugnantes animales eran manejados con completa libertad por el fascinador, que los enlazaba á su cuello y los cobijaba bajo sus vestiduras, sin aparentar temer sus crueles mordeduras. No faltaba alguna que pretendiese esquivar el encanto y arremetiese contra el que pretendía doblegar su fiereza, pero pronto cedía mansamente y acababa por seguir los movimientos de su maestro. Los extraños músicos continuaban su tocata, acelerando siempre el movimiento; el fascinador, con dos ó tres ofidios suspendidos de su cuello, proseguía su danza, cuando de pronto, á una seña suya, todo rumor cesaba; había llegado el momento álgido de la operación, el encanto iba á verificarse. Cogía entre sus manos al más terrible de aquellos reptiles, el asqueroso áspid africano, y lo extendía en el suelo en toda su longitud, pasándole la mano desde la cabeza á la cola repetidas veces. A los pocos momentos el monstruoso animal quedaba como muerto, rígido, inmóvil, tieso como un palo. Inútil era el

hostigarla, pisarla ó molestarla de cualquier manera; la serpiente permanecía inmoble, fascinada, sin que una vibración hiciera ondular su flexible cuerpo. El encanto duraba largo rato, y mientras lo contemplaba, no podía menos de recordar aquellos milagros que, según la Biblia, ejecutaban Moisés y los sacerdotes egipcios, transformando sus báculos en serpientes y convirtiendo de nuevo á éstas en báculos. Lo cierto es que, á no haber visto con anterioridad al inmundo animal moverse en todas direcciones, cualquiera creería, al mirarle en aquel estado de absoluta inmovilidad y rigidez, que más bien que algo viviente era una fuerte rama arrancada de algún árbol y tendida en el suelo. Mucho tiempo quedaba el áspid en semejante estado; pero cuando al encantador le parecía conveniente, le bastaba con hacer algunos signos, pronunciar ciertas palabras y pasarle dos ó tres veces la mano desde la cabeza hasta la cola para devolverle la vida. Instantáneamente el reptil comenzaba á agitarse, irguiendo de nuevo su cabeza con más fiereza que nunca.

Pero aún quedaban otros actos que realizar. Los orientales creen á las serpientes dotadas de poderes sobrenaturales, y les rinden una especie de veneración respetuosa. Demostrada ya la habilidad del oficiante en fascinar y rendir al asqueroso reptil, aún le quedaba por probar que era inmune á su temida mordedura, y que ésta le facilitaba facultades extraordinarias. Al efecto, cogía al animal un poco más abajo de la cabeza y enroscaba la cola á su brazo. Con lentitud sabiamente calculada, iba aproximando la cabeza del áspid á la suya; ambas miradas se cruzaban penetrantes y agudas, el juglar sacaba su lengua, cuyo rojizo color enfurecía al animal, que, lanzando un estridente silbido, se precipitaba sobre el miembro humano que le irritaba, mordiéndole despiadadamente. Brotaba la sangre de la herida abierta por los dientes encorvados, y el público, sorprendido y maravillado, comenzaba de nuevo las preces é invocaciones al Todopoderoso. El oficiante se desligaba del animal con quien se había besado frenéticamente, y en

aquel repugnante ósculo había recibido la inspiración divina. Ahora podía realizar actos sorprendentes; y para asombrar á la concurrencia, cogía un puñado de paja, que mojaba en su sanguinolenta saliva consagrada, y, formando un apretado manojo, que sujetaba entre sus nervudas manos, soplaba sobre él, pronunciando palabras misteriosas. Habilidad de juglar ó lo que fuera, lo cierto es que la paja no tardaba en humear, inflamándose á poco y lanzando una ardiente llama, que el pueblo consideraba como santa. Por más que quise fijarme, me fue imposible averiguar cómo se producía el fenómeno. El árabe no usaba más que un poco de paja, que mojaba, como he dicho, en su saliva, bendecida según la popular creencia por el hálito de la serpiente.

Alguno de los que presenciaban la escena, habitante de las campiñas, expuesto á las mordeduras siempre horrorosas de tan temibles animales, pretendía asociarse á tales prácticas y recibir una especie de iniciación del misterioso, culto que le hiciera en cierto modo indemne de todo riesgo. Entonces se verificaba una curiosa ceremonia. El pretendiente era introducido en el corro, llevado sobre las espaldas del oficiante; en semejante postura, daban dos ó tres vueltas por el ámbito descubierto, tras de las cuales se acurrucaban uno frente á otro, junto á la manta en que yacían los reptiles, comenzando inmediatamente una especie de salmodia dialogada. Los circunstantes se unían al rezo, contestando en coro á ciertos versículos, y elevando las manos con las palmas extendidas hacia el cielo en forma de invocación. Seguían mucho tiempo las oraciones y exorcismos, ejecutándose á la par misteriosos gestos, como imposición de las manos, ya al neófito, ya á las serpientes, tocamientos en ciertas partes del cuerpo, y otros restos de antiguas y primitivas liturgias, terminados los cuales, el oficiante cogía uno de los reptiles, depositándole cuidadosamente sobre las extendidas manos del nuevo prosélito. Este parecía sumido en éxtasis religioso, contemplando con beatífica expresión al inmundo ofidio, que se deslizaba sobre su cuerpo

sin ofenderle en nada. Después de entregar su correspondiente limosna, pago débil de los beneficios recibidos, el neófito era retirado del corro de la misma manera que en él ingresó. Me resisto á creer en la eficacia del medio empleado para librarse de las crueles mordeduras de las serpientes, temiéndome mucho que en campo abierto éstas se dignen reconocer á los iniciados. No obstante, debo hacer constar que los aldeanos árabes parecen dar gran crédito á estas extrañas y extravagantes prácticas.

Más curiosos é interesantes todavía me resultan los actos que ejecutan las *aissauas* y *handuchas*. Bajo semejantes denominaciones se designan á los miembros de dos grandes asociaciones religiosas extendidas por todo el Imperio del Magreb, que se distinguen por el modo verdaderamente salvaje y brutal con que manifiestan su exaltado fanatismo. La primer secta fue fundada por Sidi Mohammed-ben-Aissa (1), venerable santón, que floreció durante el reinado del famoso Muley Ismael. Era un pobre de Mequinez, que vivía en la mayor miseria, dedicado al rezo y á la contemplación. Llegó á tal estado de desvalimiento y pobreza, que aun le faltaron los alimentos necesarios para su sustento y el de su familia. Sin embargo, su inquebrantable confianza en Allah se mantenía incólume. Un día, mientras rezaba, un desconocido se presentó en su casa, proveyéndole de alimentos, hecho que se repitió en días posteriores. Agradecido Ben-Aissa por semejante favor del cielo, decidió hacer una solemne plegaria de acción de gracias, precedida de las convenientes abluciones prescritas por el ritual. Al efecto, encargó á su esposa que fuese á buscar el agua necesaria á un pozo vecino de la ciudad, cuyas aguas eran consideradas como santas. Al sacar los cubos, la mujer encontró gran cantidad de monedas de oro, con cuyo hallazgo, achacado naturalmente á la intervención divina, volvió á su casa. Aquella misma noche, Ben-Aissa tuvo una revelación, en la que

(1) *Aissa* es el nombre árabe de *Yesus*.

el Todopoderoso le prescribió fundar una secta religiosa, dictándole las reglas que debían regularla, é indicándole la conveniencia de castigarse con los mayores suplicios para aplacar la irritada cólera de Allah.

Obedeciendo al celestial mandato, Ben-Aissa comenzó al instante su predicación. Pronto logró reunir más de cien discípulos que desde luego le consideraron como su jefe, y se dispusieron á seguir sin la menor vacilación sus mandatos. Llegada la fiesta de la pascua llamada *Eid-el-Kebir*, el maestro y sus prosélitos se reunieron para celebrarla solemnemente. En la asamblea manifestó el venerable santón el encargo que había recibido de Dios, exponiendo que cuantos quisieran seguirle debían someterse á una prueba que deseaba imponerles. «En vez de inmolar carneros (1) como es costumbre establecida en este día — les dijo — voy á inmolaros á vosotros.» Treinta y ocho fanáticos resistieron la terrible prueba, demostrando con su sacrificio la ardiente fe que los animaba. La sangre que se vió salir de la casa de Aissa delató el sangriento suceso, que fue puesto en conocimiento del Sultán Muley Ismael, á quien ya comenzaba á preocupar la fama del nuevo apóstol. Apenas se enteró el Emperador de lo ocurrido ordenó reducir á prisión al asesino. Apesar de que los soldados enviados con tal intento sólo encontraron en el domicilio de Aissa los cadáveres de treinta y ocho carneros y ningún vestigio del crimen, el santón fue expulsado de Mequinez, marchando á establecerse en un lugar vecino denominado *Hameria*, donde continuó sus predicaciones, recibiendo la visita de sus partidarios, que iban aumentándose cada vez más.

Muley Ismael, temeroso del incremento extraordinario que

(1) En la Pascua grande, llamada también *Courbau Bairam*, todos los árabes procuran matar un carnero por cada una de las personas de su casa, pues según la promesa que Allah hizo á Mahoma, el último día del mundo, antes del juicio universal, todos estos carneros resucitarán y pedirán á Dios que perdone á sus sacrificadores.

tomaba la nueva secta, propúsose desterrar á mayor distancia de la ciudad al fanático predicador. A su mandato terminante *Ben-Aissa* respondió que no obedecía por haber recibido una orden de Allah que le prescribía establecerse en la nueva capital del Magreb, añadiendo que para cumplimentarla estaba dispuesto á comprar la ciudad á precio de oro si era preciso. El Sultán accedió á semejante pretensión y fijó un tanto exorbitante, marchando inmediatamente á *Hameria* con la esperanza de confundir al impostor y temerario santón. La tradición asegura que Ben-Aissa logró salir del paso con sólo sacudir las ramas de un viejo y venerable olivo, bajo el cual se celebró su conferencia con el Emperador, puesto que en vez de una lluvia de hojas cayó una lluvia de monedas de oro que sorprendió á todos los presentes. A pesar de tan extraordinario milagro, y en atención á los deseos manifiestos de Muley Ismael, Sidi-Aissa abandonó el lugar en que se había refugiado, no sin imponer la condición, que desde luego fue aceptada, de que cada año, desde el día duodécimo del mes de *Rebi-ul-Ewel,* fiesta del *Mulud* y aniversario del nacimiento de Mahoma, los habitantes de Mequinez permanecerían encerrados en sus casas sin salir á la calle durante siete días, excepción hecha de sus prosélitos, únicas personas que podrían en aquel entretanto discurrir libremente por la ciudad. Poco tiempo después, Ben-Aissa moría con la satisfacción de ver que la secta que había fundado se había extendido por todo el Magreb, y que las crueles y bárbaras prácticas que estableciera se celebraban periódicamente. Fue enterrado en Mequinez, y sobre su tumba se erigió un santuario, objeto de gran veneración, al que acuden en romería todos los años sus innumerables prosélitos, entre los que se encuentran gentes de todas las clases.

La secta de los *handuchas*, que en sus ceremonias religiosas es aún más bárbara y salvaje que la de los *aissauas*, fue establecida por el santón *Sidi-Ali-Ben-Handusch*, que está sepultado en Sarhum, ciudad donde se encuentra el principal santuario de la asociación. Es imposible imaginar los excesos

de crueldad á que se entregan estos fanáticos sectarios, poseídos del entusiasmo religioso. En su danza epiléptica se hieren con hachas y cuchillas, corriendo la sangre á borbotones. En Tánger los he visto el día en que se celebra su fiesta más solemne devorar un carnero vivo, en pleno *Soko*, sin que á los pocos momentos quedase ni el menor vestigio del animal. Recuerdo que la escena repugnante me causaba asco, y que, sin embargo, era tan sugestiva é interesante, que no podía dejar de observarla en todos sus detalles. Aquí en Marrakesh he tenido ocasión de presenciar lo que hacía uno de los miembros de la cofradía de los *aissauas*, y, francamente, me he quedado perplejo y confuso en más de una ocasión, sin poderme explicar satisfactoriamente cuanto veía. Es posible que la sugestión influya mucho en todos estos fenómenos; ¿pero es acaso menos maravilloso que un hombre posea tan gran poder hipnótico que pueda sugestionar á buen número de individuos congregados sin previo acuerdo en una plaza pública, para presenciar un espectáculo desconocido?

El *aissaua* del Soko de Marrakesh es un tipo extravagante, que inspira asco y repulsión. Más bien bajo que alto, macilento, envejecido prematuramente, de tez curtida cubierta de costurones y cicatrices, melenas y barbas desgreñadas, mirada torva y sanguinaria, tal es el tipo que todas las tardes se entrega á sus sangrientas y repugnantes prácticas, ante un público de fanáticos que le admira con respetuoso entusiasmo, socorriéndole con numerosas limosnas y mirando con recelo á los cristianos que se aproximan á contemplar su ídolo. El *aissaua* nos considera con singular desprecio. En cierta ocasión en que arrojé á la manta al efecto prevenida una moneda de plata, alguien hubo de señalarle que procedía del odiado *rumi:* pues al momento la recogió, y dando notables muestras de desagrado, la arrojó lejos, muy lejos de sí, por encima de la cabeza de los circunstantes, lanzándome al mismo tiempo una mirada de odio concentrado. Aquel individuo, cubierto de andrajos por todas vestiduras, y armado con una

gran maza de madera, erizada de gruesos clavos de todos tamaños, causaba á un mismo tiempo curiosidad y miedo. No me hubiera agradado hallarme á solas con él, y sin embargo, rara es la tarde en que no acudo á visitarlo, ya solo, ya en compañía de algún amigo como el Dr. Cerdeyra. Y es que los singulares actos que realiza intrigan sobremanera mi imaginación, que en vano pretende hallar en ellos alguna supercheria. Igual sucede á algunos de mis asiduos compañeros. De un lado la razón se resiste á creer lo que ven nuestros ojos, por otra parte tenemos que rendirnos á la evidencia.

Varias tardes le hemos visto coger varios trozos de vidrio, reducirlos á diminutas fracciones, mezclarlos con tierra y comerse tan sabrosa pasta. Ejecutaba la operación de hinojos sobre la maza de que antes hablé, cuyos clavos debían desgarrar sus demacradas rodillas. En tal postura cogía, ya un puñado de vidrio, ya una manotada de tierra, y se llenaba la boca cuanto podía. Sus carrillos se hinchaban, los músculos de su cuello se tendían, y se veía claramente el esfuerzo que debía realizar para tragar el asqueroso manjar, que se vislumbraba descender lentamente hasta el exófago. Llegaba á consumir unos dos kilos de tierra, acompañados de ocho ó diez puñados de vidrio. Terminado el banquete monstruoso, y sin duda para facilitar la digestión, se bebía tranquilamente, siempre en idéntica postura, más de medio pellejo de agua, que vertía en su garganta un compasivo aguador de esos que pululan por las calles de la ciudad, después de lo que se quedaba nuestro hombre tan tranquilo y satisfecho. Pero esto no era nada para lo que luego ocurría, que aquí es donde entra lo verdaderamente maravilloso é incomprensible. ¿Cualquiera supondría que el *aissaua*, después de haber consumido tales manjares, iba á padecer un cólico espantoso que pusiera su vida en peligro? Nada de esto. Incorporábase lentamente y comenzaba una danza pausada y solemne, entonando una salmodia triste y misteriosa, y alguna que otra vez inclinaba la cabeza al suelo é invocaba á *Sidi-Ben-Aissa* y á *Sidi-Ali-ben-*

Handusch, sus santos patronos, dando fuertes golpes con los pies sobre la tierra. Todo esto duraba breves minutos, en cuyo transcurso, el vientre, antes sumamente dilatado, del *santón*, se iba reduciendo poco á poco, quedando al fin y al cabo flaco y reducido como en un principio. Sin duda para hacer más patente el extraño fenómeno, el *aissaua*, levantando su burda camisa, descubría la parte alta del vientre. Repito que he presenciado semejante acto varias veces, pareciéndome indudable que se verificaba la extraña comida, que el individuo en cuestión la deglutía y tragaba, que su vientre se inflamaba y endurecía, y que al cabo de un corto período volvía á su estado natural. El cómo y el por qué no me lo explico.

No he de extenderme en describir las otras mil barbaridades que lo mismo á éste que á otros individuos de su misma secta y profesión he visto ejecutar, como atravesarse la lengua con una aguja, perforarse los carrillos clavándose largos alfileres hasta formar una aureola alrededor de su boca, introducirse hierros de una cuarta por las narices y oídos, tragarse carbones encendidos, devorar un lagarto vivo ú otro inmundo reptil, inferirse grandes heridas en la cabeza con un hacha, arrojar al aire piedras y terrones de tierra, que recibían sobre su cráneo, y otras muchas proezas que revelan un estómago á prueba y una refinada crueldad. Parece como si desconociesen por completo el dolor físico. Heridos, chorreando sangre, los miembros perforados por instrumentos agudos y cortantes, prosiguen su danza sin que nada parezca molestarles, y terminada la ceremonia, se retiran tranquilamente á curarse las heridas, sabe Dios por qué procedimientos, dispuestos á comenzar de nuevo al día siguiente sus sanguinarios ejercicios. Quiero, sin embargo, describir en estas Memorias una rarísima escena que me chocó extraordinariamente, y presencié una de las últimas tardes. Se trataba, á mi modo de ver, de la iniciación de un muchachote, de quince á diez y seis años, en las salvajes prácticas de los *aissauas*. El asqueroso personaje á que anteriormente me referí, actuaba de hierofante y pontífi-

ce; el joven neófito, acurrucado en uno de los extremos del corro, parecía embrutecido y dominado por una voluntad superior á la suya. Como de costumbre, comenzó la ceremonia por la recitación de interminables oraciones, de invocaciones y exorcismos de todas clases, que solían ser coreados por el pueblo; cuando se interrumpía el rezo, el oficiante entablaba un pequeño diálogo con su discípulo, haciéndole preguntas que aquél respondía afirmativamente. Otras veces fingía amenazarle con la terrible maza erizada de clavos, ó con un hacha cuya cuchilla estaba caprichosamente calada y adornada con anillas sueltas que se entrechocaban, produciendo un ruído bastante desagradable. Después de larguísimos preliminares, colocó la citada hacha entre las manos del novicio, que á todo esto permanecía impávido, dibujándose únicamente en sus labios una sonrisa estúpida. Vuelta á las oraciones y á la monótona salmodia, pero esta vez el *aissaua,* postrado sobre la clava de madera ante el muchacho, comenzó á edificar el montón de tierra que habia de utilizar más tarde para su repugnante banquete, que en esta ocasión, para mayor gloria de Alláh, había de condimentar con una nueva y asquerosa salsa. Terminada la operación, ejecutó algunos pases frente al neófito, y arrancándole el hacha que entre sus manos sostenía, le asestó un violento golpe sobre el cráneo. Abrióse una herida, y comenzó á brotar la sangre sin que el paciente hiciera la menor demostración de haberse enterado de nada: proseguía ensimismado en una especie de éxtasis religioso. Cogió el *aissaua* la cabeza abierta, é inclinóla sobre el montón de tierra y vidrio, que no tardó en mancharse de sangre, luego amasó la horrible mezcla, y la fue consumiendo con fruición. Por más que mi estómago se rebelara ante el asqueroso espectáculo, por más que estuviera extraordinariamente excitado, nada podía arrancarme de aquel lugar; deseaba presenciar la extraña ceremonia hasta su desenlace, y quería saciar mi espíritu con la contemplación de la barbarie humana. Nunca olvidaré el aspecto de aquel sér degradado, verificando su ex-

traordinaria comunión con tierra mezclada con sangre. El desgraciado herido, sugestionado por el fanatismo religioso, nada sentía, seguía sonriendo á todo, quizás enorgullecido y satisfecho de haber sido iniciado en las prácticas de los discípulos de Ben-Aissa.

Pero aún me queda lo más maravilloso por relatar, y ruego al que leyere las presentes líneas, que no dude de cuanto digo, pues todo, absolutamente todo lo descrito, por monstruoso que parezca, lo han visto estos mis ojos que se han de convertir en tierra. Acabada la repugnante comida, y digerida en la forma acostumbrada, dedicóse el *aissaua* á curar la herida que había inferido á su discípulo, y por señas que no puede imaginarse manera más sencilla de practicar la cirugía. Cogió los bordes de la abertura, apretólos uno contra otro, limpió los cuajarones de sangre, y untando por encima un poco de saliva, se puso á recitar ciertas oraciones misteriosas. El como fue, no me lo explico ni intento explicármelo; lo cierto es que breves momentos después el muchacho mostraba á la concurrencia su rapada cabeza, en la que únicamente se veía una pequeña cicatriz, como si se hubiera tratado de un simple arañazo. Lo había visto y no lo creía, lo recuerdo y aún dudo de ello. En aquella ocasión me acompañaba el doctor Cerdeyra, que se quedó tan atónito, confuso y perplejo como yo. ¿Habíamos presenciado un fenómeno sobrenatural, ó una farsa admirablemente ejecutada? ¿Habíamos sido sugestionados por un hábil hipnotizador dotado de poder bastante para ejercer su influencia sobre considerable número de personas? Todas estas preguntas asaltaron mi imaginación mientras regresábamos á *Dar-Muley-Ali,* y confieso con entera ingenuidad que me fue imposible resolverlas satisfactoriamente.

Como en estos juegos entra por mucho el espíritu religioso, y ya habíamos notado cierta hostilidad sorda entre los concurrentes á tales espectáculos, que nos creían indignos de presenciar los milagros ó supercherías de su venerado santón, nos era imposible estacionarnos mucho tiempo entre ellos; pues

aunque los *askaris* que nos seguían permanecían denodadamente á nuestro lado dispuestos á seguir nuestra suerte, comprendíamos que estaban inquietos y desasosegados en tanto quedábamos en aquel lugar. La prudencia nos aconsejaba también no provocar las suspicacias de los fanáticos y exaltados musulmanes. Por todas estas razones, no me ha sido posible estudiar todo á mi sabor estos fenómenos tan curiosos como raros. Pero con lo visto me basta y sobra para no olvidar nunca al *aissaua* del Soko de Marrakesh. Tales son los únicos espectáculos y distracciones públicas que ofrece esta ciudad á sus visitantes, y desde luego hay que reconocer que alguna de ellas merece realizar el viaje.

Las dos noches de la Pascua de *Ashura* han sido para los habitantes de la capital noches de júbilo y regocijo. Se las han pasado con músicas y cantos, no dejándonos dormir ni poco ni mucho. Estas gentes, de ordinario tan pacíficas, alborotan sobremanera en cuanto celebran alguna fiesta solemne. Como una vez anochecido no salimos ya del recinto del palacio que habitamos, no he podido presenciar ninguna de las diversiones nocturnas; pero según me han contado, consisten principalmente en pasear por las calles y plazas de la ciudad, llevando antorchas encendidas y linternas, faroles de todas clases y tamaños, algunos de los cuales tienen apariencia de mezquitas y son de inusitadas proporciones. También salen mascaradas más ó menos ridículas: que el pueblo en todas partes se divierte del mismo modo.

Según parece, una de estas mascaradas se ha paseado por la gran plaza del Meshuar, reproduciendo en parodia el acto de la recepción de una embajada europea por el Sultán. La broma ha debido resultar notable, y hubiera dado cualquier cosa por presenciarla. ¿Cómo se habrán valido para imitar los trajes europeos, tan distintos de los usados por ellos? Aunque el hecho pudiera resultar irrespetuoso, no da lugar á formalizarse por él. Los árabes son como niños, y es sabido que los niños, y como ellos los pueblos primitivos, reproducen sin la

menor intención maliciosa cuanto choca y hiere su siempre ardiente fantasía. Así parodian las ceremonias religiosas, el ejército y otras instituciones respetables y sagradas, no con el propósito de mofarse de ellas, sino, antes al contrario, con la firme decisión de imitarlas. La inocencia no ve ningún mal en esto, y lo hace lisa y llanamente como broma inofensiva, sin pretender zaherir ni molestar. Por esto, lo mismo los italianos que nosotros, al tener noticia de lo ocurrido, no hemos hecho más que sonreirnos, diciendo: «Al fin y al cabo, juegos de chiquillos.»

RAFAEL MITJANA.

(Se continuará).

EL PROTECTORADO DE FRANCIA

EN EL EXTREMO ORIENTE, Y EL PORVENIR DE LA RAZA LATINA

El debate acerca la ley de Asociaciones en Francia, que ha refrescado el ambiente político español, resucitando antiguas costumbres de imitación, ha puesto también á debate otro tema muy interesante y que afecta de manera muy honda al porvenir de la raza latina, cuya carga lleva ya casi sola sobre sus potentes hombros la República vecina. Nos referimos á la suerte que puede caber al protectorado francés sobre las Misiones cristianas en Oriente. El interés de este asunto, que se dibuja en los horizontes de la política internacional, no es sólo un interés de cambio de rumbo de la política europea en el extremo Oriente, interés que por sí sólo bastaría para llamar la atención de los hombres pensadores, porque nuestra impotencia, que nos condena á una neutralidad necesaria, no nos liberta de los riesgos que los débiles corren siempre en las reyertas de los fuertes. El interés parécenos de más trascendencia. La supresión posible del protectorado francés sobre los cristianos en China, representaría un nuevo golpe asestado por la raza germánica en el apogeo de su fuerza y de su orgullo, á la raza latina, que conceptúa decrépita, y á la que pretende ir desalojando poco á poco de sus posiciones, con el

fin de ocuparlas con los productos de su incansable actividad, para cuya fuerza expansiva es aún pequeña la retorta en que al presente está comprimida. La lucha es, pues, en el fondo, una lucha de razas, sorda, pero encarnizada, como lo son todas las luchas de la moderna edad, sacrificadora de hombres y pueblos, á las necesidades nunca extinguidas de las inflexibles leyes económicas.

La Prensa extranjera fue la que dió la voz de alarma. De esta voz se han hecho eco, para convertirla en argumento, los enemigos del proyecto de ley presentado por Waldek-Rousseau. Como rumor ha circulado la noticia de que si dicho proyecto llegaba á ser ley, el Vaticano acordaría dejar á Francia sin la representación de los intereses cristianos en el extremo Oriente. Si á esto se añade la lucha tenaz que desde algunos años á esta parte viene sosteniendo Alemania por independiarse de esa tutela que por los tratados ejerce Francia; el viaje que en 1898 hizo el Emperador Guillermo á Palestina y que según declaró la prensa alemana, obligada á ello por la francesa, no tenía nada de extraño que tuviese por objeto el obtener del Sultán el protectorado de Alemania sobre los católicos de su nacionalidad, y sobre sus establecimientos benéficos, porque el protectorado francés en Oriente había cesado de hecho (1); y, por fin, la implantación del protectorado de Alemania sobre sus misiones en el Chan-Taung meridional, se convendrá en que no tienen nada de pueriles ni de infundados los temores de una conjura para arrancar del poder de Francia el arma con la que ha ido penetrando y abriéndose sitio por entre el zarzal enorme de las costumbres de un pueblo semisalvaje, creando asilos para las avanzadas de la civilización, y gracias á la que conserva todavía una influencia predominante (aparte de su alianza con Rusia) en los destinos ignotos y pavorosos del extremo Oriente.

(1) Hace más de dos siglos que el protectorado de Francia en Turquía no se extiende más que á los católicos franceses. Los Cónsules de los demás Estados lo prestan á sus nacionales.

Para nadie es un secreto el estado de semi-barbarie á que ha llegado el Imperio chino. Sin que pretendamos discutir ahora, porque nos alejaría de nuestro propósito, el derecho de la civilización (negado por algunos) á imponer su ley en nombre del progreso, y aceptando los hechos que es necesario fijar como punto de partida, hoy es indudable el derecho de Europa á la protección de los europeos que, llevados por el ideal religioso, como los misioneros, ó impulsados por la corriente férvida del comercio, tienen que vivir en un país cuya constitución familiar por un lado, según la frase de Brandt (1), y *misoneista* por otro, no garantiza su vida ni su libertad. Si en un principio puede discutirse, aunque es una hipótesis desechada, el derecho de un Estado á cerrar sus puertas á la vida de comunicación universal, que conmueve en el día las entrañas del mundo, es un hecho consumado é indiscutible que el establecimiento de los europeos en China está garantizado por los Tratados. De aquí se deducen dos afirmaciones indudables, que se hace preciso consignar como base del presente estudio.

Es la primera, el derecho de los europeos á establecerse en China con arreglo á los Tratados.

Es la segunda, el deber de protección que incumbe á Europa respecto de sus naturales, á cuya necesidad obedece la existencia de las jurisdicciones (2).

Bien lejos está la China de poder ofrecer garantía segura para la vida y la libertad de los europeos. Su sistema de eludir por nimiedades la ejecución de las más sagradas promesas, se ha hecho célebre ya en el mundo. Quizá de ese modo dé

(1) Fue representante de Alemania en China muchos años, y es quizá el escritor que, filosófica y prácticamente, conoce mejor este país.

(2) Algunos escritores, como el Marqués de Tung, han pedido modernamente la supresión de estas jurisdicciones. La respuesta está bien clara en la última sublevación de los boxers. El mismo Japón, á pesar de su vecindad con China, en su Tratado con ella del 21 de Julio de 1896, creyó conveniente conservarlas.

cumplimiento á aquellos consejos de Confucio: «Prestad una grande atención á las cosas pequeñas: nada tiene más importancia que aquello que parece más insignificante.» ¿Habrá influído esta moral, hasta en las aficiones industriales de los chinos?

Afirmado, pues, el derecho de Europa á protejer á los europeos, y la enemistad, que no necesita probarse, de la China al Occidente, viene á los puntos de la pluma como por ley de gravedad de las ideas, otra consideración interesantísima, que sirve para dar realce y presentar en alto las dos afirmaciones preliminares expuestas. La enemistad de los chinos á los europeos toma la forma de un odio religioso. En el fondo, el odio es realmente á una civilización en pugna con la suya, á un mundo trabajador y activo, cuyo forcejear incesante amenaza destruir las murallas de sus costumbres y profanar las tumbas de sus mayores. El chino odia al cristiano, por ser europeo, y á su compatriota cristiano, porque se *europeiza*. La idea no es nuestra. Ya la han indicado antes Pinon y Pierre Leroy Beaulieu. Las dos explosiones más grandes de odio chino contra los cristianos que ha presenciado el siglo XIX, fueron verdaderas explosiones de odio al europeo: una, hace sesenta años, después de la guerra del opio; la otra, en 1897, después del desembarco alemán en Chan-Toung y la ocupación de Kiao-Cheo. Confucio no está, para ellos, tan distante de Cristo, como lo está el mundo estruendoso del Occidente y el mundo enervado del Oriente.

Hay otro motivo por el cual el odio chino al europeo se transfigura en odio al cristiano. Es el de que la protección europea—esa tutela constante de la civilización sobre la barbarie, que representa para los magnates del Imperio la codicia, expresando la hora del reparto del botín (1), y para el

(1) Quizá nunca estuvo tan lejos como hoy, esa fatídica y temida hora. Las complicaciones producidas por la vida moderna, han creado una serie tal de intereses opuestos, que es casi imposible el acuerdo acerca de ellos. Una conflagración improbable, no resolvería el conflicto. Bien de-

pueblo la intrusión del enemigo mortal en sus negocios — ha tomado, por exigencias de la necesidad, la forma de una protección religiosa. Los Tratados que regulan la situación de los europeos en el Extremo Oriente han regulado también el libre ejercicio de la religión cristiana. Es más: en nombre del interés de la fe cristiana, perseguida, se justificaba la intrusión de Europa en los asuntos chinos; y al mismo tiempo que los mártires de la idea religiosa regaban con su sangre el Imperio de los celestes, la *cristianísima* Francia reclamaba indemnizaciones y seguridades para lo futuro: cada mancha de sangre de un mártir sacrificado, era un título para la ingerencia europea. Como siempre, la historia y la fuerza se levantaban sobre un montón de víctimas inocentes; el pasado de las tumbas era el cimiento del palacio del porvenir.

Estos títulos, y el prestigio que le dieron las Cruzadas, pudo presentar con gran fortuna Francia para obtener de la Santa Sede, en siglos anteriores, el protectorado sobre los cristianos en Oriente. Sin embargo, tales títulos morales no prevalecieron hasta que se transformaron en derecho escrito. Las iniciativas comerciales de portugueses (1), rusos é ingleses, se le adelantaron. El verdadero punto de partida que debemos, pues, de elegir para no caer en obscuridades, es el que fijan las convenciones que establecieron la situación internacional de Francia en la materia. Estas convenciones son las de 1858 y 1860 (2), en las que se le reconoció de una manera indivisa el protectorado religioso en todo el territorio del Imperio.

---

muestra esta tésis el último Tratado anglo-ruso, fijando las esferas de influencia de Rusia, Inglaterra y Francia en el Celeste Imperio, y las negociaciones que siguen en la actualidad los representantes de las potencias.

(1) Antes de la guerra de 1840, todavía el Arzobispo de Goa, primado de las Indias Orientales, ejercía su autoridad sobre las sillas episcopales de Nankin y de Pekín.

(2) Ya en el Tratado de Whampoa de 24 de Setiembre de 1844, ratificado en Macao el 25 de Agosto de 1845, se había sancionado el derecho de

El art. 13 del Tratado de Tien-Tsin, firmado por Francia, Inglaterra y China el 27 de Junio de 1858, está concebido en estos términos: «Teniendo la religión cristiana por objeto esencial conducir á los hombres á la virtud, se garantiza el derecho de las comunidades cristianas á gozar de una completa seguridad para sus personas, sus propiedades y el libre ejercicio de sus prácticas religiosas. Se concederá una protección eficaz á los misioneros, quienes podrán establecerse tranquilamente en el interior del país, provistos de los pasaportes de que se habla en el art. 8.° Ninguna traba se pondrá por las autoridades del Imperio chino al derecho que se le reconoce á todo individuo en China de abrazar, si lo desea, el Cristianismo y de seguir sus prácticas, sin que se le pueda imponer pena alguna por este hecho. Todo lo que se ha escrito, proclamado ó publicado en China, con anterioridad, por orden del Gobierno contra el culto cristiano, queda completamente derogado y sin ningún valor, en todas las provincias del Imperio.»

En la convención adicional de 25 de Octubre de 1860 se inserta esta cláusula: «Conforme al edicto imperial publicado el 24 de Marzo de 1846 por el augusto Emperador Tao-Kouang, los establecimientos religiosos y de beneficencia que han sido confiscados á los cristianos durante las persecuciones de que han sido víctimas, se devolverán á sus propietarios por medio de *su excelencia el Ministro de Francia en China,* al cual el Gobierno imperial se los entregará, con los cementerios y demás edificios que de ellos dependan.» Por cierto que á esto se limitaba el texto francés; y como en el chino aparecía el derecho de los misioneros á comprar tierras para fundar iglesias, se

---

protección religiosa sobre los puertos abiertos, en estos términos: «Los franceses podrán establecer iglesias, hospitales, hospicios, escuelas y cementerios..... Si los chinos violasen ó destruyesen iglesias ó cementerios franceses, los culpables serán castigados con todo el rigor de las leyes del país» (art. 22). Sin embargo, este protectorado, como se ve, no tenía el carácter general y amplio que concedieron después los Tratados de que se habla en el texto.

entablaron negociaciones con el objeto de aclarar este extremo, y se convino que pudieran hacerlo á nombre de las comunidades cristianas, y que los pasaportes habían de ser expedidos por la *Legación de Francia.*

Como se ve, el derecho del protectorado religioso de Francia está más explícitamente reconocido en el acta adicional de 1860 que en el Tratado de 1858. Suponiendo aquélla á ésta, claro es que el derecho de Francia es único é indiscutible. Su representante diplomático puede llamarse con razón el protector de la fe cristiana en China, ya que con él tienen que entenderse el Gobierno del Emperador, por un lado, y los misioneros por el otro, estando bajo su salvaguardia directa la ejecución de lo convenido. Por otra parte, las potencias han consentido en el ejercicio de este derecho, con la sola excepción de Alemania, por lo que se refiere á sus misiones en el Chan-Toung meridional. La Santa Sede ha prestado este mismo asentimiento. El derecho positivo internacional atribuye, pues, á Francia, el de la protección religiosa en el colosal Imperio de los celestes.

Basta con lo expuesto, para comprender la gran importancia del derecho reconocido, hoy por hoy, á Francia, y el interés que debe de despertar á sus rivales el desposeerla de él. Fuera de Rusia, cuya posición privilegiada y formidable poder terrestre la pone en condiciones de mirar con relativa serenidad el desenvolvimiento del gran problema oriental, ninguna otra nación europea tiene en su mano medios de hacer pesar su influencia sobre la corte de la histórica ciudad murada, como Francia. Es verdad que Alemania empezó su política de expansión, preconizada ya por Bismarck, estableciéndose en Kiao-Cheo, obteniendo después nuevas concesiones, sobre todo de carácter comercial (1), y dando por fin uno

(1) En el mes de Marzo de 1898, importó en la China municiones y armamentos por valor de 3.430.000 marcos, y en el mismo mes del año siguiente, llegó su importación hasta 8.150.000 marcos.

de esos golpes teatrales á que tan aficionado es el Emperador Guillermo, consiguiendo el nombramiento de generalísimo de las tropas aliadas para un general alemán (1); pero, hoy por hoy, es lo cierto que Alemania no puede competir en influencia con Rusia y Francia. La sola lectura del arreglo anglo-ruso de 1898, que fija la esfera de acción de Rusia, Inglaterra y Francia, basta para demostrarlo. Por otra parte, Alemania no es suficientemente fuerte por mar para lanzarse á aventuras, en las que hay que contar primero con el dominio de las aguas. En lo porvenir, cuando la nueva escuadra alemana esté construída, y mucho más si la alianza anglo-germana se realiza, quizá varíe la importancia de los factores. Pero en la actualidad, las palabras pronunciadas por el Conde de Boulow en el Reichstag son bastante explícitas para no dejar lugar á dudas (2).

Inglaterra y Rusia son las únicas potencias que comparten con Francia el dominio de la influencia en el Celeste Imperio. Rusia es aliada de Francia, y su posición, como hemos dicho, preeminente. Inglaterra no tiene una posición muy firme en Asia: el factor de una sublevación en la India lo han descontado, hace ya mucho tiempo, los políticos británicos. La campaña del Transvaal justificó la fama de rica de la Gran Bretaña, pero ha debilitado, más aún de lo que estaba (y era bastante) su concepto como potencia militar. Quizá una de las

(1) *El Figaro* publicó por aquellos días una donosa caricatura, en la que aparecen los chinos departiendo y jugando amigablemente con las potencias, y Waldersee, vestido de Lohengrin, haciéndose esta pregunta: ¿para qué vengo yo aquí? El caricaturista trataba de ridiculizar la llegada del General cuya misión no había de ser de guerra, porque á su arribo á China debía de estar ya terminada.

(2) Después de afirmar las buenas relaciones de Alemania con Inglaterra, el Canciller del Imperio se ha expresado en estos términos: «Nos encontramos, con respecto á Inglaterra, en posición completamente independiente: no nos hallamos ligados á Inglaterra ni por un cabello, como ella tampoco lo está á nosotros.»

causas que alientan la tenacidad sajona, en el mantenimiento de esa injusta guerra, es la de no quebrantar, más de lo que estaba antes de la lucha, su prestigio militar. Si el día de mañana se lograse encontrar la solución que en vano busca hace tiempo la diplomacia europea al problema de Alsacia-Lorena, sin Alsacia-Lorena para Francia, dándole una compensación que concluyese con los últimos restos de los penosos recuerdos de Sedán, bien puede afirmarse que había sonado la hora de muerte para el Imperio de la moderna Roma. Pero no nos dejemos llevar de ilusiones; baste para nuestro fin con lo consignado. Las mismas salvas que acompañaron el cadáver de la Reina Victoria al mausoleo de Frogmoore, hacían, sin saberlo, los honores militares á un pueblo de héroes que abre la fosa en que se entierra, antes que rendirse.

* * *

Armada Francia del poder que le da su protectorado, supo utilizarlo en provecho de su política.

Los Gobiernos de la tercera República han sido siempre fieles á esta consigna. El cumplirla ha costado á Francia torrentes de sangre y torrentes de oro. ¿Es que tal hoja de servicios puede ser destruída en un momento, por una iniciativa de política interior?

Mucho trabajo cuesta el creerlo. De todas maneras, misión de los hombres de Estado es prever las contingencias y leer en lo futuro. Cuando la lucha se avecina, hay que preparar las armas para el combate. A nosotros, modestos espectadores, nos toca, sin embargo, de cerca uno de los adversarios. Enmedio de la soledad de nuestra desgracia, si alguna voz amiga hemos oído, fue la de Francia. Claro está que no debemos pretender el continuar actuando de Quijotes, ni necesita nuestra poderosa vecina nuestro débil concurso. Pero ya que, por fortuna, se ha operado después del desastre una reacción en el espíritu de la raza latina, que la lleva á darse

cuenta de su unidad, es preciso que en todos los problemas que á la raza afectan estemos prevenidos y nos preocupemos de ellos, y el problema del porvenir de la influencia francesa en Oriente no es, como hemos dicho, un problema de nación á nación; es un problema de raza á raza. Francia, desposeída en Oriente de su influencia, es la germania concluyendo su obra destructora del poder latino, colocando su planta victoriosa sobre las ruinas del palacio histórico de las grandezas de aquél, irguiéndose altanera y lanzando una mirada de orgulloso dominio al mundo entero (1).

Francia es, en la actualidad, la única áncora fuerte que amarra la medio desmantelada barca de la raza de Lacio, azotada sin cesar por las revueltas olas del germanismo, entre cuyo hervor de producción está duramente amenazada de sumergirse. España, es cierto, ha iniciado una política de reconstitución ó *reconcentración* de la raza en el último Congreso Iberoamericano. El ideal es, sin duda, muy hermoso. Pero si el dominio de los tiempos es de las ideas, no puede afirmarse lo mismo del dominio del espacio. Hoy por hoy, este dominio corresponde á la fuerza bruta: el mundo en el día no vive de ideales que no se ciñan yelmo deslumbrante de guerreros vencedores. Los ideales sólo son ideales en cuanto tienen á sus

(1) No cabe duda de que el germanismo ha llegado á un grado tal de solidaridad, que puede hablarse, sin temor á errar, del *imperialismo germánico*. En el discurso pronunciado por Guillermo II en Bremen el 25 de Octubre último, el Emperador calificaba así á la Gran Bretaña: «El más grande de los Estados *germánicos*, fuera de Alemania.» *El Globo*, de Londres, juzgando la elección de Mac-Kinley, se expresaba en estos términos: «Los Estados Unidos, *siguiendo el ejemplo de la Gran Bretaña*, aceptan virilmente su destino en el mundo... Nosotros saludamos con alegría la entrada del joven gigante del Oeste en los Consejos de las potencias, y vemos con el más grande placer este nuevo paso hacia *la época en que la voz de la gran raza anglosajona sea todopoderosa en los Consejos del universo.*» Por otra parte, para nadie es un secreto que la colonia alemana en los Estados Unidos ha sido uno de los refuerzos más importantes con que contaron los partidarios de Mac-Kinley, para su reelección.

órdenes la fuerza suficiente para imponerse. Por eso para los ingleses y norteamericanos es un ideal el imperialismo, y para los alemanes es otro ideal la colonización. La fórmula de toda la política universal se encierra dentro de aquellas palabras que constituían como el nervio de la constitución psíquica de Bismarck: «Es preciso.» El que no tenga medios de hacer valer esa fórmula en la vida exterior, tiene que meterse dentro de su choza y dejar marchar el mundo.....

A nadie se le ocurrirá la duda de que España pueda imponer hoy en lo más mínimo su pensamiento en el orden exterior. No quiere esto decir, sin embargo, que de ese movimiento de aproximación iberoamericano no se hayan de obtener grandes ventajas; pero es conveniente dejar sentado, que si la raza latina contase sólo con el concurso de España para la realización de sus destinos en el mundo, es seguro que tales destinos no se realizarían. Sin fuerza para hacerse respetar, perecería en su nueva empresa, como se hundió, con toda su historia y todas sus leyendas, en las aguas de Santiago de Cuba y de Cavite. Mientras tanto el mundo latino americano desaparecería devorado por el monstruo de mil cabezas del germanismo.

Queda Italia: ella guarda los tesoros de la tradición de la raza y el fuego sagrado de su independencia, que ha hecho la unidad del reino italiano. Sin embargo, no podemos hacernos ilusiones respecto de su papel en el mundo. Exigencias de su política exterior é interior, que no son del caso, la han llevado á desviarse del camino que le trazaban las afecciones del corazón, los impulsos de la sangre. Italia es latina de raza, y germana en sus destinos; ha caído dentro de la esfera de acción política del gran Imperio alemán, y es un simple satélite del gran astro del poder del Emperador de Europa, como ha llegado á llamársele al Emperador Guillermo. No faltan datos para justificar que una reacción se ha formado en Italia contra la triple alianza, que á cambio de su papel de gran potencia, sólo le ha proporcionado contrariedades y descalabros; pero

los lazos están muy fuertemente ligados para que puedan romperse. Por otra parte, la colosal armadura que ha querido ceñirse la Reina del Adriático, pesa de una manera tremenda sobre ella, y debilita más de día en día sus fuerzas. Roma, con sus barriadas á medio construir, que levantó un afán de agio, sin cálculo, idealista, barriadas cuyas casas palacios ostentan por fuera sus grandes y suntuosas balconadas y sus elevadas cornisas y chapiteles, y son por dentro guaridas de la miseria, es quizá el símbolo de la Italia arruinada por el peso de sus presupuestos militares, de la Italia que gasta millones en armamentos, mientras tiene que reprimir motines de hambre...

El apoyo de la fuerza sólo puede, pues, prestarlo al ideal latino nuestra poderosa vecina. Su ejército y su Marina son respetables. La alianza con Rusia ha contrabalanceado, quizá con exceso, el poder de la *triplice*. La libertad de los pueblos, como la de los individuos, está custodiada por bayonetas. Inglaterra no encontró catafalco más digno para su Reina constitucional y liberal que una cureña de cañón.....

Véase por lo expuesto, cómo en el problema que se plantea en este artículo nos hallamos interesados los españoles. La postergación de Francia es la postergación de la raza que representa. Ella es el único dique fuerte que se opone al desbordamiento germánico.

*
* *

Falta sólo, con el objeto de no dar proporciones exageradas al presente estudio, demostrar la injusticia que envolvería el atacar á los derechos de Francia, reconocidos por los tratados y por el asenso de Europa. Los hechos hablarán seguramente, como siempre, con más elocuencia que pudiera describirlos la pluma más brillante.

La tercera República, como hemos dicho antes, ha mantenido siempre la política del protectorado religioso en China,

comprendiendo, sin duda, la importancia que tenía la conservación de un derecho tan preciado. Tal política, como también hubimos de advertir, le ha costado ríos de sangre y ríos de oro, porque, por las razones que ya se expusieron en el curso de este trabajo, no ha existido derecho que más odiasen los altos dignatarios del Imperio y el pueblo inculto y fanático. Véanse las pruebas.

En Junio de 1870, diez años después de firmada el acta adicional al tratado de 1858, estalla la matanza de Tien-Tsin, por instigación de los mandarines y de los hombres *letrados;* después de ser violadas nueve Hermanas de la Caridad francesas, se las arrancan los ojos, se las empala, se incendia su residencia; la iglesia y las residencias de los jesuítas y de los lazaristas sufren la misma suerte, después de haber sido asesinados sus moradores. El desbordamiento cruel de las pasiones populares alcanza al Cónsul de Francia, Mr. Fontanier, y á su adjunto Mr. Simon; tres súbditos franceses más, y otros tres rusos, perecen también entre las convulsiones de aquel terremoto del odio chino (1).

Transcurrieron veintisiete años antes de que se acordase una reparación por tales ultrajes. Por fin, el 15 de Abril de 1897, el representante de Francia, Mr. Gerard, obtiene que la iglesia fuese reconstruída y los huesos de las víctimas transportados, con la inscripción *por orden del Emperador*. El pago de esta humillación se lo tomaron los boxers bien pronto: en la noche del 15 al 16 de Junio de 1900, aniversario del primer incendio, volvieron á quemar la iglesia reconstruída.

El recrudecimiento del odio chino se manifiesta desde 1892 con caracteres más alarmantes. Las sectas secretas se habían organizado á su antojo, y se creían con fuerza suficiente para desafiar las iras de Europa: una nueva serie de crímenes se inaugura. Es acometida una residencia de misioneros en el Noroeste del Chen-Si septentrional: á varios catequistas se les

(1) *Anales de la propagación de la fe* (1897), citados por Desjardins.

somete á tortura, á dos neófitos se les lapida: en el Su-Tchuen occidental muere á varetazos un convertido que secundaba la propaganda cristiana (1).

Las matanzas continúan durante el año 1894 en el Tan-Chung. El año de 1896 señálase por la persecución del Hon-pe septentrional. Francia obtiene la vuelta al ejercicio de su ministerio de varios misioneros franceses, inicuamente expulsados de distintas ciudades.

Recorramos el año 1897. El primer asesinato, digno de anotarse por la importancia de la víctima, es el del célebre misionero P. Mazel, muerto en los primeros días de dicho año. Catorce mil neófitos son dispersados por la fuerza en el Chan-Tung septentrional (2). Se cierra el año con el horrible asesinato, dado con todo género de tormentos, á cuatro misioneros más (3). Francia obtiene alguna reparación por el primero de los asesinatos citados, y no olvida el trabajar la debida por los otros.

El año de 1898 es todavía, si cabe, más tenebroso. En el mes de Abril perece, víctima de los odios chinos, el Padre Berthollet. La residencia cristiana de Pekoan es robada el 6 de Julio; el 14 de Octubre, el P. Chanés y 13 católicos son horriblemente mutilados y muertos; la cabeza del monje francés se la aplasta con una pesada piedra; el 23 de Diciembre se da muerte al P. Victorino y á ocho de sus neófitos. Al mismo tiempo estalla una tremenda persecución en el Su-Tchuen meridional (4). En el Su-Tchuen oriental, según escribía su Vicario apostólico M. Chevillon, las persecuciones habían dejado en ruinas más de una tercera parte del Vicariato (5).

Desde esta fecha, ya casi es imposible encerrar dentro del

(1) Anales citados (1892).
(2) Anales (1897).
(3) Anales (1898).
(4) Anales citados, 1899.
(5) Citado por Desjardins.

marco de un artículo la lista de las víctimas del furor chino. En la memoria de todos están los últimos horrores cometidos por los boxers, que han hecho tabla rasa de los tratados y del derecho de gentes, y motivaron la última intervención de las potencias (1). También la Francia ha sufrido la pérdida de sus hijos. La diplomacia busca en los momentos actuales satisfacción por tantos ultrajes, venganza por tanta sangre inocente derramada.

*
* *

Creemos haber demostrado, no sólo el derecho de protectorado religioso de Francia en China, que empieza ya á discutirse, sino también los títulos de sangre y de sacrificios que lo amparan. Principalmente hemos querido llamar la atención sobre el peligro de raza que encierra, para lo futuro, el atentado á los derechos de Francia en el extremo Oriente. La raza germana ha dominado comercialmente á Europa y á América; lucha en Africa con la raza latina, representada por Francia; aspira á lanzar fuera del Asia, el continente del porvenir, á la misma ilustre representante de la vieja raza, como ya nos arrojó á nosotros de Oceanía. El mundo es estrecho para sus ambiciones y para su orgullo.

La parsimonia con que se siguen las negociaciones de las potencias en Pekín, no es buen augurio de la energía y solidaridad de Europa, que ya quedó bien quebrantada en la última guerra greco-turca. Hállase convencida de que los nuevos arreglos y satisfacciones no pueden quedar á merced de la mala fe de los gobernantes del Imperio chino. El programa de

(1) Véanse la carta de M. Pichon de 15 de Junio de 1900, en la que se anunciaba el incendio de todas las misiones católicas y protestantes de Pekin, y los relatos de las matanzas de la Mandchuria, publicados en 25 de Julio y 25 de Setiembre del mismo año por las *Misiones católicas de Lyon* (citados por Desjardins).

lo que hay que hacer se ha formulado claramente; pero mucho tememos que falten la decisión y el acuerdo para llevarlo con integridad á la práctica. El siglo que acaba de nacer, ¿tendrá la misión de cerrar la órbita del progreso, conduciendo la vida civilizada del mundo moderno, á desaguar en los primitivos estanques de la cultura y del arte?

JUAN J. DE REZA Y ESTÉVEZ.

RECUERDOS DE CONSTANTINOPLA

I

EL TESORO DEL SULTÁN

Apenas ancló en el puerto de Gálata el *Senegal*, buen barco, por cierto, de las Mensajerías francesas, y hubimos los pasajeros disfrutado, desde la toldilla, del mágico panorama que ofrece Constantinopla, con sus cúpulas bizantinas y sus gallardos minaretes, ciudad que parece fantástica evocación de un sueño, blanca y bañada de luz, plácida y como dormida á la orilla del Bósforo; así que nos dimos cuenta de que sólo nos separaban de aquella maravilla oriental una corta escalera tendida desde la borda al dique y que por lo tanto ibamos á palpar lo que de puro fantástico parecía soñado, corrió por entre nosotros una buena noticia. Era ésta, que, merced á las buenas gestiones del embajador de Francia (es de advertir que los organizadores de aquella expedición científica eran franceses, y franceses casi todos los pasajeros, pues apenas pasaríamos de la docena los demás, entre españoles, belgas é ingleses), el Sultán nos iba á dispensar honores que sólo dispensa á los representantes de las potencias amigas y á las personas más distinguidas: nos iba á permitir visitar sus palacios, su tesoro y presenciar la fiesta del *salemlik* ó sea la salida en público de la real persona para ir á la mezquita.

Tal programa era todo lo que podían ambicionar nuestros deseos; aún más, era colmarlos.

¡Ver el tesoro! ¿El tesoro? Sólo el mentarlo parecía cosa de *Las mil y una noches*. Al momento acudía á la memoria el legendario tesoro que sorprendió Alí-Babá, en la cueva de los cuarenta ladrones, y aquél otro que hizo la felicidad del famoso Aladino. Extrañas y deslumbradoras realidades nos ofrecía aquel mundo oriental que, nosotros, la gente latina, consideramos desde aquí cosa muerta ó soñada.—¿El tesoro? ¿Es posible que hoy, frente á la civilización europea, en la que los verdaderos tesoros son los bancos y casas de crédito, que tienen, por cierto, sucursales en la misma Constantinopla, donde también existe el Banco Otomano, haya un poderoso que tenga su tesoro, como le tenían los Faraones de Egipto en Tebas, lleno de las riquezas conquistadas en la Nubia y en Siria; como le tenían los reyes de Asiria en Nínive y en Babilonia, con el botín recogido en la Bactriana y en numerosas comarcas orientales; como le tuvo Salomón en Jerusalem, y en el que sin duda acumuló la plata de Tarsis y materias preciosas de Ofir; como le tuvieron los reyes del antiguo Imperio Persa, en edificios especiales de Pasargada y de Persépolis, donde encerraban enormes cantidades de metales ricos, tributos rendidos por toda el Asia; como los tuvo fabulosos y hoy proverbiales, el rey de Lidia Creso, y aún le sobraba para hacer, como hizo, en el santuario de Apolo, en Delfos, una ofrenda, cuyo valor se calcula por nuestra moneda en unos veinte millones de pesetas? ¿Es posible que esa costumbre de los soberanos orientales haya continuado viva en los sultanes de Turquía y la encontremos hoy, como muestra indeleble de una constitución social, mantenida á través de los siglos y de las edades por algo más fuerte que éstos, y que es las tradiciones de la raza, por virtud de las cuales en aquel Imperio hay un señor, un dueño, que, como aquéllos sus remotos predecesores, tiene omnímoda voluntad sobre las vidas y haciendas de todos los súbditos, tiene su harem misterioso, recatado,

donde le aguardan los halagos de más de mil mujeres hechiceras y engalanadas, y tiene su tesoro henchido de tributos y regalos espléndidos?—No cabía ficción: sin hipérbole podíamos asegurar que nos habíamos despertado en el antiguo mundo oriental.

Poco nos atormentó la impaciencia que los evocados recuerdos aguijoneaba respecto del tesoro; pues al día siguiente de la llegada nos citaron, por la tarde, á los expedicionarios junto á la famosísima é incomparable Santa Sofía, la basílica bizantina, hoy mezquita, para visitar el antiguo Serrallo.

Nos fue franqueada esta dependencia del histórico palacio turco de Stambul que, como todas las mansiones imperiales de Oriente, es un conjunto de diversas construcciones, por una puerta algo destartalada de forma y algo churigueresca de adornos, con perdón sea dicho de las obras buenas de ese género. Esta puerta, propiamente portalada, nos condujo á un patio, rodeado de columnas como los de las mezquitas. Desde este patio pasamos á otro del mismo género por la *orta-kapu* ó sea puerta central, y luego, por la puerta donde los embajadores aguardan licencia para entrar á la presencia del Sultán, guíados por un ayudante suyo, entramos en un hermoso jardín, donde dimos al cabo con un pabellón, cuyos muros se nos ofrecían revestidos de brillantes azulejos.

En todas las puertas que habíamos ido pasando habíamos visto centinelas de arrogante presencia, todos con su gorro encarnado, derecho sobre la rapada cabeza, la levita azul cerrada con botones dorados. Junto al pabellón de azulejos hallamos, además de centinelas, un buen golpe de gente uniformada é imponentes piezas de artillería, cuyas bocas parecían amenazarnos conforme nos acercábamos; tal lujo de fuerza nos hizo comprender que allí estaba el tesoro y sus guardianes en la gente uniformada. Destacóse de ella su jefe, ó sea el *Hasné-Kehayasi*, nos saludó y se dirigió á la puerta del tesoro; puerta pequeña de hierro, asegurada con cerrojos y barras cual si fuese la de un calabozo. La operación de abrirla no fue

corta ni silenciosa. El jefe arrancó del enorme candado la cera en que estampó su sello la vez última que cerró; como los Faraones egipcios sellaban las puertas de la *naos* ó tabernáculo en que guardaban la venerada imagen de su dios después de haberla contemplado, privilegio de que solamente podían gozar ellos ó los iniciados en los misterios del santuario, y á quienes también se reservaba el derecho de quebrantar aquellos sellos; como el rey David selló con siete sellos el arca de la alianza. La vida del Oriente antiguo comenzaba á resucitar ante nosotros.

Abierto el candado, descorridos los cerrojos, desatrancadas las barras, abrieron la férrea y pesada hoja de la puerta, por la que se precipitaron al interior, que por lo obscuro parecía un antro, los dichos guardianes, que pasarían de treinta. Ellos abrieron las ventanas, por donde se disiparon las tinieblas del recinto, y nosotros penetramos en él abarcando con absortas miradas los armarios corridos por los muros y llenos de miles de objetos. Ofrecíase, pues, aquello dispuesto como un museo y estábamos en la primera sala. Los visitantes éramos casi todos del pasaje del *Senegal,* cerca de doscientas personas, que invadimos el tesoro. Los guardianes se habían repartido de modo que junto á cada armario aparecían dos, uno en cada extremo. Hasta el lujo de vigilancia y la manera de ejercerla era oriental.

Lo que primeramente atrajo nuestra curiosidad fue un extraño mueble, no pequeño, de oro y pedrería, que sin resguardo alguno de cristales está en el medio de la dicha primera sala. Aquella enorme joya es un trono, según reza, en lengua francesa, el siguiente rótulo grabado en una placa: *Este trono fue tomado y enviado en 1514 durante la guerra de Selin contra el Shah de Persia Ismail.* Es de oro batido, incrustado de miles de rubíes, esmeraldas y perlas, formando labores. En cuanto á su forma, es á modo de una tarima, de figura lobulada, con más pies que nuestras sillas, y un cerco ó barandilla de labor calada, que es donde más se luce la pedrería, y la

cual barandilla falta por el frente; esto es, por el sitio de subir á la tarima, pues fácilmente se comprende que este trono oriental no es para sentarse en él, como en un sitial ó sillón, sino para sentarse con las piernas cruzadas, conforme á la costumbre turca, y seguramente no directamente sobre la tarima, sino sobre un grande y mullido almohadón. Al ver aquel trono persa acudió á mi mente el recuerdo del trono ó *takht* donde actualmente se acomoda el Shah de Persia, en su palacio de Teherán, para las audiencias solemnes, y que nos representan en grabados á modo de un tablero sustentado por columnas y un escabel á hombros de figuras ricamente vestidas. Tal género de tronos son como aquellos que las pinturas egipcias nos representan con el asiento sustentado por figuras de esclavos nubios y asiáticos, y como las que se ven en relieves asirios, ó mejor aún, como la especie de tribuna, sustentada por esclavos también, en que aparece el antiguo rey persa Darío en el relieve que corona el frontispicio de su tumba. En cuanto al arte, el áureo trono del Sultán revela las filigranas propias del gusto persa en el siglo XVI.

También se guarda allí otro trono, ejemplar notable del arte turco, de la misma época. Afecta la forma de las cátedras de las mezquitas, y por lo tanto hay que acomodarse en él como en el anterior, según la usanza turca. Es de ébano y sándalo, con incrustaciones de nácar, concha, plata y oro. La faja de adorno que corre por sus caras figura plantas fantásticas, y los botones de las flores son rubíes, esmeraldas, zafiros y perlas en cabujón. En cada ángulo hay una columnilla con un remate, y, sirviendo como de coronación, sobre la cabeza del Sultán pende un adorno de oro con una esmeralda enorme.

En los armarios aparecen expuestos tras de los cristales, sin orden alguno, innumerables objetos, en su mayoría joyas, cuya prolija descripción no podemos hacer, pues apenas podíamos dar crédito á los ojos mientras recorríamos con creciente estupefacción aquellas maravillas. Por otra parte, ¿por qué no decirlo? temo que los lectores no den crédito á mis im-

presiones, no más vivas que las de mis compañeros, aunque procure expresarlas ingenuamente. No me creerán si digo que todo el lujo deslumbrador, que en las fiestas y saraos de Occidente se traduce en oro y pedrería, es pobre y pálido al lado de lo que en aquel su tesoro guarda el Sultán. Pero diré la verdad si digo que absortos mirábamos aquello, porque ninguno de nosotros pudo figurarse ver aquellos tronos de oro y de materias preciosas; ver, al lado de la cota de mallas con placas damasquinadas, que en la toma de Bagdad, en 1638, vestía el Sultán Murad IV, una cimitarra del mismo con la empuñadura empedrada de gruesos diamantes tallados; ver más allá una copa de oro, adornada con labor de mosaico, en que se cuentan cerca de dos mil diamantes cuadrados; ver un casco cónico y unos estribos de oro macizo con finas labores; ver una riquísima colección de vasos de cristal de roca, jade, ónice; copas y botellas de oro de las industrias persa ó india. Nadie pudo sospechar que habíamos de ver grandes tazones de porcelana china llenos hasta arriba de piedras finas, del tamaño de judías.

Verdaderamente, aquello nos representaba el tesoro de los primitivos monarcas orientales, el tesoro de Ali-Babá ó el de Aladino; solamente que en vez de aparecer apilados los vasos de plata labrada, como todavía se hallaron, hace pocos años, en el tesoro fenicio de Curium, en Chipre; como los reyes asirios guardaban los *siclos* de oro y de plata; en lugar de estar el oro guardado en talegas que pudieran acariciar manos avaras, tantas y tantas riquezas aparecen como objetos de curiosidad, cuidadosamente dispuestos en vitrinas á la europea. El tesoro oriental se ha convertido en Museo. La idea subsiste, la tradición se conserva; pero el tiempo y la civilización, que penetra en el mundo oriental, va convirtiendo aquello en una cosa arqueológica. Antiguamente los poderosos, de que dejamos hecha referencia, sólo franqueaban la entrada de sus tesoros á los capitanes victoriosos ó personas que les habían prestado algún señalado servicio, y les deían: «Entra y toma

de esas riquezas el pago de tu acción». El Sultán permite hoy la entrada en su tesoro casi como en el Museo de Constantinopla. Puede decirse que el tesoro es el Museo reservado. Allí guarda las piezas de valor que posee. Hoy de todo: presas, tributos, regalos, caprichos personales, armas y paramentos. Entre las presas hay relicarios bizantinos. En el fondo de las vitrinas aparecen extendidas soberbias gualdrapas de caballo, grandísimas, de terciopelo bordado, algunas de ellas con aljofar. Mezclados con las piezas orientales, turcas, persas, indias, chinas, japonesas, hay numerosos objetos de la industria occidental, relojes, centros, jarrones, espejos, etc., como los que se ven en los palacios y tiendas lujosas de por acá: son obsequios de los soberanos de Europa al Sultán.

Confundido y revuelto lo antiguo con lo moderno, lo europeo y lo asiático, lo exótico y lo genuíno, lo artístico y lo vulgar, lo precioso y lo de escaso valor, el conjunto es interesantísimo, porque en ello se refleja esa transformación social que va convirtiendo el oculto tesoro de antaño en Museo.

En otra sala se refleja esto mismo: primeramente, en una gran vitrina central llena de numerario de todos los tiempos. ¿Quién sabe las monedas de oro bizantinas, y turcas sobre todo, allí acumuladas? No están en cofre, sino en una vitrina. Pero la mano del numismata no ha pasado por allí, pues dichas monedas están esparcidas sin orden alguno.

En cambio, en los armarios de esta misma sala, que es la principal del tesoro, está la colección que más responde á la idea de un Museo. La estantería está dividida en dos pisos, como en nuestras bibliotecas; se sube al superior, que puede fácilmente recorrerse por un balconcillo volado, y en los estantes se hallan expuestos, en serie cronológica, los trajes de corte de los sultanes; desde Mahomet II (1433), hasta Mahmud, que murió en 1839. Cada traje está puesto en un maniquí sin rostro. Aquello interesa más, por lo mismo que representa la historia y puede ésta seguirse por las fechas de los sucesivos reinados que señalan los rótulos puestos á los maniquíes. Es

una maravilla aquel conjunto de ricos brocados de chilabas y alquiceles, grandes y altísimos turbantes con soberbios joyeles y plumas vistosas, y por entre las fajas de seda gumías de magnífica empuñadura. Una de éstas consiste solamente en una colosal esmeralda de figura alargada. Repasando aquellos trajes se aprecia lo poquísimo que ha variado la moda turca: tal cual la vemos en el siglo XV la vemos al comienzo del XIX; pero los dos últimos sultanes, que allí aparecen, revelan el cambio operado merced á la influencia occidental, pues visten uniformes europeos.

A los trajes acompañan las armas de todos aquellos príncipes; por cierto que son de notar las espingardas enriquecidas con preciosas incrustaciones y peregrinas labores.

En suma, la cantidad de objetos, en su mayoría de valor, acumulados en aquellas habitaciones insuficientes para contenerlos es enorme, y su riqueza abrumadora. Yo no sé si durmieron aquella noche algunas expedicionarias; pero indudablemente, lo que habíamos visto era sobrado para embriagar á la más insaciable de las mujeres. Tampoco sé si despertó los ensueños ambiciosos de algún expedicionario. Por mi parte sentí tan sólo fijarse en mi mente un pensamiento: que el día que arrecie el soplo del Occidente en el tesoro del sultán, penetrará sin duda un espíritu clasificador que agrupe sabiamente joyas, marfiles, tallas, porcelanas, tejidos, bordados, armas, trajes, muebles, monedas, etc., etc.; y el día que eso llegue, aquéllo dejará de ser el *tesoro* para ser verdaderamente el *Museo Arqueológico Otomano.*

II

LA PLEGARIA DEL SULTAN.

Así como nuestros reyes practican la antigua costumbre de salir los sábados de Palacio, con cierto aparato, para rezar

una Salve en un templo de Madrid, el Sultán de Turquía sale también en público y con la debida pompa un día de la semana, el viernes, para dirigir una plegaria á Aláh en una mezquita de Constantinopla. Pero esta ceremonia constituye allá una verdadera fiesta, que se llama del *selamlik*. Nosotros, los pasajeros del vapor *Senegal,* estábamos invitados por el mismo Sultán á presenciarla, y al efecto, vestidos de etiqueta buscamos carruajes antes del medio día del viernes á que voy á referirme.

Yo no he visto nunca llover como aquel memorable día llovió en Constantinopla. Llovió toda la mañana con furia y con abundancia torrencial. Era agua de nieve, pues el frío helaba los huesos. En verdad que el día había amanecido bien impropio de Abril, de Oriente y de fiestas musulmanas; pero ante la fiebre que nos dominaba de verlo todo, poco nos importaba el mal tiempo.

Nuestro carruaje corría atravesando Gálata, y por fin nos sacó de la ciudad, subiendo, subiendo, hasta llegar á un parque limitado por la derecha con un pretil. Aquello era algo como los pensiles de Semíramis en Babilonia.

Había amenguado la lluvia, que camino de cesar no llevaba, á pesar de lo cual pronto se animó el cuadro á nuestros ojos, pues vimos las tropas tendidas como por acá se acostumbra cuando hay en las calles fiesta religiosa, cortesana ó militar.

A no ser por el fez ó gorro rojo que llevan derecho sobre su cabeza todos, absolutamente todos los turcos, paisanos y militares, éstos no se diferencian de los demás de Europa por el uniforme. Este es de color azul, de levita cerrada, con botones dorados, capote terciado, botas altas, hasta la infantería que formaba ante la mezquita. Pero el rasgo distintivo de los soldados turcos es el porte marcial, es la arrogancia de aquellos mocetones. La gente de caballería, con sus correajes blancos y sus caballos pequeños y fogosos, estaba magnífica.

Cuando nos apeamos del carruaje y sorteando los muchos

que ya había parados y la caballería formada, pudimos avanzar cuesta arriba por la espaciosa alameda del parque, vimos que á lo largo de ella cubría la carrera la tropa, aguantando á pie quieto la lluvia, que estropeaba sus lucidas fornituras. Nosotros hallamos á dos pasos un pabellón que era el destinado para nosotros y donde pudimos desde unas ventanas verlo todo y primeramente darnos cuenta de la situación.

Los jardines en que nos hallábamos corresponden al palacio llamado *Ildis-Kiosk,* uno de los varios que posee el Sultán y en el cual habita. Encerrado allí no gusta, como sus antecesores, de ir á alguna de las mezquitas de Stambul para hacer su plegaria; prefiere venir á una mezquita nueva, llamada de *Hamidié*, que era la que nosotros veíamos frente á nuestro pabellón observatorio.

Acostumbrados á ver las antiguas mezquitas, con sus altos y lisos muros que parecen las paredes de una caja cuyo contenido está oculto, y en cuyo interior al recinto sagrado preceden un patio rodeado de arcadas y pórticos, era cosa harto nueva aquella mezquita que se alza como un hotelito ó *villa* á la inglesa, enmedio de un pequeño jardín cerrado por una verja de hierro. Es un edificio pequeño, gris con molduras blancas, ventanas góticas, adornos menudos de yesería, con cristalerías como una estufa para plantas, menudo y ligero, pudiera creerse que era un kiosko de baile de algún balneario; sólo porque le sirve de coronamiento una linterna poligonal cerrada por cúpula, y porque á la derecha se alza aéreo y sutil un minarete, se comprende que aquello es una mezquita, y también que el modernismo arquitectónico ha invadido y desfigurado hasta el arte turco.

Excusaré decir que todo esto nos produjo cierto desencanto, lo cual aumentó nuestra impaciencia de ver al Sultán, que apartado en aquel su palacio, del mundo que le rodea, sólo en la fiesta del *selamlik* hace su presentación en público. Iban y venían por el camino que había de traer y por el jardín de la mezquita, personajes uniformados á quienes sin duda traían y

llevaban las exigencias de la ceremonia, de cuyos detalles tenían que cuidarse. Pero en nada de esto se advertia precipitación, ni había ruido. Tanto en la gente turca como en nosotros los curiosos, dominaba grandísima espectación.

Enmedio del silencio, á que acaso contribuía la menuda lluvia, se oyó de pronto un canto, de voz aguda y de compás cadencioso. ¿Qué canto era aquel que venía de lo alto, como si viniera del cielo, y á todos nos había dejado suspensos? Era el canto que desde lo alto de la dicha torre de la mezquita entonaba el *muezín* ó sacerdote, llamando á la oración al Sultán. Hacía, pues, lo que hubiesen hecho acá las campanas de la iglesia. Pero así como estas nos hubieran atolondrado, el peregrino canto aquel nos produjo una impresión tan viva como grata; por estar el día turbio no acertamos á distinguir más que el bulto blanco del cantor en el balconcillo que á modo de cofa de un palo mayor se distinguía en lo alto del delgado minarete.

Cesó el canto; dieron las tropas un grito, que debió ser alabanza á su Dios ó viva á su rey; presentaron la bandera y las armas, y por fin aparecieron por el camino, primeramente unos batidores en caballos blancos, luego el Sultán, en coche abierto, en el que iban sentados junto á él dos generales, uno de ellos Osman Pachá, el héroe de Plewna, de quien por cierto el telégrafo nos trajo no ha mucho la noticia de su muerte.

El Sultán Abdul-Hamid-Khan, es un hombre como de cincuenta años, de complexión recia, moreno, de rostro aguileño, simpático, un tanto melancólico, la barba ligeramente cana. Vestía uniforme y fez encarnado, como sus generales. Lucían estos en el pecho numerosas condecoraciones, bandas y placas; pero en cambio su señor, á pesar de su alta jerarquía de *califa*, no llevaba ningún distintivo especial y extraño que le ofreciese á nuestros ojos como sucesor de los preferidos y fastuosos hijos de Mahoma. Hasta el modo de ir, no á caballo ni en carroza, sino en un coche europeo y con sus generales, le diferenciaba poco ó nada de nuestros reyes (y valga ese nuestro

por cristianos). Casi tan democrático como ellos, se mojaba por no perturbar el ceremonial.

Pero en cambio, y aquí viene lo singular, inmediatamente detrás del coche, formando grande y vistoso pelotón, á pie, pisando el lodo, iban los ministros, grandes dignatarios y altos empleados palatinos, todos uniformados y con placas y bandas que hacían deslumbrador el conjunto. Iban á pie, repito, lo que bastó para que por un momento nos creyésemos transportados á las costumbres del siglo XII. No era vana ni exagerada la comparación, y en testimonio acudían á nuestra memoria aquellas descripciones de fiestas y solemnidades que hacen nuestros antiguos cronistas y en las que nos pintan á la flor de la nobleza y de los héroes castellanos caminando á pie al estribo de los reyes. Aquello parecía una visión de la Edad Media, que pasaba ante nosotros; solamente que los cortesanos de Constantinopla no traían los peregrinos trajes de tales tiempos; la moda europea les había uniformado conforme al patrón de París ó de Viena, les había llenado de bandas y con todo eso les había quitado lo que qüe más hubiésemos nosotros estimado entonces; les había quitado su aspecto característico, que sólo puede darle una cosa, el Arte. Del arte musulmán no quedaba en aquella indumentaria más que una nota, viva por cierto: el gorro bermejo. Repasamos rápidamente el numeroso grupo de cortesanos, y entre ellos, en lugar preferente destacaba bajo el gorro encarnado una cara negra, de facciones que recordaban las estatuas egipcias: correspondía á un hombre alto y corpulento. No sé por qué al momento de ver el tremendo negrazo acudió á mi mente el recuerdo de aquellos eunucos que guardaban los harenes de los reyes de Babilonia y del gran Imperio persa. No pude menos de preguntarme si sería aquel negro tan magnífico y tan lucido el jefe del harem de Abdul-Hamid....

Comuniqué mi sospecha á los amigos y al recordar el harem deploramos que la lluvia nos impidiera ver algunas de las joyas en él guardadas. Quiero decir que, según nos dijeron,

también las mujeres del Sultán, dos ó tres por lo menos, suelen tomar parte en la fiesta del *selamlik;* pero dichas damas no vienen á pie á la mezquita, sino en un coche, detrás, por supuesto, del coche del Sultán. Algún compatriota que con mejor tiempo lo vió pocos días después me ha dicho que tuvo la suerte de verlas, vestidas de sedas de colores claros, por supuesto con el rostro cubierto según la usanza del país, de modo que vió el bulto no más de las recatadas bellezas.

En cuanto á lo que yo ví consignaré, para decirlo todo, que cerraban la procesión hermosos caballos, ricamente enjaezados, llevados del diestro por lacayos.

Entró la procesión en el parque de la mezquita, formó rápidamente la guardia especial, que hace las veces de nuestros alabarderos, detúvose el coche ante la alfombrada escalinata de la mezquita y el Sultán entró á rezar.

Comentábamos lo que habíamos visto, cuando apareció en el pabellón que ocupábamos los curiosos, un chambelán ó maestro de ceremonias, el cual nos invitó en nombre de S. M. á tomar un *lunch,* digámoslo en cristiano, ya que no en español.

Para recibir tal fineza nos llevaron por el jardín á un kiosko, en el que se ofreció á nuestra vista una mesa riquísimamente dispuesta con opíparos manjares en una espléndida vajilla de plata. La verdad es que no era un tente en pie lo que nos ofrecía su graciosa Majestad, sino la propia cena de Baltasar. Pero una cena *bilingüe*, valga la frase, pues como en la fiesta, había para el gusto europeo y para el gusto oriental. Ambas cocinas habían acumulado allí sus primores. No faltaban el obligado pavo con trufas, los *sandwichs*, el *champagne*, etc., etc., había enormes pescados en salsa y otros platos suculentos. Y al lado de todo esto había diversos platos de la cocina turca, manjares exóticos que mirábamos con viva curiosidad, sin atrevernos á probarlos. Verdad que todos los agraciados habíamos almorzado. Con todo, fuerza era enterarse del gusto que tiene la ambrosía con que se alimenta el semidiós del islamismo. A mí, por otra parte, más que la go

losina, me tentaba el deseo de examinar despacio uno de aquellos soberbios platos de plata labrada. Para lograrlo, me decidí por la repostería y pedí un poco de una cosa; ¿qué dirán ustedes? Dátiles con nata; golosina exquisita sobre toda ponderación. No menos exquisita era por cierto la labor del plato, que á juzgar por el gusto de su ornamentación pertenecía á una vajilla persa, probablemente antigua. No sabré yo describir el lujo de la mesa, que servían unos criados sonrientes, solícitos, pero con el indispensable fez rojo encasquetado. Aquello fue una página magnífica del boato oriental.

Volvimos á nuestro pabellón observatorio, donde apenas tuvimos tiempo de tomar el té, pues reclamó nuestra atención el Sultán que salía de la mezquita donde había hecho sus rezos. Tomó entonces otro coche, distinto del que le había traído; un coche de guiar, donde solo, tomando las riendas y con todo el séquito á pie, se volvió á su palacio.

Tal es la fiesta del *salemlik*, que á pesar de la influencia europea que la desfigura, me pareció cosa de otro tiempo, cosa de los califas de Córdoba ó de Damasco.

José Ramón Mèlida.

CRÓNICA LITERARIA

SURSUM CORDA, por D. Gaspar Núñez de Arce.—CUARENTA DÍAS EN LA EXPOSICIÓN, por Doña Emilia Pardo Bazán.

Las desdichas que padeció últimamente España han inspirado buen número de escritos consagrados á explicar las causas de nuestros males y á proponer remedios que nos rehabilitasen para lo porvenir. Al lado de esta que hemos llamado literatura de la regeneración, no han faltado algunas composiciones poéticas lamentando nuestros desastres y haciendo votos por que la Providencia nos permita ver lucir días más serenos y agradables. Los escritos de la primera clase, ó sea los inspirados por la razón, han abundado mucho más que los de la segunda, ó sean los dictados por el sentimiento; de suerte que si nos atuviéramos á este dato escueto, podríamos ver en él una sorprendente manifestación de carácter práctico que no nos reconocíamos los españoles, el cual, en vez de perder el tiempo en vanas elegías, se aplicaba á estudiar los orígenes de las desgracias experimentadas y á investigar los medios de evitar su repetición y de trocarlas con el tiempo en bienandanzas y prosperidades.

Creo que esta explicación optimista sería poco conforme con la realidad; y que el hecho de que nuestros últimos desastres nacionales hayan dado que hacer más á los arbitristas que

á los poetas, y hayan ocupado más á la didáctica que á la poesía, obedece á otras causas. Quizás sea una de ellas, que en el ambiente de escepticismo y positivismo que rodea á las sociedades contemporáneas, parece como que teme la poesía inspirarse en los grandes sentimientos de índole colectiva que en otras épocas figuraron entre sus principales fuentes de inspiración. A los ojos de muchos, una poesía patriótica ó religiosa corre gran riesgo de parecer afectada, poco sincera, y hasta cercana á lo ridículo.

Por eso abundan poco las composiciones de este género, lo cual no quiere decir que tales sentimientos hayan muerto ó estén próximos á extinguirse, sino que la moda literaria impone otros temas. La poesía está en una fase individualista y *lírica;* pero con todo, de vez en cuando alza su voz algún poeta para cantar á las antiguas deidades, que quizás volverán á ser mañana nuevas y recibirán culto tan entusiasta como el que antaño recibieron. Abundan, en efecto, los acontecimientos contemporáneos, en que el observador puede descubrir la vitalidad del sentimiento religioso y del sentimiento patriótico, hasta en sus extravíos, como el antisemitismo. Francia está ofreciendo ahora un excelente campo de observación de esta clase de fenómenos, que se manifiestan también, aunque con menor relieve, en todos ó casi todos los demás pueblos. Pero aunque así no fuese, aunque esos sentimientos se hubiesen debilitado tanto como algunos piensan, todavía seguirían siendo temas poéticos. La poesía se alimenta de lo ideal. Mucho tiempo después de haber muerto en los espíritus, siguieron inspirando á los poetas las divinidades del Olimpo. ¿Cómo no había de inspirarles un sentimiento tan universal y tan arraigado en todo el curso de la historia hasta el presente, como el patriotismo?

Entre esos poetas, á quienes antes aludía, que han cantado el dolor de nuestra caída, y que quizás hayan sido pocos, porque el asunto ha tenido más de lastimoso que de trágico y resulta más adecuado para el silencio de un pesar discreto que

para grandilocuentes quejas, hay que contar al señor Núñez de Arce, por su último poema *Sursum Corda*.

Consta este poema de dos partes diferentes: la introdución, dirigida á España y á América (á la América de raza española), pertenece á esa poesía patriótica de que hablaba hace un momento. En ella, el poeta, dirigiéndose á la patria, le dice que la ama más cuanto más abatida la contempla, y expresa su esperanza de verla levantarse de su abatimiento y surgir otra vez grande y poderosa. En la invocación á América, inspirada en los mismos sentimientos, excita á los pueblos americanos de nuestra raza á unirse más en la desgracia con la nación que les dió su sangre, su cultura, su religión, su idioma, todo menos la libertad, porque no la tenía, según dice el poeta en una frase feliz de esta parte del poema:

..... Te lo dió todo
Menos la libertad, pues mal pudiera
Darte el único bien que no tenía.

La otra parte, la que verdaderamente constituye el poema, tiene diferente asunto. No se trata ya de las desgracias de España ni de sus esperanzas de renacimiento. La cuestión se generaliza y se abstrae; de patriótica se trueca en filosófica; el problema histórico de la suerte de una nación determinada se convierte en el problema metafísico y moral de la razón de ser de la vida, de sus dudas, sus desalientos y sus esperanzas. Tiene el poema un rudimento de forma dramática. El poeta pone en acción á un peregrino que, junto á las ruinas de un convento, se detiene á meditar sobre el misterio de la vida é interroga á los monjes enterrados en aquel claustro acerca del arcano de la existencia. El peregrino, en quien es fácil ver una personificación de la humanidad en un momento de transición ó crisis, al ver el claustro en ruinas, la fe moribunda, se pregunta si el universo no será

. . . . . La eterna lira
En que la vida universal entona
Triste canto al dolor sin esperanza.

Expresa, pues, el Sr. Núñez de Arce ese estado de alma que se ha atribuído á la sociedad del final del siglo XIX: nostalgia de la antigua fe, desencanto de las soluciones puramente naturalistas (bancarrota de la ciencia, etc.), desaliento, vacilación, duda. Consecuente consigo mismo el autor de los *Gritos del combate* sigue siendo el poeta de la duda.

El simbólico peregrino que nos presenta el autor de *Un idilio y una elegía,* consigue salir triunfante de la crisis, resolver el enigma. Una voz interior le dice que el mundo no está guiado por el azar; le muestra todos los triunfos conseguidos por la humanidad y le hace comprender que, aunque alguna vez se detenga en el camino del progreso, pronto vuelve á proseguir su marcha. Y el peregrino, fortalecido por la voz que le grita *sursum corda,* emprende nuevamente su jornada hacia lo porvenir.

La introducción está en versos libres, el poema en endecasílabos aconsonantados. Siendo unos y otros obra del señor Núñez de Arce, dicho se está que serán, como efectivamente son, versos *de coturno,* solemnes, magníficos, llenos de sonoridad, sujetos á clásicas proporciones. El endecasílabo es el metro que mejor ha manejado el autor de *Un idilio y una elegía,* y pocos han dominado como él el verso libre en lengua castellana. La forma métrica conserva en *Sursum corda* la misma perfección que hemos admirado en las producciones anteriores del poeta.

Acaso en las ideas ofrece poca novedad este poema, pero las que expresa son nobles, levantadas, poéticas. A pesar de que en las dos partes de que consta su obra el poeta llega á una conclusión optimista y expresa su fe en lo porvenir, no sé por qué parece cruzar por este poema una ráfaga de desaliento y de fatiga. Es un canto de ocaso, menos brillante y menos vigoroso que otras composiciones anteriores de Núñez de Arce. Ocaso triste, como lo son todos los ocasos, porque es dolorosa la ley fatal que hace declinar con los años las facultades del artista; pero hermoso, con ser triste, porque los grandes poe-

tas, como Núñez de Arce, lanzan hasta última hora destellos de su genio; tienen una hermosa puesta de sol (1).

***

Dos nuevos tomos de la colección de *Obras completas* de doña Emilia Pardo Bazán acaban de publicarse: el XXI y el XXII. El primero se titula *Cuarenta días en la Exposición*, y contiene los artículos que acerca de la última de París envió la ilustre escritora á *El Imparcial*. El tomo XXII lo forma una de las mejores novelas de la señora Pardo Bazán: *Una Cristiana*, con su segunda parte *La Prueba*, que se habían publicado antes en volúmenes separados y que ahora reimprime en uno solo la autora, siguiendo la práctica adoptada en la colección de *Obras completas* con las novelas de extensión semejante, que se imprimieron primitivamente en dos tomos.

Cuarenta días en la Exposición puede considerarse como una obra nueva de la señora Pardo Bazán, pues aunque se publicaron sus capítulos en la prensa, esta forma de publicidad da sólo una vida muy pasajera y fugaz á los escritos, y además no pudo hasta ahora apreciarse en conjunto, por medio de una lectura seguida, esta reseña de la Exposición de París. La autora había demostrado ya sus especiales aptitudes para esta clase de trabajos literarios en libros tan justamente celebrados como *Al pie de la torre Eiffel* y *Por Francia y Alemania*. Del mismo género es *Cuarenta días en la Exposición*. Estos escritos son en realidad periodísticos, y al calificarlos así lo hago con intención laudatoria, pues no pertenecen al periodismo vulgar, sino al periodismo culto y literario que contribuye á difundir la instrucción y hacer grata, mediante repre-

(1) La grave enfermedad que padece en estos momentos el ilustre poeta, da una triste actualidad á su última obra. Bien quisiéramos que no fuese ésta el canto del cisne, y que la poesía castellana conservase cultivador tan eminente como el Sr. Núñez de Arce.

sentaciones pintorescas que hablan á la fantasía ayudadas por las galas del estilo, la exposición de hechos, de doctrinas ó, en general, de conocimientos útiles. Género ciertamente difícil, pues en él hay que decir mucho en breve espacio y en pocas razones, y hay que decirlo no sólo en forma inteligible y clara, sino tal que impresione á la fantasía y cautive agradablemente la atención.

Para escribir con provecho trabajos de esta índole, ha de tener el autor una sólida preparación de cultura y ha de poseer también ese verdadero don del artista, que consiste en saber ver las cosas, en descubrir en ellas el rasgo característico que las individualiza. Ambas condiciones concurren en la señora Pardo Bazán, en grado al que sólo llegan muy pocos escritores españoles. Se ha dicho con justicia de ella que era un verdadero polígrafo y un gran periodista (la lengua, adaptada á una organización social en que la inferioridad de la mujer es un hecho y en que todos los oficios eminentes son ministerio del varón, no nos brinda adjetivos femeninos). En realidad, ambos términos, polígrafo y periodista, tienen un fondo común; el periodista es forzosamente polígrafo, aunque los periodistas malos no puedan ser, naturalmente, polígrafos buenos, y el polígráfo es casi siempre, por las cualidades literarias, periodista; quizá periodista *in potentia*, pero periodista al fin. Ejemplo de ello Feijóo, á quien podríamos considerar como un gran periodista de su tiempo si entonces hubiera existido realmente el periodismo.

El asunto del libro de la señora Pardo Bazán, requiere como pocos esas cualidades de que vengo hablando. Una Exposición universal ó una feria del mundo, como dicen los norteamericanos, contiene todo género de manifestaciones y de productos del ingenio y de la industria del hombre. El escritor que se proponga disertar acerca de esta materia necesita poseer gran variedad de conocimientos, mucha lectura, una extensa cultura general, para hablar con discreción de los mil objetos diferentes que se ofrecerán á su atención. No se le puede pedir

que sea especialista *en todo* (la frase misma descubre el contrasentido que habría en exigencia semejante), pero el público á quien comunique sus impresiones tiene derecho á exigirle que se le dé cuenta de lo que describe y juzga, y para ello necesita un caudal preexistente de nociones sobre cada especie de cosas.

Esto por lo que toca á la preparación del escritor. En cuanto á la facultad artística de discernir lo típico de las cosas, sus cualidades esenciales y su relativa importancia, basta fijarse en la índole del asunto para comprender que muy pocos exigirán en la misma proporción el empleo de esta cualidad capital del artista. Una Exposición universal es la expresión de la variedad y la multiplicidad de las producciones de la actividad humana. Las enumeraciones de lo expuesto serían interminables, pesadas y enojosas; los juicios particulares incompletos. Acaso las Memorias de las Comisiones ó Comisarías que tienen á su cargo la representación de cada pueblo en estos certámenes se leen tan poco, porque atentas al pormenor no ofrecen una ojeada de conjunto que satisfaga la curiosidad y permita formar juicio rápidamente. Esto es lo que se pide al escritor que trata de estas materias con el clásico fin de instruir deleitando. Que saque de la multitud de objetos, de productos, de novedades é invenciones, las notas esenciales y característica, y exprese, por ejemplo, en qué sobresalió esta ó la otra nación de las que acudieron á la Exposición; qué adelantos industriales ó científicos merecieron mayormente la atención de las gentes; qué rasgos propios, individuales, tuvo el certamen, comparado con los anteriores; qué fisonomía especial presentaron en él las diferentes instalaciones nacionales, ó los diversos ramos de productos, expresado todo esto no en forma abstracta, sino de manera que se aproxime todo lo posible á lo intuitivo; es decir, de un modo *representativo, gráfico,* como se dice en el lenguaje vulgar.

Cuando llena estas condiciones un libro del género de *Cuarenta días en la Exposición,* no sólo satisface cumplidamente

las necesidades del *gran público*, que quiere enterarse de las cosas con poco trabajo y que lee para entretenerse y no con intención ni voluntad de estudiar, sino que en muchos casos superará á los escritos verdaderamente técnicos, por ofrecer una visión más clara y más viva de las cosas y sugerir imágenes á la fantasía, mientras que aquéllos se limitan á ofrecer nociones, es decir, materiales y datos, á la inteligencia.

Esto ocurre con el libro de la señora Pardo Bazán. Sobresale con mucho de lo que hasta ahora se ha escrito en España acerca de la Exposición de 1900. En sus treinta y nueve capítulos, que tratan de materias muy diferentes, como corresponde á la variedad del asunto: industrias bélicas, bellas artes, teatro japonés, exposiciones del traje, joyas, productos alimenticios, enseñanza, etc., si bien predomina lo referente á las bellas artes, se admira al par que la amena y donosa forma de exposición, la perspicaz observación y la solidez de juicio que á cada paso manifiesta la autora.

En el capítulo último, *Balance,* que es como la síntesis y el resumen de la obra, expresa la señora Pardo Bazán su juicio sobre la Exposición, y desde luego se coloca al lado de los que la aplauden y la consideran como un triunfo de Francia, triunfo á la verdad mucho más discutido que los de 1878 y 1889. Los datos que invoca la autora de *Cuarenta días en la Exposición* son muy dignos de tenerse en cuenta. La entrada diaria osciló en los días laborables entre 200 y 300.000 almas, llegando en los festivos á 400 ó 500.000, y algún día á 600.000. Se calculó en un millón de duros diarios el gasto de los forasteros atraídos á París por el Certamen universal. Desde el punto de vista económico, tales cifras son la mejor refutación del fracaso.

En realidad, la Exposición ha sido discutida por dos causas principalmente. Una de ellas, quizás la más poderosa, era de orden moral. Vino á caer la Exposición en un momento psicológico poco propicio. La cuestión Dreyffus y con ella el movimiento nacionalista y el resurgir del espíritu *chauvin* y

belicoso, habían despertado antipatías y prevenciones contra Francia en muchas partes, fenómeno que se explica considerando que el patriotismo francés, cuando se exalta, suele tomar formas agresivas, y que en ninguna nación como en Francia es tan peligroso para el vecino el desarrollo del espíritu militarista. Las conquistas napoleónicas, que para los franceses son una epopeya nacional, para los pueblos que las padecieron son empresas de verdadera piratería política, y cada vez que al otro lado de los Pirineos se alzan voces de combate, vítores al Ejército, apologías de la guerra é invectivas contra una *paz afrentosa* (como la paz es un bien, para censurarla hay que suponerla afrentosa), en los demás pueblos surgen aquellos recuerdos, y con ellos un sentimiento de desconfianza y de inquietud que no predispone ciertamente á la simpatía. La Exposición, obra de paz y de progreso, pagó en este sentido culpas ajenas. Y hay que confesar que no es el mejor medio para promover la concurrencia á un Certamen internacional y rodearle de las simpatías de los extraños, el ofrecer la víspera de su celebración el espectáculo de las pasiones nacionalistas, del odio al extranjero, del espíritu *chauvin*.

La otra causa que perjudicó á la Exposición en el ánimo de algunos, fue que se echó de menos en ella un *clou*, una novedad sobresaliente. Pero si bien se mira, es difícil que las Exposiciones universales descubran algo rigurosamente nuevo, pues la comunicación constante que mantienen entre sí todos los pueblos civilizados y la rapidez con que el telégrafo difunde toda noticia de interés general, hacen que no haya invento ni adelanto que no se propague por todos los ámbitos del mundo apenas realizado. Tampoco rebaja el mérito de una Exposición el que carezca de un rasgo típico, que llame poderosamente la atención y venga á ser el símbolo de la Feria universal que con él se adorna, como fue, por ejemplo, la Torre Eiffel. Más provechoso y más conforme con los fines de estos certámenes, es que la Exposición se distinga por la perfección, abundancia y calidad de las cosas expuestas, aunque entre

ellas no haya alguna que eclipse á todas las demás. Esto es lo que ha sucedido en la Exposición de 1900.

Hay que tener en cuenta que los juicios adversos á la Exposición, fueron, en su mayoría, juicios formados *à priori,* y los favorables lo fueron *à posteriori,* lo cual da mayor autoridad á los segundos. La señora Pardo Bazán refiere que ella misma fué á París con la impresión del fracaso, y que desde el primer día que visitó la Exposición se inició en su ánimo una reacción favorable. En lo que no estoy conforme con la ilustre escritora, es en que las agitaciones que últimamente se han observado en Francia sean oxígeno vital. El movimiento no siempre es vida y salud; á veces revela enfermedades graves. Los pueblos tienen también sus convulsiones epilépticas. De ese oxígeno que han estado respirando y todavía respiran los franceses, nos ha correspondido también á nosotros en estos últimos días nuestra ración correspondiente, sin que por eso seamos más fuertes ni más cultos, ni más cuerdos que éramos la víspera, sino al contrario. Lo que hay es que Francia, nación rica, adelantada y fuerte podrá resistir el ataque, mientras que un pueblo anémico, empobrecido y atrasado correría serio peligro de que la enfermedad llegase á ser mortal ó exigiese cuando menos cura muy penosa y difícil.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: El supuesto ataque de enajenación mental del General Porfirio Díaz, Presidente de Méjico.—¿De dónde ha nacido esta noticia?—Brutal amenaza de Mr. Hawkins en la Cámara de Texas contra los mejicanos de la frontera.—Las seducciones de Washington.—Las astucias yanquis y la política imperialista.—Opiniones del expresidente Cleveland.—Deberes de la América latina.—El ejemplo de Cuba en las imposiciones sobre su Constitución.—Coacciones sobre Colombia y Venezuela.—Los yanquis hacia el Sur.—Temores en las márgenes del Amazonas.—Clamores y protestas de *El Porvenir*, de Cartagena.—¿Dónde está *la patria americana?*—La cuestión entre Inglaterra y los Estados Unidos sobre el tratado Hay-Pauncefote y el próximo Congreso Panamericano.—Qué espíritu llevarán á él los Estados Unidos.—Qué espíritu deben llevar los Estados hispanoamericanos.—Opiniones de un publicista ilustre.

Al mediar el mes anterior se extendió súbitamente una gran alarma, así en Méjico y la América entera, como en las principales capitales de Europa, con las noticias que sobre la salud del Presidente de la República mejicana, General Porfirio Díaz, hicieron cundir por todas partes las agencias telegráficas interoceánicas que reciben sus inspiraciones del periódico *The World*, de Nueva-York. Estas noticias anunciaban que el General Porfirio Díaz había sufrido un ataque de enajenación mental. Y cosa curiosa: esas noticias que desde Nueva York se comunicaron telegráficamente al mismo Méjico, llegaron á impresionar hasta á la familia misma del General, porque éste se hallaba ausente, y un periódico de la localidad

titulado *El Imparcial,* la dió intempestivamente al público, sin haber cuidado de confirmar su certeza. El General, que por término de una expedición que había hecho al Estado de Morelos, en su paso de las Balsas é Iguala, de retorno á la capital, se había detenido algunos días en Cuernavaca, había experimentado, en efecto, un ligero ataque de reumatismo en el hombro derecho, complicado con la afección que padece en la garganta y que le impide dormir cuando se le agrava, y su permanencia en Cuernavaca tenía por objeto procurar su mejoría á favor del clima templado de esta localidad. Su familia, que no le había acompañado en su rápida expedición, se hallaba en Méjico; pero al hacerse pública la versión de *El Imparcial*, la esposa del General, Doña Carmen Romero-Rubio de Díaz y su hijo mayor, Capitán de Ingenieros, que lleva el mismo nombre de su padre, salieron apresuradamente para Cuernavaca, dejando á Méjico sumida en la ansiedad que era consiguiente. La alarma duró poco: pues á calmar la expectación común llegaron luego telegramas satisfactorios del Dr. Liceaga, médico del General Porfirio Díaz, que le acompaña siempre cuando viaja, y sobre todo, no cupo duda de que se trataba de una noticia sensacional de mala especie al regreso inmediato de la Generala Díaz y de su hijo, que precedió algunos días al del primer Magistrado de la República, pues su estado no exigía cuidados excepcionales. El *Semanario Oficial* del Gobierno del Estado de Morelos desmintió enérgicamente la falsa noticia, llegada de las agencias del *World.* En el periódico oficial de Méjico, el Ministro de Relaciones extranjeras, señor Mariscal, reprodujo estas rectificaciones, y hasta *The Mexican Herald,* periódico norteamericano que en inglés se escribe en la capital, se mostró muy irritado, así contra el *World*, de Nueva York, como con *El Imparcial,* que había acogido sus noticias. Estos hechos hubo que comunicarlos por telégrafo á casi todas las cancillerías de Europa y de América, pues todos los Jefes de Estado de los dos mundos se apresuraron á enviar á la señora del General Díaz y al Gobierno mejicano mensajes

de condolencia, habiendo dado crédito á las invenciones del *World*.

Ahora bien, ¿qué interés podía inspirar la divulgación de estas noticias falsas encaminadas á sembrar la alarma y la desconfianza en torno de la persona del General Porfirio Díaz, á quien, durante los veinticuatro años continuos que lleva al frente de la dirección política de aquel país, debe Méjico tantos beneficios de todo orden? ¿Este interés puede apreciarse como estimulado dentro de la política interior del Estado que rige ú obedece á miras extrañas del lado allá de sus fronteras? En el orden interior, Porfirio Díaz, no hace aún un año, recibía nuevamente y por unanimidad en las elecciones presidenciales la confirmación nacional de sus poderes, y todavía no ha cesado en todo Méjico el eco de los aplausos entusiastas con que fue saludado el discurso que pronunció en el banquete espléndido con que se celebró hace pocos días su nueva exaltación á la primera Magistratura de la República en el Gran Teatro de la capital. Allí expresó las ventajas que para todo régimen de reparación, de florecimiento y de concordia, produce aquella política de atracción que él siempre ha puesto en práctica en sus Gobiernos, en vez de la política disolvente de los exclusivismos parciales, de los procedimientos vengativos de exclusión y de las provocaciones desatinadas á las viles represalias. Las guerras civiles, los disentimientos sectarios, dejan siempre en pos de sí odios y rencores profundos que no se apagan con ningún sistema de violencias, sino, por el contrario, procurando lealmente toda suerte de útiles aproximaciones, reclamando para la obra de redención común el concurso de todas las voluntades ingenuas y eficaces, procedan de donde procedan, y borrando enteramente del diccionario político no sólo la palabra de *enemigo,* sino hasta la anodina de *adversario*. Sólo de esta manera se funda un sólido sentimiento nacional; sólo de esta manera se apagan enteramente los odios y los rencores que engendran las guerras civiles y los disentimientos sectarios, y sólo así el impulso unánime de todos puede realizar en

los pueblos antes agitados el reinado de la paz, y con él el de la prosperidad y el progreso común.» Y, en realidad, con estos sólidos principios, puestos en práctica perseverantemente en Méjico durante veinticuatro años por el gobierno continuo del General Porfirio Díaz, ¿no ha conseguido ver impulsada su patria por el camino amplio de la civilización y por el de las ventajas efectivas de la felicidad? Sí; él ha hecho extenderse en ese tiempo, de un extremo á otro del territorio mejicano, los caminos de hierro; ligar las líneas telegráficas y telefónicas las más pequeñas y remotas poblaciones de los Estados mejicanos entre sí y con la capital de la República; mejorar los puertos y darles la actividad y la alegría de la continua contratación; abrir canales que multiplican las producciones de la agricultura; renovar la urbanización de sus poblaciones antiguas; crear por todas partes nuevas industrias, nuevas fábricas, nuevos talleres; ensanchar los horizontes de la pública enseñanza, y emprender trabajos gigantescos, cuyo fin ha sido alcanzar el bienestar público en una graduación que estimula la envidia de otras naciones. Sí; él, á medida que esta labor interna se producía, lograba restituir su debida confianza al crédito nacional en el extranjero é inspirar por todas partes el crédito de la seguridad. Hay que reconocer que esta labor reconstitutiva ha echado raíces demasiado profundas en su país, para poder suponer que su invalidación ó su desaparición del magisterio del poder, que él ha rodeado de tantos personales prestigios, había de producir en Méjico un nefando retroceso en la dirección de su política y de sus destinos.

Indudablemente, si Porfirio Díaz desapareciera del poder ó se incapacitara para él, su falta había de producir un momentáneo desequilibrio en la marcha de los sucesos políticos que él ha normalizado tan magistralmente. Durante los veinticuatro años de su gobierno, Porfirio Díaz ha sido el cerebro y el corazón de su país. La República entera que ha gobernado, no ha pensado ni sentido sino por su corazón y por su pensamiento. Pero en la conmoción nacional que su desaparición produ-

jera, ¿se había de suponer que su obra con él fuera á desvanecerse en su mismo sepulcro, y que, al día siguiente de su incapacidad ó de su muerte, el mundo, maravillado, habría de ver de nuevo á Méjico entregarse frenéticamente á la ceguedad de sus pasadas luchas civiles, á la intransigente y sangrienta oposición de caudillos, á las guerras de aniquilación, ruina y exterminio, que, arrojando al país en los brazos de las furias de la anarquía, facilitaran al lobo del Norte el apetecido momento de una nueva intervención y de una fácil conquista? No hay que desconocer que, aunque contenidas por el ascendiente insuperable del General Díaz en el torrente de la opinión, en Méjico, como en todas partes, existen latentes, aunque vigilantes, las ambiciones inquietas, que se refrenan sólo por temor al inmenso poder del actual gobernante. No hay que desconocer que esas ambiciones latentes se apresurarían á exhibirse en el primer instante de la orfandad del poder. Pero estas mismas ambiciones, contenidas ú ocultas, ¿hierven en las mismas pasiones que las que en otros tiempos mantuvieron á Méjico postrada é impotente, insolvente y deshonrada, en el seno de la miseria y de la ignorancia, y expuesta á las codicias y á los peligros de cualquier conquistador? Hay que creer que, aunque en Méjico existan caracteres imbuídos de todas las sugestiones de la ambición, no debe existir uno solo que no prevea para su patria los peligros que la muerte ó la incapacidad del General Díaz puede provocar. En este concepto, no es aceptable que las noticias falsas que han emanado de las Agencias del *World* de Nueva York para sembrar la alarma y la desconfianza acerca de la ilustre persona del primer Magistrado de la República de Méjico, aunque las haya prohijado *El Imparcial* de dicha capital, hayan brotado de la oculta rivalidad de ningún ambicioso mejicano.

***

Es verdaderamente extraño que en los mismos días en que el *World* de Nueva York llevaba hasta la capital de Méjico mismo la alarma de la pérdida de la razón supuesta en el General Porfirio Díaz, un representante de la Cámara del Estado de Texas, el diputado Hawkins, juntamente con varios periódicos locales, y sobre todo *The Paso Daily Herald*, produjeran quejas inicuas contra los mejicanos de la frontera que, ó vendían sus votos, ó se negaban á votar. El diputado Hawkins se expresaba con la mayor violencia contra *the people from the damned ignorant Mexicans,* y no sólo tronaba contra las sugestiones de que pudiera ser objeto para esta conducta, suponiendo que estas sugestiones provenían de sus hermanos de Méjico, sino que para castigarlos reclamaba urgentemente la reforma de la Constitución en el sentido de que se les despojase de las franquicias de que disfrutaban, pues de lo contrario, «*If yon do not do this, we may have to kul them, like we did the negroes after the war; we may as well inaugurate Judge Lynch ad once:*» lo que en castellano quiere decir, que de no reformar la Constitución contra dichos mejicanos, «*tendremos que matarlos, como lo hicimos con los negros después de la guerra é inauguramos la ley del Lynch.*» Lo curioso de esta excentricidad verdaderamente yanqui, en que intervienen el secretario del distrito de Rewes, el diputado Hawkins y *The Paso Daily Herald,* es que se trata de mejicanos que no son súbditos del Gobierno norteamericano, y que, por lo tanto, mal pueden vender sus votos cuando no tienen derecho para votar. Pero los yanquis, para provocar ó malquistar á Méjico, no se paran en mentiras ni falsedades, y aunque Méjico está acostumbrado á estas calumnias y á toda clase de tentativas de agresión por parte de sus vecinos del Norte, hay que poner en relación estas cosas con las noticias propaladas en Nueva York por el *World,* para deducir lo gravísimas que en realidad son, pues revelan el grado de animosidad que en los Estados Unidos hay contra Méjico y el ansia que sienten por echarse sobre la presa que codician.

Esto no excluye que en el Gobierno de Washington se prodiguen de vez en cuando las dedadas de miel hacia sus vecinos del Sur de raza española, y hacia su ilustre gobernante. La *Prensa Asociada,* desde Washington, comunicaba no hace muchos días que Powell Clayton, el Embajador que los Estados Unidos tienen acreditado cerca del Gobierno del General Porfirio Díaz, hallándose en aquella capital de paso para su casa de Arkansas, donde va algún tiempo con licencia, había hecho, así al Presidente Mac-Kinley como al Ministro de Relaciones Extranjeras, John Hay, calurosos elogios de Méjico y su cultura, pues era testigo de la manera cómo en esta República, é impulsados por su primer Magistrado, se desarrollaban con tenez energía los recursos internacionales, dando particular importancia á la cordial acogida con que se recibían las ideas americanas y que se dispensaba á los americanos mismos. La representación diplomática respectiva hace poco ha sido elevada entre los dos Gobiernos al rango de Embajadas. En Méjico ha depositado Mac-Kinley su confianza para la celebración del segundo Congreso Panamericano que ha de inaugurarse el 4 de Octubre de este año, y al General Porfirio Díaz se le ha dirigido la invitación más solemne para hacerle concurrir con su presencia á la inauguración de la Exposición Universal de Buffalo, que se ha de verificar coetáneamente con la reunión de la Asamblea de todas las Repúblicas de América. ¿Cómo explicar, por una parte, tantas expresiones de aparente cordialidad, y la repetición casi continua de las expresiones, ya de amenaza, ya de desprecio, ya de mentiras, que sin cesar se pronuncian contra Méjico, ora en las Cámaras, ora en los periódicos de los Estados que le son más confinantes?

*
* *

La política de los Estados Unidos con la América de nuestro origen es siempre la misma, y las sonrisas de su amistad hay que considerarlas como decoradas ficciones de una peren-

ne asechanza. Después de la conducta observada con Cuba y su Convención, después del lenguaje que acerca del objeto de la intervención que los Estados Unidos se tomaron en el tiempo de la insurrección contra España se ha tenido por los periódicos norteamericanos, nadie puede abrigar dudas sobre la deslealtad de los procedimientos con que la política de Washington obra respecto á las Repúblicas de nuestro origen; y si todavía hubiese alguna alma cándida que llevada por los puritanismos de los Hale y de los que se le parecen, creyesen que en los Estadas Unidos existe algún partido seriamente contrario á la política de expansión, absorción y anexión que Mac-Kinley ha desplegado, no sólo tendría materia de reflexión para convencerse de lo contrario en la reelección de este Presidente y en las ideas que ha vertido en su Mensaje presidencial, sino en el apoyo que le prestan hombres como el ex-Presidente Cleveland, que tantos escrúpulos manifestaba hacia esta política antes de que Dewey en Filipinas y los acorazados formidables de Santiago de Cuba dieran al mundo la señal elocuente de las aspiraciones reales del poder gigantesco que en los Estados Unidos se ha levantado, y que ya constituye la amenaza de los dos mundos. Cleveland recientemente ha expresado que el movimiento cesarista de los Estados Unidos es un movimiento de transformación de la antigua República, que ni ya es lo que históricamente fue, ni volverá á serlo nunca. «La República de Washington y de Jefferson—son sus palabras,—no existe ya sino en la Historia.» Hale recordará en sus discursos de la Universidad de Boston, como lo ha hecho en el pronunciado el 12 de Marzo último, que de los hechos realizados en las antiguas colonias españolas, en la anexión de Hawai, en la adquisición de las islas de Guam, en las Marianas, y de las de Cagayán y Sibutu, en Filipinas, y en la participación tomada en la expedición de China existe un conflicto constitucional evidente con los antiguos principios consignados en la *Declaración de la Independencia* y en el espíritu de la *Constitución federal*. Pero más poderosos que estos prin-

cipios jurídicos circunstanciales son los que revelan con mayor elocuencia las enseñanzas de toda la historia de la humanidad respecto al derecho á engrandecerse que en sí lleva toda sociedad que se agiganta en fuerzas propias ó por el poder material ó por el de la política, el de las armas ó el de la opulencia; y los Estados Unidos, sintiéndose agigantados por la feliz posesión de todos estos elementos juntos de fuerza y de poderío, llevan la corriente de su opinión, que es la corriente de su voluntad, á las cumbres de los poderes que ellos mismos consagran con sus votos y les imponen la dirección de una política que no se discute en las cátedras de los filósofos y de los humanitaristas, sino que se canoniza en actos como los que se han llevado á cabo contra España, en el Mar Pacífico, ahora en los mares de Asia, é indudablememente en un mañana no muy lejano habrán de realizarse en la prolongación así de la frontera del Canadá como en la de Méjico hacia el istmo del centro y hacia el continente Meridional, y en un período má ó menos largo sobre los mismos continentes del mundo anti guo, pues el reto con la civilizada Europa sólo se tardará en pronunciarlo lo que se tarde en adquirir un poder naval suficiente para esta empresa y en negociar ó imponer las alianzas auxiliares.

Si la América de origen ibérico quiere salvarse de la irrupción y de la absorción, en sus manos tiene sus destinos. Ningún procedimiento dejarán los Estados Unidos de emplear, ni los de la astucia para seducirla, ni los del temor para amedrentarla, ni los de la fuerza para sujetarla á su dominio, cuando á cada porción de las en que se halla dividida, esta parte tan extensa y tan rica de aquel continente, le llegue la hora. El ejemplo de lo que se hace con Méjico, en la continua alternativa de las amenazas que lo cohiben y de las lisonjas que lo adormecen, ofrece su cuadro de realidad más palpable en lo que pasa en la Isla de Cuba y en las ominosas imposiciones con que se estrecha á su Convención. ¿Va Cuba de nuevo á la manigua? ¿Quién la apoya? ¿Con qué recursos contará para sustentarse

y defenderse? En palabras de alta resonancia es fácil formular retóricas protestas que aspiren á traducir las resoluciones del heroísmo; pero de la retórica de las palabras altisonantes á las pruebas sangrientas del sacrificio, hay una distancia enorme. Cuba contra España tuvo, cubriéndole las espaldas y prestándole todo género de auxilios, solos á los Estados Unidos, pues no pueden considerarse como elementos vitales, ni de auxilio ni de resistencia, el centenar de aventureros que llegaron de otras Repúblicas latinas á batirse en los campos, ni el centenar de escritorzuelos que en algunas Repúblicas de nuestro origen escribían artículos de propaganda y abrían suscripciones insuficientes. Cuba hoy no tiene á nadie detrás de sí y enfrente de los Estados Unidos. Los que protestan contra éstos por su conducta inicua con los cubanos, protestan silenciosa y platónicamente, y Cuba, aceptando ó no las imposiciones del Gobierno de Washington, no es más que el pedazo de carne que los Estados Unidos tienen puesto sobre el asador, y que más pronto ó más tarde se han de tragar irremisiblemente. Lo que ahora se hace con Cuba, mañana se intentará con Méjico, con Guatemala, con Costa Rica, con Colombia, con toda la América del Sur, no de una vez y de frente, sino por sucesiva promoción de conflictos y sucesivos actos de compra, de absorción ó de conquista. ¿No están ya virtualmente los Estados Unidos en el Amazonas, desde la consentida empresa de la *Willmington?*

Si á Méjico aún lo salva la alta personalidad de Porfirio Díaz, ya se ha visto lo que se hace para derretir el influjo de tan alta personalidad. En el Centro no hay más poderes que aquellos que se suponen, más que adictos, subordinados. Nicaragua y Costa Rica, en la cuestión del proyectado canal, han tenido que someterse servilmente á las exigencias del dominador. Colombia, cuyas revoluciones en la región del itsmo no cesan nunca por más victorias que obtengan los soldados del ejército leal, ya ha puesto á disposición del Gobierno norteamericano la adquisición de la ruta de Panamá, habiéndose

sometido á esta determinación la Compañía del canal, que preside M. Maurice Hutin. Venezuela se ve sometida, en su cuestión pendiente entre la New York and Bermúdez Company y la Wanner and Quintana Company, á la poderosa presión naval á que los Estados Unidos la han sujetado, so pretexto de la defensa de sus connacionales, bajo los cañones del *Bancroft,* el *Lancaster* y el *Dixie,* que amenazan á la Guaira y Santa Lucía. ¿Qué quiere decir todo esto? ¡Ah! No lo olvide jamás ningún americano de nuestra sangre: *entre el débil y el poderoso, todo principio de intervención es un principio de conquista.*

***

¿Se detiene en estos límites la amplitud dada por los Estados Unidos á su acción insidiosa y continua sobre el resto del continente meridional, ya por la parte del Atlántico, ya por la del Pacífico? *La Prensa* de Buenos Aires y *El Porvenir* de Santiago de Chile publicaban hace pocos días un mismo artículo, cuyo epígrafe era: *Los yanquis se aproximan hacia el Sur*, y en el cual se leen párrafos como los siguientes: «Creemos firmemente que algo se trama; que flota en el ambiente la idea de un conflicto. Sin presumir de augures, siempre hemos visto ó creído entender un grave peligro en la cuestión de Acre, desde la solapada expedición del *Willmington*. La cañonera de la marina de guerra norteamericana *Wimlig* no abandona los afluentes del Amazonas. Se habla de proposiciones hechas por los Estados Unidos para la compra de los territorios insurrectos contra Bolivia. Claro y patente han visto cuantos se ocupan de asuntos políticos de este continente que los Estados Unidos han puesto siempre su mirada en esos preciosísimos terrenos de la zona tórrida, pensando y aun diciendo después de tomar á Cuba y Puerto Rico que poseyendo azúcar, café y tabaco exquisito, ya sólo habían de buscar el complemento de los ricos productos que la Providencia ha puesto en las feraces márgenes del Amazonas. Ese rico producto es la goma, que en cantidades

fabulosas sale de ellas para surtir los mercados del mundo. Después de la fácil adquisición de todo el poder colonial de España en las Antillas y en Filipinas, los Estados Unidos no se detendrán en las demás conquistas que anhelan en nuestro continente. ¡Nuestras protestas! ¡Se ríen de ellas como se han reido de las que hicimos en favor de España y en favor de Cuba! Carecemos de unión; carecemos de fuerza; y las emulaciones de familia que entre nosotros exaltan las pasiones de la rivalidad hasta tan alto punto, ofrecen abierto el flanco á las invasiones que se nos vienen encima, estimuladas por los mismos que, incapaces para dominar lo que poseen, no se satisfarán sino con la ruina de todos. La compra del Amazonas por los yanquis, ¿será un hecho cercano? ¿Verán los hombres nuevos del Brasil, sin alarmarse, que el coloso del Norte llegue hasta ellos por posesión legítima si llegan á comprar los territorios que codician? Entendemos que la ingerencia de una raza extraña entre nosotros compromete la vida de la nuestra.»

Estas protestas se repiten por todas partes, y en Colombia, donde tantos gritos de alarma se han dado, á que han permanecido sordos los demás Estados hispanoamericanos, se han recordado las estériles elegías que ya en su tiempo formuló su Presidente Nicolás Avellaneda, llamando al sentimiento y á la defensa común de la *patria americana* á todos los que han tenido comunes sus dos éxodos, el de la formación de la raza nueva durante el coloniaje y el de la conquista de la individualidad y de la libertad durante la guerra de la independencia. «Hay una patria americana, escribe *El Porvenir*, de Cartagena. Todos sentimos esa patria americana, aunque al encuentro de los que noblemente la sentimos nos salgan, como hermanos bastardos, los que exaltados por viles instintos y ambiciones, en brazos de la guerra civil, se lanzan á disputarla. ¡Si á causa de estas discusiones fratricidas, que nos destruyen y nos alejan á unos de otros, esa patria americana no existiera, aún habría que evocarla como un recuerdo! ¡La hubo

cuando, como un nuevo día y enmedio de una guerra cruenta, nació proyectando su luz sobre los obscuros horizontes! Para la glorificación de ese día, juntos en la lid, se hallaban el *huaso* de Chile, el *cholo* de Bolivia, el *costeño* del Perú, el *llanero* de Colombia y el *gaucho* de las pampas argentinas. ¿Por qué hoy estamos tan separados? Cuando Chile, por derecho de conquista, se apropia un pedazo del suelo peruano; cuando esa misma nación le decía á Bolivia que no hay más razón ni más derecho que la fuerza; cuando Bolivia, que no puede someter sus invasores del Acre medita cómo declarar la guerra al Paraguay por futiles pretestos y porque la considera más débil, y la Argentina y el Brasil se dice que se han abrazado para ahogar á Chile, que prospera y se robustece; cuando el Ecuador, Venezuela y Nicaragua, instigados por el enemigo común de otra raza, se liga en pacto inmoral para hostilizar á Colombia; cuando todo esto sucede en presencia del rival poderoso que veja á Méjico, destruye la República mayor del Centro, obliga á Nicaragua y Costa Rica á ensanchar la faja de territorio que ha de atravesar el canal en proyecto y cuyas márgenes se han de convertir en ásperas fortalezas, cuyos cañones antes que sobre ningún otro adversario han de disparar contra esas Repúblicas en cuyo seno establecen una vecin dad tan peligrosa; cuando piden al Ecuador las islas Galápagos y al Perú un pedazo de su costa para establecer depósitos de carbón; penetran en el Amazonas, amenazan favoreciendo la insurrección de Acre, al Brasil y á Bolivia, exigen á la Argentina y á Chile estaciones carboníferas en el Estrecho de Magallanes y ensayan con sagacidad insidiosa otra multitud de empresas semejantes..... ¿hay para nosotros *patria americana*? ¿Cómo hemos de considerar que hay, en efecto, una *patria americana*, cuando amenazados todos de unos mismos peligros, no sabemos practicar la fraternidad que nos impone y á pesar de tener una misma historia, una misma lengua, una misma religión é iguales necesidades y sufrimientos.... somos entre nosotros mismos una conglomeración de familias

casi extrañas y todas entre sí rivales? ¿Hay en realidad para nosotros *patria americana?*»

*
* *

Mientras estos clamores se ahogan en el vacío, la astucia de los Estados Unidos adormece el escozor que los excita, producido por la actitud de Inglaterra negándose á admitir las enmiendas introducidas por el Senado americano en el Tratado Hay-Pauncefote del 5 de Febrero de 1900 sobre la neutralidad del Canal de Nicaragua, cuando llegue á perforarse, lo que todavía no se ha visto, con las prédicas que sobre la concurrencia al próximo Congreso Panamericano y á la Exposición de Buffalo sus agentes esparcidos por todos los Estados iberoamericanos están encargados de prodigar por medio de conferencias. Mientras entre el *Foreing Office* de Londres y el *State-Departement* de Washington se cambia una viva correspondencia diplomática en la que Inglaterra no permitirá que los Estados Unidos le impongan, como á la triste y abandonada España, el acomodaticio evangelio de la doctrina de Monroe, defendiendo á la vez la integridad de lo pactado por su Embajador Pauncefote con el Ministro John Hay, y los intereses de sus connacionales en Venezuela, á pesar de la presión naval de los cruceros americanos sobre la Guayra y Santa Lucía, la oficina de asuntos americanos sólo cuida en preparar voluntades con que obtener en la reunión de Octubre en Méjico los resultados que Mr. Blaine no pudo alcanzar de su primera tentativa. ¡La sumisión disfrazada por medio de los pactos capciosos!

Al Congreso Panamericano, moldéese como se moldee, van á concurrir dos aspiraciones que en lo esencial no podrán estar concordes. Los temas jurídicos, económicos, morales que para dicho acto están formulados, y que nuestros lectores conocen ya, en la intención de los Estados Unidos llevan por objeto exclusivo canonizar la dependencia explícita de las

Repúblicas latinas al poder protector de la República Norteamericana. Este principio de subordinación incluye una casi exoneración voluntaria por parte de las Repúblicas latinas de los atributos esenciales de su respectiva soberanía y de su respectiva independencia. Una vez establecido el nudo, no lo cortarán sino el cañón y la sangre. A esto van las Repúblicas invitadas por los Estados Unidos al Congreso Panamericano de Méjico. Ni uno solo de los Estados iberoamericanos creemos suscriban este pacto de dependencia, que abre la puerta del porvenir á la intervención continua y efectiva de los Estados Unidos en todas sus cuestiones políticas, económicas y morales. Si este principio de dependencia, que incluye el de protectorado é intervención, se aprueba, den las Repúblicas iberoamericanas un eterno adiós á su respectiva individualidad, pues todo principio consentido de intervención será inevitablemente en lo porvenir un principio consentido de absorción ó de conquista.

Si así llegara á establecerse en el próximo Congreso Panamericano, ¿qué sentido tendrían las alianzas de Punta Arenas pactadas entre el General Roca y el Presidente Errázuriz, alianzas que estrechará aún más el futuro presidente Montt si Chile si, como se espera, le concede sus sufragios, y ahora tal vez afirmadas en la reciente visita del Ministro argentino, D. Amancio Alcorta, á Santiago de Chile, y las visitas pactadas en las visitas de Roca á Campos Salles en Río Janeiro, y de Campos Salles á Roca en Buenos Aires? Si estas alianzas existen, no pueden tener por base sino el sostenimiento total del equilibrio de nuestra raza en toda la extensión de los Estados que actualmente ocupa, enfrente del predominio y del espíritu de expansión que se arroga la anglosajona de la gran República del Norte. Si estas alianzas no tienen esa eficacia política, y no las robustece un poder material suficiente para recurrir á todos los casos de la común defensa, esas alianzas ni tendrían sentido alguno, ni servirían para nada. ¿No es este sentido el que les da toda la América latina? ¿No es en este

sentido en el que Venezuela recientemente ha realizado actos públicos y solemnes de aproximación á ellas? Estas alianzas están obligadas á llevar al Congreso Panamericano de Méjico aquel sentido de solidaridad y de unión entre todos los pueblos iberoamericanos, que por sí sólo sea una protesta clara y terminante contra el sentido absorbente y dominador de los Estados Unidos. De que esta sea la política que informe la nueva corriente de las relaciones fraternales entre todos los Estados de nuestro origen, sin cesar se pronuncian por todas partes los votos de la mayor elocuencia. Oigamos los que acaba de formular un insigne publicista americano, el Sr. Pedro S. Lamas:—«Nacionalidades novicias y embrionarias de Sud América, que en Caracas, Buenos Aires y al borde de Ipiranga jurasteis independencia ó muerte, uníos, si pretendéis conservar incólume vuestra autonomía; no confiéis vuestros destinos, ni á la fuerza moral del derecho ni á la tutela mentida de Monroe; uníos, formando una masa colosal de resistencia, mancomunando vuestras causas, solidarizando vuestra resolución de repudiar toda imposición extraña... La América latina no podrá alegar ignorancia ante los reproches de la humanidad y de la Historia. Está advertida del peligro que corre el derecho, la moral, la justicia, ante la ola del mercantilismo y de la sed de oro de las grandes potencias, que sube, sube y amenaza al universo entero. Unámonos, pues, y aunemos nuestros esfuerzos, constituyendo á nuestra América latina en baluarte para resistir, y en arca que sirva de refugio á los perseguidos y á los desengañados de todos los pueblos de la tierra que aspiren á la resurrección de la especie por el derecho y por la libertad.»

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.
(IOB.)

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Bellas Artes: El nuevo estilo.=Biografía y crítica: Retratos contemporáneos: Enrique de Boanier.—Siluetas parisienses: Mauricio Montegut.=Filosofía: El *nirvana* del budhismo.—Estética: Estetas de Ultra-Mancha.=Literatura: «El Latigazo», de Hennequin y Duval.=Enseñanza y educación: El problema de la segunda enseñanza.=Feminismo: El concepto materialista de la felicidad y el feminismo.=Impresiones y notas: Periódicos y revistas contemporáneos.—Las formas del cráneo humano.—El ocultismo y la magia.—«Como las hojas», de José Giacosa.—El catálogo de la literatura científica del siglo XIX.

BELLAS ARTES

El nuevo estilo.—Notabilísimas son las indagaciones hechas por Mario Morasso en la *Rassegna internazionale della letteratura e dell' arte contemporanea* sobre la existencia de un nuevo estilo en las artes plásticas y sobre los caracteres distintivos, causas de aparición y líneas generadoras del mismo.

Es un hecho que tenemos ya un estilo nuevo que caracteriza todas las modernas construcciones del hombre moderno, desde la casa en que vive hasta la joya con que se adorna. Ese estado amorfo en que el espíritu humano ha vivido desde que en 1830 se extinguieron las últimas llamaradas del estilo Imperio, ha cesado ya, y el siglo xx nace á la vida con estilo propio.

El estilo es la proyección fuera del yo, individual ó colectivo, de nuestra naturaleza interior, el reflejo de la conformación y del sistema de nuestra conciencia individual ó social.

Cuanto más característica es esta naturaleza, cuantos más relieves típicos decisivos tiene esa conciencia individual ó social, más original y distintivo será el estilo del individuo ó del pueblo. Así se explica que al formarse, por la acción de una voluntad ó de todo un pueblo, una fuerte organización política, ó se afirma un tipo vigoroso de dominación ó de conquista, se tiene un estilo que caracteriza todas las manifestaciones de la vida de aquel pueblo, como puede verse en los grandes estilos históricos, egipcio, helénico, romano, gótico, morisco, renacimiento é imperio.

Las democracias, en cambio, no tienen como tales estilo ninguno, pues aparte de que estiman el arte como una actividad de lujo, el régimen democrático tiende á nivelarlo todo, eliminando las características personales más salientes, las superioridades individuales más firmes, las voluntades más enérgicas y dominantes. La utópica nivelación á que aspira ha producido la disgregación del mando, la desconsideración y debilitamiento de la aristocracia y de la fuerza militar, la destrucción de los ideales de gloria, de conquista y de patria, factores todos que, al servir de sólida base á la instauración de un gran tipo de cultura, son indispensables para la creación de un estilo.

Este fenómeno importantísimo de la falta de estilo bajo el régimen democrático, constituye una prueba de la deficiencia de un contenido original y orgánico de ideales y aspiraciones en la teoría democrática. Mucho se ha divagado en estos tiempos sobre la falta de estilo en el hombre moderno, y aventurándose muchas hipótesis, se ha hablado de decadencia de la raza y de disminución de la inventiva; pero la verdadera causa está en el espíritu negativo de la democracia imperante.

Tras un siglo de propaganda, y cuando la humanidad parecía convertida al evangelio democrático, se ha producido una vigorosa reacción, volviendo el espíritu á sus antiguos fervores, resucitando sus ideales de gloria, de belleza, de felicidad, de fe y de supremacía. Contra las miras y las persuasiones de-

mocráticas, la individualidad ha recibido nueva y potente consagración, la fuerza ha recobrado su vigor, la contemplación del ideal ha transportado las almas y el nuevo siglo empieza para los pueblos con estas tres características, antítesis de la doctrina democrática: reverdecimiento de la energía y de la dignidad nacional, acrecentamiento del sentimiento religioso y de la fe, intensificación y difusión de la guerra para la reconstrucción de las grandes civilizaciones dominadoras é imperialistas. El mundo, las muchedumbres, sólo esperan un amo.

Dada esta nueva orientación de la actividad y aspiraciones humanas, no podía tardar la epifanía tan esperada de un estilo nuevo. Y el nuevo estilo ha surgido, naciendo y desarrollándose precisamente en aquellos pueblos donde se inició la decadencia del régimen democrático y empezó á hacerse sentir el nuevo espíritu: Inglaterra y los Estados Unidos, los pueblos que con la guerra de Cuba y Filipinas, del Transvaal y del Extremo Oriente, con la instauración del militarismo imperialista, con el triunfo de Kipling, de Chamberlain y de Mac-Kinley, firman la completa bancarrota y la desastrosa liquidación de la democracia. Italia y España, las naciones todavía más impregnadas del viejo democraticismo, son también las en que el nuevo estilo no ha podido todavía echar raíces, siendo mirado con desconfianza y con hostilidad.

El régimen democrático ha dejado, sin embargo, instituciones, huellas y elementos en el alma del hombre y en la civilización de los pueblos, que se han hecho sentir en el nuevo estilo. El mercantilismo, el industrialismo y el mecanicismo, aunque por su actual grandeza y su resistencia orgánica hayan sido rebeldes al régimen democrático, de donde han nacido, perduran y forman parte de la vida moderna, influyendo en el nuevo orden de cosas. Tales influencias han hecho, por una parte, que el hombre, obligado á la penosa labor del trabajo cotidiano, reservase sus restantes energías para el sueño, el ideal y la utopia, donde el hombre proyectaba, como en dominio virgen, sus ansias de expansión, de felicidad y de be-

lleza: de aquí el arte idealista y simbolista. Por otra parte, los progresos de la industria y los prodigios de la mecánica, los descubrimientos científicos y el exotismo de las relaciones comerciales, no podían menos de influir en la determinación de las nuevas formas decorativas, ofreciendo tipos y materiales nuevos para las modernas exigencias.

Del conjunto de estas influencias resulta que, mientras el hombre se ha visto más envuelto por lo útil en la lucha vital, ha sacado del arte irreal simbólico idealizado, el sentimiento del nuevo estilo. Los elementos decorativos del mismo no son por eso obra del acaso ó del capricho, sino que están en perfecta correspondencia con el sistema de sentimientos, ideas y aspiraciones dominante. Los florealistas, juzgando por el triunfo del estilo floreal, dirán que el estilo nuevo es un retorno más íntimo y delicado á la Naturaleza, observada con ojos agudos y amorosos; pero este retorno no es fruto de la observación directa de la Naturaleza por el artista, sino á través de la obra de arte, que, antes que una penetración, es una abstracción y una sublimación de la realidad.

El estilo *liberty* no existiría si no hubiera preexistido el prerrafaelismo; verdad es que saca sus motivos de formas de la Naturaleza, flores, hojas, estambres, etc.; pero esas formas no están tomadas de la realidad, sino de los cuadros, de las visiones de los prerrafaelistas, que tampoco las sacaron de la contemplación de la Naturaleza, sino de los cuatrocentistas ó de su propia imaginación: si no bastara para demostrarlo la observación de las producciones de unos y otros, bastaría recordar que los primeros y más eminentes decoradores *liberty,* como Millais y Crane, fueron antes pintores prefarraelistas.

Se objetará, quizá, que un motivo decorativo ampliamente empleado por el nuevo estilo, sacado de la danza luminosa de Loie Füller, procede de la observación de la realidad; pero esa realidad es una realidad artística; la danza de la Füller no es el ritmo tradicional de los movimientos del cuerpo humano, ni la visión de líneas de la realidad viva; son figuraciones

y líneas de ensueños, indeterminadas como fulgores crepusculares; fantasmas de luz, creados por desvanecedora fantasía; líneas y formas etéreas; colores ambiguos y mórbidos; larvas lejanas de la vida real; aladas creaciones, de las que parece sacar vestido y color nuestro ideal. A través de todas esas variaciones, hay una forma ondulada tenuísima, como una forma de aire y de espíritu, que es su elemento común; forma fluctuante, que parece ensancharse como círculo de agua y que aparece usada por el estilo nuevo en los bronces, aparatos de iluminación, etc., como aparece la tonalidad confusa de colores, que es la tinta fundamental de la danza luminosa, en las telas y demás objetos coloreados.

Examinando las más diversas manifestaciones del estilo moderno, desde el mobiliario de una casa hasta las menores bagatelas, se descubre en la mayor parte de los casos la presencia de un elemento único, de una línea sutil que se desenvuelve de arriba abajo en una especie de graciosísima curva, que recuerda los contornos del bacinete: esa curva es la clave del nuevo estilo. Quien haya visitado la última Exposición de París se habrá podido convencer de la importancia de este motivo lineal en todas las manifestaciones del arte decorativo, bronces, telas, muebles, cuadros, joyería, etc. Ora aparece como el cáliz de una flor, ora como la contorsión imprevista de una orquídea, ora como el recuerdo de algún animal marino, ora como el signo del órgano reproductor de los vegetales ó como la curva ósea del bacinete humano.

Lo que distingue el estado actual de los espíritus es la intensa manía del dominio y del goce ultrarreal; esa línea ambigua acariciadora, ensanchándose ó plegándose en amplia curva, corresponde á esa orientación del alma. En otro sentido, esa curva típica, esquema de la armadura del vientre femenino, es el reflejo de esa atmósfera embriagadora de feminеidad, fruto de la fiebre de la reciente posesión de bellos cuerpos desnudos de mujeres, trepidantes y audazmente aca, riciadoras, en cuyo seno se arroja el hombre moderno, que-

exasperado por la lucha cotidiana, siente agudísima la obsesión de la posesión del desnudo femenino como símbolo del supremo goce, donde siente todo el placer del vivir. Al entrar en una habitación decorada según el nuevo estilo, desde las puertas á las lámparas, y al pasear las miradas por aquella confusa selva de líneas, poco á poco se ve surgir la unidad y la euritmia, apareciendo como una especie de figuración de nuestro espasmo nervioso; en aquellas líneas contorsionadas, en aquellas revueltas curvas, parecerán reflejarse las ansias de nuestro sistema nervioso maltratado y trepidante, ya se lance con arrebato histérico á la conquista, ya se distienda en el goce, ya se abata en el agotamiento y la desesperación. Nuestra hiperestesia y nuestra hiperpatia, caracteres típicos de la humanidad moderna, encuentran así en el nuevo estilo el elemento revelador.

Si á todo esto añadimos como última fuente de inspiración la resurrección de antiguos motivos y formas, especialmente del Oriente, de Egipto y de Asiria, tendremos que los temas del nuevo estilo son los siguientes: floreal-*liberty*, figurativos de la danza luminosa, armonías lineales sobre el motivo de la curva esquelética del bacinete y restauraciones históricas orientales.

El nuevo sistema en que han de ordenarse las almas de los individuos y de los pueblos, está ya delineado, y su formación tan avanzada, que se tiene ya la intuición de su tipo absoluto, paralelamente al cual ha surgido el nuevo estilo, cuyo esquema general está esbozado, sin que se tarde en encontrar su fórmula inmutable. En todo tiempo en que la genialidad, la voluntad y el imperio forjaron hombres y pueblos duros, que se imponen y no se dejan imponer, nunca faltó un estilo, y no puede faltar hoy, cuando al robustecimiento de la voluntad y á la restauración del imperio tienden todos los votos.

Una advertencia final: el nuevo estilo no está hecho para los débiles.

BIOGRAFIA

Retratos contemporáneos: Enrique de Bonnier. — Si la muerte de Bonnier no ha tenido la resonancia europea que la de Verdi — dice Fernando Gregh en la *Revue Bleue* — no ha sido menos sensible á quienes respetaban en su nombre al último superviviente de la tragedia antigua. Bonnier se ha ido como ha vivido: brusca y discretamente.

Bonnier era bibliotecario del Arsenal, y así como este nombre suena á bombardas y navíos sin ser más que una silenciosa biblioteca, así la pieza de Bonnier *La hija de Roldán, Las bodas de Atila*, *Francia ante todo*, anuncian epopeyas espléndidas, y no son más que obras sentadas, lentas y soporíferas. Bonnier era un Tirteo de cámara.

Lo que le salvaba era su perfecta sinceridad. Hay alma hasta en sus tiradas más flojas. Era honrado, no especulaba con el ideal, y su patriotismo sentido y de buena ley le había conquistado cierta popularidad. *La Hija de Roldán,* su mejor obra, no es una obra maestra, pero es algo más que una pieza de éxito. Su estreno, en 1875, fue un triunfo, y desde entonces se ha representado mucho, hasta en los colegios y pensionados, como tipo de obra sana, casta y patriótica, y además muy clara y muy escénica.

Antes de este éxito, Bonnier se había dado á conocer en 1845 por un tomo de poesías, *Las primeras hojas*, dando al teatro *El Matrimonio de Lutero* y *El Mundo al revés,* mereciendo ser premiado por la Academia, que más tarde le recibió en su seno, por sus poemas de actualidad sobre la *Apertura del canal de Suez* y *Francia en el extremo Oriente*, y por su *Elogio de Chateaubriand.* Pero nada de esto, ni sus obras posteriores *Las bodas de Atila*, *El hijo de Aretino*, *La Moabita*, *El Apóstol, Mahoma* y *Francia ante todo,* le hubiera dado nombre si no hubiera sido *La hija de Roldán.* Bonnier era de la estirpe de los

Ducis y los Soumet, raza de Voltaire. Muerto Bonnier, nadie hará ya tragedias, y en este sentido, la Academia, las Letras y el teatro, han perdido á Corneille en la persona de Enrique de Bonnier.

*
* *

Siluetas parisienses: Mauricio Montegut. — Casi es incontestable — dice Zadig — que Mauricio Montegut es menos célebre que Bourget y hasta es cierto que es menos conocido que Hervieu. Estos son académicos, y nadie ha pensado en hacer académico á Montegut, ni aun de la academia de los Goncourt, donde había una vacante últimamente y donde sigue habiéndola, puesto que se ha nombrado á Luciano Descaves para ocuparla.

El caso de Montegut es extraño, y su infortunio abominable. Nadie dice que no esté dotado de condiciones excepcionales ni que sus libros no constituyan una labor profundamente interesante en su enormidad; pero la gloria aprovechable es para otros nombres, y nadie se extraña de ello. Investigar las causas de tamaña injusticia equivale á estudiar el talento de Mauricio Montegut, comprobando una vez más la pusilanimidad imbécil de los críticos, la estupidez tiránica de los snobismos, la cobardía de las compincherías literarias y la obediente asnería del público.

Los que llamamos generosamente grandes escritores contemporáneos, han escrito generalmente, para empezar, versos fastidiosos y distinguidos, después novelas, y luego, para enriquecerse, piezas de teatro, y para asegurar su poder, artículos de periódico. Montegut ha hecho todo eso, pero sin método; escribió desde luego dos tomos de poesías, mucho mejores que los de *Edel* ó los de *Confesiones* de Bourget; pero se entretuvo después en escribir cinco dramas en verso, largos, llenos de inspiración, excelentes sin duda, y que, naturalmente, no fueron representados. Montegut se lanzó furioso sobre aquel pú-

blico que no quería dramas y detestaba que se le hablase en verso, y le acometió con toda clase de proyectiles: diez ó doce tomos de cuentos y quince ó veinte novelas. Montegut escribió precipitadamente cuarenta volúmenes, y eso es demasiado.

En toda esa falange de obras no hay una que domine absolutamente las demás. ¡Ah! ¡Si Montegut hubiera podido escribir una sola buena obra y no producir después más que miserias! Bourget no ha escrito más que una novela, *Mentiras,* y Hervieu una obra pasadera, *Pintados por sí mismos,* y eso basta. Pero Montegut ha derramado su talento por todas sus obras sin concentrarlo en una, y aunque diez novelas suyas merecieron el éxito ruidoso y decisivo, ninguna lo obtuvo. Porque ¿cuál es la obra maestra de Montegut? ¿Es *La calle de los Mártires,* es *El Tapón de paja,* es *El Fraude,* ó es quizá *El muro?* Su gran obra está esparcida en todos sus trabajos, y por eso su fama es incierta.

Montegut cometió además la falta (¡cuán pocos pueden cometerla!) de escribir casi toda clase de novelas, épicas, líricas, históricas, sociales, parisienses, provincianas, realistas, fantásticas, idealistas, brutales, nunca ordinarias ni vulgares, ni tampoco psicológicas ni mundanas, como las requiere el snobismo epidémico. Y como no se preocupó de pegar á su nombre un epíteto característico, pareció que carecía de personalidad. Es casi tan natural como ridículo que el público no haya notado la superioridad de Montegut porque Montegut no facilitó su esfuerzo de admiración.

Montegut es esencialmente un romántico exaltado, que derrama su romanticismo en todos los géneros literarios; está perpetuamente inspirado, y nadie tiene más sublimidad que él; es á veces el Shakspeare del naturalismo, y es lástima, porque en estos tiempos es preferible no ser el Shakspeare de nada. Carece acaso de gracia y de delicadeza; pero ni una sola de sus novelas deja de estar llena de vida y de pasión, ni una sola deja de estar iluminada por un rayo de originalidad.

¿De qué escuela es? No se sabe; hay en él algo de Balzac y

mucho de Zola. Pero jamás se inscribió—¡torpe!—en ninguna de esas camarillas literarias que hacen valer á quienes las forman, por su misma insignificancia y por el compañerismo utilitario de sus miembros. Está además dotado de una facilidad loca, y entre nosotros ya se sabe que no es admirable que una obra maestra pueda componerse en dos meses. Además, tenía que vivir, y para ello componer cuentos para los periódicos, cayendo desde el drama lírico en el relato pornográfico, y esta tarea quizá le desacreditó un poco. En todo caso siempre ha sido un escritor por vocación, y es posible que algún día se le haga la justicia que merece.

FILOSOFIA

El nirvana del budhismo. — Si tratamos de saber — dice León de Rosny en *L'Humanité Nouvelle* — lo que puede ser el *Nirvana,* agarrándonos á la etimología como un náufrago á la sombra vacilante de una rama, creeremos que el fin supremo de los budhistas, la última esperanza de centenares de miles de hombres, es pura y simplemente *la nada;* esta conclusión es, en efecto, la adoptada por Eugenio Burnouf y por Barthélemy Saint-Hilaire, sin que deba por eso ser adoptada.

Nirvana es una palabra sanscrita que significa «extinción», «extinguido por un soplo», sin indicar lo que se extingue; no es exclusiva del budhismo, y en el sentido de «aniquilado en el gran todo» corresponde más bien al vocabulario del brahmanismo. ¿Cómo la han interpretado los pueblos convertidos al budhismo? Los budhistas del Thibet la han traducido por *mya-ngan-las-hdas-pa,* «liberación de la miseria»; los mongoles por *gassalang etse nu getchiyu,* «escapar de la miseria»; los chinos la han definido como «la separación de la vida y de la destrucción», «la pureza completa y absoluta», «la liberación del dolor», «la extinción completa del espíritu animal»; los siameses dicen que es «el reino en joyas de la dicha»; en Birmania

los sacerdotes la han explicado así á los misioneros católicos: «cuando una persona no está ya sometida á ninguna miseria, como, por ejemplo, la gravedad, la vejez, la enfermedad, la muerte, puede decirse que ha obtenido el *nigban,* palabra que significa estar libre de las cuatro miserias y obtener la salvación».

Por otra parte, el famoso brahman converso Buddhaghosa, cuyos escritos del siglo V pasan por encerrar la tradición de la Iglesia búdica del Sur, dice que el *nirvana* es «la más alta suma de dicha»; el *Dhammapada*, que es «la más alta beatitud, la situación del que posee á la vez la sabiduría y la facultad meditativa»; el *Mahavagga*, que es «la creación de la tristeza»; y el *Buddkavansa*, que es «la ausencia completa de los tres fuegos de las pasiones».

Aparte de estos y cien otros testimonios que demuestran que si el *nirvana* ha significado alguna vez «la nada», es sólo en algunas sectas extraviadas de la Edad Media, el simple buen sentido rechaza semejante interpretación. Es muy poco probable, como dice Obry, que Budha hubiera entusiasmado á las gentes diciéndoles: «Estamos expuestos en este mundo á toda clase de males: pues bien; imponeos encima toda clase de privaciones y seréis recompensados con la nada.» Lejos de eso, el budhismo ha anunciado indecibles goces después de la muerte á los que hayan practicado la virtud. Prescindiendo de inútiles pormenores sobre los cielos sucesivos del olimpo búdhico, vemos que sobre nuestro mundo están los seis paraísos de los dioses, y más arriba los diez y seis paraísos de Brahma, que todavía están lejos de la perfección, y donde los seres se preparan á obtener la omnisciencia por la meditación; más arriba están los paraísos del cielo búdico, cuyos habitantes no son más que puros seres espirituales, pero no libres todavía de la cadena de las transmigraciones. El nirvana es todavía algo más que una morada en que los seres no subsisten sino de un modo absolutamente espiritual.

Para completar estos estudios, Rosny refiere el resultado

de sus conversaciones con un ilustre doctor siamés y con varios monjes japoneses. «Vosotros los cristianos—decía el doctor siamés—creeis que un sér sobrenatural y omnipotente ha creado en cierto momento el universo de la nada, descansando después de semejante esfuerzo; nosotros, los budhistas, no comprendemos que con nada se pueda hacer algo, ni admitimos que haya habido una época en que la materia no existiese; nos parece que si la existencia del mundo era razonable y necesaria debió llevarse á cabo en todo tiempo, pues el soberano Poder no debe necesitar mucha reflexión para decidirse á hacer lo que era conveniente que se hiciera; tampoco nos explicamos que necesitara muchos días para terminar su obra, y menos que la realizase para la desdicha de sus criaturas. Entre vosotros la fe es la más bella de las virtudes, y es obligatoria so pena del infierno; á nosotros, por el contrario, Budha nos enseña que no aceptemos como cierto sino lo que nuestra conciencia nos afirma como tal. ¿Cómo permite vuestro Dios, que es bueno y debe amar igualmente á todos, que multitud de seres se condenen porque hayan nacido en un país donde deja enseñar una mala religión?»

«Vuestras ideas son muy distintas de las nuestras: vosotros no reconocéis deberes para con los animales, y os creeis con derecho á sacrificarlos á vuestras necesidades y á vuestros caprichos; y como juzgais lícito abusar de ellos porque sois más fuertes, aplicais ese mismo principio á las razas humanas que estimais inferiores; pretendéis no admitir castas en vuestras sociedades y estais siempre devorados por la ambición de sobreponeros á vuestros semejantes; protestais contra la esclavitud, y vuestros actos tienden á crear todo género de esclavitudes. Nuestra religión, en cambio, nos manda respetar todas las existencias, hasta las más humildes; es un crimen para un budhista privar á un sér de cumplir su misión quitándole la vida; causar voluntaria é inútilmente la muerte de un animal es para nosotros gravísimo pecado.»

«Vosotros anunciais que hay muchos llamados y pocos ele-

gidos, lo que quiere decir que hay en este mundo multitud de criaturas que, después de sufrir aquí todo género de dolores, están condenadas por toda una eternidad á padecer terribles tormentos; nosotros afirmamos que todos los seres, sin exceptuar ni uno solo, han de gozar más ó menos pronto por su entrada en *el nirvana* del *summum bonum*; mientras no hayamos obtenido por nuestros méritos la liberación final, toda nuestra ambición debe reducirse á obtener una vida tan favorable como sea posible para lavarnos de las manchas inherentes á la carne, y para lograr, por el estudio y la abnegación, el colmo del conocimiento.»

En cuanto á los monjes japoneses, he aquí cómo resume Rosny las conclusiones de su doctrina: «No existe más que Dios y la manifestación de Dios; Dios es la fuerza motriz, vivificadora; su manifestación es la materia. La materia, en cuanto manifestación de Dios, es indivisible é indestructible; el elemento material, por su tendencia á volver hacia Dios, adquiere el movimiento, y con el movimiento, la forma, el color, la sonoridad, el olor, el calor, la gravedad, *la voluntad;* pero así como una esponja absorbe más agua que una piedra, así ciertas combinaciones de la materia se asimilan una dosis más intensa de la substancia divina. De ahí la diferencia entre los séres, desde la piedra al hombre y desde el hombre al Budha. Cada combinación de la materia, cada sér posee una conciencia, un instinto de su objeto; seguir los impulsos de esa conciencia ó ese instinto, es prepararse á las transformaciones sucesivas que deben terminar en la última transformación; mostrarse rebelde á tales impulsos, es consentir en retroceder en la escala de los séres.»

Recogiendo otros datos, Rosny cita la definición del *nirvana,* de Schmidt: «La salida de la transmigración, la más alta de las felicidades en la reunión con la inteligencia original absoluta;» la de Max Muller: «La extinción de muchas cosas, del egoísmo, de la concupiscencia y del pecado, pero no de la conciencia subjetiva»; la de Rhys Davids: «El nirvana

implica á la vez la idea de la energía intelectual y la de cesación de la existencia individual»; y la de Toneaux, que recoge la opinión de una escuela atea del budhismo, según la cual, cuando las almas han llegado á la liberación final, conservan el sentimiento de su personalidad y tienen conciencia del reposo que gozan eternamente.

El *Vedanta* formula una idea que se halla también en el *Timeo,* de Platón, según la cual la causa suprema quiso diversificarse y ser fecunda, haciéndose al efecto múltiple. Esta idea, metáforas aparte, puede enunciarse así: la perfección que consistiera en haberlo hecho todo en un instante, no teniendo ya más que hacer, no es la verdadera perfección; la causa suprema no puede quedar inactiva; Dios, al querer diversificarse, ha resuelto que la Perfección, salida de su Esencia, volviera á ella completada por la obra del trabajo meritorio de los innumerables rodajes de la gran máquina universal, cuya síntesis lógica es Él. El *nirvana*, en resumen, representa el gran Todo, el *pantos,* de Platón, de donde han salido y á donde han de volver santificados por el amor y el trabajo los gérmenes de los séres. El *nirvana* no es, pues, la aniquilación, sino el regreso á Dios de los séres, después de su completa emancipación moral.»

He aquí una historieta que muestra cómo comprenden los budhistas el deber y los medios de obtener la liberación nirvánica:

Había en otro tiempo en Pataliputra un brahman casado con una hermosa mujer de carácter tan insufrible, que desesperando al brahman, le decidió á marcharse de casa y á suicidarse; afortunadamente tropezó en su camino con un bonzo mendigo que, convirtiéndole al budhismo, le apartó de su propósito haciéndole entrar en su religión. Su mujer, no teniendo en quien descargar su mal humor más que en su única hija Padmagandhi, que profesaba secretamente el budhismo, la sometió á toda clase de malos tratos, sin que jamás dejara de hallarla sumisa y resignada.

Atacada la madre de una enfermedad epidémica, la hija la asistió con todo celo, y cuando el demonio vino á buscarla en su agonía, Padmaghandhi la tenía tan apretada la mano, que por más esfuerzos que hizo no pudo desprenderla para llevársela; furioso entonces de perder el tiempo, el demonio se decidió á llevar á la hija con la madre, y las precipitó á las dos en la sima de los réprobos.

Apenas la tierna Padmagandhi hubo traspuesto el dintel del infierno, el perfume de su piedad filial disipó todos los malos olores, y de la aureola de sus virtudes brotaban rayos luminosos que, penetrando en las almas de los condenados, encendían en ellas las llamas saludables del arrepentimiento; las tinieblas se disiparon, las aguas apestadas del gran lago se tornaron claras y transparentes, una dulce frescura se esparció á lo lejos, y los suplicios de los malos se desvanecieron. Entonces el divino Sakya, con lucidísimo séquito, bajó en persona al infierno y ante el esplendor de tantas virtudes, todos los que poblaban el infierno sintieron lavados sus pecados en las oleadas del remordimiento, siendo llamados todos de nuevo á la tierra para trabajar por su salvación y por la adquisición de las cuatro verdades.

En cuanto á Padmagandhi, los dioses la invitaron á seguirles á la región de los bienaventurados; pero ella no quiso abandonar á nadie, sino trabajar por su salvación. El divino Brahma no accedió á su ruego, y mandó á Mahesvara, el rey de los dioses, que la cogiera en sus ocho brazos y la transportara al cielo. Padmagandhi, cruzando sus manos por detrás del cuello, pronunció entonces el nombre sagrado de Budha, y la corte celeste se desvaneció. Transformada en hombre terminó la conversión de su madre, entró en las órdenes, y por sus incesantes austeridades llegó al rango de *Arhat*, es decir, á un estado moral que se acerca mucho al de Budha, y que asegura la próxima entrada en el *nirvana*.

ESTÉTICA

Estetas de Ultra-Mancha.—Tal es el título de un interesante artículo publicado por G. S. Gargano en la *Rassegna internazionale* de Florencia.

Uno de los caracteres más generales de la moderna literatura es la vulgaridad. De ahí esas tentativas inspiradas en el simbolismo, el decadentismo y otros métodos afines ó paralelos para salir de esta situación. Oscar Wilde, en uno de sus escritos más paradójicos y vibrantes, la atribuye á la decadencia de la mentira como arte, como ciencia, como placer social. Si la mentira y la poesía son artes, la reproducción de la realidad, tal como se nos presenta á nuestros ojos, es uno de los procedimientos más fatales á toda artística manifestación. Emilio Zola ha escrito libros que son un error, desde el principio hasta el fin, defendiendo al arte, porque ¿qué interés tienen para nosotros las operaciones usuales y comunes? En literatura se requiere cierta distinción, cierta vaguedad y gran imaginación. «Los únicos personajes reales son los que no han existido, y si un novelista es tan bajo que busque sus personajes en la vida corriente, debería pretender por lo menos que fuesen creaciones suyas, y no alabarse de ellos como meras copias.»

Estas palabras de Oscar Wilde contienen con toda su exageración una gran verdad, y la diferencia que hay entre Balzac y Zola es precisamente la que existe entre un realismo sin imaginación y una realidad imaginaria; por eso los personajes de Balzac viven siempre, mientras los de Zola no son ya más que débiles sombras. Shakspeare puso la vida á su servicio, pero creando nuevas razas de seres, cuyos dolores son más terribles, y cuyos goces son más agudos que todo goce y todo dolor de la vida real. Y lo que pasa en la novela y en el drama, pasa en las artes decorativas: la historia de estas artes, según

Wilde, se reduce á la lucha entre el orientalismo con su aversión á toda representación de objetos reales, y el occidentalismo con su espíritu imitativo.

La verdadera escuela del arte no es, pues, la vida, sino el arte, y esto no sólo es verdad para la poesía, sino para la historia misma, como puede verse en las obras de Herodoto, en las biografías de Suetonio, en la *Vida* de Benvenuto Cellini, en la *Vida de Johnson,* de Roswell, y en la *Revolución francesa,* de Carlyle. Tan firme es la convicción de Oscar Wilde, que no sólo no escucha el grito que de tantas partes se levanta reclamando como remedio supremo del arte su retorno á la Naturaleza, sino que afirma solemnemente que la vida y la Naturaleza misma no son sino el espejo, la imitación del arte; por eso los griegos ponían en las cámaras imperiales las estatuas más hermosas de sus dioses. La esencia de estas ideas suyas es schopenhaueriana, pero la forma que les da es personalísima: la Naturaleza no es para él la gran madre que todo lo ha engendrado, sino nuestra misma creación, y todas las cosas existen porque nosotros las vemos; todo lo que vemos, y el modo con que lo vemos, depende completamente del arte, á cuyo influjo estamos sometidos.

La estética de Oscar Wilde puede resumirse en estos principios fundamentales: el arte sólo expresa lo que él mismo es, con vida independiente y desarrollo libre; creación de su tiempo, suele estar en oposición con él. Todo mal arte procede del retorno á la vida y á la Naturaleza, elevadas á ideales sin serlo, pues para que el arte las utilice, necesitan ser transformadas en una convención artística. La vida imita al arte mucho más que el arte á la vida, y hasta la misma Naturaleza exterior imita al arte, y los solos efectos que muestra son los que ya hemos visto en la pintura y en la poesía.

Los jóvenes que han acogido estas ideas se han puesto á trabajar con ellas, y Oscar Wilde ve ya próximo otro renacimiento, afirmando que la sociedad está dispuesta á volver á su perdida guía, la fascinadora y elevada mentira.

Walter Pater, otro esteta y gran estilista inglés, contra cuyas *Apreciaciones* precisamente había escrito Oscar Wilde sus *Intenciones*, entiende que lo que constituye la excelencia del arte literario es el estilo, siendo indiferente la forma que éste revista: para él toda belleza consiste en perseguir la belleza de la verdad, ó sea de lo que llamamos expresión, que es el perfecto acuerdo de todo nuestro discurso con nuestra visión interior. En el fondo, como se ve, esta verdad de Pater está más cerca de la mentira de Wilde que de la verdad de la escuela naturalista, siendo tal concepción la razón de ser de la mayor parte de las obras y tendencias actuales.

La prosa es para Pater el arte particular de la sociedad moderna por la complejidad de intereses que hacen hoy importantes todas las manifestaciones intelectuales, siendo poco susceptible la mente de adaptarse á la forma del verso y por el naturalismo que todo lo invade; pero esta prosa es tan varia como la humanidad, y el artista que la trabaja debe ser un docto, suponiendo en su crítica interior que tiene ante sí lectores que le siguen con atentos ojos; sensible á la atmósfera en que cada palabra encuentra su más alto grado de expresión, deberá resistir á los esfuerzos de la multitud por borrar toda distinción, toda gradación, eligiendo siempre la voz más adecuada, desdeñando como Montegut el ponerse á predicar ante el primero que se le ponga delante, y afirmando con Schiller que el artista se reconoce principalmente por lo que omite; y así sucederá que los espíritus cultos considerarán su libro como un refugio en el que darán al olvido toda la vulgaridad que les circunda.

Hay además otra cualidad del estilo, el alma, que es la facultad de conducir el lenguaje á la misma disposición en que se halla su espíritu, con tal sutileza, que el resultado parece una inspiración. Querer, sin embargo, que el escritor atienda con su arte á que cada palabra se convierta en cierto modo en la cosa que significa, es preparar á la literatura una legión de mártires como Gustavo Flaubert, poseído de la idea fija de

que no había más que un solo modo de expresar una cosa, una sola palabra para indicarla, un solo adjetivo para calificarla, un solo verbo para animarla; con tales ideas, la fatiga intelectual para hallar la palabra precisa era horrible, y cuando el esfuerzo era vano, las lágrimas acudían á sus ojos, arrojando desesperado la pluma.

Pater, asustado de las consecuencias á que podría llevar este rebusco de la expresión absoluta, modifica la teoría de Flaubert en el sentido de que la belleza absoluta del estilo consiste en la correspondencia de la palabra con la idea, cediendo así á las ideas moderadas y eclécticas de la crítica más sana.

LITERATURA

«El latigazo» de Hennequin y Duval.—*El latigazo* ha sido uno de los éxitos más francos del Teatro de Novedades de París, y en verdad que merece serlo, pues es un *vaudeville* lleno de gracia, sin pretensiones ni groserías. He aquí su argumento tal como lo refieren varias revistas, y especialmente Del Tillet y Denis:

El matrimonio Marcinel, que vive en Pont-Audemer, donde el marido ejerce la Medicina, va á pasar unas semanas en casa de los Barisard, el inventor del «calorífero Barisard», que viven en París. Mientras la señora Marcinel se limpia el polvo del viaje, los maridos se confían sus secretillos. Ambos adoran á sus mujeres, aunque llevan varios años de casados; pero... les gusta variar, porque hasta las perdices cansan; sólo que, mientras Barisard se la pega cuantas veces quiere á su mujer, sin que ésta tenga la menor duda sobre la fidelidad de su esposo, Marcinel tiene que contentarse con la teoría, pues su cara mitad, Susana, sobrina avispada de Scribe, se sabe de memoria todo el repertorio de tretas de los maridos infieles, y en cuanto Marcinel discurre cualquier intriga para pegársela á su mujer, ésta le descubre la trampa.

Barisart escucha las lamentaciones de su amigo con la sonrisa de un hombre superior: él tiene un medio infalible, de tal modo eficaz para engañar á su mujer Colette, que aunque ésta le viera por sus propios ojos consumar el adulterio, no lo había de creer; Marcinel, encantado, le ruega que se lo comunique, pero Barisart no se rinde á sus súplicas, pues no quiere comunicar á nadie su secreto.

Las mujeres entre tanto cambian también sus confidencias, y Susana cuenta á Colette las inútiles tentativas que su marido Marcinel hace, sin lograr pegársela nunca. Colette, en cambio, tiene absoluta confianza en el suyo; no faltaban envidiosos que querían turbar su dicha, y á lo mejor se encontraba con un anónimo que la decía: «Señora: vuestro marido estaba almorzando el lunes en Bougival con una actriz de Variedades.» «El jueves almorzaba con una bailarina de Folies Bergère», etc.; afortunadamente el lunes había almorzado Barisart en su casa, y el jueves no se había separado de su mujer; la falsedad de la denuncia era evidente, aunque molesta é inexplicable, hasta que una casualidad vino á dar la solución del enigma. Ya varias veces Barisart había sido interpelado en la calle ó en el paseo por gentes á quienes no conocía, que le colmaban de atenciones y que se quedaban estupefactas al saber quién era; intrigado por la repetición de tales escenas, se informó, y se había encontrado con que había en París un marsellés llamado Cornaillac, que era su vivo retrato: aquello le explicaba todos los saludos, los almuerzos con las bailarinas y los anónimos.

La sobrina de Scribe sonreía maliciosamente oyendo á su inocente amiga y adivinando en todo aquello una trapisonda marital. Barisart entra entonces para despedirse, pues tiene que asistir á un «almuerzo de negocios», y Susana le dirige algunas indirectas sobre Cornaillac, que le advierten que debe ponerse en guardia, convenciéndole de la necesidad que hay de disipar toda duda para que le sigan creyendo. Al efecto, resuelto á jugar el todo por el todo, cambia de traje, toma el

acento provenzal y se hace anunciar en su propia casa como el Sr. Cornaillac. Los criados le contemplan con asombro, sus parientes y amigos con estupor.

La única que no cae en el lazo es Susana, que tiende hábilmente sus redes sin lograr cogerle, pero que no se da por vencida; rogado para que espere la vuelta de Barisart, se disculpa de no poder hacerlo; pero ante una indicación sobrado directa de Susana, declara que le aguardará. Quedándose entonces sólo con Marcinel, que, como hombre de ciencia, había naturalmente descubierto diferencias esenciales entre las fisonomías de Cornaillac y Barisart, le descubre todo, le da instrucciones y escapa con ligereza; pero al llegar á la puerta, le acomete un horrible calambre, un *latigazo*, la contracción de una pierna, y cae en un sillón incapaz de moverse.

Todos acuden y le obligan á meterse en la cama, y mientras se le supone descansando, el falso Cornaillac cambia de traje y reaparece en su domicilio arrastrando la pierna y obligado á pasar la noche en un sillón. Susana, empeñada en descubrir la perfidia, aconseja á su amiga Colette, y ésta, que ha pasado la noche sola, se presenta á su marido, echándole los brazos al cuello. Barisart se muestra hosco, y ella, riendo, le dice:—Pero ¿no nos hemos arreglado ya?—Barisart se estremece, y Susana le recuerda que ha ido á llamar á su puerta, que ella le ha recibido y que le ha perdonado del modo más completo del mundo. Barisart ruge y jura que no es él; ella insiste en que está trascordado.—«Me parece que te conozco bien», le dice. De pronto Susana exclama:—¡Dios mío, sería Cornaillac!—¿Qué Cornaillac, si Cornaillac no existe? grita furioso Barisart, perdida la cabeza.

Una doble carcajada, la de Susana y la de Colette, acoge esta confesión, y Barisart se declara vencido. Su mujer le perdona y los Marcinel regresan á Pont-Audemer, convencido el marido de que no hay tretas posibles con una mujer tan lista como la suya.

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

El problema de la segunda enseñanza.—En la *Revista de Extremadura*, interesante publicación que ve la luz en Cáceres, he publicado un trabajo con el título que encabeza estas líneas.

La segunda enseñanza—digo allí—tiene una doble misión que cumplir: la de guiar al educando por los diversos campos de la cultura intelectual para despertar sus aptitudes y determinar su vocación, lanzándole por el derrotero en que ha de desenvolverse, y la de completar su educación elemental, sin otro fin ulterior; en el primero de estos casos la segunda enseñanza puede estimarse como medio y como preparación para los estudios superiores; en el segundo, como fin y término de todo estudio oficial. Esta doble misión no implica, sin embargo, doble dirección ni menos doble organización de los estudios; la segunda enseñanza es, y debe ser, una, como la primera y como la superior, en relación con los diversos estadios sociales de cultura. Antes que ser médico ó abogado es preciso ser hombre culto, como antes de ser hombre culto es necesario ser hombre; el hombre lo forma la escuela, el hombre culto lo forma el Instituto, y el médico ó el abogado lo forma la Universidad.

¿Qué materias debe comprender la segunda enseñanza? Todas las necesarias para que un joven que pueda pasar por bien educado no tenga que avergonzarse de ignorar tal ó cual cosa: el Castellano y el Francés, la Literatura, la Geografía y la Historia, lo Filosofía, la Religión y el Derecho usual, las Matemáticas, la Historia Natural, la Física y la Química, el dibujo y la gimnasia higiénica, con más el latín ó la técnica industrial y agrícola, según la dirección predominante de la educación. El estudio de todas estas materias se haría en los Institutos, menos los de Religión y gimnasia, que serían domésticos, garantizándolos el párroco y el médico titular, por certificado.

En cuanto á su distribución en cursos, he aquí el cuadro que puede servir de modelo de horario:

	De ocho á nueve de la mañana.	De nueve y cuarto á diez y cuarto	De diez y media á once y media.	De doce á una.
Lunes, miércoles y viernes.	Primer año: Castellano.	Aritmética.	»	»
	Segundo año: Castellano.	Aritmética y Algebra.	»	»
	Tercer año: Francés.	Geometría	Literatura preceptiva.	»
	Cuarto año: Francés.	Geometría y Trigonometría.	Historia de la Literatura española.	»
	Quinto año: Historia de España.	Química.	Psicología.	Latín.
	Sexto año: Historia de España.	Química.	Lógica y Etica	Latín.
Martes, jueves y sábados.	Primer año: Geografía.	Dibujo.	»	»
	Segundo año: Geografía.	Dibujo.	»	»
	Tercer año: Historia universal.	Física.	Historia natural.	»
	Cuarto año: Historia universal.	Física.	Historia Natural.	»
	Quinto año: Historia universal.	Técnica.	Historia Natural.	Latín.
	Sexto año: Derecho usual.	Técnica.	Historia natural.	Latín.

Entre clase y clase queda un cuarto de hora de recreo, y á las once y media de la mañana (salvo para los que cursen latín) queda terminado todo el trabajo, pudiendo destinarse la tarde y la noche al estudio, paseos, prácticas, juegos, etc., sin violencia de ninguna clase.

Señalado en los diez años cumplidos el límite mínimo de edad para el ingreso, paso después á estudiar la debatida cuestión de los exámenes. Si el examen es la prueba de la suficiencia del alumno y la garantía de su trabajo y del de su profesor, ¿cómo puede discutirse si debe ó no haber exámenes? El examen es absolutamente necesario si no ha de naufragar la educación y perderse el sentido de la responsabilidad moral en el profesorado. ¡Que los exámenes fatigan al alumno! ¡Que

el peso de un alumno, antes y después de la época de los exámenes prueba la intensidad del esfuerzo hecho! Estos y otros argumentos sentimentales carecen de valor por mucho que deslumbren á los profanos. Si la vida es dolor y trabajo, ¿cómo extrañar que el alumno se fatigue por el esfuerzo intelectual como el obrero se fatiga por el esfuerzo físico? ¿Es que, al suprimir el examen, se suprime el trabajo? Quizá, pero suprimiendo también el fruto del trabajo, que es el saber. El alumno que ha estudiado bien todas sus lecciones durante el curso, siendo frecuentemente preguntado por el profesor, las repasa sin violentarse cuando llega el caso y sufre gustoso el examen sin cansancio alguno cerebral; el que ha dejado el estudio para los últimos meses, por habitual indolencia ó por falta de estímulo en el profesor, y quiere luego hacer en treinta días la labor de todo un curso, ese es el que se esfuerza y se fatiga y pone en inaguantable tensión su espíritu, y sale rendido y maltrecho del examen. Pero ¿qué es el examen, aun en este desfavorable caso, sino el saludable acicate que ha sacudido la pereza de ese alumno, redimiéndole de la ignorancia?

El examen es absolutamente necesario, y no debe de haber en esto transacciones; la labor de cada curso debe tener en el examen su sanción; los males del *surmenage* proceden precisamente de la acumulación de materia de examen en un momento dado: distribuid esa materia en porciones, y sobre poder ahondar mejor en su conocimiento, habréis descargado de un gran peso á la inteligencia. Lo que no puede tolerarse es que los exámenes sigan siendo la farsa indigna que hoy son. El remedio es difícil, porque el único eficaz consiste en el cambio de carácter y éste es fruto del medio ambiente, que hoy lo es de relajación é inmoralidad, de culpables condescendencias y de vergonzosas debilidades. Cabe, sin embargo, intentar la mejora, y para ello importa que todos los jueces del tribunal intervengan personalmente en el examen, tomando notas y calificando en consecuencia; que cada alumno lleve *su libreta escolar,* donde mensualmente consignará el profesor las notas

obtenidas, que se inscribirán también en el libro anuario de la secretaría para estimular así al profesor al cumplimiento de sus deberes, para interesar á las familias en los estudios del alumno y para la más exacta apreciación del alumno en los exámenes; y en fin, que se supriman los derechos de examen, compensándolos con un aumento prudencial en el sueldo, con ventaja para el Tesoro y aumento de prestigio del profesorado.

En cuanto á los textos, preciso es atajar el daño que hacen á la cultura nacional los muchos textos que circulan, sin atentar por eso á la libertad de la cátedra ni á la conciencia profesional. El Estado no puede tolerar libros de texto contrarios á la moral ó á las instituciones fundamentales, ni que no contengan toda la materia propia de la asignatura, ni que enseñen errores notorios, ni que no estén escritos con corrección; por medio del Consejo de Instrucción pública, de la Inspección general y de las Academias, debe cerciorarse de que los libros de texto reunen todas esas condiciones, y sólo entonces debe autorizar su imposición.

El problema de la enseñanza es, sin embargo, ante todo y sobre todo, un problema de *recursos* y de *voluntad*, y sin unos ó sin otra no hay que hacerse ilusiones: quedará insoluble, á pesar de todos los planes y de las mejores intenciones. ¿De qué sirve proclamar que la enseñanza, en materias que requieren experimentación, debe ser eminentemente práctica, si esa práctica es imposible por falta de recursos? ¿O es que se cree que se puede enseñar la Química experimentalmente sin laboratorios, y sin que en esos laboratorios trabajen los alumnos á riesgo de romper matraces y retortas y á fuerza de consumir ácidos y sales?

Y si la falta de recursos es notoria, ¿qué decir de la falta de voluntad, engendrada arriba por desmayos de sentimentalismo, flaquezas de inteligencia, apremios angustiosos de tiempo y presiones irresistibles de las pasiones políticas, y fomentada abajo por el mal ejemplo que desmoraliza y el compa-

drazgo que descorazona y envilece? En todo se ve la falta de voluntad y de orientación hacia el bien, cuando no la decidida voluntad y la marcada orientación hacia el mal. ¿Hay malos profesores? ¿Por qué los tolerais? Porque los habéis hecho vosotros mismos, engañando á esa pobre juventud, que viene repleta de entusiasmos y de abnegación, creyendo en todas las virtudes y en todos los ideales, y se vuelve con el corazón destrozado, cuando no pervertido, creyendo en todas las infamias.

¿Quién tiene la culpa? ¿El profesorado? ¿La juventud?..... No; los que saben que hay en las leyes un portillo para que se cuele de rondón el contrabando, y en lugar de encerrarlo para siempre, lo ensanchan cada día más, por falta de voluntad para el bien ó por sobra de voluntad para el mal. ¿Qué queréis que sea después ese profesor así fabricado? ¿El sacerdote ó el mercader del templo de la ciencia? Pues sus libros no responderán á ideal ninguno científico, ni pedagógico, ni literario, sino á un fin puramente mercantil, y ese será el prostituidor de los libros de texto; su conciencia estará embotada, y no responderá sino á requerimientos personales, y ese será el que prostituirá los exámenes; la asistencia á cátedra le parecerá una carga insoportable, que rehuirá cuanto pueda, y ese será el promovedor de toda indisciplina; y los exámenes, y los libros, y la disciplina, serán vistos á través de la conciencia de ese mal profesor, y el profesorado entero sufrirá las consecuencias de tan pernicioso ejemplo, y la enseñanza padecerá gravísimas crisis, y los hombres políticos se devanarán los sesos para buscar solución al problema, cuando la solución está en el arranque enérgico de una voluntad decidida, iluminada por una conciencia honrada y por una clara inteligencia. Los males que padece la enseñanza pública no se curan copiando sistemas ingleses ó alemanes, chilenos ó japoneses, ni hablando en pro ó en contra de las teorías de Demolins, sino con una sola receta, en la que entren por iguales dosis estos dos ingredientes: la voluntad y el dinero.

***

La educación y la instrucción en los Institutos.—Si no temiera ser demasiado atrevido—dice Nicolás Gallo en la *Nuova Antología*—diría que la palabra *educación* está en los labios de todos, pero la cosa misma apenas existe. Estamos todavía en la ley Casati, que en 1859 era un verdadero progreso, pero que era lo que entonces no podía menos de ser: una ley exclusivamente de instrucción. Nuestro sistema de legislación escolar está fundado en un supuesto erróneo: el de que toda la educación está comprendida en la instrucción de la escuela primaria, y que por educación se entiende todo lo que sirve al desarrollo físico y al primísimo y rudimentario desarrollo psíquico. Se ha creído que la educación es un simple episodio del gran poema de la instrucción, tomando ésta por el todo y aquélla por la parte, cuando la segunda no es más que el instrumento de la primera, pues se instruye para educar. Esto es lo que separa el antiguo sistema del nuevo.

Tenemos la manía de querer hacer lo que Alemania en materia de enseñanza y lo que Inglaterra en materia política, sin reflexionar que las instituciones escolásticas ó políticas surgen de una complejidad de factores, de que no es posible separarlas, y que no se crean sólo por la ley. Los que se imaginan que con dar en las leyes autonomía á la Universidad se resuelve el problema de la enseñanza superior, se engañan lastimosamente. En las escuelas de maestros se enseña teóricamente la pedagogía á los que aspiran al diploma en pedagogía. ¿Qué raza de maestros es esa que no prepara á los que enseñan para enseñar, y sólo al que debe enseñar pedagogía enseña pedagogía?

Todos reconocen que el maestro elemental debe, ante todo, conocer el modo de enseñar, y que, antes que hombre de estudio, lo que necesita es ser hombre que sepa hacer estudiar. ¿Por qué no se aplica este mismo principio, tan claro y evidente, á los que enseñan? ¿Por qué en la enseñanza secundaria estimamos como dotes principales la cultura y la erudición más que el método en la enseñanza? Porque el profesor de segunda ense-

ñanza ha salido de la escuela del magisterio culto y docto, pero no enseñante; de modo, que pretende enseñar todo lo que sabe, y en vez de desarrollar las facultades del alumno, desarrolla las suyas; es una especie de vaso que se vacía en otro, sin tener en cuenta su cabida respectiva; así el líquido rebosa y se derrama sin provecho.

La primera cuestión es, pues, la de formar el cuerpo docente, el cual ha de formar á su vez el discente. Para esto hay que cambiar de dirección. De los títulos, obtenidos sin experimentos ni pruebas de aptitud didáctica ni testimonios de buen método, todo se saca, menos la capacidad para enseñar, que es lo más importante en quien enseña. Todo profesor, por otra parte, dedica á la materia que enseña toda su actividad, y hace bien; pero hace muy mal al pretender que el alumno le dedique también una gran parte de su tiempo, que tiene que repartir entre muchas materias: si cada profesor tuviera á su cargo varias enseñanzas, afines desde luego, sus pretensiones serían menos excesivas. No es posible disminuir el número de materias de enseñanza, pero es preciso atenuar la intensidad de la enseñanza en cada materia.

Dice Macaulay que el objeto más digno de la inteligencia del hombre de Estado es el de organizar la educación, á lo que añade Mohl que el Estado que no es educador es desmoralizador. Podrá discutirse si el Estado puede ser buen ingeniero, administrador de ferrocarriles ó industrial monopolizador; pero no puede discutirse que es derecho y deber del Estado reglamentar directamente cuanto se relaciona con la educación. Y así como el individuo se asigna á sí mismo una regla de conducta, según su cultura, disposiciones naturales y recursos, así el Estado debe trazarse el programa de su proceder, inspirado en la conciencia de las necesidades generales y particulares y en los medios y maneras de satisfacerlas. En su expresión más general, el Estado es ente natural, destinado á regular relaciones permanentes, teniendo un oficio común á todos los Estados; en su expresión más actual, es ente político

destinado á regular relaciones nacionales, teniendo intereses particulares y condiciones especiales que determinan su acción.

¿Qué se quiere hacer del alumno? El hombre y el ciudadano. La educación, limitada á la formación del hombre, es abstracta; limitada á la formación del ciudadano, es imposible; el hombre no vive fuera de la sociedad política que le rodea, ni el ciudadano fuera de las leyes de la humanidad á que está sometido. El Estado no ha tenido ideas claras y precisas sobre este asunto, y se ha preocupado siempre de la instrucción más que de la educación.

Pero, ¿cómo es posible y qué cosa significa un educador en la segunda enseñanza? La educación debe entenderse de distinto modo en los diversos períodos de su evolución: la primera educación debe promover y facilitar la formación y desarrollo físico del organismo, obra propia de la madre y de la familia; en el segundo estado debe favorecerse el primer desarrollo de la inteligencia, obra de la escuela primaria; en el tercero, se perfecciona y completa el desarrollo intelectual, manteniendo vivas con el ejercicio las fuerzas todas del organismo, obra de la segunda enseñanza; en el cuarto, en fin, la educación es simple cultura que integra y acrece el saber, armonizándolo con las exigencias de la vida. ¿Qué significa, pues, ser educador en las escuelas secundarias? Dos cosas sencillísimas: saber enseñar y conocer el arte de educar; es decir, transfundir el saber con orden, modo y disposiciones científicas. Contar con la fuerza implícita educativa de la instrucción sin explicarla insistentemente, es cosa vana; declararse satisfecho de la instrucción sin que se la haga servir para formar el carácter, es cosa nociva. El profesor debe desenvolver el programa de estudio como instrumento educativo, y en toda lección, en todo ejercicio, en toda admonición, debe procurar suscitar y reforzar el sentimiento humano y patriótico del alumno, encendiendo en su ánimo, con el precepto y el ejemplo, el entusiasmo por los grandes ideales de la humanidad y de la patria.

Este profesor educador y esta segunda enseñanza educativa, no son, después de todo, cosas grandes ni difíciles: cumpla el Estado sus deberes y haga cumplir los suyos á todos, y lo demás vendrá ello solo, sin más que transformar la base y el personal. Hoy todavía se entiende por educación moral la introducción en la memoria de los niños de los preceptos morales; como si no hubiéramos aprendido que esta moral en píldoras no se asimila, ó tiene poquísima eficacia, y que la educación moral más vigorosa es la que viene del ejemplo continuo, de las observaciones oportunas durante la enseñanza, de la práctica y de los consejos, más que de los catecismos y de los artículos del Código. Es preciso, para obtener el alto fin que se persigue, que desaparezca la división de la segunda enseñanza en clásica y técnica, que la segunda enseñanza sea una escuela de cultura general única, sin las divisiones actuales, continuación de las escuelas primarias.

Una cultura clásica general y exclusiva es en nuestros tiempos un anacronismo: no se debe educar á la juventud haciéndola vivir de fantasmas en vez de realidades, de memorias más que de hechos; los estudios clásicos deben entrar en la educación pero sin ser el todo, sino la parte; el mundo pasado, las lenguas muertas, las literaturas, deben entrar en un programa de completa educación intelectual, pero sólo como instrumentos para abrir á la juventud el camino de la vida moderna. El clasicismo, como objeto único de los estudios de cultura general, es un contrasentido por el lado lógico, y por el lado práctico conduce á un saber abstracto: á la cultura por la cultura en relación con las necesidades y las exigencias de la vida. Los estudios científicos por sí solos, sin los clásicos, no pueden dar, por otra parte, al hombre culto más que una educación falsa, que rebaja el concepto de la vida, reduciéndola á lo puramente material é inmediatamente útil. Unos sin otros conducen ó al retorismo, que es la abstracción de la forma por la realidad del saber, ó á la nociva preponderancia del lado empírico y exterior de la vida; se corre el peligro de te-

ner en el alumno ó un ser que vive falto de espíritu de observación y del sentido de la realidad, ó un ente saturado de nociones de hechos, pero falto de todo alto y noble ideal. Es preciso desterrar todo propósito de tener solamente Institutos clásicos, pero no importa menos abandonar la idea de relegar los estudios clásicos á Institutos de cultura especial, como privilegio de reducido número de estudiantes.

El régimen de las escuelas secundarias no puede inspirarse sino en estos conceptos: escuela *única* de preparaciones, continuación de la enseñanza primaria, que comprenda las materias del Gimnasio actual y de la Escuela técnica; y esta escuela única será de cultura preparatoria para los que quieran seguir una carrera, y tendrá simultáneamente un fin propio: el de dar los rudimentos de la cultura literaria y científica. La cultura, antes de especializarse ¿no necesita ser, existir? ¿No debe surgir la especialización, como ramo del tronco, de la cultura general? Especializar demasiado pronto, cuando las tendencias no son todavía manifiestas, puede lanzar por un camino equivocado á la juventud, sin que sea posible reparar el mal cuando llegue la hora del arrepentimiento. La escuela única secundaria, preparación para el Instituto técnico y el Liceo, y al mismo tiempo escuela autónoma de cultura media, es la solución preferible en todo caso.

Los Institutos de segunda enseñanza interesan, sobre todo, á las clases pudientes; pero el Estado debe educar también á los necesitados: la escuela de cultura general, y las escuelas profesionales son las dos categorías necesarias para atender á este fin. Y para que la escuela profesional cumpla realmente su misión no debe ajustarse á un patrón uniforme, sino que, atendiendo á las exigencias de las regiones, á las necesidades de las comarcas, al ambiente económico en que ha de vivir, será industrial aquí y comercial allá, náutica en un punto y agraria en otro, pues así será verdaderamente popular y útil.

En suma: la segunda enseñanza responde á un fin de cultura general, y el instrumento educativo de que debe servirse

es la escuela única de segunda enseñanza, de la que saldrán los que quieran además completar la instrucción especial, los que se dirijan á las escuelas populares profesionales, ó á los Liceos, para detenerse allí ó pasar á las escuelas especiales técnicas ó á las Universidades.

FEMINISMO

El concepto materialista de la felicidad y el feminismo.—Hermoso y valiente es el artículo que la ilustre Neera dedica en la *Nuova Antologia* al estudio del feminismo relacionado con el concepto que de la felicidad se han forjado las modernas escuelas materialistas.

Sobre la reciente tumba de Ruskin se ha dicho que la especie de religión por él fundada, más que religión de la Belleza, cuyo culto puede permanecer solitario, fue religión de la Armonía, que tiene mucho mayor alcance social. Así se restablece un poco de orden en el elevado concepto de la belleza, materializado ó empobrecido por una pléyade de sedientos estetas que quieren aprisionar la belleza en formas dadas, y hacer de ella el monopolio de unos cuantos privilegiados cuyos sentidos refinados y fríos debe acariciar, mientras que para Ruskin y para toda alma ardiente la belleza ideal no es la sensación que en los iniciados produce una obra maestra ó un apetito satisfecho, sino una centella que partiendo de nuestra alma se lanza hacia las cosas y las ama.

En la época del Renacimiento vivía en una ciudad toscana una dama de tales atractivos, que cuando salía de paseo galanamente ataviada, aquel pueblo poeta se entusiasmaba: hoy si una dama semejante apareciera en nuestras calles, arriesgaría ser insultada por su belleza, por su traje, ó por aquella superioridad que irrita los más bajos sentidos del hombre moderno, con su prosaico y materialista concepto de la felicidad.

Y no hay que achacarlo á la miseria, pues la miseria no es hoy mayor que entonces, sino á esa tendencia rabiosa á des-

truir todo lo que sobresale, á la envidia, en una palabra. Viendo—dice Neera—los carruajes del Corso, me decía un amigo: «Cuando veo á esos señores en coche me da rabia y quisiera estar en su puesto;» yo, lejos de eso, me deleitaba en su contemplación si el coche era elegante y hermosos los caballos, como me complacía en ver los palacios, mientras mi amigo los maldecía por no tener uno él.

Así como en tiempo de peste hay eflorescencia de bubones, en estos tiempos de utópica manía igualitaria aparece la chifladura de la igualdad de los sexos, del feminismo. El feminismo es una palabra vacía de sentido en cuanto no se refiere á la maternidad, y sirve de bandera á las más disparatadas aspiraciones. Desde el artículo de fondo que quiere redimir á la mujer, hasta la cuarta plana de los periódicos, donde se ofrecen para ayas ó doncellas *señoras distinguidas*, la confusión de los atributos se ha hecho cosa corriente. No les basta á las señoras con ser bellas, inteligentes y buenas, ennobleciendo así la vida del hombre, sino que necesitan igualarse con éste ejerciendo sus mismas profesiones.

Lo cierto es que el feminismo no existe; existen cuestiones económicas y morales que interesan á ambos sexos; hablar de superioridad y de inferioridad á propósito de los sexos es un vaniloquio indigno de quien quiera que, plegando la frente bajo el beso maternal, se ha sentido rozado por las alas del misterio; y quien no ha sentido esto no comprende nada de la vida. La belleza, descendida de su altar de idea y perseguida por deseos de concupiscente como mujer de plazuela, queda infecunda. Es como si se despedazasen las estrellas para hacer faroles; las casas de los hombres no tendrían bastante luz y el cielo perdería su esplendor.

No es justo acusar á la mujer únicamente de enfermedad tan general. Los feministas atribuyen la resistencia que encuentran las ideas nuevas en muchas mujeres, á la educación autoritaria secular. Pero, en verdad, que de las mujeres, de las verdaderas, sencillas y santas mujeres debe partir el pri-

mer animoso grito de ¡basta!; una vez más ese grito mostrará que la mujer es la digna compañera del hombre, vigilando la urna del ideal depositada en sus manos.

El materialismo no es de temer mientras conserva su puesto entre la arcilla y el fango; lo tiene así quien lo quiere y cuando lo quiere. Los peligrosos son esos sentimientos cuyo origen materialista se oculta bajo apariencias idealistas, porque así arrastran fácilmente á quienes no quisieran ser arrastrados. ¿Y de qué espeso materialismo no está circuida la teoría socialista difundida en el pueblo? No, sin un gran ideal no se llega al corazón del pueblo: desde el mito de Orfeo, que cantando conmovía las piedras, hasta la propaganda del pobrecillo de Asís, el ardor del apóstol era el que suscitaba llamaradas de amor; la idealidad de una gran pasión era la que encendía en los más humildes y mezquinos la apagada centella de la belleza.

Uno de los más ilustres propagandistas no sabe encontrar en apoyo de su nuevo credo mejores argumentos que el contraste del salón elegante de un rico con la aparición en su dintel de un obrero, y con singular abundancia de colores escogía todos los rosados para el salón y todos los negros para el obrero. Si las personas de talento difunden así sentimientos tan superficiales y mezquinos, ¿qué extraño es que los demás los empequeñezcan más, aun hasta envilecerlos? En tanto furor de igualdad, ¿por qué se olvida que el único derecho de un hombre frente á otro es el de tener una grande alma? Si ese obrero, al entrar en la casa del rico, no sabe hacer más que envidiar las doradas cornisas ó las blandas alfombras, sin encontrar en sí mismo ningún sentimiento de dignidad personal, preciso es declarar que es un pobre hombre, indigno de nuestro interés. Por fortuna, hay fuera de los libros obreros que sienten noblemente de sí mismos y no se consideran ni infelices ni humillados por tener manchada la camisa ó presentar callos en las manos.

Tratad de poseer la primera materia, que el ánfora vendrá

después, y si no viene, la virtud del aroma obrará siempre de algún modo. Al alma, al alma es á la que debe confiar su cura la mujer; esa es la enferma, la pobre, la amenazada. Y el alma no está en un diploma ni en un rollo de doblones. Si los hombres fuesen mejores que las mujeres, ¡oh!, entonces sí que debería hacerse lo posible por igualarlos; pero como son sencillamente diferentes, y en esa diferencia está la ley armónica de la naturaleza, que asigna á todo lo vital una particular función, á ninguna noble meta puede aspirar la mujer en la competencia.

Quédese la mujer en su puesto, desde el que ha hecho tanto bien á la humanidad y desde el que lo seguirá haciendo, resistiendo al espíritu vulgar que por todas partes la circunda y que la tienta con el disfraz de ángel libertador. La verdadera esclavitud de que debe librarse está en el concepto materialista de la felicidad: en creer que su ingenio produciría mejores frutos y mayores satisfacciones, que sería más útil á sí misma y al hombre ganando dinero, sin comprender la delicadeza de su misión en la tierra, tan espléndida y maravillosa, que podrá, degenerando, ejercer las labores del hombre, pero olvidando el milagro que ejecuta en el silencio de su amor. En Bélgica, hombres y mujeres llevan ya esa misma vida de taller ó fábrica, percibiendo el mismo salario. ¿Y qué sucede? Que el hombre, privado de su responsabilidad de jefe de familia y de su generoso papel de protector, se entrega más que nunca al alcoholismo; y la mujer, que no representa ya ninguna gentileza ideal, tiene que soportar todas las cargas y todos los vejámenes.

¡Oh! Momento inspirado para una nueva Juana de Arco, guerrera del ideal, que, ceñida de las virtudes femeniles, moviese á la novísima batalla, y contra ese pretendido feminismo, hecho de ambición y de materialidad, tremolase el verbo de amor, que es el secreto, el poder y la superioridad de su sexo. Y ¡ojalá fuese, no como Juana de Arco, virgen, sino mujer á quien la maternidad hubiera revelado la vía luminosa de la mujer á través de los siglos!

E. M.—*Abril 1901.*

IMPRESIONES Y NOTAS

Periódicos y revistas contemporáneas.—A propósito del libro de Pablo Brulat, *La faiseuse de gloire,* crítica en forma de novela de las costumbres del periodismo, dice Dumont Wildeu: Sí; la Prensa contemporánea es mercantil y está corrompida; sus opiniones están vendidas ó se venden; es esclava de los gustos más bajos del público y explota sin vergüenza sus odios, sus envidias, su mediocridad; pone su fuerza y su influjo al servicio de los hombres de dinero y de los aventureros; desprecia el talento, estima la habilidad y corrompe las costumbres y la conciencia nacional; es una industria y no un sacerdocio.

Pero ¿y qué? ¿No es éste un fenómeno natural y necesario? Nuestra sociedad mercantil necesita una prensa mercantil. ¿Vamos á indignarnos contra un fenómeno? Contentémonos con hacer constar un hecho. Objetaréis que, aun tomando los grandes diarios del París actual por casas de comercio, hay que condenar la deslealtad de sus procedimientos comerciales, su engaño en las mercancías. Pero ¿es posible el comercio sin engaño? El farmacéutico que os vende un poco de regaliza por diez veces su valor, persuadiéndoos de que ha añadido ciertas substancias para curar vuestra bronquitis; el aldeano que os da una vaca enferma por una sana, ó el folletinista que os larga como nueva una novela vieja, todos usan el mismo proceder.

Del mal mismo saldrá el remedio; si la influencia de los periódicos continúa aumentando en el sentido de la cantidad, se debilita mucho en el de la calidad. Antes gobernaba á los selectos, y hoy los selectos la desprecian. El público, por lo menos el público letrado de las ciudades, empieza á saber cómo se hacen los periódicos, y no los cree. Todo el mundo sabe en París que la crítica literaria no es más que un reclamo de librería, y que la simple cita de una obra reciente es pagada por el

editor. De aquí que el lector comience á no informarse más que por las Revistas. Llegará un tiempo en que todo el mundo hará lo mismo, y la Revista acabará por ocupar el puesto que antes ocupaba el periódico.

***

Las formas del cráneo humano.—Del estudio de miles de cráneos ha sacado Sergi la evidencia de la persistencia de las formas cránicas desde los tiempos más remotos, consiguiendo determinar las seis principales variedades existentes, que son: la elipsoidal, la ovoidal, la pentagonal, la esferoidal, la esfenoidal y la planicefálica; las tres primeras se encuentran constantemente en todas las poblaciones de Africa, al Norte del Ecuador y en Europa, representando la especie surafricana; las otras son variantes de cráneos de la especie eurásica.

De los muchos cráneos estudiados por Sergi de fetos llegados casi á término, el 80,50 por 100 eran pentagonóideos, y el 19,50 por 100 restante, de formas distintas de la pentagonal; en cambio, en los adultos las formas pentagonales no llegan más que al 16,80 por 100. Las formas ovoideas y elipsoidales que por excepción se encuentran en los cráneos fetales son modificaciones de la pentagonal en el desarrollo postuterino, así como las formas pentagonales en los cráneos adultos son residuos de la forma fetal no transformada, detenciones de desarrollo, pues la forma pentagonal es sólo transitoria.

***

El ocultismo y la magia.—El ocultismo—según dice en *Les Partisans* Jollivet Castelot—es la síntesis luminosa que une y vivifica la ciencia y la fe. La magia y el esoterismo son como los departamentos del ocultismo, y el hermetismo representa la filosofía de lo oculto, desarrollada en cuatro principales jerarquías: la astrología, la magia, la alquimia y la teurgia. La

astrología corresponde al estudio del mecanismo celeste, de las leyes cíclicas astrales; la magia al estudio de la voluntad y de sus efectos sobre el mundo; la alquimia, de la que depende la terapéutica oculta, al estudio de la materia, de su génesis y transformaciones, y la teurgía al estudio de los dioses, de las religiones y de los cultos, cuya unidad esencial, bajo la multitud de formas de las mitologías y de las jerarquías celestes, muestra donde quiera el esoterismo y el simbolismo.

La magia, que se cree sobrenatural, es natural, aunque se extienda á esferas extranaturales, pues lo extranatural no es más que la extensión de lo simplemente natural, la ciencia de las fuerzas desconocidas al hombre. Carlos del Prel ha escrito un libro excelente sobre *La física de la magia*, investigación racional de esa parte del ocultismo. El misterio es lo desconocido; lo conocido es la ciencia, y la síntesis de las ciencias es el hermetismo. Lo extranatural, una vez conocido, se convierte en natural. Lo oculto es la reserva del porvenir, la ciencia íntegra, oculta por necesidad ó por ignorancia. Lo oculto es lo que no está al alcance de la humanidad actual, pero no de la humanidad misma, y mucho menos de los *ultras*, es decir de las sobrehumanidades, pues por encima de la síntesis hermética, que es todavía humana, está la síntesis de los mundos espirituales.

Las relaciones entre lo visible y lo invisible son más estrechas de lo que se cree: la hormiga no ve al hombre que la aplasta al paso ni al que destruye su hormiguero. ¿Qué causa atribuirá á esa catástrofe súbita tan espantosa? Y ¡quién sabe si los séres fluídicos, desencarnados, que surcan el espacio no obran de un modo semejante sobre los hombres! Las muertes súbitas, los casos extraños de enajenación mental (la enajenación es un cambio de personalidad), los cataclismos que devastan comarcas enteras, se refieren analógicamente al mismo orden de hechos que el de un insecto aplastado por un transeunte, que ignora su existencia ó su presencia, como el sér fluídico ignora á veces la presencia del hombre á quien ataca.

«Como las hojas», de José Giacosa.—Esta hermosa obra, que desde su estreno en Milán tan universales aplausos ha conquistado, es, según dice Eduardo Rod, un drama social, pero sin tesis: el autor traza el contraste entre la vida fácil del rico, á quien falta la tensión de la voluntad, y el pobre, cuyas fuerzas se templan y ennoblecen por la lucha y el trabajo.

La alegría del vivir está en el ejercicio de la voluntad. Este mundo pertenece á los que quieren; querer es poseer, no ya las riquezas personales y estériles, sino el bien común, fecundo, al que todos pueden alcanzar. Nada quita tanto la fuerza á la voluntad como la riqueza ociosa, con su séquito casi necesario de elegancias ficticias, diversiones ilusorias y disgustos. Y en verdad, los que son educados en esa escuela, en que todo es demasiado fácil, son dignos de lástima. Sus placeres son nulos, y no saben gozar de los bienes sencillos, los únicos verdaderos. El menor soplo de adversidad los abate y arrolla *como las hojas* muertas; ignoran la benéfica fatiga del trabajo y le tienen miedo. Jamás conocerán la embriaguez de una victoria porque, incapaces de luchar, son incapaces de vencer, condenados á la derrota apenas se ve turbada su tranquilidad.

Hay en este drama un modo nuevo de concebir la acción, de desarrollarla, seguirla, desenredar sus diversos hilos y resolverla, aproximándola á la verdad sin mengua de la poesía.

*
* *

El catálogo de la literatura científica del siglo XIX.—La Sociedad Real de Londres emprendió hace años la enorme tarea de preparar la publicación de un catálogo de la literatura científica. Para los primeros sesenta y tres años bastaba un volumen por cada año; de 1864 á 1873 se necesitaban dos volúmenes, siendo apenas tres suficientes hasta 1893. En vista de la creciente mole del trabajo, y de la necesidad de hacer la

compilación, no sólo por autores, sino por materias, el Gobierno inglés invitó á las naciones extranjeras á una Conferencia para discutir la posibilidad y la conveniencia de la compilación por colaboración internacional. La Conferencia, reunida en Londres en 1896, aprobó las bases del proyecto encargando á la Sociedad Real su desarrollo. Reunida de nuevo en 1898, el proyecto quedó definitivamente aprobado en Junio de 1900, y se resolvió comenzar la publicación en 1901.

Los Gobiernos de los diversos países se comprometieron á suscribirse por cierto número de ejemplares, con derecho á disponer de ellos por venta ó donativo. He aquí la nota de suscripción, según la *Nuova Antología:*

Estados Unidos...	68	Suecia.....	7	Hungría.....	4
Inglaterra.....	52	Dinamarca.....	6	Grecia.....	2
Alemania.....	45	Holanda.....	6	Portugal.....	2
Francia.....	35	Noruega.....	5	Australia (Sur)....	2
Italia.....	27	Méjico.....	5	Australia (Norte)..	2
Japón.....	15	Colonia del Cabo..	5	Victoria.....	1
Suiza.....	7	Canadá.....	5		
				TOTAL....	300

En vano se busca en esta lista el nombre de España: brilla por su ausencia. Así no es extraño que no figure ningún español en el Consejo internacional ni en el Comité ejecutivo; que la lengua española quede postergada á la italiana en la traducción que ha de hacerse de todos los títulos del catálogo (en cuatro lenguas: inglés, francés, alemán é italiano), y que las obras españolas con derecho á figurar en la compilación sean seguramente, como serán, por nuestra falta de intervención y de celo, muchas menos de las que debieran.

FERNANDO ARAUJO.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Delinquenza precoce e senile (*Studio di psicologia criminale*), per Lino Ferriani.—Como, Vittorio Omarini, editore, 1901.—Un volumen de 416 páginas, 5 liras.

El Sr. Ferriani publica un libro cada año, sin que para ello le estorbe su cargo de Fiscal ó Procurador del Rey; antes bien, el desempeño de este cargo le sirve para tomar apuntes y reunir materiales con destino á semejantes libros.

Porque debe advertirse que la especialidad del autor es la psicología criminal; y es claro que no hay mejor medio para conocer la psicología de los delincuentes, que tener que estar tratando con ellos diariamente y ocupándose de su vida, de sus tendencias, de sus aspiraciones y demás.

A estas horas, el caudal de datos y observaciones sobre aquella psicología, contenidos en las obras del Fiscal del Tribunal de Como, es muy abundante; sobre todo, con respecto á los criminales jóvenes, uno de los asuntos que Ferriani estudia con predilección.

Su último trabajo, *Delinquenza precoce e senile*, tan lleno de ideas y de sugestiones sagaces como los demás, y tan bien escrito como todos ellos, está consagrado—según se ve ya por su mismo título—al examen de la criminalidad de los jóvenes y á la de los viejos, y al enlace y dependencia que entre las dos existe, formando lo que el autor denomina una «armonía delictuosa.»

El libro, además de un largo prefacio doctrinal, contiene

tres partes ó capítulos. En la primera parte, hay abundancia de cifras estadísticas sobre la criminalidad en distintos países, singularmente sobre la criminalidad de los jóvenes; y expuestas estas cifras, con sus correspondientes comentarios, examina Ferriani el influjo que ejercen en la delincuencia dos de sus fuentes principales, á saber: la herencia y el alcoholismo. La segunda parte está consagrada á poner de relieve, en primer término, la manera como los criminales viejos se convierten en *maestros de delincuencia* de los jóvenes, y después, á estudiar, siempre con auxilio de datos numéricos, la participación que unos y otros, viejos y jóvenes, toman en los delitos contra las buenas costumbres y en los delitos contra la propiedad. Y en la tercera parte se estudia la criminalidad violenta y la intervención que en ella corresponde á las dos edades referidas.

La obra tiene no pocas páginas, aquí y allá, de relatos casuísticos, por lo que á menudo se lee con el interés de una novela; aparte de que, lo mismo que las demás del propio Ferriani, participa mucho del carácter de trabajo literario.

P. Dorado.

Le problème des sexes, por Jacques Lourbet. Un vol. (*Bibliotheque sociologique internationale*) 300 páginas. París, 1900, Giard y Brière, editores.—Su precio, 7 francos.

El Sr. Lourbet es un escritor, seguramente conocido por cuantos sigan con algún interés el movimiento feminista, pues es autor de un libro muy ameno y muy bien compuesto, y además muy digno de ser leído, acerca de *La femme devant la science,* en el cual, como su título indica, estudia el autor la situación de la mujer ante las principales manifestaciones de la actividad científica de la humanidad. En el libro del que voy á decir breves palabras, el Sr. Lourbet vuelve sobre el mismo asunto, estudiando el *problema de los sexos* desde muy diversos puntos de vista.

El problema es, en verdad, grave y trascendental. «La conciencia humana—dice el autor—atraviesa una fase peligrosa. Preséntansele, de una manera inevitable, numerosos problemas, que es preciso resolver ó perecer. Y entre esos problemas, el de los sexos se ofrece, indudablemente, como uno de los más graves.» No es de ahora, ciertamente; pero jamás se examinó de un modo reflexivo y científico. «Jamás la filosofía la ha considerado con la seriedad que pide.»

«No basta—añade—comprobar que, en el transcurso de los siglos, la mujer ha creado cosas menos importantes que aquellas por las que el hombre se siente orgulloso; es necesario investigar si, en el origen de las sociedades, la mujer se encontraba en condiciones idénticas, ó, cuando menos, equivalentes, á las que favorecían á su compañero.»

Lo que quiere decir, que no debe estudiarse el problema del papel propio de la mujer, comparado con el del hombre, de una manera superficial, y dando por bueno y por definitivo lo que resulta de los hechos, sino que es preciso ahondar en éstos é investigar sus causas, y penetrar así en lo esencial y fundamental del problema mismo.

Respondiendo á las exigencias que esta manera de plantear la cuestión supone, el Sr. Lourbet estudia en sucesivos capítulos la fuerza y las relaciones entre los sexos, el progreso del pensamiento, la sensibilidad y la inteligencia, las artes y la inteligencia, la potencia mental y la potencia generatriz, la mujer libre, el amor, la independencia de las mujeres, la emancipación política de las mujeres, la ciencia de la educación y la diferenciación de los sexos.

A. Posada.

Intelligenza delle bestie, per Fernando Franzolini.—Udine, Fratelli Tosolini, editori, 1899.—Un vol. de 275 págs., 2 liras.

Nadie puede certificar de un modo seguro más que de aquello que pasa por su conciencia. Y por su conciencia no

pasan otros actos psíquicos sino los suyos, exclusivamente los suyos; sus pensamientos, sus voliciones, etc., no los de los demás. Y como quiera que la psiquis está formada precisamente por los pensamientos, las ideas, los propósitos, los juicios, los deseos y demás fenómenos análogos, resulta que nadie puede conocer *por dentro* más psiquis que la suya propia. De aquí, el valor innegable de la psicología subjetiva, del método llamado de autoinspección.

El mundo psíquico de los demás individuos, de los que llamamos semejantes nuestros, no lo conocemos directamente, sino por inferencia. Por los actos y manifestaciones externas de los otros hombres, inducimos cuál sea el estado de su alma; y nos fundamos para hacer estas conjeturas en que, *en nosotros*, tal situación de ánimo se traduce al exterior de tal manera, y en que así debe ocurrir en los demás, por lo que de las acciones y exteriorizaciones de los demás nos creemos autorizados para penetrar en su interior, atribuyéndoles tal determinado estado mental, causa de aquéllas. Pero estas suposiciones nuestras son á menudo equivocadas. Muchas veces, la conexión causal que establecemos entre los movimientos y actos externos y la mentalidad de nuestros semejantes, no responde á la verdad.

Ahora, si tan difícil es conocer las interioridades de los hombres, muchísimo más lo será conocer las de los animales. Al cabo, aquéllos suelen ellos mismos mostrarnos su alma, descubrirnos á veces sus secretos, y se comunican con nosotros por medio del lenguaje articulado. Pero ¿y los animales, que no nos dicen nada, ni poseen siquiera un lenguaje mudo, una mímica, tan expresivos como los de los hombres?

De aquí, las disputas que ha habido siempre acerca de la índole de su mundo interno. ¿Tienen alma? ¿La tienen de índole distinta que la nuestra, ó de la misma? ¿Hay diferencia cualitativa, ó sólo cuantitativa, entre lo que se llama su instinto y la inteligencia humana? El instinto ¿es otra cosa que una palabra con la que encubrimos nuestra ignorancia acerca

de los animales, especie de talismán á que acudimos para dar una explicación del obrar de éstos, explicación que no explica nada, pero que nos sirve para engañarnos á nosotros mismos creyendo haber dicho algo cuando afirmamos: «todo eso es hijo del instinto?»

Hasta ahora nadie ha podido dar contestación satisfactoria á estas preguntas, ni quizá nunca se dará. Hipótesis más ó menos ingeniosas, pero poco fundadas siempre, no han dejado de echarse á volar.

Ahora bien: si respecto de las cuestiones mencionadas se ha de poder decir algo sólido, este algo ha de tener el mismo carácter y sentido que lo referente á la psiquis humana..... de los demás. O sea, que no cabe otra cosa sino ir de fuera adentro, inferir el estado psíquico del animal por los actos externos del mismo. Por tal razón, el problema de referencia, si alguna solución aproximada á la verdad consiente, esta solución tiene forzosamente que tomar como base la observación de los hechos.

El Sr. Franzolini, con el libro que motiva la presente nota, ha querido contribuir precisamente de esta manera á la solución aludida. En esa obra agrupa bastantes datos, algunos de su propia experiencia, pero la mayor parte sacados de las publicaciones de otros autores que se han ocupado del asunto. Su idea es que entre la psiquis del hombre y la del animal no hay distinción de naturaleza, sino solamente de grado, por cuanto el animal da prueba de poseer todas y cada una de las manifestaciones psíquicas que vemos en el hombre, aunque, por lo general, en grado inferior á éste.

P. Dorado.

El Gobierno parlamentario en Inglaterra, por A. Todd. La España Moderna. Un vol. de 372 páginas. Su precio, 8 pesetas.

Quien desee enterarse, con poco trabajo, del mecanismo, por demás interesante, del Gobierno inglés, no ya del meca-

nismo actual, sino de la explicación histórica de las instituciones políticas que mediante él se ponen en juego, no podrá, quizá, encontrar un libro más á propósito que el de A. Todd, que ahora se acaba de traducir al español. Es conciso, claro, y trae cuanto es necesario para dar una idea de aquel Gobierno, difícil de entender, y que no tiene ley determinada en la cual se contengan las normas fundamentales más importantes, como ocurre en casi todos los países, que, como Inglaterra, se rigen por el sistema constitucional. En efecto; como dice A. Todd, «el Gobierno de Inglaterra está regido por ciertas máximas tradicionales que establecen los límites del ejercicio de todos los poderes públicos. Estas máximas, en su mayor parte, son no escritas y convencionales. No han sido declaradas formalmente en ninguna carta ni en ningún estatuto; se han desarrollado en el curso de los siglos, paralelamente con la ley escrita.»

Tres partes comprende el libro de A. Todd. En la primera se habla de la prerrogativa y del Gobierno parlamentario, de las prerrogativas de la Corona en la segunda, y, por último, la tercera contiene la historia del Gabinete.

A. Posada.

L'assistenza dei pazzi nel manicomio e nella famiglia *(istruzioni elementari per infermieri ed infermiere)*, pel Dott. A. Pieraccini, con prefazione del prof. E. Morselli.—Ulrico Hoepli, editore-libraio. Milán, 1901.—Un volumen de 261 páginas, encuadernado, 2,50 liras.

Este libro es uno de los bonitos y bien presentados *Manuales Hoepli*, de que ya otras veces se ha hablado aquí mismo.

Según lo indica su misma portada, está compuesto de un conjunto de nociones psiquiátricas elementales, y, principalmente, de una serie de reglas é instrucciones, cuyo conocimiento es indispensable á los enfermeros y enfermeras de los manicomios, que es para quienes se ha escrito. En él se ha-

bla—con gran dominio de la materia, con mucha concisión y sobriedad, y al propio tiempo en lenguaje y estilo claros y sencillos—de todo cuanto precisan saber aquellas personas que, por oficio, por obligación, ó por deber de piedad, tienen que hallarse al cuidado de los locos, ya en los establecimientos consagrados á la curación de los mismos, ya en su propia familia.

De siete capítulos y un apéndice consta la obra. El apéndice enseña el *modo mejor de trasladar á un loco* desde su casa al asilo, ó desde un manicomio á otro. Y los capítulos están dedicados: el primero, á dar una idea de lo que es la *locura y sus formas principales;* el segundo, á exponer el *carácter, funciones y aspecto del manicomio moderno;* el tercero, á describir los varios locales de que se compone cada sección de un manicomio; el cuarto, á hablar de la *sección de observación;* el quinto, de la *sección de los tranquilos;* el sexto, de la *sección de los sucios;* el sétimo, de la *sección de los agitados;* el octavo, de las *secciones especiales para los pensionistas, la colonia industrial y la colonia agrícola;* el noveno (bastante largo, por la importancia que tiene para los enfermeros) se ocupa de la *enfermería,* tanto de la enfermería para enfermedades comunes, como de la consagrada al tratamiento del loco como tal; el décimo estudia *algunos servicios materiales y algunas obligaciones comunes á todos los enfermeros de las varias secciones,* y en el undécimo se expone lo pertinente al trato de los locos dentro de su propia familia.

Es un manual muy útil y bien hecho.

P. Dorado.

OBRAS NUEVAS

Agea y Falgueras (J. y F.) — Rosa de té; apropósito en un acto, en prosa, original. En 4.°, 16 páginas: 1 peseta.

Alessón y López (L. de).—La España marítima. En 4.°, 214 páginas con láminas y grabados: 10 pesetas.

Alvarez Jiménez (E). — Humildes; colección de poesías. En 4.°, 201 páginas: 3 pesetas.

Anchelerga (M.) - Memorandum de la niñez para 1901. En 4.°, 183 páginas: 1,50 pesetas.

Antich é Izaguirre (F.)—Los periódicos mezcolanceros. En 8.°, 36 páginas: 50 céntimos.

Araquistain (J. V.)—Cuadros del Evangelio. En 8.° mayor, 315 páginas: 2,50 pesetas.

Castillo y Soriano (J. del).—Manual legislativo de la propiedad literaria y artística. En 8.°, VIII-285 páginas: 5 pesetas.

Cavia (M. de).— Grajeas. En 8.°, 31 págs.: 25 céntimos.

Díaz Guijarro (E.) y Martínez Ruiz (A.)—El Código civil interpretado por el Tribunal Supremo. *Tomo III.* En 4.°, 705 págs.: 9 pesetas.

Dicenta (J.)—Visto y vivido. En 8.°, 155 págs.: 50 céntimos.

Dié y Más (J.)— Libro de las leyes. En 8.°, 207 págs.: 3 pesetas.

Duyos (E.)—Transporte y distribución de energía por corrientes trifásicas. En 4.°, 159 págs.: 5 pesetas.

Elisalde (J.) — Fabricación de fuegos artificiales. En 8.°, 32 páginas: 50 céntimos.

Escosura y Tablares (J. de la).—Manual del ensayador. En 4.°, 348 págs.: 10 pesetas.

Floro (L.) — De Valencia á Cádiz; apuntes de mi cartera. En 12.°, 173 págs.: 50 céntimos.

García y Romero de Tejada (J.) — Monografías penales. *Volumen I.* De los atentados contra la autoridad y sus agentes. En 4.°, 132 páginas: 2 pesetas.

Gimeno de Flaquer (C.)—La mujer intelectual. En 12.°, 274 págs. con retratos: 3 pesetas.

Groizard y Gómez de la Serna (A.) —El Código penal de 1870, concordado y comentado. *Tomo VIII.* En 4.°, 510 págs.: 11 pesetas.

Inb-Gebirol (Aven-Cebrol). — La fuente de la vida. En 8.°, 161 páginas: 2 pesetas.

Llave y García (J. de la). — Tablas balísticas de las secundarias para el uso del método de Siacci. En 4.°, 89 págs.: 3 pesetas.

Martínez Barrionuevo (M.). — La Generala. En 8.°, 2 tomos, XV-291 págs.: 3 pesetas.

Mérida (J. R.). — Siete veces feliz. En 8.°, 193 págs.: 2,50 pesetas.

Mitre (B.). — Apéndice de las arengas de Bartolomé Mitre. En 8.°, 159 págs.

Tirada de 100 ejemplares que no se han puesto á la venta.

Moraleda y Esteban (J.).—Guía del viajero en Toledo y su contorno. En 12.°, 53 págs.: 75 céntimos.

Morato (J. J.). — Guía práctica del compositor tipográfico. En 4.°, VI-396 págs.: 5 pesetas.

Moreno de la Torre (F.).— Apuntes prácticos y teóricos de la gramática francesa. En 8.°, 159 páginas 2,50 pesetas.

Muñiz de Quevedo (J.).— Narraciones de Juan Soldado. En 8.°, 63 págs.: 50 céntimos.

Pardo Bazán (E.). — Una cristiana. La prueba. En 8.°, 392 págs.: 5 pesetas.

Obras completas, tomo 22.

Pérez Galdós (B.).—Electra; drama en cinco actos. En 8.°, 281 páginas: 2 pesetas.

Picón (J. O.).—La vistosa. En 12.°, 88 págs.: 50 céntimos.

Pintado (A. C.).—La cama del Obispo; pasillo cómico en un acto. En 4.°, 23 págs.: 1 peseta.

Quesada y Yáñez (A. de). — El indispensable á los oficiales del ejército español. En 12.°, 13[illegible] páginas: 1 peseta.

Riaño de la Iglesia (P.). — La penitencia; juguete cómico en un acto. En 4.°, 33 págs.: 1 peseta.

Ríos B. de los).—Melita Palma; novela. En 12.°, 108 págs.: 75 céntimos.

Romero (G.). — Agenda del abogado y guía de la legislación fundamental de España. En 8.°, 191 págs.: 1 peseta.

Rubio y Borrás (M.).—Nueva guía de Burgos y su provincia. En 8.° mayor, 184 págs.: 2,50 pesetas.

Rubio é Isern (L.). — Apéndice de 1900 al Diccionario legislativo de la Guardia civil. En 4.°, 66 páginas 1,25 pesetas.

Salvany (J. T.). — El cambio internacional; sus causas y sus efectos. En 4.°, 69 págs.: 1 peseta.

Sánchez-Morate y Martínez (J. F.). Breves nociones de Geografía é Historia de España. En 8.°, 258 págs.: 2,50 pesetas.

Sanz de Ojirando (A.). — Apéndice al manual de reclutamiento y reemplazo del ejército. En 8.°, 127 págs.: 1,50 pesetas.

Silió y Cortés (C.). — Otro desastre más (España en París). En 8.°, 91 págs.: 1 peseta.

Todd (A.).—El gobierno parlamentario en Iglaterra. En 4.°, 370 páginas: 8 pesetas.

Uhagón (F. R. de).—El Santo Cristo de María Stuar que hoy pertenece á S. M. la Reina Regente. Noticias y documentos reunidos. En 4.° mayor, 38 páginas y dos láminas

No se ha puesto á la venta.

Vigier y Díaz Alvaro (J.).—Comentarios á los Salmos; obra escrita por el Presbítero D. José Vigier y Díaz Alvaro, Doctor en Sagrada Teología. *Tomo II.* En 4.°, 502 págs.: 4 pesetas.

Virgilii (F.). — Manual de estadística, por Filippo Virgilii, Profesor de Estadística de la Real Universidad de Siena; traducido de la segunda edición italiana con adiciones por Adolfo A. Buylla y G. Alegre, Catedrático numerario de Economía y Hacienda en la Universidad de Oviedo. En 4.°, 197 págs.: 4 pesetas.

INDICE

Págs.

En vano (novela), por Enrique Sienkiewicz..... 5

Poetas americanos: La epopeya del bosque, por José Santos Chocano.—*Contestación á un convite*, por P. P. Gallardo..... 47

Las reformas militares presentadas á las Cortes, por Ignotus..... 59

Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos, por Rafael Mitjana..... 79

El protectorado de Francia en el extremo Oriente, y el poder de la raza latina, por Juan de Reza y Estévez..... 103

Recuerdos de Constantinopla, por José Ramón Mélida..... 119

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 133

Revista Hispanoamericana, por Juan Pérez de Guzmán..... 143

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 159

Notas bibliográficas, por A. Posada y P. Dorado..... 199

Obras nuevas..... 206

España moderna

AÑO 13. NUM. 149.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

MAYO, 1901

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

ACTEA

NOVELA

PRIMERA PARTE

I

El 7 de Mayo, mes llamado por los griegos Thargelión, del año 57 de la era cristiana y 810 de la fundación de Roma, salía de Corinto por la puerta occidental, en dirección á la playa, una joven de quince á diez y seis años, alta, linda y esbelta como Diana cazadora. Al llegar á una pradera que se extendía entre un bosque de olivos y un arroyuelo sombreado por naranjos y laureles, se detuvo y se puso á buscar flores. Vaciló un instante entre las violetas y margaritas que florecían al pie de los árboles de Minerva y los narcisos y ninfeas que crecían en las orillas ó flotaban en la misma superficie del riachuelo; pero no tardó en decidirse por los últimos, y, saltando como una cervatilla, corrió hacia el arroyo.

Cuando llegó á la orilla se detuvo; sus cabellos se habían desatado con la rapidez de la carrera; se arrodilló junto al agua, se miró en la corriente y sonrió al verse tan bonita. Era, en efecto, una de las vírgenes más encantadoras de la Acaya, de ojos negros y voluptuosos, nariz jónica y labios de coral; su cuerpo, que tenía á la vez la solidez del mármol y la flexibilidad de la caña, parecía una estatua de Fidias animada por Prometeo; únicamente sus pies, harto pequeños para su esta-

tura, parecían desproporcionados, y hubieran constituído un defecto, si es que á nadie pudiera ocurrírsele señalar en una joven semejante imperfección: era tan bella, que la ninfa Pyrene, que le prestaba el espejo de sus lágrimas, no pudo negarse, á pesar de ser mujer, á reproducir la imagen de la joven en toda su gracia y en toda su pureza. Después de un instante de muda contemplación, la joven dividió sus cabellos en tres partes, hizo dos trenzas con los que descendían á lo largo de las sienes y los sujetó encima de su cabeza con una corona de laurel y azahares que tejió en un instante, y dejando flotar los que caían por su espalda, como las crines del casco de Palas, se inclinó sobre el agua para satisfacer la sed que la había impulsado hacia aquel lado de la pradera, necesidad que, por perentoria que fuese, había cedido á otra más perentoria todavía: á la de confirmar que continuaba siendo la bella entre las bellas de las hijas de Corinto. Al inclinarse para beber, la realidad y la imagen se acercaban insensiblemente una á otra; se las hubiera tomado por dos hermanas, una ninfa y una náyade, que iban á unirse en dulce beso: sus labios se juntaron, el agua se estremeció, y una brisa suave, que agitó los aires como un hálito de voluptuosidad, esparció por el río una lluvia de nieve rosada y perfumada, que la corriente se llevó hacia el mar.

Al erguirse la joven dirigió la vista hacia el golfo, y permaneció un instante inmóvil mirando con curiosidad: una galera de dos filas de remos, con las bandas doradas y las velas de púrpura avanzaba hacia la playa, impulsada por el viento que soplaba de la parte de Delos; aunque se encontraba todavía á un cuarto de milla de distancia, se oía á los marineros que entonaban un coro á Neptuno. La joven reconoció el estilo frigio, que estaba consagrado á los himnos religiosos; solamente que en vez de los rudos acentos de los marinos de Calidón ó de Cefalonia, las notas que llegaban hasta ella, aunque debilitadas y esparcidas por la brisa, eran armónicas y dulces como las que emitían las sacerdotisas de Apolo. Atraída por

aquella melodía, la joven corintia se levantó, arrancó algunos azahares y laureles destinados á tejer una nueva corona con objeto de depositarla al regreso en el templo de Flora, á la que estaba consagrado el mes de Mayo, y después, con paso lento, curiosa y temerosa al mismo tiempo, avanzó hacia la orilla del mar tejiendo las perfumadas ramas que arrancara junto al arroyo.

Mientras tanto el birreme se había aproximado y la joven podía ya, no solamente oir las voces, sino distinguir las figuras de los músicos: el canto se componía de una invocación á Neptuno, entonado por un solo corifeo acompañado por el coro, con un compás tan dulce y rítmico que imitaba el movimiento regular de los tripulantes al inclinarse sobre los remos y de los remos al caer al agua. El que llevaba la voz cantante y que parecía ser el amo de la embarcación, estaba de pie en la proa y se acompañaba con una cítara de tres cuerdas, semejante á la que los escultores ponen en manos de Euterpe, la musa de la armonía; á sus pies se encontraba echado, cubierto con una amplia túnica asiática, un esclavo cuya indumentaria pertenecía igualmente á los dos sexos; de suerte que la joven no pudo distinguir si era hombre ó mujer, y al lado de sus bancos, los remeros cantores estaban de pie y llevaban el compás con las manos, dando gracias á Neptuno por el favorable viento que les concedía aquel descanso.

Semejante espectáculo, que dos siglos antes apenas hubiera llamado la atención de un niño que recogiera conchas entre las arenas de la playa, excitó extraordinariamente el asombro de la joven. Corinto no era ya en aquel momento lo que había sido en tiempos de Sila: la rival y hermana de Atenas. Tomada por asalto el 608 de Roma por el Cónsul Mumio, vió pasados á cuchillo á sus ciudadanos, vendidos como esclavos sus niños y sus mujeres, quemadas sus casas, destruídas sus murallas, enviadas á Roma sus estatuas, y sus cuadros, por uno de los cuales ofreciera Atalo un millón de sextercios, servir de alfombras para aquellos soldados romanos á los que Po-

lybio encontró jugando á los dados sobre la obra maestra de Arístides. Reedificada ochenta años después por Julio César, que volvió á levantar sus murallas y que envió una colonia romana, volvió á la vida, pero estaba lejos aún de haber recobrado su antiguo esplendor. Sin embargo, el procónsul romano, para darle alguna importancia, había anunciado para el 10 de Mayo y días subsiguientes la celebración de juegos ísmicos y florales, en los que había de coronar al atleta más fuerte, al cochero más hábil y al mejor cantor. Resultado de esto fue, que desde hacía algunos días una multitud de extranjeros de todas las naciones se dirigía hacia la capital de Acaya, atraídos unos por la curiosidad y otros por el deseo de alcanzar los premios, con lo que volvía momentáneamente á la ciudad, debilitada aún por la sangre y las riquezas perdidas, la animación y el esplendor de sus pasados días. Unos habían llegado en carros, otros á caballo; algunos, también, en embarcaciones propias ó alquiladas; pero ninguno de los últimos abordó al puerto en un navío tan rico como el que, en aquel instante, llegaba á la playa, que un día se disputaran por el amor que la profesaban Apolo y Neptuno.

En cuanto el birreme fondeó en la arena, los marineros fijaron en la proa una escalera de madera de sándalo incrustada de plata y acero, por la que el cantor, con la cítara en el hombro, descendió, apoyándose en el esclavo que hemos visto echado á sus pies. El primero era un arrogante joven, de veintisiete á veintiocho años, de cabellos rubios, ojos azules y dorada barba: vestía una túnica de púrpura, clámide azul con estrellas de oro, y llevaba alrededor del cuello, anudada por delante, una banda, cuyos colgantes extremos caían hasta su cintura. El segundo, parecía tener unos diez años menos aproximadamente; era un niño llegado apenas á la adolescencia, de andar lento y aspecto triste y lánguido; sin embargo, la frescura de sus mejillas hubiera dado envidia al cutis de una mujer; su piel rosada y transparente hubiese podido competir en finura con la de las hijas más voluptuosas de la muelle Ate-

nas, y su mano blanca y redondeada parecía, por su forma y delicadeza, mucho más dispuesta para manejar la rueca ó las agujas, que para llevar la espada y el arco, atributos del hombre y del guerrero. Vestía una túnica blanca, bordada con palmas de oro, que le llegaba hasta las rodillas; sus cabellos flotaban sobre sus hombros descubiertos, y, sostenido por una cadena de oro, colgaba de su cuello un espejito rodeado de perlas.

En el momento en que iba á tocar tierra, su compañero le detuvo con viveza; el adolescente se estremeció.

—¿Qué hay, maestro? —preguntó con acento dulce y tímido.

—Hay que ibas á pisar la orilla con el pie izquierdo, y que por semejante imprudencia nos exponías á perder todo el fruto de mis cálculos, gracias á los cuales hemos llegado en día de nones, lo que es de buen agüero.

—Tienes razón, maestro — replicó el adolescente.

Y saltó á la playa con el pie derecho; su compañero hizo lo mismo.

—Extranjero — dijo, dirigiéndose al mayor de los dos viajeros, la joven que había oído aquellas palabras pronunciadas en dialecto jónico — la tierra de Grecia, sea cualquiera el pie con que se entre en ella, es propicia á todo el que la aborda con amistosas intenciones: es la tierra de los amores, de la poesía y de los combates; tiene coronas para los amantes, para los poetas y para los guerreros. Seas quien fueres, extranjero, acepta esta mientras esperas la que sin duda vienes á buscar.

El joven se apresuró á tomar y á ceñirse en la cabeza la corona que le presentaba la corintia.

—Los dioses nos son propicios—exclamó.—Mira, Esporo, el naranjo, el manzano de las Hespérides, cuyos frutos de oro dieron la victoria á Hipomenes, retrasando la carrera de Atalante, y el laurel, el árbol grato á Apolo. ¿Cómo te llamas tú, profetisa de la felicidad?

—Me llamo Actea—respondió ruborizándose la joven.

—¡Actea!—exclamó el mayor de los dos viajeros.—¿Lo oyes, Esporo? Nuevo presagio: Actea, es decir, la *orilla*. Así, la tierra de Corinto me esperaba para coronarme.

—¿Qué tiene de extraño? ¿No estás predestinado á ello, Lucio?—respondió el niño.

—Si no me engaño—dijo tímidamente la joven—vienes para disputar uno de los premios ofrecidos á los vencedores por el procónsul romano.

—Has recibido el talento de la adivinación al mismo tiempo que el dón de la belleza—repuso Lucio.

—¿Y, sin duda, tienes algún pariente en la ciudad?

—Toda mi familia está en Roma.

—¿Algún amigo, quizás?

—Mi único amigo es este que ves, y, como yo, es extranjero en Corinto.

—¿Algún conocido, entonces?

—Ninguno.

—Nuestra casa es grande, y mi padre es hospitalario. ¿Se dignaría Lucio darnos la preferencia? Rogaríamos á Castor y Póllux que le fueran favorables.

—¿No serías tú su hermana Elena, joven?—preguntó Lucio sonriendo.—Dicen que gustaba de bañarse en una fuente que no debe estar muy lejos de aquí. Esa fuente tenía, indudablemente, el don de prolongar la vida y conservar la belleza. Será un secreto que Venus habrá confiado á Paris, y que Paris te habrá revelado. Si así es, condúceme á esa fuente, hermosa Actea, porque desde que te he visto, quisiera vivir eternamente á fin de verte siempre.

—¡Oh! no soy ninguna diosa—respondió Actea—y la fuente de Elena no tiene ese maravilloso privilegio; por lo demás, no te has engañado acerca de su situación: mírala á algunos pasos de nosotros, que se precipita al mar desde lo alto de una roca.

—¿Entonces, ese templo que se eleva cerca de ella es el de Neptuno?

—Sí, y este paseo de pinos conduce al estadio. Dicen que en otro tiempo se elevaba una estatua frente á cada árbol, pero Mumio se las llevó, y para siempre han abandonado mi patria por la tuya. ¿Quieres tomar ese camino?—añadió la joven sonriendo.—Conduce á casa de mi padre.

—¿Qué opinas tú de este ofrecimiento?—preguntó el joven á su compañero, cambiando de dialecto y hablando en lengua latina.

—Que tu fortuna no te ha dado derecho para dudar de su constancia.

—Pues bien, confiemos en ella una vez más, porque nunca se ha presentado bajo forma más atractiva y seductora.

Cambió otra vez de lenguaje, y volviendo á expresarse en dialecto jónico, que hablaba con la mayor pureza, dijo Lucio:

—Guíanos, joven, pues estamos prontos á seguirte; y tú, Esporo, recomienda á Líbico que vele sobre Febea.

Actea marchó delante, mientras que el niño, para obedecer la orden de su amo, volvió á bordo. Al llegar al estadio, Actea se detuvo.

—Mira—dijo á Lucio—ese es el gimnasio. Está dispuesto y enarenado, porque los juegos comienzan pasado mañana, y comienzan por la lucha. El hipódromo está allí, á la derecha, al otro lado del río, al final de esta avenida de pinos; el segundo día, como ya lo sabes, está dedicado á las carreras de carros. Y allí, á mitad de camino de la colina, en dirección de la ciudadela, tienes el teatro donde se disputarán el premio del canto. ¿A cuál de esas tres coronas aspiras, Lucio?

—A las tres, Actea.

—Eres ambicioso, joven.

—El número tres agrada á los dioses—dijo Esporo, que acababa de alcanzar á su compañero.

Y los viajeros, conducidos por su hermosa guía, continuaron su camino.

Al llegar cerca de la ciudad, se detuvo Lucio y preguntó:

—¿Qué fuente es esa, y qué son esos bajorrelieves rotos? Me parecen de los tiempos más florecientes de Grecia.

—Esa fuente es la de Pyrene—respondió Actea;—su hija fue muerta por Diana en este mismo lugar, y la diosa, al ver el dolor de la madre, la transformó en fuente sobre el mismo cuerpo de la llorada hija. En cuanto á los bajorrelieves, son de Lisipo, discípulo de Fidias.

—¡Mira, Esporo, mira!—exclamó con entusiasmo el joven de la lira;—¡qué modelo! ¡qué expresión! Es el combate de Ulises contra los amantes de Penélope, ¿no es así? Mira lo bien que muere ese hombre herido, cómo se retuerce, cómo sufre; el dardo le ha herido por debajo del corazón; algunas líneas más arriba, ya no había agonía. ¡Oh! El escultor era un hombre hábil y sabía lo que se hacía. Haré que transporten este mármol á Roma ó á Nápoles; quiero tenerlo en mi atrio. No he visto jamás á ningún hombre morir con más dolor.

—Es uno de los restos de nuestro antiguo esplendor—dijo Actea.—La ciudad se enorgullece con ellos, y, como madre que ha perdido á sus hijos más hermosos, se entrega á los que le quedan. Dudo, Lucio, que seas bastante rico para comprar ese mármol.

—¡Comprar!—replicó Lucio, con expresión indefinible de desdén.—¿Para qué comprar cuando yo puedo cogerlo? Si me place ese mármol, lo tendré, aun cuando todo Corinto se opusiera..... (Esporo apretó la mano de su amo.....) A menos, sin embargo, que la bella Actea me manifestase deseos de que el mármol se quedara en su patria.

—Ni tu poder ni el mío se me alcanzan, Lucio; pero no por ello te lo agradezco menos. Déjanos nuestros restos, romano, y no acabes la obra de tus padres. Vinieron como vencedores; tú vienes como amigo; lo que en ellos fue una barbarie, sería en ti un sacrilegio.

—Tranquilízate, joven—repuso Lucio,—porque empiezo á notar que hay en Corinto algo más precioso que tomar que el bajorrelieve de Lisipo, el cual, por mucho que valga, no es

más que mármol. Cuando Paris fué á Lacedemonia, no se llevó la estatua de Minerva ó de Diana, sino á la más hermosa de las espartanas.

Actea bajó los ojos ante la ardiente mirada de Lucio, y, continuando su camino, entró en la ciudad: los dos romanos la siguieron.

Corinto había recobrado la animación de sus pasados días. El anuncio de los juegos que habían de celebrarse atrajo forasteros, no solamente de todas las comarcas de Grecia, sino también de Sicilia, Egipto y Asia. Cada casa tenía sus huéspedes, y á los que acababan de llegar les hubiera costado no poco trabajo encontrar albergue, si Mercurio, el dios de los viajeros, no hubiese llevado á su encuentro á la hospitalaria joven. Guiados por ésta, atravesaron el mercado de la ciudad, en donde andaban revueltos el papiro y el lino de Egipto, el marfil de Libia, los cueros de Cirenes, los dátiles de Fenicia, la púrpura de Tiro, el incienso y la mirra de Siria, los tapices de Cartago, los esclavos de Frigia, los caballos de Selinonto, las espadas de los celtíberos, y el coral y el carbunclo de los galos. Después, siguiendo su camino, atravesaron la plaza, en la que se elevaba anteriormente una estatua de Minerva, obra maestra de Fidias, y que, por veneración al antiguo maestro, no había sido reemplazada; tomaron una de las calles que desembocaban en la plaza, y á los pocos pasos se detuvieron ante un anciano que estaba de pie en el umbral de su casa.

—Padre—dijo Actea,—aquí hay un huésped que Júpiter os envía; le he encontrado en el momento que desembarcaba, y le he ofrecido hospitalidad.

—¡Bien venido seas, joven de la barba de oro!—repuso Amycles:—y, empujando con una mano la puerta de su casa, tendió la otra á Lucio.

II

Al día siguiente de aquel en que la puerta de Amycles se abrió ante Lucio, el joven romano, Actea y su padre, reunidos en el triclinio, alrededor de la mesa á punto de ser servida, se disponían á jugar á los dados la presidencia del festín. El anciano y la joven quisieron otorgarla al extranjero; pero su huésped, fuera por superstición, fuera por respeto, rehusó la corona: trajeron en consecuencia los *tali,* y se entregó el cubilete al anciano, que hizo la jugada de Hércules. A su vez echó los dados Actea, y la combinación resultó la jugada del carro; por último, pasó el cubilete á manos del joven romano, que lo tomó con visible inquietud, lo sacudió durante largo rato, arrojó los dados temblando sobre la mesa, y dió un grito de alegría al mirar el resultado obtenido: había alcanzado la jugada de Venus, que gana á todas las demás.

—Mira, Esporo — exclamó en idioma latino: — ya ves que los dioses están decididamente por nosotros, y Júpiter no olvida que es el jefe de mi raza; la jugada de Hércules, la del carro y la de Venus, ¿puede darse resultado más satisfactorio para un hombre que viene á disputar los premios de la lucha, de las carreras y del canto, y en rigor no me promete la última jugada un doble triunfo?

—Naciste en un día feliz — respondió el niño — y el sol te acarició antes que tocases la tierra; en esta ocasión, lo mismo que siempre, triunfarás de todos tus competidores.

—¡Ah! hubo una época — respondió suspirando el viejo, y en el idioma que hablaba el extranjero — en la que Grecia te hubiera presentado adversarios dignos de disputarte la victoria; pero no estamos ya en los tiempos en que Milon fue seis veces coronado en los juegos pytios, y en los que Alcíbiades, el ateniense, enviaba siete carros á los juegos olímpicos y obtenía cuatro premios. Grecia, con su libertad, ha perdido sus

artes y su fuerza, y Roma, á contar desde Cicerón, nos ha enviado á todos sus hijos para arrebatarnos todas nuestras palmas. ¡Que Júpiter, del que te vanaglorías descender, te proteja, pues, joven! Porque, después del honor de ver alcanzar la victoria por uno de mis conciudadanos, la mayor satisfacción que puedo experimentar es verla favorecer á mi huésped; trae, pues, las coronas de flores, hija mía, mientras llegan las coronas de laurel.

Actea salió y volvió sin tardar, con una corona de mirto y de azafrán para Lucio, otra de apio y yedra para su padre y otra de lirios y rosas para ella; además de éstas, un esclavo trajo otras mayores, las cuales se colgaron del cuello los convidados. Entonces Actea se sentó en el lecho de la derecha, Lucio, en el sitio consular, y el anciano, de pie entre su hija y su huésped, hizo una libación con vino y dirigió una plegaria á los dioses; después se acostó á su vez, diciendo al joven romano:

—Ya ves, hijo mío, que nos hallamos en las condiciones prescriptas, puesto que el número de los invitados, si se ha de creer á uno de nuestros poetas, no debe ser inferior al de las Gracias, ni superior al de las Musas. Esclavos, servid el primer plato.

Trajeron una fuente bien colmada; los servidores estaban prestos á obedecer á la primera indicación; Esporo se echó á los pies de su amo, ofreciéndole sus largos cabellos para enjugarse las manos, y el *scissor* (1) comenzó sus funciones.

Al servirse el segundo plato, y cuando el apetito de los comensales comenzaba á apaciguarse, el anciano fijó la vista en su huésped, y, después de haber mirado un rato, con la benévola expresión de la ancianidad, el hermoso rostro de Lucio, á quien sus cabellos rubios y su barba dorada daban un aspecto extraño, le dijo:

—¿Vienes de Roma?

(1) Trinchador.

—Sí, padre, respondió el joven.

—¿Directamente?

—Me he embarcado en el puerto de Ostia.

—¿Continúan velando los dioses sobre el divino emperador y sobre su madre?

—Siempre.

—Y César, ¿preparaba alguna expedición guerrera?

—En estos momentos no hay rebeliones en ningún pueblo. César, señor del mundo, le ha dado la paz, durante la cual florecen las artes; ha cerrado el templo de Jano y ha empuñado la lira para dar gracias á los dioses.

—¿Y no teme que mientras él cante, reinen otros?

—¡Ah!— exclamó Lucio frunciendo el entrecejo: — ¿También en Grecia dicen por lo visto que César es un niño?

—No; pero temen que tarde aún mucho tiempo en llegar á ser hombre.

—Yo creía que se revistió con la túnica viril en los funerales de Británico.

—Británico estaba condenado hacía ya mucho tiempo por Agripina.

—Sí; pero César fue quien le mató, os lo garantizo. ¿No es verdad, Esporo?

El niño levantó la cabeza y sonrió.

—¡Ha asesinado á su hermano!—exclamó Actea.

—Ha dado al hijo la muerte á que la madre le había condenado. ¿No sabes tú, jóven, y si no pregúntaselo á tu padre que parece saber de estas cosas, que Mesalina envió á un soldado para matar á Nerón en su cuna, y que el soldado iba á descargar el golpe, cuando salieron dos serpientes de la cama del niño, haciendo huir al centurión?... No, no, tranquilízate, padre mío; Nerón no es un imbécil como Claudio, un loco como Calígula, un cobarde como Tiberio, ni un histrión como Augusto.

—¡Hijo mío!—exclamó espantado el anciano—observa que estás insultando á unos dioses.

—¡Valientes dioses, por Hércules!—replicó Lucio;—¡valiente dios un Octavio que tenía miedo del calor, del frío y del trueno; que se presentó á las veteranas legiones de César cojeando como Vulcano; valiente dios cuya mano era tan débil que no podía soportar el peso de su pluma; que vivió sin atreverse á ser una vez Emperador, y que murió preguntando si había desempeñado bien su papel! ¡Valiente dios un Tiberio, con su olimpo de Caprea, del que no se atrevía á salir, y en el que permanecía como un pirata en un navío anclado, teniendo á su derecha á Trasibio que dirigía su alma, y á su izquierda á Caricles que gobernaba su cuerpo; que poseyendo un mundo, sobre el que podía extender sus alas como un águila, se retiró en el hueco de una roca como un buho! ¡Valiente dios un Calígula, á quien un brebaje trastornó el cerebro, y que se creyó tan grande como Jerjes porque tendiera un puente entre Puzoles y Baya, y tan poderoso como Júpiter porque imitaba el ruído del trueno haciendo rodar un carro de bronce sobre un puente de acero; que se creía desposado con la Luna, y al que enviaron, mediante veinte estocadas, á consumar su matrimonio en el cielo! ¡Valiente dios un Claudio, al que encontraron tras un tapiz cuando le buscaban sobre un trono; esclavo y juguete de sus cuatro esposas, y que firmó el contrato de matrimonio entre Mesalina, su mujer, con Silio, su liberto! ¡Valiente dios, cuyas rodillas se doblaban á cada paso, cuya boca babeaba á cada palabra y al que le temblaba la cabeza! ¡Valiente dios, que vivió despreciado sin saber hacerse temer, y que murió por haber comido setas cogidas por Haloto, lavadas por Agripina y condimentadas por Locusta! ¡Valientes dioses, por vida mía, y qué papel tan lucido deben hacer en el Olimpo, al lado de Hércules, con su maza, de Cástor, el conductor de carros, y de Apolo, el maestro de la lira!

Siguieron unos instantes de silencio á los bruscos y sacrílegos apóstrofes. Amycles y Actea miraban á su huésped con asombro, y la conversación seguía aún interrumpida, cuando entró un esclavo anunciando á un mensajero de Cneo Léntulo,

el procónsul; preguntó el anciano si el mensajero venía por él ó por su huésped. El esclavo respondió que lo ignoraba, y el lictor fue introducido.

Venía por el extranjero: el procónsul había sabido la llegada de un navío al puerto, estaba enterado de que el dueño de la embarcación tenía intenciones de disputar los premios, y le ordenaba que fuese á inscribir su nombre en el palacio del prefecto, y á declarar á cuál de las tres coronas aspiraba. El anciano y Actea se habían levantado para recibir las órdenes del procónsul; Lucio las escuchó acostado.

Cuando concluyó el lictor, Lucio sacó de su pecho unas tabletas de marfil revestidas de cera, escribió en una de las hojas algunas líneas con un estilete, apoyó debajo el sello de su sortija, y entregó la respuesta al lictor, ordenándole que se la llevase á Léntulo. El lictor, asombrado, vaciló; Lucio hizo un ademán imperativo; el soldado se inclinó y salió. Lucio entonces hizo sonar sus dedos para llamar á un esclavo, presentó su copa, que el copero llenó de vino, bebió una parte á la prosperidad de su anfitrión y de su hija, y dió el resto á Esporo.

—Joven—dijo el anciano interrumpiendo el silencio—te dices romano, y sin embargo, me cuesta trabajo creerlo; si hubieses vivido en la ciudad imperial, hubieras aprendido á obedecer mejor las órdenes de los representantes de César: el procónsul es aquí un amo tan absoluto y tan respetado como Claudio Nerón lo es en Roma.

—¿Te has olvidado de que los dioses, al principio del festín, me han hecho momentáneamente el igual del Emperador, al elegirme por rey de la comida? ¿Y cuándo has visto que un Rey descienda de su trono para acudir á las órdenes de un procónsul?

—¿Así, pues, te has negado á obedecerlas?—preguntó asustada Actea.

—No; pero he escrito á Léntulo que, si tenía curiosidad de saber mi nombre, y el objeto que me ha traído á Corinto,

no tenía más que hacer sino venir él mismo á preguntármelo.

—¿Y crees que va á venir?—exclamó el anciano.

—Indudablemente—respondió Lucio.

—¿Aquí, á mi casa?

—Escucha—dijo Lucio.

—¿Qué sucede?

—Ahí le tienes llamando á la puerta: reconozco el ruído de sus haces. Manda abrir, padre mío, y déjanos solos.

El anciano y su hija se levantaron asombrados, y fueron ellos mismos á abrir; Lucio permaneció acostado.

No se había equivocado: era Léntulo en persona; su frente, cuajada de sudor, indicaba la prisa que se había dado en acudir á la invitación del extranjero; preguntó rápidamente y con alterado acento, dónde se encontraba el noble Lucio, y en cuanto le indicaron la habitación, dejó caer su toga y entró en el triclinio, que se cerró tras de él, y cuya puerta custodiaron inmediatamente los lictores.

Nadie supo lo que sucedió en aquella entrevista. Al cabo de un cuarto de hora salió el Cónsul, y Lucio fue á reunirse con Amycles y Actea en el peristilo donde se estaban paseando; su rostro estaba tranquilo y sonriente.

—Padre mío—le dijo;—la tarde está hermosa; ¿no querrías acompañar á tu huésped hasta la ciudadela, desde donde dicen que se descubre una vista magnífica? Además tengo curiosidad de saber si se han ejecutado las órdenes del César, el cual, cuando supo que iban á celebrarse juegos en Corinto, envió la antigua estatua de Venus, á fin de que fuese propicia á los romanos que vinieran á disputaros las coronas.

—¡Ay, hijo mío! — repuso Amycles; — soy ya demasiado viejo para servir de guía en la montaña; pero aquí está Actea, que es ligera como una ninfa, y que te acompañará.

—Gracias, padre mío; no había pedido tal favor por miedo de que Venus tuviese celos y se vengase en mí, de la belleza de su hija; pero tú me lo brindas, y tendré el valor de aceptarlo.

Actea sonrió ruborizándose, y ante una señal de su padre, corrió á buscar un velo, y volvió cubierta tan castamente como una matrona romana.

—¿Ha hecho mi hermana algún voto—preguntó Lucio—ó bien, sin que yo lo sepa, es acaso sacerdotisa de Minerva, Diana ó Vesta?

—No, hijo mío—replicó el anciano cogiendo al romano por un brazo y llevándole aparte;—pero ya sabes que Corinto es la ciudad de las cortesanas: en memoria de que por su intercesión se salvó la ciudad de la invasión de Jerges, las hemos pintado en un cuadro, como los atenienses los retratos de sus capitanes después de la batalla de Maratón; desde entonces, tememos tanto que nos falten, que las compramos en Bizancio, en las islas del Archipiélago y hasta en Sicilia. Se las reconoce en su rostro y en su seno descubierto. Tranquilízate; Actea no es sacerdotisa de Minerva, Diana ni Vesta; pero teme ser considerada como una adoradora de Venus.—Después, alzando la voz, continuó:—Id, hijos míos, anda hija mía, y desde lo alto de la colina evoca á nuestro huésped, mostrándole los lugares donde se encierran todos los antiguos recuerdos de Grecia: el único bien que le queda al esclavo, y del que sus amos no pueden despojarle, es el recuerdo de los tiempos en que era libre.

Lucio y Actea se pusieron en marcha, y á los pocos instantes el romano y la joven llegaron á la puerta del Norte, y tomaron el camino que conduce á la ciudadela. Aunque al mirarla parecía que se encontraba á quinientos pasos escasos de la ciudad, daba tantas vueltas el camino, que tardaron cerca de una hora en recorrerlo. Dos veces se detuvo Actea: la primera para enseñar á Lucio la tumba de los hijos de Medea; la segunda para hacer notar el sitio en el que Bellorofonte recibió de manos de Minerva el caballo Pegaso; por fin llegaron á la ciudadela, y á la entrada de un templo que se elevaba allí, reconoció Lucio la estatua de Venus cubierta de brillantes armas, teniendo á su derecha la del Amor, y á su izquierda la

del Sol, el primer dios que se adoró en Corinto: Lucio se prosternó y rezó una oración.

Cumplido este acto religioso, los dos jóvenes tomaron un sendero que atravesaba el bosque sagrado y conducía al vértice de la colina. La tarde estaba espléndida, azul el cielo y tranquilo el mar. La corintia marchaba delante, parecida á Venus al conducir á Eneas por el camino de Cartago; y Lucio, que iba detrás, avanzaba á través del aire embalsamado por los perfumes de la cabellera de la joven; ésta se volvía de cuando en cuando, y como al salir de la ciudad se había echado el velo sobre los hombros, el romano devoraba con mirada ardiente aquel rostro encantador, al cual prestaba nueva animación la marcha, y aquel seno que veía palpitar al través de la ligera túnica que lo cubría. A medida que subían iba ensanchándose el panorama. Al fin, en el lugar más elevado de la colina, Actea se detuvo bajo una morera, y apoyándose en el árbol para recobrar aliento, dijo á Lucio:

—Hemos llegado; ¿qué decís de esta vista? ¿No vale lo que la de Nápoles?

El romano se acercó á la joven sin responder, apoyó un brazo en una de las ramas del árbol, y en vez de contemplar el paisaje fijó en Actea una mirada tan acariciadora, que la joven se ruborizó y se puso á hablar para ocultar su turbación.

—Mirad hacia el Oriente—dijo;—á pesar de que avanzan las sombras del crepúsculo, se ve la ciudadela de Atenas, semejante á un punto blanco, y el promontorio de Sumio, que se destaca sobre el azul del mar como el hierro de una lanza; más cerca de nosotros, enmedio del mar salónico, aquella isla que veis y que tiene forma de herradura, es Salamina, en la que combatió Esquilo y en la que fue derrotado Jerges; abajo, hacia el Sur, en dirección de Corinto, y á doscientos estadios de aquí aproximadamente, podéis ver Nemea y el bosque en el cual mató Hércules al león, cuya piel llevó constantemente como un trofeo de su victoria; más lejos, al pie de aquella

cadena de montañas que limita el horizonte, está Epidauro, lugar grato á Esculapio; y detrás Argos, la patria del rey de los reyes; ¿y no veis hacia el Occidente, anegados en los rayos de oro del sol poniente, más allá de la línea azulada del mar, como unos vapores que flotan en el cielo? Son Samos é Itaca. Y ahora volved la espalda á Corinto y mirad hacia el Norte: ved á nuestra derecha el lugar en que fue expuesto Edipo; á nuestra izquierda Lenetres, donde Epaminondas derrotó á los lacedemonios; y, enfrente de nosotros, Platea, en donde Arístides y Pausanias vencieron á los persas; luego, enmedio y en el extremo de esa cadena de montañas que corre desde Atica hasta Etolia, el Helicon, cubierto de pinos, mirtos y laureles, y el Parnaso con sus dos cumbres blancas por la nieve, entre las que corre la fuente Castalia, que recibió de las musas el dón de dar el espíritu poético á los que beben en sus aguas.

—Sí—dijo Lucio—tu país es la tierra de los grandes recuerdos; lástima es que todos sus hijos no los conserven tan religiosamente como tú, joven; pero consuélate; si Grecia no es ya reina por el poder, continúa siéndolo por la belleza, y esta soberanía es la más dulce y la más poderosa.

Actea se dispuso á recoger su velo; pero Lucio detuvo la mano de la joven. La corintia se estremeció, y, sin embargo, no tuvo fuerzas para retirarla; una especie de nube pasó ante sus ojos, y sintiendo que sus rodillas flaqueaban se apoyó en el tronco de la morera.

Era la deliciosa hora en que ya no es de día, pero tampoco de noche: el crepúsculo, extendido sobre toda la parte oriental del horizonte, cubría el archipiélago; mientras que en el lado opuesto, el mar Jónico, con sus ondas de fuego, y el cielo, con sus nubes de oro, parecían estar separados únicamente por el sol que, semejante á un gran disco incendiado, empezaba á extinguir en el agua su extremidad inferior. Oíase aún el zumbido de la ciudad como el de una colmena; pero todos los rumores del llano y la montaña iban muriendo su-

cesivamente; tan sólo de cuando en cuando repercutía el estridente canto de un pastor, ó el grito de un marinero que llevaba su barca á la playa. Los insectos nocturnos comenzaban á cantar entre la yerba, y las luciérnagas, esparcidas á millares por el aire tibio de la tarde, brillaban como las chispas de un fuego invisible. Sentíase que la Naturaleza, fatigada por los trabajos del día, se entregaba poco á poco al sueño, y que dentro de algunos instantes enmudecería todo para no turbar su reposo voluptuoso.

Los mismos jóvenes, cediendo á aquella impresión religiosa, guardaban silencio, cuando se escuchó hacia la parte del puerto de Lequea un grito tan extraño, que Actea se estremeció. El romano, á su vez, volvió rápidamente la cabeza, y su mirada se dirigió hacia su birreme, que parecía en la playa una concha de oro. Obedeciendo á un sentimiento instintivo de te mor, la joven se irguió é hizo un movimiento para tomar el camino de la ciudad; pero Lucio la detuvo: cedió ella sin decir nada, y, como vencida por una fuerza superior, se apoyó de nuevo en el árbol, ó más bien en el brazo con que Lucio, sin que ella lo notara, la había rodeado el talle, y, dejando caer su cabeza hacia atrás, miró al cielo con los ojos entornados y la boca entreabierta. Lucio la contemplaba amorosamente en aquella encantadora posición, y la joven se encontraba sin fuerzas para sustraerse á la ardiente mirada del romano, cuando un segundo grito, más cercano y más terrible, repercutió en la tranquila atmósfera y despertó de su éxtasis á Actea.

—¡Huyamos, Lucio—exclamó la joven, espantada,—huyamos! Alguna fiera vaga por la montaña; huyamos. No tenemos que atravesar más que el bosque sagrado, y estamos en el templo de Venus ó en la ciudadela. Ven, Lucio, ven.

Lucio sonrió.

—¿Puede temer Actea cuando está á mi lado?—dijo.—En cuanto á mí, sé que por Actea desafiaría á todos los monstruos que vencieron Teseo, Hércules y Cadmo.

—¿Pero sabes tú lo que es ese grito?--dijo temblando la joven.

—Sí—respondió Lucio sonriendo,—sí, es el rugido del tigre.

—¡Júpiter!—exclamó Actea, arrojándose en los brazos del romano.—¡Júpiter, protégenos!

En efecto, un tercer grito, más cercano y más amenazador que los dos primeros, acababa de hendir el espacio; Lucio respondió con un grito bastante parecido. Casi en el mismo instante salió del bosque sagrado una tigre dando saltos, la cual se paró, apoyándose en sus patas posteriores como indecisa ante el camino que había de emprender; Lucio silbó de una manera particular, y la tigre se lanzó al través de mirtos, laureles y arbustos, y se dirigió hacia él, rugiendo de alegría. De repente el romano sintió pesar en su brazo el cuerpo de la corintia, que se desplomaba, desvanecida y muerta de terror.

Cuando Actea volvió en sí se encontró en los brazos de Lucio, y la tigre, echada á los pies de los dos jóvenes, apoyaba cariñosamente en las rodillas de su amo su cabeza terrible, cuyos ojos brillaban como carbunclos. Ante aquel espectáculo, la joven se desasió de los brazos de su amante, tanto por terror comó por vergüenza, mientras alargaba el brazo para recoger su cinturón, que se había desatado y se encontraba á algunos pasos de ella. Lucio vió aquella última tentativa del pudor, y, quitando el collar de oro macizo que rodeaba el cuello de la tigre, y del cual pendía aún un anillo de la cadena que había roto, lo ciñó al delgado y flexible talle de su joven amiga; después, recogiendo el cinturón que había furtivamente desatado, ató una parte de la cinta al cuello de la tigre y puso lo restante en las temblorosas manos de Actea; luego se levantaron ambos y se dirigieron silenciosamente hacia la ciudad; Actea se apoyaba con una mano en un hombro de Lucio, y con la otra conducía, dócil y sujeta, á la tigre que tanto la había aterrorizado.

A la entrada de la ciudad, se encontraron al esclavo nubio encargado de vigilar á Febea; la había seguido por los campos, y la perdió de vista en el momento en que el animal, habiendo encontrado las huellas de su amo, se lanzó hacia la ciu-

dadela. Al ver á Lucio, se echó de rodillas, con la cabeza baja, en espera del castigo que creía haber merecido; pero Lucio era demasiado feliz en aquel momento para ser cruel: además, Actea imploró piedad para el servidor juntando sus manos.

—Levántate, Líbico — dijo el romano: — por esta vez te perdono, pero en adelante cuida mejor de Febea: has sido causa de que esta hermosa ninfa se haya asustado tanto que se creyó morir. Vamos, Ariana mía, entregad vuestra tigre á su guardián; yo os engancharé una pareja á un carro de oro y marfil, y os mostraré enmedio de un pueblo que os adorará como una diosa... Está bien, Febea, está bien. Adiós...

Pero la tigre no quiso irse de aquella manera: se paró ante Lucio, se enderezó y poniendo sus dos patas en los hombros de su amo, le lamió exhalando rugidos de cariño.

—Sí, sí — dijo Lucio en voz baja; sí, eres un noble animal; y cuando estemos de vuelta en Roma, te entregaré como recompensa una hermosa esclava cristiana con sus dos hijos. Anda, Febea, anda.

La tigre obedeció como si comprendiera aquella sangrienta promesa, y siguió á Líbico, no sin volverse veinte veces aún hacia su amo; y solo cuando éste desapareció con la pálida y agitada Actea, tras la puerta de la ciudad, se decidió á volver, sin oposición, á la jaula dorada, en la que habitaba á bordo del navío.

En el vestíbulo de casa de Amycles, encontró Lucio al esclavo cubicularío, que le esperaba para conducirle á su cuarto. El joven romano estrechó la mano de Actea, y siguió al esclavo, que le precedía con una lámpara. En cuanto á la hermosa corintia, se dirigió, según su costumbre, á besar la frente del anciano, el cual, al verla tan pálida y agitada, le preguntó la causa de su turbación.

Entonces Actea refirió el espanto que Febea la había ocasionado y la obediencia de tan terrible animal ante la menor señal de Lucio.

El anciano se quedó un momento pensativo, y después exclamó con inquietud:

—¡Qué hombre es ese que juega con los tigres, ordena á los procónsules y blasfema de los dioses!

Actea acercó sus labios fríos y pálidos á la frente de su padre; pero apenas se atrevió á rozar los cabellos blancos del anciano: se retiró á su habitación, y, completamente turbada, sin saber si lo que había pasado era un sueño ó una realidad, se tocó el cuerpo para convencerse de que estaba bien despierta. Tocaron entonces sus manos el collar de oro que había reemplazado á sus cinturón virginal, y, aproximándolo á la lámpara, leyó en el collar estas palabras, que tan directamente respondían á su pensamiento:

Pertenezco á Lucio.

III

La noche transcurrió en sacrificios: los templos fueron ornados con guirnaldas como para las grandes fiestas de la patria; y en cuanto terminaron las ceremonias sagradas, la multitud, aun cuando todavía no era la una de la mañana, se precipitó hacia el gimnasio, pues tan grande era el deseo de volver á contemplar los juegos que recordaban los antiguos y hermosos días de Grecia.

Amycles era uno de los ocho jueces elegidos, y como en calidad de tal tenía puesto reservado enfrente del procónsul romano, no llegó sino hasta el momento preciso de comenzar los juegos. Encontró en la puerta á Esporo, que iba á reunirae con su amo, y á quien los guardas negaban la entrada, porque, á causa de sus delicadas manos, indolente andar, le tomaban por una mujer. Ahora bien: una antigua ley puesta en vigor ordenaba á ser arrojada desde una roca á toda mujer que asistiera á los ejercicios de las carreras y de la lucha, en donde

los atletas combatían desnudos. El anciano respondió de Esporo, el cual pudo por fin reunirse con su amo.

El gimnasio parecía una colmena: los que llegaron primero ocupaban las graderías pegados unos á otros, y los demás llenaban todos los otros lugares. Los vomitorios parecían cerrados por una muralla de cabezas; la cornisa del edificio estaba cuajada de espectadores, que se mantenían de pie, sosteniéndose los unos á los otros, y cuyos únicos puntos de apoyo eran, de trecho en trecho, los dorados postes en los que se sujetaba el velario: y, sin embargo, eran muchos los que aún zumbaban como abejas á las puertas de aquel inmenso navío en el que acababa de desaparecer, no solamente la población de Corinto, sino también los diputados del mundo entero que acudían á esas fiestas. En cuanto á las mujeres, se las veía á lo lejos en las puertas y sobre las murallas de la ciudad, en donde esperaban que fuese proclamado el nombre del vencedor.

En cuanto tomó asiento Amycles, y como el número de los jueces estaba ya completo, el procónsul se levantó y declaró abiertos los juegos, en nombre del Cesar Nerón, Emperador de Roma y señor del mundo. Tales palabras fueron acogidas con grandes aplausos y aclamaciones, y todas las miradas se dirigieron hacia el pórtico donde esperaban los luchadores. Entraron siete jóvenes y avanzaron hacia la tribuna del procónsul. Unicamente dos de ellos eran corintios, y entre los otros cinco había un tebano, un siracusano, un sibarita y dos romanos.

Los dos corintios eran hermanos gemelos; avanzaron con los brazos enlazados, vestidos con túnicas análogas, y tan parecidos uno á otro en estatura, rostro y continente, que todo el circo aplaudió ante aquellos dos menachmos. El tebano era un pastor joven, que una vez, mientras guardaba sus rebaños, vió bajar un oso, y que, sin armas ante tan terrible contrincante, le salió al encuentro y le ahogó en una lucha cuerpo á cuerpo. En recuerdo de tal victoria se había echado en los

hombros la piel del animal vencido, cuya cabeza, sirviendo de casco al vencedor, encuadraba, con sus blancos dientes, el rostro de aquél, tostado por el sol. El siracusano había dado de su fuerza una prueba no menos extraordinaria. Un día que sus compañeros hacían un sacrificio á Júpiter, el toro, mal herido por el sacrificador, se lanzó enmedio de la multitud, con su corona de flores y adornos de cintas, y había ya aplastado bajo sus pezuñas á varias personas, cuando el siracusano le cogió por los cuernos, y zarandeándole le arrojó al suelo y le mantuvo en tierra como á un atleta vencido, hasta el momento en que un soldado hundió su espada en la garganta del animal. Por último, el joven sibarita, que ignoró él mismo su fuerza durante mucho tiempo, se dió cuenta de ella de una manera no menos fortuita. Acostado con sus amigos en lechos de púrpura alrededor de una mesa suntuosa, oyó de repente gritos: un carro, arrastrado por caballos desbocados, iba á estrellarse contra el primer obstáculo; en aquel carro iba su amada: saltó por la ventana y cogió el carro por la trasera; los caballos se detuvieron bruscamente, se encabritaron y uno de ellos cayó al suelo; el joven recibió en sus brazos á su amada, desvanecida, pero sin herida alguna. En cuanto á los dos romanos, uno era un atleta de profesión, reconocido por sus grandes tiunfos; el otro era Lucio.

Los jueces pusieron siete papeletas en una urna, dos de ellas con la letra A, dos con la B, dos con la C, y la última con la D. La suerte debía, pues, constituir tres parejas y dejar un séptimo atleta para combatir con los vencedores. El procónsul mezcló por sí mismo las papeletas, avanzaron después los siete combatientes, tomaron cada cual una y la depositaron en manos del presidente de los juegos; abriólas éste y las aparejó. Quiso el azar que los dos corintios tuvieran cada uno una A, el tebano y el siracusano una B, el sibarita y el atleta las dos C, y Lucio la D.

Los atletas, ignorando aún en qué orden les había designado la suerte para combatir, se desnudaron, á excepción de

Lucio, quien como era el último que había de entrar en juego, permaneció envuelto en su manto. El procónsul llamó á los dos A; inmediatamente salieron del pórtico los dos hermanos, y se encontraron frente á frente; la sorpresa les arrancó un grito, al cual respondió la Asamblea con un murmullo de asombro; después, permanecieron un instante inmóviles y vacilantes. Pero este momento no duró más que el resplandor de un relámpago, porque al punto se arrojaron en brazos uno de otro; en todo el anfiteatro estalló un aplauso unánime, y, enmedio del ruidoso homenaje tributado al amor fraternal, los dos hermosos jóvenes se retiraron sonriendo para dejar el campo libre á sus rivales, y, semejantes á Cástor y Pólux, cogidos del brazo, se convirtieron de actores en espectadores.

Los que debían figurar en segundo término, pasaron, por consiguiente, á ocupar el primero, y el tebano y el siracusano avanzaron á su vez; el vencedor de osos y el domador de toros se midieron con la mirada, y después se abalanzaron uno sobre otro. Por un instante, sus dos cuerpos reunidos y como incrustados mutuamente, ofrecieron el aspecto de un tronco nudoso é informe, caprichosamente modelado por la Naturaleza, que de repente rodó desarraigado como por un rayo. Durante algunos segundos no se pudo distinguir nada á causa del polvo, y todas las probabilidades de triunfo parecían equilibradas, pues tan pronto estaba uno encima, como otro; por fin el tebano concluyó por mantener su rodilla sobre el pecho del siracusano, y rodeándole la garganta con ambas manos como con un dogal de hierro, le apretó con tal violencia, que su contrincante se vió obligado á levantar la mano, en señal de que se daba por vencido. Unánimes aplausos, que demostraban el entusiasmo con que los griegos asistían al espectáculo, saludaron el desenlace de aquel primer combate; y enmedio de aquellas manifestaciones de entusiasmo, tres veces repetidas, fue el vencedor á colocarse bajo la tribuna del procónsul, mientras su antagonista, humillado, volvió al pórtico, del que

salió en seguida la última pareja de combatientes, que se componía del sibarita y del atleta.

Constituía un espectáculo curioso ver, cuando se hubieron despojado de sus trajes, y mientras los esclavos les frotaban con aceite, aquellos dos hombres de naturaleza tan opuesta y que ofrecían los dos tipos más hermosos de la antigüedad, el de Hércules y el de Antinóo: el atleta, con sus cabellos cortos y sus miembros morenos y musculosos; el sibarita, con sus largos rizos ondulantes, y su cuerpo blanco y redondeado. Los griegos, esos entusiastas adoradores de la belleza física, esos religiosos sectarios de la forma, esos maestros en toda perfección, dejaron oir un murmullo de admiración que hizo volver la cabeza al mismo tiempo á los dos adversarios. Sus miradas llenas de orgullo se cruzaron como dos rayos, y sin esperar ninguno de los dos á que se terminase por completo la operación preparatoria, se arrancaron de las manos de sus esclavos y avanzaron á encontrarse.

Cuando se hallaron á tres ó cuatro pasos de distancia se miraron nuevamente con atención, y cada cual sin duda encontró en su adversario un rival digno de él, porque en los ojos del uno asomó la expresión de la desconfianza, y en los del otro la de la astucia. Por fin, con un movimiento espontáneo y semejante, se cogieron por los brazos, apoyaron sus frentes una contra otra, y, parecidos á dos toros que pelean, probaron sus primeras fuerzas intentando hacer recular el uno al otro. Pero los dos permanecieron firmes é inmóviles en su puesto, semejantes á dos estatuas cuya vida no se indicase más que por la hinchazón progresiva de los músculos, que parecían próximos á estallar. Después de un minuto de inmovilidad, ambos se echaron hacia atrás, sacudiendo sus cabezas inundadas de sudor y respirando con fuerza como nadadores que vuelven á la superficie después de bucear.

Aquel momento de intervalo fue breve; los dos contrincantes vinieron de nuevo á las manos, y aquella vez se cogieron por el cuerpo; pero, fuese por ignorancia de aquel género de

lucha, fuese por convicción de su fuerza, el sibarita dió ventaja á su adversario dejándose coger bajo los brazos; el atleta le levantó al punto y le hizo perder tierra. Sin embargo, vencido por el peso, dió tres pasos hacia atrás tambaleándose, y, ante aquel movimiento, el sibarita, que había logrado afianzarse en el suelo, recobró todas sus fuerzas, y el atleta, ya quebrantado, cayó debajo; pero apenas se le vió tocar la tierra, se irguió con una fuerza y agilidad sobrenaturales, de suerte que el sibarita se levantó el segundo.

Como no había ni vencedor ni vencido, los dos adversarios renovaron el combate con nuevo encarnizamiento y enmedio de un profundo silencio. Se hubiera dicho que los treinta mil espectadores eran de piedra, como las graderías en que estaban sentados. Unicamente de cuando en cuando, cuando la fortuna favorecía á uno de los luchadores, se escuchaba un murmullo sordo y rápido que se escapaba de los pechos; y un ligero movimiento hacía ondular toda aquella muchedumbre, como las espigas ante una ráfaga de aire. Por fin, los luchadores perdieron pie y rodaron por la arena por segunda vez; pero en esta ocasión el atleta quedó encima: y sin embargo, no hubiera constituído esto sino una débil ventaja, á no haber unido á su fuerza todos los recursos de su arte. Merced á ellos, mantuvo al sibarita en la posición de la que él se librara prontamente. Como una serpiente que paraliza y ahoga á su presa antes de devorarla, entrelazó con sus piernas y sus brazos las piernas y los brazos de su adversario con tal habilidad, que consiguió inutilizar todos sus movimientos; y entonces, apoyando frente contra frente, le obligó á tocar la tierra con la nuca, lo que equivalía para los jueces á la confesión de la derrota. Oyéronse entusiastas aplausos y aclamaciones; pero, aunque vencido en realidad, el sibarita pudo adjudicarse parte de tales demostraciones. Su derrota estuvo tan cerca de la victoria, que á nadie se le ocurrió denigrarle; así, pues, se retiró lentamente al pórtico, sin humillación ni vergüenza, habiendo perdido la corona, pero nada más.

Quedaban, pues, dos vencedores y Lucio, que no habiendo combatido, debía luchar contra los dos. Las miradas se dirigieron hacia el romano, que, tranquilo é impasible durante los combates precedentes, los siguió con la mirada, apoyado en una columna y envuelto en su manto. Entonces fue únicamente cuando se fijaron en su aspecto suave y afeminado, en sus largos cabellos rubios y en su ligera barba dorada, que apenas le cubría la barbilla. Todos se sonrieron al ver aquel débil adversario que venía con tanta imprudencia á disputar la palma al vigoroso tebano y al hábil atleta. Lucio se dió cuenta de aquel sentimiento general en el murmullo que corría por toda la asamblea, y sin inquietarse ni dignarse responder, dió algunos pasos y dejó caer su manto. Se vió entonces que los soportes de aquella cabeza apoliniana eran un cuello vigoroso y unos hombros robustos; y, cosa más extraña aún, todo aquel cuerpo blanco, cuya piel hubiera avergonzado á una joven de Circasia, estaba salpicado de manchas obscuras parecidas á las que cubren la piel de la pantera. El tebano miró negligentemente aquel nuevo enemigo; pero el atleta, visiblemente asombrado, dió algunos pasos hacia atrás. En aquel momento, Esporo apareció y vertió sobre los hombros de su amo un frasco de aceite perfumado, que le extendió por todo el cuerpo con un pedazo de púrpura. El tebano, que era el que quería luchar primero, dió algunos pasos hacia Lucio, expresando su impaciencia ante la duración de aquellos preparativos; pero Lucio extendió la mano con aire de mando para indicar que no estaba preparado, y en seguida se oyó la voz del procónsul que pronunció la palabra *espera*. Sin embargo, el joven romano estaba ya cubierto de aceite y no le quedaba más que rodar por la arena del circo, como era costumbre hacerlo; pero en lugar de esto puso una rodilla en tierra, y Esporo le vació en los hombros un saco lleno de arena recogida en las orillas del Crisorroas, y á la que estaban mezcladas partículas de oro. Una vez terminada esta última operación, Lucio se levantó y abrió los brazos en señal de que estaba presto á luchar.

El tebano se adelantó lleno de confianza, y Lucio le esperó con tranquilidad; pero apenas sintió en sus hombros las rudas manos de su adversario relampaguearon sus ojos de una manera terrible, y lanzó un grito semejante á un rugido. Al mismo tiempo se dejó caer sobre una rodilla, y rodeó con sus robustos brazos el talle del pastor; después, enlazando sus manos tras la espalda de su adversario, le apretó el vientre contra su pecho, y de repente se levantó llevando al coloso entre sus brazos. Esta acción fue tan rápida y tan hábilmente ejecutada, que el tebano no tuvo ni tiempo ni fuerza para oponerse á ella, y se encontró alzado del suelo, sobrepasando con su cabeza la cabeza de su adversario, y agitando el aire con sus brazos, que no encontraban nada que coger. Entonces los griegos vieron reproducirse la lucha de Hércules y Anteo: el tebano apoyó sus manos en los hombros de Lucio, y enderezándose con todas sus fuerzas trató de romper la terrible cadena que le sofocaba, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles; en vano rodeó á su vez los riñones de su adversario con sus dos piernas como una doble serpiente; esta vez el reptil fue martirizado por Laocon: cuanto más redoblaban los esfuerzos del tebano, más parecía apretarse el lazo con que Lucio le sujetaba; é inmóvil en el mismo sitio, sin un solo movimiento aparente, con la cabeza entre los pectorales de su enemigo, como para escuchar su respiración sofocada, apretando cada vez más, como si su fuerza creciente debiera llegar á un grado sobrehumano, permaneció así varios minutos, durante los cuales se vió al tebano ofrecer los signos visibles y sucesivos de la agonía. Un sudor mortal empezó á correr de su frente sobre todo el cuerpo, lavando el polvo que le cubría; después su rostro se puso amoratado, su respiración se hizo jadeante, sus piernas se separaron del cuerpo de su adversario, sus brazos y su cabeza cayeron hacia atrás, y, por último, una oleada de sangre brotó impetuosamente de su nariz y de su boca. Entonces Lucio abrió los brazos, y el tebano, desvanecido, cayó á sus pies como una masa inerte.

Ninguna exclamación de entusiasmo, ningún aplauso acogió á aquella victoria; la multitud, angustiada, permaneció muda y silenciosa. Sin embargo, nada había que objetar: todo se había verificado con arreglo á las leyes de la lucha, no se había dado ningún golpe, y Lucio había vencido lealmente á su adversario. Pero, aunque no se manifestase en aclamaciones, no por eso era menor el interés con que los asistentes seguían aquel espectáculo. Así fue que cuando los esclavos se hubieron llevado al vencido, que no había recobrado el conocimiento, las miradas se dirigieron enseguida al atleta, que por la fuerza y la habilidad que había mostrado en el combate precedente, prometía á Lucio un adversario temible. Pero la espectación general fue extrañamente burlada, porque en el momento en que Lucio se preparaba para una segunda lucha, el atleta se adelantó hacia él en actitud respetuosa, é hincando una rodilla en tierra levantó la mano en señal de que se declaraba vencido. Lucio no pareció mostrar ningún asombro ante aquella acción y tal homenaje; porque, sin tender la mano al atleta, sin alzarle, dirigió en torno suyo una mirada circular como para preguntar á la multitud si había entre ella alguien que se atreviese á disputarle la victoria. Pero nadie hizo un gesto, nadie pronunció una palabra, y en medio del más profundo silencio avanzó Lucio hacia el estrado del procónsul, el cual le entregó la corona. Unicamente en aquel momento estallaron algunos aplausos; pero se reconoció con facilidad que los que daban tal muestra de aprobación eran los marineros del navío en que llegara Lucio.

Y sin embargo, el sentimiento que dominaba á la multitud no era desfavorable para el joven romano; era como un terror supersticioso que se esparciera por la asamblea. Aquella fuerza sobrenatural, unida á tanta gallardía, recordaba los prodigios de los tiempos heroicos; los nombres de Teseo, de Piritos, estaban en todos los labios; y sin que nadie hubiera comunicado su pensamiento, todos estaban dispuestos á creer en la presencia de un semidiós. Aquel homenaje público, aquella

confesión anticipada de su derrota, aquella sumisión del esclavo ante el amo, contribuían á robustecer tal pensamiento. Así, cuando el vencedor salió del circo, apoyándose con una mano en el brazo de Amycles y con la otra en el hombro de Esporo, toda aquella multitud le siguió hasta la puerta de la casa, curiosa, apresurada, pero al mismo tiempo tan silenciosa y temerosa, que se la hubiera tomado, en realidad, más bien por una comitiva fúnebre que por un cortejo triunfal.

En las puertas de la ciudad, las muchachas y las mujeres que no habían podido asistir al combate esperaban al vencedor con ramas de laurel en la mano. Lucio buscó con la mirada á Actea entre sus compañeras; pero fuese vergüenza, fuese temor, Actea no estaba, y la buscó en vano. Entonces redobló el paso, esperando que la joven corintia le aguardaría en el umbral de la puerta que le franqueara la víspera; atravesó la plaza que cruzó con ella, tomó la calle por la que ella le había conducido; pero ninguna corona, ninguna guirnalda adornaban la puerta hospitalaria. Lucio franqueó rápidamente el umbral y se lanzó al vestíbulo, dejando muy atrás al anciano; el vestíbulo estaba desierto, pero por la puerta que daba al jardín vió á la joven de rodillas ante una estatua de Diana, tan blanca é inmóvil como el mármol que abrazaba; entonces se adelantó sin hacer ruido y le puso en la cabeza la corona que acababa de alcanzar. Actea dió un grito, se volvió rápidamente hacia Lucio, y la mirada ardiente y orgullosa del joven romano anunciáronla, mejor aún que la corona que rodó á sus pies, que su huésped había alcanzado la primera de las tres palmas que venía á disputar en Grecia.

IV

Al día siguiente, desde la mañana, todo era fiesta en Corinto. Las carreras de carros, sin ser los juegos más antiguos, eran los más solemnes; se celebraban en presencia de las imá-

genes de los dioses, y reunidas durante la noche en el templo de Júpiter, que se elevaba cerca de la puerta Lequea, es decir, hacia la parte oriental de la ciudad, las estatuas sagradas debían atravesar la ciudad en toda su longitud, para llegar al circo que se elevaba en la vertiente opuesta, á la vista del puerto de Crissa. A las diez de la mañana, es decir, hacia la cuarta hora del día, según la división romana, la comitiva se puso en marcha. El Procónsul Léntulo iba el primero, subido en un carro y con las vestiduras de triunfador; detrás de él marchaba una compañía de jóvenes de catorce á quince años, hijos todos de caballeros, montados en magníficos caballos adornados con mantas de escarlata y oro; luego, detrás de los jóvenes, los aspirantes al premio del día; y á la cabeza, como vencedor de la víspera, vestido con verde túnica, Lucio, en un carro de oro y marfil, conduciendo con moradas riendas una magnífica cuadriga blanca. En la cabeza del romano, en lugar de la corona alcanzada en la lucha, brillaba un radiante círculo semejante á aquel con que los pintores ciñen la frente del sol, y para tener aún más parecido con ese dios, su barba estaba espolvoreada de oro. Detrás de Lucio iba un joven griego, de Tesalia, altivo y arrogante como Aquiles, vestido con una túnica amarilla y conduciendo un carro de bronce, arrastrado por cuatro caballos negros. Los dos últimos conductores eran un ateniense que pretendía descender de Alcibiades, y un sirio, de rostro tostado por el sol. El primero llevaba una túnica azul, y dejaba flotar al viento sus cabellos negros y perfumados; el segundo vestía una especie de bata blanca, sujeta al talle por un cinturón persa, y, como los hijos de Ismael, ceñía su cabeza un turbante blanco, tan brillante como la nieve que luce en la cima del Sinaí.

Venían después, precediendo las estatuas de los dioses, unos cuantos arpistas y flautistas, disfrazados de sátiros y silenos, entre los cuales marchaban mezclados los ministros subalternos del culto de los doce dioses principales, llevando pebeteros llenos de perfumes, y cazoletas de oro y plata, en las

que humeaban los aromas más exquisitos; por último, en literas cerradas iban las imágenes divinas, echadas unas y erguidas otras, conducidas por magníficos caballos y escoltadas por caballeros y patricios. El cortejo, que debía atravesar la ciudad en casi toda su longitud, desfilaba entre las dos filas de casas, ornadas con estatuas ó colgaduras. Cuando llegó ante la puerta de Amycles, Lucio se volvió para buscar á Actea; y, bajo uno de los paños del velo de púrpura extendido delante de la fachada de la casa, vió, ruborizado y tímido, el rostro de la joven adornada con la corona que la víspera dejara él rodar á los pies de la hermosa. Actea, viéndose sorprendida, dejó caer el velo, pero oyó la voz del joven romano que decía: —Sal á recibirme á mi regreso, ¡oh, hermosa Actea!, y trocaré tu corona de laurel por una corona de oro.

A eso del medio día llegó el cortejo á la entrada del circo. Era éste un inmenso edificio de dos mil pies de largo por ochocientos de ancho. Se elevaban en él altares, templetes y pedestales para recibir á los dioses; en uno de los extremos estaban las *carceres* ó cuadras, y en el otro las graderías; la carrera consistía en dar siete veces la vuelta á la pista.

Los aurigas, como ya se ha visto, se habían puesto las libreas de las diferentes facciones que, en aquel momento, dividían á Roma, y como se habían cruzado de antemano importantes apuestas, los jugadores adoptaron los colores de los *agitadores*, que, por su buen aspecto, la raza de sus caballos ó sus tiempos pasados, les inspiraban mayor confianza. Las gradas del circo estaban, pues, cuajadas de espectadores, que, al entusiasmo que les inspiraba de ordinario aquella clase de juegos, unían además el interés personal que tenían por sus favoritos. Las mujeres mismas habían adoptado sus partidos respectivos, y se las reconocía en sus cinturones y en sus velos, correspondientes á los colores que llevaban los cuatro corredores. Así, que cuando se oyó aproximarse á la comitiva, un movimiento extraño, como producido por una corriente eléctrica, agitó á aquel mar humano, cuyas cabezas parecían olas ani-

madas y ondulantes; y en cuanto las puertas se abrieron, una nueva oleada se precipitó para llenar los puestos vacíos. La cuarta parte de los curiosos que acompañaban al cortejo, se quedó sin poder entrar, y los que fueron rechazados por la guardia del procónsul se apresuraron á escalar los puntos elevados, desde los que se dominaba el circo, subiéndose unos á os árboles, y encaramándose otros á las murallas y á los terrados de las casas próximas.

En cuanto todos hubieron ocupado sus puestos, se abrió la puerta principal y apareció Léntulo á la entrada del circo; el profundo silencio de la curiosidad sucedió á la ruidosa agitación de la espera. Fuera por confianza en Lucio, el vencedor de la víspera, fuese por adulación al divino Emperador Claudio Nerón, que protegía en Roma á la facción verde, á la cual hacía gala de pertenecer, el procónsul, en lugar de la túnica de púrpura, la llevaba del color del soberano. Dió lentamente la vuelta al circo, llevando en pos de sí las imágenes de los dioses, precedidas siempre por los músicos, que no cesaron de tocar hasta que aquellas fueron depositadas en sus *pulvinarias* ó colocadas en sus pedestales. Entonces Léntulo dió la señal, echando enmedio del circo un trozo de lana blanca. Inmediatamente un heraldo, montado en un caballo en pelo y sin freno, y vestido de Mercurio, salió á la arena, y sin apearse del caballo, cogió el pedazo de lana con una de las alas de su caduceo, dió al galope una vuelta á la pista, agitando el trofeo como un estandarte, y dirigiéndose á las carceres arrojó la señal, y el caduceo por encima de los muros, tras los cuales esperaban los carros. En seguida se abrieron las puertas y aparecieron los cuatro concurrentes.

Inmediatamente se echaron sus nombres en una cesta, porque la suerte debía designar los puestos, á fin de que los más alejados de la cuerda no se pudiesen quejar sino del azar, que les obligaba á recorrer un círculo mayor. El orden en que fueran saliendo los nombres indicaba á cada uno el puesto que debía ocupar.

El procónsul procedió al sorteo de los nombres, y el primero que salió fue el del sirio de blanco turbante, el cual se dirigió al punto á ocupar su sitio, que era el más favorable. El segundo fue el del ateniense de túnica azul; el tercero, el del tesaliano vestido de amarillo; y por fin, el último fue el de Lucio, á quien la fortuna había designado el lugar peor, como si estuviese celosa de su victoria de la víspera. Una vez colocados en sus puestos los cuatro contrincantes, acudieron los esclavos á trenzar las crines de los caballos con cintas del color de la librea de su amo, y agitaron unas banderolas ante los ojos de los nobles brutos para excitarles, mientras que los alineadores tendían una cadena sujeta á dos anillas, con objeto de que los cuatro cuadrigas se colocaran en una línea exactamente paralela.

Hubo entonces un instante de bulliciosa exaltación; las apuestas redoblaron, y se cruzaron ofertas y demandas; de repente resonó una trompeta, é inmediatamente se callaron todos; los espectadores que estaban de pie se sentaron, y aquel mar, tan agitado y tumultuoso hacía un momento, serenó su superficie y tomó el aspecto de una pradera en declive esmaltada de mil colores. Con la última nota de la trompeta cayó la cadena, y los cuatro carros partieron, arrastrados por toda la velocidad de sus caballos.

Transcurrieron dos vueltas, durante las cuales los adversarios conservaron aproximadamente sus puestos respectivos; sin embargo, las cualidades de los caballos comenzaron á mostrarse á los ojos de los conocedores. El sirio refrenaba con trabajo á sus corceles de robusto cuello y remos finos, habituados á las correrías del desierto, y que, á fuerza de arte y de paciencia fueron sometidos al yugo; y se comprendía que, cuando les soltara las riendas, saldrían como el simún, al que á menudo habían ganado en velocidad en las llanuras arenosas que se extienden al pie de los montes de Judá. El ateniense hizo venir á sus caballos de Tracia; pero voluptuoso y altivo como el héroe del que se vanagloriaba descender, dejó á sus

esclavos el cuidado de domar á los animales, y se preveía que, guiados por una mano y excitados por una voz que les eran desconocidas, le secundarían mal en el momento supremo. El tesaliano, por el contrario, parecía ser el alma de sus corceles de Elida, á los que cuidara por sí mismo y á los que había ejercitado cien veces en los mismos lugares en que Aquiles acostumbró á los suyos. En cuanto á Lucio, parecía haber encontrado la raza de aquellos caballos de la Mesia de que habla Virgilio, y cuyas madres eran fecundadas por el viento; porque aun cuando era el que había de recorrer mayor espacio, sin ningún esfuerzo, sin refrenarlos ni excitarlos, abandonándolos á un galope que parecía ser su marcha ordinaria, mantenía su puesto, y hasta había ganado más bien que perdido.

A la tercer vuelta, las ventajas reales ó ficticias eran más ostensibles: el ateniense había ganado sobre el tesaliano, que marchara á la cabeza, la distancia de dos lanzas; el sirio, conteniendo con todas sus fuerzas á sus caballos árabes, se había dejado adelantar, seguro de recobrar la ventaja; Lucio, tranquilo y sereno como el dios del que parecía ser la estatua, iba como si asistiese á una lucha ajena, y en la que no tuviera ningún interés particular; su rostro sonreía, y su actitud se dibujaba según las más rigurosas reglas de la elegancia mímica.

A la cuarta vuelta, un incidente apartó la atención de los tres corredores para fijarla con especialidad en Lucio: su látigo, que estaba hecho de una tira de piel de rinoceronte, incrustada de oro, se escapó de su mano y cayó al suelo; en seguida Lucio detuvo tranquilamente su cuadriga, saltó á la arena, recogió el látigo que se le hubiera podido tomar por un instrumento inútil, y cuando volvió á subir al carro, se encontró distanciado unos treinta pasos de sus adversarios. Por breve que hubiera sido aquel instante, fue un golpe terrible para los intereses y las esperanzas del partido verde; pero su temor desapareció como un relámpago: Lucio se inclinó hacia sus caballos, y sin servirse del látigo, sin animarles con el gesto, se contentó con hacer oir un silbido particular; inme-

diatamente partieron como si tuvieran las alas de Pegaso, y antes de que se hubiese terminado la cuarta vuelta, Lucio, entre aplausos y aclamaciones, recobró su puesto acostumbrado.

A la quinta vuelta, el ateniense no era ya dueño de sus caballos, lanzados á toda velocidad; había dejado muy atrás á sus rivales; pero aquella ventaja ficticia no engañaba á nadie, ni podía engañarle á él mismo: así se le veía volverse con inquietud á cada momento, y entregándose á los recursos de su posición, en vez de tratar de refrenar á sus caballos ya fatigados, les excitaba aún más con su látigo de triple tralla, llamándoles por sus nombres, y esperando que, antes de que estuviesen rendidos, habría ganado bastante terreno para no poder ser alcanzado por sus contrincantes; por lo demás, se daba tan perfecta cuenta del escaso poder que ejercía sobre su tiro, que aun cuando hubiera podido acercarse á la cuerda y disminuir por consiguiente el espacio que tenía que recorrer, no lo intentó por miedo de perder la pista, y continuó manteniéndose en el mismo puesto que la suerte le había designado al arrancar.

Faltaban únicamente dos vueltas, y en la agitación de los espectadores y combatientes se notaba que se aproximaba el desenlace. Los postores azules, que representaba el ateniense, estaban visiblemente inquietos por su victoria momentánea, y le gritaban que moderase sus caballos, pero éstos, tomando aquellos gritos por signos de excitación, redoblaban su velocidad, y espumosos de sudor, indicaban que no tardarían en agotar el resto de sus fuerzas.

En este momento fue cuando el sirio soltó las riendas á sus corceles, y los hijos del desierto, abandonados á sí mismos, comenzaron á tragarse el espacio. El tesaliano permaneció un instante asombrado ante aquella velocidad, pero en seguida animó á sus fieles compañeros, y se lanzó á su vez como arrastrado por un torbellino. En cuanto á Lucio, se limitó á dejar oir el silbido, con el que ya había excitado á los suyos, y sin

que pareciese que hubieran desplegado todo su poder, conservó la distancia.

Sin embargo, el ateniense, que vió venir sobre él como una tempestad á los dos rivales que la suerte había colocado á su izquierda y derecha, comprendió que estaba perdido si dejaba entre la cuerda y él el espacio de un carro, y en consecuencia, se acercó á aquella bastante á tiempo para evitar que pasase el sirio; éste entonces dirigió sus caballos á la derecha, tratando de pasar entre el ateniense y el tesaliano, pero el espacio era demasiado estrecho. Con una rápida ojeada vió que el carro del tesaliano era más ligero y menos sólido que el suyo, y tomando al instante un partido, guió oblicuamente hacia él, y juntando rueda con rueda, quebró el eje y derribó en la arena á carro y cochero.

Por hábilmente que fuera ejecutada la maniobra, por rápido que hubiera sido el choque, el sirio se vió momentáneamente retrasado; pero recobró en seguida la ventaja, y el ateniense vió llegar casi al mismo tiempo que él, en la sexta vuelta, á los dos rivales, á quienes durante tanto tiempo llevó ventaja. Antes de llegar á la sexta parte de esta última revolución, se vió alcanzado y dejado atrás casi en seguida. La cuestión quedó entablada desde entonces entre el cochero blanco y el cochero verde, entre el árabe y el romano.

Contemplóse entonces un magnífico espectáculo: la carrera de aquellos ocho caballos era tan rápida y tan igual, que se hubiera podido creer que iban enganchados juntos; una nube de polvo les envolvía como un huracán, y así como se oye el ruído del trueno y se ve el resplandor del relámpago, de la misma manera se oía el ruído de las ruedas, y parecía verse, enmedio del torbellino, la llama que despedían los caballos. Todos los espectadores se habían puesto de pie, los jugadores agitaban los velos y los mantos verdes y blancos, y los mismos que habían perdido al apostar por los colores azul y amarillo del tesaliano y del hijo de Atenas, olvidaban su reciente derrota y excitaban á los dos campeones con sus gritos y sus

aplausos. Por fin pareció que el sirio iba á ganar, porque sus caballos alcanzaron la ventaja de una cabeza; pero en el mismo instante, y como si no hubiese esperado más que aquello, Lucio, con un solo latigazo, trazó una sangrienta línea sobre los lomos de sus caballos; los nobles brutos relincharon de asombro y de dolor; después, con igual impulso, lanzándose como el águila, como la flecha, como el rayo, pasaron al sirio vencido, realizaron la carrera exigida, y dejándole más de cincuenta pasos atrás, se detuvieron en la meta.

Inmediatamente repercutió en los aires un grito de admiración que llegó hasta el frenesí. Aquel joven romano desconocido, vencedor en la lucha del día anterior, vencedor en las carreras de hoy, era Teseo, era Cástor, era Apolo quizás, que una vez más volvía á la tierra: de todos modos estaba fuera de duda que era un favorito de los dioses, el cual, mientras tanto, como habituado á triunfos semejantes, saltó ligeramente de su carro y subió á un pedestal, donde se expuso á las miradas de los espectadores; un heraldo proclamó su nombre y su victoria, y el Procónsul Léntulo, bajando de su tribuna, le entregó una palma de Idumea, y le ciñó la frente con una corona de hojas de oro y plata, entrelazadas con cintas de púrpura. En cuanto al premio en metálico que le ofrecieron en monedas de oro sobre una bandeja de acero, Lucio se lo entregó al Procónsul para que lo distribuyera en su nombre entre los ancianos pobres y los huérfanos.

Después llamó á Esporo, que acudió al punto, trayendo en sus manos una paloma que cogió por la mañana en el palomar de Actea. Lucio sujetó al cuello del ave de Venus una cinta de púrpura á la que estaban sujetas dos hojas de oro de la corona, y soltó al mensajero de la victoria que alzó rápidamente el vuelo en dirección al lugar en que se encontraba la casa de Amycles.

V

Las dos victorias sucesivas de Lucio, y las circunstancias extrañas que las habían acompañado, produjeron, como ya hemos dicho, profunda impresión en el ánimo de los espectadores: Grecia fue en otro tiempo la tierra predilecta de los dioses; Apolo, desterrado del cielo, se hizo pastor y guardó los rebaños de Admeto, rey de Tesalia; Venus, nacida en el seno de las ondas, y llevada por los Tritones hacia la playa más próxima, abordó cerca de Helos, y en libertad para escoger los lugares de su culto, prefirió Guido, Pafos, Idalia y Citerea, á todos los demás países del mundo. Por último, los de Arcadia, disputando á los de Creta el honor de ser los compatriotas del rey de los dioses, hacían nacer á Júpiter en el monte Liceo, y aunque tal pretensión fuese falsa, cierto era por lo menos que, cuando hubo de elegir un imperio, estableció su trono en la cúspide del Olimpo. Pues bien, todos estos recuerdos de las edades fabulosas, volvían, gracias á Lucio, á la poética imaginación de aquel pueblo, al que los romanos desheredaron de su porvenir, pero al que no habían podido despojar de su pasado; así fue que los que se habían presentado para disputarle el premio del canto, se retiraron en vista de la mala suerte de aquellos que le habían disputado la palma de la lucha y de las carreras. Se recordaba la suerte de Marsías luchando con Apolo, y de las Pieridas retando á las Musas. Lucio se quedó, pues, sólo entre cinco aspirantes inscritos; pero el Procónsul decidió que la fiesta se verificase de todos modos el día dicho y á la hora fijada.

El asunto escogido por Lucio interesaba vivamente á los corintios: era un poema acerca de Medea, que se atribuía al mismo Emperador Nerón: sabido es que aquella maga, conducida á Corinto por Jason, quien la raptó, y que fue abandonada por él en la dicha ciudad, depositó al pie de los altares á

sus dos hijos, poniéndoles bajo la protección de los dioses, mientras envenenaba á su rival con una túnica semejante á la de Neso. Pero los corintios, espantados ante el crimen de la madre, sacaron á los niños del templo y los aplastaron á pedradas. Tal sacrilegio no quedó impune; los dioses vengaron su majestad ultrajada, y una enfermedad epidémica hirió á todos los hijos de los corintios. Sin embargo, como habían transcurrido más de quince siglos desde aquella época, los descendientes de los matadores negaban el crimen de sus padres. Pero la fiesta que se celebraba todos los años el día de la muerte de las dos víctimas, la costumbre de llevar á los niños de negro, y de afeitarles la cabeza hasta la edad de cinco años, en testimonio de expiación, era una prueba evidente de que la terrible verdad subsistía á pesar de todas las negativas; fácil es comprender por tanto, lo que esta circunstancia contribuía á la curiosidad de los asistentes.

Como la multitud que había afluído á Corinto no podía colocarse toda ella en el teatro, mucho más pequeño que el estadio y el hipódromo, pues no contenía más que 20.000 espectadores, se distribuyeron á los corintios más nobles y á los extranjeros más importantes unas tabletas de marfil, en las que estaban grabados unos números que correspondían á otros inscriptos en las gradas. Unos acomodadores, colocados de trecho en trecho, se cuidaban de colocar á las gentes y de que nadie usurpase los puestos designados, de suerte que, á pesar de la multitud que se agolpaba al exterior, todo se realizó con el mayor orden.

Para amortiguar el sol del mes de Mayo, el teatro estaba cubierto con un inmenso *velarium;* era un toldo azul, formado por un tejido de seda con estrellas de oro, y en cuyo centro, enmedio de una radiante aureola, se veía á Nerón con traje de triunfador y subido en un carro tirado por cuatro caballos. A pesar de la sombra que daba al teatro aquella especie de tienda, el calor era tan grande que muchos jóvenes tenían en la mano grandes abanicos de plumas de pavo real, con los cuales

refrescaban á las damas echadas más bien que sentadas en cojines de púrpura, ó en tapices de Persia, que los esclavos colocaron de antemano en las graderías que estaban reservadas á las mujeres. Entre éstas veíase á Actea, la cual no se atrevió á llevar las coronas ofrecidas por el vencedor, pero adornó sus cabellos con las hojas de oro llevadas por la paloma. A su alrededor no se agrupaban los jóvenes que rondaban á las demás mujeres, y únicamente estaba acompañada por su padre, cuyo rostro noble y grave, pero sonriente al mismo tiempo, indicaba el interés que tenía por los triunfos de su huésped, así como lo que le halagaban. El fue el que, confiado en la fortuna de Lucio, determinó á su hija á que asistiese, seguro de que en esta ocasión también asistirían á una victoria.

Aproximábase la hora anunciada para el espectáculo, y todos demostraban impaciencia y curiosidad, cuando repercutió un rumor parecido al del trueno, y cayó sobre los espectadores, refrescando y perfumando el aire, una ligera lluvia. Todos los asistentes aplaudieron, porque aquel trueno, producido por dos hombres que rodaban unas piedras en una plancha de acero, era el de Claudio Pulquer (1), y anunciaba que el espectáculo iba á comenzar; en cuanto á la lluvia, era sencillamente un rocío de perfumes, formado por una infusión de azafrán de Cilicia, que brotaba de unas estatuas que coronaban la cornisa interior del teatro. Un momento después apareció Lucio con la lira en la mano, llevando á su izquierda al histrión Paris, encargado de gesticular mientras que aquél cantaba; y detrás del cantor el coro, dirigido por el corifeo, un flautista y un mimo.

Desde las primeras notas emitidas por el joven romano, se reconoció que era un cantor hábil y práctico; porque en vez de abordar inmediatamente el tema, le hizo preceder de una especie de gama compuesta de dos octavas y una quinta, es de-

(1) Claudio Pulquer inventó este procedimiento, que conservó su nombre.

cir, la mayor extensión de voz humana que se hubiera oído desde Timoteo; tras este preludio, comenzó á entonar el tema con tanta facilidad como precisión.

El poema tenía por asunto, como ya hemos dicho, las aventuras de Medea, la mujer de belleza seductora, la maga de terribles encantos. Como maestro en el arte escénico, el Emperador Claudio César Nerón había tomado la fábula en el punto en que Jason, á bordo de su magnífico navío *Argos,* arriba á las costas de Colquida y encuentra á Medea, la hija del rey Ætos, cogiendo flores en la orilla. Actea se estremeció al escuchar aquellas primeras frases; así fue como ella vió llegar á Lucio; también ella cogía flores cuando el birreme de bordas de oro llegó á la playa de Corinto y reconoció en las preguntas de Jason y en las respuestas de Medea las propias palabras cambiadas entre ella y el joven romano.

En este momento, y como si para tan dulces sentimientos se necesitara una armonía particular, Esporo, aprovechando una interrupción del coro, se adelantó, llevando una lira de estilo jónico, es decir, de once cuerdas; el instrumento era parecido al que Timoteo pulsara ante los lacedemonios, y que fue juzgado por los eforos como tan peligrosamente afeminado, que declararon que el cantor había herido la majestad de la antigua música é intentado corromper á los jóvenes espartanos; verdad es que los lacedemonios dieron tal sentencia en tiempos de la batalla de Ægos-Potamos, que les hizo dueños de Atenas.

Ahora bien, cuatro eran los siglos transcurridos desde aquella época; Esparta estaba al ras de la hierba, Atenas era esclava de Roma, Grecia veíase reducida á la condición de una provincia; la predicción de Eurípides se había realizado, y, en vez de mandar al ejecutor de los decretos públicos que arrancase cuatro cuerdas de la lira corruptora, Lucio fue aplaudido con extraordinario entusiasmo. En cuanto á Actea, escuchaba anhelante, porque le parecía que lo que relataba su amante era su propia historia.

En efecto, lo mismo que Jason, Lucio venía á pretender un premio maravilloso, y ya dos tentativas coronadas de éxito habían anunciado que, como Jason, sería vencedor; pero, para celebrar la victoria, se necesitaba otra lira distinta de aquella con la que cantó el amor. Así fue, que desde el momento en que después de haber encontrado á Medea en el templo de Hecates, obtuvo de su hermosa amada el apoyo de su arte mágico, y los tres talismanes con cuya ayuda vencería los terribles obstáculos que se oponían á la conquista del vellocino, emprendió la relación con una lira lidia, de tonos tan pronto graves como agudos. Actea se estremeció de nuevo, y ya no pudo separar en su espíritu á Jason de Lucio: siguió al héroe, untado con jugos mágicos que le hacen invulnerable, en el primer encuentro donde se le presentan dos toros vulcanianos, de colosal talla, con pies y cuernos de acero, y echando fuego por la boca; pero apenas les toca Jason con el látigo encantado, se dejan uncir tranquilamente á un arado de diamante, y el heroico labrador desmonta las cuatro fanegas consagradas á Marte. De éste pasa al segundo obstáculo, y Actea le sigue; aquí sale al encuentro del héroe, desde un bosque de olivos y de laureles que le sirve de guarida, una serpiente gigantesca y amenazadora. Entáblase entonces una lucha terrible, pero Jason es invulnerable, la serpiente quiebra sus dientes en inútiles mordeduras, trabaja en vano para apresarle entre sus anillos, mientras que, por el contrario, cada estocada de Jason la causa profundas heridas: pronto retrocede el monstruo, y ataca Jason; el reptil huye y el hombre la persigue; penetra en una caverna estrecha y obscura: Jason entra detrás, arrastrándose también, y pronto vuelve á salir teniendo en la mano la cabeza de su adversario; regresa entonces al campo que ha labrado, y en los profundos surcos trazados en la tierra por su arado, siembra los dientes del monstruo. Inmediatamente, de los surcos mágicos surge viviente y belicosa una raza de hombres armados que se precipitan sobre él. Pero Jason se limita á arrojar entre ellos la piedra que le dió

Medea, y todos aquellos hombres vuelven las armas unos contra otros, y ocupados en matarse entre sí, le dejan penetrar al tercer recinto, enmedio del cual se eleva el árbol de tronco de plata, follaje de esmeralda y frutos de rubíes, de cuyas ramas pende el toisón de oro; pero aún queda otro enemigo más terrible y más difícil de vencer que ninguno de los que ya ha combatido Jason: es un dragón gigantesco, de alas desmesuradas, cubierto de escamas de diamante, que le hacen tan invulnerable como el que le ataca; así, con este último adversario, las armas tienen que ser diferentes; Jason deposita en el suelo una copa de oro llena de leche, en la que el monstruo bebe un brebaje soporífero que le produce un profundo sueño, durante el cual el aventurero hijo de Eson se lleva el toisón de oro. Entonces Lucio vuelve á empuñar la lira jónica, porque Medea espera al vencedor, y es menester que Jason hable palabras de amor bastante poderosas para decidir á su amada á que abandone padre y patria, y le siga á través de los mares. La lucha es larga y dolorosa, pero al fin vence el amor; Medea, temblando y medio desnuda, abandona á su anciano padre durante su sueño, pero al llegar á las puertas del palacio, quiere ver por última vez al que le ha dado el sér: vuelve con paso tímido y conteniendo la respiración; entra en el cuarto del viejo, se acerca á su cama, se inclina sobre su frente, deposita un beso de adiós eterno en sus blancos cabellos, exhala un sollozo que el anciano toma por un acento soñado, y vuelve á echarse en brazos de su amante, que la espera en el puerto y que la conduce desvanecida á bordo de aquel navío maravilloso construído por la misma Minerva en los astilleros de Jolcos, y bajo cuya quilla las ondas se inclinan sumisas; al volver en sí, Medea ve desaparecer en el horizonte las costas nativas, y abandona á Asia por Europa, al padre por el esposo, al pasado por el porvenir.

Lucio cantó esta segunda parte del poema con tanta pasión y sentimiento, que todas las mujeres escuchaban con profunda emoción: Actea especialmente, al igual que Medea, estreme-

cida de amor, con la mirada fija, silenciosa y el corazón palpitante, creía escuchar su propia historia, asistir á su vida, cuyo pasado y porvenir se le representaban por arte mágico. Así fue, que en el punto en que Medea posa sus labios en los cabellos blancos de su padre, Actea se estrechó contra Amycles, y pálida y angustiada, apoyó su cabeza en el hombro del anciano. En cuanto á Lucio, su triunfo era completo: cuando acabó la primera parte del poema, fue aplaudido con furor; después de la segunda, las aclamaciones y los aplausos no cesaron hasta que empezó la tercera.

Volvió á cambiar su lira otra vez, porque ya no iba á cantar el amor virginal ó voluptuoso; ya no se trataba del triunfo del amante ó del guerrero, sino de la ingratitud del hombre y de los arrebatos celosos de la mujer; cantaba el amor furioso, delirante, frenético; el amor vengador y homicida, y el estilo dórico era el único que podía expresar todos sus sufrimientos y todos sus furores.

Medea boga en el navío mágico, aborda á Teocia, toca en Folcos para pagar una deuda filial al padre de Jason, rejuveneciéndole; después llega á Corinto, donde su amante la abandona para casarse con Creusia, hija del rey de Epiro. Entonces, la abnegada amante se convierte en la mujer celosa. Satura una túnica con un veneno violentísimo, y se la envía á la novia, que se la pone sin desconfianza; después, mientras la novia espera enmedio de atroces sufrimientos ante la vista del infiel Jason, Medea, frenética y desesperada, para que la madre no conserve ningún recuerdo de la amante, extrangula por sí misma á sus dos hijos, y desaparece en un carro arrastrado por dragones alados.

Al llegar á este punto del poema, que halagaba el amor propio de los corintios, arrojando, como ya lo había hecho Eurípides, el asesinato de los hijos sobre la madre, la ovación fue indescriptible, y entre los gritos de entusiasmo se oía el bullicioso ruido de las castañuelas, instrumentos destinados á expresar en el teatro el mayor grado de contento. Entonces,

no sólamente se concedió al maravilloso cantor la corona de olivo preparada por el procónsul, sino que cayó en la escena una lluvia de flores y de guirnaldas, que las mujeres arrancaban de sus cabezas y arrojaban con frenesí. Por un instante se pudo temer que Lucio fuese sofocado por las coronas, como lo fue Tarpeya bajo los carneros sabinos, tanto más, cuanto que inmóvil é insensible en apariencia á triunfo tan inaudito, buscaba con los ojos, entre las mujeres, á aquella por la que tenía ansias de triunfar. Por fin la descubrió, medio desvanecida, en brazos del anciano, siendo la única de las hermosas corintias que tuviese aún en la cabeza su tocado de flores. Miróla entonces Lucio tan tiernamente, y extendió hacia ella los brazos en ademán tan suplicante, que Actea se quitó la corona de su frente, pero careciendo de fuerzas para enviarla hasta su amante, la dejó caer enmedio del patio, y se arrojó llorando en brazos de su padre.

Al día siguiente, al amanecer, el birreme de oro flotaba sobre las azules ondas del golfo de Corinto, ligero y magnífico como el navío *Argos;* como éste se llevaba á otra Medea, infiel á su padre y á su país: era Actea sostenida por Lucio, y que, pálida y de pie en el coronamiento de popa, veía perderse gradualmente las costas de Corinto. Inmóvil, con la mirada fija y la boca entreabierta, permaneció así mientras pudo ver á la ciudad coronando á la colina, y á la ciudadela dominando á la ciudad. Después, cuando la ciudad hubo desaparecido tras las aguas, cuando la ciudadela, punto blanco perdido en el espacio, balanceado aun durante algún tiempo en las crestas de las olas, desapareció como un ave que se sumerge en el mar, se escapó del pecho de la joven un suspiro, en el que se agotaron todas las fuerzas de su alma, doblároнse sus rodillas y cayó desvanecida á los pies de Lucio.

(Se continuará).

POETAS AMERICANOS

ATLANTIDA

CANTO AL PORVENIR DE LA RAZA LATINA

POESÍA

PREMIADA EN LOS JUEGOS FLORALES DE BUENOS AIRES [1]

I

¡Cada vez que en la cumbre desolada
De la ardua cordillera,
Y tras hondo angustioso paroxismo,
Como caliente lágrima postrera,
Brota de las entrañas del abismo
Misterioso raudal, germen naciente
De turbio lago, caudaloso río,
Ronca cascada ó bramador torrente,
Pardas nubes descienden á tejerle
Caprichoso, movible cortinaje,
Y abandonan los negros huracanes
Sus lóbregas cavernas,
Para arrullar con cántico salvaje
Su sueño, y en señal de regocijo,

(1 Publicamos la presente composición para dar á conocer en Europa uno de los más ilustres poetas americanos.

Sobre muros de nieves sempiternas
Despliegan, combatientes del vacío,
Taciturnos guardianes
Del infinito páramo sombrío,
Sus flámulas de fuego, los volcanes!

Raudales de la Historia son las razas:
Raudales que en la cuna
Vela el misterio y con afán prolijo
La fábula, Nereida soñadora,
Que el verde junco con la hiedra aduna,
Como la dulce madre que despliega
Sobre la tersa frente de su hijo,
Teñida por los rayos de la aurora,
Su manto, de amor ciega,
Envuelve con fantásticos cendales,
Mientras se llena el mundo
De rumor de catástrofes.—¡En tanto,
Con las alas abiertas,
Cruza la tierra el ángel del espanto,
Y agita sus antorchas funerales
El incendio iracundo
Sobre la tumba de las razas muertas!

¡Allá en el fondo obscuro
Del valle que á los pies del Apenino
Se extiende como alfombra de esmeralda,
Palenque misterioso del destino,
Do el Tíber serpentea
Del monte Albano en la risueña falda,
Vago rumor se siente.....
¡El rumor de una raza despertada
Con el sello de Dios sobre la frente!
Y en el confín lejano
Del mar que muere en la desierta playa

Del Asia envejecida,
Con eterno lamento,
Hondo clamor hasta los cielos sube,
Que en son medroso el viento
Esparce por la tierra estremecida!

La raza que despierta,
Como enjambre irritado, en las sombrías
Hondonadas del Lacio,
Es la raza latina, destinada
A inaugurar la historia
Y á abarcar el espacio,
Llevando por esclava á la victoria!
Y el clamor que resuena
De la alta noche en la quietud sagrada,
Es el grito de Ilión, que se desploma,
Como gigante estatua derribada:
Astro que se hunde en tenebroso ocaso
Cuando surge en oriente el sol de Roma!

II

Raudal que al descender á la llanura,
Se torna en ancho río,
Aquella tribu obscura
En turbulento pueblo convertida,
Sintió dentro del seno
La inquietud de la ola comprimida,
El rumor interior, la voz de trueno
Que emplaza á las naciones
A las gigantes luchas de la vida!
Y se lanzó impaciente
En pos de sus destinos inmortales,

Dando al viento los bélicos pendones,
Siniestros mensajeros del estrago,
Y encendiendo en el negro promontorio,
Para servir de faro á sus legiones,
La colosal hoguera de Cartago!

Nada detuvo el vuelo soberano
Del águila latina:
La tierra despertó como de un sueño,
Al sentirla pasar. El oceano,
Generoso corcel que el cuello inclina
Cuando siente á su dueño,
Rugió de gozo y le rindió homenaje.
Todo lo holló con planta vencedora:
La montaña y el páramo salvaje,
Las misteriosas selvas seculares
En que, al compás de místicas endechas,
Afilaba el germano taciturno
Con siniestra ansiedad el haz de flechas;
Y las negras pirámides distantes,
Que, á la luz del crepúsculo, parecen
Abandonadas tiendas de campaña
De una raza extinguida de gigantes!

Grecia le abrió los brazos, olvidada
De su antiguo esplendor. La Iberia altiva,
Como severa reina destronada,
Dobló la frente ensangrentada al yugo,
Mas no su corazón:—eterna hoguera
En que la llama de Sagunto ardía
Con rojizo fulgor.—La Galia fiera
Lanzó á los aires resonante grito,
Y el escudo de bronce hirió tres veces
Sobre el dolmen maldito!
Pero cayó espirante en la contienda

Para dormir el sueño del esclavo,
De César en la tienda!
Y el Sármata cruel, el Bretón bravo,
El Escita ligero,
El sombrío, feroz Escandinavo,
Que en las brumas polares
De otro mundo olfateaba el derrotero,
Fueron á prosternarse en sus altares!

Largo su imperio fue, largo y fecundo:
¡El hacha del Lictor estuvo siglos
Alzada sobre el mundo!
Cantó su origen inmortal Virgilio,
Sus desastres Lucano,
Mientras brillaba en el lejano Oriente
La luz primera del ideal cristiano.
Y en brazos de los Césares dormía,
Al rumor de los sáficos de Horacio,
Enervada y tranquila,
Cuando sintió tronar en el espacio
El rudo casco del corcel de Atila.

Despertó, ¡pero tarde! En vez del rayo
Que en sus manos, ardiente,
Viera la tierra atónita, llevaba
El áureo tirso, y en la mustia frente
La corona de yedra de la orgía.
Corrió al foro, llamando á sus legiones
Dispersas y distantes,
Y sólo contestaron los histriones
Mezclados al tropel de las Bacantes.
Volvió al cielo los ojos, y en el fondo
Del cielo, en sangre tinto,
Creyó ver que cruzaban en silencio,
Como un augurio aciago,

La sombra lastimera de Corinto
Y el fantasma lloroso de Cartago!

¡Era tarde, en verdad! El sol de Roma,
Luz de la historia y esplendor del orbe,
Del Aventino tras la obscura loma
Y de la plebe trémula á los ojos,
Para siempre se hundió. Rojo cometa,
Del horizonte en la desierta cumbre,
Apareció tras él, vibrando enojos.
Nubes del septentrión, vientos del polo,
Sobre la tierra inquieta
Esparcieron sus ráfagas de horrores:
Sólo quedó de pie, soberbio atleta
Vencido, no turbado, destacando
En las sombras el dorso giganteo,
Como el genio de Roma en lucha aterna,
Centinela de piedra, el Coliseo.

III

No perecen las razas, porque caigan
Sin honor ó sin gloria
Los pueblos que su espíritu alentaron,
En hora venturosa ó maldecida:
Las razas son los ríos de la historia,
Y eternamente fluye
El raudal misterioso de la vida!
¡El río que en otra hora
Turbulento y audaz cruzó la tierra,
Ya por blandas y vírgenes llanuras
O por yermos de arena abrasadora,
Al soplo animador de la fortuna,

De su cauce alejado,
Fué á morir como lóbrega laguna,
¡Inmóvil y callado!
¡Pero el raudal ingente
De la ánfora sagrada, la corriente
Inagotable y pura, despeñada
Por ignoto sendero,
Con rumor de torrente surgió un día
En la tierra encantada
Del indómito Ibero,
Donde todo es amor, luz, armonía,
El sol más bello, el aire más liviano,
Y siempre altivo, desbordante y joven,
Palpita y siente el corazón humano!

¡Así como al salir de su desmayo
La tierra estremecida,
Del sol primaveral al primer rayo,
Parece que sintiera
En el aire, en el monte, en la pradera,
En ondas tibias circular la vida;
España despertó con fuerza nueva,
Y unidas en eterno maridaje
La pasada romana fortaleza
Y la savia salvaje
Del hijo del Pirene, diestro en lides,
Engendraron la raza destinada
A suceder á la Cesárea estirpe:
¡La raza soberana de los Cides!

¡Llenó el mundo su nombre!—Las naciones,
Del monte Calpe hasta el peñón marino
En que vela el Britano,
Creyeron qve se alzaba en lontananza
La sombra augusta del poder latino,

Que de nuevo volvía
A ser el dueño del destino humano!
¡Y España, como Roma, poseída
De vago afán, de misterioso anhelo,
Soñaba con batallas, cuando un día
Al tender la mirada por el cielo
Desde las altas cumbres de Granada,
Vió surgir en lejanos horizontes
La visión de la América encantada!

¡Dos mundos sujetó bajo su imperio,
Y dejó de su espíritu los rastros
En fecundas, brillantes creaciones!
Como Ayax inmortal retó á la tierra
Y, ansiosa de combates,
Fue á renovar en África prodigios
Y hazañas de Escipiones;
Pero también se derrumbó impotente,
No del potro del Vándalo á las plantas,
Ni del cruel vencedor al ceño airado,
Sino cuando cayó sobre su espíritu
¡La sombra enervadora del Papado!

IV

Mientras España duerme acurrucada
Al pie de los altares,
Calentando su espíritu aterido
En la hoguera infernal de Torquemada,
Francia recoge el cetro abandonado
De la historia, y prepara
Otra hoguera, á que arroja,
Con ánimo esforzado,

Fragmentos de Bastillas,
Instituciones viejas, privilegios,
Y de un vetusto trono las astillas:—
Hoguera á cuya lumbre soberana
Va á forjar, como en fragua ciclopea,
Su eterno cetro la razón humana!

Cuando llega la hora
De las grandes, fecundas convulsiones,
La hora en que, al compás de las borrascas,
Se tumban ó levantan las naciones,
Dios envía á la tierra los gigantes
Del genio ó de la espada,
Cual si necesitase de almas fuertes
Y músculos pujantes,
Para no perecer en la jornada.
Así, la Francia tuvo,
En las horas más grandes de la Historia,
El genio de Voltaire, para anunciarle
El tremendo, supremo cataclismo,
Y el brazo poderoso
De Napoleón, el genio de la gloria,
Para alzarla espirante del abismo!

La fuerza es, en el mundo,
Astro de inmensa curva, que, á su paso,
Deja, como reguero de laureles,
Fulgor de incendios, resplandor de soles;
Pero astro que se pone en el ocaso,
Tras nubes de rojizos arreboles.—
¡Brillante fue el imperio de la fuerza!
Brillante, pero efímero: la espada
Que, sobre el mapa de la Europa absorta,
Trazó fronteras, suprimió desiertos,
Y que, quizá de recibir cansada

El homenaje de los reyes vivos,
Fué á demandar en el confín remoto
El homenaje de los reyes muertos;
La espada de Austerlitz, la vieja espada,
En los escombros de Moscú mellada,
Ya no describe círculos gigantes,
Esparciendo el pavor de la derrota:
Cayó en los campos de Sedán sombríos,
Ensangrentada y rota!

V

Ateos de la Historia,
Los pueblos que el espíritu y la sangre
Llevan de aquella tribu aventurera
Que encadenó á su carro la victoria,
Ya los postre ó abata
La corrupción ó la traición artera,
No mueren aunque caigan.—¡Así, Roma
En su tumba de mármol se endereza,
Y renace en Italia, como planta
Que el polvo de los siglos fecundiza:
Así, España sacude la cabeza,
Tras largas horas de sopor profundo,
Y arroja los fragmentos
De su pesada lápida mortuoria,
Para anunciar al mundo
Que no ha roto su pacto con la gloria!
Y Francia, la ancha herida
del pecho aún no cerrada,
En la sombra se agita, cual si oyera
Rumores de alborada!

VI

¡Soberbio mar, engendrador de mundos,
Inquieto mar Atlante,
Que ora manso, ó terrible, en giro eterno,
Ya imitando el fragor de roncas lides,
Ya gritos de angustiadas multitudes,
O gemidos de sombras lastimeras,
¡Te vuelcas y sacudes
En la estrecha prisión de tus riberas.....!
¡Soberbio mar, de cuyo fondo un día
La colosal cabeza levantaron,
Coronada de liquen y espadañas,
Al ronco son de tempestad bravía,
Náufragos del abismo, las montañas;
Mientras del cielo en la extensión desierta,
Que eternas sombras por do quier velaban,
Lanzaba el primer sol su rayo de oro,
Inmensa luz de flor recién abierta,
Sobre la cual, en armonioso coro,
Enjambres de planetas revolaban!

¡Tú eres el mismo mar que alzaste un día,
Bajo arcadas fantásticas de brumas,
Al vaivén de las olas adormido
Y envuelto dulcemente
En pañales de espumas,
Girones de la túnica de armiño
De tus playas bravías,
Huérfano de la Historia, un mundo niño!

¡Con cuánto amor velabas
Su cuna, y qué sombrías

Nieblas sobre su frente desplegabas,
Para que el aire errante, el viento inquieto
Y el astro vagabundo,
No fuesen á contarle su secreto
A la codicia insana de otro mundo!

¡Con qué ansiedad te alzabas,
El labio mudo, palpitante el seno,
A interrogar el horizonte obscuro,
De vagas sombras y rumores lleno,
Cuando el alba indecisa aparecía,
Mensajera de Dios, en el Oriente,
Trayéndote perfumes de los cielos,
Para mojar tu frente!
¡Y qué grito salvaje,
Mezcla de rabia y de pavor lanzabas
Retorciendo los brazos,
Cuando una vela errante aparecía,
Y en la tarde traía,
Bramando, el oleaje
De algún bajel deshecho, los pedazos!

VII

¡Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos
Guardaron el secreto!
¡Lo presintió Platón cuando, sentado
En las rocas de Egina, contemplaba
Las sombras que en silencio descendían
A posarse en las cumbres del Himeto,
Y el misterioso diálogo entablaba
Con las olas inquietas,
Que á sus pies se arrastraban y gemían!
¡Adivinó su nombre, hija postrera

Del tiempo, destinada
A celebrar las bodas del futuro
En sus campos de eterna primavera,
Y la llamó la Atlántida soñada!

¡Pero Dios reservaba
La empresa ruda al genio renaciente
De la latina raza, domadora
De pueblos, combatiente
De las grandes batallas de la historia!
¡Y cuando fue la hora,
Colón apareció sobre la nave
Del destino del mundo portadora!

Y la nave avanzó.—Y el Oceano,
Huraño y turbulento,
Lanzó al encuentro del bajel latino
Los negros aquilones,
Y á su frente, rugiendo el torbellino,
Jinete en el relámpago sangriento!
¡Pero la nave fué, y el hondo arcano
Cayó roto en pedazos,
Y despertó la Atlántida soñada
De un pobre visionario entre los brazos!

¡Era lo que buscaba
El genio inquieto de la vieja raza,
Debelador de tronos y coronas;
Era lo que soñaba:
Ambito y luz en apartadas zonas!
¡Helo armado otra vez, no ya arrastrando
El sangriento sudario del pasado,
Ni de negros recuerdos bajo el peso,
Sino en pos de grandiosas ilusiones:
La libertad, la gloria y el progreso!

Nada le falta ya; lleva en el seno
El insondable afán del infinito,
Y el infinito por do quier lo llama,
De las montañas con el hondo grito
Y de los mares con la voz de trueno!
Tiene el altar que Roma
Quiso en vano construir, con los escombros
Del templo egipcio y la pagoda indiana;
Altar en que profese eternamente
Un culto solo la conciencia humana!
Y el Andes, con sus moles ciclopeas,
Con sus rojas antorchas de volcanes,
Será el altar de fulgurantes velos
En que el himno inmortal de las ideas
La tierra entera elevará á los cielos!

VIII

¡Campo inmenso á su afán! Allá dormidas,
Bajo el arco triunfal de mil colores
Del trópico esplendente,
Las Antillas levantan la cabeza,
De la naciente luz á los albores,
Como bandadas de aves fugitivas,
Que arrullaron al mar con sus extrañas
Canciones plañideras,
Y que secan al sol las blancas alas,
Para emprender el vuelo á otras riberas!

Allá Méjico está! sobre dos mares,
Alzada cual granítica atalaya,
Parece que aún espía
La castellana flota, que se acerca
Del golfo Azteca á la arenosa playa!

Y más allá Colombia, adormecida
Del Tequendama al retumbar profundo.
Colombia la opulenta,
Que parece llevar en las entrañas
La inagotable juventud del mundo!

¡Salve, zona feliz; región querida
Del almo sol, que tus encantos cela,
Inmenso hogar de animación y vida,
Cuna del gran Bolívar, Venezuela!
Todo en tu suelo es grande:
Los astros que te alumbran desde arriba,
Con eterno, sangriento centelleo,
El genio, el heroismo,
Volcán que hizo erupción con ronco estruendo
En la cumbre inmortal de San Mateo!

Tendida al pie del Ande,
Viuda infeliz, sobre entreabierta huesa,
Yace la Roma de los Incas, rota
La vieja espada en la contienda grande,
La frente hundida en la tiniebla obscura.
¡Mas no ha muerto el Perú! que la derrota
Germen es en los pueblos varoniles
De redención futura:
Y entonces, cuando llegue
Para su suelo la estación propicia
Del trabajo, que cura y regenera,
Y brille al fin el sol de la justicia,
Tras largos días de vergüenza y lloro,
El rojo manto que á su espalda flota
Las mieses bordarán con flores de oro!

¡Bolivia! la heredera del gigante
Nacido al pie del Avila;

Su genio inquieto y su valor constante
Tiene para las luchas de la vida.
Sueña en batallas hoy; pero no importa:
Sueña también en anchos horizontes,
En que, en vez de cureñas y cañones,
Sienta rodar la audaz locomotora,
Cortando valles y escalando montes.
Y Chile el vencedor, fuerte en la guerra
Pero más fuerte en el trabajo, vuelve
A colgar en el techo
Las vengadoras armas, convencido
De que es estéril siempre la victoria
De la fuerza brutal sobre el derecho.

El Uruguay que, combatiendo, entrega
Su seno á las caricias del progreso;
El Brasil, que recibe
Del mar Atlante el estruendoso beso,
Y á quien sólo le falta
El ser más libre, para ser más grande;
Y la región bendita,
Sublime desposada de la gloria,
Que baña el Plata y que limita el Ande...
¡De pie para cantarla! Que es la Patria,
La Patria bendecida,
Siempre en pos de sublimes ideales;
El pueblo joven que arrulló en la cuna
El rumor de los himnos inmortales,
Y que hoy llama al festín de su opulencia
A cuantos rinden culto
A la sagrada libertad, hermana
Del arte, del progreso y de la ciencia.
La Patria, que ensanchó los horizontes
Rompiendo las barreras
Que en otra hora su espíritu aterraron,

Y á cuyo paso, en los nevados montes,
Del Génesis los ecos despertaron;
La Patria, que olvidada
De la civil querella, arrojó lejos
El fratricida acero,
Y que lleva orgullosa
La corona de espigas en la frente,
Menos pesada que el laurel guerrero.
¡La Patria! En ella cabe
Cuanto de grande el pensamiento alcanza;
En ella el sol de redención se enciende;
Ella al encuentro del futuro avanza,
Y su mano, del Plata desbordante,
La inmensa copa á las naciones tiende.

IX

Ámbito inmenso, abierto
De la latina raza al hondo anhelo:
El mar, el mar gigante, la montaña
En eterno coloquio con el cielo.....
Y más allá desierto.
Acá ríos que corren desbordados,
Allí valles que ondean,
Como ríos eternos de verdura:
Los bosques á los bosques enlazados;
Do quier la libertad, do quier la vida,
Palpitando en el aire, en la pradera
Y en explosión magnífica encendida.

¡Atlántida encantada,
Que Platón presintió; promesa de oro
Del porvenir humano, reservada

A la raza fecunda
Cuyo seno engendró para la historia
Los Césares del genio y de la espada.
Aquí va á realizar lo que no pudo,
Del mundo antiguo en los escombros yertos,
La más bella visión de sus visiones:—
¡Al himno colosal de los desiertos,
La eterna comunión de las naciones!

Olegario V. Andrade.

EL NUEVO IMPERIO DE ALEMANIA

I

Las fiestas para celebrar el bicentenario de la fundación de la Monarquía de Prusia, habían comenzado bulliciosamente en Berlín, apenas medió el último Enero, con un aparato solemne. No eran exclusivamente aquellas fiestas del Rey Emperador que las presidía. Eran las fiestas de toda la nación, fundada, desde el siglo x, por el Conde sajón Sigfrido, sobre el adelantamiento militar de la marca de Brandeburgo, que el Rey de los germanos, Enrique I, su suegro, confió al gobierno de su espada para contener las hordas bárbaras; de la nación en la cual, al cabo de otros diez siglos, se representa la fusión imperial y soberana de todas las estirpes de Alemania, desde la solemne consagración de Versalles, el 18 de Enero de 1871. Estas fiestas fueron inauguradas por los estudiantes de todas las Escuelas superiores de Berlín, en un banquete ó *commers*, á que concurrieron más de tres mil, con sus rectores respectivos á la cabeza, no olvidando los jóvenes, sobre quienes han de recaer los destinos del porvenir, que en los engrandecimientos de la patria prusiana la inteligencia culta ha sido siempre una fuerza efectiva y eficaz, y nunca un ariete movedizo, y sectario, y que en las tradiciones de los varones augustos en quienes se simbolizó el creciente poder de aquel Estado, si hubo un Mar-

grave Alberto, á quien se apellidó *el Aquiles,* y un Margrave Joaquín, á quien se llamó *el Nestor*, también alcanzó el sobrenombre de *el Cicerón* el Elector Juan, hijo de Alberto III y de Margarita de Baden. En el *commers* de los estudiantes de Berlín, uno de éstos peroró ardientemente en honor de sus Príncipes de Hohenzollern. Después se cantó á coro, estando todos de pie y descubiertos, el *leid* nacional de la patria alemana, y cuando sus últimas notas resonaron, invitados los asistentes por el Rector de la Universidad de aquella capital á ratificar allí las promesas patrióticas de renovar en toda ocasión que la defensa de la patria lo exija las gestas heroicas de 1813 y de 1870, un *¡hoch! ¡hoch!* agudo y prolongado respondió con vibración unísona y tonante á la propuesta del Profesor ilustre.

El Municipio de Berlín había recibido ya los tres grandes medallones alegóricos del pintor Döpler, con las figuras excelsas del Emperador Guillermo I, del gran Federico-Rey y del gran Federico-Elector, regalo del Emperador Guillermo II. La Dieta prusiana, al concurrir en numerosa comisión á la estancia real é imperial á renovar al Emperador, en nombre de la nación por ella representada, los juramentos de la lealtad y las promesas de la fe nacional, había oído de los labios de Guillermo II las palabras de segura conciencia con que fía que el espíritu que ha conducido al pueblo alemán á su actual grandeza, se mantendrá firme é imperturbable en el porvenir. El *Reichsanzeiger* había publicado en sus columnas, con la bienvenida dada á las representaciones extraordinarias que de las potencias extranjeras habían llegado á Berlín para asociarse á las alegrías del Rey-Emperador de Prusia y de la Alemania entera, el resumen apologético del progreso histórico con que la Prusia, de avance en avance, aun con las alternativas varias de la suerte, de condado feudal trocóse en condado independiente, de Margraviato sucesivo de Nurenberg y de Brandeburgo en Electorato federativo, de dominio vitalicio en Prusia, tras la gran maestría del Orden Teutónico, en domi-

nio hereditario, y finalmente, de la Monarquía que el hijo de Federico-Guillermo, *el Grande,* instituyó en la real coronación del castillo de Königsberg, el 18 de Enero de 1701, aprovechando el triste fin del reinado de la Casa de Austria en España y de la aceptación del Duque de Anjou á esta última Corona por consecuencia del testamento de Carlos II, en la presidencia de la Confederación alemana del Norte en la Dieta de Francfort, y á la coronación en Imperio en 18 de Enero de 1871 en las puertas de París y enmedio de los ejércitos de todas las naciones de Alemania, coronados del laurel de la victoria.

Estos 18 de Enero, tan gloriosos para Prusia y para toda Alemania, todavía recibían en las fiestas de Berlín la consagración más eminente en la noche del 18 de Enero último, en el propio palacio imperial de Guillermo II, en aquel banquete de gala celebrado en *la sala blanca,* en el que, ocupando el centro de la mesa los esclarecidos soberanos, la Emperatriz tenía á su derecha á la gran Duquesa de Baden, al Duque de Connaught, á la Princesa Federico-Leopoldo y al gran Duque Wladimiro; y el Emperador, á su izquierda, al Archiduque Francisco Fernando, á la Princesa Enrique, al Duque de Aosta, á la Princesa Carlota de Sajonia-Meiningen, al Príncipe imperial y á la Princesa hereditaria de Hohenzollern y al Príncipe Cristián de Dinamarca, formando el frente de aquella línea de augustos del solio, el Canciller del Imperio, Von Bülow, teniendo á su derecha á los Embajadores de Italia, Rusia, Francia y los Estados Unidos de América, y á su izquierda á los de Austria-Hungría, Inglaterra, Turquía y España.

La celebración del capítulo de la Orden del Aguila Negra; la recepción de las comisiones militares, portadoras á las regias estancias de las banderas y estandartes de las guardias de la persona imperial; las ceremonias de la institución del nuevo Orden caballeresco de la Corona de Prusia, que ha de seguir en orden jerárquico á las del Aguila Negra y el Aguila Roja; la colocación de una corona de honor sobre la tumba

del fundador del Imperio, Guillermo I, en el grandioso mausoleo de Charlottenburgo, y por último, la coronación verificada en la capilla imperial y las grandes y ostentosas luminarias de los edificios públicos y de la población de Berlín, en la noche del día 18, proseguían la ejecución de las festividades acordadas, sin agotar su programa, enmedio de un entusiasmo delirante y de un tiempo sereno y hermoso, cuando el telégrafo de Londres vino inesperadamente á interrumpir la alegría de una conmemoración que enardecía en el pueblo alemán los sentimientos de su fe y de su adhesión entusiasta por el Soberano que simboliza el siempre creciente engrandecimiento del nuevo Imperio. La octogenaria Victoria I de Inglaterra, la madre augusta de la veletudinaria y enferma Emperatriz Federico, la abuela excelsa del Emperador, se hallaba en la agonía, y Guillermo II no titubeó un instante en dar por terminadas bruscamente las fiestas conmemorativas del reino de Prusia, en despedir á los huéspedes ilustres que habían venido á darles personal realce y en disponer él mismo su marcha precipitada para acudir á la cabecera de la moribunda, á recoger su último suspiro y á recibir tal vez las últimas recomendaciones de su político testamento.

¿Quién impulsó al Emperador Guillermo á tan súbita determinación? ¿Fue su propia filial y tierna devoción hacia la venerada abuela? ¿Fue la extremada ansiedad de su doliente madre la Emperatriz Federico, impedida de correr junto al lecho mortuorio de la que á ella le había dado el sér? ¿Fue, como se ha dicho, reclamado por la misma augusta moribunda para comunicarle los postreros pensamientos de la intimidad, como abuela y como reina? Verdaderamente es cosa maravillosa, respecto á la enfermedad, muerte, honores funerales y sucesión real de la última soberana de Inglaterra, que los ojos del mundo se hayan fijado más en su nieto imperial, extranjero para los intereses de la Gran Bretaña, que en el hijo augusto que había de asumir la dignidad y los deberes de su soberanía. El apresuramiento con que el Emperador Guillermo partió de

Berlín para Osborne, la prolongada residencia que hizo allí, hasta después de verificados los funerales, al lado de su tio el Rey Eduardo; la asociación del Kronprinz, así á las grandes solemnidades del duelo, como al cambio mutuo posterior de honores y atenciones; el inusitado entusiasmo producido en Londres por su presencia, donde los repetidos saludos populares de *Thankuyo, Kaiser!—Good bye, Kaiser!—God bless you!* pronunciados en fervientes ovaciones, han sido los únicos clamores que han interrumpido el majestático silencio y compostura con que el pueblo británico ha hecho respetuosa ostentación de su dolor filial por la pérdida de su venerada soberana; los cordialísimos brindis del *lunch* de Madboroug-Housse al dirigirse en expedición de despedida de Paddington-Station á la estación de Charing-Cross, y hasta las condecoraciones del Águila Negra y del Águila Roja, concedidas por el Emperador al feldmariscal Robert, conquistador de las Repúblicas africanas del Transvaal y de Orange y al Duque de Connaught, hermano del Rey Eduardo, son actos que han constituído una serie notable de hechos, hacia los que en los diversos comentarios á que han dado margen, unos no los han encontrado justificados del todo, otros han expresado espectante y aun inquieta admiración, y algunos no han reservado su alarmante desconfianza.

Tal vez deba atribuirse esta disposición de los ánimos en las distintas naciones del continente, á lo menos en una gran parte, á la alborozada franqueza con que la prensa británica ha celebrado estos sucesos, como augurios felices de suspiradas aproximaciones entre los dos Imperios, el insular de la Gran Bretaña y el continental de la nueva Germania, aproximaciones que no se reducen sólo á la estrechez de los vínculos dinásticos entre las familias reinantes, á quienes fusionan en un espíritu interior idéntico los parentescos tan inmediatos que entre sí las enlazan y los que, para remacharlos más, se dibujan en perspectiva, si, en realidad, están acordados nuevos enlaces conyugales entre el Príncipe imperial de Alemania Federico Guillermo, que ya cuenta veinte años, y la Prin-

cesa Victoria Eugenia, hija del Príncipe Enrique de Battenberg y de la Princesa Beatriz de Inglaterra, que tiene trece; sino que fortifican y aumentan el grado de las relaciones políticas entre los dos pueblos y los dos Gobiernos, de los que verdaderamente puede decirse que jamás han estado tan amigos, y acaso tan vecinos á una inteligencia. Mas aunque así sea, esta inteligencia, ¿justificaría ni los movimientos de expectación inquieta que se manifiestan por unos, ni los movimientos de alarmante desconfianza que en Francia querrían hacerse prevalecer sobre todos los corazones de Europa? ¿Quién, ni en qué intereses, se sentiría herido ó amenazado por estas inteligencias, aunque pudieran llegar á la negociación formal de una nueva alianza? ¿Sería Rusia, como declaman los periódicos de París? ¿Sería Francia, esa prostituta enferma del continente, que jamás piensa en prosperar tranquila, y que cuando ha hecho ridículas en el mundo sus eternas alharacas contra Alemania porque no le devuelve las provincias rhinianas que se anexionó el Imperio vencedor, no deja transcurrir día sin bosquejar alguna provocación contra Inglaterra, ya con sus alaridos platónicos en favor de los *boers,* que no pasan de las aceras del boulevard, ya con sus invasiones africanas con que molesta sin tregua á sus llamadas hermanas Italia y España y turbarían, si pudiera, el equilibrio del Mediterráneo, ya con el aguijón de sus pretendidas alianzas ofensivas con Rusia y los Estados Unidos, á quienes no conseguirá arrastrar jamás al ambicionado duelo á que los estimula; ya con los proyectos, tan fantásticos y deleznables cuanto más públicos, de su flamante General Mercier sobre una invasión en la Gran Bretaña? ¿A quién heriría, y quién se sentiría amenazado, si Alemania y la Gran Bretaña llegaran á un acuerdo común? No será ciertamente á Rusia en Oriente, donde el problema del Celeste Imperio se aproxima á su término y en cuyas resoluciones reinará al cabo un espíritu concorde entre las potencias coaligadas para aquella empresa que tanto ha dado que hablar y que pensar. No será tampoco para

prevenir repartos en Europa, con que sólo sueñan los que quisieran poder echar haces y haces al rescoldo para encender el conflicto universal, y que declamando sobre prematuros pangermanismos y sobre distribución de Estados y de pueblos y de razas húngaras y bohemias, ilirias y cróatas, slavas é italianas, redactan á su modo el testamento del Emperador Francisco José, señalando inoportunamente para su muerte el fin de su Imperio. ¡Malos arúspices suelen ser los políticos de periódicos y cervecerías, que creen tener en su mano la pajuela con que prender fuego al mundo! Y como, si en realidad el siglo en que hemos entrado ofrece peligros más ó menos inminentes á Europa, esos peligros han de proceder de otro cuadrante, las inteligencias políticas entre Inglaterra y Alemania, ¡á despecho de las baldías alharacas navales de Tolón!— de llegar á substanciarse en acuerdos públicos y solemnes, lejos de producir temores ni desconfianzas, deberían ser considerados como una nueva garantía para la inmunidad de Europa y para la paz del universo.

Por ningún aspecto por donde se la considere, esta alianza puede dañar la amistad tradicional que existe entre el nuevo Imperio de Alemania y el vasto Imperio del Czar. Así el Imperio austrohúngaro, como Italia, que con el Imperio alemán forman la alianza triple, á quien el mundo debe la prolongada era de paz que disfruta, lejos de ver el decantado acuerdo germanobritánico como un síntoma de la ruptura de su alianza, no pueden menos de juzgarlo como un refuerzo poderoso para su propia eficacia, de que, ante los problemas reales del porvenir, indudablemente habrá necesidad; y aunque en los Balcanes haya siempre un material inflamable, sin que sean precisas otras chispas que las que puedan saltar de sus pequeñas provincias ó de sus pequeños Estados, sin que haya que atizar imaginarias concupiscencias en el corazón de Alemania para lograr poner un pie en Trieste y en el canal del Adriático como lo tiene establecido en Kiel y en el canal del Báltico, ni convertir la bahía de Delagoa y el canal de Mozambique en la co-

dicia extrema del formidable poder británico, á los Gabinetes de Londres y de Berlín, y á uno y á otro Almirantazgo, han de dar más cuidado que los fomentos de las escuadras de Francia y Rusia, que las ostentaciones navales italofrancesas de la rada de Tolón en presencia de Mr. Loubet, y aun que la misma política asiática del emperador Nicolás y que la misma política africana de la República, el incremento del poder de los Estados Unidos y su decantada doctrina de Monroe, que ahora vuelve á jugar en los proyectos del canal de Nicaragua, y cuya doctrina de exclusivismo americano en América no impide que los Estados Unidos, reclamados por la emulación de todo el viejo mundo, se presente á intervenir ó tomar parte en la lid perpetua de todos los intereses en Asia, en Africa, y aun en la misma Europa.

¿Cómo ha de despertar alarmas, ni desconfianzas, el supuesto acuerdo angloalemán, que se cree emanado de los sucesos últimos á que ha dado lugar la muerte de la Reina Victoria en la isla de Witht, si el mundo de la previsión, que sabe leer los obscuros alfabetos del tiempo futuro, y que tan gran culpa cometió cuando abandonó á España en sus colonias á las hambrientas garras del coloso opulento de la América del Norte, el problema más arduo que tiene delante de su mirada es la guerra intercontinental que ningún valladar humano ha de impedir en el siglo en que hemos entrado? Esa alianza angloalemana será la única esperanza de Europa cuando esa hora suene, aun contra las manos aleves y traidoras que de Europa se tiendan por encima de los mares para traer á nuestro continente al nuevo Tarif yanqui. Ante esa nueva y voraz ambición que Europa ha despertado, y que Europa ha permitido tome cuerpo formidable de repente, abandonando á España á la crueldad de sus apetitos, es ante la que importa á nuestro continente, en el momento y en la situación en que se halla, conocer como una esperanza y como una garantía el grado de las relaciones políticas que se han establecido entre Alemania y la Gran Bretaña, por consecuencia del súbito

viaje del Emperador Guillermo II á Osborne, interrumpiendo bruscamente las fiestas bicentenarias de Berlín, para recoger el último suspiro y los mandatos testamentarios de su augusta abuela la Reina Emperatriz Victoria.

En vano se extreman las alarmas artificiales de una incógnita inquietante para Europa. ¿Si realmente existiera esta incógnita, por ventura, podría darse por descubierta, ni aun después de las declaraciones que en el Reichstag se propuso arrancar en Marzo último el diputado del Centro, Schäder, al Canciller von Bulow, acerca del viaje del Rey, la neutralidad con los *boers* y las relaciones con Rusia? ¿Esta incógnita desaparecería después de las entrevistas con Zanardelli en Verona, de las alharacas de *La Patrie* sobre dislocación de la triple, y de la revista naval de Loubet? ¿Esta incógnita se convertiría en un acuerdo de acción en cuyas combinaciones pudieran entrar Trípoli, el Muluya, Mahón y Gibraltar á costa de Turquía, Marruecos y España?

II

Es indudable que el Emperador Guillermo II no aplica, desde su ascensión al trono imperial de Alemania, otra política que la que tomó y repite de su gran maestro el antiguo Canciller, Príncipe de Bismarck, fundador del Imperio. Esta política puede muy bien definirse y apellidarse la política del genio: así se transpira en la improvisación de sus resoluciones. Para cada circunstancia de la vida préstanle la intuición suprema de la oportunidad y del acierto el seguro instinto y la abundancia de corazón que con fulmínea celeridad le impulsan á las más discretas determinaciones. ¿Y qué más que un rasgo, y ciertamente de los más simpáticos, de este carácter, de esta intención y de este acierto, fue el improvisado viaje del Emperador Guillermo á recibir el último suspiro de

su augusta abuela la Reina Victoria, que tal movimiento de simpatía causó en la noble sociedad de Inglaterra? El fino tacto, el pronto discernimiento, la suma prudencia son espontáneas y casi orgánicas disposiciones de la naturaleza del Emperador, y ellas explican el alto sentido con que procede de frente en toda ocasión y ante todo suceso y sobre todo en el que se relata. ¿Es que estas virtudes acompañan siempre, ó son inherentes á esas naturalezas especialmente circunspectas y sensibles de los que el lenguaje popular apellida hombres de corazón? Sin la tenacidad de las discusiones á que su presencia en Inglaterra, á la muerte de la augusta abuela se ha prestado, el acto referido no quedaría consumado sino como en reflejo del carácter personal del monarca. ¿No autorizaría este juicio la noción que se tenía del Emperador Guillermo, como hombre doméstico tan efusivo en la doméstica intimidad? Lo mismo en el Príncipe de Bismarck que en el Emperador Guillermo II, el hombre doméstico proyecta sobre sus nobles figuras esa simpática irradiación que brota del seno de la familia. Lo mismo el Príncipe de Bismarck que el Emperador Guillermo II, despojados de los atributos imponentes de su respectiva posición, en el círculo doméstico forman el ideal y el ejemplo de una virtuosidad maravillosa, y lo mismo del uno como del otro puede con razón decirse, así en el Imperio como en todas partes, que en toda Alemania no hay hijos, esposos, ni padres mejores que ellos lo son ó han sido. Los que han leído el interesante libro titulado *Nuestro Emperador: diez años de reinado de Guillermo II,* no pueden tener la menor duda de lo que es el Emperador Guillermo bajo este punto de vista, porque las descripciones que en él se hacen de las costumbres reservadas de su hogar, aunque algo panegíricas, son las revelaciones fidedignas de la intimidad. Bajo las mismas ingenuas impresiones escribió Enrique Gotthard de Freitschke también, cuando, con su estilo deslumbrador, en los prolegómenos de su *Historia de Alemania en el siglo XIX*, que interrumpió una muerte prematura, personificó en Bis-

marck la prosperidad del gobierno por el genio, y constituyó á Guillermo II en una imagen de Bismarck.

El reloj representa la suprema ordenanza reguladora de los actos del Emperador. De esta ley que sobre el Emperador impera emanan dos excelentes virtudes: el orden y la exactitud. Bajo el compás de las horas mide el cuidado y el aseo de su persona; atiende á su sustento siempre en comunidad con la Emperatriz; despacha los asuntos propios y los del Estado; recibe, mima, escucha, juega y aprueba ó reprende los actos infantiles de los Príncipes sus hijos, de quienes oye embelesado los sueños que han tenido ó el curso de los estudios en que se educan; acude con religioso tesón á las exigencias de sus deberes en su gabinete de trabajo; dicta su programa del día; se informa de su correspondencia epistolar; toma conocimiento, anota por sí ó hace pasar á las dependencias respectivas las 300 ó 400 cartas, peticiones, súplicas é instancias que la constituyen cada día; se traslada en coche con la Emperatriz á las inmediacianes del castillo de Bellevue, de Kurfürsterdam, ó á algún otro paraje desviado; pasea con su hermosa Augusta Victoria un rato á pie y cogidos de la mano; asiste á su regreso á las audiencias concedidas de antemano; se hace dar cuenta de la administración de los dominios imperiales, de las obras que se emprenden, de los presupuestos de fiestas y viajes; concede su turno á los jefes de los diversos Gabinetes civil, militar y de marina; firma, come y toma café; se toma de nuevo el carruaje de visitas; se regresa otra vez para continuar los trabajos de Gabinete interrumpidos, hojear los periódicos y admitir las conferencias de los personajes de mayor graduación, y la hora de la cena se reserva para las deleitaciones íntimas, á que concurren ordinariamente, no sólo los comensales de la etiqueta, de la política ó de la sangre, sino la gente de ciencia, las eminencias de la literatura y las artes, los impulsores de altas empresas y todas aquellas otras personas de posición culminante, de las que brotan rayos de luz para el Imperio y para el alma del Emperador.

Menos en sus funciones habituales de la rutina oficial, en todos sus demás actos toma parte la Emperatriz Augusta Victoria. En las habitaciones de la Emperatriz se sirve el desayuno de la mañana, se reciben las caricias de los Príncipes y se les despide para la práctica de sus estudios. Que haya un día tenebroso ó que lo dore un sol espléndido, la Emperatriz madruga, á la par que el Emperador, y hasta cuando por consecuencia de algún asunto apremiante el Emperador adelanta á las cinco de la mañana la hora de su colación, con él la liba la Emperatriz, ya ataviada en aquella cámara augusta que adornan los cuadros de Watteau, entre el menaje más refinado de la más artística coquetería. En aquella cámara, el Emperador siente la languidez del idilio, y anteponiendo este deleite de familia que allí goza á todo otro esplendor, frecuentemente se le oye decir: —*No soy jamás tan dichoso como cuando almuerzo frente á mi mujer y le leo un libro interesante.*—El paseo de la mañana, sin la Emperatriz, no tendría su singular encanto. Ordinariamente, la misma Emperatriz le anuncia la hora de él, presentándose á la puerta de su gabinete de trabajo á sacarle de la abstracción de sus ocupaciones. Cuando la pareja imperial toma el coche, un cazador con tricornio, que adorna una pluma blanca y que toma asiento en el pescante al lado del cochero, advierte á los que se aglomeran al paso desde la avenida de los Tilos hasta la puerta del Brandeburgo que allí van los soberanos. Todo el mundo los saluda, y con frecuencia los aclama. Por la modestia del traje, nadie los reconocería. El Emperador, que siguiendo la tradición secular de sus antepasados aún ignora el uso civil del frac, viste el pequeño uniforme de general prusiano, que cubre una capa gris. La *toilette* de la Emperatriz es también casi doméstica de puro sencilla. La comida de la una de la tarde, se hace cinco días de la semana en la cámara de la Emperatriz, y los augustos cónyuges la disfrutan solos. Solo dos días se admite á la mesa imperial, cubierta de flores, gran número de invitados, y entre ellos los tres Príncipes mayores; mas en estos días el café se

toma en la biblioteca ó en alguna otra sala de las habitaciones de la Emperatriz. La Emperatriz lleva la nota de las visitas ó de las excursiones de la tarde. Estas visitas, no sólo se hacen á diversos personajes oficiales, así del alto mundo alemán como del de los extranjeros, sino á los talleres de algún artista ó á las obras de alguna gran construcción ó monumento.

La comida de la noche y la velada que la sigue, son los actos que se dedican cada día á lo que pudiera llamarse las expansiones de la intimidad social. A esta comida concurre siempre gran número de comensales; por lo regular personajes que viven en un mismo medio y que se interesan en unas mismas cuestiones. A veces confluyen juntos oficiales, profesores, gente de ciencia, pintores, escritores de gran reputación, músicos, y la conversación general se entabla, desde luego, siempre animada y con frecuencia alegre. El Emperador habla á cada uno de sus invitados sobre algún tema de lo que le es más familiar; hace departir á cada uno de su ciencia ó de su arte; expone dudas y solicita sus opiniones. A veces se discute y se caldean las ideas. Se entra en polémica, en la que el saber pone tanta parte como la fina cortesía y el ingenio. Estos torneos de la suma cultura complacen mucho al Emperador y divierten á la Emperatriz; mas cuando se prolongan demasiado y se sostienen teorías de obstinación, el Emperador interviene para terminar las controversias, hallando siempre el medio de reconciliar con una opinión neutral las proposiciones opuestas. Las noches consagradas á los compositores, no sólo se hace música y se canta, sino el Emperador pide á los que saben que tienen obras sobre el bastidor, le hagan oir trozos ó piezas inéditas. La Emperatriz siempre sonríe, aplaude y anima; el Emperador siempre pregunta y aprende. El compás de las horas corta aquellas honestas deleitaciones. El Emperador se levanta, y á esta señal los invitados se retiran, despidiéndose respetuosamente. El Emperador vuelve á encontrarse solo enfrente de la Emperatriz, y sobre la imperial estancia reinan las dichas que esmaltan la soledad y el silencio.

El pequeño cuadro que queda trazado basta para formar el concepto íntimo del Emperador Guillermo en todas las fases del hombre y del soberano. Sus líneas personales dibujan un cúmulo extraordinario de seductoras virtudes. Tal padre, tal esposo, tal amigo; si esculpe la bella fisonomía de un gran monarca, ¿cómo no había de poner en alto relieve la del hijo tierno y la del tierno nieto? Sus visitas frecuentes al lugar donde devora la amarga melancolía de sus dolorosos males su madre augusta la Emperatriz Federico, constituyen para la pareja imperial una casi incesante peregrinación. Sus visitas á las residencias reales de la que fue su abuela la Reina Victoria de Inglaterra, más de una vez arrostraron las furias de la opinión. Hasta en la misma Inglaterra se le negaron en estas giras las corteses complacencias de un cortesano hospedaje. Hasta en la misma Alemania se vertieron expresiones de mal disimulada contradicción. En otras partes la irreverencia, alentada por los fueros de la impunidad, inspiró crudos epigramas y desnudas caricaturas.

Se ha dicho que las atracciones del parentesco disfrazan en él los pensamientos políticos; que antes de su caída, Bismarck sólo los adivinó, y que pesaroso de que ellos alteraran las bases del equilibrio que había establecido bajo Guillermo I y el Emperador Federico, el eje, así de las alianzas. como de las amistades seculares del nuevo Imperio, las tendencias de Guillermo II á estrechar con la Gran Bretaña, no pesaron poco en su extrema resolución del retiro y en la desdeñosa acritud con que en él formuló sus censuras contra la política original del soberano nuevo. Tal vez el Príncipe de Bismarck, en sus prevenciones contra Inglaterra, se atenía más que á las atracciones que personalmente sentía hacia el Imperio de los Czares, el aliado de Prusia, como Prusia lo fue de él en sus horas respectivas de amargura, atracciones en que se identificaba enteramente con el alma de su Emperador Guillermo, al temor que le embargaba de que la Gran Bretaña fuera la única potencia que pudiera oponerse seriamente

á la política de expansión colonial y de expansión comercial que había inaugurado en Alemania, atropellando por todos los obstáculos que se le movieron, como complemento del gran poder y del gran influjo de que dejó decorado en el mundo el Imperio de su creación absoluta y personal. Pero esta política expansiva en el concepto de su poder colonial, de su poder naval y de su poder comercial, no podía mantenerla la posición estática en que colocó al Imperio en el seno de sus alianzas continentales, desde que el Imperio cobró en las relaciones del mar la graduación ascendente que determinan las posesiones adquiridas y los protectorados establecidos en África, en el mar Pacífico y en el Asia, y desde que alcanzaron el portentoso incremento que han tenido, en los treinta años de su glorioso encumbramiento, su flota militar, su flota mercantil y la admirable suma del capital nacional que en ese tiempo se ha invertido, ya en la promoción, ya en la participación de las grandes empresas acometidas por el dinero alemán en todos los círculos del planeta.

Estos nuevos intereses tenían que imponer al genio del Emperador Guillermo una nueva política en el equilibrio de los mares, que, lejos de aflojar las redes de su política en el equilibrio del continente, las apriete y las robustezca. Y si el Emperador Guillermo, con su instinto indiscutible del acierto, demandó ó, atropellando por encima de todos los desagrados desde el primer momento de su ascensión al trono, penetró el fondo de estos intereses, y uniendo á la inspiración de sus pensamientos políticos la dulce inclinación de sus tiernos sentimientos familiares, á la sombra de la venerable maternidad de la Reina Victoria de Inglaterra, comenzó á poner los jalones que le han conducido, á pesar de tantas esquiveces, á las entusiastas aclamaciones que ahora se le han hecho en la capital de la Gran Bretaña, hay que ver en este suceso un triunfo de su política y de su previsión: el triunfo que ha hecho que en la opinión del mundo, en los momentos del duelo de la Reina muerta, casi se hayan fijado todas las miradas más en

él y en su conducta, que en el Príncipe que ya ocupa el trono de la *wellbeloved* soberana.

Italia, la Italia que gobernaba aún Saracco, la Italia que bajo el gobierno de Zanardelli ahora va á la vez á Verona con sus ministros y á Tolón con sus naves, la Italia no lo disimuló entonces:—«Si se han establecido, escribían sus periódicos más importantes, las inteligencias de que se habla entre Alemania é Inglaterra, sobre la tumba de la Reina Victoria, por Guillermo II y por Eduardo VII, bienhadado sea este concierto. La triple alianza, garantía de la paz en el mundo, está de enhorabuena. En realidad necesitaba de ese poderoso refugio.»—*Berliner Tageblatt* ha dicho, durante la estancia del Emperador en la isla de Whigd: «Alemania entera tiene la vista fija en Osborne con ansiedad nacional.»—Y la *Kölnische Zeitung* así respondía á las alharacas insidiosas de los periódicos de París: «Inglaterra y Alemania tienen tantos intereses comunes en el mundo, y tan importante es para una y otra gran potencia el mantenimiento de la paz europea, que su mutua y concordada cooperación á este fin es cosa muy natural. Esta cooperación no excluye la de los otros Estados aliados y amigos de aquellas dos potencias, porque se dirige á la defensa y no á la ofensa: y es motivo de universal satisfacción que esta cooperación pueda verificarse desde el seno de una leal, recíproca, honrada y sincera amistad. Engáñanse los que suponen un desacuerdo existante entre la nación alemana y su Emperador. La Alemania nacional siente la misma complacencia que la Alemania oficial en la aproximación amistosa de la Gran Bretaña.» Esta es en realidad la suprema intuición de los intereses germánicos en la posición actual del moderno Imperio, en la suprema previsión de los problemas del porvenir para Europa entera.

¿Aprovechó el Emperador su expedición á Inglaterra, movido del tierno afecto de familia que en su corazón es tan profundo, para escribir en los anales de la política del momento una página del genio? Von Bulow, en el Reichstag, lo ha negado: el tiempo hablará en verdad. A Bulow le hizo hablar

Schäder y de Alemania se sabe por todos que frecuentemente el poder ha tenido que realizar sus obras prácticas nacionales contra las mismas corrientes de la opinión. A pesar de estas corrientes negativas se hizo el Imperio.

III

Todavía hay muchos espíritus en el mundo que acerca del Imperio de Alemania sólo alcanzan las opiniones que se formaron en los dos primeros períodos de su historia del último siglo, engrandecidas por los esfuerzos bismarckianos para la constitución definitiva del Imperio que formó del aura de las victorias marciales. Pero el que examina bien el fondo de las cosas, el espíritu de Alemania, al entrar el siglo XX, no es el espíritu de la Alemania del romanticismo, del liberalismo y ni aun del imperialismo del siglo XIX, como no es tampoco su cuerpo político el cuerpo político que quedó de los desbarajustes napoleónicos, ni el cuerpo político de los dos Federicos Guillermos III y IV y su monarquía liberal, ni el cuerpo político que engendró Bismarck de las anexiones de los ducados, de la exclusión del Austria de la hegemonía germánica, de la nueva confederación del Norte, ni de la proclamación imperial de 1871. Si el espíritu es la inspiración, si el espíritu es el saber, compárense las corrientes del genio y de la ciencia entre la Alemania de las luchas napoleónicas, la Alemania del romanticismo inerte, la Alemania del liberalismo trastornador y la Alemania del imperialismo naciente, con el giro que desde la creación de una Alemania industrial, comercial, marítima y colonial, han tomado las artes y las ciencias, que hacen fecundos los tesoros de la inteligencia. Háganse estas mismas comparaciones en lo que respecta al cuerpo orgánico y sustantivo de la nación. En todos estos fenómenos, como en los políticos, no se observará ya más espíritu teórico ó práctico, que el esencialmente utilitario y conservador.

La más alta expresión de la virtualidad y potencia del espíritu alemán, al comenzar el siglo XIX, se hallaba encarnado en la legión gloriosa de sus filósofos, de sus poetas, de sus críticos, de sus filólogos. El influjo de sus ideas, de sus escuelas, de sus doctrinas, se había apoderado del espíritu del mundo culto y había engendrado universal imperio y universal proselitismo. El espíritu alemán, engendrador perseverante, pero paulatino de su actual Imperio, jamás estuvo en la inteligencia ilustrada de Federico el Grande, sino en su espada y en sus espuelas. El Gran Federico no era más que un semifilósofo á lo Voltaire, que cultivaba la filosofía francesa y sentíase halagado de que le rodeasen sus representantes cuando Alemania ya poseía á Manuel Kant, el crítico de la razón pura, cuyo genio había de imponerse al mundo para ser la expresión más elevada del pensamiento humano durante todo el siglo XIX. Del siglo XVIII trajeron y derramaron torrentes de luz sobre Alemania, para desparramarse después por toda la tierra, Winckelmann, el revelador del mundo antiguo; Lessing, el purificador de la literatura, y que le trazó un nuevo camino; Herder, que encendió sus antorchas á la crítica de la Historia; Göethe, que en sublimes oleadas rítmicas levantaba el pensamiento á nuevas armonías. Del gérmen de estos pensadores brotaba Schelling, abriendo el siglo en el mismo año 1800 con su sistema del idealismo trascendental, y cuando su influencia extendía su mágicas redes por toda la extensión del continente, revelábase en batalladora rivalidad Hegel, que, aunque no menos obscuro que su adversario, logró impregnar de su espíritu todas las creaciones objetivas humanas que á la sazón se reconstituían, disueltas sus antiguas bases en el crisol de la revolución que encendía el universo en una lucha de gigantes y semidioses, de la que salían las nuevas concepciones y los nuevos moldes del Estado, del derecho, de la moral y del arte. Apenas se pueden comprender en nuestros días, con ser hechos de ayer, de mañana, el poder que ejercieron sus metafísicas abstracciones; y, sin embargo, hasta casi acabar el tercer

cuarto del siglo que ha concluído, todas las manifestaciones del espíritu de una época tan dilatada llevaron el sello de la filosofía de Hegel.

El primer país hipnotizado era la misma Alemania. Los contemporáneos de Hegel nos han dejado testificado el efecto de los cursos que el ilustre profesor dictaba en Jena á la juventud de aquel tiempo. «Ninguna cátedra—dice Guillermo Schimper—era bastante espaciosa para contener sus oyentes, que se apretaban unos contra otros alguna horas antes.» Y sin embargo, en la transformación en que después han caído las ideas en Alemania, y en todas partes donde aquella filosofía encendió el entusiasmo hasta el delirio, ya se habla de las teorías de Hegel como de una cosa pasada, por donde los siglos han dejado su destructora carcoma. Las transformaciones geográficas y políticas han desviado el pensamiento de aquellas abstracciones, dirigiéndolo hacia la esfera de conocimientos más positivos; y en esta transformación ningún país de Europa ha tomado mayor parte, desde la aparición de Bismarck, que la misma Alemania, más profundamente impresionada por las realidades prácticas del éxito. Con aquella filosofía no se llegó á ninguna meta apetecida. El período liberal no produjo, ni en la teórica, sino simples medianías; y cuando después de los fracasados esfuerzos de Luis Buchner y Ernesto Haeckel, de Carlos Vogt y de Moleschott, el genial misántropo de Francfort, Schopenhaüer, trató de reanudar el hilo interrumpido, su obra inmortal *El mundo como voluntad y representación* sólo sirvió de acicate á las ideas del imperialismo. A pesar de todo, el verdadero filósofo alemán de este último período, pues que su vida ha transcurrido entre 1844 y 1900, fué Nietzche, el cual, á la proclamación del culto del heroísmo, reemplazando el de las virtudes de las muchedumbres, su expresión filosófica, debió la plena seguridad de su éxito triunfante.

¿Qué hechos positivos han emanado de la ardiente discusión de tantas teorías, de tantos principios y de tantas escue-

las y sistemas, para la ordenación del pensamiento? ¿Quién llamará jamás á estos filósofos los precursores de la libertad germánica, los propulsores de su unidad política, ni aun los augures siquiera de su actual y maravilloso Imperio? ¡Y sin embargo, á ellos, como á sus poetas, á sus críticos, á sus filólogos, no podrá negarse el título de cooperadores sublimes en la redención nacional, porque ellos contribuyeron en máxima parte á reconstruir la superioridad de espíritu que ha engendrado para la lucha la superioridad moral, y la superioridad material que ha sido en la acción de la diplomacia y en la acción de los ejércitos la palanca imponderable de su fuerza. Ya Göethe no agita el espíritu de las multitudes germánicas haciéndolas experimentar en la escena las ansias redentoras de Guillermo Tell, María Stuard, Juana de Arco; ya Augusto Guillermo y Federico Schlegel no despiertan los romanticismos heroicos que para popularizarlos en el país de los antiguos nibelungos aportaron de las literaturas medioevales de España, Portugal é Italia, y del genio colosal de Shakspeare; ya Luis Fleck, mofándose de la erudición exótica de los hermanos Schlegel, no acude á los tesoros escondidos de la antigua poesía alemana y á los monumentos del antiguo arte gótico alemán, y traduciendo en la lengua moderna los viejos cantos de los ministriles, y celebrando en la acción dramática del teatro la rústica piedad de los lejanos siglos, no prepara nuevos caminos para que otro Ricardo Wagner por un lado, y otro poeta imperial, como el que actualmente rige los destinos de la patria común germánica, resucitando los héroes de la leyenda y los dioses de las mitologías extinguidas, impriman un impulso más de unidad á todas las estirpes teutónicas, juntando en un mismo haz de veneraciones insignes los nombres de los que pelearon por individualizar las cunas de la familia alemana con los héroes de su moderna emancipación, de su moderna unidad y de su moderno engrandecimiento.

Indudablemente el período romántico del Imperio tuvo que ir pasando por una larga evolución de formas y de pensamien-

tos. Sucediendo á Fleck, creador del romanticismo, fórmula vaga de la suprema aspiración nacional, Arnim y Brentano despertaron los cantos populares de Alemania en su remota antigüedad, y los hermanos Grimm redujeron las tradiciones patrias á cuentos infantiles para asentar su firme cimiento en las almas alemanas por medio de la educación en las escuelas. Federico de Hardenberg, generalmente conocido por el pseudónimo de *Novalis,* formó en sus *Himnos de la noche* de su *flor azul* el símbolo del romanticismo. El alma de lo sobrenatural palpitó en las baladas de Alberto de Chamisso, y las de Luis Uhland alcanzaron el lauro de la popularidad, porque sacaron de sus tumbas los animados espectros del heroísmo plebeyo. Eichendorff se convirtió en el bardo místico de los bosques, y Gustavo Schwarb, Justino Kemer y Moerike agotaron el caudal de la copiosa linfa del romanticismo. Los reemplazaron los Tirteos de la Independencia Teodoro Körner, el soldado poeta, muerto en Gadebusch, y Ernesto Mauricio Arndt, el autor de *Canto del hierro.* Siguieron en pos los poetas políticos de la libertad civil, Ruckert, el mismo Uhland, Augusto de Platen, hasta que creada la universalidad del sentimiento regenerador civil, la *Joven Alemania* impulsó más activo el movimiento hacia la libertad, entrando en este impulso los jóvenes de todos los cultos. De la brillante pléyade se destacaron los nombres de dos ilustres israelitas: el de Enrique Heine, que luchó desde la proscripción, y el de Boerner, que al abandonar la lira por la pluma del periodista, combatió la tiranía tradicional hasta levantar contra Federico Guillermo IV las barricadas de 1848. La caterva que le siguió no dió á sus reputaciones el prestigio del genio, mas sus licencias insoportables atrajeron sobre sí el rigor de todas las censuras de la honradez, y la Dieta federal de Francfort se vió compelida á pronunciar su condena contra aquella literatura anticristiana, blasfemadora é impúdica, cuya amarga sentencia se extendió hasta las obras posteriores de Laube, Gutzkow, Mundt y Wiembarg.

El movimiento literario iniciado por la *Joven Alemania,*

enteramente coetáneo, aunque en disconformes tendencias con el espíritu de la *Joven Inglaterra,* la *Joven Italia,* la *Joven Hungría* y todas las demás juventudes revolucionarias de Europa, después de haber sido bastante estéril durante el período para ella casi triunfante del liberalismo, se detuvo cuando, con el acceso de Guillermo I al trono de su hermano, que moría loco, y á la aparición de Bismarck en el poder, en lucha abierta contra los oradores, los poetas y los periodistas, inició la gran política exterior que llevaba en sus entrañas incubados los gérmenes del Imperio. Un solo escritor de aquel tiempo, Fallersleben, Profesor de la Universidad de Breslau, y cuyos *lieds,* inspirados en la corriente trastornadora, le costaron la cátedra, formuló en un canto inmortal la sublime aspiración que vagamente y sin soluciones concretas vegetaba en la mente de los pensadores alemanes. Fallersleben hizo popular este canto, que gritaba en rítmicas cadencias al alma alemana: *¡La Alemania, la Alemania por todo y sobre todo!* La burguesía, que no halagaba los mismos ideales del liberalismo, impregnado de la vecindad de Francia, pensaba, sentía y amaba en alemán puro y neto, y se aficionó á la novela que le describía las escenas de la vida y de las costumbres nacionales. El Conde de Anerspeger, que se firmó con el pseudónimo de *Anastasio Grün,* las enviaba desde el Austria pretendiendo sostener la alianza platónica de la política con la poesía; pero el teatro trató de romper el molde secular aristocrático, y Splelhagen se hizo en él y en la novela el caudillo de las democracias invasoras. Ayudóle Fanny Lewald, á quien Auerbach pone en sus idilios campestres al nivel de Jorge Sand; mientras en las Universidades Scheffel, con sus cantos llenos de abandono, de un buen humor un poco cínico, de risa fácil y chabacana y de sátira innocua, se infiltró en el corazón de los escolares. Pero este poeta de los sarcarmos frívolos, del burdel y del aula, no era el poeta de la hirviente burguesía. La burguesía soñaba en prosa, y con la vista puesta en Bismarck, la mente activa, que desde luego se reveló como la síntesis de la ejecución, que había al fin de de-

rivarse de todas las largas vibraciones del pensamiento alemán, se inclinó instintivamente al naturalismo, porque en el naturalismo encarna más que en ninguna otra fase de la literatura y el arte el Dios-número y el Dios-éxito, el Dios-vientre y el Dios-verdad, y éste había de ser la suprema divinidad, del tiempo nuevo. Entonces apareció Gustavo Freitag, y abriendo el ciclo de los *Antepasados,* creó la novela local de la Alemania imperial, con que dejaron de interesar las virtudes burguesas, y el sentido de la realidad que inocularon las victorias del Imperio creó el grupo de *Los Modernos,* que si dieron paso á los talentos artísticos exóticos de todas las lenguas, Ibsen, Tolstoï, Zola, fue á condición de hacer figurar en la falanje á Nietzsche, que actualmente impone á la multitud inteligente alemana, con el culto del individualismo, el del heroísmo, y que proclamando en la Historia el gobierno por el genio, ha erigido en las figuras del Príncipe de Bismarck y del Emperador Guillermo II las imágenes de los antiguos *semidioses* con el nuevo dictado de los *superhombres,* con que ha incorporado el grupo que representa á la gran corriente imperialista.

Hay que confesar, sin embargo, que á pesar del mérito reconocido del grupo de *Los Modernos,* en que campean, anunciando una ciencia, una literatura y un arte nuevo, Indermann, el hábil técnico dramático; Gerardo Hauptmam, talento mucho más vigoroso y original que el anterior, y que con alma convencida es el que más se interesa por las nuevas fórmulas de la ciencia, de la literatura y del arte; Halbe, que ha producido en su *Juventud* la obra más brillante tal vez de la joven escuela, y Kleist, Grillparzer, Hebbell, Otto, Gottfrie, Keller, Ludwig y Teodoro Storm, la nueva corriente científica que de Alemania resbala hasta inundar de luz los horizontes intelectuales del universo entero, base principal de la fuerza que dota á Alemania de un poder incontrastable y de una eficacia inmortal para su universal supremacía, no irradia ya de las abstracciones de sus filósofos, de los que los últimos,

Zeller, Lotze, Hartmam, no pueden vanagloriarse de haber producido, como sus antecesores, ninguna influencia ni en los espíritus ni en los sucesos. De Max Stirner no sabríamos si no hubiera sido el maestro de Nietzsche. El protestantismo romántico de Schleyermacher y de David Federico Straus, que precedió á Renán en la *Vida de Jesús*, ni aun en Ritschi y en Stoccer, único pastor protestante que durante el imperio del *Kurtur-Kampt* arrastró el oído y aun las almas de la muchedumbre, ha podido restaurar las luchas de que fueron alma á los pies del mismo Vaticano Niebuhr y Bunsen, cuando sostenían las tendencias liberales y nacionalistas. Desde que Bismarck, después de las enfáticas declaraciones de 1872, en 1879 se vió obligado á ir á Canossa, aunque á pasito, la escuela de los teólogos rebeldes ha enmudecido para las discusiones de la ciencia y de la política, y al alma grande de Luis Windthorst, de quien el 14 de Marzo último el Congreso Católico de Génova celebró el décimo aniversario de su muerte, se debe, á pesar de las persecuciones legislativas de Falk, que el ideal católico, mezcla de fe religiosa y patriotismo, se haya impuesto á los exclusivismos luteranos; pues habiendo logrado formar de la cohorte católica una masa compacta para ponerla enfrente del Gobierno protestante, con su perseverancia y con su denuedo logró constituirse en la amiga más necesaria del Imperio, consignando en su victoria el silencio impuesto á los atletas intelectuales, hasta detener el curso tortuoso que seguía toda la ciencia alemana de la fe y de la razón.

IV

Erigido el Imperio, el Imperio del número, del poder y de la utilidad, la corriente del movimiento de las ciencias de la naturaleza, de la observación, del análisis, del número y del cálculo ha sustituído casi enteramente á la corriente de la poesía y del sentimiento, á la corriente de la exploración y la con-

ciencia, á la corriente de la abstracción y de los idealismos y de la corriente nueva de las ciencias prácticas y de aplicación brota y se difunde todo el carácter científico de los adelantos que llenan de admiración al mundo y la vida de comodidades y beneficios. Cuando por una parte Kant, Hegel y aun el mismo Schopenhauer dirigían todo el movimiento filosófico del orbe civilizado, por otra, Schelling y Schlegel, Niebuhr y Curtins, Ranke y Schlosser, Mommsen y Sybel el de la Historia; Wolf, Hermann y Lachmann el de la Filología; y el mismo Mommsen, Ottfreid Müller, Otto, Jahn, Welcker, Schliemam, Kopp, Wackernagel, Eberhand, Lepsius, Nöldeke y Delitzsch el de todos los ramos de la erudición clásica y oriental y de todas las esferas de la arqueología romana, helénica, asiria, troyana, egipcia, y estos y tantos otros insignes que callamos, parecía haber dado al genio alemán científico su expresión más elevada y el más inmarcesible laurel de sus conquistas, de los vastos dominios de las ciencias de aplicación surgía otra falange que, si no la había de eclipsar, al menos derramó de sus manos el cetro de la utilidad y se puso al lado del nuevo Imperio para robustecer sus fuerzas más positivas. ¿Entró este generoso ideal en el alma del barón Alejandro de Humboldt cuando de España partió á América, de América retrocedió á la Siberia y de la Siberia adelantó hasta la China para pedir sus incógnitas á la Naturaleza? ¿Cuando Hermann de Helmholtz, genio tan universal como el de Humboldt, matemático, físico, fisiólogo, anatomista, astrónomo, químico, filósofo, arrancó á la Naturaleza inerte el secreto de la conservación de la fuerza, entró en su alma aquel generoso ideal? Bunsen y Kirchkoff, físico el uno, químico el otro y ninguno astrónomo, descubriendo en colaboración el análisis espectral, y por él la composición elemental de los cuerpos, y con ella la multitud de elementos que hasta entonces habían sido desconocidos, la composición química del sol, de las estrellas, de los cometas, de la vía láctea, ¿abrigaron la conciencia del propio ideal político-sociológico? ¿La abrigó Liebig, el fundador de la teoría

atómica, y el primero que creó el laboratorio químico modelo, por medio del que han sido posibles los sorprendentes progresos de la ciencia, que colocó su nombre ilustre entre los jefes de la ciencia moderna alemana? Dado el signo de los tiempos, éstos, y sus secuaces, son los que han impreso su actual fisonomía al majestuoso edificio del nuevo Imperio alemán, y los que, marcándole la dirección suprema de sus destinos, han dado el poderoso impulso á todo su engrandecimiento.

De la escuela de Helmholtz salieron Weber, el más grande investigador del magnetismo, y el inventor, con Gauss, del telégrafo eléctrico; Clausius, el propagador más tenaz de la teoría mecánica del calor y de las propiedades físicas de los gases; Hertz, el joven y malogrado Hertz, sostenedor contumaz y demostrador palpable de que la electricidad, de la misma manera que la luz y el calor, está propagada por movimientos vibratorios del éter; Roentgen, que descubrió los rayos X, misteriosas vibraciones luminosas que atraviesan una multitud de cuerpos opacos á la luz ordinaria, y que al hacer posible la fotografía del interior del cuerpo humano viviente, ha traído el auxiliar más precioso al médico y al operador quirúrgico. Liebig, no sólo constituyó la química en la ciencia alemana por excelencia, sino que hizo el más abundante y fértil proselitismo. En el dominio de la química orgánica Kelulé, tal vez el sabio alemán menos conocido en el estudio de la gran ciencia de batalla, circunscrito á la labor árida de la ciencia pura, sólo proyectó la facundia de sus descubrimientos sobre la técnica. La química industrial, sin embargo, ha recogido todo el haz de sus teorías para aplicarlas sobre los cuerpos aromáticos. Pero el gran descubrimiento de Kelulé fue el de la molécula de la bencina en la forma de anillo ó exágono. A este descubrimiento se han debido las conquistas más importantes de la química tecnológica. Con el descubrimiento de la molécula exagonal de la bencina se han descubierto después los colores de la anilina, las propiedades de la antipirina, de la sacarina y de otros productos semejantes. A Wöhler, con-

temporáneo de Liebig, se debe la síntesis artificial de la úrea, con la que se ha destruído la química de los séres vivientes, la leyenda de la química vital.

Si la síntesis del índigo de Bayer y la síntesis del azúcar de Fischer hasta ahora no han ofrecido otro interés que el puramente teórico, el de la anilina por Hofmann ha sido de suprema importancia en sí mismo y sus resultados, y en sus inmediatas deducciones. La anilina ha prosperado de una manera sorprendente las industrias fundadas sobre la química y la física, industrias que en ninguna parte del mundo han alcanzado tan poderoso desarrollo como en Alemania. El nombre de los Siemens, por las aplicaciones industriales de estos descubrimientos, está ligado en el orbe todo á los progresos más importantes de la electrotécnica. Sobre la invención de la máquina dinamoeléctrica descansa la mayor parte de las aplicaciones prácticas de la electricidad por Werner Siemens. Él tendió el primer cable eléctrico submarino de Bona á Cagliari. Él hizo poner en prodigioso movimiento el primer ferrocarril empujado por la electricidad. Alemania ha unido estas conquistas á las incesantes que hace á la vez la mecánica, en cuyo estadio el número y el cálculo se han elevado á la graduación de la ciencia por excelencia. Aun como ciencia pura, ¡qué falange tan gloriosa la de la Alemania nueva! Jacobi con Abel, crean la teoría de las elípticas y de sus funciones; Dirichlet aplica el cálculo integral á la teoría de los números; Alcebius, Phuker y Kunmer, renuevan la geometría analítica; Arohonld, funda la teoría de las invariantes; Remauh y Weyertrass, desarrolla las de las funciones; y con éstos se hace inenarrable el número de los demás restauradores. A la ciencia del número, ciencia tan antigua como el hombre y como la vida tan inmortal, se junta otra ciencia nueva en sus formas, aunque tan vieja como la existencia sobre el planeta: la biología, la ciencia de los séres vivientes, en sus tres ramas botánica, zoológica y humana, aunque para la ciencia pura, la última se excluye. La biología, en realidad, no contribuye

al progreso de la ciencia, sino desde que fue descubierta la célula, que es para la materia viviente como la molécula para la materia inerte. El inglés Hooke indudablemente la adivinó en el corcho examinado al microscopio; pero su impericia científica no le permitió razonar lo que fue objeto simple de su curiosa observación. La célula, conquista del microscopio, se descubrió en los comienzos del siglo XIX por tres botánicos alemanes insignes: Schleider, Mohl y Nägeli. En su estudio quedó demostrado que la vida de la planta es la suma de la vida de estos organismos elementales, fuera de los que no hay ni es posible la vida. En seguida Schwan probó que el cuerpo del hombre, como el de los demás animales, estaba compuesto de células como el de las plantas, no existiendo, por lo tanto, ninguna diferencia fundamental entre las diversas formas de la vida. En esta nueva fuente de saber se ilustraron grandes capacidades científicas, Max Schultz, Brucke, Wirchow y, sobre todo, Hertwiz que, extendiendo la teoría celular á los fenómenos de la sexualidad, demostró que el amor no es más que la recíproca atracción de dos células, que la fecundación es su fusión y que en esto también hombres, animales y plantas no presentan ninguna diferencia esencial.

A qué órdenes de ideas y de abstracciones ha dado margen esta nueva rama de la ciencia, los nombres de Lamark, Darwín y Huxley lo revelan : mas el alemán Häckel en su *Historia natural de la creación* y en su *Antropogenia*, traducidas á todas las lenguas cultas, puede, en realidad, llamarse su universal popularizador. De estudio en estudio, se ha venido á parar en la microbiología ó ciencia de los infinitamente pequeños del mundo de las plantas y de los animales. Los polvos vivientes impalpables, invisibles, que pueblan el aire, las aguas, el suelo donde los demás seres orgánicos se alojan, saliendo de la esfera de simple observación y catalogación del naturalista, pasaron luego á la jurisdicción de otras ciencias; y la Medicina, investigando el origen microbiológico de muchas enfermedades, especialmente las infecciosas, trató de

averiguar el papel que los microbios representan en las fermentaciones de los pudrideros. Un alemán, entonces, Fernando Cohn, hizo el primer reconocimiento sobre la naturaleza de los bacilos, y si al francés Pasteur se debe el descubrimiento del origen microbiológico en ciertas enfermedades, médicos alemanes, Koch y Behring han sido los fundadores de las doctrinas que han impreso una base científica á este descubrimiento, haciéndolo utilizable en beneficio de la humanidad. En sentido opuesto al del conocimiento de los microbios que siembran la destrucción y la muerte donde quiera que anidan, los progresos de la biología han tomado sus indemnizaciones en provecho de la industria. La conservación de los productos alimenticios, que ha proporcionado ya y aumenta cada día las fuentes de la riqueza universal, ha sido otra de las industrias fundadas sobre los progresos de la biología. No hablemos de las ciencias médicas. La biología ha dado á la medicina nuevas bases y de tal importancia, que casi puede decirse que hasta ahora ha sido un mero empirismo rutinario, y que ahora es una ciencia nueva.

V

Se dice comúnmente que el impulso que han promovido los ferrocarriles, el telégrafo, los buques de vapor, los viajes científicos y las conquistas coloniales á la actividad de los pueblos modernos, han sido las palancas del progreso prodigioso de la industria y del comercio. Pero en todos estos adelantos, ¿no tiene su parte principal la nueva corriente práctica dada á la dirección del saber? En estas conquistas comunes, Alemania, ciertamente, no ha podido recriminarse jamás de haber quedado en rezago. Desde 1818 fue adoptado el vapor por ella para su navegación fluvial. En 1835, circuló su primer ferrocarril de Nurenberg á Furth, y si bajo el reinado de Federico Guillermo III el desarrollo de estos medios de locomo-

ción fue muy lento; después de los triunfos de Napoleón III en Crimea y en Italia, el Estado Mayor militar aconsejó con vivas instancias al Rey Federico Guillermo IV, que era preciso escuchar el hasta entonces desatendido clamor de los industriales y comerciantes, porque las líneas férreas habían de entrar en el sistema defensivo y estratégico de Prusia. En 1870, ya la red de los ferrocarriles de toda Alemania era bastante extensa, y después de la constitución del Imperio, el Príncipe de Bismarck instó á que el Estado imperial adquiriese el mayor número de ferrocarriles que se fuera pudiendo. En 1880, la red de los ferrocarriles alemanes ascendía á 31.636 kilómetros, de los que sólo 4.165 eran aún de compañías particulares intervenidas por el Estado, y 11.849 de las compañías únicamente. En 1890, la extensión total se dilataba por 40.983 kilómetros, teniendo por auxiliares 86.500 kilómetros de carretera. En la comunicación marítima, la primera línea postal con buques de vapor que se estableció con América en Europa, fue la de Bremen, en 1846. Hoy las Compañías trasatlánticas de navegación que Alemania cuenta, no tienen rivales en el mundo, y desde Hamburgo parten sin cesar las naves que llevan pasajeros, correspondencia, mercancías, á todos los mares que bañan costas de la tierra.

Pero para esta activa navegación se exige una base de producción y de industria extraordinariamente numerosa, que pueda comportar tan portentoso intercambio. Y aquí el fundamento esencial del poder del nuevo Imperio. La hulla y el hierro han sido los elementos impulsivos de estos grandes progresos. En 1800 la producción de la hulla en las minas del Rhin no llegaba á más de 17.700 toneladas, y á poco más las de Silesia. En 1900 se elevó el valor del carbón de piedra beneficiado á 385 millones de marcos, á los que hay que añadir 44 millones de marcos por la extracción de la lignita. La producción del hierro corre pareja con la de la hulla. La industria del hierro, transformada por Alfredo Krupp, que ha logrado obtener el acero en bloques macizos, sirviéndose de

ellos para usos que hasta entonces estaban reservados al hierro de forja, ha llegado á convertir la pequeña fragua paterna de Essen en el centro más importante de la industria del hierro que se conoce en el mundo. A la vez que los mil y mil objetos pacíficos que fabrica para la economía y las artes, él es el arsenal de donde toman sus armamentos la mayor parte de las naciones de los dos hemisferios. Solamente cañones de cuantos sistemas son imaginables, ha construído, hasta 1900, más de 30.000, que se han distribuído por todos los espacios del planeta. Las ciudades de Düsseldorf, Bochum y Witen sostienen admirables fundiciones del mismo metal; en Solingen se fabrican armas blancas; cuchillería y tijeras en Remscheld; agujas en Aquisgram y Düren, y plumillas para escribir en Bona. Spandau, Berlín, Sömmerda, son los centros de la fabricación de las armas de fuego, y la de la maquinaria la misma capital Berlín, Mulhouse en la Alsacia, y Chenmitz. Las grandes construcciones navales se verifican en los inmensos astilleros de Stettin, Hamburgo y Bremen, y el desarrollo imponderable de las industrias textiles ha tomado su residencia predilecta en los países del Rhin y de la Alsacia, aunque en lo general se halla difundida por toda Alemania. ¿A qué hablar de otras industrias? En el primer tercio de este siglo, por donde quiera que se viajaba en el mundo no se hallaban otras manufacturas que las de Inglaterra; durante los reinados de Luis Felipe y de Napoleón III, inundaba la industria francesa todo el mercado, al menos, del continente. En la actualidad, los productos de la industria alemana agobian todos los mercados del mundo. Cuando, después de la guerra de 1870, el Príncipe de Bismarck, en el tratado de Francfort, impuso á Francia la enorme contribución de los 5.000 millones de francos, que la República hizo efectivos con sus intereses correspondientes para 1874, no había quien no creyera que esos 5.000 millones reverterían á Francia antes de 1900 por el feudo de sus industrias, que hasta entonces habían tenido sus mejores mercados en los Estados alemanes del Sur y aun del Norte. El Príncipe

de Bismarck cerró á Francia las fronteras económicas, y protegiendo el desarrollo de la industria nacional, los 5.000 millones de la indemnización de la guerra no fueron nunca más restituídos á Francia por ningún camino.

Cuando el incremento que aceleradamente tomó la industria del nuevo Imperio exigió dilataciones coloniales para ampliar la vena progresiva de su gran comercio y desahogar sus almacenes atiborrados de géneros y manufacturas, entonces empezaron á sentirse las necesidades perentorias de crear una fuerza naval y una base colonial que fueran el complemento de toda la obra hasta entonces realizada. A Bismarck correspondió también la gloria de esta iniciativa en los últimos años de su amigo el primer Emperador Guillermo. Lo que no entró en la conciencia, fatigada por tantos trabajos, del Canciller de hierro, fue que los nuevos intereses del poder colonial naciente y de la expansión comercial, indispensablemente tenían que modificar los principios del equilibrio estático que él había creado, así en las relaciones interiores como exteriores de la nueva Alemania. ¿Y cómo no, cuando de estos hechos gloriosos había de proceder una revolución total hasta para los principios en que hasta entonces se había levantado el edificio secular de la ciencia alemana? ¿Vive ya la antigua Universidad? Sí; pero como un monumento de la arqueología de los siglos medios. Seiscientas escuelas politécnicas, laboratorios y escuelas de comercio repartidas por toda la extensión del Imperio, dan á la ciencia alemana y al pensamiento alemán un giro más concorde con los intereses que en el Imperio se desarrollan y con el poder que el Imperio necesita para conservar el eje de su supremacía en el mundo. El reino de Prusia consagra cuatro millones y medio anuales de marcos para sostener las nuevas escuelas de comercio, y otros tres millones más para las escuelas técnicas y de minas. A las escuelas industriales aplica otros cinco millones anuales de marcos. En Baviera, Sajonia, Wurtenberg y Baden las subvenciones á esta clase de establecimientos demuestran que por ellos se

siente la misma emulación. En Leipzig se funda el *Handelshorchsehule*, una especie de Universidad comercial. Al empezar el siglo xx, según nos acusan las últimas estadísticas del *Almanaque de Gotha* para el año 1901, en que nos encontramos, los territorios en protección sobre que Alemania impera, ocupan una extensión de 2.352.860 kilómetros cuadrados en Africa, 244.123 en el Océano Pacífico, 515 en Kiao-Cheon, y en todos cuenta 12.215.100 súbditos imperiales. La Marina imperial se compone ya de 105 buques de vapor, con 376.802 toneladas de arqueo y fuerza de 471.330 caballos, teniendo en construcción otros cinco navíos de línea, un gran crucero de 1.ª, cuatro de 2.ª y un cañonero. Todo esto revela para la actual posición del Imperio un nuevo aspecto de su influencia en el mundo como potencia naval y como potencia colonial. Como en este concepto la Alemania imperial se viene revelando desde 1888, también se han revelado otros Estados antiguos y nuevos, sobre todo la Gran Unión del Norte en América y el Japón en Asia. Rusia no se queda á la zaga, ni Francia tampoco. Con todo, ni Rusia ni Francia son una amenaza para Alemania y para Inglaterra, y lo son indudablemente los Estados Unidos de América, que con su gran opulencia crecen siempre, y que aspiran á disputar á todas las potencias navales y mercantiles del mundo la hegemonía en el Atlántico, la hegemonía en el Pacífico.

Los periódicos de Nueva York ya se han atrevido contra Alemania, tomando por pretexto sus cuestiones económicas con Venezuela. Contra Inglaterra todavía no se atreven, porque no se consideran aún bastante superiores á ella en fuerzas para provocarla, teniendo que malsufrirla en la cuestión de los canales, ayer por el tratado Clayton-Bulwer, y ahora por el tratado Hay-Pauncefote. Mas ¿quién duda de que en Washington se bebe los vientos por hallar medio de intervenir en cualquiera cuestión europea, como los Estados Unidos han intervenido en compañía con las grandes potencias de nuestro continente en China? Por ventura, ¿no trató de hacer la prueba

durante su guerra inícua contra España, obligando á las potencias á influir sobre nosotros para hacer la paz de cualquier modo y con cualquier beneficio, antes que el *Oregón*, acorazado, se presentase en los mares de nuestro continente? ¿No lo intentó segunda vez con motivo de las indemnizaciones pretendidas de la Sublime Puerta, obligando á que se interpusieran en favor de Turquía las suplicaciones de la diplomacia rusa, alemana y británica en Washington? Prendas de paz y conservación ha sido para Europa la triple alianza de los Imperios centrales é Italia; prendas de paz y de conservación será para la Europa naval y mercantil la inteligencia que tanto se decanta entre Alemania y la Gran Bretaña, si á fórmulas de derecho público la elevan el Emperador Guillermo II y el Rey Eduardo VII, su tío. Para los intereses de Inglaterra quizás sea una necesidad. Para los intereses de Alemania quizás lo sea también. Lo que no cabe duda es que esta aproximación será una garantía suprema para los intereses de conservación de Europa.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

UN POCO DE HISTORIA MODERNA

Dar Muley Alí, 13 de Mayo de 1900.

El famoso gran Vizir Ba-Ahmed Ben Musa ha muerto esta madrugada, y tal acontecimiento, de trascendental gravedad para el régimen interior del Imperio de Marruecos, nos obliga á permanecer encerrados en nuestra vivienda, pues el Gobierno, temeroso de que puedan suscitarse disturbios, nos ha rogado que, por prudencia, nos abstengamos de salir á la ciudad. Lo cierto es que el fallecimiento, que esperábamos, del poderoso magnate, es un gran contratiempo para nosotros, dado que él había asumido en su persona todas las prerrogativas del poder, ignorándose quién podrá sustituirle. La política interior del Magreb es sumamente curiosa: nunca hay nada previsto, y su proverbial habilidad se reduce á dar largas á todo con objeto de ganar tiempo. Casi un mes llevamos en la capital sin haber podido comenzar nuestras negociaciones, y ahora, mientras se forma el nuevo Gobierno y los gobernantes se enteran de los asuntos pendientes, sabe Dios cuánto tiempo transcurrirá. El Sultán, alejado de todo por la voluntad omnipotente del valido, nada debe saber de administración, y es casi seguro que se dejará guiar ante todo por sus caprichos.

A pesar de prever semejante desenlace, la noticia nos ha

sorprendido. Nadie suponía que la enfermedad gravísima que aquejaba al gran Vizir tuviera tan rápido final, y los médicos que le asistían esperaban que duraría más tiempo. Durante los últimos días había mejorado visiblemente. Según nos dijeron, se encontraba tan fuerte y vigoroso, que no sólo conversaba alegremente con los individuos de su corte, sino que había comido con verdadero apetito, manjares nada en consonancia con su estado de salud. El Dr. Cerdeyra, nuestro compañero, nos tenía al corriente de cuanto ocurría, pues visitaba á diario al ilustre enfermo, y no sólo nada nos dijo anoche que pudiera hacer presumir que se aproximaba el fin, sino que esta mañana nos refirió que á las nueve había ido á casa de Ba-Ahmed, donde se encontró con los Dres. Verdún y Linares, siéndoles imposible á los tres visitar al paciente que, según les afirmaron, estaba descansando. En vista de esto, salimos como de costumbre, dirigiéndonos al Mellaj ó barrio de los judíos, con objeto de hacer algunas compras.

Cuando nos hallábamos en uno de los almacenes sentimos carreras y gritos, las gentes se refugiaban en sus casas, y los hebreos que se encontraban fuera de las murallas se apresuraban á reintegrarse en el recinto que tienen designado, dando muestras de espanto. Uno de los *askaris* que nos acompañaban dijo al intérprete que convenía regresar á *Dar Muley Ali*, pues se decía que el gran Vizir acababa de espirar, y los judíos, azorados, se disponían á cerrar todas las puertas del Mellaj, temerosos de que se sublevase la ciudad y sus acérrimos enemigos los maltratasen. Aunque creímos que la noticia no sería verdadera, sino alguna falsa alarma, nos dirigimos á nuestra casa, llamándome la atención que las calles, de ordinario concurridas, se hallaban desiertas, y que la mayor parte de las puertas que dividen los distintos barrios, se encontraban cerradas. Apenas llegamos al palacio supimos que, en efecto, el célebre Ba-Ahmed había muerto á las diez y cuarto, y que así lo había comunicado el Dr. Verdún, médico del ejército marroquí, á su compañero el Dr. Cerdeyra.

Momentos después entraba el Kaid Mac Lean á expresarnos, en nombre de S. M. Abdul-Aziz, su deseo de que se abstuviesen de salir á la calle todos los miembros de la Embajada, como prudente medida de precaución, manifestando también que con el mismo objeto se había duplicado el número de nuestros guardias. Según dijo, tenía que cumplir idéntica misión cerca de la Embajada italiana.

Quedamos pues, encerrados en el recinto de Muley Alí, hasta Dios sabe cuándo, sin más noticias del exterior que las que podamos conocer por medio de las personas que vengan á visitarnos. Parece que aunque el parte oficial asegura que el gran Vizir murió á las diez y cuarto de la mañana, ha espirado en las primeras horas de la madrugada, cuidando las autoridades de ocultar el hecho, hasta tomar las medidas convenientes para evitar disturbios. Durante los primeros momentos en que circuló la noticia, el pánico y la agitación fueron grandes. Algo de ello pudimos ver. No obstante, parece que todo ha cambiado. El tebib Mariano, que vestido de moro ha venido á visitarnos, nos asegura que en la ciudad reina el orden más completo; las tiendas están abiertas, el tráfico restablecido, y el síntoma que se advierte en los semblantes y en las conversaciones de los habitantes de Marrakesh, es el júbilo que á todos, sin distinción de clases, causa la desaparición del temido tirano.

Me ha contado también D. Mariano, que apenas exhaló el último suspiro el omnipotente Ba-Ahmed, se promovió en su palacio un formidable escándalo. Sus innumerables mujeres, concubinas y esclavas, más de mil según se dice, llenas de dolor, no tanto por la muerte de su amo y señor, como por el temor que les inspiraba su suerte venidera, se entregaron á los mayores excesos, destrozando cuanto hallaron á su alcance, y especialmente las lindas arañas de vidrio de Venecia que acababan de regalar al Ministro de S. M. Abdul-Azis, los enviados del Rey de Italia; pretendiendo que aquellos inofensivos aparatos habían influído en la desgracia ocurrida. Corre tam-

bién el rumor de que indignadas contra el médico de cabecera habían arremetido contra él, propinándole una respetable paliza, tanto que éste había tenido que huir precipitadamente ante tan injusta como ilegítima agresión. Ignoro la certeza de estos curiosísimos detalles. Unicamente la presencia del joven soberano, que contra lo que se esperaba ha dado muestras de decisión y ener gía, puso término á tan extravagantes muestras de dolor. S. M. Abdul-Azis, apenas supo la triste noticia, se personó en el palacio del que fuera su tutor, con objeto de disponer todo lo concerniente al sepelio, é incautarse de los cuantiosos bienes y caudales que deja, evaluados en más de cien millones. Desde luego, dando pruebas de singular generosidad, ha ordenado que todos los miembros de la familia y esclavos del difunto sean trasladados al propio palacio real, donde quedarán alojados bajo su protección y amparo. Esta medida parece que tranquilizó por completo á las numerosas mujeres y concubinas del gr an Vizir, que temían, y no sin razón, la triste suerte que les aguardaba, de no ser recogidas por el monarca ú otra persona de prestigio y posición.

El mismo Sultán ha presidido el entierro de su valido, que se ha verificado con gran pompa, disponiendo que el cadáver sea sepultado en la mezquita de Muley Alí Sheriff, la misma en que se entierran los emperadores del Magreb. Ba-Ahmed, hijo de una esclava hebrea renegada, dormirá el último sueño en el propio panteón de los descencientes del profeta. Tan inusitado favor es una prueba manifiesta del aprecio en que Su Majestad Abdul-A zis tenía al hombre á quien en realidad debía la corona. La fúnebre ceremonia se ha celebrado con todos los detalles que fija el ritual, que por cierto es bien sencillo. Según está prescrito, apenas muere un musulmán, sus deudos y amigos cuidan de lavar y afeitar el cadáver escrupulosamente, colocándole después en unas parihuelas, no sin haberle envuelto en los amplios pliegues de un jaique. Así dispuesto todo, condúcenlo cuatro hombres, á quienes acompañan gran número de personas sin guardar orden ni concierto entre sí, ni dar

la más pequeña muestra de duelo, y marchando á pasos precipitados, hasta la mezquita más próxima al lugar donde ocurrió el fallecimiento. Para este acto se elige de preferencia la hora de la oración del medio día. Una vez ante la puerta del santuario, en donde se cuida de que no penetre el cadáver, el Imán anuncia á los fieles allí congregados que ya se halla la comitiva en el ingreso, y que es llegada la hora de sepultar al difunto. Todos los presentes se levantan y oran brevemente en común por el reposo eterno del alma del que fuera fiel creyente. Acabada la plegaria, se incorporan al séquito, que vuelve á ponerse en marcha, caminando siempre con extremada rapidez. Esto obedece á la creencia que tienen de que el ángel de la muerte aguarda al individuo en el borde de la tumba que le está destinada, con objeto de someterle á un interrogatorio, y pronunciar la sentencia definitiva que ha de decidir de su suerte en la otra vida. A cada instante se mudan y renuevan los conductores de las parihuelas, porque todos los asistentes desean participar en aquella piadosa obra y evitar que el ángel de la muerte se impaciente aguardando. Durante todo el trayecto, la mayoría va cantando con una salmodia extraña y melancólica, versículos del Alkorán.

Una vez arribados al cementerio, procédese á una nueva oración, en tanto que el cadáver es depositado dentro de la fosa sin ataud. Se le coloca sobre la tierra, un poco inclinado hacia el costado izquierdo, con la fisonomía mirando en dirección á la Meca, es decir, á Oriente, y la mano derecha arrimada al oído por el mismo lado y como si se apoyara sobre él. En seguida se cubre de tierra el cuerpo, señalando el lugar con un circuito de piedras, y la comitiva regresa al domicilio del difunto para dar el pésame á la familia. En el entretanto, así como también en el momento de la muerte y durante ocho días consecutivos, las mujeres y concubinas del difunto se reunen para dar gritos espantosos, que duran casi todo el día.

Tales son las prácticas que se siguen generalmente para dar sepultura á los prosélitos de Mahoma, y de conformidad

con este ritual se habrá verificado el sepelio del poderoso magnate que desde la muerte de Muley Hassan ha sido, si no de derecho, de hecho, el verdadero Sultán de Marruecos. Esto es todo lo que hemos podido averiguar en el día de hoy, primero de nuestro encierro, que nos crea una situación un tanto extraña y desagradable. No sé por qué el recinto de Dar Muley Ali, en el que estamos recluídos, me resulta mucho más pequeño, y mi fantasía, excitada por lo misterioso y desconocido, desearía á todo trance saltar las murallas altísimas que nos rodean, y penetrar lo que pasa en la *Medina*, que dominada por el miedo, no nos transmite ni el menor ruido. ¡Hoy más que nunca parece como si estuviéramos en una ciudad muerta!

Dar Muley Ali, 14 de Mayo.

Seguimos prisioneros en nuestro palacio, pero las noticias que hemos recibído del exterior nos permiten creer que muy pronto la ciudad habrá entrado en plena normalidad. Según se asegura, el Sultán convocó anoche en su palacio á todos los *Shorfas Filalis*, ó sean los miembros de la familia imperial, y les declaró que la muerte de Ba-Ahmed era una pérdida irreparable; que nadie podía reemplazar al difunto más que él mismo, y que por lo tanto estaba dispuesto á recoger las riendas del poder, y á gobernar por sí y ante sí. Que al efecto, había designado ya los individuos de su confianza á quienes confiar los cargos de Gran Vizir, Gran Chambelán, Ministro de Estado, Guerra, y demás altos puestos vacantes, pero que todos tuvieran presente que desde aquel momento en adelante, tales funcionarios no serían más que meros auxiliares de su persona. Manifestó también que habiendo desaparecido las circunstancias especiales causantes de que el difunto Gran Vizir hubiera sido el intermediario entre su pueblo y él, todos los que le rodeaban, parientes, deudos y súbditos, debían entender que desde entonces, sus súplicas, sus ruegos, sus peticiones, sus consejos y hasta sus opiniones, serían directamen-

te oídas por él, legítimo y único jefe del Estado. Dióles en seguida á conocer la lista de sus futuros secretarios, distribuyendo los cargos en la siguiente forma:

Gran Vizir: Hadj Mucktar, primo hermano del difunto Ba-Ahmed, y á quien éste ha dejado encomendada la tutela de sus hijos.

Kaid-el-Meshuar (Introductor de Embajadores): Driss Bel Allan, el mismo que desempeñó estas funciones el día de nuestra presentación al soberano.

Mayordomos mayores de palacio: Sidi Kassen, hermano del Gran Vizir fallecido, y Hamu, su exconfidente, tesorero y jefe de casa.

Ministro de Negocios Extranjeros: Sidi Abd-el-Krim Ben-Solimán, que ocupaba el puesto de Secretario general á las órdenes de Ba-Ahmed.

Y Ministro de la Guerra: Sidi Mohammed el Gabbás, que también actuaba de Secretario de dicho departamento.

Se dice también que estos nombramientos no dan á las personas designadas, ni amplias facultades, ni el carácter de legítimos titulares de los cargos, sino que se les considera como interinos, y que, por consiguiente, proponiéndose el Sultán, según parece, hacer un ensayo de Gobierno personal, nada tendrá de extraño que vaya reemplazándolos conforme á las exigencias imprevistas de las diversas situaciones á que haya necesidad de hacer frente. Por lo que se deduce del discurso pronunciado ante la asamblea de los *Shorfas*, la actitud del joven soberano se ha modificado en absoluto. Hasta ahora, ya fuera por inercia, ya por temor al violento y enérgico carácter de Ba-Ahmed, se había conformado con gozar de todas las preeminencias de su elevado rango, absteniéndose de intervenir en la política activa. Aunque en el nombre era el Emperador, su Gran Vizir gobernaba por él, y en realidad disponía de todo á su antojo y capricho, interviniendo en su vida privada, y manteniéndole en tal sujeción, que S. M. Abdul-Azis no se atrevía á hacer nada, ni aun siquiera visitar á su madre,

sin contar antes con la autorización de su prepotente valido, quien, según se dice, sólo le consentía verla un breve rato, los viernes, antes de la oración principal. Para mantener su influencia, Ba-Ahmed siempre lo tenía rodeado de personas de su absoluta confianza, de manera que más bien que servidores eran guardias de su persona y espías de sus actos. Una de las hermanas del difunto estaba encargada de vigilar el harem imperial. Se comprende que el Sultán haya respirado con gusto al encontrarse libre de tan opresora tutela. Lo cierto es que el Gran Vizir, fallecido, debía estar dotado de grandes cualidades, pues no sólo había logrado imponerse al soberano, sino que mantenía sumiso y obediente al pueblo que, por lo general, le odiaba. De origen obscuro, puesto que Sidi Musa, su padre, aunque llegó á ocupar el puesto de Gran Vizir de Muley Hassan, de quien había sido criado desde su niñez, procedía de una familia de esclavos; y que su madre no fue más que una esclava hebrea que nunca llegó á ser elevada al puesto de esposa legítima, Ba-Ahmed, á fuerza de talento, de astucia y de audacia, consiguió ser el verdadero dueño del Magreb. A su capricho alteró el orden de sucesión al trono, dando la corona al hermano menor, en perjuicio del primogénito Muley Mohammed, legítimo príncipe heredero que, á pesar de sus indiscutibles derechos y de sus numerosos partidarios, fue reducido á prisión. Gracias á esta arbitrariedad pudo erigirse en tutor del soberano y en regente del Imperio. La manera con que llevó á cabo tan arriesgada y temeraria empresa, demuestra de modo claro y palpable la singular tenacidad y el valor á prueba que le adornaban. Desde la muerte de su padre, Sidi Musa, Ba-Ahmed disfrutaba de la confianza de Muley Hassan, pero á título de criado, si bien el Emperador, apreciando en su justo valor su extraordinario talento, se aconsejaba de él en todas las circunstancias difíciles. Durante este tiempo, la gran ambición que le dominaba movió á Ba-Ahmed á madurar el audaz plan de colocar en el trono al hijo menor de su señor, el joven príncipe Muley Abdul-Aziz, lle-

vando á efecto su proyecto apenas ocurrió el fallecimiento del ilustre Muley Hassan, á pesar de los partidarios que tenía el príncipe Muley Mohammed, primogénito del Emperador, conocido, aunque sin razón, con el apodo de el *Tuerto,* que ya había sido nombrado por su padre *Jalifa,* es decir lugarteniente, lo que equivalía á designarle como inmediato sucesor á la corona, siendo preciso reconocer que tal designación había sido perfectamente acogida por el pueblo marroquí, porque el tal príncipe, hombre de energías no comunes, carácter guerrero y muy dado á aventuras, era un verdadero prototipo de su raza, muy simpático, por consiguiente, á los fieles mahometanos, que veían en él un legítimo descendiente del profeta.

Realizado su proyecto, es decir, una vez proclamado Sultán Abdul-Aziz, Ba-Ahmed, valiéndose de la gratitud que le debía el nuevo soberano, de su extrema juventud y gran inexperiencia, se erigió en Regente, asumiendo todas las facultades del poder, manteniendo en un secuestro real y efectivo al Emperador, distribuyendo los altos cargos á personas de su confianza é imponiendo su férrea voluntad á todo el mundo, lo mismo grandes que pequeños, que debieron doblegarse ante su omnímodo poder. Hábil político, comprendiendo que las riquezas constituyen la principal fuerza de los pueblos, acumuló grandes tesoros, que le permitían responder á todas las continuadas demandas de indemnización que le formulaban los representantes de las potencias extranjeras, con las que mantenía continuas relaciones. Con singular energía domeñó todas las sublevaciones, tan frecuentes en el Magreb, aniquilando sin piedad las fuerzas enemigas y apoderándose de sus bienes, en tal forma que él, por medio de hombres fieles, llegó á ser dueño y señor absoluto del Imperio, siendo temido, y, por consecuencia, odiado por todo el mundo, que le consideraba como un tirano.

Por esta causa, no es extraño que hasta ahora no haya ocurrido nada de particular, ni que las diversas kábilas del Imperio, llenas de gozo al verse libertadas del oprimente yugo del

déspota, hayan pensado en sublevarse, hecho que se repite cada vez que se verifica un cambio político en el régimen interior del Estado. Las victorias que los ejércitos imperiales obtienen sobre los insurrectos del Sus, hoy mismo se han recibido las noticias de nuevos triunfos, y los emisarios que han traído la buena nueva, han sido también portadores de treinta y una cabezas de jefes rebeldes, que serán expuestas al pueblo en la plaza principal de Marrakesh, contribuyen también á tranquilizar los ánimos, como asimismo las muestras de virilidad dadas por el joven soberano, que son acogidas con entusiasmo por los árabes. Sean dichas pruebas de energía revelación inesperada de un temperamento, ó débanse á la impresión producida en el monarca por los sabios consejos del difunto Gran Vizir, expresados, según se dice, en la carta que al sentirse morir le dirigió, es lo cierto que la trasformación sufrida ha causado excelente efecto en la opinión popular. Los políticos comentan también muy favorablemente la actitud respetuosa y agradecida del Sultán hacia la memoria de su consejero, que ha manifestado públicamente con la gran participación dada á sus parientes en el Gobierno de la nación, con las pruebas de consideración con que trata á su familia y las inusitadas demostraciones de duelo que ha concedido á su cadáver, ordenando que toda la corte guarde luto durante siete días. Este proceder siempre de alabar en un soberano sobre quien ha pesado tan estrecha como rigurosa tutela, puede y debe considerarse asimismo como un acto de sabia y previsora política, puesto que es seguro que, de haber dado el Sultán la menor prueba de odio contra la memoria de Ba-Ahmed, ó de ensañamiento y venganza contra su familia, hubiera excitado la irritación popular contra una administración tiránica, dando pábulo á una reacción cuyas consecuencias imprevistas pudieran ser peligrosísimas hasta para el mismo trono Sheriffiano.

El día ha transcurrido tranquilamente; desde casa hemos percibido los lejanos ecos de la música imperial que acompañaba el cortejo del soberano, que se ha dirigido solemnemente

á la mezquita de Muley Ali Sheriff, para orar sobre la tumba de su difunto Gran Vizir. Por lo demás, todo ha permanecido en la más completa calma; únicamente la voz del almuédano que proclamaba las diversas horas de los rezos litúrgicos, ha venido á romper la silenciosa monotonía ambiente. A última hora llegan á avisarnos que hallándose constituído el nuevo Gobierno, mañana probablemente podremos circular de nuevo por la ciudad. Francamente lo deseaba; la noticia de haberse expuesto en el *Soko de Djemma el Fenaa* las treinta y una cabezas de los rebeldes del Sus ha excitado mi nunca satisfecha curiosidsd, y quiero ver, aunque sea por un breve instante, que no sé si podré resistir más, tan repugnante espectáculo.

Dar Muley Ali, 15 de Mayo.

Conforme con lo que presumíamos, á medio día nos comunicaron que encontrándose la ciudad completamente tranquilla y no habiendo ningún motivo de alarma, podíamos salir del recinto del palacio y dar nuestros acostumbrados paseos. Aprovechando tal libertad me dirigí á la plaza principal para contemplar lo que deseaba. En efecto, no habían mentido. Allí, bordeando la muralla de uno de los cuarteles de askaris, se hallaban colgados los treinta y un despojos humanos. Contra mis cálculos, el espectáculo no tiene nada de particular, y á primera vista no inspiraba repugnancia, puesto que las tales cabezas más bien parecían unas toscas bolas negruzcas en que no se distinguían facciones algunas. Esto era debido á que con el fin de conservar durante tiempo indefinido los sangrientos trofeos, se habían cuidado de hervirlos en alquitran, con objeto de que esta precaución les permitiese resistir el largo viaje que debían hacer para ser expuestos en las principales ciudades del imperio. El líquido viscoso había cubierto las cabezas con una capa negra, que brillaba y relucía al sol, y únicamente los cabellos, por los que estaban suspendidas, conservaban su primitivo color. No obstante, á medida que se fijaba la vista se iban descubriendo los rasgos fisonómicos de las des-

graciadas víctimas de los odios civiles, y, naturalmente, el interés de la tremenda visión se aumentó considerablemente. Había allí cabezas de ancianos venerables, que sin duda, cargadas por el peso de los años, se inclinaban ya ante la muerte, y cabezas de jóvenes á quienes sonreía la vida que para ellos comenzaba. La variedad de expresiones era extraordinaria, recorriendo todas las gradaciones, desde la calma serena y majestuosa hasta las más horribles y espantosas contracciones. Las personas que transitaban por la plaza apenas si lanzaban una mirada á los tristes despojos, acostumbrados sin duda á tan lúgubre exhibición, que testimoniaba una vez más el omnímodo poder del temido y respetado descendiente del Profeta. Probablemente aquellas cabezas habrán caído víctimas de la traición, y ni siquiera pertenecerían á los verdaderos culpables de la rebelión del Sus. Pero la cólera del ofendido Sultán no se detiene ante nada. ¡Qué importa que paguen justos por pecadores! Hacen falta sangrientos trofeos que testifiquen el triunfo del soberano, y todas las víctimas son buenas. Una vez hecho alarde de la victoria en Marrakesh, las cabezas serán expedidas á otra de las capitales del Imperio. Camellos cargados con tan fúnebres restos los transportarán de una á otra ciudad, hasta que, gracias á las inclemencias del tiempo, la mordedura de los animales y la indiferencia de los hombres, vayan á formar parte de algún montón de basura. Me dicen que los árabes, sin distinción de clases, se resisten á acompañar las acémilas que llevan por los caminos del Imperio las pruebas de la venganza del Sultán, y que encomiendan este oficio á los hebreos, obligándoles por la fuerza á ejecutarlo. Nueva prueba del desprecio con que consideran á los descendientes del antiguo pueblo de Israel.

Después de contemplar algún rato tan raro espectáculo, que probablemente jamás volveré á ver, me dirigí á visitar, por fuera desde luego, el suntuoso palacio que estaba construyendo para su residencia el difunto Ba-Ahmed. Orgulloso como todo buen musulmán, el famoso Gran Vizir, encumbrado en

las alturas del poder, quiso hacer patente su grandeza y habitar una vivienda que rivalizara con la misma residencia del Emperador. Al efecto, compró vastos terrenos en la parte Este de la ciudad, expropiando multitud de inmundos casuchos, que (cosa singular en las prácticas marroquíes) pagó en su justo valor, é hizo edificar una serie de construcciones, rodeadas de jardines y huertas, que encerró en un recinto de altísimas murallas. Se refiere que, durante más de tres años, mil hombres trabajaban diariamente en la construcción de los diversos palacios y el planteamiento de los jardines, en los que se había de hacer gala y ostentación de todo el lujo oriental. Cuéntanse maravillas del fausto y opulencia con que están adornadas las principales salas del harem, haciéndose fantásticas descripciones de lós inmensos tesoros allí acumulados. Por lo que se aprecia desde el exterior, los edificios deben ser enormes; pero, desgraciadamente, nada más puede percibirse. Mucho rato hemos discurrido por larguísimas calles que cierran altísimas murallas, de ocho ó nueve metros de elevación por lo menos, que ocultan cuidadosamente el interior del palacio. Para contribuir á aumentar la impresión misteriosa que produce el inmenso y mudo edificio, hay que añadir que el Sultán, á quien hoy pertenece, ha mandado tapiar todas sus puertas, salvo una que está cerrada y vigilada por un piquete de *askaris*. En otras partes las construcciones no están terminadas, pudiendo verse espesos muros y pequeños edificios, entre ellos una mezquita, dedicada á la servidumbre del magnate, á fin de que pudiera cumplir sus deberes religiosos sin salir del recinto interior del palacio. Es casi seguro que estas obras comenzadas no llegarán nunca á su terminación. Dentro de algún tiempo, la corte imperial abandonará la capital del Sud para establecerse en Fez, y entonces nadie se cuidará del suntuoso palacio de Ba-Ahmed; y al cabo de algunos años de estar por completo abandonado, las construcciones á medio edificar se confundirán con las ruinas de la ciudad antigua.

Puede verse también gran parte de un curioso callejón, ce-

rrado por altísimas murallas, que debía poner en comunicación la regia residencia de Ba-Ahmed con el palacio imperial. El Gran Vizir deseaba tener un camino oculto y reservado por el que le fuera posible pasar para ir á visitar á su Señor sin que nadie en la ciudad lo supiese, evitándose el ingreso en el palacio por la plaza del Meshuar, donde nunca faltan curiosos y desocupados. Además, esta comunicación directa y excusada le permitiría ejercer una vigilancia más estrecha y activa sobre su imperial pupilo. Las obras de este callejón hubieron de interrumpirse porque debía atravesar un antiguo cementerio, considerado como lugar sagrado por los musulmanes, y las turbas fanáticas se opusieron á que fuera profanado. Ba-Ahmed no quiso contrariar por esta vez los sentimientos populares, y decidió dar un rodeo para llegar á conseguir su objeto, dejando á un lado el cementerio en cuestión y atravesando el Mellaj ó barrio de los judíos, colindante con el recinto del palacio imperial. Ya se hallaba en tratos con los propietarios de los edificios que quería comprar, cuando le sorprendió la enfermedad que ha acarreado su muerte. Un paseo alrededor de la residencia del Gran Vizir, da una idea bastante aproximada de su carácter. La inmensa extensión de terreno que ocupan los distintos edificios y jardines indican una ambición desmedida nunca saciada; las altísimas y fuertes murallas que circundan su recinto demuestran el recelo con que se ocultaba al pueblo despojado las grandezas del interior; las aspilleras y almenas de los muros hacen comprender que si se temía el motín popular y hasta quizá la venganza del Soberano, también se estaba dispuesto á la defensa. Porque el inconcluso palacio tiene marcado aspecto de fortaleza, como todos los grandes edificios de la ciudad, hallándose rodeado de callejas estrechas y tortuosas con objeto de facilitar la defensa individual en las frecuentes revoluciones populares y guerras de los Sheriffes, pues es indudable que semejantes callejones son inatacables desde el momento en que los defiendan cinco ó seis hombres.

He ido también á visitar la mezquita de Muley Ali Sheriff,

destinada á enterramiento de los Emperadores, y donde ha sido sepultado el cadáver de Ba-Ahmed, honor que ha despertado las legítimas suspicacias de muchos de los principales Sherifes. Está situada enmedio de uno de los más antiguos barrios de la ciudad, y se la considera como sacratísima, gozando cuantos se refugian en sus alrededores del derecho de asilo. Innumerables desgraciados hay siempre acogidos á su amparo, que se pasan la vida sentados en derredor de aquellas veneradas murallas, de las que no se atreven á separarse, temiendo caer en las garras de una justicia venal y despiadada. Por fuera, la mezquita de Muley Ali Sheriff no tiene nada de particular; forma un vasto cuadrilátero de murallas, terminadas con las consabidas almenas dentelladas de forma trapezoidal.

La puerta principal, que da á una ancha plazoleta, es bien mezquina, y desde ella se divisa un patio plantado de naranjos y otros árboles, que debe preceder al santuario. Desde lo alto de mi mula, y á respetable distancia, curioseaba el interior, cuando debió darse cuenta de ello algún fanático, que dió la voz de alarma, pues se apresuraron á cerrar la fuerte puerta chapada de hierro, y á correr sus grandes cerrojos. Sin duda temían que mis indiscretas miradas profanasen la santidad del lugar. No son muchos los Emperadores de Marruecos enterrados en esta mezquita, pues cada uno puede designar á su gusto el sitio de su sepultura, que su cadáver consagrará para siempre. Aquí, según se dice, se hallan las tumbas de muchos Sultanes, y entre ellas la del famoso Muley Erraid. Ahora, contra todos los usos, sirve también de último asilo á los restos del prepotente Ba-Ahmed.

Si la plaza de la mezquita de Muley Ali Sheriff presenta un aspecto mezquino y pobre, no sucede así con uno de sus rincones, en que se encuentra una preciosa fuente que forma ángulo con un algibe y la entrada al lugar de las abluciones. Esta graciosa construcción, de marcado carácter oriental, está primorosamente decorada con grecas y festones capri-

chosos, presentando un conjunto muy pintoresco. Pero lo más interesante del cuadro eran los desgraciados acogidos al derecho de asilo, que adoptando las más extrañas posturas, no se atrevían á poner un pie fuera de la línea que señalaba el espacio consagrado. Lívidos, demacrados, harapientos, miserables, formaban un cordón humano que inspiraba honda tristeza, y, sin embargo, su penoso estado, en el que tienen que afrontar los denuestos de sus enemigos y las injurias del tiempo, es preferible al horrible abandono de una prisión musulmana, ó al castigo cruel de un kadi irritado, cuya clemencia no se haya podido comprar.

De regreso á Dar Muley Alí, he sabido que los propósitos del Sultán de gobernar por sí mismo, y de sustraerse en adelante á toda tutela, se van confirmando cada vez más, lo que es acogido con júbilo general por parte del pueblo, que conserva aún viva la memoria del despotismo del Gran Vizir. Aunque el Gobierno ejerce regularmente sus funciones, aún no han sido nombrados oficialmente más que el sucesor de Ba-Ahmed, el Maestro de Ceremonias Kaid-el-Meshuar y el Ministro de la Guerra. Los dos primeros son las personas cuyos nombres nos dijeron ayer; en cuanto al tercero no es el mismo, sino un joven prócer, amigo de la niñez de Su Majestad Abdul Aziz, y que goza de toda su confianza. Llámase El Menebbi, era muy querido del difunto Gran Vizir, posee una gran fortuna y es uno de los más influyentes kaids de la provincia de Rejamna.

Quedan aún por proveer definitivamente los altos cargos de Hayeb ó Mayordomo mayor de Palacio y de Ministro de Negocios Extranjeros, si bien al presente los desempeñan con carácter de interinos los individuos que ya nos habían indicado. Parece casi seguro que Abd-el Krim ben Soliman será confirmado en el segundo de dichos puestos, ya que no sólo el Sultán le ha designado para su residencia el local destinado á Ministerio de Negocios Extranjeros, que antes ocupaba el antiguo Ministro de Muley Hassan, Sidi Feddul el Garnit,

sino que S. M. Imperial despacha con él directamente todos los asuntos de política exterior.

Lo mismo que ayer, aunque á distinta hora, hoy el Sultán ha salido para visitar la tumba del que fue su tutor y amigo, y se dice que repetirá este acto los siete días que dure el duelo decretado oficialmente. Como se desconoce con anterioridad la hora en que se verificará tal ceremonia, presumo que me será imposible presenciar, al menos, el paso del cortejo, que seguramente será digno de verse. ¡Qué le hemos de hacer! En este país todo se hace con el mayor misterio. Me han referido que hoy, en su salida, el joven monarca ostentaba como presea uno de los ricos alfanjes que le hemos traído de España.

Tales manifestaciones de duelo, á las que hay que añadir el inmenso número de asuntos cuyo despacho se ha interrumpido con la enfermedad y muerte del Gran Vizir, y que, según parece, el joven soberano desea conocer y resolver por sí mismo, es causa de que se retrase más de lo regular el comienzo de las negociaciones de esta Embajada, que deben inaugurarse con la recepción en audiencia privada del Ministro. Hay que reconocer que al recibirnos solemnemente, sin la asistencia á tan importante acto del difunto Ba-Ahmed, el Sultán nos ha dado una prueba clara, patente y manifiesta de su deseo de agradar á España, y por este motivo me parece que no hay razón alguna para creer que se demore con intención la entrevista privada, sobre todo si se tiene presente la situación extraordinaria creada por el fallecimiento de la persona que asumía todos los poderes y facultades del Estado marroquí.

Dar Muley Alí, 21 de Mayo.

Desde hace algunos días ha comenzado á correr el rumor de que el hermano mayor del Sultán, el Príncipe Muley Mohammed, vulgarmente designado con el apodo del *Tuerto,* ha sido puesto en libertad por S. M. Sheriffiana. Naturalmente, hemos tratado de averiguar la veracidad de la noticia que, de

ser cierta, reviste suma trascendencia, dados los antecedentes del primogénito de Muley Hassan. Según los informes adquiridos, resulta que, en efecto, S. M. Abdul-Azis, desde la muerte de Ba-Ahmed pensaba trasladar á su hermano á otra ciudad del Imperio, si bien lo que el vulgo hace días daba como hecho no se ha verificado hasta ayer, fecha en que el Príncipe Muley Mohammed fue sacado de la prisión en que se hallaba desde hace seis años, y conducido, acompañado por una fuerte escolta, á Mequinez, donde reside su madre. El hecho tiene suma importancia, pues el Príncipe en cuestión es un aspirante seguro al trono del Magreb, y goza de gran popularidad. Conviene, pues, conocer su historia.

Como he dicho, el llamado sin razón *Príncipe Tuerto,* puesto que no sufre de este defecto, es el hijo mayor del difunto sultán Muley Hassan y de una de sus esposas legítimas, oriunda de una noble familia de la kábila de Rejamna, tan severamente castigada por el difunto Gran Vizir. Apenas el joven Príncipe se halló en estado de poder llevar las armas, el Sultán su padre se complació en sacarle del harem y en tenerle á su lado, llevándole consigo á todas partes, incluso á sus expediciones guerreras. La gentil presencia de Muley Mohammed, su marcial donaire, sus aficiones guerreras y su incontrastable arrojo, le valieron, no sólo la marcada predilección de su padre, que le nombró su Jalifa ó Lugarteniente, sino la más completa adhesión de la soldadesca. Era natural, pues como hombre de energías no comunes, temperamento guerrero y muy aficionado á aventuras, encarnaba perfectamente en el carácter del pueblo marroquí, cuyas cualidades y defectos sintetizaba. Pero á medida que crecía en años y en vigor, se descubrían en el joven Príncipe rasgos de crueldad y tendencias crapulosas, que comenzaron á enagenarle el afecto del caballeresco y noble Muley Hassan. Durante la expedición de éste á las remotas provincias del Sus, en la que pudo recorrer puntos jamás visitados por sus antecesores, quedó el Príncipe de Gobernador en Marrakesh, y hallándose en

completa libertad, dió rienda suelta á sus aviesos instintos. Ciertos atropellos cometidos en el Mellaj, fueron causa de que el Sultán le reprendiera en presencia de la corte, y que el joven Príncipe en un arranque de ira exclamara públicamente que ninguno de los magnates que habían presenciado su disputa con su padre conservaría la cabeza sobre los hombros; veinticuatro horas después de su exaltación al trono imperial. Muley Hassan, cada vez más indignado con los nuevos y continuos excesos cometidos por su hijo, se vió precisado á reducirle á prisión en la Alcazaba de Marrakesh.

Probablemente por entonces comenzaría el Emperador á acariciar el proyecto de modificar el orden de sucesión al trono, sustituyendo al Príncipe Muley Mohammed, por el menor de sus hijos, el jóven Abdul-Aziz, habido de su concubina favorita, la bellísima circasiana llamada *Lala Rakia*, que le había sido regalada por Sidi Brisha, el futuro Embajador marroquí que debía visitar la corte de España después de los sucesos de Melilla, y que había costado, según se cuenta, la respetable suma de 30.000 francos. Esta hermosísima mujer, conocida también por el nombre de *Erquía Turquía,* había logrado captarse por completo la voluntad de su señor y dueño, que accedía á todos sus caprichos, por lo que me parece que no tiene nada de extraño que influyera poderosamente para que el elegido del Emperador fuese su hijo querido. Sin duda alguna, Muley Hassan comunicó sus deseos y sus esperanzas á Ba-Ahmed Ben Musa, entonces su humilde criado y confidente familiar, gracias á haber sido su amigo fiel y compañero de juego de la niñez. De este modo se explica que durante la agonía y la trágica muerte del Sultán, enmedio de las tribus rebeldes de Fázaz, llevara á cabo el astuto y ambicioso servidor del Emperador, aquella trama de tanta audacia como lúgubre ingeniosidad, que dió por resultado la inmediata é inesperada proclamación de S. M. Abdul-Aziz, que á la sazón contaba diez y ocho años de edad. Pero este episodio merece ser contado detalladamente.

Los desgraciados sucesos acaecidos en Melilla á fines del año 1893, fueron causa de que el Emperador Muley Hassan se viera obligado á interrumpir su comenzada expedición á los oasis de Tafilete. Precipitadamente hubo de regresar á Marrakesh, donde debía recibir á la Embajada española que presidió el General Martínez Campos. Su ya quebrantada salud sufrió mucho durante el apresurado viaje de vuelta, pues fue necesario atravesar las altas cimas del Atlas en pleno invierno y entre vientos y nieves, que hicieron no pocas bajas en el séquito del Emperador. Añádase á tales contratiempos las preocupaciones inherentes al grave conflicto exterior que habían promovido las kábilas del Riff, oponiéndose con las armas en la mano al cumplimiento de lo convenido entre dos potencias amigas. El 31 de Enero del siguiente año recibía, en efecto, con toda la solemnidad acostumbrada, á los enviados de España, manifestando públicamente que era en absoluto ajeno á los actos realizados por sus desleales vasallos, y que estaba dispuesto á castigar á los culpables. No he de extenderme hablando sobre este particular, por ser demasiado conocidos de todos los resultados que obtuvimos de aquella misión extraordinaria. Después de terminadas las negociaciones, el Sultán, ya gravemente enfermo, se dedicó á poner en orden los principales asuntos pendientes; pero habiendo estallado una rebelión en los territorios que rodean á Azimur, hubo de convocar á su ejército, y poniéndose á su frente, salió de Marrakesh el día 6 de Mayo de 1894, primer día del mes de Dulkâda del año 1311 de la Hegira, con dirección á los montes de Fázaz, y más especialmente hacia la kábila de *Aait Sajman*, que poco antes había hecho traición á su Gobernador, que era nada menos que primo del Sultán. El viaje fue azaroso por los graves padecimientos que sufría Muley Hassan, á quien acompañaba, en calidad de mayordomo, su amigo el intrigante Ba-Ahmed Ben Musa. Parece que al llegar al lugar denominado *Uadi el Abid,* en el territorio de Tadla, hacia las once de la noche del día 3 del mes de Dulhiya siguiente (3 de Junio), espiró el Em-

perador en brazos de su fiel confidente. Ba-Ahmed, única persona que tenía libre ingreso cerca de Muley Hassan, ocultó cuidadosamente á todo el mundo la desgracia ocurrida, depositó el cadáver de su señor en una litera, y pretextando una agravación de la enfermedad, hizo continuar el viaje á marcha forzada, hasta llegar á Rabat, la ciudad vecina más importante, que aún se hallaba á tres días de camino.

Durante este tiempo, Ba-Ahmed, con una audacia extraordinaria, evitó que nadie se percatase del fallecimiento del Sultán, fingiendo con sin igual sangre fría que continuaba despachando los asuntos con el Emperador, y que continuamente recibía sus órdenes. El respetuoso aislamiento en que viven habitualmente los soberanos del Magreb, le permitió llevar á cabo su atrevido intento. Ni los magnates, ni la escolta se enteraron de nada; todo siguió lo mismo, salvo el apresuramiento en la marcha de la expedición, pues lo único que se decía era que el Emperador deseaba descansar cuanto antes en su palacio de Rabat. Una vez llegados á la ciudad, Ba-Ahmed puso al frente de las tropas que la guarnecían á hombres de su completa confianza, y sólo entonces, ya seguro de sus fuerzas, convocó á los *Shorfas* que acompañaban á la corte, y les manifestó que, habiendo fallecido Muley Hassan, era necesario designarle un sucesor, y que él, conforme á las instrucciones que había recibido del difunto, proclamaba como Emir de los creyentes al joven príncipe Muley Abdul-Azis, que allí se hallaba. Hay que recordar que el príncipe Muley Mohammed había sido declarado por su padre *Jalifa,* lo que equivalía á una designación para heredero del trono. Aunque á la sazón había caído en desgracia y se encontraba prisionero en la *Kasbah* de Marrakesh, no le faltaron partidarios que en la asamblea de Rabat defendieran sus derechos. Todo fue inútil. Ba-Ahmed había tomado perfectamente sus medidas, y al fin y al cabo triunfó la parcialidad que apoyaba al príncipe Muley Abdul-Aziz, que fue proclamado Emperador. Después de dejar enterrado á Muley Hassan en una mezquita de Rabat y frente

á la tumba de su abuelo Sidi Mohammed, el nuevo Sultán marchó á Fez, con objeto de investirse de la dignidad imperial en el santuario de Sidi Driss, conforme á la costumbre establecida por sus antecesores. Después de llenar este requisito, fue reconocido por todo el Magreb y también por las potencias extranjeras. Como era de esperar, y en agradecimiento al trono que le debía, Ba-Ahmed fue nombrado Gran Vizir, no tardando en convertirse, dada la juventud é inexperiencia del nuevo Sultán, en una especie de tutor, ó más bien de regente del reino. Desde entonces, el obscuro funcionario, hijo de Sidi Musa y de la esclava hebrea, su concubina, ha sido el soberano de Marruecos.

Para mantener su obra, el Gran Vizir adoptó desde luego las bárbaras medidas de precaución y de represión que han caracterizado siempre á los gobernantes marroquíes. Todos los enemigos del nuevo soberano fueron reducidos á la indigencia, encerrados en una prisión, ó condenados á muerte. Gracias á tan radicales procedimientos, llegó á confundir á sus enemigos y á sostener el vacilante trono del joven Sultán, combatido á la vez por los Shorfas, que despreciaban al monarca por ser hijo de una concubina extranjera, y á su Vizir por su ascendencia de esclavos, y por gran parte del ejército y de las kabilas, dispuestos á olvidar las malas cualidades que afeaban el carácter de Muley Mohammed, en atención á su ilustre prosapia y á sus guerreras hazañas. No es, pues, de extrañar, que en atención á todo esto, el desgraciado Príncipe tuerto haya sufrido durante los últimos seis años los rigores de la más estrecha prisión, ni que se haya propagado varias veces, apoyándose en la lógica inexorable de la razón de Estado marroquí, la especie de haber sido á traición envenenado tan temible competidor á la corona.

Ya conocidos tales antecedentes, se comprenderá fácilmente el alcance político que puede tener el acto de clemencia de S. M. Sheriffiana, y el efecto extraordinario que habrá causado en la imaginación popular. Por mi parte, mucho me temo

que la tan decantada liberación del Príncipe Muley Mohammed se reduzca á un simple cambio de prisión, y que sus acciones sean tan celosamente vigiladas en Mequinez, á donde ha sido trasladado, como lo han sido hasta ahora en Marrakesh. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que esta prueba ostensible y manifiesta de la aparente magnanimidad del Sultán, al mismo tiempo que autoriza y confirma las gratas esperanzas del pueblo, demuestra palmariamente la confianza en sus propias fuerzas y en su creciente prestigio, que parece animar al joven monarca.

Dar Muley Ali, 24 de Mayo.

El tiempo pasa; hoy hace precisamente un mes que llegamos á Marrakesh, y todavía no se ha comenzado á trabajar. La verdad es que hemos sufrido una larga serie de inoportunos é imprevistos contratiempos, y que la enfermedad y muerte del Gran Vizir, primero, el duelo de la corte después, y por último, el desconocimiento absoluto que tiene el joven soberano de los asuntos internacionales, nos han impedido entablar las negociaciones. Aún no puede presumirse ni remotamente el día en que el Ministro será recibido en audiencia privada, y por consiguiente, es imposible calcular el tiempo que aún nos queda que permanecer en esta ciudad. Para calma, los mahometanos. Además, conviene saber que los funcionarios marroquíes no trabajan todos los días de la semana. Los lunes, por tener que despachar la correspondencia dirigida á las provincias; los viernes, por ser el día festivo equivalente á nuestro domingo, y los jueves, por dedicarlos á los goces del harem y á las espansiones familiares, son días inhábiles para tratar de negocios, sin contar que nunca faltan pretextos, mejor ó peor fundados, para declarar fiestas de solemnidad los demás días de la semana. Con estos antecedentes, cualquiera calcula para cuándo habrá la Embajada cumplido su misión.

Anteayer terminó el luto de la corte, que ha durado una semana, conforme á lo mandado por el Sultán, quien ha visi-

tado públicamente la tumba de Ba-Ahmed los cinco primeros días que han seguido á su fallecimiento, siempre á distintas horas y con el mayor misterio, por lo que me ha sido materialmente imposible poder presenciar la ceremonia. Algunos de nuestros compañeros de expedición comienzan á mostrarse fatigados de su estancia forzosa en Marrakesh. Lo cierto es que nuestra vida no deja de ser monótona y aburrida. La nostalgia de la civilización se hace sentir despiadadamente. Sólo para aquellos que, como yo, hallan su entretenimiento observando costumbres raras y curiosas, y tratando de penetrar en lo posible los secretos de la vida íntima de un pueblo que tanto debiera interesar á los españoles, el tiempo se pasa sin sentir. Para mí todo me ofrece la misma novedad que el primer día. Paréceme que vivo en el siglo XII en Córdoba ó en Sevilla ó en Granada.

Si no tenemos mucho que hacer, lo cierto es que tenemos en qué pensar. La comparación entre la vida musulmana y la de gran parte de la España medioeval, es fuente de interesantes deducciones. Indudablemente la civilización árabe ejerció una gran influencia en nuestra raza. En Andalucía, sobre todo, ha dejado huellas tan hondas que aun hoy día subsisten. Tampoco nos faltan fábulas y consejas con que recrearnos. La novedad del día es que los ilustres Shorfas que duermen el sueño eterno en la mezquita de Muley Ali Sheriff, se hallan en el mayor estado de indignación por haber sido depositado entre ellos el cadáver de Ba-Ahmed Ben Musa, indigno de recibir tal honor. ¡Ni entre los muertos puede haber igualdad! Ningún buen musulmán pone en duda que la justa cólera de los difuntos descendientes del Profeta se traduce en vías de hechos, y que todas las noches el espíritu del Gran Vizir sufre una tremebunda paliza que le propinan con el fin de expulsarlo del sagrado recinto los poderosos magnates que allí reposan. ¿Acaso es justo que se atreva á permanecer en aquellos venerables lugares? Lo cierto es que todas las noches los que residen en las cercanías de la mezquita escuchan con espanto los

lamentos que exhala la pobre víctima de su involuntaria audacia. Es verdad que otras personas niegan todo esto, y, mejor informadas, aseguran que lo exacto es que Allah, indignado por las tropelías é injusticias que durante su vida cometió Ba-Ahmed, le ha castigado convirtiendo su espíritu en perro, y que lo que se oye todas las noches no son lamentos de dolor, sino los desconsolados ladridos de un can que aulla á la luna. ¡Nada; un cuento de las *Mil y una noches!*

RAFAEL MITJANA.

(*Se continuará.*)

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Sociología: Los deberes sociales de las clases superiores y la evolución del socialismo.=Biografía: Anatolio France.—Armando Silvestre.—Literatura: La evolución de la poesía en el último cuarto de siglo.—La literatura de los jóvenes y su orientación.—Las sustitutas. = Psico-física: Los caracteres humanos.=Crítica: La lengua parlamentaria.=Bellas Artes: El escultor Rodin.= Costumbres: El harem del gran Turco.=Impresiones y notas: La obra de Nietzsche. —La publicidad.— El poder temporal del papa.— El automovilismo.— El presidente Krüger.—Aplicaciones de los globos cautivos.—El Walhalla británico. — El paludismo y los mosquitos. — Cómo se jura en Francia.

SOCIOLOGIA

Los deberes sociales de las clases superiores y la evolución del socialismo.—El movimiento de las ideas directivas del socialismo—dice en la *Nuova Antologia* el profesor de Nápoles Alejandro Chiappelli—ha cambiado de orientación en estos últimos años, determinando profunda crisis en su seno. Mientras por una parte va abandonando los rígidos dogmas del marxismo, por otra el carácter revolucionario y violento que de cuando en cuando se manifiesta en la entonación apocalíptica y milenaria de una parte de la prensa del partido, va transformándose en movimiento evolutivo y reformador. Y esta modificación en las teorías ha trascendido á la práctica, prevaleciendo el criterio de la acción política y legal que ha dado la victoria al posibilismo de Jaurés sobre el radicalismo de Guesde, llevando á Millerand á ocupar un puesto de Ministro en el Gabinete francés.

Menos visible, pero no menos notable, es otra transformación del socialismo: como las exigencias morales, latentes en el movimiento de la clase obrera, son verdadera fuerza impulsiva de la ascensión social, la misma democracia social se ve obligada á dar á la idealidad moral, no sólo el valor de un síntoma, sino el de un elemento eficaz de acción social. Todavía prevalece, sin duda, en el campo de la economía liberal como en el de la economía socialista, un concepto determinista de la vida social; y sin embargo, mientras la nueva escuela económica inglesa de Marshall reconoce el hecho moral como coeficiente indispensable de la vida económica, el socialismo comienza á desprenderse del materialismo puro. Mientras que hace tres años no se quería oir hablar, ni aun por los adoradores de Marx, de la moral del socialismo, hoy se reconoce la necesidad de colocar las cuestiones éticas en el puesto preeminente que les corresponde.

En tanto que los agitadores y demagogos hablan de derechos y casi nunca de deberes, importa reconocer que en las altas esferas sociales sucede todo lo contrario. Salvo en las homilias de los templos ó en las exhortaciones de algún moralista, las altas clases apenas oyen hablar de sus deberes ni de los derechos de las clases inferiores. Y sin embargo, la masa inorgánica es un peligro permanente; pues si de ordinario es inerte é inofensiva, cuando se pone en movimiento lo precipita todo en torno suyo; por eso la educación de los humildes, de la que ha de salir su organización, es un preciso deber social. ¿Qué se puede y qué se debe hacer para realizarlo? Esto es lo que Chiapelli estudia en dos capítulos dedicados á exponer la educación social de las clases inferiores y la de las superiores.

La educación social del proletariado suele ser dejada á un lado por las fuerzas directivas del movimiento socialista: los jefes del socialismo quieren elevar al poder á los obreros, pero no se cuidan de prepararles para ello, sobre todo con una severa disciplina moral. Importa que las clases inferiores se per-

suadan de que el verdadero oficio de una democracia civil debe ser, no ya deprimir á los excelsos, sino elevar á los humildes; importa que se convenzan de que el valor económico no es fruto sólo del trabajo manual. En la vida social, como en otros órdenes de la humana actividad, no se obtienen grandes y duraderas mejoras sin clara conciencia de lo que se quiére conseguir. El pueblo es demasiado apático é inculto para realizar su propia redención económica. Los agitadores le quieren educar, pero educar no es llamar á la batalla; y la verdad es que sobre la masa todavía inorgánica y heterogénea del proletariado, se constituye una oligarquía de jefes intelectuales que gobiernan el mundo obrero y que hacen del pueblo un instrumento, un ejército gobernado por un pequeño estado mayor procedente del campo de la burguesía. ¿Cómo es posible esa ascensión del proletariado al poder, si los trabajadores nada pueden sin los jefes que el capitalismo burgués les ha dado? ¿No sería eso un simple cambio de amo, pasando del dominio de los capitalistas al de los oradores?

Ningún evangelio social puede ser ya predicado hoy más oportunamente que el que enseñe, como el de Tolstoï, «la dignidad del trabajo»; pero es necesario que el trabajo manual no se exalte á costa del intelectual, como suelen hacer muchos por adular á la plebe; la civilización moderna no es debida á la mayor distensión de los músculos, sino á la intensa actividad del espíritu. Ir predicando á los obreros que sólo arrojando del poder á las clases directoras de hoy, reemplazándolas por proletarios, puede obtenerse la salvación, es una temeridad y una imprevisión; la transformación industrial de la *manufactura* en *maquinofactura,* fundamento del capitalismo moderno, es obra de la ciencia principalmente. En una edad como la nuestra, en la que Darwin ha destruído el concepto de las especies inmutables de la naturaleza, es doloroso oir hablar de «especies sociales». Esparcir, por el contrario, una oleada de sana moralidad, difundiendo la cultura en el mundo obrero, vale mucho más que acariciar instintos egoístas y fomentar

convulsiones intempestivas. El mismo Bebel, que no habla ya de comunismo, sino de reformas practicables, y el valiente libro de Bernstein, confirman esta nueva orientación.

Mucho más vasto es el campo que se abre ante nosotros cuando se habla de los deberes que incumben á las clases dominantes. Para iluminar á los demás es preciso iluminarse á sí mismo. El que analiza la sociedad no puede menos de preguntarse si la competencia, frecuentemente cruel y violenta, es consecuencia inevitable y lógica de la libertad y del progreso industrial, ó si más bien, como dice Marshall, la extrema desproporción de las fortunas logra impedir la producción de la mayor suma posible de actividad. Gran parte de la población no toma parte en la lucha ó lo hace en condiciones tales, que le quitan toda probabilidad de éxito, sea cualquiera el mérito natural ó la capacidad de sus componentes: cuando entran en la vida, encuentran ya ocupados los mejores puestos en el banquete, y como carecen de armas para luchar, quedan de hecho excluídos, faltos del saber necesario para abrirse paso.

Esta emancipación y educación de la democracia no es posible mientras subsista el actual estado de servidumbre de las clases obreras, que cuando no se sienten aplastadas por la fortuna de los privilegiados, se ven asediadas por la apremiante solución del problema del pan; el que tiene hambre no puede ser libre. De ahí la urgente necesidad de poner á todos en condiciones de libertad y de competencia. Roto ó poco menos el vínculo religioso que antes unía á todas las clases, toda comunidad espiritual entre la clase culta y la inculta ha desaparecido, no siendo maravilla que el gusto por la poesía y el arte, la ciencia y toda vida ideal, como el culto á las grandes figuras históricas, esté perdido en las clases populares.

Las diferencias entre patricios y plebeyos, propietarios y proletarios, nunca han sido tan grandes como las que hoy separan las «clases instruídas» de las «clases sin instrucción»; el derecho á la educación en su forma más elevada es hoy privilegio de los ricos; por eso las clases superiores no sólo deben

preocuparse de proporcionar á las inferiores beneficios materiales, sino que deben tener su «cura de almas». La clase obrera constituye un verdadero grupo social que tiene su filosofía de la vida, su espíritu peculiar, su modo propio de ver y de sentir, siendo el centro de la vida económica y el grupo fundamental de la sociedad humana. Todos lo estiman así, y todos entienden que el progreso humano debe consistir en la elevación moral de esa gran colectividad.

El hecho, sin embargo, es que este gran movimiento tropieza por doquier con graves obstáculos: en el exterior, por la resistencia de los demás órdenes sociales, que creen amenazados sus intereses; y dentro, por la masa misma de los obreros con sus apasionamientos y exageraciones. No faltan hombres de talento en la dirección del movimiento, pero abundan los intrigantes y los facinerosos, elementos perturbadores y disolventes; por eso las clases mismas superiores son las que deben buscar una orientación de justicia y de paz.

Si en esta obra de educación social del proletariado conviene dar la preferencia al principio del *self-help,* que informa la legislación inglesa, ó al del *staats-hilfe,* en que se inspira la alemana, es cuestión delicada que debe resolverse circunstancialmente, según la índole de los pueblos. Es indudable, sin embargo, que todo lo que es libre producto del propio trabajo tiene mucho más valor moral y social, no habiendo nada más pernicioso que esperarlo todo pasivamente del Estado. El Estado puede y debe intervenir, pero de un modo tutelar que que nunca signifique tiranía ni omnipotencia.

Dentro de este concepto positivo de sus funciones promovedoras de las iniciativas individuales, debe el Estado secundar y sostener todas esas formas intermedias de asociación obrera y de organización económica que pueden salvar á la sociedad moderna de la omnipotencia unificadora del poder central y del indisciplinado atomismo individual, tales como los sindicatos obreros y las variadas formas de sociedades cooperativas, con las instituciones de previsión y seguridad mutua.

Pero es preciso que esta labor la secunden las clases directoras é inteligentes, no por mero cálculo de interés, sino como resultado de una clara conciencia de sus deberes. Para esto se necesita energía de propósitos y buena voluntad, con una gran fe en los destinos y en el porvenir de la civilización. Para que surja este espíritu de sacrificio hace falta que se produzcan en el seno de nuestra burguesía fuertes corrientes de idealidad, vivos impulsos de fe en una finalidad superior á los meros intereses de las clases sociales. ¿Cuántos jefes de industria viven entre sus obreros? ¿En cuántas de nuestras fábricas es el obrero consocio más que instrumento del capitalista? ¿En cuántas es el salario resultado de un contrato bilateral, libremente discutido y pactado entre el empresario y el obrero? ¿En cuántas es proporcionado á las horas de trabajo, ó éstas son más ó menos según las variaciones del mercado?

Suele empezarse por reformas externas, y éstas son vanos expedientes sin una íntima renovación. Y en nuestros tiempos no hay que esperar la salvación, como muchos creen, ni de la inesperada aparición de algún gran héroe de la civilización, ni de improvisadas revoluciones políticas, guerras ni golpes de Estado. La tendencia á la gran armonía social de los individuos, de las clases y de los Estados se funda en la nítida visión de la nueva idealidad ética, en la solidaridad económica garantizada por la justicia. ¡Ay de las clases superiores si se mantienen inaccesibles rehusando el fecundo contacto con las vírgenes energías populares! ¡Ay de los que no estén preparados para esta gran obra de renovación social mediante la renovación de su conciencia moral! Cuando suene la hora, serán excluídos de los beneficios de la civilización y arrojados de los caminos de la historia.

BIOGRAFIA

Anatolio France.—Todo invita en este hombre genial á hacer su retrato; así abundan sus fotografías de cuerpo entero,

en busto, de frente, de perfil, de todas maneras, siendo tema de todo linaje de literatos un artículo sobre Anatolio France, seguros de que no hay quien se resista á la atracción de tan prestigioso nombre.

Sería preciso un volumen—dice Fernando Gregh en la *Revue Bleue*—para anotar todos los rasgos de su genio sutil. ¡Qué libro tan delicioso podrá escribirse más tarde, muy tarde, lo más tarde posible, cuando esté terminada su labor!

Es célebre y poco conocido, sin embargo, no por falta de informes de reporters ni de fotógrafos. Unos y otros se sirven del mismo cliché: «el sonriente Anatolio France». Sí, es risueño, pero no se contiene todo en este epíteto, y hay algo más en él. Su acogida es afable, su apretón de manos amistoso, su mirada sonríe dando la bienvenida al que llega, y la alegría vive en su rostro como en sus pensamientos, derramándose por sus labios y por sus palabras. Pero de pronto, ante un nombre ó una idea, sus facciones se fijan, la sonrisa desaparece, el rostro adquiere gravedad, la mirada empaña su brillo y se hace interior, y súbitamente ese parlanchín descuidado y jovial, con su barbilla y sus bigotes encerados, toma—¡Dios me perdone!—el aire marcial y abotonado de un general del segundo Imperio.—Este tránsito incesante de la sonrisa á la seriedad, esta envoltura de un núcleo de sólidas verdades en ligeros papeles sedosos de ironía, es toda la obra de Anatolio France, desde sus primeros versos hasta sus últimos volúmenes, y sobre todo de su *Historia contemporánea.*

Todo es digno de aprecio en tan considerable labor: la gracia un poco marchita del *Crimen de Silvestre Bonnard* y del *Libro de mi amigo;* el maravilloso sentido histórico del *Estuche de nacar* y *Clío;* la hermosa *Thais* y la prestigiosa *Asadería de la Reina Pedauque*; los breviarios del libre pensamiento del *Jardín de Epicuro* y las *Opiniones de Jerónimo Coignard;* y en fin, el *Lirio rojo*, uno de los más bellos libros de amor que se hayan escrito en estos últimos cuarenta años.

Bien pensado todo, los cuatro volúmenes de la *Historia*

contemporánea son la obra maestra de Anatolio: tienen algo de todos los demás, y algo que es exclusivamente suyo: Bergeret es Bonnard y es Coignard; el estudio de los celos de Bergeret en *Maniquí de mimbre* es tan notable, en su género, como el de Dechartre en el *Lirio rojo*, y Pafnucio mismo se encuentra por entero en la *Historia contemporánea*, sólo que ahora es asuncionista.

Los principios de esta obra fueron humildes: estudios de sacerdotes en el *Eco de París* con el epígrafe de *Las ideas del cura Lantaigne,* seguidos de la *Despedida de Piedagnel,* una obra maestra; de cuento en cuento, France adquirió la conciencia de la idea que instintivamente había germinado en él y comprendió su riqueza y novedad; y Bergeret, que era sólo un comparsa, se convirtió en el héroe principal del libro y en el verbo del autor, surgiendo sucesivamente *El Olmo del mallo, El Maniquí de mimbre*, *El Anillo amatista* y *El señor Bergeret en París.* Estos libros no se parecen á nada, son inclasificables; son á la vez cuentos y folletos, estudios de costumbres provincianas y políticas, y cuadernos de reflexiones morales, diálogos filosóficos y novelas. No hay palabra que los defina, y el gusto que se disfruta leyéndolos es infinitamente complejo: son instructivos como un manual de historia, sugestivos como un libro de filosofía, deliciosos como un poema perfecto, entretenidos como una revista de fin de año.

*
* *

Armando Silvestre.—No era sólo un cronista despierto, un libretista ingenioso, un cuentista de la vieja raza gala; era además, y sobre todo—dice Manuel des Essarts—un verdadero poeta, de los que han decorado el Parnaso, y vivirá en todas las antologías del porvenir. Ha hecho y publicado muchos miles de versos, siendo inagotable su facilidad.

Catulo Mendes no vacila en comparar Armando Silvestre con Lamartine, y ambos, en efecto, se asemejan en la nobleza

del sentimiento, la dignidad del pensamiento y la inspiración y el brote de versos soberbios, como los que á cada paso se encuentran en sus obras.

Su colección de estreno en 1866, *Sonetos paganos*, le valió un prefacio de Jorge Sand; ocho años después la ilustre escritora renovó el elogio del poeta al publicarse otro tomo de *Poesías*, donde Silvestre presentaba reunidas sus dos colecciones de *Rimas nuevas y antiguas* y *Los renacimientos*. En ambos volúmenes, Silvestre se revelaba ya como un poeta genial, y sus estrofas están llenas de alejandrinos inolvidables como éstos:

> Seul l'Idéal nous fait d'immortelles blessures
> Et le mal de l'aimer console d'en souffrir.

Al final de las *Poesías* aparecían los *Versos para ser cantados,* cuyos trozos más hermosos son para Des Essarts *Quand j'ai dit à l'aube sa sœur, L'obscurité des grands bois* y la *Chanson des blés*, aunque quizá el más elocuente y lírico de estos poemas fuera *La gloire du souvenir*.

La *Canción de las horas*, de 1875, iguala á los volúmenes precedentes en el fondo y en la forma. Las *Rimas viriles* fueron seguidas de las *Fantasías celestes*, á veces deliciosas. Tras ellas, los *Intermedios paganos* nos vuelven al sueño plástico de la antigua belleza, habiendo en este poeta de Tolosa más de Propercio y Ovidio que de Lamartine y Musset.

Otras cuatro colecciones, *Las alas de oro*, *El país de las rosas, La canción de las estrellas* y *El oro del poniente,* siguieron á las anteriores; hay en ellas versos hermosos, pero en general valen menos que los precedentes.

Las poesías de Armando Silvestre tienen algo del *más allá*, á veces hasta del infinito, conservando el reflejo del alma del poeta, generosa y grande, patriótica y honrada.

LITERATURA

La evolución de la poesía en el último cuarto de siglo. —Hace veinte años—dice Jorge Pelissier en la *Revue des Revues*—la escuela parnasista estaba en pleno triunfo, y no hace diez que produjo los *Trofeos,* su obra maestra. La poesía en los *Trofeos* consiste, sobre todo, aun al desplegar su mayor magnificencia, en la precisión, en la exactitud, y esa es la idea que de ella se formaba el Parnaso. La poesía parnasista es esencialmente didáctica, lógica, técnica, distinguiéndose por la claridad, la precisión, la concisión, la rectitud.

Frente á este concepto se eleva el concepto de los simbolistas: la poesía para ellos tiene por objeto, no reproducir con precisión formas determinadas, sino evocar «el alma de las cosas». La poesía parnasista se enlaza con las artes plásticas; la simboliza con la música. Cuando se trata de sugestionar, las palabras no sólo son signos lógicos, sino sonidos y notas musicales. Para ser poeta simbolista no hay necesidad de símbolos precisamente; basta expresar las secretas afinidades de las cosas con nuestra alma. Por eso los simbolistas suelen ser obscuros; lo claro, según ellos, es materia de la prosa: no hay poesía sin obscuridad.

Alfredo de Vigny, por su afición al misterio, y Baudelaire, por su «don de correspondencia», podrían pasar por precursores del simbolismo; pero los verdaderos precursores de esta escuela son Mallarmé y Verlaine. Mallarmé fue al principio parnasista, y sólo en la segunda parte de su carrera se hizo el teórico de la nueva estética. Su vena poética fue siempre pobre, pero en sus últimos años llegó á ser estéril; algunos estudios en prosa, como su *Divagación sobre el verso,* es todo lo que en él puede mostrarnos al iniciador del simbolismo; pero como muchos jóvenes poetas frecuentaban su casa, allí es donde se elaboró en coloquios la moderna poética. En sus poesías

hay algún verso que parece hermoso y atractivo; pero ¿qué valor tienen estos mismos versos si los anteriores y los posteriores no hacen sentido? En algunos pasajes hay que andar á tientas sin verse la menor sintaxis ni explicarse la función ni el lugar que ocupan las palabras. Se adivina en Mallarmé una especie de genio confuso, oprimido y martirizado por su obra, de la que nada probablemente quedará.

Pablo Verlaine sufrió también al principio la influencia del Parnaso, especialmente de Leconte de Lisle y de Banville; pero ya en la *Buena canción* se anuncia una nueva manera por la ingenuidad y la dulzura, por la fluidez de la forma y por cierta torpeza. Cuatro años después de la dispersión de los parnasistas por el Año terrible, Verlaine publica sus *Romances sin palabras,* donde se revela como es: son estados de alma no analizados, no anotados en rasgos precisos, sino indicados por alusiones, por imágenes vagamente análogas sin enlace lógico entre sí. Siete años más tarde publicó *Sabiduría,* especie de letanías donde se exhala su natural misticismo, y que con *Jadis et naguère, Amor, Paralelamente* y *Dicha*, completa la obra de Verlaine, que comenzó en 1885 á ser mirado por los jóvenes como su maestro. No hay que hacerle, sin embargo, jefe de escuela, pues Verlaine jamás tuvo otra regla que el instinto del momento, y toda su doctrina, si este nombre puede emplearse en este caso, se encierra en este verso: «el arte, hijos míos, es ser absolutamente uno mismo.» Declara la guerra á la retórica y aun á la elocuencia: «Coge la elocuencia—dice—y retuércela el cuello.» No quiere una poesía lógica como la de Boileau, ni pintoresca como la de Gautier, ni escultural como la de Leconte de Lisle, sino fluída, aérea, vagamente matizada, reñida con todo lo artificioso y preparado. Todo lo que quede de los doce ó catorce tomos de Verlaine cabe en cien páginas; muchas de sus poesías no tienen sentido, y las que se entienden suelen ser alambicadas ó triviales, estando llenas de simplezas. Sólo algunas son verdaderamente deliciosas y bastan para asegurarle un puesto entre los verdaderos poetas

Al principio del simbolismo los críticos se veían en verdaderos apuros: unos ridiculizaron las tentativas de los innovadores, entre los que había más desequilibrados y charlatanes que verdaderos artistas; y otros, cuya regla es «estar en el movimiento», colmaron de alabanzas á los jóvenes, sin distinguir á los desequilibrados de los poetas. Con Enrique de Regnier, sin embargo, no había error posible: era un verdadero poeta que tomaba en serio el arte. Algunas de sus obras, *Los dos racimos*, *El ladrón de abejas*, *Ariana* y *El Pastor* anuncian lo que pronto será, no ya la alegoría, sino el símbolo; con los *Poemas antiguos*, *Como en sueños* y *Aretusa*, se separa decididamente de sus primitivos maestros Leconte y Heredia, por la forma, empleando el verso libre, y por el fondo, por ser su poesía toda de sombras y sueños; *El hombre y la sirena*, en *Aretusa*, es quizá la pieza que mejor hace sentir el encanto y la gracia de la nueva poesía. Sus más recientes colecciones, como la del año pasado, *Medallas de arcilla*, parecen indicar que vuelve al Parnaso.

Alberto Samain, muerto el año último, merece ser citado después de Regnier, siendo la nota que le caracteriza la mezcla singular del *baudelerismo* con el *verlainismo*. En el *Jardín de la Infanta*, *Acompañamiento*, *Otoño*, *Música*, *Elegía*, *á Gabriel Randox* y otras, hay trozos deliciosos; cansado, sin embargo, de «buscar oropeles de feria», ha querido «volver á la verdad de su corazón», escribiendo sus elegías, menos originales, pero más sinceras. Los idilios alejandrinos de *En los costados del vaso*, son laudables por su pureza y elegancia.

Juan Moreas, autor de *El peregrino apasionado*, considerado por muchos jóvenes poetas como obra maestra que consagraba definitivamente el simbolismo, rompió poco después con los simbolistas para fundar una nueva escuela, la *romana*, que le condenaba á no hacer sino imitaciones.

Todos estos poetas eran más ó menos fieles á la poesía clásica; pero hay otros que para nada se inspiran en ella. Así Vielé-Griffin, el compañero de Regnier, está plagado de impro-

piedades, de giros barrocos, de neologismos estupendos, de ritmos discordantes, incoherencias y divagaciones, mereciendo, sin embargo, ser mencionado con elogio por obras como *La Cabalgata de Yeldis, Focas el jardinero* y la *Leyenda alada de Wieland el herrero*, donde las más grandes ideas filosóficas y morales toman una forma viva, ora dramática, ora lírica.

Jorge Rodenbach, cuyo *Reinado del silencio* merece especial mención, es el poeta de las medias tintas y de la penumbra, el poeta de todo lo que se marchita y aja, dándonos la impresión de su país natal, la Bélgica, con sus paisajes descoloridos, horizontes brumosos, canales sosegados y ciudades adormecidas. Emilio Verhaeren, en sus *Desbandadas* y *Aparecidos*, nos presenta otra Bélgica exuberante, orgiástica y mística á la vez, dando á los objetos un relieve brutal con su lengua abrupta y peñascosa y su prosodia desconcertante por lo discorde de los ritmos.

Volviendo á los franceses de nacimiento, hay que poner aparte á Mauricio Bouchor, que tiene su simbolismo especial, desarrollando en sus *Símbolos* los grandes mitos por los que la humanidad ha expresado bajo diversas formas el sentimiento universal del más allá. Más tarde ha escrito *misterios* para un teatro de fantoches, mereciendo ser citados los *Misterios de Eleusis* como uno de los más hermosos poemas contemporáneos, por la inspiración, por la adecuación y por la admirable poesía que envuelve.

Fuera de estos poetas, que son los que han contribuido á la evolución de nuestra poesía, hay otros muchos, como Richepin, Arancourt, Lahor, Guerne, etc., que han sido ó románticos retrasados ó creyentes de la poética consagrada. Theuriet es el pintor delicado y gracioso de los Ardennes. Vicaire, de las costumbres y tipos de la Bresse; Fabié, del Rouergue, y Goffic y Le Braz, de la Bretaña; todos ellos forman el grupo que pudiera llamarse de los provincianos y «campestres».

El simbolismo es sólo una fase más ó menos duradera en la historia de nuestra poesía. ¿Ha terminado su misión? Nadie

puede decirlo. Su influjo es, en todo caso, laudable: ha roto el mecanismo parnasista y ha emancipado la métrica de reglas puramente artificiales.

***

La literatura de los jóvenes y su orientación. — Estudiándola en la poesía primero, y en la novela después, el poeta simbolista Gustavo Kahn consagra á la literatura de los jóvenes un sustancioso artículo en *La Revue* de París.

Júzguese como se quiera, es indudable que los escritores englobados bajo el nombre de simbolistas produjeron en 1885-86 el primer movimiento contra el parnasismo, triunfante en la poesía, y el naturalismo, dueño de la novela. Los simbolistas habían leído mucho á Baudelaire y á Flaubert, á los refractarios del Parnaso, como Mallarmé, Verlaine, Villiers y Cros, y al refractario del naturalismo, Huysmans. Criticaban al Parnaso por no ser una escuela nueva, sino el fin del romanticismo, un romanticismo clasificador y helenizante; echaban en cara al naturalismo el prescindir de evocaciones, sueños, leyendas y fantasías.

La conquista más neta del simbolismo es el verso libre, fórmula elástica que libra al oído del runrún siempre binario del verso antiguo y permite á cada cual escuchar y reproducir la canción que tiene dentro. La mejor definición del simbolismo es la de Gourmont: «la expresión del individualismo en el arte». En los comienzos de la escuela aparecen las firmas de Mallarmé y Verlaine con las de Rimbaud, Laforgue, Moreas, Adam y Kahn. La lista de los que después han aceptado el nombre de simbolistas es numerosa, figurando entre ellos Maeterlinck, Regnier, Verhaeren, Vielé-Griffín, Merril, Dubus, Morice, Gourmont, Saint-Pol, Mockel, Gide, Claudel, Elskamp, Fort, Hirsch, Fontenas, Lerbergue, Rette, Souza, Mauclair, Scheffer, Dumur, Saint-Paul, Herold, Rambosson, Gerardy, Klingsor, Pilou, Degrou, Thibaudet, Reja y otros. Algunos

que no aceptaban el verso libre, participaban de las ideas del grupo sobre otros puntos, como Samain, Quillart, Valery y Pedro Louys.

El movimiento era sobrado amplio para permitir la formación de grupos diferentes. Así el simbolismo dió de sí, ante todo, la escuela *romana* con Moreas, Tailhade, Reynaud y Du Plessis, que quisieron hacer algo semejante á la pléyade del siglo XVI, modernizando la lengua por medio de la resurrección de arcaismos. Luego surgió otra agrupación con Andrés Gide y Enrique Maubel á la cabeza, que habló de cierto *ideorealismo* para expresar sensaciones rarísimas, dar impresiones de silencio, de fenómenos anímicos y paisajes de almas, en prosa ó verso, siendo frutos de esta escuela el *Viaje de Urien, Paludes, En la isla,* y el *Conocimiento del Este,* de Pablo Claudel.

Jorge Rodenbach traía, por su parte, un lindo canto de intimidad, consagrado á describir sensaciones breves y blancas, analizando la vida como en sueños; de aquí el grupo de los *intimistas,* con Jammes, que sabe, en versos perfumados con epítetos coloreados, describir las bellezas de las hojas, de las flores, de la sombra y del sol, y los goces y penas de los humildes; Bataille, que ha dado en *Cámara blanca* las más minuciosas sensaciones de convalecencia; Guerin, Laforgue, Abril, Briquel y Gheon, que han cantado sensaciones de la naturaleza. Entre ellos hay que poner á Andrés Rivoire y Andrés Dumas.

Otros, vibrando al contacto de las cosas, quieren ser los poetas del ansia de libertad y fraternidad que siente el mundo, haciendo de estos ideales su especialidad, como Gregh, Pioch y Vignaud. Al lado de éstos han aparecido últimamente otros dos grupos bien distintos: los *tolosanos* y los *naturistas,* siendo su nota común la reacción contra el simbolismo.

Los tolosanos Delbousquet, Magre, Lafargue, Viollis, Tallet, Marival, Camo, Frejaville, Nervat, etc., están unidos por el lazo de su común origen, teniendo la preocupación de pin-

tar las cosas de todos los días con amplio y elocuente acento. Los naturistas, con Bouhelier al frente y Montfort y Abadie á su lado, se encierran en una fórmula algo vaga, pomposa y declamatoria, con cierta afectación de ingenuidad y algún exceso de retórica y elocuencia.

Por lo que hace á la novela, el ideal que salió de los esfuerzos de Zola tenía más de Maupassant y de Daudet que de él. La novela psicológica fue obra de Bourget, contribuyendo á su desarrollo Bonnières débilmente, y Hervieu con sus notas de ironía, que constituyeron una variante dentro del género. Mirbeau es difícil de clasificar, pues desde el psicologismo ha pasado en el *Diario de una camarera* al realismo más zolesco.

Hartos de las predicaciones de Zola, cinco novelistas, Bonnetain, Rosny, Descaves, Pablo Margueritte y Guiches, renunciaron en un manifiesto á las teorías del maestro, acusando á Zola de exclusivismo en sus procedimientos y de exceso de atención á la vida animal del hombre. De todos ellos Rosny era el más importante, aunque todos cuenten con obras meritorias. De la corriente naturalista han salido también León Hennique y Huysmans.

Marcelo Prevost se enlaza por un lado con Bourget, y por otro con Jorge Sand y Feuillet; hoy parece haber subordinado sus antiguos propósitos á escribir novelas de tesis, dedicándose especialmente al feminismo; quizá es curiosa la novela de Prevost, pero no es artística. Julio Case, con vigor, tacto y probidad, ha sacado de la doctrina realista los métodos de restauración de la novela idealista. Mauricio Barrés, que estuvo en contacto con los simbolistas, y cuyos primeros trabajos estaban dedicados al culto del yo, se ha consagrado á la novela social.

Llegando á la novela de poetas, Catulo Mendes fue quien la mantuvo, después de Víctor Hugo, con más robusta actividad, desde el *Rey virgen* y *Madres enemigas* hasta *La casa de la vieja* y *Gog,* obra de poeta, de evocador, de narrador lírico. La *Eva futura,* de Villiers, plantó una obra maestra en la sel-

va de nuestras novelas. Anatolio France, cuya novela tiene de la psicológica y de la social, es en sus novelas un poeta, y su arte se ha perfeccionado de un modo maravilloso: ha llegado á despojar la novela de todo lo que no es ornamento esencial, y no se sirve del fondo sino como de un pretexto para la variación filosófica, que es el todo.

También el simbolismo tiene en la novela lucida representación. Pablo Adam ha producido una serie de volúmenes que lo abarcan todo, desde la anécdota callejera hasta la restitución de la antigua Bizancio; su labor ha producido ya más de veinte obras, ligadas por el hilo algo empírico de una especie de epopeya de la voluntad, á semejanza de la *Comedia humana,* de Balzac. Pedro Louys, sin ser un simbolista, ha escrito ese hermosísimo cuento de *Afrodita* que tanto éxito ha tenido. La señora Rachilde desarrolla siempre con brío la idea fundamental de sus novelas, alternando las curiosas notas femeninas con adivinaciones del fondo animal del bípedo pensante y amante, que suelen ser muy hermosas. En Regnier, los juegos mitológicos del siglo XVIII se enlazan con los acentos de las Memorias de ultratumba. Hugo Rebell está superiormente dotado para la reconstitución histórica de sucesos contados por los viejos, y al lado de estos artistas puede citarse á Luis Dumur, Virgilio Josz, Alberto Delacour, Carlos Hirsch, Eugenio Demolder, Camilo Mauclair, Enrique Bourgerel, Marcelo Batilliat y otros muchos, más ó menos francamente alistados en las filas del simbolismo.

Tampoco faltan los humoristas en este período, y Julio Renard tiene el honor de haber creado el tipo, con *Pelo de zanahoria,* siendo sus continuadores Pedro Veber, de alegría algo grosera, pero comunicativa; Tristán Bernard, cuyas *Memorias de un joven arreglado* serán exactísimo documento de la mediocridad de la vida moderna; Renato Boyslève, novelista espiritual; Luciano Muhlfeld, que nos trae una novela más hablada que escrita; Andrés Beaunier, clarividente crítico; Mauricio Baubourg, el más artístico y trágico de los humoristas, y Ca-

milo de Sainte-Croix, á quien hay que situar hacia los confines de la novela utópica.

En estos momentos hay cierto recrudecimiento de curiosidad hacia la novela histórica, acentuado por el éxito enorme de Sienkiewicz. Las novelas de Maindrou, el *Viaje de Shakspeare,* de León Daudet, y *El crepúsculo de los dioses,* de Elemiro Bourges, son curiosas muestras de las diversas tendencias de la novela histórica. El cansancio del realismo es el que abre el apetito para este género, cuyo porvenir es difícil de predecir.

*
* *

Las Sustitutas.—Grande y merecido ha sido el éxito de esta obra de Brieux en el teatro Antonio de París. El primer acto—según du Tillet, de la *Revue Bleue*—es insuperable; y si los otros dos le hubieran igualado, *Las sustitutas* hubieran sido una obra maestra.

Estamos en una aldea del Nivernés, en el «país de las nodrizas», población singular cuya industria única es el «amamantamiento», y donde todos viven de la leche de sus mujeres. Unas dan de mamar á los asilados de la Beneficencia pública, y otras van á París á criar á los hijos de las ricas parisienses. Los maridos de estas nodrizas, frescos, gordos y colorados, pasan su tiempo de taberna en taberna, entretenidos en combinar embustes formidables para sacar dinero á los amos de sus mujeres ó á sus mujeres mismas: accidentes raros, enfermedades súbitas, incendios y ruinas, gastos de bautismo, de escuela ó de primera comunión, de todo sacan partido para estrujar la bolsa de sus mujeres ó de sus amos y llevarse así la mejor vida del mundo.

De esta situación resulta, que en aquella aldea tener hijos, muchos hijos y lo más pronto posible, es la mayor fortuna, y todo allí se explica por esta preocupación. Una muchacha los tiene antes de casarse; por un lado lo siente, porque la paga-

rán menos, pero por otro se alegra, porque la solicitarán más y se colocará más pronto. Otra era delgaducha y débil y nadie la quería en matrimonio, porque parecía ser estéril; pero resulta embarazada, y los mozos se disputan su mano. Este no tiene hijos y es la risa de todos, y tiene que andar á pesca de algún convite pagado por las más pesadas bromas; aquél, en cambio, tiene demasiados hijos, pues aun á los diez y ocho meses de ausencia su mujer le proporciona uno; le bromean un poco, pero en el fondo le envidian, pues su mujer, para hacerse perdonar, le envía todo lo que gana, salarios y propinas.

Tal es el fondo del cuadro, en el que Brieux ha colocado una pareja natural y honrada, Planchot y su mujer Lazarita. Se quieren, llevan cuatro años de casados, tienen de qué vivir trabajando, saben lo que pasa en los matrimonios en los que la mujer se separa del marido, y están resueltos á vivir unidos con el hijo que acaba de nacerles. Imagínense las burlas y las tentaciones de que es objeto el buen Planchot; imagínense los lamentos del suegro, exasperado al pensar en los dos mil francos que produciría el contrato de su nuera; imagínense á la pobre Lazarita, vacilante entre el dolor de abandonar á su pequeño y el miedo á las escenas por que va á pasar si no se somete. La pobre, vencida, acepta «la crianza» que la ofrecen y marcha á París.

Aquí la obra se para. Tras este admirable cuadro de aldea viene un cuadro del gran mundo, que parece escapado de alguna zarzuelilla. Una señora que habla de las «novelas» de Nietzsche y que repite disparatando las frases que acaba de oir; un médico mundano que tiene gracia.... y nada de drama. La pieza que esperábamos se ve reemplazada por una conferencia. Esta conferencia la hace el Dr. Richon, el médico de la aldea, que aparece en casa de la señora Denisart (el ama de Lazarita) el día de su santo, y á quien hacen hablar á la mesa con el propósito de reirse de él sin conseguir más que respetarle y admirarle. La conferencia está perfectamente, pero lo

mismo se aplica á los Denisart que á los Planchot. «En otro tiempo—dice el Doctor—podía uno librarse del servicio militar comprando un sustituto; pues así como se acabó con aquello, es preciso que nadie pueda comprarse sustitutas». Esta es la fórmula; pero ¿qué significa? Sólo tiene una conclusión lógica: «Si no podéis criar, no tengáis hijos». Lejos de esto, Brieux quiere que haya hijos, aun á la fuerza, si es preciso, señalando sueldo á las madres pobres, porque el presupuesto de las madres es más útil que el presupuesto de la guerra; «vale más gastar dinero para aprender á vivir que para aprender á matar».

Son estos resortes más propios de un *meeting* popular que del teatro. Lazarita se ve cuidada con esmero: la atracan, la miman, la tratan como lo que es, «una vaca de leche», y Lazarita sufre por su degradación, y no pudiendo resistir se vuelve al pueblo. En unos minutos lo vuelve á poner todo en orden, y se acaban los convites y juergas de Planchot y las bribonadas y marrullerías del suegro, la gresca y el festín de los amigos. Todos vuelven al trabajo honrado y una nueva era da comienzo, siendo la dicha el premio del deber. El Dr. Richon entona un cántico de acción de gracias, sin pensar quizá en que allá en París hay un niño que se está muriendo por el abandono de su nodriza. Después de todo, culpa es de sus padres.

Sea lo que quiera, pues claro es que jamás puede darse gusto á todo el mundo, *Las Sustitutas* es una pieza digna de entusiasta aplauso por la valentía de su exposición y de sus conclusiones, y por la verdad conmovedora de las escenas que forman su interesantísima trama.

PSICO-FISICA

Los CARACTERES HUMANOS.—Original y hermoso, como todo lo que emana de su pluma, es el estudio dedicado á los carac-

teres humanos en la *Nuova Antologia*, por el insigne escritor Pablo Mantegazza.

¿Qué es el *carácter?* Para el vulgo es lo que distingue moralmente á un hombre de otro, lo que le *caracteriza*. Para el estoico Zenón, es «la surgente de la vida, de donde brotan las acciones»; para Mantegazza, «el retrato moral del hombre». ¿Y qué es el hombre moral? Quitémonos, para verlo bien, los vestidos que nos han hecho esos sastres que se llaman educación, religión, patria y ambiente; pongámonos desnudos frente al sol y mirémonos: la cosa parece fácil y, sin embargo, son tantos los motivos de aberración, que se diría que nos miramos en un espejo mal hecho, que tan pronto nos hace más grandes como más pequeños, deformando líneas y colores; y es que para mirar nos ponemos siempre, ó los cristales de aumento que fabrica la soberbia, ó los lentes de disminución que prepara el desaliento.

Dejemos de mirarnos á nosotros mismos y miremos á nuestro alrededor, á nuestro criado, nuestra camarera, al amigo y al enemigo..... pero, ¡ah! que aquí también nuestros ojos ven los hombres á través del vidrio rosado de la simpatía ó del vidrio verde de la envidia, y el odio y el amor, y mil otras pasiones hacen desviar el rayo de luz deformando las imágenes. Aun admitiendo que se logre vencer el orgullo y el desaliento y acallar la envidia, la simpatía y la antipatía, ¡cuántas dificultades quedan todavía por vencer antes de definir un carácter, de hacer un retrato que haga reconocer al original inmediatamente por todos!

Las dificultades son muchas y grandes, pero no nos deben asustar: también los termómetros y barómetros tienen defectos, pero sabemos corregir sus errores, y lo mismo puede hacerse con el estudio de los caracteres humanos. El carácter es el esqueleto moral de un hombre, y si hacer la osteología es más difícil que hacer la anatomía, puede y debe hacerse. Para este gran trabajo propone Mantegazza un breve cuestionario, semejante á los que han puesto de moda los que practican las

interwieus políticas, artísticas y literarias. De las respuestas que se den depende la clasificación del carácter. He aquí este cuestionario:

Para las mujeres: ¿Cuál es para ti el ideal de un marido perfecto? ¿Preferirías un viejo rico ó un joven pobre? ¿Preferirías un marido tirano y genial ó un marido tonto? ¿Crees mejor al hombre ó á la mujer? ¿Prefieres tener muchos hijos ó ninguno? ¿Tienes muchas amigas, pocas ó ninguna?

Para los hombres: ¿Cuál es para ti el ideal de la mujer? ¿Crees en el amor eterno? ¿Prefieres la mujer hermosa á la inteligente y buena? ¿Eres afortunado en amor? ¿Qué aprecio haces tú de la mujer en general? ¿Cuál es la mujer de la antigüedad que querras tener por amante?

Para ambos sexos: ¿Prefieres una vida tranquila, sin dolores y sin grandes goces, ó una vida llena de grandes goces y de grandes dolores? ¿Cuál es tu autor predilecto? ¿Prefieres á Miguel Angel ó á Rafael, á Rossini ó á Wagner? ¿Cuál es para ti la pasión más fascinadora y enérgica? Pudiendo escoger tu posición social ¿qué querrías ser? ¿Prefieres el celibato ó el matrimonio? ¿Cuál es tu credo religioso? ¿Crees que la vida es una bendición ó una maldición? Si no fueras italiano ¿en qué tierra querrías haber nacido? ¿Qué personaje histórico desprecias más que á todos los demás? ¿Qué hombre histórico es el que más admiras? ¿Qué hombre es el que más envidias? ¿Prefieres vivir en el campo ó en la ciudad? ¿Cuál es para ti el mayor placer? ¿Cuál es para ti el mayor dolor?

El carácter se afirma y revela apenas surge el primer albor de la inteligencia, y está ya delineado en sus contornos á los cuatro ó cinco años; pero puede sufrir muchas y varias influencias que modifican sus líneas y colores, sin cambiar jamás por eso su naturaleza. Estas influencias pueden ser internas ú orgánicas y externas; es decir que se hallan dentro de nosotros ó fuera de nosotros.

Los modificadores internos ú orgánicos del carácter son la herencia, el sexo, la edad, la salud ó la enfermedad, la acción

recíproca de los sentimientos, y las energías intelectuales. — Los modificadores externos son unos físicos, y otros psíquicos; los físicos son los alimentos, las bebidas, el clima, las estaciones y los fenómenos meteóricos; los psíquicos son el ejemplo, la educación, las profesiones y el ambiente político, social, económico y religioso.

CRITICA

La lengua parlamentaria. —No puede dudarse,—dice en *La Revue de París* Ernesto Charles,— que existe una lengua parlamentaria. Cada grupo social tiene su vocabulario y su sintaxis, y el Parlamento no podía prescindir de tener los suyos. No es el objeto del autor estudiar las causas de la existencia ni de las evolucíones de esta lengua, sino examinar la transformación que sufren, en boca de los políticos, las frases de la lengua usual. Es indudable que los políticos son extremadamente ignorantes de lengua nacional; si hablan de todo sin saber de nada, tienden, sin poderlo remediar, á decirlo todo incorrectamente: voces apartadas de su propia significación, frases, perífrases y metáforas desordenadas é incoherentes, incorrecciones tradicionales que el parlamentario joven copia del viejo: tales son los elementos típicos de la lengua parlamentaria, no ya de la empleada por oradores sin relieve, sino de la que emplean los políticos más ilustres, Gambetta, Freycinet, Bourgeois, Pelletan, Viviani, etc.

Lo primero que hacen es «plantear cuestiones», en lo cual hacen perfectamente: pero ¿es lícito que digan, como Viviani, «quisiera establecer los términos de la cuestión»? Cuneo d'Oruano se propone «someter una cuestión al Gobierno», y Ribot afirma que «pone la cuestión en su verdadero terreno». Pero cuando un diputado explora ese terreno verdadero se encuentra con que «la cuestión tiene lados diversos», y entonces «los aborda», hablando «del lado político de la cuestión» y di-

ciendo que «es peligroso abordar las cuestiones económicas por el lado pequeño»; luego hay que abordarlas por el lado grande, y allí ¡cuántas dificultades! En efecto, «de cualquier lado que se aborde la cuestión»—y en verdad que no se sabe por qué punta cogerla—pronto se ve que esa cuestión «toca á intereses múltiples». ¡Lástima de contactos! ¿Y qué resulta? «En este punto estamos en una situación difícil. ¡Los *puntos,* los *lados* ó las *ramas* de la cuestión, pues, como dice Gatineau, «la cesación de las persecuciones no es una rama de la gran cuestión de la amnistía»! Mejor sería «no perseguir por ahora, como dice Freycinet, la solución de esta cuestión», pues tal persecución no daría resultado, porque «jamás ley alguna levantó tantas cuestiones complejas y delicadas». Lo mejor sería «cortar la cuestión», pues las cuestiones pueden cortarse en sentidos diferentes, y para cortarlas mejor, se emplea el escalpelo del análisis». Acabemos, pues, ya que «la Comisión *est saisie*» de una cuestión considerable» y que Waldeck-Rousseau trata de «establecer el génesis de la curva descrita por la cuestión» (¡!). ¿Y qué decir de la audaz combinación de vocablos descubierta por Mougeot: «quieren haceros votar bajo el régimen de la inexactitud de la posición de la cuestión»? ¡Qué génesis, qué curva y qué régimen tan raros! Las cuestiones, por otra parte traen los problemos, y «de cualquier lado que se vuelvan ó revuelvan los problemas» (Gambetta) la cosa es muy seria; así, el orador asegura que «entra en su examen», aunque «hubiera debido encerrarse én la crítica que dirige», si no quiere, como Bourgeois, «encerrarse en el punto particular que trata», por ser «una necesidad moral que se pone ante él».

La lengua parlamentaria que así se expresa en los exordios y proposiciones, no es más correcta al desarrollar el resto del discurso. Viviani dice: «si vuelvo á la materia en que nos agitamos, encuentro que.....» Gambeta decía: «Mi objeto ha sido perseguir la unión indisoluble de los que trabajan y los que poseen». Leon Say, á su vez, sostenía que «cuando la democra-

cia ha perseguido la igualdad y la justicia, se ha apoyado en el espíritu económico». Unos buscan la solución y otros, como Estournelles, «emprenden» la solución de los problemas, empresa comprometida. Pelletan afirma por su parte que hay una política «que se apoya gustosa en las situaciones adquiridas, en los intereses saciados, en el temor al cambio».

En un manual de vulgarización de la lengua parlamentaria merecen figurar estas frases: «hay que repartir los esfuerzos de una generación» (Treveneuc); «me doy perfectamente cuenta del sentimiento de fatiga que se ha apoderado de la Cámara» (Flandin); «hay que colocarse bajo el punto de vista de los intereses del porvenir» (Montfort); «hay que ligar el derecho del Estado á una idea más allá»; «la organización práctica de las fórmulas» (Jaurés); «todos hacemos doctrina sin colocarnos en el terreno práctico» (Clemenceau); «la línea de conducta que le era dictada por las Cámaras» (Decazes); «importa que ponga bajo vuestros ojos las circunstancias mismas que han redeado la cuna de la proposición originaria» (Gatineau). ¡Qué galimatías! Una cuna, la cuna de la proposición, las circunstancias que la rodean, unas circunstancias que se van á poner bajo nuestros ojos..... ¡Qué espectáculo! Puede ponerse al lado de aquellos en que Jaurés contempla «la marcha necesaria de los fenómenos económicos», y Bourgeois observa «tres grandes puntos que expresan claramente la voluntad del país», diciendo que «hay dos puntos indicados como constituyendo especies á las que es posible proveer».

He aquí un lote de metáforas parlamentarias: «esta manifestación de la Cámara será un arma eficaz»; «el respeto á los resortes del mecanismo de la sociedad»; «los agentes del Estado son un mecanismo cuyos frotamientos absorben una parte y á veces la totalidad de la fuerza social» (León Say); «formemos un haz de nuestras convicciones, que sea como un pedestal inmenso en cuya cima flote el Estado á plenas velas hacia sus gloriosos destinos» (Gustavo Droz); «el principio del progreso democrático está adosado al sufragio universal» (Pelle-

tan); «esos asilos donde, corriendo á oleadas de todas las fuentes de la credulidad, se amontona el encaje metálico de los golpes de Estado cesaristas» (Viviani); «soy prisionero de la definición; su texto es un torno jurídico en el que estoy cogido» (Viviani); «hacía una noche tan sombría, que se hubiera uno creído en plena Edad Media» (Allais).

El vacío de las frases destinadas á expresar ideas generales es sorprendente: «la institución no es necesaria sino en tanto que subsiste el fin por ella perseguido» (Gambetta); «los sucesos conducen la política más bien que la política los sucesos» (Gambetta); «buscaremos las soluciones que implican los grandes problemas que en el mundo entero apasionan los espíritus, para adaptarlas al genio nacional, á nuestras tradiciones, á nuestras costumbres» (Floquet); «las naciones no viven sólo de política, viven también de negocios y de intereses materiales» (Freycinet).

¿Y las definiciones? «La noción de la solidaridad es el fruto del doble movimiento de los espíritus y de las conciencias que forma la trama profunda de los acontecimientos de nuestro siglo» (Bourgeois); «el feminismo consiste en poner sobre el mismo pie al hombre y á la mujer» (Carlos Ferry); «la república es la prenda común del renacimiento de las fuerzas materiales de la nación» (Gambetta); «la revolución francesa es la emancipación de todas las criaturas vivientes como individuos y como miembros de una sociedad colectiva» (Gambetta); «el partido republicano es el que asegura el desarrollo pacífico, legal, progresivo, de todas las consecuencias legítimas de la revolución» (Gambetta).

Las vías y las marchas son innumerables: «De la unión de los republicanos hay que hacer salir una marcha mesurada y prudente, pero continua, hacia las reformas reclamadas por la democracia» (Freycinet); «la buena voluntad permite marcar una primera etapa en estas vías de aplacamiento» (Descazes); «Francia puede avanzar con decisión en la vía de las reformas» (Freycinet); «la libertad ha marchado al mismo paso que

la civilización»; «la libertad que no procede por las vías de la dictadura, no puede ofrecer transformaciones súbitas» (Floquet); «en esta marcha incesante hacia el ideal de la libertad, no marcamos al adelanto límite fijo» (Freycinet). ¡Muy bien hecho!

BELLAS ARTES

El escultor Rodín.—La escultura—dice Héctor Ximénes en la *Rassegna internazionale della letteratura é dell'arte contemporaneo*—ha tenido en todo tiempo el fin de ennoblecer asuntos y formas, dando á su conjunto agradable complejidad artística. Quien no sabe imprimir en la materia un concepto grandioso, podrá ser un ingenio paciente y reflexivo, pero no es un artista.

Tal es el caso de Rodin. No habiendo acertado á fijar en él la atención del público en treinta años de carrera, ha intentado conquistar la fama por medios excéntricos, y como nada hay más interesante que las figuras concluídas en parte, y en parte esbozadas por Miguel Angel, ha querido imitar al genial artista dejando sin concluir sus obras. Miguel Angel, sin embargo, esbozaba y concluía sus figuras con el mazo, sin auxilio de los medios que hoy existen; y si dejó sin concluir su *San Mateo*, es porque la muerte se lo impidió. Pero Rodin ¿por qué deja sin acabar sus estatuas? Porque no acierta á concluirlas; las esboza hasta obtener el efecto que desea y allí se detiene. ¿Es esto arte?

Podrá conmover al vulgo aficionado á nebulosas y adivinanzas, pero nunca obtendrá el aplauso sincero de los inteligentes que tengan el sentimiento delicado del Arte. Limítese pues, á esculpir desnudos y deje que sean ornamento de un mueble sus figuras de arte incompletas expresando en la obscena amalgama de dos cuerpos el poder triunfante del amor, y no intente la representación ideal y sobria del monumento.

Su apologista Case afirma que su estatua de Balzac no

será expuesta en ninguna plaza pública, porque perdería con el ruido de la multitud su carácter misterioso. Lo cierto es que no se levantará en ninguna plaza de París, porque quienes la encargaron á Rodin la encuentran indigna de ser expuesta al público, prefiriendo perder su dinero y volviendo los ojos al pobre Falguiere. ¿No ha tenido el Ayuntamiento de Buenos Aires que cubrir la estatua del general Sarmiento, inaugurada hace unos meses, para defenderla de las iras populares? Dejar incompletos los trabajos es muy cómodo para quien no sabe darles feliz remate.

Incertidumbre en la forma, desarreglo en las líneas, *truco* en el trabajo: esas son las cualidades artísticas de Rodin.

COSTUMBRES

El harem del gran turco.—El contingente del harem de Yildiz se recluta casi exclusivamente en Circasia, y según Jorge Dorys dice en *La Revue*, cuenta también con algunos hermosos ejemplares de las razas siria y rumeliota. Escogidas por su gracia precóz, las odaliscas son compradas muy jovencitas por agentes especiales, cuando no son arrebatadas á sus padres por gobernadores de provincia excesivamente celosos ó regaladas por las tías y primas del Sultán.

Pasado el dintel del palacio, las reclutas deben olvidarlo todo, su país, sus padres y hasta su nombre, para dedicarse al desempeño del nuevo papel, recibiendo ante todo la educación que les da la Bach-Kalfa. Esta educación, refinadísima, tiene por objeto principal el desarrollo de todas las gracias, encantos y seducciones que las jóvenes bellezas atesoran: la armonía de las posturas, el canto melodioso, la danza lasciva, el lenguaje poético, la dulzura de las miradas, la molicie de las actitudes, las caricias deliciosas, todo lo que el arte más exquisito puede añadir al encanto natural de una mujer hermosa y sensual.

Esta instrucción dura dos años generalmente y termina con un solemne examen, presidido por la sultana-madre (Validé). En este examen cada alumna debe probar que conoce todos los detalles del servicio á que se la destina, desde el modo de saludar al Sultán, hasta la manera de presentarle las zapatillas, debiendo estar al corriente de sus gustos y preferencias, de sus caprichos y de sus manías.

Generalmente este examen de madurez coincide con la edad núbil de la tierna joven, que ya no tiene más que esperar á que el capricho del gran señor, al visitar el harem, se digne fijarse en ella. Pero tiene trescientas compañeras igualmente bellas y ambiciosas, sin contar con las rivales que surgen cuando menos se piensa, si al Sultán se le antoja fijarse en cualquiera de las esclavas que acompañan á sus hijas ó parientas cuando le van á visitar. Así, por ejemplo, una noche en que había baile en el harem, el Sultán notó entre las bailarinas á una joven del séquito de su hija mayor, y al día siguiente dos eunucos la fueron á buscar; Mesté-Alem, que así se llamaba la linda circasiana, se dispuso conmovida á obedecer las órdenes de su señor, y su misma dueña, la princesa Zekkié la hizo tomar el baño tradicional y asistió á su tocado; perfumada, llena de galas, y escoltada por eunucos á caballo, hizo su entrada en Yildiz donde la Validé se encargó de darla las instrucciones de costumbre. A pesar de la precipitación con que por orden del Sultán había sido llevada á Palacio, Mesté-Alem no fué llevada á presencia de S. M. hasta cuatro días después; entonces, fuese porque se le hubiera pasado el capricho, ó porque no le pareciese tan hermosa con su nuevo traje, el Sultán al verla frunció el ceño, y se limitó á decir: «No es esa; devolvedla». Y trémula y acongojada, llena de vergüenza y herida en el fondo de su naciente orgullo, la pobre Mesté-Alem volvió al servicio de la princesa Zekkié sin más aparato que la repugnante compañía de un viejo eunuco negro, no tardando en languidecer y morir, víctima de aquel desprecio inesperado.

Según la ley, ningún musulmán puede tener más de cuatro mujeres legítimas, pero puede tener cuantas esclavas quiera, y los hijos en ellas habidos son tan legítimos como los de las esposas. Abdul-Hamid, como todos los sultanes modernos, no se ha casado, y las cuatro primeras mujeres de quienes ha tenido sucesión, reciben los honores de esposas, pero no lo son realmente. Cuando se fija en una esclava y la elige para compartir su lecho, la esclava pasa á ser *gueuzdé* (la que le ha llenado el ojo), y al salir de la alcoba imperial es promovida al rango de *ikbal* (glorificada); si la ikbal concibe y da á luz un hijo, se hace *kadina,* y ocupa el rango de princesa en el harem, teniendo su *dairé* ó habitaciones aparte, con esclavas y eunucos á su servicio, formando una pequeña corte.

Abdul-Hamid, con trescientas mujeres, parece que debía tener muchos hijos; pero sólo tiene trece, porque apenas se notan los primeros síntomas del embarazo, las *calfas* (esclavas viejas) procuran por todos los medios provocar el aborto para no multiplicar los hijos del Sultán.

Una kadina jamás puede abandonar el serrallo imperial; pero una odalisca, y hasta una ikbal sin hijos, puede ser regalada por el Sultán á un favorito ó á un personaje, y á veces estos regalos se hacen para realizar ocultos designios; así Seifeddin-Effendi, uno de los hombres más temidos por el Sultán, recibió el regalo de una admirable esclava demasiado hermosa, y la amó tanto y fue tan amado por ella, que murió. El espionaje es la misión más frecuentemente confiada á estas odaliscas regaladas, que pueden volver al «jardín de la felicidad» si saben cumplir su misión, «obteniendo su pasaporte», como se dice en el caló del serrallo.

El serrallo fue con otros sultanes teatro de orgías espantosas; pero hoy todo eso se ha corregido, y allí es imposible ninguna intriga de amor ni el más pequeño desliz. Encerradas en doble recinto de altas y gruesas murallas, las mujeres viven en un mundo inverosímil, sin ver jamás otro hombre que el Sultán; hasta los gatos, para ser admitidos en el harem, tienen

que ser castrados. El baile es su principal distracción, con el canto, la música, la fotografía y hasta el ciclismo. Se divierten, como niñas, con muñecas de todas clases, y se entretienen en imitar el zumbido de la mosca, el ladrido del perro y el canto del gallo, en enharinar la cara de las esclavas negras y en excitarlas á hacer monerías; fuman cigarrillos perfumados, se atracan de golosinas y adoran el café, las cartas, las chuscadas y los gatos, las palomas y los loritos; el vino y el raki (aguardiente) les está prohibido, pero á veces se lo proporciona algún eunuco complaciente, y lo beben con delicia. Lo que va desapareciendo del harem es el pintoresco traje de los *hanums;* las odaliscas prefieren vestir á la europea, y las modas de París reinan en Yildiz como en todo el mundo. Comen, sin embargo, á la turca.

Esta vida ociosa y aburrida arrastra á las mujeres del harem á toda clase de vicios contra la naturaleza, y es causa de todo género de intrigas y disputas, aumentando el desorden los eunucos al tomar partido por unos ú otros bandos.

Si las odaliscas no pueden salir del serrallo, en cambio las mujeres de los ministros y cortesanos visitan con frecuencia el harem imperial en traje de etiqueta, blanco para las señoritas y negro para las señoras, valiendo á veces estas visitas á los maridos no pocos adelantos en su carrera.

El serrallo es una institución llamada á desaparecer. Pero hasta que ese caso llegue, ¿cuánta sangre y cuántas lágrimas correrán todavía por aquellas lujosas habitaciones? ¿Cuántas veces se repetirá la historia de aquella desgraciada, muerta á tiros por el Sultán en su propio lecho, tan sólo porque hizo un movimiento que el déspota creyó ser una tentativa que la pobre niña hacía para estrangularle?

IMPRESIONES Y NOTAS

La obra de Nietzsche.—Según Víctor Basch en la *Grande Revue,* pueden distinguirse en la labor de Nietzsche tres esta-

dios ó períodos: el primero, que podría llamarse dionisiaco, abarca la *Génesis de la tragedia* y las *Consideraciones inactuales;* el segundo, positivista, *Humano, Sobrehumano, La Aurora* y *El Gay Saber;* y el tercero, del eterno retorno de los séres, *Así habló Zaratustra, Más allá del bien y del mal, Genealogía de la moral, El caso Wagner, El crepúsculo de los ídolos, Nietzsche contra Wagner* y *El Anticristo.* Todos estos períodos están dominados por la nota del individualismo, que los envuelve á todos y constituye su característica común.

Para Víctor Basch, Nietzsche es, más que un pensador ó un filósofo, un verdadero poeta, el más profundo y musical de la segunda mitad del siglo XIX.

***

La publicidad.—Interesantes y curiosos son los estudios que el Vizconde de Avenel viene dedicando en la *Revue des Deux Mondes* al mecanismo de la vida moderna. Entre ellos figura el dedicado á la publicidad como elemento de reclamo, no subiendo á menos de cien millones de francos los que el Vizconde de Avenel calcula que se gastan anualmente sólo en Francia como presupuesto *visible* de la publicidad.

De estos cien millones, cuarenta se invierten en anuncios y reclamos de periódicos, revistas y almanaques; veinte en circulares é impresos sueltos; veinticinco en carteles y medios similares, y quince en los demás procedimientos de publicidad, cromos, cajas de cerillas, listas, tarjetas, etc.

Hay negocios que exigen gastos de publicidad verdaderamente sorprendentes; así, por ejemplo, para hacer tragar al público el anzuelo de una novela en un periódico que vive de su folletín, se ha llegado á gastar hasta ochenta mil francos en reclamos.

***

El poder temporal del Papa.—El insigne prelado americano Ireland, sostiene en la *North American Review* que es condición esencial para la existencia del Papado la restauración de su poder temporal, siendo imposible para la Santa Sede renunciar á él. Toda la cuestión romana, y la cuestión italiana misma, con sus derivaciones internacionales, consiste en la existencia ó no existencia del poder temporal, y mientras no se resuelva en sentido afirmativo, no podrá cesar el malestar social de que Italia es víctima. Los partidarios del poder temporal, no sólo en Italia, sino en el mundo entero, son muchísimos, y para todos ellos la única fórmula aceptable es esta: «El Papa libre en Italia libre».

***

El automovilismo.—Desde la última Exposición universal de París, la fabricación y venta de automóviles ha tomado gran incremento, no siendo ya sólo los archimillonarios americanos, como dice el *Bolletino ilustrato degli sports*, los que se dan el gusto de encargar automóviles de precios fantásticos, sino que también los millonarios ingleses se arriesgan á pagar altísimos precios por los nuevos carruajes. Así, Lord Savile ha comprado un automóvil por 53.000 francos, y hasta ha contratado en Francia un maquinista para guiarlo; y lo mismo ha hecho Alfredo Harmosworth, á quien un año de pruebas y de gastos para aprender á guiar un automóvil, no le ha costado menos de 2.000 libras esterlinas (50.000 francos).

Lord Churchill ha comprado también un automóvil eléctrico de gran valor, y otro el señor Berens, cuya hija, lady Cairns, posee uno de los mejores que se hayan visto en Inglaterra. El más hermoso, sin embargo, de los que corren en Londres, es propiedad de Hugo Weglin, llamando también mucho la atención los de Cornwallis West, lady Churchill, Cunard, Hennard, etcétera, todos los cuales están contentísimos de sus adquisi-

ciones, á juzgar por el calor con que han cogido el nuevo *sport*, y el gusto con que lo practican.

***

El Presidente Krüger.—La señora Ernesto Luden publica en el *Pall Mall Magazine* una interesante entrevista que ha celebrado con el tan simpático como desgraciado Presidente de la República del Transvaal, de cuyos hijos, dos han muerto en la guerra, y otros dos han sido hechos prisioneros y se hallan en poder de los ingleses, uno en Ceilán y otro en Santa Elena.

«¿Qué me reserva el porvenir?—se pregunta el ilustre anciano.—¿Me quedaré completamente ciego y sordo, arrastrando miserablemente mi vida, y pidiendo hasta mi última hora justicia para mi país? ¿Moriré como Moisés á la vista de la tierra prometida? ¿Volveré libremente á Pretoria recobrando mi autoridad presidencial? Sólo Dios lo sabe. Pero cuando en los años venideros brote el trigo entre charcos de sangre en el suelo africano nutrido de cadáveres, cuando los hijos pregunten á sus madres por las causas de esta guerra, las madres responderán contando nuestra historia, y los padres me perdonarán sin duda mis culpas y debilidades, por el amor que he demostrado á mi patria y por la fe que he tenido en su fuerza.»

***

Aplicaciones de los aeróstatos cautivos en la guerra.—Los globos cautivos constituyen observatorios móviles que abarcan hasta una distancia de seis kilómetros, y en condiciones muy favorables de luz y terreno hasta 12 kilómetros, distancias que en el mar pueden duplicarse. Si el terreno es accidentado ó de bosque, ó bien en casos de niebla, lluvia y humo, la observación se hace difícil. En cuanto al viento, si éste tiene más de 14 metros de velocidad por segundo, la observa-

ción en los globos *esféricos* es casi imposible, por la rotación del globo ó por el mareo de los observadores; en globos de forma especial pueden hacerse observaciones, aunque el viento tenga doble velocidad que la indicada.

«Los globos cautivos se emplean en los sitios y en las baallas, y aun en los navíos de guerra. En los sitios, el globo puede servir para precisar el tiro de la artillería, y para descubrir los órganos esenciales de la fortificación y de la defensa, pudiendo también prevenir la sorpresa de una salida. La plaza sitiada, á su vez, se sirve del globo para observar las zonas de ataque y descubrir las operaciones tácticas del enemigo, y los efectos del fuego de la propia artillería.

En la guerra campal el globo cautivo puede sustituir ó ayudar á la caballería exploradora y reconocer segura y rápidamente el terreno y las operaciones del adversario. Durante el combate permite averiguar la situación y distribución de las fuerzas enemigas, y puede servir para la transmisión de órdenes por medio de signos convencionales; en todo caso puede utilizarse para obtener fotografías del terreno y de los combatientes, suministrando datos positivos libres de toda apreciación personal. De noche se utiliza para iluminar el terreno ó para transmitir órdenes.

***

El Walhalla británico.—Apenas muerta la Reina Victoria, Inglaterra se ha creído en el deber de elevar á su nombre y á su reinado un monumento conmemorativo digno de la nación inglesa y de la señora que durante tantos años rigió con tanta fortuna sus destinos. Una comisión, presidida por Lord Salisbury, se ha encargado de dar forma á este pensamiento, y numerosos proyectos han surgido en seguida por todas partes.

Según el ilustre Stead manifiesta en la *Review of Reviews,* unos han propuesto que no se limite el recuerdo á un solo mo-

numento, estatua ó mausoleo, sino que se construyan grandes parques en todas las ciudades importantes, dándoles á todos el nombre de Victoria. Otros, en cambio, proponen que se construya un mausoleo triunfal en Green Parck; otros prefieren un panteón militar en el que figure la estatua de la Reina, rodeada por todas las grandes figuras militares de su tiempo; otros quisieran que se perpetuase el recuerdo de la Reina abriendo una gran avenida entre el Pall Mall y el palacio de Buckingham, construyendo en Pall Mall un arco de triunfo, y frente al palacio una hermosa plaza con la estatua de la soberana en el centro; y Chamberlain quiere un templo de la gloria, en cuyo centro se levantara la imagen de la Reina, rodeada de sus súbditos llorando.

Stead, por su parte, propone la erección de una especie de Walhalla británico, un gran museo histórico donde aparecieran convenientemente clasificados todos los elementos que han contribuído al engrandecimiento de Inglaterra en todos los órdenes durante el glorioso reinado de Victoria. La concepción es grandiosa y práctica.

*
* *

El paludismo y los mosquitos.—Hoy es cosa perfectamente averiguada, según las conclusiones adoptadas por la Academia de Medicina de París, que el mosquito *anofeles* es el propagador del paludismo.

Los anofeles hembras depositan sus huevos en la superficie de las aguas estancadas, muriendo en seguida; transformados los huevos en larvas á los dos días y en ninfas á los quince, el insecto llega á pleno desarrollo á los diez y ocho ó veinte días de nacer, nutriéndose exclusivamente de vegetales si es macho, y de sangre de mamíferos, especialmente de sangre humana, si es hembra, y muriendo veinticinco ó treinta días después. Por la noche persigue á sus víctimas, y por el día reposa en

sitios resguardados del aire y de la luz, en las grutas, cuadras, bodegas, alcobas, armarios, etc.

Conocidos todos estos datos, la profilaxis del paludismo no es difícil. Según la *Higiene moderna,* deben mantenerse las antiguas medidas profilácticas, limpieza de pozos y acequias, desecación de tierras insalubres, canalización de los ríos, etc., evitando el vivir en casas rodeadas de huertas ó jardines, y procurando la cría de peces en los lagos y estanques, porque destruyen y comen las larvas del mosquito. Si se trata de charcas ó estanques pequeños, puede emplearse el petróleo; pero este medio y el de los demás antisépticos, mezclados con el agua, es peligroso y nocivo desde luego para los demás seres que vivan en el agua ó puedan beberla.

Aparte de estas medidas de higiene pública, deben cerrarse bien puertas y ventanas y toda clase de aberturas para evitar la entrada del mosquito, fumigando las habitaciones obscuras ó húmedas con ácido sulfuroso ó con hojas de eucalipto ó de tabaco quemadas; deben sacudirse y airearse las ropas de cama, rociando los dormitorios con esencias, y sobre todo debe dormirse con un buen mosquitero. No se debe andar por el campo una vez puesto el sol, y se debe llevar perfumada la ropa ó el pañuelo, pues el anofeles huye de los perfumes.

* * *

Cómo se jura en Francia.—El modo más corriente del juramento ó *taco* en francés, según el *Petit Journal pour rire,* no es otra cosa que una corrupción de la palabra *sacristie (sacristía);* su forma más corriente es la de *sapristi!* con variantes raras, más ó menos grotescas, como *sapristol!, sacrebleu!,* etc., de donde luego han salido *parbleu!, corbleu!, ventrebleu!, palsambleu!,* etc. Estas formas, sin embargo, es cosa bien sabida que no son sino degeneraciones ó adulteraciones de *sacre Dieu, par Dieu, cœur de Dieu, ventre de Dieu, par le sang de Dieu,* etc.

El juramento favorito de Luis XI era *Pâque-Dieu!* (pascua

de Dios); el de Carlos VIII, *Par le jour Dieu!* (por el dia de Dios); el de Luis XII, *Le diable m'emporte!* (el diablo me lleve); el de Francisco I, *Foi de gentilhomme!* (á fe de gentilhombre); y los de Enrique IV, *Vive Dieu!* y *Ventre saint gris!* (vientre San Gris).

Bossuet juraba por el *sacré tabernacle!* (sagrado tabernáculo); Fenelon, *Par les saints anges!* (por los santos ángeles); la señora de la Sablière, protectora de Lafontaine, *Par les ailes de l'amour!* (por las alas del amor); Shakspeare por las «¡Castas estrellas!», y María Antonieta por sus zapatillas.

Luis XIV, cuando se encolerizaba, gritaba: *Foudre et tonnerre!* (rayos y truenos); el gran Turena decía: *Triple biscaïen!* (triple vizcaíno); Augereau, *Tonnerre de Dieu!* (trueno de Dios), etc. La famosa interjección *sac à papier!* (saco de papel), que tan vulgar se ha hecho, es de Carlos X.

Entre la gente ordinaria hay también multitud de juramentos ó exclamaciones más ó menos extravagantes y sonoras, tales como *Nom d'un chien!* (nombre de un perro), *Peste!* (peste), *Nombril du pape!* (ombligo del papa), *Noce de cabre!* (boda de cabra), *Sacré nom du diable!* (sagrado nombre del diablo), *Mille macarons!* (mil macarrones), *Chien de métier!* (perro de oficio), *Tas de pékins!* (montón de paisanos), etc.

Fernando Araujo.

CRÓNICA LITERARIA

Traducciones de novelas extranjeras. —Hacen falta ediciones populares de los clásicos españoles.—Los nuevos académicos.

Quienquiera que se fije en los escaparates de las librerías observará cómo va creciendo el número de traducciones de novelas extranjeras, que se publican en ediciones económicas. Barcelona, en particular, inunda de libros de esta clase el mercado. Se traduce lo antiguo y lo moderno, á Sienkiewicz, á Alejandro Dumas y á Balzac. Y cada día aparecen bibliotecas ó colecciones nuevas que lanzan otra serie de traducciones, generalmente de autores franceses ó de escritores de otras tierras, como el autor de *Quo Vadis?*, cuya reputación nos viene hecha de Francia. La creciente abundancia de libros de este género y la baratura de muchas de estas ediciones, indican que se lee más de lo que generalmente se cree ó se dice. El éxito editorial de *Quo Vadis?* ha servido de espuela á muchos editores, y tras la célebre novela que ha dado la vuelta al mundo, y de la cual se habrán publicado en España cuando menos media docena de traducciones, han aparecido casi otras tantas de la obra del ruso Marejkowsky *La muerte de los Dioses*, libro que ha aprovechado el colosal *reclamo* que ha hecho la obra de Sienkiewicz á las novelas históricas inspiradas en asuntos del mundo antiguo, y principalmente en el contraste entre el

cristianismo naciente y la agonía de la sociedad pagana. El Nerón de *Quo Vadis?* ha abierto el camino al Juliano el *Apóstata* de *La muerte de los Dioses*; pero con todo, la obra de Merejkowsky, á pesar de su mérito relativo y del interés que ofrece el personaje histórico que desempeña el papel de protagonista en este libro, no se ha difundido tanto como la de Sienkiewicz, ni ha conseguido un triunfo tan ruidoso. Verdad es que no todos los días se alcanzan éxitos semejantes al conseguido por la obra del escritor polaco. Para ello se necesita el concurso de muchas circunstancias exteriores, además del mérito intrínseco del libro. Y hay veces que este mérito en sí es el último de los factores que contribuyen al triunfo.

Annunzio, el novelista italiano, ha hecho también el gasto en esta lluvia de traducciones. Tolstoi ha dado asimismo un contingente regular de obras. A Maupassant y Zola no es nuevo que se les traduzca al castellano. En cambio otros literatos de menos fuste, aunque buenos y muy celebrados en su tierra, como Octavio Mirbeau, empiezan á presentarse á nuestro público traducidos al español. Entre las obras del autor de *Les mauvais bergers*, cuya traducción he visto anunciada, figura el *Journal d'une femme de chambre*. Trabajo le mando al traductor. Si el francés literario moderno, como decía Boileau del latín, *brave l'honneté*, en el español no se han editado todavía ciertos atrevimientos. Digo en el español moderno, pues en nuestra literatura picaresca hay para dar y tomar.

Libros ingleses y alemanes se traducen muy pocos. Lo francés y lo que en Francia llama la atención, es lo que consigue llegar á nosotros. En cambio, de literaturas tan afines á la nuestra como la portuguesa, no tomamos nada. La mayor parte de las novelas de Eça de Queiroz no han sido traducidas aún al castellano, y cualquiera de ellas puede resistir la comparación con la mayor parte de los libros franceses ó italianos vertidos recientemente á nuestro idioma, y salir victoriosa de la prueba.

No es maravilla que se multipliquen las traducciones de

obras literarias. En todas partes se traduce mucho, en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en los Estados Unidos. La razón es que, aunque el conocimiento de las lenguas extranjeras se ha extendido grandemente en todos los pueblos cultos, ha crecido en mayor proporción el público de las obras de literatura amena.

En sí, la publicación de numerosas traducciones de obras extranjeras es un síntoma literario favorable. Indica afición á la literatura, existencia de un público relativamente numeroso, comunicación intelectual de los demás pueblos. Pero en España ocurre que las obras de nuestros literatos, á excepción de media docena de ellos, tienen escasísima difusión, y que el tesoro de nuestra tradición literaria yace olvidado, sin que lo visiten más que los eruditos. Por eso el desarrollo creciente de la publicación de traducciones de obras literarias extranjeras está pidiendo, como contrapeso, la difusión de la literatura española en ediciones económicas accesibles á todos. Desde el punto de vista del resultado económico, que es el que en todas partes persiguen, y no pueden menos de perseguir los editores, esta empresa es perfectamente viable. Y corporaciones como la Academia Española, que cuentan con sobrados medios para ello, podrían prestar un buen servicio á las letras patrias tomando la iniciativa de la reimpresión de nuestros clásicos. Nada de ediciones monumentales, ni de prólogos llenos de erudición y de prolijas investigaciones bibliográficas, ni de tomos excesivamente voluminosos y caros como los de la colección de Rivadeneira. Ediciones populares baratas, á peseta ó dos pesetas el tomo, acompañada cada obra de una breve nota biográfica y bibliográfica del autor y de sus principales producciones literarias. Para los mismos autores modernos sería un bien que se difundiese la afición á nuestra literatura y el conocimiento de nuestros grandes autores. *Nacionalizándose* un poco el gusto del público, tendrían mayores probabilidades de ver leidas sus obras. Y el mercado de América, donde hay un público tan numeroso que habla el castellano y conserva los

principales rasgos psíquicos de nuestra raza (aunque va tr ans formándose rápidamente á impulso de influencias extrañas), facilitaría mucho el buen término de empresa semejante. En las naciones hispanoamericanas conserva gran prestigio la Academia Española; su iniciativa ó su patrocinio podrían ser de gran utilidad desde este punto de vista.

Así podría combatirse en cierta medida el más inmediato de los peligros que, desde el punto de vista literario, ofrece esa inundación de traducciones de obras literarias que se difunden entre muchas gentes. Peligro que consiste en la influencia demoledora que ejercen por lo común estos textos en contra del mantenimiento de la pureza del idioma. La mayor parte de dichas traducciones no son traducciones literarias, sino industriales, hechas de cualquier modo, ya por falta de aptitud del traductor, ya por las desfavorables condiciones en que suelen hacerse estos trabajos.

Existen ciertamente excepciones, pero en general los trabajos de traducción, lejos de haberse perfeccionado modernamente, son muy inferiores en la fidelidad, y, sobre todo, en la elegancia de la forma literaria, á los que se hacían en el siglo XVIII y en los principios del XIX. La razón es sencilla. La mayor parte de esas traducciones antiguas se hicieron por personas que conocían muy bien la obra traducida y eran generalmente entusiastas de ella, y que, al verterla á nuestro idioma, no lo hacían guiados por algún fin de lucro, sino por el deseo de dar á conocer á sus compatriotas un libro que juzgaban precioso. El conocimiento de los idiomas extranjeros, aunque menos extendido que hoy, solía ser más profundo. Y sobre todo esto, como se daba mayor importancia á los trabajos de traducción, y sus autores solían ser personas bien reputadas en la república de las letras, era frecuente que se pusiese en ellos prolijo esmero é invirtiese no corto tiempo, y que las versiones fuesen cuidadosa y repetidamente limadas antes de ver la luz pública.

Muy de otro modo suelen hacerse ahora la mayoría de las

traducciones que andan de mano en mano. Obligados los editores á reducir todo lo posible los gastos para poder vender á precios muy económicos los libros, retribuyen mal á los traductores, y los traductores mal retribuídos no pueden ser buenos. Ocurre que á lo mejor traducen personas que ni conocen á fondo el idioma en que está escrita la obra original, ni escriben tampoco con elegancia, ó siquiera con propiedad y corrección, el castellano. Tienen que hacerse además estos trabajos con apremios de tiempo, y, sobre todo, falta en ellos por lo común el amor que ponía en su obra el traductor antiguo, la compenetración del traductor con la obra traducida que era elección suya, objeto de su admiración, deleite de su gusto. De una labor ejecutada mecánicamente para obtener un precio, no se pueden esperar primores artísticos en la mayoría de los casos.

Se explica, pues, que muchas de las traducciones que á diario se publican, contribuyan en gran manera á corromper el idioma. Por perfecta que sea una traducción, la lengua original suele dejar alguna huella de sus giros y de su peculiar contextura en el idioma nuevo á que son vertidos los pensamientos y las imágenes que en aquella fueron concebidos. ¡Qué no sucederá en las traducciones usuales! Cuando alguno de estos libros, escritos en un castellano pobre, extranjerizado y lleno de barbarismos, cae en manos de personas discretas y dotadas de cultura y gusto literario, el daño es escaso ó nulo, pues los vicios de la locución les hacen reir y no caen en la tentación de tomarlos por modelo; pero el vulgo acepta como cosa lícita y corriente las frases que ve impresas en letras de molde, y así, poco á poco, con el concurso de otras diferentes causas, va perdiendo la lengua su sello original y castizo.

Pretender que no se publiquen traducciones, sería irracional y absurdo. Tampoco hay medios eficaces de conseguir que sólo se publiquen las buenas. La idea de una censura literaria previa y de una licencia para imprimir libros, pugna con las costumbres actuales, aunque un pensador como Schopenhauer,

á quien nadie podrá tachar de obscurantista, la defendió para conservar por ese medio las tradiciones de la ortografía alemana asunto de importancia menor dentro de cualquiera de los idiomas modernos que la conservación de la sintaxis y del vocabulario, puesto que esto último afecta á la esencia misma del idioma y aquello sólo á la forma de la escritura.

No queda, pues, otro remedio que el de buscar la inmunidad contra esas influencias perturbadoras del idioma en la comunicación con sus modelos más puros, en el retorno á sus fuentes originales, no para imitar servilmente la locución del siglo XVI como algunos puristas quieren, sin curarse del transcurso del tiempo, ni de las inevitables modificaciones que experimentan las lenguas, como las experimentan todas las cosas y todas las costumbres en las sociedades humanas, sino para conservar enmedio de estas variaciones la unidad del carácter, la vena propia, el sello individual y la contextura y forma peculiares del idioma, sacando los materiales de la renovación de la cantera original, en vez de buscarlos ó de admitirlos adventicios. Para conseguir este fin, sería de gran provecho la publicación de esas ediciones populares de nuestros clásicos á que antes aludía. Si la Academia se decidiera á acometer tal empresa, haría bueno su lema, pues ¿qué medio mejor de limpiar, fijar y dar esplendor al idioma, que oponer á la corriente de extranjerismo, que amenaza inundarle, la comunicación con los grandes modelos de la prosa y el verso castellanos? Y á más de esto recogería lustre y prestigio para sí, se popularizaría, daría una réplica incontestable á los que, viviendo lejos del ambiente académico y viendo á las Academias alejadas del ambiente popular, preguntan con irreverencia para qué sirven hoy estas Corporaciones.

***

Ya que he hablado de la Academia Española, daré noticia de la provisión de los últimos sillones que quedaron vacantes.

Al hacerlo, pienso, naturalmente, en los lectores extranjeros de La España Moderna, á los cuales van casi exclusivamente dedicados estos párrafos, puesto que del público español son bien conocidos los nuevos académicos, especialmente D. José Ortega Munilla, uno de nuestros más populares y mejores novelistas contemporáneos.

Para la vacante de D. Víctor Balaguer, fue elegido Don Ramón Menéndez Pidal; para la del Marqués de Valmar, Don Juan José Herranz, Conde de Reparaz; y para la de Campoamor, D. José Ortega Munilla.

La diversa significación que tienen dentro de las letras los nuevos *inmortales*, es una circunstancia que no debe pasar inadvertida, pues guarda relación con el doble carácter que tiene entre nosotros la Academia, y que se refleja en cierto modo en sus dos denominaciones usuales de Academia de la lengua y Academia castellana.

Nuestra Academia (se la puede llamar así por antonomasia, por ser la primera en importancia entre las Academias), está más *especializada* que la francesa. Esta tiende á ser en la práctica un Senado de eminencias nacionales, un Panteón de vivos ilustres, aunque domine en ella el carácter literario. A pesar de la conocida frase de Víctor Hugo, que al pedirle su voto para Pasteur contestó que lo daría gustoso, siempre que el ilustre bacteriólogo se comprometiese á su vez á votarle á él para la Academia de Medicina, el hecho es que ha habido la tendencia á admitir en la docta compañía á toda notabilidad francesa, aunque sus merecimientos principales no fuesen de índole literaria. A título de eminencia de las ciencias médicas, más que á título de buen prosista francés, fue elegido Pasteur. Sus triunfos en la Química, más que sus merecimientos de escritor, llevaron á Berthelot á sentarse bajo la cúpula. Y en los días en que dominaba á los franceses la fiebre del desquite, se dijo (creo que fue Renán quien lo dijo) que el General victorioso que devolviese á Francia la Alsacia y la Lorena, sería recibido con aplauso en la Academia, aunque no

dad y por los estudios de Historia y de Literatura que profesa, daba á sus alumnos de Literatura, mostrando que sin necesidad de planes nuevos de enseñanza, el profesor que quiere trabajar puede hacer mucho por la cultura general y por el progreso de la instrucción pública.

El Conde de Reparaz, D. Juan José Herranz, es casi un olvidado, y su nombre dice poco á la nueva generación.

Su carrera literaria ha sido, sin embargo, larga y honrosa. Como periodista se distinguió desde los tiempos anteriores á la Revolución de Setiembre, escribiendo en una porción de periódicos, de los cuales apenas se conserva memoria: *El Eco del País,* dirigido por D. Eduardo Gasset, fundador luego de *El Imparcial*, *La Libertad*, *El Estandarte*, de Pérez Molina, *El Diario del Pueblo.* No se crea, sin embargo, que el Conde de Reparaz es un *ancêtre,* un antepasado como dicen los franceses, y en el sentido de vetustez en que lo dicen; es que en la política y en el periodismo se vive muy deprisa, y por lo mismo, cualquier pasado parece más remoto.

Mas recuerdo que de esas hojas periodísticas se conserva de *La Gorda,* que con tanta gracia y de un modo tan mordaz satirizó á los hombres y las cosas del período revolucionario que empieza en 1868. Entre sus redactores figuró Herranz, y de él se cuenta que fue uno de los jóvenes (lo era entonces) que borraron el famoso letrero: «cayó para siempre la raza espúrea, etc.,» que en aquellos tiempos escribió una mano traviesa en una fachada de la calle de Alcalá.

Como autor dramático, sus obras, entre ellas *La Virgen de la Lorena*, *La mejor conquista, Honrar padre y madre, La superficie del mar* y varias otras, le conquistaron los lauros de la escena. Es también delicado poeta lírico. Una de sus mejores composiciones de este género es la titulada *La guitarra*, escrita cuando ocurrieron las inundaciones de Murcia. El poeta supo dar singular ternura á la imagen simbólica de la guitarra, que *con su lazo verde y grana* va flotando sobre las aguas, arrastrada por el torrente de la inundación.

hubiese escrito más que los partes oficiales de sus victorias.

Aunque nuestra Academia se asemeja bastante á la francesa en su manera de ser, no tiene tanta amplitud. Sus dos aspectos definidos son los de Instituto filológico y Areópago literario, el de corporación encargada, digámoslo así, de la administración del idioma, y el de junta de literatos eminentes que, con la investidura de académicos, reciben la suprema consagración de sus merecimientos. Guardan estrecha relación ambos aspectos, tan estrecha como la que media entre la lengua y la literatura. El uno es el lado técnico, científico, el otro el lado práctico, artístico, y cada uno requiere peculiares aptitudes y exige distintos ejercicios.

Ambos aspectos tienen su representación en los nuevos académicos. D. Ramón Menéndez Pidal, autor de una *Gramática* y *Vocabulario del Poema del Cid* (libro premiado por la Academia), de un erudito estudio sobre *La leyenda de los Siete Infantes de Lara,* que mereció elogios de Gastón París y de otros trabajos de erudición, crítica y bibliografía acerca de nuestra literatura, entre los cuales merece citarse, aunque se trata de un libro sin pretensiones, la excelente *Antología de prosistas españoles,* declarada de texto para la segunda enseñanza, y en la cual hay notas críticas gramaticales y literarias muy acertadas, y una selección y ordenación de textos muy discreta; el señor Menéndez Pidal que va á la Academia con este bagaje literario, entra en ella como técnico, por decirlo así, como gramático y crítico, no como poeta. Va á la *Academia de La Lengua* más que á la *Academia Española,* y va á ella, sin duda con justicia, después de una rápida y brillante carrera que pocos años después de terminar en las aulas los estudios de la Facultad de Filosofía y Letras, ha llevado al señor Menéndez Pidal á una cátedra de la misma escuela de que fue discípulo aventajado, y á un sillón académico. Quizá empezó el autor de *La leyenda de los Siete Infantes de Lara* su carrera de académico, en aquel curso especial de Filología castellana que Sánchez Moguel, tan entusiasta por la Universi-

El Sr. Herranz estaba hace tiempo retirado de la literatura militante, pero la Academia ha hecho bien en no olvidarle y en premiar su larga carrera literaria, eligiéndole para el sillón del Marqués de Valmar.

Ortega Munilla goza de tan justa notoriedad, que es ocioso recordar sus obras y hablar de sus merecimientos literarios. Periodista político desde muy jóven, fue redactor de *La Iberia*, de *El Parlamento* y de *Los Debates*, antes de serlo de *El Imparcial*. Dirigiendo la hoja de *Los Lunes* de este periódico en época en que la literatura tenía menos acceso que ahora á los periódicos diarios, cultivó, con acierto igualado por pocos, ese difícil género de la crónica periodística, que consiste en un comentario ingenioso de la actualidad, comentario leve y chispeante como la espuma del Champaña. Sus novelas y sus cuentos, que formarán muy cerca de veinte volúmenes, han sido justamente celebrados por la brillantez y colorido del estilo, por la vigorosa evocación de la realidad en tipos y en escenas, y por el sentimiento de ternura, por el calor de humanidad que hace simpáticas á la mayor parte de estas narraciones. Las primeras se publicaron del 79 al 80, de suerte que llega Ortega Munilla á la Academia después de cerca de veinticinco años de carrera literaria, en que le han acompañado constantemente la popularidad y el aplauso general. Nadie dirá que se trata de una improvisación, y si el ingreso en la Academia fuese por los sufragios del público y de los literatos, hace mucho tiempo que el autor de *La cigarra* se sentaría entre los inmortales.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: Cuestiones presidenciales.=CHILE: Las convenciones y los candidatos.—Actitud del Presidente Errázuriz.—Su elogio.—Conservadores y liberales.—Proclamación de D. Pedro Montt.—Candidatos y votaciones de la Convención liberal.—Claudio Vicuña.—Augusto Matte.—Fernando Lazcano.—Ramón Barros Luco.—Fracasos de la votación en cinco días de tentativas.—Candidatura de transacción.—Germán Riesco.—El éxito final probable.=GUATEMALA.—HONDURAS: Fraternidad americana.—¡Diez millones de pesos, oro, de indemnización á los Estados Unidos por la vida de un súbdito yanqui!

Puede decirse, al comenzar esta revista, que las cuestiones presidenciales son los temas que están á la orden del día. En Chile ocupan con predilección la atención general, sobre todo desde Febrero último. En el Uruguay se han antepuesto los movimientos de los partidos que entre sí se disputan la sucesión de Cuestas á la importancia que verdaderamente ha tenido el Congreso latinoamericano que acaba de verificarse en Montevideo. En el Brasil se relacionan en su fondo verdadero con las alarmas que han suscitado los conatos de agitaciones que á unos han parecido imperialistas y á otros han parecido antirreligiosas. La misma cuestión que en la revista anterior se trató acerca de la enfermedad atribuída al general Porfirio Díaz, Presidente de Méjico, casi se resuelve en otro conato de emulación presidencial desde que, por algunos, creyendo que el ilustre regenerador de Méjico pudiera quedar incapacita-

do, dejaron escapar la idea de que era preciso nombrar un sustituto, y con esta idea se dejó sonar el nombre del general Bernardo Reyes. En todas las Repúblicas de nuestra sangre, como en la antigua metrópoli, y en todas partes donde se siente el influjo de nuestra raza, se anteponen siempre los intereses personales que un inextinguible caudilllaje empuja ciegamente á las luchas obcecadas de la pasión, á los intereses generales, que son los que levantan á los pueblos, los hacen prósperos y poderosos, y garantizan su seguridad, su inviolabilidad y su independencia.

La más empeñada de estas contiendas es la que se sostiene en Chile. De todas las Repúblicas americanas de nuestra sangre, Chile es la que alcanza mayor fuerza de educación política. Allí hay una aristocracia que á la vez participa de las excepciones de la sangre y de la de la opulencia, de la del talento cultivado y de la del genio de las empresas modernas, y constituye su numerosa clase dirigente. Está llena de patriotismo, está imbuída de nobles aspiraciones, y en ella se infiltra más que en ninguna otra nación de nuestra raza en los dos mundos el espíritu actual de la expansión, del engrandecimiento y del imperialismo. Hay un número considerable de hombres de aptitud propia con facultades adquiridas para las exigencias del gobierno supremo. Estas posiciones personales se imponen á los egoismos de los unos y á las corrientes sin dirección de los más, y son un valladar contra la corrupción insultante de los exclusivismos codiciosos de los que alcanzan el favor de la fortuna y una palanca de los movimientos de segura meta de las multitudes obedientes. Es natural que las opiniones se hallen divididas por esta causa en muchos matices, que las ideas madres se hallen compartidas en muchas agrupaciones, y que entre unas y otras, así como entre los hombres que las dirigen, existan las apasionadas rivalidades de los que tienden á la supremacía. Pero este espíritu político todavía en Chile está y se conserva puro de viles corruptelas. Sobre todas estas divisiones no impera sólo el sentido empíri-

co de lo que inspira por sentimiento el amor de la patria. Hay una conciencia común de sus destinos progresivos y una dirección casi uniforme hacia los medios de realizarlos, y las luchas de la supremacía, como entre nosotros se sostienen, no se limitan al pandillaje de familia sobre los intereses generales y sobre las mismas instituciones, ni se reducen á vivir del acaso y á prosperar individualmente á costa del patrimonio de la nación. En Chile existe un número considerable de verdaderos hombres políticos que engendran un número considerable de verdaderos estadistas, y no siendo éstos hombres de pasiva servidumbre como hechuras exclusivas del favor, sino entidades que se imponen por su mérito propio y por su legítima influencia, su mera exigencia impide que en los poderes públicos se concentre toda la máquina de la opinión, haciendo intervenir con conciencia cada vez más ilustrada al cuerpo colectivo de la nación, que con entera libertad, según las inclinaciones ó los apasionamientos de cada uno, interviene en el gobierno supremo de la República, prestando autoridad y prestigio á las instituciones, fuerza y eficacia á todos los poderes y marcando aquellas direcciones que á los pueblos bien constituídos conducen á una existencia feliz y próspera y á los engrandecimientos propios de toda reconocida superioridad.

Las dos fuerzas políticas vitales de todo organismo público mantienen las dos divisiones fundamentales que establece lo que se llama el sentido conservador de todo derecho social y lo que se llama el sentido liberal y efusivo que bosqueja las continuas evoluciones de la vida sobre el planeta. Cualquiera que sea la procedencia de donde se derive la alta persona á quien el voto jurídico de los pueblos eleva á la suprema magistratura del Estado, desde que se constituye en ella, cuenta de continuo con la cooperación activa de las dos fuerzas. Su subdivisión en matices marca la oportunidad de cada eficacia, y lo mismo el grupo conservador genuino, como el nacionalista del mismo partido conservador, que el liberal gubernamental, el radical, el liberal democrático y el doctrinario, en que

se subdivide el partido genuino liberal, sin romper la fuerza de cohesión que en el interés común de la patria los unifica, por encima de las fórmulas apasionadas que aparecen en el seno de cada una de estas parcialidades, se ceden entre sí los puestos públicos con abnegación y con brío, aunque dispuestos siempre á reconquistarlos, agotando para ello todos los recursos lícitos que el propio y el recíproco respeto prestan á la lucha.

Ante la perspectiva de la proximidad de la actual contienda para la renovación de los poderes presidenciales, pues en Setiembre de este mismo año terminarán los que con tanta autoridad y acierto viene desempeñando el Presidente D. Federico de Errázuriz, la emulación de las dos tendencias fundamentales tuvieron al momento que bosquejarse. El partido conservador en sus dos fracciones y en coalición de uno de los grupos del partido liberal, es el que más constantemente ha prestado sus hombres eminentes á los Gobiernos que se han formado durante todo el mandato del Sr. Errázuriz. Los otros grupos del partido liberal aspiraban á que de su seno saliese el nuevo elegido para la magistratura suprema del Estado, y ante esta legítima aspiración el problema se presentaba bajo las tres fases siguientes. Si el partido liberal lograba inclinar de su parte la balanza y el influjo personal del Presidente Errázuriz, el triunfo podría darse por garantido; porque aunque en Chile las elecciones las hacen los partidos políticos y no el poder ejecutivo del Estado, claro es que en toda sociedad política hay siempre una masa pasiva enorme que ajusta sus movimientos al dictado de los que mandan. Otra forma de la resolución favorable del problema sugería la idea de una convención previa, en la que entrando todas las clases y todos los hombres, de cualquier filiación política que fuesen, á quien la ley constitucional de la República otorga el voto privilegiado para estas altas funciones, en su seno se discutiera y en sus votos se designara un solo nombre en quien después recayesen los sufragios de todos. El tercer término del problema consistía en promover un movimiento general de unificación entre todas las

agrupaciones del partido liberal, dentro de esta unificación proceder á la elección de un solo candidato y con él arrostrar la suerte de la lucha, de partido á partido entre la coalición conservadora-nacionalista y la fusión de todas las estirpes liberales, y de candidato á candidato.

Desde el primer momento, el Presidente Errázuriz, mereciendo por su resolución el elogio de toda la opinión y de los propios partidos rivales y militantes, cuando la prensa que, en Chile, como en todas partes, no se detiene en lanzar sus combinaciones imaginarias para ver lo que sale, barajaba los nombres de D. Ramón Barros Luco, D. Mariano Sánchez y D. Pedro Monte, adjudicando á cada uno de ellos el carácter de candidato oficial *in pectore,* rompió el velo de las naturales reservas que le imponía su posición, para declarar públicamente que él no tomaría parte, ni ninguno de sus ministros, en la designación, ni en la lucha electoral del candidato que hubiera de reemplazarle. En carta dirigida á los distinguidos hombres públicos Riesco, Lazcano, Barros Luco, Ruiz Valledor y otros, procedentes de las fracciones liberales, que habían sido promovedores de una convención liberal para el 3 de Marzo, expresó sinceramente su resolución de prescindir en absoluto de todo acto que significara hostilidad ni preferencia para partido alguno; que su deseo era la convención de los individuos del Congreso Nacional en sus dos Cámaras de Diputados y Senadores de todos los partidos, y no sólo de los que constituían el grupo liberal nacional del Gobierno, y que aceptaría de lleno el candidato que resultare de esta amplia convención; que con sus ministros había creado el compromiso de no tratar siquiera de las convenciones coalicionistas que se estaban proyectando, en que existían restricciones y exclusiones, y que la única circunstancia que le determinaría á aceptar de plano el resultado de una convención, sería que estuviese constituída por todos los partidos, pues ante el predominio de grupos, sin altura de miras, que se había iniciado, su deber le imponía permanecer totalmente alejado de la lucha.

Esta resolución, aprobada por todos, hacía decir á uno de los hombres más distinguidos del país: — *¡Gracias á Dios que al comenzar el siglo XX hacemos en Chile lucha política de frac y guante blanco!* — La prensa de la capital, de Valparaíso y de toda la República, saludó la determinación de Errázuriz como el *summum* de la pulcritud de las prácticas políticas, pues al Presidente actual de la República corresponde el hacer desaparecer las espectativas partidaristas de favor gubernamental, lo que equivale á afianzar en aquel país, regido por instituciones de carácter representativo las hermosas prácticas de la vida libre en el movimiento electoral de la nación. Los términos de la común aprobación á esta conducta, que equivale á una conquista, ningún periódico los formula con más elocuencia que *El Chileno:* «En Chile — dice — no vota el que no quiere. Una libertad sin restricciones por una parte, y el ansia de triunfo de los partidos por otra, arrastran á nuestros conciudadanos al campo electoral, los obligan de mil maneras, los incitan y los persuaden de que van al cumplimiento de un deber que redunda en el bien de la patria. Comparando este fenómeno con el círculo de hierro en que, en otras naciones de los dos continentes, y en el nuestro sobre todo en las que nos son vecinas, se coloca la lucha electoral, en que se rodea la urna que recoge el voto de las voluntades nacionales, que debe ser tan libérrimo y estar tan plenamente imbuído de la alta convicción del interés nacional con las sibilíticas precauciones con que los antiguos israelitas rodeaban el Arca Santa para que nadie la viera, y en el que no se permite el acceso de otros que el de los ungidos con el óleo gubernativo, tenemos motivos para enorgullecernos de esa preciosa conquista política que vale más que muchas otras conquistas materiales. Entre nosotros, felizmente las elecciones las hacen los partidos políticos que tienen arraigo en la opinión, y no los Gobiernos que las convierten en un instrumento de su interés particular. Cuando los Gobiernos son los que hacen las elecciones, atrofiado, corrompido, indiferente el cuerpo electoral, todo se convierte

en resta de votos ó en votos putrefactos; cuando las elecciones las hacen los partidos, intérpretes verdaderos de la opinión, hay efectivamente efervescencia y lucha, pero esa lucha y esa efervescencia significan conciencia política y política vitalidad. Vemos en el Brasil á Campos Salles, que ofrece la presidencia que deja á un caballero amigo, Rodríguez Albes, que es su candidato. Hemos visto en el Ecuador al general Eloy Alfaro sustituirse en otro él, como en el Perú antes lo hizo Piérola con Romaña. Roca, en la Argentina, no oculta sus preferencias hacia el que ha de venir después de él á la suprema magistratura, que él abandona por los términos de la ley. Cuestas, en la Oriental, quisiera sustituirse á sí mismo. En Méjico así lo ejecuta una vez y otra vez Porfirio Díaz. Solamente el jefe del Estado en Chile dice á los partidos: «*Mi sucesor será el que vosotros querais: el que el pueblo chileno elija. Yo no le conozco. No quiero conocerle. No quiero influir en su elección*». Esto significa que el Presidente Errázuriz tiene del alto puesto en que la voluntad popular le colmó, el elevado concepto que merece. Significa también que Errázuriz sabe el respeto que se debe á las instituciones constitucionales, el respeto que se deben á los altos intereses de la patria, y la mayor de sus glorias cuando cese en la honrosísima administración que ha desempeñado, será haberla puesto ilustre remate, dejando vinculado su nombre al afianzamiento de la libertad electoral, que en todo régimen representativo es la fuente de todo derecho y de toda irresponsabilidad.»

A los elogios de *El Chileno* deben reunirse los de *La Tarde,* pues si aquél es el órgano de la opinión conservadora, éste es el órgano de la opinión liberal. «Al Sr. Errázuriz, dice, conduciéndose de la manera noble, levantada, desinteresada, imparcial que lo hace, la Historia tomará muy en cuenta para agradecérselo el precedente que deja establecido. Reintegrando en su sinceridad fundamental el derecho más importante de las instituciones existentes, abre un nuevo camino, en el que ninguno que le suceda querrá retroceder. Es cierto: la funcióu

electoral es derecho ineliagenable de la nación: los poderes públicos no lo deben intervenir. Su influencia en el voto es una verdadera usurpación contra la voluntad nacional.»

*
* *

En realidad, los conatos de la convención propuesta el 15 de Febrero último no eran más que un ardid político de las agrupaciones del partido liberal, en sus antagonismos insuperables contra el partido conservador. La candidatura de Don Pedro Montt habíase ido formando en la conciencia de este último desde la enfermedad que padeció el Presidente Errázuriz, y de la que unos temieron por su vida, y otros por la declinación de sus facultades para el alto ejercicio de su ministerio político. Esta candidatura fue desde su origen muy combatida por todos los matices del partido liberal, incluso el que formaba parte del elemento gubernamental, al mismo tiempo que cada día se afirmaba más en el espíritu de nacionalistas y conservadores. La persistencia de estos en sostenerla llegó á engendrar y propagar la sospecha de que dicha candidatura tácitamente recibía el apoyo del Presidente Irrázuriz. Los coaligados ó aliancistas liberales, para prender las simpatías de la opinión, plantearon previamente la cuestión de la unificación liberal, proyecto en que se estrellaron durante su presidencia los esfuerzos de Balmaseda, y en que hasta ahora se habían estrellado los del actual Presidente. Mas cuando reunidos los comités de las fracciones liberal doctrinaria, radical y vicuñista ó ballesterista, acordaron la inteligencia convencional con los demás partidos para la designación de un solo candidato, Walker Martínez, el jefe de los conservadores, adivinó la tendencia de la al parecer plausible tentativa, y apresurándose á hacer la proclamación de la candidatura Montt, aceleró la división de los dos campos rivales antes de que la imprevisión de algunos les condujera á adquirir compromisos.

Hay que confesar que el nombre de D. Pedro Montt suena

bien en los oídos de casi todos los chilenos. Su apellido está consignado ya en los anales históricos de la República y en sus fastos presidenciales con recuerdos que siempre le harán más que simpático, respetable. D. Jorge Montt se llama el que puede llamarse principal sostenedor del poder naval de Chile, en que el país entero mira el mayor símbolo de la fuerza nacional y de sus empresas. El candidato propuesto por el partido conservador, hombre que cuenta en la actualidad unos cincuenta y cinco años de edad, es hombre culto, que empezó su carrera recibiéndose de abogado en 1870. Diputado poco después en el Congreso nacional, fue el representante más puro del antiguo monttvarismo, que en Chile tendrá siempre raíces profundas, á pesar de que bajo la administración de D. Domingo Santa María se declarase disuelto el grupo que lo formaba, é incorporado al partido liberal. En la legislatura de 1885 á 1886 fue elegido Presidente de la Cámara de los Diputados, y ya en este puesto desplegó bien sus aptitudes como estadista, político, hombre de gobierno y hasta de administración. Semejante al concepto aventajado que le merecía su perfecta honradez privada, ganólo entonces de conspicuo y de trabajador; y procurando realzar ya sus facultades y dar un tinte más eficaz á su carrera, vino á Europa á estudiar las instituciones similares á las de su patria. Todo chileno que aborda al antiguo continente hace á la Gran Bretaña su primer visita. En Chile, la sangre, el habla, la historia, proceden de España: la educación, las ideas y las costumbres sociales, el régimen de la política y de la economía son ingleses. Puede decirse que en lo que tienen de representativas y de orgánicas las instituciones chilenas son una prolongación, más que una copia de las instituciones y de las costumbres políticas, administrativas y sociales de Inglaterra. De la influencia de la antigua metrópoli, en realidad no se conserva en Chile sino el culto romántico de la sangre y el culto literario de la lengua en que sobrevive siempre el magisterio perpetuo que dejó con sus obras constituído Andrés Bello. Montt en

Europa, aunque visitó algunos países más que Inglaterra, contrajo sus estudios políticos á los de las instituciones británicas.

Regresó á Chile al inaugurarse la presidencia de D. José Manuel Balmaseda en 1886, y en sus Gobiernos fue Ministro de Justicia, de Instrucción pública, y de Industria y Obras públicas, haciéndose notar, sobre todo, en el de Justicia, por haber iniciado resueltamente la reforma del sistema y de las leyes penales de la legislación de Chile. La presidencia de Balmaseda no pudo librarse, como felizmente se ha librado la de Errázuriz, de las violencias de un período de guerra civil, en la cual Montt tomó parte como miembro del Comité directivo de la capital. Mas de aquellos sucesos sacó nuevas posiciones que le familiarizasen con todos los varios instrumentos que componen la suma del Poder, y entonces en el Perú, primero, y después en los Estados Unidos del Norte, desempeñó cargos diplomáticos como Ministro plenipotenciario, aunque no fueron de mucha duración, pues en el mismo año de 1891, en que triunfó la revolución, fue llamado de Washington para confiarle el Ministerio del Interior, bajo el Gobierno que presidió el actual Almirante D. Jorge Montt. Su influencia ya siempre fue determinante en la política de su país, y bajo la presidencia de Errázuriz se le ha considerado en las Cámaras como el jefe de la coalición liberal-conservadora que ha informado y compuesto los varios Ministerios que han gobernado en este espacio de tiempo. Al ascendiente que durante él ha ejercido en la política, y no á las condiciones personales de su carácter, es á lo que debe la enconada oposición que las agrupaciones liberales han levantado contra su candidatura. No obstante, después de su proclamación por el Directorio del partido conservador, hecha con inmenso entusiasmo y por unanimidad de votos; las pruebas señaladas de adhesión y simpatías que ha recibido, sobre todo, en los banquetes celebrados en su honor en Valparaíso y en Temuco, demuestran la inmensa popularidad que su nombre y su personalidad tienen conquistada en

las fuerzas más vitales del país, pues á uno y otro banquete, prescindiendo del inmenso número de la comitiva esencialmente política que de continuo le rodea, la concurrencia que ha tenido el honor de ofrecerle estos agasajos, proporcionándole el medio de formular en sus brindis las bases de su programa, ha estado compuesta de personas de la primera posición social en el terreno de los intereses económicos é intelectuales del país: es decir, propietarios, banqueros, comerciantes, grandes industriales, escritores, representantes de todas las profesiones liberales, periodistas, altos funcionarios, es decir, todos los elementos que forman los cimientos de una sociedad bien constituída y que halaga grandes ideas de progreso, de cultura y de engrandecimiento. En el banquete de Valparaíso, la frase de su discurso-programa que ha sido más aplaudida, fue la de la protesta de que seguirá en las relaciones exteriores la política de paz y de concordia que ha ilustrado el Gobierno de Errázuriz: «*Pondré*—añadió—*mi cuidado más especial en los intereses de todos los pueblos de nuestra fraternidad americana, y mi propósito será que se estrechen cada día más á las leales relaciones que he de ofrecerles. En vuestra cooperación consiste que en mi consagración absoluta al bien público, procurado asiduamente con la elevación y amplitud de miras, con la rectitud de procedimientos y con el espíritu de justicia que han de inspirar todos mis actos, el período del mandato que me confiéis se distinga en la Historia por el engrandecimiento del poder, de la influencia y de la prosperidad de la patria, que todos amamos, á la sombra de esta política de paz y de concordia y mediante el trabajo, la abnegación y el patriotismo de sus hijos.*» Estas palabras fueron saludadas con estruendosas aclamaciones y aplausos.

***

El otro lado de la medalla lo ofrecieron los convencionistas liberales del 3 al 7 de Marzo. Pocas veces Santiago de Chile ha presenciado un espectáculo de tan entusiastas espectativas como el que presenció desde las diez de la mañana del dia 3 en el recinto del Congreso, donde habían de celebrarse, por series de siete, las votaciones necesarias hasta determinar un solo candidato que obtuviese la mayoría discernida en los votos que se emitieran. Las listas de la convención se cerraron en la noche del día 2, y se habían inscripto en ellas 329 votantes, de los que 20 eran Senadores, y 54 Diputados en ejercicio, y 24 exsenadores, y el resto exdiputados de pasados Parlamentos. El candidato que se proclamase tenía que obtener en su favor el 60 por 100 del número total de los que votaran; de modo que debía reunir el número de 199 sufragios. Cada fracción del partido liberal había presentado su candidato propio, y la disputa, al parecer, estaba entre Claudio Vicuña, Augusto Matte, Fernando Lazcano, Germán Riesco y Ramón Barros Luco, teniendo muchos por casi seguro que la contienda se sostendría sólo entre los dos primeros, pues á Vicuña le votaban los balmasedistas, y de éstos había inscriptos 130, y al segundo, los doctrinarios radicales y algunos liberales del Gobierno, que no eran menos numerosos.

La primera serie de las votaciones que se verificaron el día 7, constó de siete votaciones sucesivas, con el resultado siguiente:

CANDIDATOS	1.ª	2.ª	3.ª	4.ª	5.ª	6.ª	7.ª
Vicuña.....	124	131	124	125	110	122	121
Matte.....	67	71	69	50	71	100	99
Lazcano.....	57	69	63	71	90	95	96
Riesco.....	29	27	27	34	46	»	»
Barros Luco..... ..	34	33	35	39	»	»	»
Perdidas.....	3	3	1	1	1	»	»

Se repite el día 4 otra serie de otras siete votaciones, con el siguiente resultado:

Vicuña.....	130	130	125	122	123	114	118
Matte.....	69	20	8	1	»	»	»
Lazcano	84	87	84	83	84	81	79
Barros Luco....	18	66	98	104	111	120	120
Riesco.....	1	4	»	2	»	»	»
Perdidas.....	3	»	»	1	»	»	»

Al tercer día, la opinión entre los asistentes del público estaba muy movida, y los candidatos Vicuña, Barros Luco y Lazcano, pidieron al Presidente del acto, Sr. Martínez, que suspendiera la continuación de la tercera serie de votaciones hasta la tres de la tarde. El objeto de esta suspensión fue procurar una transacción entre partes, haciendo que los unos cedieran á los otros las fuerzas respectivas que les apoyaban. No hubo inteligencia. La primera votación repitió casi el resultado conocido. Vicuña, 113 votos; 105, Barros Luco; 86, Lazcano; dos, Matte; dos, Riesco, y cinco votos perdidos. Al concluirse la lectura, las tribunas prorrumpieron en silbidos y en una inmensa gritería, saliendo á la vez algunos vivas en favor de D. Claudio Vicuña. Estas ruidosas manifestaciones se repitieron al terminar la segunda votación. La tercera pasa sin incidente alguno; pero al empezarse la cuarta, el Secretario de la Mesa electoral, D. Manuel Amunátegui, anuncia que los candidatos Barros Luco, Lazcano y Vicuña, se retiran; y la Asamblea se pone en masa de pie, prorrumpiendo en expresiones regocijadas. Pasa toda la tarde en cabildeos y en conjeturas, y cuando á las seis de la noche el Presidente de la Mesa anuncia la suspensión del acto hasta el día siguiente, las tribunas rompen en vivas á D. Pedro Montt, mientras que las gentes, que se aglomeraban fuera en las puertas de la Convención, al ver salir á los convencionales, vitorean á su vez á D. Claudio Vicuña.

La retirada de Vicuña, Lazcano y Barros Luco no se mantenía, sin embargo, en la reunión que los comités celebraron aquella noche, y al día siguiente se hacen continuar las votaciones interrumpidas, comenzando por la cuarta de la tercera serie. La séptima concluyó á las once y media de la mañana, y á la una de la tarde se reanuda el acto para empezar las siete votaciones de la serie cuarta. Todavía el día 7 se verificaron las votaciones de la quinta serie, y al terminar la última, se señalaba la hora de la una de la mañana del día 8 para empezar la serie sexta, sin que los resultados de las urnas sufriesen en favor ni en disfavor de ninguno de los candidatos, ninguna sensible modificación. De aquella situación ya embarazosa y violenta pudo salirse únicamente por un acto común de desinterés y patriotismo. El espectáculo que se había estado dando desde el día 3, demostraba que, en los diversos grupos del partido liberal, lejos de tender ninguno á un movimiento de fusión y de unidad, que era lo que se buscaba, cada cual circunscribía sus esfuerzos á sobreponerse sobre los demás. En las fluctuaciones de lás votaciones últimas se dejan conocer más á las claras todas las intenciones. Cuando al Sr. Vicuña se le ve ganar unas cifras en que disminuyen las del Sr. Lazcano, es que los radicales y doctrinarios se han dado la voz de orden de votar en dispersión para ver qué fuerza tiene entre ellos el señor Vicuña. El Sr. Barros Luco, fatigado de la contienda, abandona el campo y renuncia, en el momento en que los *lazcanistas* insinúan á los *barristas* mantengan su candidato, pues en último término, ellos se les plegarán. Así las fuerzas de Barros como las de Vicuña se disponen á una concentración en favor de Augusto Matte que, ausente de Santiago, se halla allí representado por su hermano y el núcleo de sus amigos; pero después de otras dos votaciones pudo observarse que las fuerzas de Matte, en lugar de aumentarse, atrayéndose *vicuñistas*, sufrían un nuevo descenso. Todas las combinaciones abortaban en la anarquía del voto. El público y la opinión se hallaban impacientados, y el movimiento de reconcentración

liberal, que había producido muchas simpatías, se vió desde luego que no era más que un peligroso ardid del momento, que no tenía verdadera consistencia, y que en aquella pugna todos entre sí trataban de engañarse mutuamente.

Después de la quinta serie de las votaciones, insuficientes y estériles, vinieron los últimos cabildeos para llegar al fin por un acto de habilidad más que por una cordial resolución. Se había diputado á D. Guillermo Rivera para que pasase á Villa de Mar, á donde se había retirado el candidato D. Germán Riesco, para explorar su voluntad, permitiendo votar de nuevo su nombre, después de la renuncia que había formulado. El secreto de esta última designación se cifraba en que, estando casado el Sr. Riesco con una hermana del Presidente Errázuriz, las fracciones liberales creían que el triunfo de su cuñado haría al Jefe del Estado retroceder de la actitud á que se había reducido y apoyaría con su influencia decisiva la victoria de su pariente, y con él el triunfo del partido más inquieto de la República, aunque á la vez el más dividido y falto de cohesión. Riesco accedió á lo que se le demandaba, pero á condición de que su elección no dependiera del éxito de una nueva batalla, sino de un convenio previo de todos los partidos coaligados, que diesen indefectiblemente en la urna más del 60 por 100 de los sufragios necesarios para la proclamación. Aunque así quedó convenido en el acto de las votaciones de la sexta serie, el primer escrutinio dió 135 votos á Riesco, 88 á Lazcano y 83 á Vicuña. Se había faltado á lo pactado en Villa de Mar. El presidente de la mesa, Martínez, llamó la atención de los convencionales sobre esta informalidad, y Vicuña tomó la palabra. Dió en su discurso la primera prueba de su abnegación, retirando absolutamente su nombre de la contienda y pidiendo á sus amigos votasen la candidatura de Riesco, y en efecto, en la segunda votación éste obtuvo 195 votos, es decir, cinco más que los necesarios para la proclamación, por 95 que se dieron aún á Lazcano y 13 que obtuvo Vicuña. Lazcano, antes de publicarse el escrutinio, dirigió un

mensaje á la Mesa, adhiriéndose al voto de la mayoría, y en su virtud, los convencionales todos prorrumpieron en aplausos y vítores á Lazcano y Vicuña, y se pidió que Riesco fuese proclamado por unanimidad, como en efecto se hizo, con esta fórmula promulgada por el Sr. Martínez:—«A nombre de la representación de la Convención, proclamo *por unanimidad* candidato á la Presidencia de la República para el próximo quinquenio, al ciudadano D. Germán Riesco.»—El día 10 se celebró la sesión de clausura de la Convención, y el candidato proclamado, que había regresado de Villa de Mar, pronunció un discurso de gracias, que envolvía su programa eventual de gobierno, ceñido exclusivamente á la política de los progresos interiores de la República de Chile.

¿Puede darse por asegurado por estos hechos, el triunfo de la elección de Riesco sobre Montt en la última sentencia de este largo proceso electoral para la sustitución del benemérito D. Federico Errázuriz en la Presidencia, cuyo mandato termina en Setiembre próximo? Es dudoso. La unificación de los liberales en Chile se ha intentado cien veces, y cien veces ha fracasado. Después de la elección próxima presidencial, con ó sin la victoria, volverán á desunirse. Por lo pronto, la esperanza que los liberales cifraban en que el Presidente Errázuriz inclinara su influencia de parte de la candidatura de D. Germán Riesco, por estar éste casado con una hermana suya, y de que saldrá de la actitud de absoluta abstención en que se ha colocado, dispuesto á no favorecer ni hostilizar á candidato alguno, ya ha tenido ocasión de sufrir el primer aviso del desengaño. El Presidente Errázuriz cree que nada corrompe más el régimen de toda institución política, que la política de familia, cuando los que han llegado á cualquier esfera del poder creen que la ventaja por ellos conseguida debe vincularse entre los privilegiados de su sangre, y que esta ilícita vinculación no entraña una usurpación criminal á los que en sí mismos tienen méritos y títulos personales para subir á los puestos que se arrancan por aquellos al patrimonio de la patria, que por igual

pertenecen á todas las aptitudes sobresalientes, y por lo tanto, capaces de dirigir con rumbos acertados la nave de la política y del Gobierno. El Presidente Errázuriz, condenando el sentido secreto y hábil con que se ha señalado la candidatura de su cuñado el señor Riesco para que le suceda en su puesto, en la misma ciudad de Temuco, donde los partidarios del candidato Montt dieron á éste un gran banquete en celebración de la proclamación de su candidatura, ha hecho asistir á su yerno, Renato Sánchez, que es diputado en el Congreso chileno, y éste en los brindis pronunció un discurso, que terminó con estas significativas palabras: «Puedo aseguraros, señores, y tengo derecho para hacerlo, que en esta lucha electoral tendremos amplias garantias, *y que los que han buscado los vínculos de familia para asegurar un éxito que no podía darles el propio esfuerzo, se han engañado.*» Ahora hay que esperar á que el telégrafo nos anuncie la sentencia final (1).

***

No tenemos por desgracia en España el hábito de estudiar, como debíamos, á los hombres dirigentes de las nuevas socie-

(1) Después de escrita esta revista nos llegan nuevas noticias de Chile, y entre ellas la de que en el *Diario Oficial* de la República el Pesidente Errázuriz ha hecho publicar la siguiente nota:

«La situación por que atraviesa el país es delicada y merece atenta consideración.

En presencia de la lucha eleccionaria que se aproxima, y que ha de designar su sucesor, el Presidente de la República ha comprendido sus deberes y procura cumplirlos.

En reiteradas y solemnes ocasiones ha expresado su inquebrantable propósito de mantenerse alejado de los intereses partidarios y dejar que se debatan sus elementos libremente y sin que la acción del Gobierno favorezca á los unos contra los otros.

Con excepcional fuerza se impone esa actitud al jefe del Estado, en vista de sucesos políticos de reciente data. Una de las corrientes de opinión de algunos de los partidos en lucha, ha estimado conveniente encar-

dades que en la América que fue española hace visibles la eminencia de sus puestos, y en los progresos de aquellos nuevos pueblos, el influjo de sus iniciativas y de sus facultades; y no sería completo el estudio que aquí se hace de las prácticas políticas de Chile con motivo de la preparación de su próxima elección presidencial, si no se dibujara, aunque en embrión, bien el perfil de las principales figuras que juegan en los hechos relatados. En aquellas sociedades nuevas, es muy viva la conciencia que se tiene de los caracteres propios que en ellas sobresalen, y hay plumas de inspiración elevada y criterios de superiores vuelos para hacerlos conocer en toda la integridad de cada capacidad y de cada servicio prestado en su carrera.

Es indudable que en Chile no existen hombres mejor templados y preparados con más copia de merecimicntos personales para las cumbres de la vida política y para el impulso progresivo del Gobierno, de la economía y de la administración que el candidato conservador á la Presidencia, D. Pedro Montt, cuya ligera biografía se ha dado antes, y entre sus con-

---

nar sus intereses y aspiraciones en un deudo inmediato suyo, creando así al Presidente de la República una situación delicada en extremo.

La neutralidad é imparcialidad que en todo caso incumbía observar, podría ser sospechada de débil ó tímida, á causa del citado parentesco, si no fuesen por él sostenidas ahora con el mayor esmero y estrictez.

El profundo y constante respeto que á nuestro régimen constitucional ha guardado durante toda su administración, continuará por cierto inspirando sus actos. Dentro de los rumbos políticos de ideas señaladas por las mayorías dominantes en ambas ramas del Congreso nacional, ha organizado siempre y organizará en adelante los Gabinetes que han colaborado y colaborarán en sus tareas, pero manteniendo incólume la facultad expresa que la carta fundamental le otorga de elegir, nombrar y remover á su voluntad el personal de sus Ministerios.

Es de esperar que la prudencia y la cordura de los chilenos todos sin distinción de colores políticos, y cualesquiera que sean los intereses ó aspiraciones que sirvan, sabrán apreciar las dificultades de la hora presente y no querrán exigir del primer mandatario de la nación que se aparte un punto de la severa y correcta norma de conducta que se ha trazado».

trincantes del partido liberal, D. Ramón Barros Luco. Siempre que el arduo manejo de los negocios del Estado, las discusiones del Parlamento ó las dificultades de la política han puesto á prueba sus conocimientos, su criterio y tino y la extensión de sus capacidades, han conseguido añadir nuevo brillo á su nombre y han acumulado nuevos títulos para que en Chile se les considere entre sus primeras y más culminantes figuras. Los dos han tenido casi siempre una parte activa é inmediata en la Administración de su país, y cuando no la han tenido, por todos se ha considerado que su opinión y su consejo eran elementos indispensables para la solución de todos los conflictos. Los dos tienen, para la representación de su respectivo papel, una preparación especial é ilustrada, la misma serenidad y ecuanimidad de carácter, igual disposición para cooperar al Gobierno, para inspirar sus actos, para apoyar su conducta, que, por el contrario, para impugnar sus actos y combatir sus resoluciones si son equivocadas ó perjudiciales. Sólo en ocasiones muy solemnes han hecho uso del ataque enérgico contra los actos del Poder. Esta moderación ha sido la fuente de su mayor autoridad. De cualquier modo, abroquelados en sus pensamientos de alta providencia para los intereses de su patria, en el Parlamento sus posiciones respectivas se han tenido siempre por inexpugnables. Las luchas violentas de la palabra, los ataques surgidos por las pasiones personales nunca los han conmovido, y hasta cuando han sido objeto de ataques impetuosos han sabido refrenarse á sí mismos, y oponer la defensa del silencio. Este dominio de sus propias pasiones es en ellos un don inapreciable de su propia naturaleza. En las agitaciones políticas, su templanza ha sido la misma. Las más encendidas convulsiones han hallado á Barros Luco como soñoliento. En cuanto á D. Pedro Montt ni aun en el trato privado profiere invectivas ni vierte juicios acalorados contra sus mismos adversarios: á lo más acompaña con una sonrisa complacida las frases chispeantes con que su señora da expansión á su vivísima inteligencia, y anima y

mantiene graciosamente fervorizada la elegante é íntima tertulia de sus salones.

Estas condiciones de carácter se traducen en públicos respetos. Barros Luco es el hijo de la más ciega fortuna. No necesita hacer esfuerzo alguno para hacerse valer y hacer valer sus opiniones. Llega inopinadamente para él, cuando todo el mundo le espera; vierte sus ideas sin meditarlas al parecer, cuando todo el mundo las escucha con ansia para traducirlas en soluciones del éxito. Cuando él ha creído muchas veces que sus soluciones carecían hasta de lógica, ellas han sido el pleno acierto. Montt es el trabajo, la voluntad, la mesura y el orden. Grande por las fuerzas naturales de que se halla dotado, son inagotables las que deriva de la extremada cultura de su inteligencia. Nadie es, como él, una enciclopedia viva siempre de cuanto toca á la política, á la economía, á la Administración. Conoce todas las estadísticas, y no hay aptitud humana como la suya más bien dispuesta para la asimilación. Aunque se considere que en Chile no hay quien esté más alto que él en la escala de la ciencia, siempre sube. Barros Luco siempre mantiene su espíritu en una cómoda posición de espera, aunque, cuando obra, en vez de provocar furores, disipa tempestades. Montt, en cambio, es la actividad continua y á la vez fecunda y vigorosa, que no permite quedarse indiferente ante ninguna cuestión de interés público. Tiene ideas adelantadas y proyectos formulados hasta para lo imprevisto, y en su labor política, administrativa y parlamentaria ha levantado enormes edificios para llenar las necesidades de cuantos problemas se le han planteado. Ni Montt, ni Barros Luco se preocupan en sus actos del aplauso de la galería: no aspiran al brillo de las exterioridades. A Barros Luco parece que lo conduce la plena conciencia de que siempre va bien y de que siempre quedará satisfecho. Ni á él ni á nadie extrañarán los mayores honores de que se le rodea; pero él no se desvelará por conquistarlos. Podría decirse lo mismo de D. Pedro Montt, pero con esta diferencia: Montt tiene la conciencia del poder;

siente en sí el poder de sus medios, de sus facultades, de sus merecimientos, de las adhesiones que la opinión le rinde, de la confianza y de la fe que se deposita en él, y con esta conciencia se cree en la obligación de buscar el Poder, de aceptarlo, de ejercerlo. Así Chile abriga en él la esperauza de los beneficios que ha de recibir de ese Poder.

Lazcano y Riesco, los dos tienen parentesco inmediato con el Presidente Errázuriz; pero tienen, además, méritos personales suficientes para aspirar á sucederle. Ni uno ni otro cuentan la larga vida política de Montt y Barros Luco. Con todo, Riesco, ya en 1896, fue tenido por muchos como un candidato á la Presidencia de la República, más viable entonces que su cuñado Federico Errázuriz, que la obtuvo. Lazcano fue elegido por vez primera Diputado por Curicó para la Constituyente de 1891. La base en que descansa principalmente su respectiva importancia para el cargo á que aspira Riesco, y los dos han aspirado, está en la posición social que ocupan, aunque, en realidad, en Chile haya muchos que disfruten igual rango social sin atraer hacia sí la atención de la opinión pública. Riesco tiene el secreto de las condiciones que forman la cumbre de su popularidad en las atracciones de su trato. Hablar con él, tratarle de cerca, es constituirse en su vasallaje. Su fácil conversación, sus sentimientos expansivos y efusivos, una broma de fino gusto, un cuento chistoso, una pregunta de interés, un consejo pronto y sabio, ponen inmediatamente en situación cómoda al que se le acerca. En toda reunión, él es siempre el centro de la animación y del agrado. Este carácter no lo reserva para los que se hallan á su nivel en todas las esferas, sino que lo comunica á los grandes y á los pequeños, á los hombres y á los niños, á los espíritus cultivados y á los rudos hijos del trabajo. Lazcano, en cambio, más reservado, guarda para círculos reducidos las expansiones de su amistad; pero tiene grande asiduidad para cultivar sus relaciones, siempre bien escogidas, y se liga estrechamente á ellas con su cordialidad afectuosa. Respecto á las considerables fortunas de que están en posesión,

la de Lazcano es más patrimonial que adquirida, y la de Riesco más profesional que heredada. Riesco se ha formado en la sociedad, en la intimidad doméstica y en el mundo de la política como empleado, alto funcionario y hombre de negocios. Lazcano, desde la niñez rigió como patrón la dilatada estancia que le dejó su padre. Mientras D. Fernando Lazcano ha ocupado los puestos más altos y visibles del escenario político de su país, D. Germán Riesco rara vez ha dejado sospechar la presencia de su mano en los hilos de la tramoya; mas permaneciendo largamente en la penumbra, ha logrado evitar desgastes prematuros. Se tiene fe en su talento, porque su vida interior, del mismo modo que su vida pública, ha sido siempre un conjunto de destellos brillantes que han llegado hasta la multitud.

De los demás contrincantes, D. Claudio Vicuña es una poética restauración de personajes de otra época, una especie de rey enmedio de una corte en que perpetuamente reine la elegancia y el buen tono, al contrario de Augusto Matte, cuya casa, ni aun en París, donde pasa gran parte de la vida, acusa por todos sus departamentos sino la prosa de la vida. Vicuña, en lo que habla, en lo que escribe, en lo que hace, en lo que piensa, es la cultura refinada hasta la ornamentación monumental. Matte casi no sabe escribir, sin que sea para él un gran mal no poder aplicar ni á sus ideas ni á sus acciones los refinamientos de la gramática, si en lo demás, por instinto, sabe conservar en sus reglas esenciales el sentido de lo que se escribe. Cuando Vicuña impone en su mesa la costumbre del brindis grandilocuente y ceremonioso; cuando en sus tertulias políticas llama al diputado amigo *el campeón de los nobles ideales,* al periodista aspirante *el esforzado luchador,* y al agente electoral que le lleva noticias de la votación *el heraldo de la victoria,* Matte no ofrece al que le visita sino comodidades positivas, franqueza para estar bien, menaje modesto y nada superfluo, ni aun la conversación, en que se economiza todo lo que no es ir directamente al grano. Ni en su casa ni en sus palabras, la fantasía encuentra nada en qué deleitarse.

Desde 1891, en que los dos desempeñaron papeles muy visibles, no han vuelto á reaparecer hasta ahora en aspiraciones culminantes. Los dos son ricos. Vicuña tiene su fortuna en haciendas y parques de gran nombradía en todo Chile, donde disfruta con esplendidez, y hace disfrutar á sus amigos, los dones de lo que posee; Matte tiene invertido su capital en valores y títulos fiduciarios y de comercio, cuyas rentas acumula sin descanso enmedio de la vida de derroches cuyo espectáculo inútilmente le ofrece París. Retirados de la contienda, no hay que prejuzgar lo que podría ser la administración de uno y otro en la Presidencia de la República de Chile.

***

Ya que en esta Revista no hay espacio para tocar otros asuntos americanos, conviene dejar dos curiosos datos de última hora, que demuestran la cordial protección que los Estados Unidos profesan á sus hermanos menores de lengua latina, en las vísperas de la Exposición panamericana de Buffalo y del Congreso panamericano de Méjico. No nos proponemos tratar ni del conflicto perenne con los cubanos irredentos, ni con los itsmeños de los dos canales siempre amenazados, ni siquiera de la ardua cuestión con Venezuela, que en el fondo envuelve la protección que el Gobierno de Washington dispensa á un nuevo *Venezuelan Rubber et Wood Trust* que en Nueva York se forma para apoderarse de todas las riquezas de la región del Orinoco, por medio de un nuevo monopolio sobre sus productos mineros y forestales. Se trata de dos *pequeñas* indemnizaciones que en favor de súbditos americanos que han puesto bajo el amparo del Gobierno yanqui inícuas reclamaciones, el Gobierno de Washington ha impuesto la una al de Guatemala, y la otra al de Honduras. En Guatemala, un norteamericano llamado Robert H. May, negoció con el Gobierno la construcción de una línea ferroviaria, por la que había de recibir una subvención de 35.000 pesos mensuales, y cuyos trabajos

habían de empezar en Abril de 1898. Llegó Octubre, y como nada había construído Mr. Robert H. May, el Gobierno guatemalteco suspendió la mensualidad. May reclamó: en Washington se obligó á Guatemala á admitir un arbitraje, que se confió á otro norteamericano, Mr. Jenner. Pronunció éste su fallo, y Guatemala ha sido conminada á pagar á Mr. May 140.000 pesos oro. ¡Delicias del *monroismo* y frutos del *arbitraje!*

Del otro caso que tenemos ante la vista, nos limitaremos á copiar el siguiente decreto, que leemos en el periódico oficial de Honduras: «Considerando: que si bien no se ha obtenido ningún éxito para disminuir siquiera la cantidad de la indemnización reclamada, se logró, en definitiva, que se desistiese del castigo del centinela Cruz Rosales, que era la parte más grave de la reclamación presentada, quedando de esa manera á salvo el honor del país: por tanto, el Presidente *acuerda*: reconocer como crédito del Estado la cantidad de 10.000.000 de pesos fuertes, oro, que se pagará á la orden de la Legación de los Estados Unidos, en Honduras, para indemnizar á la familia del ciudadano norteamericano Frank S. Pears, que fue muerto en Puerto Cortés el 31 de Enero de 1899, debiendo imputarse este gasto á la partida de Crédito público, para cuyo fin se excitará al Ministerio del ramo.—*Comuníquese.*»

¡Diez millones de pesos, oro, por la vida de un súbdito norteamericano, á quien mató un centinela hondureño, indudablemente en el cumplimiento de su deber! ¡Diez millones de pesos, oro!

Iob.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

El anarquismo según sus más ilustres representantes, por el Dr. Pablo Eltzbacher; traducción del alemán por Pedro Dorado.—Un vol., 352 páginas. Madrid 1901, La España Moderna. Su precio, 7 pesetas.

El anarquismo, que en un principio solía considerarse sólo desde el punto de vista de ciertas manifestaciones bien conocidas, por sus efectos terroríficos y criminosos, considérase ya, con más calma y reposo, como lo que principalmente es, como una doctrina filosófica, muy influyente en las ciencias jurídicas, económicas y sociales, y que tiene representantes dignos de estudio detenido, los cuales mantienen principios que, quien quiera seguir la marcha del pensamiento filosófico de nuestros tiempos, no tiene más remedio que tomar en cuenta.

El libro del Dr. Eltzbacher, profesor en la Universidad del Haya, libro de mera y fiel exposición, pues como el mismo autor declara ya en la portada, *ni afirma, ni niega*, se limita á eso, *á exponer*; es una obra excelente por más de un concepto, en la cual se habla precisamente del anarquismo como doctrina filosófica, mantenida por varios pensadores, algunos de ellos de los más conocidos en los tiempos que corren; es, por otra parte, como obra de exposición, de las obras útiles, de las que sirven muy bien para el objeto que se proponen, á saber: para ahorrar muchas lecturas á quien no puede hacer del

anarquismo un estudio personal especial, y para orientar á quien desee estudiarlo en sus fuentes originales. Es, además, útil en otro respecto que el propio autor indica en la introducción: en efecto, «existe, como el Dr. Eltzbacher dice, en el día de hoy, la mayor confusión en lo referente al anarquismo, y esto no sólo en la masa del vulgo, sino también entre los doctos y entre los hombres de Estado»; pues bien, la obra de que hablo es también útil, en cuanto contribuye muy adecuadamente á disipar esa confusión, y á delimitar las doctrinas anarquistas, tanto en lo que se refiere á la designación de sus mantenedores, cuanto á la determinación de los conceptos fundamentales que les son característicos, cuanto, por fin, á las variantes que en las mismas conviene señalar.

El anarquismo, tal cual lo estudia el Dr. Eltzbacher, no se ofrece, desde luego, como una doctrina general, sino como el resultado de diversos estudios independientes, hechos de una manera directa en las obras de aquellos que pueden considerarse como sus mantenedores más ilustres y más fieles. De ahí la contextura, muy razonada, quizá con exceso, en la introducción del libro. El Dr. Eltzbacher fija, en primer lugar, el alcance de sus indagaciones sobre el concepto y las doctrinas del anarquismo, refiriéndolas especialmente á las opiniones que éste mantiene acerca de estas tres ideas fundamentales: el Derecho, el Estado y la Propiedad; luego expone cómo entiende él estas ideas y á continuación, siguiendo un plan muy riguroso, resume las obras de los siete representantes más ilustres quizá del anarquismo en nuestros tiempos, procurando demostrar, con el apoyo siempre de las fuentes, qué piensan dichos representantes acerca del Derecho, del Estado y de la Propiedad. Los siete representantes de que el autor habla, son: Godwin, Proudhon, Stirner (el autor de *El Único*, obra de que hablaremos otro día, con ocasión de su traducción al español), Bakunin, Kropotkin, Tucker y Tolstoy.

Los dos últimos capítulos del libro los dedica el Dr. Eltzbacher á resumir las doctrinas del anarquismo, procurando

primero hacer ver lo que éstas tienen de común, y deteniéndose después en señalar lo que las mismas tienen de particular y de característico. En este punto hace el autor clasificaciones muy interesantes de las siete teorías expuestas, considerándolas desde el punto de vista de sus respectivas opiniones acerca de los fundamentos generales de las tres nociones indicadas del Derecho, del Estado y de la Propiedad, y del procedimiento para la acción.

A. Posada

Consideraciones sobre la producción y el comercio de pasas en la provincia de Málaga, por Manuel Pancorbo, profesor Mercantil y Jefe de Administracción del Cuerpo de Aduanas.—Trabajo premiado por el Colegio Pericial Mercantil de dicha capital, en el certamen de 1900.—Madrid: Avrial, impresor, San Bernardo, 92, 1901, 8.°, 59 páginas é Indice.

Es un estudio muy interesaate, y está tratado con mucha competencia. El producto de la industria agrícola de que trata tiene una larga historia en la región privilegiada que lo cultiva, y es una de las materias que más importan al comercio de exportación de aquella opulenta provincia andaluza. El premio obtenido por el autor ha sido un objeto de arte, regalado para este fin por el General Lachambre.

OBRAS NUEVAS

Alonso y Gómez (S.)—La macarena; sainete. En 4.°, 64 págs., con grabados: 1 peseta.

Alvarez (E. G.) y López Monís (A.)—La torta de Reyes; juguete cómico en nn acto. En 4.°, 30 páginas: 1 peseta.

Alvarez Quintero (S. y J.)—La azotea; comedia en un acto. En 4.°, 35 págs.: 1 peseta.

Arigita y Lasa (M.)—Colección de documentos inéditos para la historia de Navarra. *Tomo I.* En 4.° mayor, XVI-550 págs.: 12,50 ptas.

Asúa y Campos (M. de).—Por carretera; apuntes de viaje desde Madrid á Santander. En 8.°, XIII-266 págs. y un mapa: 4 pesetas.

Aza (V.)—El afinador; juguete cómico en dos actos. En 4,°, 76 páginas: 1,50 pesetas.

Barrantes (V. de).—La nueva Electra. En 12.°, XXVIII-113 págs: 1,50 pesetas.

Benavente (J.)—Despedida cruel; comedia en un acto. En 4.°, 14 páginas: 1 peseta.

Modas; sainete en un acto. En 4.°, 28 págs.: 1 peseta.

Bernat (J.)—La fertilización de las tierras. En 8.°, 109 págs,: 2 ptas.

Botella (C.)—Sin pretensiones (Colección de cuentos y novelas cortas). En 8.°, IX-230 págs.: 2 ptas.

Cases (P.)—Agua-nieve; monólogo en un acto. En 4.°, 14 págs.: 1 peseta.

Castañs y Bonelli (A.)—El traductor militar; vocabulario alemán-español. En 8.°, 196 págs.: 3 ptas.

Colorado (V.)—Rinconete y Cortadillo; comedia en tres actos. En 8.°, 128 págs.: 2 ptas.

Cortés (L. R.)—La taquigrafía en el periodismo; discurso. En 4.°, 23 págs,: 50 céntimos.

Danvila (A.)—Lully Arjona; novela. En 8.°, 337 págs.: 3 ptas.

Diaz (J.)—Electra; sus tendencias, efectos de éstas, personajes del drama, desarrollo de la acción. En 8.°, 32 páginas. 25 céntimos.

Díaz de Escovar (N.)—Más coplas. En 12.°, XVI-95 págs.: 1,50 ptas.

Díaz Rodríguez (M.)—Ídolos rotos, novela. En 8.°, 349 páginas: 3,50 pesetas.

Díez Pinedo (E.)—Anuario de la

bolsa.—*Año X.*—En 8.° mayor, 548 págs.: 5 ptas.

Echegaray (M.)—Los estudiantes; zarzuela cómica en un acto. En 4.°, 49 págs.: 1 peseta.

Garza y Martínez (F. de la).—Análisis literario. En 8.°, VIII-250 páginas: 2,50 ptas.

González García (P.)—Esbozo de una tecnogenia. En 8.°, 117 páginas: 1 peseta.

Granés (S. M.)—La Dinamita; diario de la noche. En 4.°, 32 páginas: 1 peseta.

Icaza (F. A. de).—Las novelas ejemplares, de Cervantes. En 8.°, 279 págs.: 4 pesetas.

Jackson Veyán (J.)—El tortolito; juguete cómico en un acto. En 4.°, 38 págs.: 1 peseta.

Idem.—La tía Cirila; juguete cómico-lírico en un acto. En 4.°, 49 págs.: 1 peseta.

Labra (M. de).—El Rey de los aires; zarzuela en un acto. En 4.°, 33 págs.: 1 peseta.

López Marín (E.)—Condición humana; juguete cómico en un acto. En 4.°, 29 págs.. 1 peseta.

Marín Perujo (A.)—Enfermedades de las vías biliares. En 4.°, 37 páginas: 1 peseta.

Martínez Alcubilla (M.)—Apéndice al Diccionario de la Administración española. En 4.°, 20 páginas de necrología y retrato del autor, y 1.074 pág.: 12 pesetas.

Martínez Aparicio (E.)—Apuntes sobre el sistema de unidades eléctricas. En 4.°, 49 págs.: 1 peseta.

Martínez Escudero (F. A.)—Historia del Convento de Santo Tomás de Madrid. En 4.° mayor, 162 páginas: 4 pesetas.

Nietzsche (F.)—La genealogia de la moral. En 4.°, 138 págs.: 3 pesetas.

Nogales y Nogales (J.)—Mariquita León; novela original. En 8.°, 142 págs.: 2 pesetas.

Pancorbo (M.)—Consideraciones sobre la producción y el comercio de pasas en la provincia de Málaga. En 8.°, 60 págs.: 1 peseta.

Pardo Bazán (E.)—En tranvía (cuentos dramáticos). En 8.°, 286 págs.: 3 pesetas 50 céntimos.

Platón.—Yon; diálogo platónico, traducido del griego por Afanto Ucalego. En 8.°, XXXI-64 págs. y 10 más de notas: 4,50 pesetas.

Pontes y Fernández (J. M.)—Historia de la antigua ciudad de Sisapón, hoy Almadén del Azogue. En 4.°, VIII-291 págs. con láminas: 6 pesetas.

Prado (J. del).—Calendario-guía de Galicia y su comercio para 1901. En 12.°, 191 págs.: 30 céntimos.

Prat y Lluch (P.)—Colección de problemas de mecánica, física y química. En 4.°, 80 págs. con figuras: 2,50 pesetas.

Puerta y Escolar (R. de la).—Las aguas potables de Madrid. En 8.°, 22 págs.: 1 peseta.

Reyes (A.)—La goletera, novela. En 8.°, 243 págs.: 3 pesetas.

Rodríguez Marín (F.)—Cervantes estudió en Sevilla (1564-1565). Discurso. En 8.° mayor, 32 páginas.

Romero Landa (G. A.)—Cuadro sinóptico de nomenclatura química. En 8.°, 15 págs.: 1 peseta.

Rubió y Lluch (A.)—Sumario de la historia de la literatura española. En 4.°, 107 pág.: 2 pesetas.

Salillas (R.)—La teoría básica (Bio-

sociología). En 8.°, 2 tomos xv-757 y 775 págs.: 16 pesetas.

Soler (F. de A.) — Carne; boceto dramático. En 8.°, 31 págs.: 1 peseta.

Sólo de Zaldívar (A. M.)—Nociones de gramática española. En 8.° mayor, 240 págs.: 2,50 pesetas.

Suárez (A.)— Elementos de geometría. En 4.°, 113 págs.: 4 pesetas.

Taine (H.)— Los orígenes de la Francia contemporánea por Hipólito Taine, de la Academia francesa; traducción por Luis Terán. *El antiguo régimen*. En 4.°, 575 págs.: 10 pesetas.

Tettamancy Gastón (F.) — Apuntes para la historia comercial de La Coruña. En 4.°, xvi-661 páginas: 5 pesetas.

Tomillo (A.) y Pérez Pastor (C.)— Proceso de Lope de Vega por los libelos contra unos cómicos, anotado por D. A. Tomillo y D. C. Pérez Pastor. En 4.°, xxv-371 páginas, una hoja para las erratas y otra de colofón y 52 facsímiles de firmas: 10 pesetas.

Trigo (F.)—Las ingenuas (novela.) En 8.°, 2 tomos, iv-318 y 406 páginas: 4 pesetas.

Varela (A.) y Valero (N.) — ¡Adiós, loco! Parodia de «El loco Dios», en un acto. En 4.°, 35 págs.: 1 peseta.

Vigier y Díaz Alvaro (J.)— Comentarios á los Salmos. En 4.°, 506 páginas: 4 pesetas.

Yrayzoz (F.) y Fernández Schaw (C.)—Polvorilla; zarzuela en un acto. En 4.°, 50 págs.: 1 peseta.

Zozaya (A.)— De carne y hueso. En 12.°, 189 págs.: 50 céntimos.

INDICE

Págs.

Actea (novela) primera parte..... 5
Poetas americanos: Atlántida, canto al porvenir de la raza latina, por Olegario V. Andrade..... 52
El nuevo imperio de Alemania, por Juan Pérez de Guzmán..... 70
Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos, por Rafael Mitjana..... 104
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 129
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 167
Revista Hispanoamericana, por Juan Pérez de Guzmán..... 177
Notas bibliográficas, por A. Posada..... 201
Obras nuevas..... 204

OBRAS PUBLICADAS

por la ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su Administración, Cuesta de Santo Domingo, 16, Madrid, y que recomendamos especialmente á nuestros favorecedores.

Aguanno.—La Génesis y la evolución del derecho civil, 15 pesetas.
Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.
Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
Gross.—Manual del juez, 12 pesetas.
Kells-Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
Kochs.—Higiene general, 3 pesetas.
Kruger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.
Lombroso, Ferri, Garofalo y **Fioretti.**—La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
Martens.—Derecho internacional, público y privado (3 tomos), 22 pesetas.
Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.
Mommsen.—Derecho público Romano, 12 pesetas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Sohm.—Historia é instituciones de Derecho privado Romano, 14 pesetas.
Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.
Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Obras de Economía Política publicadas por LA ESPANA MODERNA

Buylla, Neumann, Kleinwachter, Nasse, Wagner, Mithof y **Lexis:** Economía, 12 pesetas.—**Goschen:** Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas, —**Kells Ingram:** Historia de la Economía política, 7 pesetas.—**Laveleye:** Economía política, 7 pesetas.—**Leroy Beaulieu:** Compendio de Economía política, 8 pesetas.—**Rogers:** Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.—**Kropotkin:** Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.—**Antoine:** Curso de Economía social, 2 vol., 16 pesetas.—**Virgili y Buylla:** Manual de Estadística, 4 pesetas.

España moderna

AÑO 13. NUM. 150.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE LAZARO

JUNIO, 1901

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO.

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

ACTEA

NOVELA

SEGUNDA PARTE

VI

Cuando la joven fugitiva abrió los ojos se encontró en la cámara principal del navío; Lucio estaba sentado junto á su lecho y sostenía su cabeza pálida y despeinada, mientras que, en un rincón, tranquila y dulce como una gacela, dormía la tigre acurrucada en un tapiz de púrpura bordado de oro. Era de noche, y á través de la claraboya se podía ver el hermoso cielo azul de Jonia tachonado de estrellas. El birreme bogaba tan suavemente que se le hubiera podido comparar á una inmensa cuna balanceada con dulzura por el mar, como lo hace una nodriza con la camita de un niño; reinaba tanta calma y pureza, que Actea creyó por un instante que había soñado, y que reposaba aún bajo el velo virginal de sus tiernos años; pero Lucio, atento á sus menores movimientos, chascó los dedos, y en seguida entró una hermosa y joven esclava con un cirio en la mano y encendió la lámpara de oro sostenida por un candelabro de bronce que se elevaba al pie de la cama. Desde que entró la joven, Actea se fijó en ella y la miró con gran atención: era que aquella esclava, á la que veía por primera vez, no le era, sin embargo, desconocida; sus rasgos des-

pertaban en la memoria de la corintia recientes recuerdos, aun cuando le era imposible aplicar un nombre á aquel rostro joven y melancólico; se agitaban tantos pensamientos diferentes en el cerebro de la pobre niña, que, no pudiendo soportar el peso, cerró los ojos y dejó caer la cabeza en la almohada de su lecho. Lucio entonces, pensando que deseaba dormir, indicó á la esclava que velase su sueño, y salió de la cámara. La esclava, al quedarse sola con Actea, la contempló un instante con expresión de tristeza indefinible, y después, echándose en el tapiz de púrpura donde estaba Febea, apoyó su cabeza en el lomo de la tigre, la cual, despertada de su sueño, abrió á medias un ojo brillante y feroz; pero, reconociendo á una amiga, en vez de castigarla por tanta audacia, la lamió dos ó tres veces la delicada mano con su sanguinolenta lengua, y volvió á tumbarse negligentemente, exhalando un suspiro que parecía un rugido.

En aquel momento brotó de los flancos del navío una armonía deliciosa: era el mismo coro que Actea había ya escuchado cuando el birreme abordó al puerto de Corinto; pero en esta ocasión la soledad y el silencio de la noche le prestaban nuevo encanto y más misterio: en seguida al conjunto de voces sucedió una sola. Lucio entonaba una plegaria á Neptuno, y Actea reconoció aquellos vibrantes sones que la víspera, en el teatro, despertaron las cuerdas más secretas de su alma; eran unos acentos tan sonoros y melodiosos, que se hubiera podido creer que las sirenas del cabo Palinuro habían venido al encuentro del nuevo Ulises. Actea, sometida por completo al poder de aquella música encantada, volvió á abrir sus cansados párpados, y con la mirada fija en las estrellas del cielo, se olvidó poco á poco de sus remordimientos y sus dolores para no pensar más que en su amor. Hacía ya mucho tiempo que las últimas vibraciones de la lira y las últimas cadencias de la voz habíanse extinguido lentamente y como arrebatadas por las alas de los genios del aire, y, sin embargo, Actea, entregada por completo á la melodía, continuaba escuchando aún: por

fin bajó los ojos, y por segunda vez su mirada se encontró con la de la joven.

Lo mismo que su ama, la esclava parecía estar bajo el imperio de un encanto; las miradas de las dos mujeres se cruzaron, y Actea quedó más convencida de que no era la primera vez que aquellos ojos tristes la dirigían un rayo rápido y luminoso. Actea hizo una señal con la mano, la esclava se levantó: ambas permanecieron un instante sin hablar. Por fin Actea rompió el silencio.

—¿Cuál es tu nombre, joven?—preguntó.

—Sabina—respondió la esclava.—Y este solo nombre hizo estremecer á la que preguntaba; porque, lo mismo que el rostro, aquella voz no le era extraña; sin embargo, el nombre que había pronunciado no evocaba en ella ningún recuerdo.

—¿Cuál es tu patria?—añadió Actea.

—La dejé tan joven, que no la tengo.

—¿Cuál es tu amo?

—Ayer era de Lucio, hoy soy de Actea.

—¿Le perteneces hace mucho tiempo?

—Desde que tengo uso de razón.

—¿Y sin duda sientes por él afecto?

—Como la hija por su padre.

—Entonces, ven á sentarte cerca de mí y hablemos de él.

Sabina obedeció, pero con visible repugnancia; Actea atribuyó la vacilación al temor, y le cogió una mano para tranquilizarla: la mano de la esclava estaba fría como el mármol; sin embargo, cediendo al movimiento de atracción de su ama, se dejó caer más bien que se sentó en el asiento que aquélla le designó.

—¿No te he visto ya?—preguntó Actea.

—No, creo—balbuceó la esclava.

—¿En el estadio, en el circo, en el teatro?

—No he abandonado el birreme.

—¿Y no has asistido á los triunfos de Lucio?

—Estoy acostumbrada á ellos.

Nuevo silencio sucedió á estas preguntas y respuestas cambiadas de una parte con creciente curiosidad, de la otra con manifiesta repugnancia. Este sentimiento era tan visible, que Actea lo comprendió.

—Escucha, Sabina—le dijo;—veo lo que te cuesta cambiar de amo: yo diré á Lucio que no quieres dejarle.

—No digas nada—exclamó, temblando, la esclava;—cuando Lucio manda es preciso obedecer.

—¿Es tan temible su cólera?—preguntó Actea, sonriendo.

—¡Terrible!—respondió la esclava con tal expresión de terror, que Actea se estremeció á pesar suyo.

—Y sin embargo—replicó,—los que le rodean parecen amarle: ese joven Esporo.....

—¡Esporo!—murmuró la esclava.

En este momento reparó Actea que á quien se parecía Sabina era á Esporo, y este parecido era tan grande, que, asombrada de no haberlo descubierto antes, cogió las dos manos de la esclava, y, mirándola á la cara, preguntó:

—¿Conoces tú á Esporo?

—Es mi hermano—balbuceó la joven.

—¿Y dónde está?

—Se ha quedado en Corinto.

En este momento se abrió la puerta: apareció el joven romano, y Actea, que tenía aún entre las suyas las dos manos de Sabina, sintió el estremecimiento de su nueva esclava. Lucio fijó sus ojos azules y profundos en el extraño grupo que se ofrecía á su vista, y, después de un instante de silencio, dijo:

—Amadísima Actea, ¿no quieres aprovechar el amanecer para venir á respirar el aire puro de la mañana?

Había en el fondo de aquella voz, tranquila y dulce en la superficie, algo vibrante y metálico, si así puede decirse, en que se fijó Actea por primera vez: así fue, que penetró tan profundamente en su alma un sentimiento instintivo semejante al terror, que tomó aquella pregunta por un mandato, y en vez de responder obedeció; pero sus fuerzas no secundaron á

su voluntad, y hubiera caído en tierra si Lucio no se hubiese lanzado hacia ella para sostenerla. Entonces se sintió levantar en los brazos de su amante con la misma facilidad que un águila se lleva á una paloma, y temblando, sin darse cuenta del motivo de su espanto, se dejó llevar, muda y con los ojos cerrados, como si aquella carrera hubiese de terminar en un precipicio.

Al llegar á cubierta, se sintió revivir por la brisa pura y perfumada: además, ya no estaba en brazos de Lucio, y tuvo valor para abrir los ojos; se encontró echada en el coronamiento de popa, en una red de mallas de oro, sujeta por un lado al mástil y por el otro á una columnita esculpida, que parecía servir de soporte: Lucio, apoyado en el mástil, estaba de pie ante ella.

Durante la noche, el navío, favorecido por el viento, había salido del golfo de Corinto, y, después de doblar el cabo de Elis, pasó entre Jacinta y Cefalonia: el sol parecía levantarse detrás de las dos islas, y sus primeros rayos iluminaban la cresta de las montañas que las dividen en dos partes, de tal suerte, que la vertiente occidental estaba aún sumida en la sombra. Actea ignoraba completamente el lugar en que se encontraba, de suerte que, volviéndose hacia Lucio, preguntó:

—¿Estamos aún en Grecia?

—Sí—respondió Lucio;—y ese perfume que llega hasta nosotros como un último adiós, es el de las rosas de Samio y el de los naranjos de Jacinta: el invierno no existe para esas dos hermanas, que se abren al sol como tiestos de flores. ¿Quiere mi hermosa Actea que la mande edificar un palacio en cada una de ellas?

—Lucio—replicó Actea,—me asustas á veces al hacerme promesas que únicamente un dios podría cumplir: ¿quién eres, pues, y qué me ocultas? ¿Eres Júpiter Tonante, y temes que, si te me apareces en tu esplendor, me aniquile el rayo, como lo hizo con Semelé?

—Te engañas—respondió Lucio sonriendo;—yo no soy más

que un pobre cantor á quien un tío ha dejado toda su fortuna, con la condición de que llevara su nombre; mi solo poder está en mi amor, Actea, pero siento que, sostenido por él, emprendería los doce trabajos de Hércules.

—¿Me amas, pues?—preguntó la joven.

—¡Sí, alma mía!—exclamó Lucio.

Y el romano pronunció estas palabras con acento tan poderoso y tan sincero, que su amada levantó las dos manos al cielo como para darle gracias por la felicidad que experimentaba; porque en aquel momento lo olvidaba todo, y pesares y remordimientos se borraban de su alma, como ante sus ojos la patria que desaparecía en el horizonte.

Bogaron así durante seis días, bajo un cielo azul, sobre un mar azul; al séptimo percibieron, hacia la proa del navío, la villa de Lecri, edificada por los soldados de Ayax. Entonces, doblando el promontorio de Hércules, entraron en el estrecho de Sicilia, dejando á la izquierda Mesina, la antigua Zanclea, de puerto curvo; á la derecha Regio, á la que Dionisio el Tirano pidió una mujer, y la que le ofreció la hija del verdugo; después, navegando directamente entre Caribdis y Escila, dieron un último adiós á las ondas de la Jonia y entraron en el mar Tirreno, iluminado por el volcán de Strongylo, eterno faro del Mediterráneo. Bogaron aún otros cinco días, unas veces á vela, otras á remo, viendo elevarse sucesivamente ante ellos Helea, cerca de la cual distinguíanse todavía las ruinas de la tumba de Palmuro, Pæstum y sus tres templos, Caprea y sus doce palacios. Después, por fin, entraron en el magnífico golfo en cuyo fondo se elevaba Neapolis, aquella hermosa griega, esclava emancipada por Roma, perezosamente acostada al pie del humeante Vesubio, teniendo á su derecha á Herculano, Pompeya y Estabia, que veinte años después debían desaparecer en su tumba de lava; y á su izquierda á Puteoli y su gigantesco puente; Baya, tan temida por Propercio, y Baules, que debía ser pronto célebre por el parricidio de Nerón.

En cuanto Lucio estuvo á la vista de la ciudad, hizo cam-

biar las velas blancas de su birreme por velas de color de púrpura, y ordenó izar en el mástil una rama de laurel; sin duda era una señal convenida y anunciaba la victoria, porque, apenas fue distinguida, se notó en la orilla un gran movimiento y se vió que las gentes se precipitaban á recibir al navío olímpico, el cual entró en la rada entre el ruido de los instrumentos, los cantos de los marineros, los aplausos de la multitud. Un carro tirado por cuatro caballos blancos esperaba á Lucio; subió en él, revestido con una túnica de púrpura y una clámide azul con estrellas de oro, llevando en la frente la corona olímpica, que era de olivo, y en la mano la corona pitia, que era de laurel. Después abrieron una brecha en los muros de la ciudad, y el triunfador entró como conquistador en ella.

Durante todo el camino fue objeto de análogos honores é idénticas manifestaciones. En Fondi, un anciano de sesenta y cinco años, cuya familia era tan antigua como Roma, y que después de la guerra de Africa obtuvo la ovación y tres sacerdocios, había preparado juegos espléndidos, y venía él mismo al encuentro de Lucio para ofrecérselos; tal homenaje tributado por un hombre tan importante pareció causar gran sensación entre los acompañantes de Lucio, que aumentaban incesantemente: es que se contaban cosas extraordinarias acerca de aquel anciano. Uno de sus antepasados estaba haciendo un sacrificio cuando un águila descendió sobre la víctima, le arrancó las entrañas y se las llevó á una encina. Predijo entonces el sacrificador que uno de sus descendientes sería emperador, y este descendiente era Galba; porque un día que fue con varios jóvenes de su edad á saludar á Octavio, éste, experimentando momentáneamente una especie de doble vista, le pasó la mano por la mejilla, diciendo:—Tú también, hijo mío, probarás nuestro poder.—Livia le amaba hasta el punto de que le dejó al morir cincuenta millones de sextercios; pero como la suma estaba en cifras, Tiberio la redujo á quinientos mil; y tal vez no se hubiera limitado á esto el odio del viejo emperador que conocía la predicción del oráculo, si

Trasilo, su astrólogo, no le hubiese dicho que Galba no reinaría sino en su vejez.—¡Que viva, pues!—respondió entonces, porque eso no me importa.—En efecto, Tiberio habia muerto; Calígula y Claudio ocuparon el trono; Nerón era Emperador; Galba tenía sesenta y cinco años, y nada auunciaba que llegase al poder supremo. Sin embargo, como los sucesores de Tiberio que estaban más cercanos al momento de la predicción, podían ser menos descuidados que aquel, Galba llevaba habitualmente, aun durante el sueño, un puñal colgado del cuello por una cadena, y no salía jamás sin llevar con él un millón de sexterecios en oro para el caso en que tuviera que huir de los lictores ó comprar á los asesinos.

El vencedor pasó dos días en casa de Galba entre fiestas y agasajos; y allí Actea fue testigo de una precaución que jamás habia visto tomar á Lucio, y que no acertaba á explicarse: unos soldados que vinieron al encuentro del vencedor para servirle de escolta, velaban por la noche en las habitaciones que rodeaban á la suya, y antes de acostarse, su amante ponía cuidadosamente una espada en la cabecera del lecho. Actea no se atrevía á interrogarle; pero comprendía instintivamente que le amenazaba algún peligro; de suerte que no cesaba de pedirle que se marcharan de allí: por fin, al tercer día Lucio abandonó á Frondi, y, continuando su camino triunfal al través de ciudades en las que entraba abriendo brecha en las murallas, llegó con un cortejo que se parecía más bien al ejército de un sátrapa que al acompañamiento de un mero vencedor, á la montaña de Albano. Al llegar á la cumbre, Actea dió un grito de sorpresa y de admiración: al extremo de la vía Apia, acababa de descubrir á Roma en toda su extensión y en todo su esplendor.

En efecto, Roma se presentaba á las miradas de la joven griega bajo su aspecto más magnífico. La vía Apia era denominada la reina de los caminos, como la más hermosa y la más importante, porque, partiendo del mar Tirreno, franqueaba los Apeninos, atravesaba Calabria, é iba á parar en el mar

Adriático. Desde Albano hasta Roma servía de paseo público; y, conforme á la costumbre de los antiguos, que no veían en la muerte más que un descanso, y que buscaban para sus cenizas los lugares más pintorescos y más frecuentados, la bordeaban á ambos lados magníficas tumbas, entre las cuales descollaba por su antigüedad la de Ascanio; por su recuerdo heróico, se honraba la de los Horacios, y por su magnificencia imperial se citaba la de Cecilia Metella.

Ahora bien, aquel día todo el magnífico paseo estaba lleno de curiosos que venían al encuentro de Lucio: unos iban en lujosas carrozas tiradas por mulas de España, con arneses morados; otros echados en literas que llevaban ocho esclavos y á las que acompañaban corredores con las túnicas recogidas: éstos, precedidos de caballos númidas, que levantaban nubes de polvo y se abrían paso entre la multitud; aquéllos, seguidos por perros con collares de clavos de plata. En cuanto se distinguió al vencedor, las exclamaciones, repetidas de boca en boca, volaron hasta los muros de la ciudad. En el mismo instante, y ante las órdenes de un jinete que partió al galope, los paseantes formaron calle á los lados de la vía que, con su anchura de treinta y seis pies, ofreció fácil acceso á la triunfante cuadriga que avanzaba hacia la ciudad. A una milla aproximadamente de la puerta, un escuadrón de caballería compuesto de quinientos hombres, esperaba á la comitiva y se puso á la cabeza. No habían hecho cincuenta pasos, cuando observó Actea que los caballos estaban herrados con plata, y que las herraduras, mal sujetas, se soltaban y rodaban por el suelo, de suerte que el pueblo para recogerlas se precipitaba ávidamente bajo los pies de los animales, con riesgo de ser pisoteado. El carro triunfal atravesó las puertas de la ciudad y entró en ella enmedio de las frenéticas aclamaciones de la multitud. Actea no se explicaba aquel frenesí, pero se dejaba arrastrar por él. Oía mezclar el nombre de César con el de Lucio. Pasaba bajo arcos de triunfo, por calles tapizadas de flores y embalsamadas por el incienso. En cada encrucijada,

los sacrificadores inmolaban víctimas en los altares de los Lares de la patria. Atravesaba los principales barrios de la ciudad. El cortejo se dirigió por la vía Sacra hasta el Capitolio, y no se detuvo hasta el templo de Júpiter.

Entonces Lucio bajó de su carro y subió las escaleras que conducían al templo. Los flamines le esperaban en las puertas, y le acompañaron hasta el pie de la estatua. Cuando llegó allí, depositó los trofeos de su victoria sobre las rodillas del dios, y tomando un estilete, escribió sobre una placa de oro maciza que le presentó el gran sacerdote, la inscripción siguiente:

Lucio Domicio Claudio Nerón, vencedor en la lucha, en las carreras y en el canto, consagró estas tres coronas á Júpiter, el muy bueno y muy grande.

Enmedio de las aclamaciones que estallaron en seguida en todas partes, se oyó un grito de terror; Actea acababa de reconocer que el pobre cantor á quien había seguido como amante no era otro sino el César mismo.

VII

Sin embargo, enmedio de la embriaguez de su triunfo, el Emperador no había olvidado á Actea. No se había repuesto aún la joven griega de la sorpresa mezclada de terror que le habían producido el nombre y el título de su amante, cuando vió aproximarse á dos esclavas liburnianas que, de parte de Nerón, la invitaron respetuosamente á seguirlas. Actea obedeció maquinalmente, ignorando á dónde la conducían, y sin pensar siquiera en preguntarlo, pues estaba absorta en la terrible idea de ser la querida de aquel hombre cuyo nombre no oyó pronunciar nunca sin terror. Al pie del Capitolio, entre el Tabulario y el templo de la Concordia, encontró una magnífica litera llevada por seis esclavos egipcios, de pecho ornado con placas de plata pulimentada en forma de media luna, y

brazos y piernas con anillos del mismo metal, y sentada cerca de la litera, Sabina, á la que perdió un instante de vista enmedio del triunfo, y á la que volvía á encontrar allí precisamente como para completar todos sus recuerdos. Actea subió á la litera, se acostó en cogines de seda, y avanzó hacia el Palatino, acompañada por Sabina, que marchaba á pie, á su lado, y proyectaba sobre su ama la sombra de un gran abanico de plumas, sujeto en el extremo de una caña de Indias. Durante trescientos pasos, poco más ó menos, la litera siguió la vía Sacra, el mismo camino que Actea había recorrido acompañando al César; después, torciendo á la derecha, pasó entre el templo de Febea y el de Júpiter Stator, subió algunas gradas que conducían al Palatino, y cuando llegó á la magnífica meseta que corona la montaña, la siguió un instante hacia el lado que dominaba la vía Nova; por fin, al llegar frente á la fuente de Saturno, se detuvo ante el umbral de una casita aislada, é inmediatamente las dos liburnianas colocaron á ambos lados de la litera un estribo cubierto de un tapiz de púrpura, á fin de que el ama que acababa de darles el Emperador no se molestase siquiera en indicar el lado por el que quería bajar.

Actea era esperada, porque la puerta se abrió á su llegada y, cuando la hubo franqueado, se cerró detrás de ella sin que viese á nadie encargado de tales funciones. Solamente Sabina la acompañaba, y pensando, sin duda, que después de un viaje largo y fatigoso, el primer deseo de su ama sería el de bañarse, la condujo al *apodyterium,* cámara que se llamaba así, por el verbo griego que significa desnudarse; pero, cuando estuvo allí, Actea, muy conmovida y preocupada por la extraña fatalidad que la arrastró en pos del amo del mundo, se sentó en el banco que daba vuelta á la habitación, é hizo una señal á Sabina para que esperara un instante. Apenas se hubo sumido en sus pensamientos, cuando se oyó una música dulce y sonora, sin que se pudiese precisar de qué lado brotaba, como si el poderoso é invisible dueño de la griega hubiera querido distraerla; en efecto, los músicos estaban dispuestos de mane-

ra que toda la habitación fue rodeada de armonía. Sin duda Nerón, que había observado la influencia que ejercían sobre la griega aquellos sones misteriosos, cuyos efectos tuvo ocasión de apreciar varias veces en la travesía, ordenó de antemano aquella distracción á recuerdos cuyo poder deseaba combatir. Si tal fue su pensamiento, no se engañó en el resultado; porque en cuanto la joven oyó aquellos acordes, levantó dulcemente la cabeza, se detuvieron las lágrimas que corrían por sus mejillas y no tardaron en evaporarse; al mismo tiempo se colorearon sus labios pálidos y entreabiertos, como para sonreir ó besar.

Entonces Sabina se acercó á su ama, que en vez de resistirse, ayudó á despojarse de sus vestiduras, las cuales cayeron á sus pies, dejándola desnuda y ruborosa como la Venus púdica: era una belleza tan perfecta y tan virginal, que la misma esclava quedó como en éxtasis, y cuando Actea puso una mano en la espalda de Sabina para que la condujera al baño, la vió estremecerse. Actea se detuvo creyendo que había lastimado á su esclava, pero ésta, que adivinó el motivo de la detención, le cogió al punto la mano que había levantado, y apoyándola de nuevo en su espalda, la llevó al tepidario.

Era una vasta habitación cuadrada, enmedio de la cual se extendía un estanque semejante á un lago; jóvenes esclavas, con la cabeza coronada de narcisos y ninfeas, se divertían en la superficie como un grupo de náyades, y en cuanto vieron á Actea, empujaron hacia la orilla más próxima una concha de marfil incrustada de coral y nácar. Sucedíase una serie de encantamientos tan rápidos, que Actea se dejó llevar como en un sueño. Sentóse, pues, en la frágil embarcación, y en un instante, como Venus rodeada de su corte marina, se encontró enmedio del agua.

Entonces se hizo oir de nuevo la deliciosa música que la había seducido; las voces de las náyades se mezclaron á aquellos acentos: cantaban la fábula de Hilao cuando fue á sacar agua en las márgenes de la Troada, y como las ninfas del río

Ascanio llamaban al favorito de Hércules con la voz y con el gesto, tendían los brazos á Actea y la invitaban, cantando, á descender enmedio de ellas. Los juegos de la onda eran familiares á la joven griega; mil veces había atravesado á nado con sus compañeras el golfo de Corinto; así, se lanzó sin vacilaciones enmedio de aquel mar tibio y perfumado, en el que sus esclavas la recibieron como á su reina.

Eran todas jóvenes escogidas entre las más hermosas; unas procedían del Cáucaso, otras de la Galia; éstas venían de la India, aquéllas de España; y, sin embargo, entre aquellas bellezas seleccionadas por el amor y por la voluptuosidad, Actea parecía una diosa. Al cabo de un instante, cuando se hubo deslizado por la superficie del agua como una sirena, cuando hubo buceado como una náyade, cuando hubo recorrido aquel lago artificial con la agilidad y la gracia de una serpiente, observó que Sabina faltaba en su corte acuática, y buscándola con los ojos, la vió sentada y ocultándose el rostro con el manto. Familiar y ríente como un niño la llamó: Sabina se estremeció y apartó el manto que velaba su rostro; entonces, con risas intencionadas y que Actea no pudo comprender, con acentos alegres y burlones, aquellas mujeres llamaron todas á una á Sabina, con la mitad del cuerpo fuera del agua para invitarla con el ademán á que fuese á reunirse con ellas. Por un instante, la joven esclava pareció presta á obedecer al llamamiento; algo extraño pasaba en su alma: su mirada era ardiente, su rostro estaba rojo; y, sin embargo, las lágrimas brotaban de sus pupilas y se secaban en sus mejillas; pero en vez de ceder á lo que visiblemente era su deseo, Sabina se dirigió hacia la puerta como para sustraerse á aquella voluptuosa magia; este movimiento no fue tan rápido, sin embargo, que Actea no tuviese tiempo de salir del agua y cerrarle el paso entre las risas de todas las esclavas; entonces Sabina pareció próxima á desvanecerse; sus rodillas temblaron, corrió por su frente un sudor frío, y por fin palideció tan visiblemente, que Actea, temiendo que cayese, extendió los brazos hacia

ella y la recibió en su desnudo seno; pero al punto la rechazó, exhalando un ligero grito de dolor. En el extraño paroxismo que agitaba á la esclava, los labios de ésta tocaron el hombro de su ama y la mordió con fuerza; en seguida, asustada de lo que había hecho, se lanzó fuera de la habitación.

Al grito lanzado por Actea acudieron las esclavas y se agruparon en torno de su ama; pero ésta, temiendo que Sabina fuese castigada, fue la primera en ocultar su dolor y se enjugó, esforzándose en sonreir, una ó dos gotas de sangre que rodaban por su seno, semejantes á coral líquido: por lo demás, el accidente era harto ligero para causar á Actea otra impresión que no fuera la del asombro; así se dirigió á otra habitación, en la que debía de completarse el baño, y que se llamaba *caldarium*.

Era una salita circular, rodeada de gradas y provista en derredor de estrechos nichos capaces para un asiento cada uno; un depósito de agua hirviendo ocupaba el centro de la habitación, y formaba un vapor tan denso como el que corre por las mañanas en la superficie de un lago; pero aquella neblina estaba caldeada, además, por un horno exterior, cuyas llamas circulaban en tubos que envolvían el *caldarium* con sus brazos enrojecidos, y corrían á lo largo de las paredes exteriores como la yedra trepa por el muro.

Cuando Actea, que no estaba acostumbrada aún á semejantes baños, conocidos y practicados en Roma solamente, entró en la habitación, se sintió de tal manera sofocada por las oleadas del vapor, que, anhelante y sin voz, extendió los brazos y quiso pedir auxilio; pero no pudo lanzar más que gritos inarticulados, y estalló en sollozos: intentó entonces dirigirse hacia la puerta; pero retenida en los brazos de sus esclavas, hizo signos de que se ahogaba. En seguida una de las mujeres tiró de una cadena, y una plancha de oro que cerraba el techo se abrió como una válvula y dejó penetrar una corriente del aire exterior en aquella atmósfera, que estaba á punto de hacerse irrespirable; aquello fue la vida; Actea sintió que sus pulmo-

nes se dilataban y que se apoderaba de ella una debilidad dulce y llena de languidez; se dejó conducir á uno de los asientos y comenzó á soportar mejor aquella temperatura incandescente, que parecía, en vez de sangre, infundir en las venas una llama líquida; el vapor llegó á hacerse de nuevo tan denso y ardiente, que hubieron de recurrir otra vez á la plancha de oro, y con el aire exterior descendió sobre las bañistas un sentimiento tal de bienestar, que la joven corintia empezó á comprender el fanatismo de las damas romanas por aquel género de baño que hasta entonces le fuera desconocido y que tomó al pronto por un suplicio. Al cabo de un instante, el vapor recobró de nuevo su densidad; pero esta vez, en lugar de darle salida, le dejaron condensar, hasta el punto de que Actea se sintió desfallecer; entonces dos de sus mujeres se acercaron con un manto de lana escarlata, la cubrieron con él completamente el cuerpo y, llevándola en sus brazos medio desvanecida, la transportaron á un lecho de reposo, colocado en una cámara caldeada á la temperatura ordinaria.

Allí comenzó para Actea una nueva operación tan extraña, pero ya menos imprevista y menos dolorosa que la del *caldarium*. Tratábase del masaje, esa voluptuosa costumbre que los orientales han tomado de los romanos y conservado hasta nosotros. Dos nuevas esclavas, hábiles en este ejercicio, comenzaron á friccionarla, hasta que sus miembros estuvieron ligeros y flexibles; entonces hiciéronla chasquear todas las articulaciones, sin dolor y sin esfuerzo, después de lo cual, tomando de unas ampollitas de cuerno de rinoceronte aceite y esencias perfumadas, la frotaron todo el cuerpo, enjugándole después con una lana fina primero, luego con la muselina más suave de Egipto, y, por último, con tiras de cisne desprovistas de plumas.

Durante todo el tiempo que duró este complemento del tocado, Actea permaneció con los ojos medio cerrados, sumida en un éxtasis lánguido, sin voz y sin pensamientos, presa de una somnolencia dulce y extraña, que le dejaba únicamente

fuerzas para experimentar una plenitud de existencia desconocida hasta entonces. No solamente se habían dilatado sus pulmones, sino que á cada aspiración le parecía que la vida penetraba en ella por todos sus poros. Era una impresión física tan poderosa y absorbente, que no tan sólo pudo borrar todos los recuerdos pasados, sino combatir también los dolores presentes: en semejante situación era imposible creer en la desgracia, y la vida se presentaba al espíritu de la joven como una serie de emociones dulces y encantadoras, escalonadas sin formas palpables en un horizonte vago y maravilloso.

Enmedio de aquel estado semimagnético, de aquel ensueño sin pensamientos, Actea oyó abrirse una puerta de la habitación en la que se encontraba echada; pero, como en la sensación extraña que experimentaba, todo movimiento le parecía una fatiga, ni siquiera se volvió, pensando que sería alguna de sus esclavas; permaneció, pues, con los ojos medio abiertos, escuchando aproximarse pasos lentos y mesurados, cada uno de los cuales, cosa extraña, parecía como si repercutiese en ella misma; entonces hizo un esfuerzo para mover la cabeza, y dirigiendo una mirada hacia donde venía el ruido, vió adelantarse, lenta y majestuosa, una mujer vestida como las matronas romanas, y cubierta con una larga estola que descendía desde la cabeza hasta los talones: cuando llegó cerca del lecho aquella especie de aparición, se detuvo, y la joven sintió fijarse en ella una mirada profunda é investigadora, ante la cual, como ante la de una adivinadora, le hubiera parecido imposible ocultar nada. La mujer desconocida la contempló un instante en silencio; después, en voz baja, pero sonora sin embargo, y cuyas palabras penetraban como la acerada hoja de un puñal hasta el corazón de la que escuchaba, dijo:

—Tú eres la joven corintia que ha abandonado su patria y su padre para seguir al Emperador, ¿no es verdad?

Toda la vida de Actea, dicha y desesperación, pasado y porvenir, estaba encerrada en aquellas palabras, de suerte que

su alma se inundó de repente de una oleada de recuerdos; su existencia de niña cogiendo flores; la desesperación de su anciano padre cuando al día siguiente de los juegos la llamara en vano; su llegada á Roma donde le fue revelado el terrible secreto que hasta entonces le ocultara su imperial amante, todo esto reapareció palpitante tras el velo encantado que levantaba la helada mano de aquella mujer. Actea dió un grito, y cubriéndose el rostro con las manos, exclamó entre sollozos:

—¡Oh!, sí, sí, ¡yo soy esa desgraciada!...

Reinó un momento de silencio, momento durante el cual Actea no se atrevió á levantar los ojos, porque adivinaba que la mirada avasalladora de aquella mujer continuaba pesando sobre ella; por fin, sintió que la desconocida le cogía la mano con que se ocultaba el rostro, y creyendo adivinar en su presión, por fría y vaga que fuese, más compasión que amenaza, se atrevió á levantar sus párpados mojados por las lágrimas. La mujer desconocida seguía mirándola.

—Escucha — dijo con el mismo acento sonoro, pero más dulce, sin embargo; — el destino tiene misterios extraños; á veces entrega en manos de un niño la felicidad ó la desgracia de un Imperio; en vez de ser enviada por la cólera de los dioses, quizás has sido tú escogida por su clemencia.

—¡Oh!—exclamó Actea;—soy culpable, pero culpable de amor únicamente; no abrigo en mi corazón ni un mal sentimiento, y aun cuando yo no pueda ser dichosa, quiero, por lo menos, ver feliz á todo el mundo..... Pero estoy muy aislada y soy muy débil..... Indícame lo que pueda hacer, y lo haré.....

—Por de pronto, ¿conoces aquél á quien has confiado tu destino?

—Desde esta mañana, únicamente, sé que Lucio y Nerón son un mismo hombre, y que mi amante es el Emperador. Hija de la antigua Grecia, he sido seducida por la belleza, por la habilidad, por la melodía. He seguido al vencedor de los juegos; ignoraba que fuese el señor del mundo.....

—Y ahora sabes que es Nerón—replicó la matrona, con

mirada más fija y acento más vibrante;—pero, ¿sabes quién es Nerón?

—Me han acostumbrado á considerarle como á un dios,—repuso Actea.

—Pues bien—añadió la desconocida, sentándose;—voy á decirte lo que es, porque conviene que la amada conozca al amante y el esclavo al amo.

—¿Qué voy á oir?—murmuró la joven.

—Lucio nació lejos del trono: se acercó á él por una unión, subió por un crimen.

—No fue él quien lo cometió,—exclamó Actea.

—Fue quien lo aprovechó,—respondió con frialdad la desconocida.—La tempestad que derribó el árbol respetó el vástago; pero pronto el hijo fué á unirse con el padre. Británico se acostó cerca de Claudio, y en esta ocasión Nerón fue el asesino.

—¡Oh! ¿Quién dice eso?—exclamó Actea.—¿Quién puede haber lanzado tan horrible acusación?

—¿Dudas, joven?—replicó la desconocida, sin que su acento cambiase de expresión.—¿Quieres saber cómo sucedió el hecho? Voy á decírtelo. Un día que en una habitación, cercana á la corte de Agripina, jugaba Nerón con algunos niños, entre los que se hallaba también Británico, ordenó á éste que entrara en el triclinio y cantase versos á los convidados, creyendo intimidar al niño y atraerle las risas y las burlas de sus cortesanos. Británico obedeció la orden recibida: entró, vestido de blanco, en el triclinio, y adelantándose, pálido y triste, enmedio de la orgía, cantó los versos que Enio, nuestro antiguo poeta, pone en boca de Astianax: «¡Oh, padre mío! ¡Oh, patria! ¡Oh, casa de Príamo! ¡Palacio soberbio! ¡Templo de vibrantes bronces, resplandeciente de oro y marfil...., yo os he visto caer bajo una mano bárbara; os he visto convertidos en presa de las llamas!», y de repente las risas cedieron el puesto á las lágrimas, y, por desenfrenada que fuese la orgía, se calló ante la inocencia y el dolor. Desde entonces quedó decidida la

suerte de Británico. Había en las prisiones de Roma una envenenadora célebre y renombrada por sus crímenes: Nerón mandó llamar al tribuno Polio Julio, que era el encargado de la prisión, porque el Emperador vacilaba aún en hablar directamente con aquella mujer. Al día siguiente, Polio Julio le trajo el veneno, que fue echado en la copa de Británico por sus mismos preceptores; pero por compasión ó temor, los asesinos habían retrocedido ante el crimen: la pócima no fue mortal: entonces Nerón, el Emperador, óyelo bien, Nerón el dios, como le nombrabas ahora, mandó llamar á los envenenadores á su palacio, y allí, en su cuarto, ante el altar de los dioses protectores del hogar, les obligó á que compusieran el veneno. Lo probaron en un carnero, que sobrevivió cinco horas, durante las cuales concentraron más la dosis, y después en un jabalí, que murió instantáneamente. Entonces Nerón se fué al baño, se perfumó, se puso una blanca túnica y pasó luego á sentarse, con la sonrisa en los labios, en la mesa próxima á la en que comía Británico.

—Pero.....—interrumpió Actea con voz temblorosa—pero si Británico fue realmente envenenado, ¿cómo fue que el esclavo catador no experimentó los efectos del veneno?

Dicen que Británico sufría ataques de epilepsia desde su infancia, y quizá en uno de esos accesos.....

—Sí, sí, eso es lo que dice Nerón, y en ello estuvo su infernal prudencia. Sí; todas las bebidas, todos los manjares que tomaba Británico, eran antes probados por el esclavo; pero le presentaron una pócima tan caliente, que pudo probar el esclavo, pero no beber el niño; entonces echaron agua fría en el vaso, en la cual estaba el veneno, veneno rápido y hábilmente preparado, porque Británico, sin exhalar un grito, sin lanzar una queja, cerró los ojos y cayó hacia atrás. Algunos imprudentes huyeron, pero los más hábiles permanecieron allí, pálidos, temblando y adivinándolo todo. En cuanto á Nerón, que cantaba en aquel momento, se inclinó sobre su lecho y miró á Británico. «No es nada, dijo; no tardará en volver en

sí». Y continuó cantando. Sin embargo, de antemano había arreglado los preparativos funerarios; una hoguera ardía en el Campo de Marte, á la que llevaron aquella misma noche el cadáver, cubierto de manchas violadas. Pero, como si los dioses se negasen á ser cómplices del fratricidio, una lluvia torrencial apagó la hoguera por tres veces. Entonces Nerón hizo que untasen el cuerpo con pez y resina; á la cuarta tentativa, el fuego consumió el cadáver, y pareció llevar hasta el cielo, en una columna ardiente, el espíritu irritado de Británico.

—¿Y Burro? ¿Y Séneca?—exclamó Actea.

—¡Burro! ¡Séneca!—replicó con amargura la desconocida: — les llenaron las manos de plata y la boca de oro, y se callaron.

—¡Oh!—murmuró Actea.

—Desde aquel día — continuó diciendo aquella mujer á la que parecían ser familiares los secretos más terribles — desde aquel día, Nerón fue el noble hijo de Enobarbo, el digno descendiente de esa raza de barba de cobre, rostro de hierro y corazón de plomo; desde aquel día, repudió á Octavia, á la que debía el Imperio, la desterró á Campania, con centinelas de vista, y entregado por completo á los cocheros, á los histriones y á las cortesanas, comenzó esa vida de escándalos y orgías que espanta á Roma desde hace dos años. Porque el hombre á quien amas, joven, tu hermoso vencedor olímpico, el que es llamado Emperador por el mundo entero, el que adoran como á un dios los cortesanos, cuando llega la noche, sale de su palacio disfrazado de esclavo, y con la cabeza cubierta con un gorro de liberto, corre, ya al puente milvio, ya á alguna taberna de la Suburrana, y allí, enmedio de libertinos y prostitutas, de cargadores, de bateleros, al son de los cimbales de un sacerdote de Cibeles ó de la flauta de una cortesana, el divino César canta sus empresas guerreras y amorosas; después, á la cabeza de aquella tropa cargada de vino y de lujuria, recorre las calles de la ciudad, insultando á las mujeres, golpeando á los transeuntes, robando las casas, hasta que por fin vuelve al

palacio de oro, trayendo á veces en el rostro las vergonzosas huellas que dejó en él el denigrante palo de algún vengador desconocido.

—¡Imposible, imposible!—exclamó Actea.—Tú le calumnias.

—Te engañas, joven; apenas digo la verdad.

—¿Pero cómo no te castiga al revelar secretos semejantes?

—Espero que algún día ocurrirá.

—¿Por qué te expones entonces á su venganza?

—Porque quizás soy la única que no puede eludirla.

—¿Pero, quién eres, pues?

—¡Su madre!

—¡Agripina!—exclamó Actea, arrojándose del lecho y cayendo de rodillas.—¡Agripina! ¡La hija de Germánico!..... ¡Hermana, viuda y madre de Emperadores!..... ¡Agripina de pie ante mí, pobre hija de Grecia!..... ¡Oh! ¿Qué quieres de mí?..... ¡Habla, ordena, y te obedeceré!..... A menos, sin embargo, que me ordenes cesar de amar, porque á pesar de todo cuanto me has dicho, continúo amándole... Pero en este caso, puedo, si no obedecerte, morir por lo menos.

—Al contrario, joven—replicó Agripina.—Continúa amando á César con el mismo amor que experimentabas hacia Lucio, porque en tal amor cifro toda mi esperanza; pues necesaria es la pureza de la una para combatir la corrupción de la otra.

—¡De la otra!—exclamó con terror la joven.—¿César ama, pues, á otra?

—¿Lo ignorabas?

—¿Qué sabía yo? ¿Al seguir á Lucio, por qué me había de inquietar el César? ¿Qué me importaba el Emperador? Yo amaba y daba mi vida á un artista, creyendo que él podía darme la suya. ¿Pero quién es esa mujer?

—Una hija que ha renegado de su padre, una esposa que ha burlado á su esposo, una mujer fatalmente hermosa á quien los dioses han dado todo, excepto corazón: Sabina Popea.

—¡Oh! Sí, sí, he oído pronunciar ese nombre. He oído referir esa historia, cuando ignoraba que llegaría á ser la mía. Mi padre, sin saber que yo le escuchaba, se la contaba en voz baja á otro anciano, y los dos se ruborizaban. ¿No fue esa mujer la que abandonó á Crispino, su esposo, para seguir á Otón, su amante?..... ¿Y no la vendió su amante, después de una comida, al César, por el gobierno de Lusitania?

—Esa misma, esa misma—exclamó Agripina.

—¡Y la ama!.... ¡la ama todavía!—murmuró dolorosamente Actea.

—Sí — replicó Agripina, con acento de odio; — sí, la ama todavía, continúa amándola, porque hay en eso algún misterio, algún filtro, algún hipómano maldito, ¡como el que dió Cesonia á Calígula!....

—¡Justos dioses!—exclamó Actea;—¿estoy bastante castigada? ¿Soy bastante infeliz?

—Menos castigada y menos infeliz que yo—replicó Agripina,—pues tú eras libre para no tomarlo como amante, y á mí los dioses me lo han impuesto por hijo. Pues bien; ¿comprendes ahora lo que te corresponde hacer?

—Alejarme de él, no volver á verle.

—Guárdate bien de ello, joven. Dicen que te ama.

—¿Lo dicen? ¿Es verdad? ¿Lo creéis?

—Sí.

—¡Oh! ¡Bendita seais!

—Pues bien, ese amor ha de tender á un fin, á un resultado; es preciso alejar de él ese genio infernal que le pierde, y salvarás á Roma, al Emperador, y quizás á mí misma.

—¡A tí misma!.... ¿Creéis que se atrevería?....

—¡Nerón se atreve á todo!

—Pero yo no valgo para tal empresa.....

—Tal vez seas la única mujer bastante pura para realizarla.

—¡Oh! No, no; vale más que yo parta; que no le vuelva á ver.....

—El divino Emperador desea ver á Actea—dijo con dulce acento un esclavo que acababa de abrir la puerta.

—¡Esporo!—exclamó Actea con asombro.

—¡Esporo!—murmuró Agripina cubriéndose la cabeza con la estola,

—César espera—replicó el esclavo después de un momento de silencio.

—¡Ve, pues!—exclamó Agripina.

—Te sigo—dijo Actea.

VIII

Actea cogió un velo y un manto, y siguió á Esporo. Después de varias vueltas por el palacio, que la que lo habitaba no había tenido aún tiempo de recorrer, su conductor abrió una puerta con una llave de oro, que entregó en seguida á la griega, á fin de que ésta pudiese volver sola, y se encontraron en los jardines de la casa dorada.

Actea, ante aquel horizonte dilatado y magnífico, se creyó fuera de la ciudad. A través de los árboles divisaba una extensión de agua tan grande como un lago, y más allá del lago, por encima de frondosos árboles, en una lejanía azulada y con reflejos de plata por la luz de la luna, la columnata de un palacio. El aire era puro; ni una nube manchaba el límpido azul del cielo; el lago parecía un vasto espejo, y los últimos ecos de Roma, próximos á extinguirse, se desvanecían en el espacio. Esporo y la joven, ambos vestidos de blanco y marchando silenciosos enmedio del espléndido paisaje, parecían dos sombras errantes por los Campos Elíseos. En las márgenes del lago y en las vastas praderas que bordeaban los bosques, pastaban, como en las soledades de Africa, rebaños de gacelas; mientras que sobre ruinas artificiales, que les recordaban las de su antigua patria, posábanse como centinelas grandes pájaros blancos con alas encarnadas, y lo mismo que centinelas, dejaban

oir de cuando en cuando y á intervalos iguales un grito ronco y monótono. Al llegar á orillas del lago, Esporo saltó á una barca é hizo un signo á Actea para que le siguiera; después, desplegando una vela de púrpura, comenzaron á deslizarse, como por arte de magia, sobre el agua aquella, en la que brillaban las escamas de oro de los peces más raros del mar de las Indias. La navegación nocturna recordó á Actea su viaje por el Mar Jónico; y con la mirada fija en el esclavo, volvía á asombrarse del maravilloso parecido que existía entre el hermano y la hermana, que ya la había extrañado en Sabina, y que la extrañaba de nuevo en Esporo. En cuanto al joven, con la mirada baja parecía huir de la de Actea; y como piloto silencioso, dirigía la barca sin dejar escapar una sola palabra. Por fin, la griega fue la primera en romper el silencio, y con una voz que, por dulce que fuese, hizo estremecer al interpelado, dijo:

—Sabina me manifestó que te habías quedado en Corinto, Esporo. Por lo visto me ha engañado.

—Sabina te dijo la verdad, ama — respondió el esclavo;— pero no he podido permanecer más tiempo alejado de Lucio. Me embarqué en un navío que se hizo á la vela para Calabria; y como en vez de pasar por el Estrecho de Mesina, abordó directamente á Brindisi, seguí la vía Apia, y aunque salí dos días después que el Emperador, he llegado á Roma al mismo tiempo que él.

—Y Sabina se habrá alegrado grandemente de verte, porque os debéis amar mucho.

—Sin duda alguna—replicó Esporo,—porque no solamente somos hermanos, sino que también somos gemelos.

—Pues bien, dí á Sabina que quiero hablarla, y que venga á verme mañana por la mañana.

—Sabina no está ya en Roma.

—¿Por qué se ha marchado?

—Tal ha sido la voluntad del divino César.

—¿Y á dónde ha ido?

—Lo ignoro.

Había en el acento del esclavo, por respetuoso que fuese, un tono de vacilación y de violencia que impidió á Actea dirigirle nuevas preguntas; además, en aquel momento la barca llegó á la otra orilla del lago, y Esporo, después de ayudar á Actea á desembarcar, se puso nuevamente en marcha. La griega volvió á seguirle silenciosa, pero apresurando el paso, porque penetraban en un bosque de pinos y sicomoros, cuyas tupidas ramas daban tanta obscuridad, que, aun cuando sabía perfectamente que no tenía que esperar ayuda alguna de su conductor, se acercaba á él por un movimiento instintivo de temor. En efecto, desde hacía algunos instantes, se escuchaba un rumor de quejas que parecía brotar de las entrañas de la tierra, y de pronto se oyó un lamento humano; la joven se estremeció, y exclamó poniendo una mano en el hombro de Esporo:

—¿Qué es eso?

—Nada—respondió el esclavo.

—Sin embargo, me ha parecido oir.....—insistió Actea.

—Un lamento. Sí, pasamos cerca de las prisiones.

—¿Y quiénes son los prisioneros?

—Son cristianos destinados al circo.

Actea continuó su camino, apresurando el paso; porque, al pasar ante un ventiladero, acababa efectivamente de reconocer las notas más tristes y dolorosas de la voz humana, y, aunque aquellos cristianos le hubiesen sido presentados, siempre que oyó hablar de ellos como una secta culpable é impía que se entregaba á toda suerte de escándalos y crímenes, experimentaba esa compasión simpática que se siente, aunque sean culpables, hacia los que deben morir con una muerte espantosa. Se apresuró, pues, á salir del bosque fatal, y, al encontrarse fuera, vió el palacio iluminado, oyó ruido de instrumentos, y, entre la luz y la melodía que reemplazaban á las tinieblas y á los lamentos, entró con paso firme, pero menos apresurado, sin embargo, en el vestíbulo.

Actea se detuvo un instante, deslumbrada. Jamás hubiera podido entrever en sueños la imaginación fantástica de un niño semejante magnificencia. El vestíbulo, resplandeciente de bronce, marfil y oro, era tan vasto, que le rodeaba un triple orden de columnas, que formaban pórticos de mil pasos de longitud, y tan elevados, que enmedio se erguía una estatua de 120 pies de altura, esculpida por Zenodoro, y que representaba al divino Emperador en pie en actitud de un dios. Actea pasó estremeciéndose ante la estatua. ¿Cuál era, pues, el formidable poder de aquel hombre que se hacía esculpir imágenes tres veces más altas que las de Júpiter Olímpico; que tenía como paseos jardines y estanques que parecían bosques y lagos; y para sus diversiones y esparcimientos cautivos, á los que arrojaban á los tigres y á los leones? En aquel palacio, todas las leyes de la vida humana estaban invertidas; un gesto, un ademán, una mirada de aquel hombre, y no había más que hablar: un individuo, una familia, un pueblo, desaparecían de la faz de la tierra, y esto sin que nada se opusiera á la ejecución de la orden, sin que se oyesen más quejas que los gritos de los que morían, sin turbarse en lo más mínimo el orden de la Naturaleza, sin que se velara el sol, sin que el rayo anunciara que hubiese un cielo encima de los hombres, ni dioses superiores á los emperadores.

Así fue que Actea subió la escalera que conducía á las habitaciones de Lucio con un sentimiento de temor profundo y terrible; y la dominó de tal manera esta impresión, que al llegar á la puerta, y en el momento en que Esporo iba á dar vuelta á la llave, le detuvo, poniéndole una mano en el hombro y apoyándose la otra en su propio corazón, cuyos latidos la ahogaban. Por fin, tras un instante de vacilación, indicó á Esporo que abriese la puerta; el esclavo obedeció, y en el extremo de la habitación vió á Lucio vestido con una sencilla túnica blanca, coronado con una rama de olivo y medio acostado en su lecho de reposo. Entonces desapareció de su mente todo recuerdo triste. Había creído que iba á ver en aquel hom-

bre alguna transformación desde que supo que era el amo del mundo; pero con una sola mirada reconoció á Lucio, el arrogante joven de barba de oro, á quien guió á casa de su padre; volvió á encontrar á su vencedor olímpico: el César había desaparecido. Quiso correr hacia él, pero á mitad de camino le faltaron las fuerzas: cayó sobre una rodilla, tendió los brazos hacia su amante y murmuró con voz apagada:

—Lucio..... siempre Lucio..... ¿no es verdad?

—Sí, sí, mi hermosa corintia; estate tranquila—replicó César con voz dulce y haciendo un ademán para que se acercase á él.—Siempre Lucio. ¿Acaso no me has amado bajo ese nombre, amado á mí, y no por mi imperio y por mi corona, como todas las que me rodean?..... Ven, Actea mía, levántate; ¡el mundo á mis pies, pero tú en mis brazos!

—¡Oh, bien lo sabía yo!—exclamó Actea arrojándose en brazos de su amante;—bien sabía yo que no era verdad que mi Lucio fuese malo...

—¡Malo!—exclamó Lucio...—¿Y quién te ha dicho eso?

—No, no—interrumpió Actea—¡perdón! Pero á veces se cree que el león, que es noble y animoso como tú, y que es rey entre los animales como tú Emperador entre los hombres, á veces se cree que el león es cruel, porque ignorando su fuerza mata con una caricia. ¡Oh, león mío, ten cuidado con tu gacela!

—No temas nada, Actea—respondió el Emperador sonriendo:—el león no se acuerda de sus uñas y sus dientes sino ante aquellos que quieren luchar en contra de él... Mira, ya ves que se postra á tus pies como un cordero.

—Por eso no es á Lucio á quien yo temo. ¡Oh! para mí, Lucio es mi huésped y mi amante, es el que me ha arrancado de mi patria y de mi padre, y el que debe pagarme en amor lo que me ha quitado en pureza; pero al que yo temo...—Vaciló. Lucio la hizo un gesto animándola.—Es al César, que desterró á Octavia... á Nerón, el futuro marido de Popea...

—¡Tú has visto á mi madre!—exclamó Lucio levantándose

de un salto y mirando á la cara á Actea;—¡tú has visto á mi madre!

—Sí—murmuró temblando la jóven.

—Sí—prosiguió Nerón con amargura;—y ella es la que te ha dicho que yo soy cruel, ¿no es verdad? ¿Que yo no tengo de Júpiter sino el rayo que extermina? Ella es la que te ha hablado de esa Octavia á la que protege y yo odio; á la que puso en mis brazos á pesar mío, y de la que me libré con tanto trabajo... cuyo amor estéril no tuvo nunca para mí sino caricias pacientes y obligadas... ¡Ah! se engañan los que creen obtener algo de mí hastiándome con ruegos ó amenazas. Yo he querido olvidar á esa mujer, la última de una raza maldita. ¡Que no hagan que me acuerde de ella!

Apenas hubo Lucio acabado de decir estas palabras, cuando quedó asustado de la impresión que habían producido. Actea, con los labios pálidos, la cabeza caída y los ojos llenos de lágrimas, estaba recostada en el respaldo del lecho, temblando ante una cólera cuya primera explosión presenciaba. En efecto, aquella voz tan dulce, que al principio había hecho vibrar las cuerdas más íntimas de su corazón, tomó en un instante un tono terrible y fatal, y aquellos ojos, en los que hasta entonces no vió más que amor, despedían los espantosos relámpagos ante los cuales Roma se tapaba el rostro.

—¡Oh, padre mío, padre mío!—exclamó Actea sollozando; —¡oh, padre mío, perdóname!

—Sí, porque Agripina te habrá dicho que te verás castigada en tu amor por el mío; te habrá descubierto la especie de bestia feroz á que amas; te habrá contado la muerte de Británico, la de Julio Montano, ¡qué se yo qué más! Pero ella se habrá cuidado muy bien de ocultarte que el uno quería arrebatarme el trono y que el otro me dió un bastonazo en el rostro. Lo concibo: ¡es una vida tan pura la de mi madre!

—¡Lucio, Lucio!—exclamó Actea.—¡Cállate, en nombre de los dioses, cállate!

—¡Oh!—continuó Lucio—te ha contado á medias los secre-

tos de familia. Pues bien, escucha la otra mitad. Esa mujer que me acusa de la muerte de un niño y de un miserable, fue desterrada á causa de sus desórdenes por Calígula, su hermano, el cual no era muy severo en sus costumbres que digamos. Levantado el destierro cuando Claudio subió al trono, fue mujer de Crispo Pasiano, patricio, de ilustre familia, que tuvo la imprudencia de legarle sus inmensas riquezas, y al que ella hizo asesinar al ver que tardaba en morirse. Entonces comenzó la lucha entre ella y Mesalina. Mesalina sucumbió. Claudio fue el premio de la victoria. Agripina se convirtió en la querida de su tío; entonces concibió el proyecto de reinar bajo mi nombre. Octavia, la hija del Emperador, era la prometida de Silano. Arrancó á Silano de al pie de los altares; halló dos testigos falsos que le acusaron de incesto. Silano se mató y Octavia quedó viuda. La arrojaron en mis brazos deshecha en lágrimas, y me fue preciso aceptarla con el corazón lleno de otro amor. Pronto una mujer trató de quitarle su imbécil amante. Los testigos que habían acusado de incesto á Silano, acusaron de magia á Lolia Paulina, y ésta, que pasaba por la mujer más hermosa de su tiempo, con la que Calígula se había casado á la manera de Rómulus y Augusta, y que presentó á los romanos luciendo un tocado de perlas y esmeraldas por valor de cuarenta millones de sextercios, murió lentamente entre torturas. Entonces nada la separó del trono. La sobrina se casó con el tío. Yo fuí adoptado por Claudio, y el Senado otorgó á Agripina el título de *Augusta*. Espera, no he concluído—añadió Nerón apartando las manos de Actea, que trataba de taparse los oídos á fin de no escuchar á aquel hijo que acusaba á su madre.—Sucedió un día que Claudio condenó á muerte á una mujer adúltera. Esta sentencia hizo temblar á Agripina y Palas. Al día siguiente, el Emperador comía en el Capitolio con sacerdotes. Su catador, Haloto, le sirvió un plato de setas preparadas por Locusta; y como la dosis no era bastante fuerte, y el Emperador, echado en el lecho del festín, luchaba con la agonía, Jenofonte, su médico, bajo pretexto de

hacerle devolver el manjar fatal, le introdujo en la garganta una pluma envenenada, y Agripina se encontró viuda por tercera vez. ¿Verdad que no te ha referido esta primera parte de su historia? La habrá comenzado en el momento en que me puso en el trono, creyendo reinar en mi nombre, creyendo ser ella el cuerpo y yo la sombra, ella la realidad y yo el fantasma; y así ocurrió, efectivamente, por un instante; tuvo su guardia pretoriana, presidió el Senado, dictó sentencias, hizo condenar á muerte al liberto Narciso y envenenar al procónsul Julio Silano. Después, un día que al ver tantos suplicios me quejé de que no me dejara nada que hacer, me dijo que harto hacía para ser un extraño, para un hijo adoptivo, y que felizmente, ella y los dioses habían conservado los días de Británico... Te juro que cuando me dijo esto, tan poco pensaba yo en aquel niño como hoy en Octavia; y la tal amenaza, y no el veneno que le dí, fue lo que verdaderamente le mató... Mi crimen, pues, no tuvo por móvil el asesinato, sino el deseo de ser Emperador... Entonces fue—ten paciencia, ya he concluído—entonces fue, escucha bien esto, joven casta y pura hasta en medio de tu amor, entonces fue cuando trató de recobrar sobre mí, como querida, el ascendiente que había perdido como madre.

—¡Oh, cállate!—exclamó Actea asustada.

—¡Ah! me hablabas de Octavia y de Popea, y no sospechabas que tenías una tercer rival.

—¡Cállate, cállate!...

—Y no fue en el silencio de la noche, en la sombra solitaria y misteriosa de una apartada habitación cuando vino á mí con semejante intención; no, fue en una comida, en medio de una orgía, ante mi corte: allí estaba Séneca, allí estaba Burro, allí estaban Paris y Faón, allí estaban todos. Avanzó coronada de flores y semidesnuda en medio de los cantos y de las luces... Y entonces fue cuando, asustados de sus proyectos y de su belleza—porque es hermosa,—sus enemigos interpusieron á Popea entre ella y yo. Y ahora, ¿qué dices tú de mi madre, Actea?

—¡Infamia, infamia!—murmuró la joven cubriéndose con las manos el rostro, rojo de vergüenza.

—Sí; ¿verdad que es una raza singular la nuestra? Así es que no juzgándonos dignos de ser hombres, nos hacen dioses. Mi tío ahogó á su tutor con una almohada, y á su suegro en un baño. Mi padre, en medio del Foro, saltó un ojo á un caballero con una varita; en la vía Apia, aplastó bajo las ruedas de su carro á un joven romano que no se apartó bastante deprisa; y en la mesa, un día, cerca del joven César, á quien había acompañado á Oriente, dió de puñaladas á un liberto que rehusaba beber. En cuanto á mi madre, ya te he dicho lo que ha hecho; mató á Pasieno, mató á Silano, mató á Lolia Paulina, mató á Claudio, y yo, el último con quien se extinguirá el nombre, si fuese Emperador justo en vez de ser hijo piadoso, mataría á mi madre.....

Actea dió un grito terrible, y cayó de rodillas con los brazos extendidos hacia César.

—¿Qué haces?—exclamó Nerón sonriendo con expresión extraña.—Tomas en serio lo que no es más que una broma; no se trata sino de algunos versos que se me quedaron en la memoria desde la última vez que canté *Orestes*, y que se han mezclado con mi prosa. Vamos, tranquilízate, eres una criatura asustadiza; además, ¿has venido aquí para suplicar y para temer? ¿Te he enviado á buscar para que te tortures las rodillas y te retuerzas los brazos? Vamos, levántate. ¿Acaso soy yo el César? ¿Acaso soy Nerón? ¿Acaso es mi madre Agripina? Tú has soñado todo esto, mi hermosa corintia; yo soy Lucio, el atleta, el conductor de carros, el cantor de dorada lira y de voz tierna, y nada más.

—¡Oh!—replicó Actea apoyando su cabeza en el pecho de Lucio.—¡Oh! el hecho es que hay momentos en los que me creería estar bajo el dominio de un sueño, y pensaría que iba á despertarme en la casa de mi padre, á no sentir en el fondo del corazón la realidad de mi amor. ¡Oh, Lucio, Lucio! no juegues así conmigo. ¿No ves que me hallo suspendida por un

hilo encima de los antros del infierno? Ten piedad de mi debilidad; no me vuelvas loca.

—¿Y de qué proceden esos temores y esas angustias? ¿Tiene motivos mi bella Elena para quejarse de su Paris? ¿No es bastante magnífico el palacio en que mora? Le haremos edificar otro cuyas columnas sean de plata y los capiteles de oro. ¿La han faltado al respeto los esclavos que la sirven? Sobre ellos tiene derecho de vida y muerte. ¿Qué quiere? ¿Qué desea? ¡Todo lo que un hombre, todo lo que un Emperador, todo lo que un Dios puede conceder, que lo pida y lo obtendrá!

—Sí, ya sé que eres omnipotente; creo que me amas, y espero que me darás todo lo que te pida: todo, excepto la tranquilidad de espíritu, la convicción de que Lucio es mío como yo soy de Lucio. Hay una parte de tu persona, una parte de tu vida que se me escapa, que se rodea de sombras y se pierde en la noche. Es Roma, es el Imperio, es el mundo que te reclama, y no me perteneces sino por el lugar en que te toco. Tienes secretos; tienes odios que no puedo compartir, amores que no debo conocer. En medio de nuestras más tiernas expansiones, de nuestros más dulces coloquios, de nuestros momentos más íntimos, se abrirá una puerta, como se abre esa en este instante, y un liberto de rostro impasible te hará un signo misterioso que yo no podré ni deberé comprender. Ya ves, comienza mi aprendizaje.

—¿Qué quieres, Aniceto?—preguntó Nerón.

—La que el divino César ha hecho venir, está ahí y espera.

—Dila que voy—replicó el Emperador.

El liberto salió.

—¿Lo ves?—exclamó Actea mirándole con tristeza.

—Explícate—dijo Nerón.

—Ahí está una mujer.

—En efecto.

—Y yo he visto que te estremecías cuando la han anunciado.

—¿Acaso no se estremece uno más que de amor?

—Esa mujer, Lucio.....

—Habla, concluye.

—Esa mujer.....

—Esa mujer, ¿qué?

—Esa mujer se llama Popea.

—Te engañas — replicó Nerón; — esa mujer se llama Locusta.

IX

Nerón se levantó y siguió al liberto: después de algunos rodeos por corredores secretos, que únicamente eran conocidos del Emperador y de sus esclavos más fieles, entraron en una reducida habitación sin ventanas, en la que la luz del día penetraba por el techo. Y aun esta abertura estaba hecha menos para iluminar la habitación que para dar salida al vapor que, en ciertos momentos, despedía el hogar de bronce, enfriado en aquel instante, pero sobre el cual esperaba el carbón la chispa y el soplo, esos dos grandes motores de toda vida y de toda luz. Alrededor de la estancia estaban ordenados instrumentos de barro y cristal de formas extrañas y alargadas, que parecían modelados por algún obrero caprichoso, en presencia de vagos recuerdos de pájaros raros ó de peces desconocidos; botellas de diferentes tamaños, y cerradas cuidadosamente con cubiertas en las que la mirada asombrada trataba de leer caracteres convencionales que no pertenecían á ninguna lengua, estaban colocadas en repisas circulares, y ceñían el mágico aboratorio como esas fajas misteriosas que oprimen el cuerpo de las momias, y encima colgaban, de clavos de oro, plantas secas ó verdes todavía, según que debieran ser empleadas en hojas frescas ó en polvo; la mayoría de estas plantas habían sido recogidas en las épocas recomendadas por los magos, es decir, al principio de la canícula, en esa época precisa y rápida del año en la que el mago no podía ser visto ni de la luna

ni del sol. Había en aquellos recipientes las preparaciones más raras y preciosas: unos contenían pomadas que le hacían invencible á uno, compuestas con grandes gastos y gran trabajo, con la cabeza y la cola de una serpiente alada, pelos arrancados de la frente de un tigre y del lomo de un león, y espuma de un caballo vencedor; otros encerraban, como amuleto poderoso para la realización de todos los deseos, sangre de basilisco, llamada también sangre de Saturno; en fin, los había que no podían ser pagados ni trocándolos con su peso en diamantes, y en los cuales hallábanse selladas algunas partículas de aquel perfume tan raro, que únicamente Julio César, según decían, pudo procurarse, y que se encontraba en el oro *afiro,* es decir, en el que no ha sido ensayado al fuego. Había entre las plantas de coronas de henocrisos la flor que otorga los favores y la gloria, y verbenas arrancadas con la mano izquierda, y de las que se habían secado separadamente á la sombra las hojas, el tallo y las raíces; esto servía para la alegría y los placeres, porque regando el triclinio con agua en la que se hubiesen cocido algunas hojas, no existía convidado taciturno, ni filósofo severo que no se entregase pronto á la más ruidosa alegría.

Una mujer vestida de negro, con la túnica recogida por un lado á la altura de la rodilla por un carbunclo, llevando en la mano una varita del árbol que servía para descubrir los tesoros, esperaba á Nerón en aquella estancia; estaba sentada y abismada en tan profundas meditaciones, que la entrada del Emperador no bastó para sacarla de su preocupación; Nerón se acercó á ella, y á medida que se aproximaba, aparecía en su rostro una singular expresión de temor, de repugnancia y de desprecio. Cuando estuvo á su lado hizo una señal á Aniceto, y éste tocó á la mujer en un hombro, la cual levantó lentamente la cabeza y la sacudió para apartar sus cabellos, que sueltos, sin peinetas ni cintas, le cubrían como un velo la cara cada vez que inclinaba la frente; entonces pudo verse el rostro de la maga: era el de una mujer de treinta y cinco á

treinta y siete años, que había sido hermosa, pero que estaba ajada antes de tiempo por el insomnio, por los desórdenes y por el remordimiento tal vez.

Se adelantó á dirigir la palabra á Nerón sin levantarse, y sin hacer más movimiento que el de los labios.

—¿Qué me quieres de nuevo?—preguntó.

—Por de pronto—respondió Nerón,—¿te acuerdas tú del pasado?

—Pregunta á Teseo si se acuerda del infierno.

—Sabes que te he sacado de una prisión infecta, en la que agonizabas lentamente, echada en el fango y entre reptiles que se paseaban por tus manos y tu cara.

—Hacía tanto frío que no los sentía.

—Sabes en dónde te he puesto, en una casa que he hecho edificar y que he mandado adornar como para una amante; llamaban á tu industria crimen, y yo la llamé arte; perseguían á tus cómplices, y yo te he dado discípulos.

—Y yo te he concedido en cambio la mitad del poder de Júpiter..... He puesto á tus órdenes..... la muerte..... esa hija ciega y sorda del Sueño y de la Noche.

—Está bien: veo que lo recuerdas; te he enviado á buscar.

—¿Quién, pues, debe morir?

—¡Oh! en cuanto á eso, es preciso que tú lo adivines, porque no puedo decírtelo: es un enemigo demasiado poderoso y demasiado peligroso para que yo confíe su nombre ni á la misma estatua del Silencio; ten cuidado, sin embargo, porque es preciso que el veneno no tarde en sus efectos, como con Claudio, ó falle en su primer ensayo, como con Británico; es menester que mate al instante, sin dejar tiempo de articular palabra á la víctima; en fin, necesito un veneno semejante al que preparamos en este mismo lugar, y que experimentamos en un javalí.

—¡Oh!—dijo Locusta—si no se tratara más que de preparar ese veneno y aun otro más terrible todavía, nada sería más fácil; pero cuando te dí el veneno de que me hablas, sabía para

quién iba á ser: era para un niño sin desconfianza, y podía responder del resultado; pero hay gentes sobre las cuales, lo mismo que sobre Mitrídates, no tiene el veneno ningún poder, porque han habituado poco á poco su estómago á soportar los jugos más venenosos y los polvos más mortales: si, por desgracia, mi arte tropezara con una de esas constituciones de hierro, el veneno quedaría sin efecto y dirías que te había engañado.

—Y entonces—replicó Nerón—te volvería á meter en la ergástula y te daría por guardián á tu antiguo carcelero Polis Julio: he aquí lo que yo haría; reflexiona, pues.

—Dime el nombre de la víctima, y te responderé.

—Por segunda vez te digo que ni puedo ni quiero decírtelo; ¿no tienes tú combinaciones para encontrar lo desconocido? ¿Sortilegios con los que haces que se te aparezcan velados fantasmas, á los que interrogas y te responden? Busca é interroga: yo no quiero decirte nada; pero no te impido que adivines.

—Yo no puedo hacer nada aquí.

—No eres mi prisionera.

—Volveré dentro de dos horas.

—Pefiero seguirte.

—¿Hasta el monte Esquilino?

—A todas partes.

—¿Y vendrás solo?

—Solo, si es preciso.

—Ven, pues.

Nerón hizo una señal á Aniceto para que se retirase, y siguió á Locusta fuera de la casa dorada, llevando por toda defensa aparente su espada; verdad es que ya han dicho algunos que llevaba día y noche á raíz de la piel una coraza de escamas que le defendía todo el pecho, y que estaba tan habilmente hecha, que se plegaba á todos los movimientos del cuerpo, aunque estuviese á prueba de las armas mejor templadas y del brazo más vigoroso.

Siguieron las calles sombrías de Roma, sin esclavo que les alumbrara, hasta el Velabrio, en donde estaba situada la casa de Locusta. La maga dió tres golpes, y una vieja, que la ayudaba á veces en sus encantamientos, vino á abrir y se apartó sonriendo para dejar paso al arrogante joven que venía sin duda á solicitar algún filtro. Locusta abrió la puerta de su laboratorio y entró la primera, indicando al César que la siguiese.

Entonces se ofreció á los ojos del Emperador una extraña mescolanza de objetos diversos y repugnantes: momias egipcias y esqueletos etruscos se erguían á lo largo de las paredes; cocodrilos y pescados de singulares formas pendían del techo, sostenidos por invisibles hilos de hierro; figuras de cera de diferentes tamaños y diversos parecidos se hallaban colocadas en pedestales, con agujas ó puñales en el corazón. En medio de todos aquellos extraños aparatos revoloteaba sin ruido un buho espantado, el cual, cada vez que se posaba en algo, hacía brillar sus ojos como carbones encendidos, y castañatear su pico en señal de terror; en un rincón de la habitación una oveja negra balaba tristemente, como si hubiese adivinado la suerte que la esperaba. De pronto, en medio de aquellos diversos ruidos, Nerón distinguió lamentos; miró con atención en torno suyo y hacia el centro de la estancia; percibió á flor de tierra un objeto cuya forma no pudo distinguir al pronto: era una cabeza humana, pero sin cuerpo, aunque sus ojos pareciesen vivos; alrededor de su cuello estaba enroscada una serpiente, cuya lengua negra y movible se dirigía de cuando en cuando con inquietud hacia el Emperador, y se introducía después en una redoma con leche; en torno de aquella cabeza, como en torno de Tántalo, habían colocado manjares y frutas, de suerte que parecía ser un suplicio, un sacrilegio ó un sarcasmo. Por lo demás, al cabo de un instante, el Emperador no tuvo duda alguna: lo que se lamentaba era la cabeza aquella.

Locusta empezó sus operaciones mágicas. Después de haber regado toda la casa con agua del lago Averno, encendió

una hoguera compuesta de ramas de sicomoro y de cipreses arrancados sobre tumbas, arrojó en ella plumas de alondra, humedecidas con sangre de sapo, y añadió hierbas cogidas en Jolcos y en Iberia. Entonces se puso de cuclillas ante el fuego, murmurando palabras ininteligibles; después, cuando comenzó á consumirse, miró en rededor, como si buscase algo que sus ojos no encontraran al pronto; entonces dejó oir un silbido particular, que hizo enderezar la cabeza á la serpiente; al cabo de un instante volvió á silbar, y el reptil se desenroscó lentamente; por fin se oyó un tercer silbido, y como obligado á obedecer al llamamiento, el animal obediente, pero temeroso, se arrastró hacia ella lentamente. Entonces ella le agarró por el cuello y le acercó la cabeza á la llama; en seguida el cuerpo del reptil se enroscó al brazo de la maga, y á su vez lanzó silbidos de dolor; pero ella la aproximó más al fuego, hasta que su garganta blanqueó con una especie de espuma; tres ó cuatro gotas de aquella baba cayeron en las cenizas, y esto era probablemente lo que deseaba Locusta, porque en seguida soltó al reptil, que huyó con rapidez, trepó como la yedra por la pierna de un esqueleto y se refugió en las cavidades del pecho, donde durante algunos minutos todavía se la pudo ver agitarse entre los restos del dolor, á través de los huesos que le envolvían como una jaula.

Entonces, Locusta recogió las cenizas y las ardientes brasas en una servilleta de amianto, cogió á la oveja negra por una cuerda que tenía al cuello, y, habiendo acabado sin duda lo que tenía que hacer en su casa, se volvió hacia Nerón, que había contemplado todas aquellas cosas con la impasibilidad de una estatua, y le preguntó si continuaba dispuesto á acompañarla al monte Esquilino. Nerón le respondió con un signo afirmativo: Locusta salió, y el Emperador marchó en pos de ella; en el momento en que cerraba la puerta, oyó una voz que impetraba piedad con acento tan doloroso, que se conmovió y quiso detener á Locusta; pero ésta respondió que el menor retraso le haría faltar á su conjuro, y que, si el Empera-

dor no la acompañaba al punto, se vería obligada á marchar sola ó dejar su empresa para el día siguiente. Nerón empujó la puerta y se apresuró á seguir á la maga; por lo demás, como no era ajeno á los misterios de la adivinación, había reconocido, poco más ó menos, la preparación de que se trataba. Aquella cabeza era la de un niño enterrado hasta el cuello, al que Locusta dejaba morir de hambre á la vista de manjares colocados fuera de su alcance, á fin de hacer después de muerto, con la médula de sus huesos y su corazón seco por la cólera, uno de aquellos filtros amorosos ó brebajes amatorios que los ricos libertinos de Roma ó las amantes de los emperadores pagaban á veces con cantidad, con la que hubieran podido comprar una provincia.

Nerón y Locusta, semejantes á dos sombras, siguieron algún tiempo las tortuosas calles del Velabrio; después se dirigieron silenciosa y rápidamente por detrás de la muralla del gran circo y llegaron al pie del monte Esquilino; en aquel momento, la luna, en su primer cuarto, se elevó por detrás de la cima, y sobre el plateado azul del cielo se destacaron las numerosas cruces en las que estaban enclavados los cuerpos de los ladrones, de los asesinos y de los cristianos, confundidos juntos en un mismo suplicio. El Emperador creyó al pronto que la envenenadora iba á habérselas con alguno de aquellos cadáveres; pero pasó entre ellos sin detenerse, y, haciendo un signo á Nerón para que esperase, fué á arrodillarse junto á un túmulo pequeño, y se puso como una hiena á cavar con las uñas la tierra de la fosa: luego, en la excavación que acababa de hacer vertió las candentes cenizas que llevaba consigo, y á las cuales un soplo de la brisa arrancó al pasar algunas chispas; después, cogiendo la oveja negra traída con aquel fin, le abrió con los dientes la arteria del cuello y apagó el fuego con su sangre. En aquel momento se veló la luna, como para no asistir á semejantes sacrilegios, pero, á pesar de la obscuridad que se esparció en seguida por la montaña, Nerón vió erguirse ante la adivinadora una sombra, con la cual conver-

só durante algunos instantes; recordó entonces que hacia aquel lugar había sido enterrada, después de haber sido estrangulada por sus asesinos, la maga Canidia, de la que hablan Homero y Ovidio, y no tuvo duda de que era su maldito fantasma á quien interrogaba Locusta en aquel momento. Al cabo de un instante, la sombra pareció volver de nuevo á la tierra, la luna se libertó de la nube que la obscurecía, y Nerón vió volver hacia él á Locusta, pálida y temblorosa.

—¿Y bien?—dijo el Emperador.

—Todo mi arte sería inútil—murmuró Locusta.

—¿No tienes ya venenos mortales?

—Sí, á fe; pero ella tiene antídotos soberanos.

—¿Conoces, pues, á la que yo he condenado?—repuso Nerón.

—Es tu madre—replicó Locusta.

—Está bien—dijo fríamente el Emperador;—entonces encontraré algún otro medio.

Y ambos descendieron de la montaña maldita, y se perdieron en las calles sombrías y desiertas que conducían al Velabrio y al Palatino.

Al día siguiente, Actea recibió de su amante una carta que la invitaba á marchar á Baya y á esperar allí al Emperador, que iba á celebrar en aquel lugar, con Agripina, las fiestas de Minerva.

(Continuará).

POETAS AMERICANOS

APLAUSOS Y QUEJAS

AL INSPIRADO CANTOR DE LA RAZA LATINA

DON OLEGARIO V. ANDRADE [1]

Oí tu voz, y á la celeste esfera
Volé contigo, poderoso vate,
Cual condor de la andina cordillera,
Que, con sublime aliento,
Arranca de la roca solitaria
A los mares de luz del firmamento.

¡Oh prodigio! Las sombras del pasado,
Noche de las edades tenebrosa,
¡Huyeron ante mí! ¡Se abrió la fosa,
Que en sus entrañas lóbregas encierra,
Polvo tras polvo de las *muertas razas*,
La vieja humanidad cambiada en tierra!
Y se extendió á mis pies cual mapa inmenso,
Del orbe la amplitud, vasto escenario,
Donde el drama grandioso de la Historia,
Ya de baldón colmadas, ya de gloria,

(1) Esta poesía nos la ha enviado D. Leónidas Pallarés y Arteta.

A impulso de frenéticas pasiones
O de eximia virtud, ante los siglos
Absortos, representan las naciones!

Yo he visto á Eneas, con el peso augusto,
Salir de entre las ruinas polvorosas
De la infeliz Ilión; verter el llanto
Que á el alma, no á los ojos, de los héroes
Arranca de la patria el duelo santo,
Y al capricho entregarse de las ondas
Buscando peregrino,
En ignota región, tierra lejana,
Donde plantar los vástagos tronchados
De la estirpe troyana.

No los vientos, el soplo del destino,
Las velas infla que á Occidente vuelan,
Cual banda de gaviotas asustadas
Por trueno repentino.
Brama la tempestad en el Tirreno
Ponto, que ruge airado,
Alzando montes de encrespadas olas,
Que ocultan todo puerto al desgraciado;
Pero Marón dispierta
Y su empolvada lira
Del túmulo retira,
Donde, á par del cantor, cayera muerta.
El nos sabrá decir cómo se cambia
El sañudo huracán en manso ambiente;
Fácil surco en la mar hiende la prora,
Y su dorada luz la rubia aurora
Vierte sobre la linfa trasparente.
¡Peregrino feliz! En los confines
Del piélago ignorado
Italia está, bellísima sirena,

Que con lazo de nardos y jazmines,
Cautivo para siempre, le encadena.
Halló el hijo de Anquises piadoso
La patria que buscaba.—Nacen pueblos;
Levántanse ciudades;
Guerreros bullen, y en el noble Lacio,
(Póstuma de esa Ilión que *se desploma)*
Más grande y más audaz, yérguese Roma!

«Perdió su claridad el sol de Grecia,
Al brillo de aquel astro que nacía»;
Atenas, abismada,
Vió en extranjera mano
El clarín portentoso de la Iliada;
Selló el labio Demóstenes divino,
Que hablaba Cicerón; la Macedonia,
Falanje irresistible,
Terror del persa, á la legión romana
Cedió atónita el paso, y ante César,
Titán del Occidente,
La gigantesca sombra de Alejandro
Se inclinó reverente!
Salió de madre el Tíber
Y se hincharon sus aguas de manera,
Que el cauce, la ribera,
El valle, el soto, la colina, el monte,
La cresta que deslinda el horizonte,
Cien horizontes más; cuanto divisa
El ojo en derredor, cuanto la mente
Sin límites abarca,
Cubrieron, como mar que se desborda
Y hace del Universo una comarca!
Esclavo el orbe todo
Fue del Romano colosal imperio;
¡Y aquí el dedo de Dios, aquí el misterio

Resplandecen, poeta! Que las razas
Uncidas á la vez al férreo yugo
Con sólida cadena,
Cual hordas criminales que el verdugo
Llevase juntas á la misma pena,
Llegan, en asombrosa muchedumbre,
A purgar un delito solidario.....
¡Bañándose en la sangre redentora,
Bajo el madero santo del Calvario!
¡Y Roma muere...! Conceder la vida
Al hombre, al pueblo, sin misión arcana,
Que debe ser cumplida,
No es del próvido Sér, que apaga soles,
Cuando su luz es vana.
Si vagos arreboles
De sanguíneo fulgor aún flotan tenues
Bajo la parda nube,
Es porque al cielo sube
Y con brillo siniestro reverbera,
La fatídica lumbre de la hoguera
Que ha encendido Nerón, en su delirio,
Más que por convertir Roma en cenizas,
Por disponer la pira del martirio.
Astro resplandeciente
Que en la etérea región cruge y estalla,
Y arroja en los espacios, cual candente
Luminosa metralla,
Fragmentos de sí propio, y cienluceros
Fulguran de improviso,
Esmaltando la bóveda sombría
En torno de ese sol que se deshizo:
Así feneció Roma; así nacieron,
Del maternal quebranto,
Las nobles hijas del vigor latino,
Objeto insigne de tu hermoso canto.

¡Bienhadadas las huérfanas! Tenían
Otra madre amorosa, que su seno
Les brindase al nacer, madre que al labio,
En copa bendecida,
De hiel exenta y de letal veneno,
Les llevase la leche de la vida.
¡Santa Iglesia de Cristo! Tú las aguas
Vertiste de la fuente de tu esposo
Sobre el grupo de reinas que en la tumba
Se alzaron del coloso!
Tú, con materno afán, su rica herencia
Supiste preservar en el santuario,
Divina salvadora de la ciencia!
¿Qué la Europa sin ti?.... Turbión del Norte
Levántase iracundo,
Ruge, se arremolina, se dilata
Sobre todos los ámbitos del mundo:
Catarata de gentes que, de lo alto
De la salvaje breña,
Con diabólica furia se despeña,
Cunde, inunda, devasta y en horrendo
Bramador torbellino,
La muerte y el estrago difundiendo,
Va, por sus propias ondas empujada,
Y luego..... *como lóbrega laguna*,
A los pies de León *muere callada!*

Cantor preclaro de esa raza de héroes
Que es el fénix eterno de la historia,
Bien puedes entonar épicos himnos
A su perpetua gloria,
Ya que la excelsa Cruz abre sus brazos
Y con ellos cobija
Al romano y al bárbaro, á los hombres:
La humanidad es su hija!

Primogénita ilustre, el cetro de oro
Empuñe de los Césares Iberia,
Ocho siglos batalle con el moro,
Extermine sus huestes en Granada,
Recobre la usurpada
Heredad, y en un rapto de hidalguía,
Desate la diadema de su frente,
Para comprar con ella
Joya de más valor: ¡un Continente!
De pie, sobre la orilla
Del gaditano mar, lance á la América
La romana semilla;
Que en el suelo fecundo
De esta virgen comarca, que latente
El juvenil calor guarda del mundo,
Germinará lozana y vigorosa,
Doblando presto la española gente.
¡Perdón, oh madre amada!
Perdón, si un día tus audaces hijos
Libertad te pedimos con la espada!
Tú nos diste la sangre de Pelayo;
Tú la férvida sed de independencia:
Castellano el arrojo,
Castellana la indómita violencia
Fueron con que esgrimió tajante acero
El que probó en la lid..... ser tu heredero.
Si para siempre roto
Cayó el antiguo lazo en la jornada,
Ese lazo no fue, madre adorada
El del filial amor, vínculo tierno
Que ha de ligarle á ti con nudo eterno.
Mientras tu dulce sonoroso idioma,
Raudal inagotable de armonía,
Su ritmo musical preste á los bardos
Que en la floresta umbría

Del Ande entonan cantinela indiana,
No morirá tu amor, y tuyo el lustre
Será, si en el concento,
Entre las galas del primer latino,
Luce el hispano varonil acento.

Pero ¿cuál el altivo
Pueblo es que surge y á los pueblos guía
Vertiendo del progreso en la ancha vía
De clara antorcha refulgente lumbre?
¿Quién pretende impeler con arrogancia
La humanidad entera hacia la cumbre?....
¡Naciones, apartad! ¡El pueblo es *Francia!*
Reina del pensamiento, marca el rumbo
De la humana razón; desde el sagrado
Trípode de la ciencia,
Dicta revelaciones de Sibila
Al orbe congregado en su presencia.
Cada vez que inspirada se estremece
Y el hacha agita en la convulsa mano,
Se desprenden centellas rutilantes,
A flotar en la atmósfera del mundo,
Cual fantástica lluvia de diamantes.
Mas ¡ay! la antorcha, convertida en tea
De incendio asolador, fuego derrama,
Y estupefacto el orbe compadece
A Francia que se inflama.
¡Desgraciada nación! Sus propios hijos,
Que, ansiosos de más luz, la llama horrible
Frenéticos atizan, son, ¡oh espanto!
Forzados á ser vir de combustible.
Humo y pavesas á una margen y otra
Del desolado Sena,
Humo y pavesas solamente habría;
Mas el Nerón francés pásmase un día

Del exterminio horrendo
Y sangre y ruinas, y terror y luto,
Mirando por doquier, sube azorado,
Moisés de la impiedad, á la *Montaña;*
Reprime ante las turbas
El ímpetu terrible de su saña;
Serenidad imprime á su semblante;
Finge bíblico acento de profeta,
Y dota á la nación agonizante.....
Con un *Dios*, que el sacrílego decreta!
A poco la cuchilla
Sangrienta del perenne sacrificio
Dividió la garganta del tirano;
Pero el *ay!* que á su Padre soberano
Exhalaba la Francia en el suplicio,
Llegó doliente: la Piedad sus alas
De cándida paloma
Tendió en rápido vuelo,
A ese campo de horror, donde moría
Un gigante olvidado por el Cielo.....

Y aún vive Francia! luminar radioso,
Que, pasado su eclipse, resplandece;
Adalid que sucumbe y se levanta
Y en su propio infortunio se engrandece.
Cada vez que la sangre de sus hijos
El patrio suelo inunda,
Germina en la tierra que fecunda
Encelados soberbios, que quisieran,
Con loco atrevimiento,
Alzar la humanidad sobre sus hombros
Y amontonando escombros sobre escombros,
Saltar al firmamento!

¿Lánguido es mi cantar, vate argentino?

Brío mayor reclama
La resonante trompa de la fama?
Pues sigue tú, que, osado
Robusta entonación, ardiente verso,
Lírico arranque tienes, y te encumbras
Al cenit, que las musas me han vedado.
Canta las glorias de la hermosa Italia
Que siglos há dormida
Sobre el sepulcro del romano imperio,
Ha despertado al fin llena de vida;
De Italia en cuyos fastos
El nombre brilla de aquel nauta excelso,
Que, arrancando á los vastos
Dominios de la mar mitad del orbe,
Perfeccionó la esfera,
Y el del genio atrevido, que, usurpando
De un dios la potestad, se alzó y dispuso
Que el globo se moviera!

Pero, ¿por qué tus ojos
Apartas del Oriente,
A ver cuál se derrama
Sobre nuevo país latina gente,
Antes de que los vuelvas al extremo
De la tostada Libia, donde azotan
Solitario peñón rudas tormentas,
Que el no surcado piélago alborotan?
El cielo se oscurece, el viento zumba,
Furioso el ponto brama;
La combatida mole se estremece
Y al clarear del relámpago, aparece,
Poeta, vedle allí: ¡Vasco de Gama!
Si hasta el Índico mar el rumbo sigues
Que traza el arrogante lusitano,
Un náufrago verás: las ondas bate

Con la siniestra mano,
Y, ansioso de salvar lo que mil veces
Más preciso reputa que la vida,
En la diestra levanta,
Con afán infinito,
Un objeto inmortal: el manuscrito
En que las glorias portuguesas canta!
¡Cuna del Camoëns! á injurioso olvido
Tu nombre relegar, ¿cómo un poeta
De América ha podido?
Cuando aún parece que la sombra inquieta
Del claro Magallanes
Escudriña la brecha misteriosa,
Al nocturno fulgor de los volcanes;
Cruza de mar á mar; graba su nombre
En la roca vecina,
Y bogando á las islas de Occidente,
Cae, para marcar perpetuamente,
Con su tumba, la ruta peregrina.
Viuda volverá su nave heróica,
Por opuesta región, al mismo puerto,
Y testigo intachable del profundo
Dictamen de la ciencia,
Probará que, del sol en competencia,
Pudo dar un bagel la vuelta al mundo.

Mas siga ya tu canto, y la hechicera
Nereida que del fondo de las aguas,
Bañada en perlas, levantó la frente,
Al sentir que Colón mundos perdidos
Buscaba entre las brumas del Poniente,
América, la virgen prometida,
Que, de gala vestida,
Bajo un dosel de palmas y de flores,
Al Porvenir aguarda,

Y en lánquidos suspiros
Se queja de su amante, porque tarda;
Ella, que el regio manto,
Bordado de esmeraldas y rubíes,
Ha tenido en las costas de sus mares,
Ávida de que salten á millares
Los obreros del bien, que el siglo admira,
Oiga, en elogio suyo,
Los pindáricos sones de tu lira.
Exenta un tiempo de afrentoso yugo,
Libre como la luz, como las auras,
Creció lozana y bella,
Hasta el aciago día
En que, siguiendo de Colón la huella,
La vino á sorprender la tiranía.
Por luengos años, prisionera ilustre
De extranjero señor, lloró en silencio
Su desdichada suerte;
Pero, cansada, en fin, de oprobio tanto
Á la ignominia prefirió la muerte;
La perdida altivez cobró iracunda,
Deshizo en mil pedazos
La bárbara coyunda;
Y amazona terrible en la batalla,
Al pecho disparó de sus guardianes
Los grillos convertidos en metralla!
Hoy es la poderosa
Soberana que extiende sus dominios
Del uno al otro polo,
Y al opresor antiguo, generosa,
Le tiende amiga mano,
Que quien fue su señor es ya su hermano.
Las páginas no escritas
Que el misterioso libro de la historia
Guarda para el futuro,

Ella sabrá llenarlas con su gloria.
Ante ella han de librarse
Los postreros combates del progreso.
No importa que el exceso
De vida, de entusiasmo, de energía,
En que el fecundo seno le rebosa,
La inflame alguna vez y la enloquezca:
En sus entrañas arde todavía
Aquel fuego interior que hundió los valles,
Alzó los montes, trituró las rocas
Y sacudió el planeta,
Antes que dócil á la ley cediese
Que á reposado giro lo sujeta.
Si aun hoy su veste cándida
Mancha con sangre la matanza impía;
Si el humo de las lides pestilente
Le inficiona el ambiente,
Le agosta el campo, le obscurece el día;
Presto de la discordia el monstruo infame
Caerá á sus pies rendido,
Y al disiparse la sulfúrea nube,
De mortíferos rayos negro nido,
América, radiante y majestuosa,
Moderna Egeria del linaje humano,
Futura institutriz de las naciones,
Las tablas de la ley tendrá en la mano.
Y con regio ademán, el noble coro
Mostrará de sus hijas predilectas
De progenie romana,
Que su honra, su decoro,
Su timbre, su blasón serán mañana.

Allí la patria del invicto Juárez,
Al brazo el arma, con marcial denuedo,
Defenderá sus leyes,

A rasgar otra vez apercibida
La púrpura insultante de los reyes.

Las cinco hermanas que tranquilas bordan,
Con afán incesante,
Por uno y otro ponto acariciadas,
Del progreso la túnica brillante,
Y en grata confidencia,
Para ser grandes, pactan
Confundir sus destinos y su herencia,
Juntas esplenderán, como en el cielo
Las estrellas menores,
Que duplican así sus resplandores.

Las que enmedio del ponto gimen solas
Y el furibundo embate
Sufren del despotismo y de las olas,
Cual débiles barquillas
Dispersas en la mar, formarán, libres,
La poderosa Unión de las Antillas.

Venezuela gloriosa,
Emporio de héroes, madre afortunada
Del inmortal campeón de estas regiones,
Que hizo brotar naciones
Donde clavó la punta de su espada;
De lauro ornada la soberbia frente,
Centinela del amplio continente
De que supo expeler al castellano,
La daga de Bolívar tendrá al cinto
Y la lanza de Páez en la mano.

Colombia, que, con diestra vigorosa,
Levanta el democrático estandarte
A altura prodigiosa,

Y en cuyo seno ardiente,
Como en fragua volcánica se funden
El pasado, el futuro y el presente;
Con noble majestad, á los marinos
De uno y otro hemisferio,
Enseñará la portentosa vía
Que sometió dos mares á su imperio;
Y cuando enjambre de extranjeras naos
Desfile á su presencia,
Homenaje á tu esfuerzo y á tu ciencia
Les sabrá demandar, ¡moderno Alcides,
Que las ondas del piélago derramas
Enmedio de los mundos que divides!

¡Desgraciado Perú, que hoy te retuerces
En el sangriento potro del martirio,
Mordiendo con despecho la cadena,
Víctima del frenético delirio
Con que tu propio hermano te condena!
Cuando cese el tremendo
Sacrificio en que expías
Faltas, no hay duda, de pasados días,
Cobrarás presto tu vigor nativo,
Tras el breve desmayo,
E impávido y audaz, fuerte y altivo,
Serás el adalid del *Dos de Mayo*.

¡Chile! ¡Chile brioso!
Que arrojaste colérico el azada,
Para empuñar el homicida acero
Y blandirlo con fuerza desusada,
Bien has mostrado ya que eres guerrero;
Mas ¡ay! en fratricida
Contienda, que deslustra la victoria,
Porque duelo es la gloria,

Cuando es hermana la nación vencida.
¡Perdón para el Perú! ¿Cómo pretendes
Que bajo el peso del baldón sucumba?
¡Pueblo que tan bizarro te levantas,
Dejarás de ser grande, si tus plantas
Pones sobre una tumba!....

Bolivia generosa, hija postrera
Del gran batallador, viuda hermosa
Del capitán insigne de Ayacucho,
Depuesta la luctuosa
Vestidura que hoy llevas,
Pues tu pesar es mucho,
Debieras convertir, para ser fuerte,
En lección provechosa tu escarmiento,
Y unir presto á tu suerte
La del rey de las Chinchas opulento.

Mas ¡oh bardo argentino!
Toma, toma esta lira,
Que desfallece en mis indoctas manos
Y, de cantar en vez, gime y suspira.
Escuche tus galanos
Himnos la *Emperatriz* del claro Plata;
Prosigue tú y desata
El undoso raudal de poesía
Que en la patria de Mármol y de Andrade
Difunde, á par del éter, la armonía.
Presagia tú el destino
De la región austral, cuna dichosa
Del Bolívar del Sur. Ya que el divino
Estro tu pecho inflama,
Levántate y proclama
Del joven Uruguay la gentileza;
Del Oriental Imperio,

República futura, la grandeza;
Y un aplauso te arranque, si eres justo,
A menos que el pudor tu labio selle,
Ese cubil famoso de leones,
Contra el cual ¡oh vergüenza! tres naciones
Corrieron á lidiar, y fuera en vano,
Si exterminados en la lucha fiera
Los últimos valientes, no cayera,
Ilustre mártir, el que fue tirano.

¡Ecuador! ¡Ecuador! patria querida,
Por cuyo amor es poco dar la vida,
¿Cómo, cual tribu obscura,
Entre incógnitas breñas olvidada,
Incapaz de progreso y de cultura,
Te deja el bardo insigne desdeñada?
¿Qué pompa te negó pródigo el cielo?
Ardiente sol en tu zénit enciende;
Con mágico primor tus campos viste;
Y si al ocaso tiende
Océano inmenso, que tus costas baña,
Acá, tras la granítica montaña
Que rasga con sus crestas el nublado,
Otro mar portentoso de verdura
Despliega para ti, donde ignorado
Guarda el secreto aún de tu ventura.
Grande es tu porvenir, virgen del Ande,
Porque al morir Colombia, el patrimonio
De sus hijas fue grande.
¡Copiosos frutos de diversas zonas
Ostenta tu regazo;
Ricos veneros tu comarca cría;
Tus canales son Guayas, Amazonas,
Tus montes, Cotopaxi, Chimborazo,
Tus tiranos, García!

¿Te falta gloria? ¡No! Cuando entre sombras
Lóbregas de ignorancia y servidumbre,
La colonia dormía torpe sueño,
Tú, de las sierras en la enhiesta cumbre,
Dabas la voz de alarma, convocando,
Contra la turba inicua de opresores,
El de oprimidos infelice bando;
Y al resonar el imponente grito,
Conmovidos los ecos, contestaban:
¡Luz de América, Quito!

¿Y después.....? En silencio pavoroso
Volvió á quedar sumido el continente;
No hubo quien acudiese á tu defensa,
Y en bárbara hecatombe, la inocente
Sangre de tus patricios corrió un día,
Sangre con que el bautismo
La libertad obtuvo, pues nacía.

Despertaron al fin los que en inerte
Sopor adormecidos,
Sordos á tus inútiles gemidos,
A merced te dejaban de tu suerte.
Truena la tempestad en Carabobo:
Estalla en Boyacá; brama en Pichincha:
Y Bolívar, el dios de la tormenta,
Su trono de relámpagos asienta
Aquí, en el diamantino
Culmen excelso del coloso andino.

El teatro contempla de su gloria;
Dicta para los siglos posteriores
Inauditos portentos á la Historia;
Inspirado delira;
Aguila poderosa, tiende el vuelo,
Buscando en la del Sur esclava tierra
Siervos que libertar; y fue en tu suelo
Guayaquil hechicera, codiciada

Por todo malhechor, donde avistados
Uno y otro gigante,
El argentino resignó su espada,
Y el colombiano audaz pasó adelante.
¡Patria del corazón! ¡Cuando extinguido
El último estampido
Del cañón formidable de Ayacucho,
Ébrio de sangre se inclinó el acero
Y enmudeció el clarín, sobre la tumba
Del poder extranjero,
Bolívar, en el éxtasis divino,
En la embriaguez suprema de la gloria,
Oyó sublime canto,
Música celestial de la victoria!
¿Y quién era el cantor.....? ¡Insigne Olmedo,
Lustre envidiado de la patria mía,
Sal de la selva umbría,
En que, á la margen de tu caro Guayas,
Descansas, arrullado
Por el dulce murmurio de las olas,
Cabe el rosal pintado;
Sal y descuelga tu laud sonoro,
Y el canto, que dormido
Yace en sus cuerdas de oro;
Mientras tú lo despiertas atrevido,
Derrámese en armónico torrente,
Para que sepa, si lo ignora, el mundo,
Que es honra, no baldón del continente,
La patria del poeta sin segundo!

Luis Cordero.

UN AUTOR DRAMATICO

ENTRE LAS VÍCTIMAS DEL DOS DE MAYO DE 1808

D. LORENZO DANIEL

A causa de los trágicos sucesos que señalaron el *Dos de Mayo de 1808* el momento heroico inicial con que el espíritu viril de la nación española formuló su protesta de sangre y de sacrificio contra la larga é inicua intriga que tejió y desplegó Napoleón I para apoderarse de España y uncir su fiera independencia al nuevo pacto de familia que había fraguado, luego que pasaron las primeras lóbregas horas de la bárbara hecatombe, el Consejo de Castilla procedió á levantar en los cuarteles municipales de Madrid, por medio de la Sala de gobierno de Alcaldes de casa y corte, un bosquejo de listas ó estadística de las muertes ocurridas en el fragor de las luchas populares y en el exterminio de las inhumanas ejecuciones que siguieron después que aquéllas acabaron. El acuerdo se tomó en Consejo pleno el día 8, y el Secretario de este alto cuerpo, D. Bartolomé Muñoz, lo comunicó con la misma fecha al de la Sala, don Adrián Marcos Martínez. El pánico, que se había apoderado del vecindario de la capital, y el temor de que, dada la arbitrariedad y la sevicia que habían impreso á sus actos los falaces invasores, á quienes se abrieron las puertas de la patria considerándolos como amigos y aliados, dieron motivo para

que las ocultaciones de las pérdidas que se habían sufrido en el seno de cada familia fueran infinitamente más que las que se declararon. Además, á Madrid había afluído para tomar parte en la protesta un número considerable de personas de todos los sitios reales y pueblos comarcanos que en ellos tenían su vecindad; y los que de estas procedencias rindieron aquel día el tributo de la vida por la patria, quedaron sin filiación en aquellas pavorosas listas y aun en los asientos de los libros parroquiales de óbitos, en los de los hospitales á que los heridos fueron llevados y en los de los cementerios, á donde por carretadas se les transportó para dar sepultura cristiana á sus cadáveres.

Aquellas listas fueron numeradas conforme iban entregándose en el Consejo por los que recibieron el encargo de formarlas, y en las del cuartel de Palacio, del cargo del Alcalde D. Ramón Navarro Pingarrón, en la primera inscripción que con el número de orden 103 se estampó en la correspondiente al barrio de Santa María, se lee una partida que textualmente dice: «Don Lorenzo Daniel, natural de Nápoles, de edad de ochenta años poco más ó menos, quien fue llamado por Carlos III para traducir del idioma italiano, después de haber sido letrado en su país. Fue muerto, hallándose indefenso, de un balazo que le disparó un centinela francés, según informes de vecinas, inmediato á la iglesia de monjas del Sacramento, viniendo de cobrar su mesada de la Tesorería de la Real Lotería, por cuyo ramo disfrutaba 12.000 reales anuales. La viuda, llamada Victoria Riaza, es de veintidós años, y tenía en su compañía dos hermanos pequeños de ésta, á quienes mantenía. Vivía plazuela y casa de Pajes, cuarto bajo, y se enterró en la parroquia de Santa María».

Al *Memorial de Artillería* dí en 1893 el *Catálogo alfabético-biográfico de los muertos y heridos el Dos de Mayo de 1808,* que constituye uno de los apéndices de mi libro aún inédito, *Los héroes y las víctimas del Dos de Mayo.* La inscripción número 250 en él dice así: «Don Lorenzo Daniel, de setenta años,

natural de Nápoles, profesor de lengua italiana de SS. AA. los Serenísimos Infantes, habiéndole traído á España de Italia el Rey Carlos III para procurar á sus augustos hijos una diversión honesta con las piezas dramáticas que disponía. Falleció de un balazo en la calle del Tesoro».

Posteriormente á la publicación de este apunte biográfico, los Archivos de la Real Casa, Histórico-Nacional y Municipal de Madrid, las Bibliotecas de S. M. y Nacional, y finalmente, los *Papeles y documentos históricos* sobre el Teatro español, así de música como de declamación, que á la Biblioteca Nacional se han incorporado, procedentes de la donación testamentaria de D. Francisco Asenjo Barbieri, me han proporcionado una copia de noticias, suficiente, para poder ampliar las que dí en mi *Catálogo del Memorial de Artillería*, con notoria importancia para la historia de nuestro Teatro nacional.

D. Lorenzo Daniel nació en Nápoles el año de 1732. Tenía, cuando fue asesinado el Dos de Mayo de 1808, por los franceses en Madrid, setenta y seis de edad, y sólo veintisiete cuando vino á España en la comitiva y servidumbre del Rey Carlos III, cuando éste heredó la corona por muerte de Fernando VI en 1759. Fue uno de aquellos italianos ilustres, todos recomendados y hechuras del Marqués Tanucci, que sirvieron á este monarca mientras ciñó á sus sienes la corona de las dos Sicilias, y que, prendado de su saber ó su ingenio, fue atrayendo á España, para contrarrestar con ellos la influencia que en toda nuestra cultura nacional había ejercido Francia desde el advenimiento de Felipe V, y que había constituído enteramente en francés el pensamiento y casi el alma de la nación. D. Lorenzo Daniel, por lo tanto, vino en la comunidad de relaciones con la casa real de Carlos III, que tuvieron en ella Pedro Napoli Signorelli, el Conde Juan Bautista Conti, los dos Filangieri, Emmanuele el marino y Frey Antonio, el estratégico, el arquitecto Juan Bautista Saqueti, el marino Federico Gravina, el Embajador Príncipe de Masserano y el sinnúmero de los que en la servidumbre de la Real Casa, y

aplicados á todos los servicios interiores de ella, dejaron sus nombres perpetuados en sus nóminas y expedientes, y muchos, la mayor parte, en los apellidos de las familias, con las que emparentaron entre nosotros.

Desde luego, el apellido de Daniel no tiene engranaje histórico anterior en nuestras genealogías nacionales. Su raiz le denuncia casi como de procedencia semítica; y entre los que en diversos países de Europa lo han llevado y lo han impuesto al recuerdo de la posteridad por haber pertenecido á hombres distinguidos que cultivaron varios ramos de la inteligencia, el primero con que se tropieza, Samuel Daniel, de Londres, escritor del siglo XVII, no sólo parece judío por el apellido, sino por el nombre también. Samuel Daniel publicó en Londres en 1626 su obra *The collection of the History of Ingland*, libro que se ha hecho raro hasta para los biblióficos británicos. En cambio, en Francia, desde 1704 hasta 1755, aparece con el nombre del P. Gabriel Daniel un escritor católico, cuyas obras teológicas, filosóficas é históricas, no sólo mantienen en frecuente actividad las prensas de París en todo ese espacio de tiempo, sino que se reproducen en el Haya y Amsterdam, en Amberes y en Colonia. Su *Historia de Luis XIV*, vertida al castellano, se publicó en Amberes en 1740, y luego se reprodujo en Sevilla, y de su *Viaje al mundo de Descartes* se hicieron en el siglo XVIII otras dos traducciones en nuestra lengua: la de D. Juan Bautista Ibarra (sin año) y la de don Juan Gregorio Araujo, impresa en Salamanca en 1742. Un Petrus Antonius Danieli publicó en Roma, de 1756 á 1759, las *Institutiones canonicae civiles et criminales*, *recentioris praxi Romanae curiae*; y en el siglo XIX han existido en Francia otros dos escritores de este apellido: Francisco Salvador Daniel, residente en Argel, y que en la *Revue Africaine* de Agosto de 1865 publicó un curioso estudio sobre un instrumento músico de los árabes, especie de *flauta doble* que usan los marroquíes, y Mr. André Daniel, que desde el año 1874 al 1896 ha dado á luz en París, en la casa editorial de Charpentier,

L'année politique, resumen de los sucesos salientes de la política en Francia en el año que cada volumen compendia. El Lorenzo Daniel que Carlos III trajo á España, que los franceses mataron el *Dos de Mayo de 1808* en Madrid, y que antes de cambiar de patria había profesado en Nápoles la carrera de letrado, debió ser hijo de Pedro Antonio, que en Roma publicaba obras de Derecho canónico, civil y criminal, de 1756 á 1759.

La inscripción de la *Lista* del cuartel de Palacio, en que se le supone de ochenta años, poco más ó menos, dice, que á tan avanzada edad se hallaba casado con una mujer joven de veintidós, llamada Victoria Riaza. Este debió ser su segundo matrimonio. En primeras nupcias estuvo casado con María Delgado, de la que tuvo dos hijos varones: D. Manuel, que se consagraba á la Iglesia y que escribió un papel titulado *Afectos de un corazón contrito*, paráfrasis del Salmo 50 de David, *Miserere mei, Deus,* que se imprimió en casa de D. José Antonio Sanz, y D. Joaquín, que llegó al sacerdocio, pero que no sobrevivió á su padre.

Aunque consta que, en efecto, D. Lorenzo Daniel, que se firmó siempre como *criado de S. M. y de SS. AA. RR.*, no solamente fue en Palacio el maestro que enseñó la lengua italiana á todos los nietos de Carlos III, sino que escribía obras dramáticas, que se representaban en el cuarto de los Príncipes para entretener la real familia, ni en el Archivo de la Real Casa, ni en la Biblioteca de S. M. se ha encontrado ninguna de estas piezas. Hay en el Archivo un expediente de personal que le afecta; pero en él no se encuentran noticias que ilustren esta parte de su vida, ni más que algunas disposiciones relativas á las casas de aposento que pretendió ú obtuvo, en cuyas gestiones no se advierte que fuera muy afortunado. Por ejemplo, en Junio de 1785 solicitó se le diese en la casa vieja de los caballeros pajes, el cuarto que acababa de dejar vacante D. Pedro Nápoles Signorelli. El mayordomo mayor, Duque de Medinaceli, de orden de S. M. mandó que

se le diese; pero el 20 del mismo mes D. Pedro de Lerena, aposentador Mayor, replicó que no era ya posible, porque se le había otorgado al ayuda de picador, Nicolás Queli, y que ni aun siquiera se podían dar á Daniel las bohardillitas que había ocupado Queli hasta entonces, porque por orden de S. M., mientras se desocupaba algún otro cuarto, las bohardillas se habían dado al padre de Signorelli, que estaba muy anciano y casi imposibilitado y con otro hijo suyo, Luis Signorelli, en su compañía. «Esto no obstante» añadía la R. O., «S. M. manda que á D. Lorenzo Daniele *(sic)* se le dé también cuarto en la misma casa, cuando haya lugar y esté alguno desocupado». En Febrero de 1786 este mandato todavía estaba sin cumplir, y Daniel, desde El Pardo, con fecha del 5, llevó al Rey nueva instancia para que se le diese otro cuarto que acababa de dejar disponible en el pretil del Arco del Real Palacio, en la casa de la Tesorería de las obras pendientes, la muerte de D. Pedro Micheli Ruperto, escultor de S. M. que lo ocupaba. Lerena mandó la solicitud á informe de D. Francisco García de Echaburu, y este aposentador informó que el cuarto que se pretendía en la casa de Reveque, de tiempo inmemorial era propio de los primeros escultores de Cámara de S. M., y que en él estaba inserto el estudio para todas las obras reales que ocurren y se mandan ejecutar, por lo que consideraba que no había lugar á lo que Daniel solicitaba. Al fin, en Noviembre del mismo año, por muerte de D. Nicolás Parlapiano, se dió á Daniel la habitación que vacó; pero no bien trasladado á ella, el caballerizo mayor del Rey, Marqués de Villena, la pretendió para un empleado de la caballeriza, y el Conde de Floridablanca desde San Lorenzo dirigió al Duque de Medinaceli una R. O. para que á Daniel se la hiciera desalojar. A pesar de todo, D. Lorenzo Daniel disfrutaba de este gaje cuando fue asesinado por los franceses el *Dos de Mayo de 1808*, pues la inscripción del Alcalde del cuartel de Palacio dice que vivía «*Plazuela y casa de Pajes, cuarto bajo*».

Ya antes se ha dicho que el empleo que D. Lorenzo Daniel

trajo á la corte de España cuando vino de Nápoles en la comitiva del Rey Carlos III, era el de director del teatro palatino con que se entretenía á la prole del Rey y de que gustaba mucho la Reina María Amalia, y el de ya autor, ya arreglador de las piezas en cuya ejecución tomaba parte. La manera con que Daniel intervenía hasta en los detalles más nimios del teatro palatino fue objeto de las alabanzas de los grandes y de la alta servidumbre que frecuentemente fueron invitados por Sus Majestades á las representaciones domésticas, y estando por aquel tiempo en Madrid convertidas casi en verdaderos burdeles las dos salas de teatro que los Hospitales poseían desde 1579 y el Ayuntamiento administraba desde 1584, en las antiguas casas, solares y corrales de las calles del Príncipe y de la Cruz, el Conde de Aranda, que por aquel tiempo fue llamado á la Presidencia del Consejo de Castilla y que vino á ocupar este puesto lleno de las más nobles y fecundas iniciativas, hallando en las representaciones que D. Lorenzo Daniel dirigía en las Cámaras de S. M. el perfecto modelo de aquel culto teatro que él había visto en sus viajes por Europa en París, en Berlín y en las principales ciudades de Italia y de Alemania, en él y en los informes y consejos de Daniel se inspiró para la disposición de aquellas reformas fundamentales que dieron su primera base constitutiva al teatro moderno español, y por las que, diez años más tarde, en 11 de Agosto de 1770, el Corregidor de Madrid, D. Alonso Pérez Delgado, le decía en cierta comunicación oficial:—«A las providencias de V. E. debe Madrid que sus teatros estén hoy con tanta decencia y adorno, cual nunca se ha visto, ya por el buen orden que observan todas las gentes que concurren á las comedias, como por las muchas y costosas decoraciones de excelente pintura que visten sus foros. Faltaba sólo que los actores las ejecutasen con toda aquella perfección y propiedad que corresponde y es debido en los teatros de la corte, y también V. E. ha hallado personas capaces por su habilidad y práctica para desempeñar este encargo, no sólo instruyendo á los representantes

que tenemos en nuestras dos compañías, sino formando una academia de jóvenes de ambos sexos en que se educan para la representación, dando así á los teatros de Madrid, como á los de fuera, los individuos que actualmente y con tanto aplauso representan tragedias y comedias, á semejanza de las que se ejecutan en los Sitios Reales.»

Las personas capaces por su habilidad y práctica para enseñar á los representantes que actuaban en los teatros públicos y á los muchachos y muchachas que se disponían para la carrera del teatro, no eran otros que el director del teatro particular de S. M. en sus reales palacios, D. Lorenzo Daniel y el francés D. Luis Azema de Reynaud, á quienes el Corregidor Pérez Delgado proponía al Conde de Aranda para que los constituyera en directores de los teatros de Madrid y censores ó correctores de las obras dramáticas que se hubiesen de representar, sustituyendo con ellos, mediante una retribución proporcionada, al catedrático de poética de los Reales Estudios, D. Ignacio López de Ayala, á quien ya se le pagaban 6.000 reales anuales de gratificación por el encargo de corregir comedias y sainetes, en el que había sustituído á D. Diego Rejón de Silva y á D. Francisco Navarro, que antes llenaban gratuítamente y por su mero amor al arte esta misión, y ampliando las facultades de lo que López de Ayala desempeñaba, á la dirección efectiva de los teatros y á la enseñanza práctica de los representantes y de los alumnos jóvenes. Para obtener recursos con que satisfacer los sueldos que se habían de pagar á Daniel y á Reynaud, el Corregidor Pérez Delgado proponía además al Conde de Aranda el aumento de un cuarto en el precio de cada entrada en los coliseos, de modo que si las entradas de patio se daban á seis cuartos, subieron á siete, las de siete á ocho, las de nueve á diez, y las de cazuela, que valían á 20 en las funciones ordinarias y á 23 en las zarzuelas y tragedias, subieron á 21 y 24 respectivamente, con tan eficaz provecho, que en el primer quinquenio de esta reforma, el año que menos produjo 45.000 reales 20 maravedises, y el año que

más 52.570 reales y seis maravedís. Daniel no admitió el ventajoso partido que se le hizo, en atención al cargo que desempeñaba en la casa del Rey y cerca de la persona augusta de los señores Infantes. A Raynaud se le concedió el magisterio de los representantes de los dos teatros y de los aprendices del arte, que desempeñó hasta 1776, pero la censura quedó de parte de los literatos españoles de mayor graduación. Y no se extrañe la participación que el Conde de Aranda, desde su elevado escabel en el Consejo de Castilla, personalmente tomó en estas menudencias de reorganización y policía de los teatros; porque su celo por ellos por aquel tiempo era tal, que habiendo redactado por su mano en 1767 el primer reglamento formal que en España ha existido sobre policía de los espectáculos públicos, y habiendo prohibido en él que dentro del local de las comedias se fumara, ni en presencia del público, ni retirándose debajo de las galerías y en otros sitios reservados; habiendo tenido conocimiento de que este mandato tenía transgresores, expidió en 27 de Enero de 1768 aquella orden, mandando que á los que se cogiera en los teatros fumando tabaco de hoja, se les impusiera la pena de doscientos azotes y diez años de presidio, y á los empleados de los coliseos que observasen el uso del tabaco y no diesen cuenta, seis años de presidio.

Aunque D. Lorenzo Daniel, como habían hecho Contí, Signorelli y sus demás connacionales que vinieron de Italia al servicio y á la sombra de Carlos III, procuró familiarizarse desde luego con el habla y la literatura castellana, y hasta dominar el lenguaje lo bastante para poder escribir en él como idioma propio, por mucho tiempo no estuvo en aptitud ni de pretender siquiera que las obras de su producción pudieran representarse en los teatros españoles. Estuvo siempre familiarizado así con la buena gente de letras de la tertulia del café de San Sebastián como con los mejores comediantes de su tiempo, y en este trato de la intimidad entraron las tres cómicas más geniales y sobresalientes que pisaron las tablas de los teatros de

Madrid en el medio siglo que él alcanzó, desde 1760 hasta 1808; es decir, María Ladvenand, la romántica idealidad de Cadalso; María Rosario Fernández, *la Caramba,* el ídolo del público de la Corte y de Goya, y la trágica Rita Luna. Así éstas como todos los actores distinguidos de su tiempo, acudieron con frecuencia á su consejo; él ayudó á formarse al mayor número de capacidades, y más de quince años tardó en pretender dar á la escena española alguna de las obras que concebía, y que declamadas en italiano hacían el encanto del público doméstico de las habitaciones de nuestros Príncipes.

En un memorial de D. Lorenzo Daniel, de 1782, se hace referencia á estos ensayos en lengua castellana, que al parecer fueron coronados por el éxito; pero ninguno de ellos nos es conocido, ni más que la comedia en tres actos, que en colaboración con D. Alonso Antonio Quadrado y Fernández de Anduga escribió, «de orden de la villa de Madrid», que la hizo representar por las dos compañías reunidas de los teatros de Madrid, en el del Príncipe, el domingo 4 de Agosto de 1782, en obsequio al serenísimo señor Conde de Artois, y que se imprimió en la imprenta de Ulloa, con la siguiente portada: — ✠ La toma de San Felipe por las armas españolas. ‖ *Comedia nueva de theatro* ‖ *que se representó por las dos* ‖ *compañías de cómicos de esta imperial villa* ‖ *de Madrid, y por su orden.* ‖ *En obsequio del Serenísimo Señor* Conde de Artois, ‖ *el dia çuatro de Agosto de 1782* ‖ *habiendo seguido para el público hasta el 15* ‖ *de dicho mes.* ‖ Autores. D. Lorenzo Daniel, *criado de S. M.* ‖ *y AA.* y D. Alonso Antonio Quadrado ‖ Fernández de Anduga, *theniente quadrillero* ‖ *mayor de la Santa Real Hermandad de la* ‖ *Imperial ciudad* de *Toledo* ‖ Con licencia: En Madrid en la Imprenta de Ulloa.—En los papeles de Barbieri se encuentra una nota escrita de su mano, que contiene los nombres de los comediantes de las dos compañías de Manuel Martínez y de Eusebio de Rivera, que tomaron parte en la ejecución, y del reparto que entre ellos se hizo, en la forma siguiente:

El Duque de Crillon.....	Manuel Martínez.
D. Félix Buch...	Manuel de Vera.
El Conde de Cifuentes.....	Juan Ramos.
El Marqués de Casa-Cajigal...	Vicente Merino.
D. Horacio Borghese.....	Vicente Galván.
Un diputado de Menorca.....	Pedro Ruano.
Murray, General inglés.....	Rafaél González.
Dreppel, Subgeneral.....	Simón de Fuentes.
Primer Oficial inglés.....	Rafael Ramos.
Segundo Oficial inglés.....	Juan García.
Primer Edecán.....	José Huertas.
Segundo Edecán.....	Vicente Ramos.
Primer Oficial español.....	José Ordóñez.
Segundo Oficial español.....	Antonio Rodríguez Galván.
Tercer Oficial español.....	Francisco Ramos.
Cuarto Oficial español.....	Manuel González.
Madama Cuides.....	María del Rosario *(la Tirana)*.
Madama Misrelly.....	Josefa Carrasco.
Madama Elfora.....	Francisca Martínez.
Madama Durray.....	Catalina Tordesillas.
Dama inglesa.....	Felipa la Borda.
Sargento	Ambrosio de Fuentes.
Zagala primera.....	Polonia Rochel.
Zagala segunda.....	Nicolasa Palomera.
Un cabo.....	Vicente Romero.
Secretario de Murray.....	Tadeo Palomino.
Payo primero.....	Miguel Garrido.
Payo segundo.....	Juan Aldovera.
Cuatro granaderos.....	Cuatro partes por medio.

Basta la lectura de la portada de la comedia impresa de Daniel y Quadrado, para comprender: primero, que era una obra escrita de encargo y especialmente para aquella función en que fue estrenada; segundo, que así esta representación y las de los tres días que permaneció en Madrid el Conde de Artois, hermano del Rey Luis XVI de Francia, como las sucesivas hasta el 15 de Agosto, en que, para satisfacer las exi-

gencias del público, siguió representándose, constituían una temporada anormal, pues, en efecto, el coliseo se abrió, como se abrió la Plaza de Toros, únicamente para el agasajo del Príncipe francés, que era nuestro huésped. Lo verdaderamente extraño en el encargo hecho á Daniel y Quadrado de orden de la Villa de Madrid y de su Comisario de las comedias el Regidor D. Antonio Benito de Cagigas, es que fueron los elegidos para este desempeño Daniel, un autor que al cabo era de cuna napolitana, aunque tan naturalizado ya en Madrid, y Quadrado Anduga, que aunque se había hecho notar por aquel tiempo por una multitud de romances panegíricos en que había celebrado las hazañas de nuestro ilustre marino D. Antonio Barceló en las costas de Argel, la conquista de Menorca por el Duque de Crillón, los triunfos de las armas españolas en América, donde se había completado la expulsión de los ingleses y conquistado todos sus establecimientos en el continente y costa de Honduras, se habían sojuzgado igualmente á los indios Moscos y Zambos que, unidos á los ingleses, habían causado innumerables daños á los fieles vasallos de aquellos dominios «de más de siglo y medio á esta parte,» y, finalmente, se había obtenido la tranquilidad general de todos los reinos del Perú y demás provincias de la América Meridional, «con los sucesos más favorables, decisivos y concluyentes para nuestro imperio»; y, por último, había felicitado con otra de estas composiciones á la Princesa de Asturias, aquella María Luisa de Parma, que era á la sazón el ídolo de la Casa Real, de la corte y del pueblo de Madrid, por el nacimiento de otra de sus hijas, la Infanta de su nombre, María Luisa, que más tarde fue Reina de Etruria; con todo, ni uno ni otro disfrutaban la reputación literaria ya hecha que tenían López de Ayala, López Sedano, Valladares de Sotomayor, Trigueros, Comella, Zavala, el mismo D. Ramón de la Cruz, que alguna vez saltó del palenque popular del sainete al culto palco de la comedia y hasta del drama; y entre la gente nueva, Rodríguez de Arellano, Moncin, Andino Vivero, José Sort, Fermín del Rey, Luis

García, Juan Adovara y otro centenar, de quienes la posteridad casi no ha querido ocuparse, pero que eran de los que espoleaban más la opinión en aquel tiempo. Los documentos de archivos dejan entrever que la preferencia dada á Daniel y Quadrado pareció sería grata en las regiones domésticas del trono; pero los papeles satíricos con que entonces se satirizaba todo, la achacaban á intrigas de Cagigas, un ilustre Regidor de Madrid y Comisario de comedias, que en sus escritos, de pérfida ortografía, se empeñaba en llamar *D. Fernando* y no *D. Pedro* á Calderón de la Barca, que cuando en cualquier papel que del teatro se le escribía se le llamaba *D. Pedro*, él tachaba el nombre y escribía *D. Fernando*, y que fuo sometido nada menos que á un proceso criminal por haber resuelto de una manera arbitraria y poco correcta la cuestión de una *tonadilla*, cuya propiedad se disputaban las dos compañías de Martínez y Rivera, y más que los autores de ellas, Felipe la Borda y *la Caramba*, que la cantaban á competencia. De cualquier modo, hay que creer que la designación de Daniel y Quadrado para que escribieran la obra nueva con que se había de obsequiar al Conde de Artois, y que había de ejecutarse entre la representación de *La Gitanilla de Madrid*, de D. Antonio de Solís, dispuesta para el primero de los tres días del obsequio, y *El Conde Fernán González*, de Félix Lope de Vega Carpio, dispuesta para el tercero, debió bajar á las resoluciones del Ayuntamiento de Madrid de las mayores alturas.

El Conde de Artois, que reinó más tarde bajo el nombre de Carlos X, animado de su espíritu aventurero, concibió el pensamiento de venir á España, cuando se formalizó por las armas españolas el último sitio de Gibraltar, después de la victoria alcanzada el 5 de Febrero de aquel año en las Islas Baleares, con la conquista del castillo de San Felipe en la de Menorca y la total expulsión de los ingleses que allí habían dominado durante setenta y cuatro años. Hubo de corte á corte las consiguientes consultas de la cortesía internacional. Acogió Carlos III con benevolencia y hasta con alegría la visita del real

deudo y la expedición que proyectaba al campamento español del extremo Sur de Andalucía; y apenas se recibió en Versalles la contestación que llevó á los Reyes y al Príncipe nuestro Embajador el Conde de Aranda, se comenzaron con toda presteza las disposiciones para el viaje. Entró mucho en ello toda la familia real de Francia, sobre todo la Reina María Antonieta y la misma esposa del Conde de Artois, María Teresa de Saboya; y como estaba tan reciente el parto de la Princesa de Asturias María Luisa, María Antonieta encargó al hermano menor del Rey Luis XVI, su marido, fuera él mismo portador de algunas ricas bagatelas de la coquetería francesa para la entenada de Carlos III, y la Condesa de Artois le entregó dos preciosas miniaturas sobre marfil con los retratos de sus tiernos hijos los Duques de Berry y de Angulema, con cerquillos de brillantes. Al joven Duque de Borbón, hijo del Príncipe de Condé y hermano del Duque de Enghien, la triste víctima de Napoleón algún tiempo más tarde en los fosos de Vincennes, le picó el mismo deseo de venir á España que había tenido su primo el de Artois; pero no pudiendo acompañarle por no haber impetrado con tiempo la licencia del Rey Carlos, se acordó que le siguiera algunos días después, aunque viajando de riguroso incógnito con el título de Conde de Dammartín.

Salió de París el Conde de Artois el 5 de Julio, y el 14 entró en los dominios españoles con numerosa comitiva y servidumbre. En todos los pueblos del tránsito le fueron hechos honores de Infante de España; y teniéndose en San Ildefonso, donde la corte residía, noticia de que en la tarde del martes 23 de aquel mes llegaría á Segovia, mandó Carlos III que le salieran al encuentro, buen trecho de esta ciudad, una partida de reales Guardias de Corps y los coches de las reales caballerizas, para que con todo honor se le condujera hasta el Sitio. El Rey, rodeado de todos sus hijos y nietos, le esperó en su cuarto, en el que fue introducido apenas se apeó; y después de los recíprocos testimonios de la amistad y el cariño, el Príncipe de Asturias (Carlos IV) le llevó á la cámara de la Princesa

María Luisa, que guardaba aún las prescripciones del sobreparto. La estancia del Conde de Artois en la Granja se prolongó hasta el 2 de Agosto siguiente, muy entretenido examinando las curiosidades que encerraba la residencia favorita de verano de los Reyes Borbón, haciendo frecuentes partidas de caza con Carlos III y el Príncipe, y recibiendo los constantes obsequios de la familia real y de todas las personas distinguidas de la corte. Aunque su visita á Madrid se propuso hacerla como simple particular y de incógnito, el Conde de Floridablanca advirtió al Corregidor interino D. Pedro Fernando de Vilches, porque el propietario D. José Antonio de Armona se hallaba ausente, se dispusieran aquellos agasajos compatibles con el alto rango del augusto huésped y con la situación particular en que venía, al mismo tiempo que del Ministerio de Estado se destacó al oficial D. Domingo de Arveras y Larragorri, únicamente encargado de levantar acta de todos los pasos que el Conde de Artois diera en la corte, y de transmitirlos inmediatamente para noticia del Rey. Entonces se acordaron las tres funciones de teatro en los días 3, 4 y 5, para lo que se avisó á todos los artistas de todo género de las dos Compañías, pues aunque el encargo que se dió á los autores de la obra nueva, Daniel y Quadrado, se había hecho, con la imposición de tema forzoso para su argumento, un mes antes, desde que se recibieron las cartas de Luis XVI, y desde entonces también se venía simultáneamente trabajando en el pintado de las decoraciones y en la hechura de los trajes, los ensayos no habían podido principiar hasta que los autores tuvieron concluídos los dos primeros actos, y el tercero, á últimos de Julio aún estaba sobre el taller. Daniel y Quadrado escribían al Conde de Floridablanca á la Granja para que entretuviese el mayor tiempo posible en el Sitio al ilustre huésped; pero éste, desde que llegó del campo de Gibraltar la noticia de la arribada de la escuadra de ocho navíos franceses, mandada por el Teniente General Mr. de la Motthe-Pignet, que el 6 de Julio había salido de Brest y al que el General en Jefe de las fuer-

zas marítimas combinadas, D. Luis de Córdova, había dado el mando de la escuadra ligera, no pudo refrenar su impaciencia y se avisó á Madrid que el 2 saldría el Conde de San Ildefonso y que en la capital permanecería los días 3, 4 y 5. Hubo, pues, que apresurarlo todo, y todo se apresuró: de modo que al citar el Corregidor Vilches al Ayuntamiento para la sesión que celebró el día 1.° de Agosto, sólo tuvo que acordar que para acompañar al Corregidor al acto de cumplimentar al Conde de Artois á su llegada á la villa y á la casa del Embajador de Francia, Conde de Montmorin, en la calle de Santa Isabel, donde había de alojarse, asistieran de comisión los señores Comisarios de pésames y enhorabuenas, y los de cera; y luego, para cumplimentar á dicho Príncipe en nombre de Madrid, «en el teatro del Coliseo del Príncipe», los Regidores D. Lucas San Juan y D. Antonio Quijada. Para el balcón que Madrid tenía en el mismo coliseo para ver las comedias se formaron tandas, compuestas para la representación del primer día, de los Regidores D. Antonio Moreno Negrete, Conde de la Vega del Pozo, D. Julián Pastor y D. Francisco Bonilla, el Diputado del común más antiguo D. Antonio María de Bustamante, el Personero D. Juan Bernardino Feijóo y el Secretario más antiguo de la Corporación; y para la representación de los dos días consiguientes, á los Regidores Marqueses de Hermosilla y y del Portago, D. Martín Fajardo y D. Manuel María Bazara, y el Personero D. Juan Martín de Herrea.

El Conde de Artois llegó el viernes 2 de Agosto, cerca del anochecer, á la casa del Embajador Montmorin. Tocadas que fueron las Ave Marías, el Corregidor Vilches pasó á las cortesías de la bienvenida; pero el Príncipe no se dejó ver, y Montmorin le dijo que, queriendo conservar el incógnito con que había venido, se había negado á toda ceremonia y cumplimiento. Pidió entonces el Corregidor que al menos se le diesen las horas para la asistencia de S. A. R. al teatro y á los toros, y el Embajador, que de antemano había pedido que una de las obras que se representasen durante los tres días fuese *La Gita-*

nilla de Madrid, señaló para la tarde del 3 la hora de las cinco, y la de las cuatro para la de la del día 4, domingo. Por último, para la representación de *El Conde Fernán González,* el lunes dió la hora de las ocho de la noche. A la mañana siguiente, sábado 3, Vilches volvió con la Comisión de los capitulares para el cumplimiento, á nombre de la villa. Tampoco se le recibió. El Príncipe se disponía á salir para visitar el Palacio Real y la casa de la Armería, y el Embajador repitió al Corregidor que su augusto huésped no recibiría á nadie durante su estancia en Madrid. A las cuatro y media de la tarde el Corregidor con sus capitulares se constituyó en el teatro, y á las cinco en punto llegó el Conde de Artois con el de Montmorin. Se le condujo al palco de la derecha del de la villa, que se había mandado colgar en lo interior decentemente. Se le pidió su venia para empezar, estando preparado todo, y al presentarse el Príncipe, «hizo su señal un golpe magnífico de música», y levantándose toda la concurrencia, lo aclamó. El Príncipe hizo tres cortesías, sentóse y se levantó el telón.

Al darse principio á la representación de *La Gitanilla,* la cómica Josefa Carreras, que hacía el papel de la protagonista, en la primera escena sufrió un accidente repentino y cayó como muerta, teniendo que ser retirada de la escena. Nadie se movió; tal era la costumbre del respeto. Salió á sustituirla la graciosa Polonia Rochel, mientras se avisaba á su casa á María Rivera, que en los actos siguientes desempeñó el papel. Terminado el segundo, se interrumpió la obra para decir el sainete, al que siguió luego la tonadilla de *Los viajantes,* pedida por el mismo Embajador de Francia. En esta tonadilla se manifestaba algo del carácter de la nación francesa en competencia con la nación italiana, y compitiendo con las dos *una maja española*. El Príncipe se divirtió mucho con esta obra «y explicó la satisfacción que le merecía, aplaudiéndola con palmadas, como todo el concurso». Preguntando á este tiempo el Corregidor, por medio de Montmorin, si el Príncipe gustaba que se hiciese alguna otra cosa particular, dijo que quería ver

bailar *el fandango,* y acto continuo se le complació. Sin ver el acto tercero de *La Gitanilla* se levantó y salió del teatro, conduciéndolo hasta los coches el Corregidor y los capitulares. El concurso del pueblo en la calle imposibilitaba el tránsito. Se le aclamó tanto, que le conmovió la lisonja popular, y seguido de los mismos vítores y abriéndose paso con lentitud y dificultad, del teatro del Príncipe bajó al paseo del Prado, entró en las filas de los coches y paseó hasta bien anochecido. Aquella noche pidió llevasen á su posada algunas cómicas para que cantasen *tonadillas.* Fué, entre otras, Antonia Prado, que tenía diez y ocho años y era muy bien parecida, y aun cuando cantando, su voz no era mucha, no tenía tonillo, y había heredado de su padre Antonio Prado, uno de los mejores graciosos que había en España, la gracia con que incitaba á todos los apetitos. También fué á cantar *tonadillas* al Conde de Artois Josefa Luna, de diez y siete años y tan bien parecida como la anterior; y Juan Ponce decía de estas dos muchachas que, donde caían, se llevaban de calle hasta á los Príncipes de la tierra.

El gran día, el día más memorable en la vida de D. Lorenzo Daniel, fue, sin duda, el domingo siguiente. A las cuatro en punto se presentó el Conde de Artois con el de Montmorin en su palco. Levantado el telón, apareció en escena María del Rosario, *la Tirana,* y entre un diluvio de aclamaciones y aplausos recitó unos versos de introducción que había escrito D. Ignacio López de Ayala, y empezó la comedia nueva de Daniel y Quadrado. Es *La toma de San Felipe por las armas españolas,* una de las obras que en la nomenclatura actual se llaman *de ocasión* y de gran espectáculo. La trama dramática sólo sirve para llevar al espectador á las escenas ó á las impresiones determinadas que exaltan los sentimientos del patriotismo, y lo que menos hay que observar en ella son los aciertos literarios ni los triunfos del ingenio. El primer acto tiene dos mutaciones de escena, el segundo cinco y el tercero siete. El espectador pasa de uno ú otro aposento de los que el

General inglés ocupaba en el castillo de San Felipe, á los paisajes más atractivos, ya de la costa, ya del interior de la isla. Los panoramas de la ciudad, del castillo por distintos lados y bajo distintos puntos de vista, y del campamento, se suceden siempre con telones y aparatos nuevos. Se asiste á batallas en tierra y en mar, y en el tablado caen bombas encendidas, cuyas espoletas arrancan nuestros soldados con la mano. Las balas cruzan el escenario, rompiendo alguna el vaso que tiene en la mano un granadero que está comiendo su rancho. En los bosques ya se ve á los payeses menorquinos cantar y bailar los bailes del país, ya se presencia la refriega de las tropas del Conde de Cifuentes con los ingleses. En el campamento se ve funcionar la artillería, y las balas que caen sobre el lejano castillo de San Felipe prenden al fin el incendio. En un salón del castillo se asiste á un banquete militar y á una contradanza inglesa. Por último, cuando se aproxima el desenlace, el espectador presencia el momento de enarbolar en San Felipe la bandera de parlamento, y la escena de la rendición de la plaza, de la salida del ejército vencido y de la deposición de sus armas.

Hay que convenir en que Daniel y Quadrado, en la borrachera de su patriotismo, jamás faltan á los sentimientos más elevados de la caballerosidad con los vencidos, y las figuras juveniles de los nobles oficiales españoles que intervienen en la composición dramática y las atribuladas damas inglesas que contribuyen al enredo de amor, son tipos en que se extrema la galantería, la atención y las inspiraciones más exquisitas de la urbanidad, hasta el punto de convertir en pasiones que conducen al natural desenlace la oposición de las situaciones que ponen en continua violencia los espíritus de aquellas damas enternecidas y de aquellos galanes postrados ante la belleza sobre los trofeos del combate. Los autores de *La toma del castillo de San Felipe por las armas españolas* conocían bien la índole de la obra que se les mandó escribir, y para justificarse de antemano, al imprimir su obra la hicieron

anteceder de una nota que decía: «No ha habido necesidad de recurrir al arte por ficciones, cuando el asunto, aunque estéril, nos ofrece materia suficiente para no faltar á la verdad de lo ocurrido en el sitio y toma de esta importante fortaleza é isla de Menorca. Y aunque no sea una obra majestuosa, como la de un insigne Metastasio, ni con aquellos exquisitos lances de un Calderón de la Barca, porque no lo permite el sitio de una plaza ajustada á la acción de un día natural, de un lugar y de un asunto, podemos asegurar con toda verdad que, tal cual se presenta al público, es original y no traducida del francés, como algunos han pensado con demasiada ligereza, lo que no podrán justificar.» Como se advierte en esta nota, hay una disculpa para el ingenio y una protesta contra las calumnias que siempre inventa la rivalidad del éxito.

Aun este se trató de menoscabar á sus autores por el oficial del Ministerio de Estado Arveras y Larragorris, pues en su informe al Conde de Floridablanca, le decía:—«Después de la primera jornada, cantaron Garrido y la Nicolasa con otros varios una *tonadilla y tirana de Mahon*, y al segundo intermedio cantó la Polonia Rochel otra tonadilla, y por fin se bailó un fandango. S. A. se mantuvo en el palco hasta poco antes de concluir la comedia, la cual, después de los atajos y cortes que se le han dado, ha durado tres horas, sin el sainete que se omitió. Pero el público no la ha desairado por ser el asunto tan interesante y haberla vestido con la mayor decencia y propiedad.» Cuando la representación acabó por disposición del Corregidor Vilches, se sirvió un magnífico y abundante refresco á las dos compañías que se habían juntado para ejecutar la obra de Daniel y Quadrado.

A la del día siguiente, *El Conde Fernan-González,* no asistió el Conde de Artois. La noche anterior había llegado de la Granja el Duque de Borbón, que se hospedó en casa del Príncipe de Masserano. En la tarde del 5 acompañó á su primo á la corrida de toros, en que hubo un caballero en plaza apadrinado por el Duque de Hijar con todo su tren, y se picaron ocho

toros, cuatro de ellos vari-largueros. El ganado fue endeble, pero en dos toros que estuvieron más bravos se lució *Costillares* con *Julianón*, haciéndolo los dos grandemente y dando el último unas estocadas muy limpias, después de haber puesto banderillas con mucho primor.

Desde la representación de *La toma del castillo de San Felipe*, en honor del Conde de Artois, parece que se nubló la estrella de D. Lorenzo Daniel, de quien los documentos que le recuerdan ya no revelan más que desdichas hasta el momento de su trágica muerte. El Conde de Artois, al salir para Aranjuez el día 6, de camino ya para el campo de Gibraltar, dejó en poder del Corregidor Vilches 16.000 reales para el Hospital, 8.000 para los toreros y 12.000 para los cómicos. ¿Cupo algo de este dinero á los autores de *La toma del castillo de San Felipe?* ¿Recibieron siquiera el precio entonces usual de sus derechos de autores? En 8 de Octubre de 1782, es decir, dos meses después de representada la comedia de Daniel y Quadrado Anduga, elevaban éstos una instancia al Corregidor propietario Armona, en que después de hacerle constar que *La toma del castillo de San Felipe* se escribió de orden de la villa y con permiso y licencia del señor Conde de Floridablanca, y de que la obra produjo en el tiempo que se ejecutó 70.000 reales de utilidades, en que se interesó la villa, ni por una ni por otra parte habían tenido los autores aquella recompensa que se acostumbraba y ni aun la gratificación más pequeña, con haber hecho sobre el caso varias instancias. Armona envió la solicitud á informe de D. Juan Lavi, por quien corría la administración de los teatros, mas con audiencia de los autores ó empresarios de las dos compañías, y no he podido descubrir ni el dictámen de Lavi, ni si se les mandó pagar lo que reclamaban. Hay que advertir, que desde 1.° de Enero á 31 de Octubre de 1782, por la Administración de los teatros de Madrid se habían pagado á D. Antonio Valladares de Sotomayor 1.500 reales de la comedia *Exceder en heroismo la mujer al hombre mismo;* 1.500 por otra titulada *Saber premiar la ino-*

cencia; 1.400 de la comedia *Los perfectos comerciantes* y del sainete *Los cómicos de repente;* 1.500 de *El mágico del Mogol* y 1.500 de *El mágico de Astracán;* en todo, 7.400 reales. A don Manuel Fermín de Laviano, 900 reales de la comedia *El reo de muerte;* 1.500 de la titulada *No se evita un precipicio si se falta á la deidad;* y otros 1.500 por *La restauración de Madrid;* á D. José Landeras y Velasco, 500 reales por el sainete *La casa de los abates locos*, y otros 500 por el de *La merienda deshecha*, y finalmente, 400 á D. Sebastián Vázquez por otro sainete de *La merienda desgraciada.* Del mismo D. Lorenzo Daniel he visto un recibo del año siguiente de 1783, que dice, que en 16 de Junio de dicho año recibió de D. Juan Fellot, Administrador de los teatros, por mano de Dámaso Madridano, transportero de la compañía de Manuel Martínez, 400 reales de otro sainete suyo representado en el Príncipe con el título de *Paso de los bailarines, chicos de los volatines.* ¿Cómo no se les recompensó una obra escrita por encargo, para un objeto como el de obsequiar á un Príncipe extranjero con ella, y que además había producido utilidades de consideración?

Cuando en 1807, es decir, veinticinco años después, la Junta de los teatros de Madrid le rechazó su tragedia titulada *El Tirano Espitamenes* y la comedia *La madre cruel y celosa de su hija*, muy bien pudo acertar el galán García Prieto, á cuya censura fue á parar, como se había hecho de costumbre, en el juicio desfavorable que vertió sobre esta última comedia. Daniel contaba ya setenta y cuatro años de edad, y á los setenta y cuatro años no hay ingenio ni imaginación (excepción hecha de nuestro insigne Calderón de la Barca) que conserven animación y frescura para hacer al público interesantes las producciones teatrales; pero en 1782 frisaba en los cincuenta años, y á los cincuenta años se posee, cuando menos, la maestría vigorosa de lo que se ha profesado toda la vida. Esta maestría era el rasgo principal de *La toma del castillo de San Felipe*, que ni la Villa de Madrid, ni la Administración de los teatros pagaron á Danie y á Quadrado. La censura de García

Pinto á la comedia de *La madre cruel y celosa* se sintetiza en el último párrafo, y ella demuestra que en Daniel hubo siempre un autor dramático, aunque la edad le hubiera postergado sus facultades. «La comedia, decía García Prieto, el galán de la Cruz, tiene, en lo general, muy buena locución, exceptuando alguna que otra palabra impropia en el carácter que la dice; y si la trama no tuviera las desproporciones que se notan antes, el asunto es interesante, y no dudo que la obra sería admitida bien por el público sensato.»

La censura de García Prieto sobre la última obra dramática de D. Lorenzo Daniel lleva la fecha del 29 de Mayo de 1807. ¿Quién había de decir que aquel anciano que vino á España á la sombra del Trono, que nunca lo desamparó, pues ya se ha visto que disfrutaba por esto la pensión anual de 12.000 reales cobrados de la Real Lotería, un año después había de ser víctima de su amor á su patria adoptiva y al Trono que había sido su protector?

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES

Con puntualidad relativa llegó á inaugurarse la Exposición Oficial de Bellas Artes anunciada, que desde el primer día despertó verdadero interés, tanto por la tendencia de sus obras, cuanto por la espectativa de las resoluciones que pudieran llevarse á cabo por el Jurado, y el sistema del sufragio establecido para la concesión del más alto premio.

Las decisiones de los jurados no han resultado ni mejores ni peores que en otros casos; quizá peores por querer ser magnánimos y lograr amigos, no dejando descontentos; pero esto no importa nada á la crítica, ajena siempre á tantos manejos, y que sabe prescindir del mérito oficial para atender tan sólo al intrínseco de las obras.

La votación casi unánime del premio de honor para Sorolla, á todos complace y parece gallarda y plausible. Existía desde hace tiempo esta deuda á favor del eximio artista, y la opinión, sin fijarse sólo en lo que en actual certamen presenta, sino atendiendo á tantos méritos anteriores, proclamó de valiente y franca manera sus afectos hacia el maestro tantas veces contrariado. Únase nuestro voto al de los que por derecho les correspondía, y felicitemos al artista por su triunfo tan merecido.

La Exposición, en general, ni ha sido mala, ni merece que la juzguemos con pesimismo. Lejos de aparecer nuestros ar-

tistas atacados del desaliento y con ánimo desmayado, como pudiera suponerse, se presentan resueltos, valientes, tomando nuevos caminos y demostrando que, lejos de marchar á la decadencia, siguen la evolución del arte sin amaneramientos, poseen potencias bastantes para ser originales, y ofrecen revelaciones para el porvenir, á la par que encauzan extraviadas direcciones, que parecían dispuestas á trastocarlo todo, por los senderos eternos é inmutables del verdadero arte.

Quizá pueda afirmarse que la Exposición actual es más bien de estudios y ensayos que de verdaderas aplicaciones de los nuevos estilos ú obras trascendentales y de profundo pensamiento, en que las facultades anímicas presidan al empleo de los medios expresivos. Faltan realmente asuntos que interesen y conmuevan; todo lo más que podemos disfrutar en ella es de las galas del estilo, de la magia de la paleta, en algunos autores, y de la feliz victoria sobre las mayores dificultades de ejecución, en otros. Pero lienzos ó grupos escultóricos que conmuevan y apresen el ánimo de sus contempladores, apoderándose de su pensamiento y haciéndolos inolvidables, de este empuje y poder estético, no existe un solo cuadro ni escultura en el certamen.

La preocupación do los artistas va por otro lado. Cualquier asunto, aun el más baladí, lo consideran digno de sus pinceles, si entraña un problema de estilo, ó presenta un aspecto pintoresco en que lucir su destreza: y esto, hasta ahora, les perjudica, al querer darle aplicación más elevada. Sorolla, con toda la magia de su toque, no ha logrado conmover á nadie con su bien intencionado lienzo de la *Triste herencia:* si algo ha producido con él, es tan sólo repugnancia; pero la lección moral ha quedado en vago. A qué deficiencia sea esto debido, no se comprende fácilmente; pero algún principio estético falta á la obra para que no impresione más profundamente, como ocurre con los cuadros de *los muertos* de Valdés Leal, por ejemplo, á pesar de ser aún más terrible el asunto.

Yo entiendo que esto tiene su origen en el propio tempe-

ramento del artista. Sorolla es un gran sintético del arte. Como Velázquez y los más grandes maestros, pretende producir los mayores efectos con los menos toques posibles; pero este sistema, sublime y para mí á inconmensurable altura sobre su contrario el analítico, fundado en el estudio del detalle, pierde también su virtud cuando se extralimita; por muy grande y hermosa que sea la naturaleza en su conjunto, aún le place lucir el primor en los detalles, y en ellos funda frecuentemente sus más delicadas y afectivas expresiones. Si un artista por ser sobrio y valiente suprime toques, hasta no dar el aspecto justo de las cosas, su cuadro quedará pintado á medias, y por ende no será nunca completo el efecto que con él produzca.

Velázquez, con su magia, hace que parezca concluído lo que sólo está esbozado; pero la intención de su toque es tan profunda, que con él suple al trabajo más paciente.

El resto de las obras de Sorolla es digno de su firma y de su fama; el grupo de su *familia* es quizá el mejor pintado y entonado de sus lienzos, y el retrato de la *señora de Beruete* es, sin duda, el mejor de los que han salido de su estudio. En los demás bocetos y apuntes rinde culto á la moda impresionista, logrando algunos efectos de luz verdaderamente sorprendentes. Si esto del impresionismo algo significa y algo puede dar de sí verdaderamente estético, hay que confesar que ejecutado por los maestros, produce resultados de gran novedad, y resuelve problemas en que la paleta halla gran lucimiento.

En dos sentidos puede tomarse la tendencia impresionista, que desde hace tiempo lucha por apoderarse del campo del arte. O en el ámplio de procurar en la imagen pintada todo el relieve y aspecto con que la Naturaleza presenta los objetos, y entonces el primer impresionista es Velázquez, al ofrecernos sus admirables términos y ambiente entre las figuras, pero de un modo sereno y normal, como es más frecuente ver las cosas; ó el impresionismo, en más estricto sentido, procura fijar indeleblemente en el lienzo los más fugaces aspectos de

la Naturaleza, sobre todo crepusculares, en que el aire descompone la luz, y los últimos rayos del sol matizan cuanto tocan con sus más extrañas irisaciones.

Son realmente muy bellos estos fugaces momentos, y si el pincel logra sorprenderlos y aprisionarlos, el triunfo es seguro; pero si se intenta sin lograrlo, el artista queda en ridículo más que nunca, porque la caída es tan grande y desgarbada que produce la risa más inevitable. Por esto el impresionismo sólo puede salir triunfante en manos de los grandes maestros, produciendo entre los inexpertos los más risibles dislates.

Los dos grandes pintores de nuestro certamen, Bilbao y López Mesquita, se presentan partidarios de la tendencia de moda; pero ¡cuánta maestría emplean para salir airosos! Nada en ellos de violentas perspectivas ni amaneradas simetrías; nada de languideces macilentas en las formas ni trueques de color caricaturescos; la mayor naturalidad se persigue en sus obras, y si éstas presentan tonos brillantes y toques de luz deslumbradora, convencen al ánimo de que aquello es verdad, y que tales tonos y luces las da el natural en determinados momentos y regiones.

No considero que Bilbao nos haya enviado lienzo de tanto empuje como el de los *Segadores*, con que afirmó su fama en la Exposición de 1894; pero los actuales del *Puente de Triana*, *El embarcadero* y *El establo de vacas*, son tan bellos como lo más atractivo que haya pintado; tienen, además, todos una *impresión* tal de la hora y lugar de la escena, que á nadie parecen falsos, á pesar de su extraño aspecto. Así resuelto el *impresionismo*, á tod os convence, pero se requiere ser un Bilbao para salir airoso de la empresa.

López Mesquita ha sido la verdadera revelación de este certamen, y prueba de ello que no haya levantado protesta alguna la decisión del Jurado, concediéndole, de golpe y sin antecedentes, la segunda medalla de oro. El jóven que sin llegar á los diez y nueve años, según cuentan, es capaz de pintar el cuadro de *La siesta*, para mí el mejor de los suyos, é impre-

sionarse con escenas como la *Cuerda de presos*, es un pintor de primer orden y una esperanza para el arte patrio. Distinguen á Mesquita las cualidades más sanas y hermosas del arte. Gran equilibrio de todos los elementos, naturalidad suma en su dibujo, lo que le permite mover las figuras con soltura inusitada, colorido fresco y brillante cual el primero, y una falta de fatiga tal en la ejecución, que para él pintar debe ser tan grato como para el ave volar, ó al ciervo correr. Hoy no cabe más que saludar con toda efusión la presencia de artista de tantas esperanzas, y pedir al cielo que las realice sin conocer las contrariedades que forman el Calvario del arte.

Esta tendencia impresionista, que sin duda es la característica de la Exposición actual, resulta también victoriosa en manos de paisajistas y marinistas tan distinguidos como Mir, Raurich, Rusiñol, Mestres Borrel y Gómez Gil.

Es Mir un enamorado del ambiente y de la luz de los campos. No podría vivir sin duda en la ciudad, y su temperamento verdaderamente selvático, le lleva á buscar los senos más jugosos y ocultos de la Naturaleza y extasiarse con los juegos de luz y el imponente aspecto de las montañas, cuando el día se despide. Por esto sus paisajes son tan grandiosos; y especialmente los números 691-692, producen un efecto tal, que es preciso haberse olvidado de lo que es el campo, cosa fácil en Madrid, para no sentirse trasportado ante ellos á sus más pintorescos lugares.

Pero no es necesario que los cuadros presenten aspectos crepusculares para que reunan méritos. Aun en pleno día, y sin extraños afectos de luz, pueden desarrollarse escenas y ofrecer el natural motivo del mayor lucimiento para el artista, por lo que todo entra bajo el dominio del arte, y por ende bajo el de la crítica que ha de juzgarlo.

Metodizando nuestro examen, digamos algo de los cuadros de composición, como se decía antes, que lucen en el certamen.

En esto, como en todo, se ve la tendencia á cambiar de rumbo; de aquel académico antiguo apenas queda rastro; sólo

Bárbara nos ofrece en su *Cena de Emaus* una muestra de obediencia á los preceptos de escuela; pero arrastrado por la corriente ilumina la escena con tales luces, que patentiza cuánto también le preocupan los efectos de moda. A pesar de ello, el cuadro parece pintado por uno de aquellos maestros del tiempo de los Riveras y Madrazos, cuyas máximas más retrasaron que hicieron adelantar el arte entre nosotros.

Los asuntos propiamente históricos escasean en el certamen: *Pompa circensis* titula Borrell y Vidal un gran lienzo, quizá el mayor de la Exposición, en el que aparece entrando la cuadriga vencedora, que recibe al pasar los aplausos de la concurrencia; también por su composición, y sobre todo por su color, pertenece á muy pasados estilos. Hay en este lienzo mucho estudio de propiedad histórica, pero no por esto se salva, abonando mi creencia de que no es la propiedad histórica condición esencialmente estética, ni en la escena ni en el arte; que bien pueden perdonarse ciertas sutiles faltas en ella, cuando lo esencial está realizado.

Viniendo á tiempos más cercanos, Hernández Nájera presenta una escena de *La víspera del Dos de Mayo*, inspirada sin duda por alguna página de Pérez Galdós. Prepáranse allí los ánimos para las heroicidades del día siguiente, al leerse la orden ó parte del día; y si los complicados efectos de luz que iluminan la escena no le dieran cierta vaguedad, quitándole intensidad, el lienzo de Hernández Nájera sería muy hermosa página de nuestra historia heroica en el pasado siglo. Más dibujo pudiérase recomendar al valiente artista, más estudios de construcción en las cabezas, y la forma obedecería más dócilmente á su pensamiento.

Pocos más asuntos históricos se ven, aunque sean de días no muy lejanos; Alvarez Dumont se conmueve ante un *Episodio de la guerra de África de 1860,* pero no logra comunicar al espectador sus emociones, y otro tanto puede decirse de Morelli con su *Defensa de un convoy*, de más endeble dibujo que otros lienzos de su mano.

Pero si falta la inspiración para los asuntos históricos, aún más escasa se muestra para los religiosos; las aspiraciones al ideal purísimo cristiano, la fragancia virginal que de la Madre de Dios se exhala, parece estaba reservada para los artistas antiguos; hoy no faltan algunos que vuelvan sus ojos á aquellos ideales; pero, ó sus pecados, ó su falta de fe, les impide alcanzar lo que desean.

¿Quién duda que tal persiguen Gornelo y Alda, Pulido Fernández y Pedro Sáenz y Sáenz, con sus grandes lienzos de *Manantial de amor, Mater Purísima* y *Stella matutina,* respectivamente? Pero, ó por exceso de vaguedad en unos, ó por demasiado realismo y dureza en otros, y por falta de gracia divina en todos, sus propósitos quedan muy lejos del efecto alcanzado. Si entre los religiosos incluímos al de Muñoz Lucena, *Plegaria en las ermitas de Córdoba,* otro tanto pudiera decirse de él.

Cuadros mitológicos ó alegóricos apenas hay: García Mencía titula *Nube de verano* á un grupo de muchachas desnudas que, en variadas actitudes, andan por el aire, pero no tan variadas de tipos ni de luz que logren un efecto fantástico. Discípulo de la Escuela Especial de Pintura, nos manifiesta que aún no se ha concluído el color achocolatado para las carnes, proverbial en ella. Mucho más afortunado está Comba en su techo para el Ministerio de Agricultura.

Lo que más abundan son escenas de género, algunas llevadas á un tamaño tal, que asusta tanta ampliación para tan escaso asunto. En cambio, quizá los que más interés despierten son los de más pequeñas dimensiones, como *La eterna víctima,* de Cabrera, y *En la sala de Expósitos,* de Díaz Huertas, en el género serio, y *Hermanos, sálvese el que pueda*, de García Ramos, en el cómico, aunque en este artista sevillano vase observando una creciente tendencia á los tonos sombríos, que se explican mal en tan meridional pintor.

Los asuntos, en general, son plácidos y sencillos. Impresionados de la vida real en sus más pintorescos aspectos, no

necesitan explicación ni abstrusos títulos para que el contemplador al punto los comprenda; esto es un gran progreso. La cruda tendencia naturalista que nos amenazó en otras ocasiones no persiste en ésta, ni las desgarradoras escenas de la miseria tratan de hacer una llamada al ánimo de los afortunados, por medio del pincel del artista. Hay más serenidad en el espíritu de los expositores, y si esto responde á un estado nacional, hay que congratularse por ello.

Bodas y bautizos abundan por las salas. *El azahar de la novia* representa discretamente Abarzuza en su cuadro, con aciertos tales en algunas partes, que nos hace concebir grandes esperanzas para el porvenir. No tan cumplidas las vemos en el enorme lienzo, en que la intención satírica lleva á detalles del peor gusto á su autor Vivó Taren, cuyo enorme lienzo, *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*, no sabemos qué aplicación pueda tener, una vez cerrado el certamen. Dos bautizos, en cambio, llaman justamente la atención. El de Martínez Sierra, *Entrad en el templo,* pintado con una sinceridad absoluta, por esto mismo extraordinariamente simpática, y el de Bermejo Sobera, *Un ciudadano más,* con efectos de luz picante y atrevido toque, aunque ambos autores nos muestren muy claro el opuesto temperamento de los maestros que los sirven.

También nos impresiona agradablemente Pueyo con su familiar escena de *El Chiquillo,* iluminada por espléndido sol, que bate las blancas tapias de una limpia vivienda, alcanzándole merecidos elogios á Zaragoza Fernández, con *El niño enfermo;* á Carlos Verger, con *Pelusa,* que enternece á su madre, y *¡Qué hermosa es!,* de Hidalgo de Caviedes, aunque en este autor notemos tendencias demasiado sintéticas, que lo llevan á aligerar demasiado su estilo.

Las faenas del campo nos proporcionan lienzos muy apreciables, aunque en ellos se deje de percibir algo del ambiente y la luz deseada y que los impresionistas nos muestran como posibles. *La Trilla,* de Díaz Olano, está muy bien compuesta

y esmeradamente estudiada; pero échase de menos en ella alguna aplicación de los modernísimos procedimientos, que la hubieran prestado mayores bríos.

De todos modos, es uno de los más bellos lienzos del certamen, y exactamente lo mismo pudiéramos decir de *La vendimia en Jerez,* de Salvador Viniegra, si volviera á aquellos mágicos toques con que tanto nos sorprendió en su famosa *Bendición de los campos.* Sólo en *Arrancando la cizaña,* de Barrau, aunque en menor escala, vemos reverberar las luces en la campiña con tonos más exactos.

La personalidad de varios pintores se salva con las obras que presentan, no faltas de carácter ni originalidad, aunque algunos parezcan poco dispuestos á cambiar de rumbos. *Sobre cubierta,* de Alcalá Galiano, es lienzo pintado con suma destreza y que acusa una mano maestra, al propio tiempo que un sensible impresionista de la verdad. ¡Ojalá lo fueran así todos! Alcázar (D. Manuel) nos atrae con la alegría y clara luz que inunda el *taller de Grabado* de la Calcografía Nacional, en el que reconocemos al punto en sus personajes á artistas que le dan gran lustre. Graner Arrufi nos hace sentir el aliento de odio y venganza que se respira en su *Comité* rojo, en el que las más extremas ideas se defienden con exaltado fuego, y aun incluímos entre los que siguen estas tendencias artísticas del sano impresionismo á Carlos Vázquez, que, en su lindo cuadro *Liberanos, Domine,* nos ofrece graciosa y picante nota granadina con efectos de sol y de color del más subido precio; otros expone también muy bellos, pero éste nos parece el más feliz de todos.

No tan ajustados en sus efectos, aunque su intención sea conseguirlos, se vé á Cecilio Plá, más afortunado otras veces que en esta ocasión, con *Dos Generaciones,* el lienzo de más empeño que presenta, pero en el que la descomposición de la luz se verifica de modo inverosímil. También estudia el sol, con afán de producir su efecto, Godoy y Castro, saliendo más airoso que en sus otros lienzos en su *Fiesta de la Virgen de Regla,*

muy bien dibujado en ciertos trozos, cualidad salvadora siempre en el arte de la pintura.

Con personalidad saliente se presenta Martínez Ruiz, obteniendo muy brillantes efectos pintando la nieve en su *Invierno en Munich,* cuadro de ejecución valentísima y estudio además de caballos muy bien pintados y perfectamente agrupados; también rinde culto al impresionismo en otros estudios, algunas veces con excesivo desenfado.

Parladé, constante expositor en los certámenes nacionales, se nos presenta esta vez con estilo sobrio y de gran seriedad en sus tintas. Sus tres estudios, muy armónicos de color, indican quizá demasiada consecuencia en un estilo; pero obtienen muy correcto dibujo, más que correcto, excelente, prefiriendo la solidez y sobriedad á otras cualidades más efectistas. Sus tintas recuerdan la castiza gamma española antigua, y hasta en sus tipos parecen preocuparle los modelos clásicos de nuestros grandes maestros.

Contraste violentísimo con éstos pueden formar los de Pinazo Martínez, por cuyas venas corre la sangre de uno de nuestros grandes artistas, y cuya ausencia en esta Exposición no podemos menos que lamentar de todas veras. Yo no sé qué pensará el maestro de las diabólicas ocurrencias de su hijo, pero pintura del género de *El día de fiesta* es para temer por el autor que á tanto se atreve. Seguramente quien no la vea no la concibe, ni con nada podemos compararla, como no sea con una especie de mosaico de papeles de colores recortados. Por lo demás, las figuras son muy graciosas y bien dibujadas, y es lástima que resulten tan aéreas, quizá por no darnos cuenta de la luz que las rodea.

Estos desvíos en determinados sentidos, que dominan en la Exposición, impiden conceder atención preferente á otros lienzos que en los anteriores hubieran hecho mucho efecto, por la riqueza de sus tonos y valentía de ejecución; tal ocurre á Plá y Rubio con sus *¡Pobres madres!;* á Poy Dalmau con su *Capuchón negro,* y aun á maestros tan afamados como Ferrant

y Domínguez con sus estudios y retratos, aunque siempre haya que confesar que éstos han sido y siguen siendo grandes artistas; pero es tal el poder de la moda, que no son ellos los que en esta ocasión la imponen.

Por vía de profetizar, aunque esto sea muy difícil, atrévome á predecir un porvenir halagüeño á un artista, del que nadie ha hablado y con el que el Jurado ha estado demasiado cruel relegando sus cuadros al último rincón del palacio. Refiérome al romántico y original pintor Escobar Morán. Sus lienzos revelan una imaginación exaltada, de tan subidos tonos románticos, que tocan con el delirio, pero que bien encauzado, puede dar de sí un artista de provecho. Quizá no ha llegado aún su día. Tampoco es digno del lugar que ocupa el *Sermón de San Roque*, de Calandín y Calandín, en el que si la perspectiva aérea luciese más, daría mayor valor á aquellas numerosas cabezas, en general bien estudiadas.

*
* *

No escasean los retratos en los salones de la actual Exposición; pero como siempre ocurre, son contados los que brillan á gran altura en este difícil género del arte. Ya hemos citado algunos al tratar de los cuadros de Sorolla, y no tenemos que repetir lo dicho respecto al de su familia y el de la señora de Beruete, siendo también muy excelente el de la propia señora del artista, tan sencillo como magistral y elegante. Si siempre está tan feliz el pintor lusitano D. José Malhoa como en sus retratos números 615 y 616, el primero al óleo y el segundo al pastel, habrá que convenir en que parecen aún escasas las recompensas que se le han otorgado en las Exposiciones á que ha concurrido. Es el *retrato de la excelentísima Sra. Doña Teresa P. de Costa,* un admirable estudio del natural que nos recuerda aquellos de Pinazo, de feliz memoria, y con no menor maestría está tratado al pastel el

del Sr. D. Emilio Godínez. Muchas veces he pensado que el arte es lo que más borra las fronteras, y de tiempo vengo creyendo que en nada estamos más cerca de los lusitanos que en la pintura, pues los caracteres de su escuela convienen perfectamente con los de las nuestras. Coello y Velázquez eran de origen portugués.

Cuando se es joven y bella, se tiene por padre á un Embajador de todas las Rusias y se es capaz de pintar como lo hace la Srta. Vera Schevitch, habrá que confesar que tan afortunada criatura ha vinculado la felicidad para sí, y para ella la vida tiene que ser un paraíso. Sus dos retratos de la Excma. Señora Doña V. S. y de la Sra. Condesa de B., son dignos de un maestro, y conste que nada debe á ninguno para haber salido tan airosa de su empeño, y que todo lo que los retratos tienen de buenos, y son superiores, es producto de las disposiciones artísticas de su autora. Al lado de otros, debidos al pincel de afamados maestros, están los suyos, y de la comparación salen airosos, sometidos á tan dura prueba.

Dos retratos es lo único que esta vez presenta el tantas veces laureado artista Moreno Carbonero; que los dos son excelentes, no hay que decirlo; pero en el de la niña, hija de los Excmos. Señores de I., su empeño ha sido tal, que, permita el maestro se le diga que no ha vencido á D. Diego Velázquez. Por lo demás, el retrato es bueno; tiene trazos felicísimos, y sería mejor si no excitara tanto la comparación con su modelo, del Museo del Prado.

Si Graner Arrufi ha tratado de hacer un característico retrato en su lienzo de *El tío de la manta*, ha conseguido su objeto cumplidamente. Es un tipo notable, muy bien pintado, y que tras él creemos reconocer un personaje de esos á los que algunos diputados deben su acta, gracias á sus bellas cualidades de feroces caciques. Peña también aspira á realizar el buen retrato; pero en esta ocasión sólo presenta pasteles muy bien dibujados, quizá demasiado, dada la condición vaporosa de este procedimiento. La *Chula* (núm. 817) es quizá su mejor

obra, y aunque irreprochable en el dibujo, desearíase ver en ella más soltura.

Mucho del apetecido efecto del pastel ha conseguido con su auto-retrato el laureado escultor Sr. Trilles, el que ora, por lo que se ve, maneja el barro, ora también le place jugar con los efectos del color y la luz.

Otros retratos se ven por los distintos salones, pero éstos son los que más han llamado mi atención, sin que por ello no los haya muy dignos también de especial examen, como los de Maura Montaner, Sardá, Texidor y Torres Brull Viñolas y otros, cuya enumeración sería justa, pero quizá cansada.

***

Mas dejando á los que se consagran á la máxima dificultad del arte, cual es la figura humana, atendamos en lo mucho que se merecen á los que, lejos de la ciudad, dedican sus amores estéticos á la madre Naturaleza. En este género es donde el impresionismo ha hecho sus mayores estragos; en algunos momentos, felizmente y con éxito; en otros, teniendo que otorgar muchos perdones, porque no saben lo que se hacen.

El corifeo de la nueva tendencia es Mir y Frinxet. No siempre convence, pues algunos de sus lienzos pertenecen á lo que pudiéramos llamar el impresionismo incipiente; pero en *La Cala diosa* y las *Montañas rojas*, el artista ha sentido tan hondamente y expresado con tal vigor, que convence y arrastra, y no hay medio de eximirse de aquel aspecto de sano ambiente, un tanto bravío, que la Naturaleza concede al que se aleja de las antihigiénicas ciudades.

Es muy hermoso ver trasuntos tan vibrantes de la madre tierra, iluminada por el astro rey y oreada por el viento, cargado de perfumes vegetales, y de mí puedo decir que los paisajes de Frinxet me hacen sentir más que los de otros autores que tratan de embellecer los suyos haciéndolos más *campos de salón*, que verdaderos trasuntos de la superficie del planeta.

El camino emprendido por Mir muchos le siguen; pero ó sea que persiguen la manera más que el estudio directo, ó que exageran el estilo, la mayor parte no se libran de caer en el abismo de la locura del minio. Seríamos injustos, sin embargo, si no hiciéramos especial mención del bellísimo *atardecer* de Raurich Petre en sus *Hojas muertas,* y algunos otros de sus estudios; de los de Rusiñol, si bien faltos éstos de frescura y vigor; el *Plantío de coles*, magistral nota de Mestres Borrel, y otros que, con mesura y equilibrada disciplina, ponen al servicio del verdadero arte la tendencia impresionista.

También requiere muy especial mención Espina y Capo, que se impresiona con las cristalinas lontananzas de helado Guadarrama, el tan conocido y al cabo tan admirablemente interpretado, lugares también frecuentados con provecho por Morera, que sería perfecto si acabase de desechar el acento belga que le infundió su maestro, nunca castizo paisajista español, á pesar de su gran arte. Mas ha logrado Beruete olvidar al maestro para su provecho.

De las marinas, obtiene preferente atención la de Gómez Gil, *Efecto de luna,* muy conseguido por cierto, y á ello debe la preferencia que el público en general le otorga; imágenes de la realidad como ésta á todos convencen, y la unánime opinión mucho dice en pro del buen sentido del que las ejecuta.

Martínez Abades, fiel á sus máximas, procura por todos medios acreditarlas, y lo consigue sin duda, porque á más, nótase en él constante progreso. Con él, tiene sus puntos de contacto Borta y Bernadotta, que se muestra justo marinista con su lienzo *En la bahía*. Más pudiera señalar, pero con éstas quedan compendiadas las tendencias y estilos que se disputan en la actualidad el campo del arte.

***

No resulta tan interesante la sección de escultura como la de pintura. Faltan en ésta aquellas notas que, por su novedad,

llaman la atención para su aplauso ó su censura; no hay en toda la sección una nota brillante y feliz como la de *Los mineros,* de Inurria, del pasado certamen, por ejemplo, ni los maestros de firma más acreditada acuden con obras de gran empuje.

Como presidiendo los dos salones de escultura, están el *Velázquez* y el *Jarrón* de la Argentina, de Benlliure; pero el autor del *Trueba,* que le valió la más alta recompensa, no ha vuelto á ser tan favorecido por la inspiración como en aquel momento. No todos los días se realizan obras tan completas.

La propuesta del Jurado está, á mi entender, muy justificada: la figura mejor modelada del Salón es, sin duda, la del gigante *Anteo conduciendo á Dante y Virgilio á los Infiernos,* de Miguel Angel Trilles, aunque por su postura y asunto no sea la más estética. Mejor resultaría *La fuerza y astucia,* de Alsina, si no estuvieran las figuras tan unidas, como si se le hubiera limitado el espacio al artista, y los tipos fueran más hermosos. Indudablemente el *Baco* de Querol es lo mejor que ha ejecutado; es una cabeza preciosamente ejecutada, y, á mi entender, mucho más fina y clásica que la de su célebre *Julia:* este progreso en los mejores artistas es muy grato de ser consignado.

No faltan grupos sentidos y de bastante mérito, como *La Comunión,* de Llimona y Broguera, trozo de mármol muy bien aprovechado, siendo también lindo juguete el de *La Nietecita,* de Monserrat y Portella, cuya juguetona actitud, tapando los ojos á la abuela, forman muy bello contraste, y además está modelado con gran primor.

No sé por qué encuentro algo de resurrección de las condiciones de la antigua escuela vallisoletana en la *Instantánea,* de Díaz y Sánchez, figura airosa muy bien puesta, que sólo pide de su autor más firme manera de encajar las formas, condición bien conseguida por Rebarter con su *¡Huérfana!*, admirablemente construída. González Pola también acusa gran progreso con su figura *Ensueños*, y Figueroa y Torres (Mar-

qués de Tobar) demuestra que sabe componer y ejecutar un monumento, que con ligeras modificaciones, haría honor á su autor, si llegara á realizarlo en todo su tamaño, lo que, según se dice, piensa.

No faltan tampoco buenos retratos de todo bulto ó en relieve; á mi entender, lleva la palma entre ellos el de *El Poeta Grilo,* de Inurria: aquello, más que retrato, es la propia persona del vate, sintetizada por el artista con tal vida y personalidad, que sólo le falta empezar á decir endecasílabos. Algunos de mujeres muy hermosas se ven, pero en éstos el modelo sale muy vencedor de la obra, aunque sean grandes y acertados los esfuerzos del artista.

Las aplicaciones de la escultura al grabado en hueco, á las medallas y relieves, están también representadas dignamente; pero sin que descuelle entre todas ninguna obra de excepcional mérito. Hay que reconocer que como procedimiento industrial, se domina muy bien entre nosotros el de la fundición en metales de los modelos de nuestros artistas, que en nada echan de menos los talleres extranjeros.

Antes de abandonar las salas de la Escultura, se debe tender la vista á los proyectos arquitectónicos colocados también en ellas. Con éstos hay que ser inexorables. No se trata de obras de arte aisladas, cuya suerte es imposible de preveer: aspiran por su índole las construcciones á la eternidad, á costa de dispendios enormes, y en las presentadas en el certamen no veo se hayan vencido los vicios que invaden las modernas construcciones. Hase perdido el sentimiento de la armonía y equilibrio de los miembros arquitectónicos; brilla por su ausencia el buen gusto en la composición, suplido por la aglomeración de los miembros arquitectónicos; seguimos con las fachadas sin carácter ni fisonomía propia; en una palabra, domina el constructor sobre el artista, á lo menos en los proyectos presentados, y falta hace que ocurra lo contrario. No hay que personalizar, pero sí apuntar el escollo.

⁂

Lo propio que decimos de la arquitectura se nota en la sección del arte decorativo. Aun todavía, no se han hecho cargo los artistas de la importancia de esta sección; persiguen el éxito en las más puras manifestaciones del genio, cuando, aplicadas sus facultades á otras esferas no menos elevadas, pudieran más bien obtener hasta más prácticos resultados.

Es el arte decorativo ancho campo á donde lucir la fantasía y la invención; quizá en esto requiera condiciones más especiales que para la interpretación del natural, siempre más exigente con la exacta copia del mismo; caben, en cambio, en las aplicaciones ornamentales tales vuelos, tales inspiraciones y bellas ocurrencias, que muy artista tiene que ser el que algo nuevo presente, y muy grandes artistas fueron los que en la antigüedad nos dejaron tantos valiosísimos modelos que imitar.

Por esto que los más dibujantes y más ingeniosos estilistas sean los que más lucen también con sus modelos en la sección del arte decorativo, formando contraste con los que, dominando en cambio los más primorosos procedimientos, carecen de aquel gusto, de aquella alta inspiración que debe presidir siempre en las artes industriales. Por esto, Triado Moyal (don José) se puede decir que preside la sección con sus modelos tipográficos y de decoración, llenos de carácter y de gran estilo, con el que compite Varela Sortorio, gran dibujante de carteles y portadas, muchos de ellos conocidos, pero no en tan puro estado como los originales que presenta.

Blanco Coris (D. José) cultiva también con gran provecho el género tipográfico, presentando asimismo modelos de gran gusto Cánovas Elías (D. Francisco), que sigue las inspiraciones de D. José Pascó, verdadero maestro en la materia.

Hay también en esta sección un ejemplar de imitación ó copia del antiguo, verdaderamente admirable; tal es la *reproducción del altar de los Reyes Católicos, existente en el Alcázar de Sevilla*, hecha con fidelidad pasmosa por D. Rosendo Fernández, que en Sevilla se dedica á estos estudios, pero del que

nada he visto mejor ni más acabado. La labor del Sr. Fernández es tan personal y propia, que dudo haya quien intente siquiera imitarle.

En tallas y muebles, recuerdo con agrado la *Columna* decorada con flores, de Gadea y Sanz (D. Rogelio), por la que merece la patente de habilísimo tallista, y en general los muebles de D. Enrique Amaré, entre los que escogería, primeramente, el sillón núm. 1.394. Las aplicaciones decorativas sobre muebles de Brosa y San Germán (D. Víctor) demuestran un perfecto conocimiento de este género artístico, y están hechos bajo muy bellos modelos, y el *plato repujado* del señor Urpi y Pey ofrece un dominio especialísimo del hierro, como difícilmente puede comprenderse.

Los damasquinados de los señores Irionda y Vilaplana son tan buenos como los mejores en su clase; quizá se le pudiera pedir algún cambio en los modelos, demasiado repetidos, siendo también muy de notar los hierros de D. Luis y D. Francisco Labarta.

Deben ser dificilísimos los esmaltes; por esto que los esfuerzos realizados por los que han presentado algunos son dignos del mayor encomio, y más cuando se ve en ellos muy artísticas tendencias. Con estas dificultades compiten las vidrieras de colores, y las del Sr. Maumejean (D. José) son verdaderamente espléndidas y tan vigorosamente ejecutadas, que no creo haya quedado descontento, ni mucho menos, el autor de los cartones de ellas, D. Arturo Mélida.

No faltan tampoco imitaciones, y bien hechas, de azulejos para el decorado de los muros, ni paneles decorativos del más puro gusto, descollando la pilastra gótica del Sr. Castaños, que hubiera lucido bien en la sección de escultura, y otro tanto se pudiera decir de las hermosas guirnaldas de flores de mármol del Sr. Arturo Luchetti, y mil y mil cosas más lujosas y muy bien hechas, demostrando una gran disposición en sus autores y una sabia tendencia decorativa ó un respeto novísimo á los antiguos modelos, como ocurre con los productos de

nuestra bien regida fábrica de tapices. En una palabra: una primera materia de primer orden en las más hermosas industrias artísticas, que, bien llevada y sabiamente dirigida, pudiera darnos mucha honra y mucho provecho.

No debo terminar sin dirigir á D. Amalio Fernández mis felicitaciones por las bien instaladas muestras que presenta del arte escenográfico, en el que tanto sobresale y tantas invenciones ha introducido para el mejor efecto de sus pensamientos, á veces salvadores de partos desgraciados de nuestros ingenios dramáticos.

*
* *

Después de lo dicho, se comprenderá que no era tan baladí ni desanimada la Exposición, para que hiciéramos caso omiso de ella, ni mucho menos. Muy dignos de quedar consignados son los títulos y nombres apuntados, y muy dignos de aplauso los esfuerzos hechos por aquellos que, sintiendo vivir en sí el entusiasmo por lo bello, y con alientos para las mayores empresas y sacrificios, dan una muestra más de que España vive y se apresta con nuevos bríos á dar que hacer más de lo que calculan muchos de sus enemigos.

N. Sentenach.

LECTURAS AMERICANAS

SUMARIO: *El Ateneo*, de Lima: Artículos sobre enseñanza é higiene escolar. — Los trece de la isla del Gallo. — Prehistoria peruana. — El poeta Cisneros. — La galería de Ortiz de Zevallos. — La Musa X. — María Abascal. — Literatura. = *Revista de Archivos y Bibliotecas*, del Perú. = *El Pensamiento latino:* La quimera de la confederación continental. = El Ateneo de Chile. — Población de la República Argentina. Bolivia. — Colombia. — El positivismo en Chile y la cultura en el período colonial. — Un viaje á Bolivia. = *Revista de Chile:* Latinos y sajones. — La instrucción y la criminalidad. — Otros artículos. — *Documentos del Archivo Nacional del Paraguay.* = *Anales diplomáticos de Colombia.* — *La Propaganda científica.* — Un error de atribución. = *Vida moderna.* = *Mercurio de América.* — *Revista nacional:* Historia de un Mapa. — El Instituto de Toluca. — Revistas ilustradas. — *Cuba y América* y otras. — LIBROS: Alemanes y chilenos. — El Ecuador y el Vaticano. — Carta á Ricardo Palma. — Bolivia y Chile. — Juez del crimen. — Mapas y planos del Archivo de Indias. — La raza hispana.

El Ateneo de Lima, Sociedad científico-literaria que cuenta en su seno con los más ilustres literatos del Perú, publica desde hace tres años una revista excelente, en cuyos números hay siempre algo interesante que leer. Y es de advertir cómo á los intelectuales peruanos preocupa hondamente, al igual que hemos visto en los de otros países, la cuestión pedagógica. Muestra de ello es, en primer término, la Memoria de don Pedro A. Labarthe, premiada en el Certamen que celebró el Ateneo en 1899, y en la cual se desarrolla un *Plan de reformas de la 1.ª y 2.ª enseñanza en el Perú* (núms. 3 y 4, tomo I de *El Ateneo*).

El autor parte de la distinción entre la *educación común*, ó

cultura general, y la *especial* (técnica y facultativa), comprendiendo en aquélla la enseñanza primaria y la secundaria, que, con muchos autores modernos, considera unidas y respondiendo á un mismo fin. La única diferencia entre ambas hállase en el distinto desarrollo que á las materias se da y el aspecto bajo el cual se las mira. Así el Sr. Labarthe propone como programa de la escuela el siguiente: Castellano, Geografía, Historia, Ciencias usuales, Tecnología y trabajo manual, Educación moral, Educación cívica, Caligrafía y Dibujo, Música, Gimnasia y Religión; y elimina del Instituto el latín, la historia eclesiástica y fundamentos y dogmas del catolicismo, la Economía, la Sociología, la Aritmética demostrada y la comercial, aceptando sólo como cursos *facultativos* los de latín y griego. Opina también por el establecimiento de enseñanzas de idiomas extranjeros, desde el grado primario. Recomienda, por último, como «procedimientos escolares», los trabajos de composición, la resolución de problemas, la formación de colecciones, las excursiones escolares y las cajas de ahorro; y como instituciones anejas, los campos de juego, las bibliotecas escolares, las conferencias de maestros y los Congresos pedagógicos. En la parte administrativa de la Memoria, se defiende la descentralización de la educación común; la creación de un Consejo central y otros secundarios; ídem de escuelas complementarias rurales, de adultos, dominicales, matinales, modelos, etc.; la instrucción obligatoria; instalación de un Consejo de higiene escolar y recaudación é inversión de todas las rentas existentes de escuelas y colegios por medio del Consejo central.

Del mismo autor es un artículo sobre *El Congreso higiénico escolar del Perú* (núm. 6), convocado por el Ministro de Instrucción pública, Dr. Eleodoro Romero. El resultado de esta Asamblea ha sido la redacción de un verdadero código comprensivo de 104 conclusiones, mas un apéndice de declaraciones prácticas, entre las que son dignas de especial mención «las relativas á la fundación de una sociedad de Patronato protectora de la infancia, y á la creación de una escuela modelo,

cuando menos, en la que tuvieran cumplimiento concreto las conclusiones del Congreso». Lo minucioso y variado de las conclusiones hace imposible dar aquí su extracto; pero recomendamos la lectura de ellas á todos los que se preocupan por la higiene escolar.

Sobre las mismas cuestiones que el Sr. Labarthe, escribe D. Agustín F. Whilar un artículo titulado *Dos problemas pedagógicos* (núm. 10). El primero lo formula así: «¿Á qué diversidad de necesidades debe responder la enseñanza secundaria y cómo se adaptará á ellas?» El segundo versa sobre «la preparación de los maestros de enseñanza secundaria».

En los números 12, 13 y 14 de la misma Revista, publícase un extenso trabajo sobre *El problema de la educación*. Aunque no lleva firma alguna, creemos no equivocarnos si lo atribuímos á un distinguido profesor peruano, que no hace mucho estuvo en Madrid y estudió algunos de nuestros centros pedagógicos. El autor plantea así el problema:

«Una buena organización de la enseñanza demanda, en nuestro concepto, una legislación adecuada, una dirección competente y una inspección eficaz; la primera, destinada á contener las aspiraciones nacionales; la segunda, encargada de ralizar esas aspiraciones, y la tercera, de verificar los resultados de las anteriores.

»¿Qué condiciones debe reunir una legislación para ser adecuada, una dirección para satisfacer los deseos del país, y una inspección para ser eficaz? He ahí las cuestiones que conviene estudiar.»

Refiriéndose á la primera, dice:

«Nuestra legislación debe ser muy sencilla en todo aquello en que la experiencia no ha acumulado muchos hechos y muchas ideas, como sucede tratándose de la instrucción. Una ley que establezca las líneas generales de una organización elemental; eso es todo lo que nu estra ley de instrucción debe contener.

»Qué es lo que debe co ntener la ley, qué debe dejarse á la

reglamentación, y hasta dónde debe llegar la libertad de las autoridades directoras y administrativas, son cuestiones que no pueden resolverse mediante reglas generales previas. El estudio de cada necesidad y de cada medida, permitirán saber, en cada caso, si un principio tiene la universalidad propia de una ley, si un precepto es puramente reglamentario, ó si no compromete intereses de carácter general una medida reclamada á la autoridad.»

Defendiendo luego la íntima relación entre los varios grados de enseñanza, escribe las siguientes juiciosas reflexiones:

«No hay, pues, abismos entre la instrucción primaria, la secundaria y la superior; entre la enseñanza de carácter geneneral y la especial; entre la preparatoria y la definitiva, la utilitaria y la clásica, la especialista y enciclopédica. Todas ellas son otras tantas fases de la misma institución, íntimamente ligadas, como lo están todas las ciencias, todas las literaturas, todas las filosofías, por el vínculo común del entendimiento humano. Un concepto abstracto del hombre, creando un principio imaginario de igualdad, ha producido también esa tendencia al tipo único del hombre perfecto, y esa aspiración irrealizable de un modelo único de enseñanza que satisfaga á la infinita variedad de la especie humana.»

Respecto de la segunda enseñanza, piensa que: «colocada entre dos extremos y participando de la naturaleza de ambos, como la clase media á cuya cultura se dirige principalmente, no puede tener, como no tiene esta clase social, límites bien definidos. Ampliación de la enseñanza primaria y preparación de la facultativa, tenía que ser, como es, utilitaria y desinteresada, positiva é ideal, científica y clásica al mismo tiempo; había de ofrecer, como ofrece, esa duplicidad de la naturaleza humana, en la que el egoísmo y el altruísmo, los intereses positivos é ideales, las verdades científicas y morales, se confunden en mil combinaciones indescriptibles según las variadas fases de la existencia, dándole esos matices que constituyen la característica de toda individualidad llena de vida.»

Aludiendo al *nacionalismo* de la enseñanza, dice con gran verdad que «las escuelas, colegios y Universidades, deben adaptarse á las condiciones especiales de nuestro territorio, y á las que caracterizan las clases sociales á cuya educación se dedican. Es preciso respetar lo que haya de sólido y de justificado en las costumbres, hijas de la Naturaleza: es preciso dar á lo existente el valor que tenga como elemento del porvenir; pero es necesario también eliminar cuanto el desorden haya cristalizado, cuanto conserve un carácter refractario al progreso, cuanto no sea dócil á las modificaciones impuestas por una cultura superior».

En punto á las Universidades, opina que el principio de su regeneración está en que dejen de ser «un simple régimen de preparación para los exámenes finales».

Como cabeza de la organización administrativa, pide el establecimiento de una Dirección general técnica, cuya necesidad parece que reconocen ya todos los hombres públicos peruanos. La primera y más urgente labor de ese centro «sería estudiar, conocer la realidad de la vida escolar de toda la República, tarea muy fácil, á primera vista, pero difícil, muy difícil entre nosotros, en donde todos conspiran para ocultarla, para disfrazarla con mentirosas y hasta con halagüeñas formas, aun aquellos mismos que predican la verdad como ejemplo de moral, y hacen de ella una profesión educadora. La debilidad de nuestro carácter y un sentimiento de muy mal entendida filantropía, han hecho, al fin, de la mentira una necesidad; y si no tiene ella todavía la fuerza imperativa del deber moral, tiene al menos la suficiente para proteger el abuso tradicional, que ha llegado á extender aquí ramificaciones profundas que envuelven los órganos sanos de la vida normal, participando en cierto modo de su rol esencial en la economía de esa vida. Esto hace excepcionalmente difícil la obra de conocer y estudiar la realidad, y da también una excepcional importancia á la misión de los inspectores, encargados de informar á la Dirección general sobre los hechos que se realizan

en el mundo pedagógico, y de esparcir en el seno de éste las ideas y enseñanzas de la Dirección».

Pero el autor reconoce que faltan hoy por hoy en el Perú hombres suficientemente formados en la ciencia pedagógica, para poder secundar la obra directiva de la enseñanza. Importa, pues, ante todo, atender á las escuelas normales, y organizarlas convenientemente; y para ello, cree el articulista y propone seriamente que se contraten en Europa «tres personas capaces de desempeñar con éxito las funciones de inspectores generales» en el Perú, y otra «que organice y dirija una escuela normal en Lima, asociando á su labor profesores de las Facultades de Letras y Ciencias, y los maestros más competentes». Propone, además, otras muchas reformas é innovaciones, entre las que notaremos las siguientes: Creación de un *Pedagogium,* anejo á la Normal; enviar á Europa, para que perfeccionen sus estudios, á todos los que en el primer año demuestren notables aptitudes para el magisterio; exigir que los normalistas titulares practiquen *dos años* en las escuelas, y los profesores de segunda enseñanza tres en los colegios, para que el Gobierno les conceda la propiedad de sus respectivos empleos; la Facultad de Letras de Lima comprenderá la enseñanza de las ciencias sociales generales, incluyendo en las materias de su enseñanza las siguientes: Geografía, Historia, Filología, Filosofía y su historia; Estética é Historia del Arte, Literaturas antiguas y modernas, Sociología, Economía política y Finanzas, Administración y Política, Pedagogía.

No obstante la franqueza con que el autor aconseja recurrir á maestros extranjeros para la organización de la Escuela Normal, defiende con gran energía el carácter nacional que en su mayoría debe tener el Profesorado, y lo razona de este modo: «Porque sólo el ciudadano de un país tiene el presentimiento de lo que ha de ser su patria y la intuición de los fines que ha de llenar; porque sólo él siente la necesidad del progreso con ese amor que se llama patriotismo.—Gran daño hacen, por esta razón, esas corporaciones religiosas cosmopolitas,

adueñadas, á título de cuerpos docentes, modelos de moralidad, de la educación, de lo que hay de más selecto en nuestra sociedad. Sin ideales nacionales que comunicar, porque no tienen patria, su acción educadora tiende á extinguir todo lo que hay ó puede haber de original en nuestra civilización, borrando los colores del cuadro para sustituirlos por ese color gris uniforme de una vida abstracta, que no es la nuestra...» Y termina diciendo: «La educación, especialmente la de nuestras clases superiores, debe, pues, ser eminentemente peruana, por su objeto, por sus medios y sus educadores.»

Para terminar con la materia pedagógica, haremos mención también de un interesante informe del profesor D. Alejandro O. Deustría, sobre *La Instrucción pública en Francia*, que comienza á publicarse en el núm. 15 de *El Ateneo*.

En los ya citados números 3 y 4 (un solo cuaderno) de la misma Revista, figura un estudio histórico de interés para los eruditos españoles. Titúlase *Los trece de la isla del Gallo*, y se refiere á aquélla heróica resolución que Pizarro y un corto número de soldados suyos tomaron, de quedarse en un islote desierto, enmedio del Océano, expuestos á sufrir hambres y las más horribles penalidades, para proseguir el descubrimiento de un país del cual no tenían sino muy vagas noticias. El autor de este estudio, que es D. Carlos A. Romero, investiga especialmente dos cuestiones: cuántos fueron los compañeros de Pizarro, y quiénes eran, puntos ambos muy obscuros y controvertidos. Valiéndose de documentos publicados en la Colección de los *inéditos para la Historia de España*, en la de *Indias* y otras fuentes, y comparando las relaciones de distintos historiadores, cronistas, etc., llega á la siguiente conclusión:

«Según las informaciones seguidas en Panamá en 1528 por García de Jarén y Pedro de Candía, y según consta en la capitulación de Toledo de 26 de Julio de 1529, por relación hecha por el mismo Pizarro, fueron trece los castellanos que quedaron con el Conquistador en la isla del Gallo, y que de ésta pasaron á la Gorgona. Convienen asimismo en que fueron trece

los que quedaron con Pizarro en esta última isla, los historiadores Cieza, López de Velasco, Garcilaso, Oliva, Calancha, y en general, casi todos, según lo hemos visto. De manera, pues, que, á nuestro juicio, este es punto resuelto.

Que el insigne piloto Bartolomé Ruiz no quedó con Pizarro en la isla del Gallo, es un hecho históricamente comprobado y que refieren todos los historiadores, sin exceptuar uno solo. Y en cuanto á la permanencia en aquel célebre lugar de Alcón, Briceño, Candía, Carrión, Cuéllar, Jarén, Molina, Paz, Nicolás de Rivera el Viejo, Peralta, Soraluce y Juan de la Torre, es asimismo punto resuelto y no discutible.

¿Quién es, pues, el que falta para completar el número de trece? Zárate, Garcilaso, Caro de Torres, Calancha y otros, afirman que Diego de Trujillo fue uno de los trece, y este último cronista dice que nunca se puso en duda; Garcilaso, Pizarro y Orellana, Caro de Torres y otros historiadores, cuentan á Francisco de Villafuerte como uno de los compañeros de Pizarro. Dos documentos inéditos, que hemos tenido la suerte de hallar, resuelven la cuestión en favor de Villafuerte.

Es el uno una provisión del Licenciado Gasca (1), de 30 de Enero de 1549, haciendo merced á Villafuerte del repartimiento de Livitaca; el otro es una provisión del Virrey Toledo, de 3 de Abril de 1578, haciendo merced á Jerónimo de Villafuerte del mismo repartimiento de Livitaca, vaco por muerte de su hermano Sebastián (2); ambos, comprobatorios de que Francisco Rodríguez de Villafuerte fue uno de los trece heroicos castellanos que quedaron con el Conquistador en la célebre isla del Gallo.

De manera, pues, que, como resultado de este trabajo, venimos á esta conclusión: quedaron con Pizarro en las islas del Gallo y la Gorgona trece hombres, y que ellos fueron: Alcón (Pedro). — Briceño (Alonso). — Candía (Pedro). — Carrión

(1) Archivo Nacional: Est. 21.
(2) Biblioteca Nacional: Manuscritos, t. 24, p. 2.ª, pág. 29.

(Antonio). — Cuéllar (Francisco). — Jarén (García).— Molina (Alonso). — Paz (Martín).— Peralta (Cristóbal).— Rivera (Nicolás). —Soraluce (Domingo). — Torre (Juan de la). — Villafuerte (Francisco de).»

Una vez resueltas así las dos cuestiones, el autor traza la biografía de *los trece* con gran número de datos.

En el núm. 7, D. Pablo A. Patrón plantea un problema interesante de *Prehistoria nacional,* relacionado con la cronología de la cerámica hallada en Huara (pampa de Taramugal), enmedio de las capas sedimentarias y á 48 metros de profundidad. Comparando este hecho con otros de la región peruana, el Sr. Patrón sugiere multitud de cuestiones importantes, cuya solución pide al Ingeniero D. José Balta, á quien va dirigido el artículo.

Del Sr. Izcue es un estudio (núm. 8) de *El gran poeta peruano,* Luis Benjamín Cisneros, cuya biografía crítica traza, copiando á la vez fragmentos de algunas de sus obras principales, *A Lenalah, En el aniversario de su independencia, Elegía á la muerte de Don Alfonso XII,* el poema *Aurora Amor,* en parte inédito y de gran alcance, á juzgar por lo publicado, y la silva *El momento supremo.* El Sr. Izcue hace notar que no existe todavía colección completa, ni escogida, de los versos de Cisneros.

El Sr. Gutiérrez Quintanilla publica un largo y muy erudito estudio sobre la galería ó colección de cuadros de Ortiz de Zevallos, que consta de 881 telas, de ellas 824 originales, según el Catálogo, que ratifica la autenticidad de 107, exponiendo sus antecedentes. Las hay de Murillo, Rembrandt, Rafael, Guido Reni, Ribera, Zurbarán, Van-Dyck y otros grandes pintores. Con excelente sentido, el Sr. Gutiérrez aboga por que el Gobierno peruano adquiera esta colección «para establecer con ella un centro de ilustración artística»; pero hace reservas en punto á la autenticidad de algunas firmas.

Don Gavino Pacheco Zegarra, trata en un discreto y documentado artículo, de la que él llama *La Musa X,* ó sea del *ad-*

jetivo, cuyo uso exagerado ó fuera de propósito considera, con razón, como uno de los males peores de la literatura castellana. Por eso termina su trabajo diciendo al Presidente del Ateneo, D. Javier Prado: «Una vez conocida la Musa X y los peligros con que amenaza á los jóvenes, por su fácil liviandad, aun á riesgo de ser descortés, debe usted arrojarla del glorioso recinto de las letras nacionales.»

En el núm. 14, D. Francisco Samuel Pérez publica un documento de 1689, existente en el Archivo de Piseco y referente á la fundación de esta ciudad.

En el 16, el Sr. Tudela y Valera trae una lista de las obras inéditas, en lengua quechua y en castellano, del Dr. Pacheco Zegarra, traductor del célebre drama *Ollantay,* cuya edición francesa se publicó en París en 1878. El Sr. Pacheco tiene en cartera, entre otras cosas, dos nuevas traducciones de otros tantos poemas quechuas prehispánicos, un *Diccionario* y *Gramática* de aquel idioma, y varios dramas y comedias.

En el mismo número, nos regala Ricardo Palma con unos apuntes biográficos, tan agradables de leer como todo lo suyo, sobre *María Abascal,* amiga íntima del Ministro peruano Don Bernardo Monteagudo.

Aparte todos estos trabajos, *El Ateneo* publica con frecuencia obras de amena literatura, cuyo examen no es de este sitio. Nos limitaremos á citar varios poemas y poesías sueltas de Chocano y un drama del mismo *(Vendimiario)*; un sentidísimo poemita de Carlos G. Amézaga, *Los niños*; una comedia de Pacheco, y versos y cuentos de varios autores.

Sin salir del Perú, nos encontramos con otra importantísima publicación de fecha reciente, la *Revista de Archivos y Bibliotecas*, fundada por D. A. Ulloa y otros eruditos jóvenes, y destinada á ir dando á luz los muchos é interesantes documentos referentes á la historia peruana que aún están inéditos. Para juzgar del valor grandísimo que esta meritoria empresa tiene para los historiadores españoles, bastará citar los documentos que contienen los tres volúmenes que se han re-

partido desde 30 de Setiembre de 1898 á 31 de Diciembre de 1899: *Libro de provisiones reales de los virreyes Don Francisco de Toledo y Don Martín Henríquez de Almanza* (1575-1582); *Libro de la correspondencia del P. Fr. Antonio Avellá, comisario prefecto de misiones* (comienza en 20 de Julio de 1803), precedido por dos estudios del Sr. Rey y Boza: uno sobre *Las Misiones de Apolobamba*, otro sobre la *Fundación del Colegio de Misiones de Moquegua*, y seguido de un apéndice en que se contiene un «Informe de los PP. Fr. Benito Valencia y Fr. Buenaventura Quintana, sobre la nueva expedición á los Toromonas, en 24 de Octubre de 1806», y los *Autos y capitulaciones de Don Diego Vaca de Vega, Gonzalo Rodríguez de Monroy y Don Martín de la Riva Herrera, para la conquista de Maynas.*

Dignos son los eruditos peruanos que tan gran servicio prestan á los estudios históricos, de que en España se conozca, aplauda y proteja su obra.

Chile cuenta desde Agosto último con una nueva revista, *El Pensamiento Latino*, fundada por D. Enrico Piccione, y que, como dice ya su título, aspira á ser una publicación internacional latino-americano-europea. En los nueve números de ella que tenemos á la vista (hasta 7 de Enero último), trae, en efecto, artículos y noticias que desarrollan ese programa. Señalaremos los que son de más interés para nuestros lectores.

La quimera de la Confederación continental, por Belisario García. El autor quiere «pintar al desnudo los hombres y el carácter de los sucesos que se han desarrollado en Sudamérica en la segunda mitad del siglo XIX», haciendo «un análisis desapasionado de ese movimiento histórico, para dar á conocer la psicología de la política internacional patrocinada durante el medio siglo recién pasado. De manera, pues, que al escribir sobre las múltiples manifestaciones de nuestra vida política, no hacemos otra cosa que satisfacer un deseo íntimo y una necesidad del tiempo. Para que los países sudamericanos conozcan sus errores, aprecien la magnitud de cada uno de los

desaciertos por ellos cometidos y consentidos, y puedan, sin dificultad, darse cuenta de las consecuencias que esos errores han originado en el proceso evolutivo de los principios gubernamentales que han prevalecido en el continente, es preciso que descorramos el telón y asistamos un instante á la formación de los acontecimientos que se han sucedido en estos últimos cincuenta años.»

Se trata, pues, de un estudio crítico de historia política. El Sr. García lo desarrolla en varios capítulos, cuyos temas son: Aspecto de las nacionalidades á mediados del siglo.—El pensamiento y la caracterización del programa internacional de Bolívar.—El aislamiento como norma de Derecho; de los cuales, el último queda en suspenso en el núm. 8.°

El Ateneo de Chile, por Francisco Araya.—Da noticias acerca del origen y carácter de este centro intelectual. Comenzó á funcionar en 15 de Agosto de 1888 como una «sección literaria independiente» del Club del Progreso, fundado en Abril del mismo año, y aunque, por motivos políticos, estuvo cerrado desde 1889 á 1898, hoy ha adquirido nueva vida.

El Estudio de las ciencias políticas y sociales en la Universidad de Chile.—Está representado por varias enseñanzas: Derecho administrativo (profesor, Sr. Letelier); Filosofía del Derecho (Sr. Salas); Derecho penal (Sr. Cabieses); Derecho constitucional (Sr. Roldán) y otros, á las cuales se ha añadido últimamente una cátedra de Legislación comparada (Sr. Álvarez). Este mismo profesor ha organizado una serie de seis conferencias sobre la «Historia de las doctrinas políticas, económicas y sociales desde el siglo XVIII hasta el presente.»

La población de la República Argentina, por P. Sitta.—Es un estudio hecho sobre los datos del censo nacional de 1895, y publicado primitivamente en italiano. En 1797, según los cálculos de Azara, la población era de 310.626 habitantes. En 1895 llegaba á 3.954.911. De 1869 á 1895 el aumento ha sido de dos millones y pico. La densidad es de 1,40 por kiló-

metro. El término medio anual de aumento es de 49 por 100, mayor que el de los Estados Unidos.

La República de Bolivia, por J. César Valdés.—Es un breve y nutrido resumen de la situación política, industrias, productos, legislación, ejército, comercio, etc. El estaño producido en 1899 fue de 5.240.455 kilos. Los países con que Bolivia mantiene comercio de importación y exportación mayor, son: Alemania, Inglaterra, Francia, Chile y Estados Unidos. Siguen en orden: Perú, Brasil, Bélgica, Italia, España, etcétera. La instrucción primaria es gratuíta y obligatoria. Hay escuelas cantonales y para indígenas y cuatro Universidades (Sucre, La Paz, Cochabamba y Potosí).

Colombia, por Guzmán.—Contiene documentos oficiales relativos al restablecimiento de la paz y á la política que representa el nuevo Vicepresidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo, D. José M. Marroquín.

El positivismo en Chile.—En el número 6 comienza la publicación de esta importante obra, cuyo carácter y programa expone así el Sr. Piccione:

«El programa que está trazado en el sumario responde á la necesidad de ofrecer á los estudiosos de los países de América y de Europa—donde la Revista llega y es acogida con manifestación de amistad intelectual, justa, franca y sincera—las noticias acerca de los orígenes y de la evolución del pensamiento científico en Chile; de la organización social, política, legislativa y administrativa; de los ideales de la educación y de las funciones de la justicia; de las instituciones económicas y del estado de la población; de las fuentes de la riqueza pública y privada; de las funciones de beneficencia y de higiene pública; de las costumbres y del carácter del pueblo; de las cualidades peculiares del ingenio en los estudios científicos sobre el campo del arte y en la vida política y social; acerca de los hombres que por su cultura y por los puestos que ocupan en la *Escuela* y en el *Parlamento*, con el libro y en la tribuna indican el progreso ya realizado y las aspiracionss sociales de

los estudios biológicos, sociológicos, jurídicos y políticos... Las páginas de la Revista serán el medio... Los poderosos y claros ingenios de J. T. Medina, Federico Puge Borne, Enrique Mac-Iver, Joaquín Rodríguez Bravo, Manuel Salas Lavaqui, Enrique Nercasseu y Morán, Augusto Orreco Luco, Diego A. Torres, Vicente Grez, Gonzalo Bulnes, Víctor Bianchi Tupper, Alcibíades Roldán, José Tomás Matus, Isaac Ugarte Gutiérrez, Luis Espejo Varas, Manuel A. Ponce, Octavio Maira, Eduardo Phillips, Armando Quezada, Ricardo Cabieses, Alejandro Fuenzalida Grandón, Carlos Gutiérrez, P. P. Figueroa, P. L. Ferrer, David Benavente, Samuel Lillo, Alejandro Alvarez y otros más escribirán los varios capítulos de la obra, entrelazando así con el amor de patria, los ideales de la ciencia, del arte, de la vida social, que pertenecen á todo hombre culto y á todos los países...»

El capítulo primero está escrito por D. J. T. Medina, y versa sobre *La cultura en el período colonial.* Es, pues, el más interesante para los españoles. Dejamos su resumen para cuando termine su publicación.

Progresos de la República de Méjico.—Las importaciones apenas llegaban en 1874 á 19 millones de pesos; en 1898-99 han excedido de 106. Las exportaciones han producido en los mismos años citados 27 y 138 millones y pico respectivamente. Cuenta con 125 fábricas de géneros de algodón, varias de cerveza, curtidos, papel y de fundición. Tiene 68.250 kilómetros de telégrafos y 2.457 oficinas de correos.

Un viaje á Bolivia, por A. Blancas. Curiosa y entretenida relación, cuya lectura recomendamos.

Pocos son los números de la *Revista de Chile* recibidos desde la fecha de nuestra última crónica, que terminaba en el de 15 de Noviembre de 1900. En este mismo se publica un trabajo que no pudimos resumir entonces y que tiene importancia. Es una nota expositiva y crítica del libro del Dr. Paulino Alfonso, titulado *Desarrollo hispanoamericano* (un volumen de 88 páginas; Santiago de Chile, 1900). Es una colección de

cartas, conferencias y discursos, en que el Sr. Alfonso expresa su fe en un porvenir luminoso para la humanidad, merced á la difusión de la enseñanza, al progreso de la ciencia y á la mejora de los sentimientos é ideas de los hombres. Por cierto que no nos trata con blandura el autor; y aunque no le falte razón en algo de lo que dice, lo creemos indudablemente exagerado, por no tener en cuenta los elementos contrarios á los que él estima como únicos, al parecer, y cuya fuerza y resultados desconoce, por lo visto. «En España—dice—el clero ha puesto insalvable valla contra el progreso, difundiendo la idea de que basta la oración y seguir con asiduidad las prácticas religiosas para obtener del cielo cuanto es necesario á un pueblo cristiano, y ese pueblo, entregado *sin contrapeso* á la influencia de tales ideas....., ha descendido del puesto elevado que ocupara en otros tiempos á ser hoy *piedra de escándalo* de las naciones civilizadas.» Que trabajamos todavía poco y que no nos cuidamos lo bastante de la instrucción pública, es cierto; pero que toda España sea así y que nadie se mueva, esperando que le caiga del cielo el maná, es notoriamente inexacto. Lo que se desprende bien del libro del Sr. Alfonso, y de muchos otros americanos, es que la mayoría de los escritores de allá desconocen la España nueva, tanto intelectual como económica, y sobre todo, la intelectual, que en Europa es ya estudiada y considerada en todo lo que vale y representa. No hay que decir que el Sr. Alfonso cree, no sólo inevitable, sino beneficioso, que triunfe en el mundo la raza sajona «Triunfa—dice—porque, á pesar de sus errores, se ha conformado más á la naturaleza de las cosas, dentro de las condiciones del último desenvolvimiento histórico.» La afirmación es muy discutible, incluso en el orden político.

En el número de 15 de Diciembre 1900, D. Ricardo Montaner Bello comienza á publicar un capítulo de su *Historia de las relaciones diplomáticas de Chile con el Perú,* de 1839 á 1879. El capítulo empieza con la batalla de Yungai y la misión diplomática de Lavalle y termina con la intervención

inglesa. Al texto acompañan numerosas y eruditas notas.

Notemos con satisfacción que *La Revista de Chile*, no sólo traduce trabajos de autores extranjeros (Eça de Queiroz, Barbey D'Aurevilly, Sienkewicz, etc.), sino que reproduce otros de escritores españoles modernos y versiones al castellano hechas en España.

En el último número que tenemos á la vista se plantea y resuelve una cuestión de gran interés, formulada así: *¿Es cierto que en Chile la instrucción primaria desarrolla la crimiminalidad?* Sabido es que en Francia y otros países se ha discutido recientemente el mismo asunto. Después de hacer constar las deficiencias de los censos, el autor del artículo (anónimo) establece los siguientes datos: En 1865, por cada 58 habitantes había 10 analfabetos; en 1875, el mismo número por cada 43; en 1885, por cada 35. La relación entre la población total de Chile y los criminales que saben leer, es la siguiente: en 1865, un criminal *alfabeto* por cada 2.191 habitantes; en 1875, 1 por 2.271; en 1885, 1 por 4.261. La relación entre el total de criminales y el de los que saben leer es como sigue: en 1865, 10 alfabetos por cada 30 criminales; en 1875, 10 por 34; en 1885, 10 por 27; en 1895, 10 por 28. Pero comparando el total de la población que sabe leer y el total de los criminales, resulta: en 1865, 1 criminal alfabeto por 372 habitantes; en 1875, 1 por 522; en 1885, 1 por 1.232. Faltan datos para 1895. Por lo tanto, la proporción es cada vez menor.

En 1900 ha comenzado á publicarse en Asunción (Paraguay) *El Archivo Nacional*, dirigido por D. Manuel Domínguez, y dedicado á dar á luz documentos inéditos. La mayoría de los que han aparecido hasta aquí pertenecen á la época del Adelantado Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, y se refieren á Gregorio de Leyes, el capitán Gonzalo de Acosta, el contador Felipe Cáceres y otros.

En Bogotá se ha impreso el tomo I de los *Anales diplomáticos y consulares de Colombia,* dirigidos por el Subsecretario de Relaciones extranjeras, D. José Antonio Uribe. Los *Anales*

contendrán documentos actuales y una sección histórica, para la que desde luego anuncian la reproducción de las Memorias de Relaciones exteriores de los primeros años de la República, agotadas hoy. En el tomo que nos ocupa, figuran numerosos datos sobre la cuestión de los límites con Venezuela, ilustrados con un prólogo que firma el señor Uribe.

En Guatemala se ha inaugurado una edición castellana de *The Scientific Propaganda,* dirigida por el ingeniero y profesor D. Francisco Vela. A pesar de lo que su título parece decir, la Revista se ocupa preferentemente en cuestiones pedagógicas. Notemos, aparte varios artículos doctrinales, los *Datos sobre instrucción en Guatemala* (existen diez jardines de la infancia, 317 escuelas mixtas, 502 de varones, 502 de niñas, 42 complementarias y 62 de adultos, nocturnas, y varios Centros de enseñanza secundaria, normal y superior), y las noticias y resúmenes del Congreso Pedagógico Centroamericano, celebrado recientemente. Entre las conclusiones de este Congreso deben señalarse las referentes al tema 1.°: «¿Cuál será el medio más eficaz de civilizar á la raza indígena, en el sentido de inculcarle ideas de progreso y hábitos de pueblos cultos?» Por cierto que en el núm. 4.° de la Revista hemos visto un trabajo: *Sobre la necesidad de hacer hablar á los discípulos en clase,* que erróneamente se atribuye á un señor, M. G. François, profesor de Chartres. Es, ni más ni menos, un artículo de D. Francisco Giner de los Ríos, publicado hace tiempo en el *Boletín de la Institución libre de enseñanza.*

Vida moderna (de Montevideo) publica en su número de Diciembre último unos interesantes *Apuntes para el estudio del litigio argentino-chile sobre límites,* por J. J. Ros, y un *Proyecto de programa de derecho político y administrativo español* de F. G. Ontiveros, inspirado en las doctrinas del profesor español D. V. Santamaría de Paredes.

De *El Mercurio de América* (Buenos Aires) sólo ha llegado á nuestro poder un número (Marzo y Abril, 1900). En él encontramos un artículo de Julio L. Jaimes sobre *La Casa Real*

de Moneda, construída por el Gobierno español en la segunda mitad del siglo XVIII, y célebre, no sólo en los fastos coloniales del virreinato, mas también en los de la lucha por la independencia.

La *Revista Nacional,* de Buenos Aires, continúa publicando el estudio del Sr. Carranza sobre las *Campañas navales de la República Argentina* y la *Correspondencia inédita,* del General Sucre. Además, en su número de Diciembre, 1900, comienza un interesante trabajo del Sr. Ros, *Historia de un mapa,* cuyo propósito es «dar á conocer todo lo que es digno de recuerdo y de gratitud en la memorable obra del sabio historiador, geógrafo y naturalista, D. Félix de Azagra», autor del mapa del Paraguay en cuestión, y, á la vez, resumir la vasta labor realizada en el estudio de las regiones del Plata hasta hoy día.

En Toluca (Méjico) existe desde 1828 un Instituto científico y literario con el título actual de «Porfirio Díaz». En el *Boletín* que imprime este centro de enseñanza, hallamos trabajos pedagógicos que creemos útil enseñar á los maestros españoles. Tales son: los programas de Lógica, Moral y Sociología; los ejercicios de composición de los alumnos; los *Elementos de metodología pedagógica,* por el profesor Agustín González, y el *Curso de Derecho romano,* por D. Pablo Zayas.

Revistas ilustradas.—Son muchas, y algunas muy notables, las que se publican en América. Como es de suponer, interesan más por los grabados y por la parte literaria que por los artículos que cabe extractar en estas crónicas. Señalaremos, no obstante, las principales que recibimos:

Cuba y América, revista ilustrada (Habana) mensual, en cuadernos de 90 páginas. Notable por su información gráfica sobre América y Europa.

En la sección de sueltos *editoriales* del núm. 94 (Noviembre de 1900) se leen las siguientes líneas, á continuación de la noticia en que se decía haberse levantado en España partidas carlistas. «Rotos los lazos políticos que unieron á Cuba con su

antigua metrópoli, no se rompen otros lazos morales de afecto y natural simpatía, y los cubanos recibirán siempre con complacencia toda nueva que revele adelanto, bienestar y renacimiento del pueblo español, de quien proceden, y se condolerán de sus desventuras.—Felicitémonos todos de que España no sea, en estos momentos en que necesita reparar sus desgracias, presa de injustificadas luchas civiles.»

El Sol (Buenos Aires). Semanario de ciencia y arte. Refleja las doctrinas radicales modernas en arte, sociología, política, etc. Traducciones de autores extranjeros y colaboración española.

Fin de Siglo (Buenos Aires). Semanario humorístico. Caricaturas, información gráfica, páginas en color.

Iris (Buenos Aires). Semanal. Información, literatura. Buenos grabados en color.

*
* *

Siguiendo el plan que nos hemos trazado, indicaremos tan solo el título y materia de los libros recibidos:

Un viaje á Valdivia. La civilización alemana en Chile, por José A. Alfonso. (Extracto de «La Revista de Chile»). Hace un estudio de la colonia alemana establecida en Valdivia, y de los progresos que le debe la ciudad. Escuela magníficamente instalada. — Difusión del sistema Kneipp.— Fábrica de cerveza.— Otras fábricas. — Comparación de las cualidades de la raza alemana y las de la chilena.—Superioridad de aquélla en muchos respectos.

Entretenimientos filosóficos y literarios, de Baldomero Rivodó. (Caracas, 1900). Es una colección ó repertorio de pensamientos originales y de notas de otros autores, sobre asuntos muy variados.

El Ecuador y el Vaticano, ó La revolución religiosa en el Ecuador, por Luciano Coral. (Guayaquil, 1899). Estudia la ley de Patronato, el Concordato de 1862 y su suspensión en 1877;

el de 1880, la revolución clerical de 1896, la guerra civil religiosa de 1898-99, y las últimas medidas gubernativas, con la aprobación de la ley de Patronato.

Carta al Sr. D. Ricardo Palma, por Remigio Romero León. Cuenca: (Ecuador, 1899). Rectifica algunos datos de cuatro *Tradiciones peruanas,* que tratan de asuntos ó personajes ecuatorianos. A saber: las tituladas *Pan, queso y raspadura; Dolores Veintimilla; El Cristo de la Agonía,* y *Lucas el sacrílego.*

Sensaciones de París y de Madrid, por E. Gómez Carrillo. (París, 1900.) Diario del autor, en que se pasa revista á multitud de personas y hechos.

Recortes, por José Bianco (Córdoba). Es una colección de artículos, en que descuellan por su asunto los siguientes: «Los extranjeros» (debe incorporarse el extranjero á la vida política del país), «Enseñanza pública», «Cartas yankis», «Reforma constitucional» (Iniciativas del Dr. Bernardo de Irigoyen, Gobernador de Buenos Aires), y «Escuelas Normales» (necesidad de reorganizarlas).

Bolivia y Chile, por J. C. Valdés. (Santiago de Chile, 1900). Es, como dice el mismo autor, «una sencilla y breve relación documentada de los derechos que sostuvo Bolivia para ejercer su dominio y soberanía en el desierto y litoral de Atacama, y del desarrollo de la cuestión con Chile después de la guerra de 1879.» El libro se basa en documentos oficiales y escritos chilenos, en señal de imparcialidad.

Juez del crimen, episodio dramático en un acto y en prosa, por Carlos G. Amézaga. (Lima, 1900.) La estrenó Vico en el Teatro Principal de Lima el 12 de Marzo de 1900, con gran éxito. La obra tiene realmente condiciones escénicas, aunque pudiera encontrarse poco natural la dureza que el protagonista emplea para con su madre, que, culpable y todo, es su madre al fin.

Relación descriptiva de los mapas, planos, etc., de Méjico y Floridas, existentes en el Archivo general de Indias, por P. Torres Lanzas. (Dos volúmenes. Sevilla, 1900).—Aunque no

es americana esta obra, cabe citarla aquí por referirse á América. El señor Torres Lanzas es autor de otras dos relaciones, una de «mapas, planos, etc., de Filipinas y Oceanía» (1897), y la otra de los correspondientes al Virreinato de Buenos Aires (1898). Como advierte en el prefacio, no pretende haber hecho un trabajo definitivo, puesto que para ello sería preciso registrar cuidados amente todos los 40.000 legajos de que el Archivo consta; pero cree útil, y claro que lo es, adelantar la publicación de todas las notas reunidas hasta el presente. El señor Torres anuncia, para en breve, un inventario de los papeles del Cosmógrafo Alonso de Santa Cruz, y de los borradores y listas de mapas que las Secretarías de Indias entregaron á distintas personas desde 1798 á 1818.

Nuestra raza, discurso pronunciado en el Teatro Odeón el 12 de Octubre de 1900, por Ernesto Quesada. (Buenos Aires, 1900.) Es una hermosa defensa de la raza hispana, y una protesta contra la ingerencia avasalladora de la política yanki en América. El señor Quesada cree llegado el momento de que, mediante un esfuerzo ideal, reivindique nuestra raza su representación alta é insustituíble en el mundo, rectificando sus errores y borrando sus defectos, mediante la reforma educativa, el despertar de energías olvidadas, la vigorización del carácter y el desarrollo del comercio y las industrias.

Para la crónica siguiente queda el examen de varias novelas, colecciones de cuentos y libros de poesías.

HISPANUS.

VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

EL MERCADO DE ESCLAVOS

Dar Muley Ali, 26 de Mayo de 1900.

El espíritu del pobre Ba-Ahmed, convertido por castigo de Allah en perro, sigue aullando á la luna, y alarmando á la población, mientras que nosotros continuamos esperando con paciencia que S. M. Sheriffiana se digne señalar día para recibir en audiencia privada al Jefe de la Misión, y poder dar comienzo á los trabajos de la Embajada. Hasta hoy proseguimos en el mismo estado de ignorancia con respecto á particular que tanto nos interesa, y sin tener la menor noticia de la fecha en que se verificará ceremonia tan ardientemente esperada. Nuestra vida se desliza tranquila y sosegada, y mañana y tarde, por lo general, paseamos por la ciudad ó bien por sus pintorescos alrededores. La temperatura es bastante agradable, y el calor, á pesar de la estación y de la baja latitud, no nos molesta mucho. Las nevadas cumbres del Atlas envían brisas suaves que refrescan el valle del tensil, al par que la formidable barrera de montañas nos resguarda por completo de los vientos calientes del Sahara. Hace días que deseaba dedicar una tarde entera á estudiar detenidamente uno de los lugares más extraños é interesantes de Marrakesh, quizá el

que más excitaba mi curiosidad, *El Bercá,* ó sea el Mercado de esclavos, y hoy he realizado mi propósito.

Si por una parte ardía en deseos de visitar semejante centro del comercio más lucrativo que se hace en el Magreb, por otro lado mi espíritu se resistía á presenciar un tráfico tan repugnante y tan contrario á la dignidad del sér humano. A ser sincero, debo confesar que he pasado muy mal rato, y que nada de lo que hasta hoy he visto en Marruecos me ha sublevado tanto, causándome una impresión por demás penosa y desagradable, y haciéndome desear ardientemente que, por cualquier medio, se ponga fin á una costumbre tan bárbara como odiosa. Y eso que la esclavitud en los países musulmanes se diferencia mucho de lo que era en la antigua Grecia, en Roma y en los países de América. En la antigüedad los esclavos formaban una casta aparte, se les miraba como bestias, no se les concedía ningún derecho, y, despreciándolos en alto grado, eran encargados de desempeñar las funciones más bajas y los trabajos más rudos. Nada de esto ocurre entre los árabes, pues no sólo la religión, sino la leyes y los usos establecidos protegen á los esclavos con verdadera eficacia, tanto, que no falta alguno que prefiera su condición servil á la independencia.

El despotismo oriental se complace en rodearse de servidores; los esclavos preferidos son los que proceden de luengas y extrañas regiones. Las historias y leyendas árabes nos hablan á cada paso de esclavos que se han elevado á los más altos puestos, llegando á gozar del favor soberano, que muchas veces les ha nombrado su confidente y les ha confiado la guarda de su persona. Respecto á las mujeres, su suerte no se distingue en nada de la que tienen las mujeres libres. Pueden disfrutar del puesto de esposas legítimas, y muchas veces son, como favoritas, las verdaderas soberanas del harem. Las mujeres que allí habitan consideran á las esclavas como hijas ó hermanas, y sólo se disputan la preferencia de aquel que lo mismo para unas que para otras, es el único dueño y señor

absoluto, cuyos caprichos tienen que obedecer todas sumisas y resignadas. No obstante haberme hecho todas estas reflexiones, á pesar de conocer las excepcionales condiciones en que se encuentra la esclavitud entre los mahometanos, la impresión que me ha producido mi visita á *El Bercá* ha sido de honda tristeza y profunda indignación. Jamás podía imaginar tal desconocimiento de la dignidad del sér humano. Jamás he visto reunido tanto dolor y tanta miseria.

El mercado de esclavos, sitio público y muy frecuentado, está situado en medio de la *Medina,* á dos pasos de la *Sutia* ó mercado de armas, y de la *Kaiseria* ó mercado de las telas. Llégase á él por una corta calleja cubierta por un enrejado, formado con hojas de palma, y viene á ser una especie de patio cuadrado, rodeado por tres de sus lados de una serie de soportales, bajos de techo, lóbregos, inmundos y hediondos, verdaderas cuadras donde se colocan los esclavos antes de dar comienzo á la subasta, puesto que la mercancía humana, como todos los objetos de precio, se vende al mejor postor. Una fuerte puerta de madera incomunica el patio con la calle. En el centro se alza una pequeña construcción á manera de pórtico, con ocho ó diez pilares de mampostería en dos de sus frentes, haciendo á manera de un corredor largo y estrecho, tribuna ó lugar reservado, cuyo destino no he podido explicarme, porque los compradores se colocaban en cualquier lugar, dejando libre un espacio alrededor de dicha construcción, para que por allí fueran desfilando los esclavos, acompañados de sus respectivos corredores, encargados de proclamar el precio alcanzado en la última puja.

Llegué con bastantante anticipación á la hora en que se celebran las ventas, por lo que aún había muy pocas personas en el recinto de *El Bercá.* Los esclavos ya estaban allí en su mayor parte: lo que faltaba eran compradores; pero poco á poco fueron viniendo. En tanto daba comienzo la subasta, me entretuve en visitar el interior de los diversos soportales y en examinar la concurrencia. ¡Qué de gentes extrañas! ¡Qué

de tipos distintos! Había allí negros del Sudán, tan obscuros como el ébano, de piel lustrosa, gruesos labios, nariz achatada y pelo crespo y ensortijado; jóvenes abisinias que parecían de bronce; gallardos mancebos del desierto; salvajes del interior de Africa, individuos venidos de lejanas tierras, arrancados á viva fuerza del país natal, y traídos al mercado por traficantes de faz torva y cruel mirada. Abundaban principalmente las mujeres, jóvenes y feas por lo general, no faltando adolescentes de ambos sexos, y niños tan pequeños que daba compasión mirarlos. Los pobres desgraciados se reunían formando grupos, congregándose con preferencia los que pertenecían á un mismo dueño. Charlaban alegremente, presentaban un aspecto indiferente y abatido y, se diría que, á pesar de lo dulce y templado de la temperatura, tenían frío. Casi todos estaban cubiertos de harapos, sucios y desgreñados; ellas, por el contrario, cuidadosamente ataviadas con sus mejores galas, adornadas con monedas agujereadas y con flores en la cabeza; cuestión de agradar al marchante. Muchas tenían la cara y el busto descubierto, y sonreían con tristeza á las personas que á ellas se acercaban. No se veía ni un gesto de protesta, ni un ademán de indignación; aquellos pobres seres, hastiados de tanto sufrimiento, dominados por la nostalgia de la patria, se conformaban con su triste destino y parecían haber abdicado su cualidad de seres racionales. Había una desgraciada mujer, negra, envejecida por el trabajo, macilenta y demacrada, que sostenía entre sus brazos un pequeñuelo, de mirada dulce y penetrante, que se fijaba en ella amorosamente. El chicuelo podría tener cuatro ó cinco años, y algunas veces se separaba del seno materno para jugar con las piedrecillas del suelo mientras se sonreía alegremente; pero no obstante, no se atrevía á alejarse de su madre, y sin saber por qué corría azorado á refugiarse entre sus rodillas. Ella le estrechaba frenéticamente contra su pecho como si presintiese una separación futura, en tanto que él se reía locamente, con esa risa fresca y argentina de la inocencia, y con

sus manecitas acariciaba el rostro materno. Aquel idilio vulgar me conmovió hondamente. El amor maternal ennoblecía y hasta embellecía á aquella mujer de aspecto repugnante y degradado. En su fisonomía se adivinaba que su alma aún no había muerto, sólo que estaba dominada por un amargo desconsuelo, y no vislumbraba ni un rayo de esperanza, ni aguardaba siquiera un gesto compasivo. ¡Qué desesperación tan intensa revelaba su semblante! Jamás he visto expresión igual de dolor resignado y persistente.

En otro de los soportales encontré tres ó cuatro muchachas, de color trigueño obscuro, feas y desgarbadas. Apenas me acerqué á ellas, se cubrieron cuidadosamente la cara; no obstante, me dieron tiempo para que entreviese sus duras facciones y su mirar de idiotas. A pesar de esto, me interesaban. Me alejé un tanto, situándome en lugar no muy distante, desde donde podía observarles sin despertar sus recelos. Siguieron tapadas algunos instantes, pero poco á poco recobraron la calma y comenzaron á charlar con vivacidad, y á sonreirse, enseñando sus blancos dientes, que relucían en medio de sus semblantes obscuros. Una de ellas sacó un miserable espejillo, joya preciada que recataba con esmero; pero apenas lo notaron sus compañeras, se lo disputaron, acabando las tres por mirarse largo rato con coquetería, haciendo toda suerte de melindres y dengues, y arreglándose el tocado de la cabeza. Ni en tan triste situación se olvidaban de que eran mujeres.

Los mercaderes, en tanto, acurrucados en el suelo, trataban de negocios y fumaban tranquilamente sus pipas de kift, observando con ojos vigilantes las mercancías que tenían á la venta. Había entre ellos un arrogante mozo, joven gallardo y fornido, de aspecto elegante y simpática presencia. Su mirada aguda se fijaba en mí con insistencia, y varias de las veces que pasé por cerca de él pude observar que hacía un movimiento indeciso, como si deseara decirme algo y no se atreviera. Por último, se decidió á hacerlo, é incorporándose me preguntó: «*¿Talian? ¿Pañol?*» Comprendí que sabiendo

que había una Embajada española y otra italiana en Marrakesh, pretendía averiguar de cuál de las dos formaba parte. No tuve reparo en satisfacer su curiosidad, y le contesté: «*Talian. La. Pañol.*» Es decir: «Italiano, no. Español.» Con cuya respuesta mi extravagante interlocutor me miró más fijamente que antes, pero con marcada simpatía, acabando por tenderme la mano y propinarme un largo discurso en árabe, del que no entendí ni una jota. El intérprete que me acompañaba, uno de los criados indígenas que nos habían seguido desde Tánger, acudió en mi auxilio y me descifró el enigma. Se trataba de un mercader venido de las lejanas costas de Tarfaya, que sentía gran simpatía por la nación española y deseaba mostrarme su afecto. Interesándose por los destinos de la patria, quería saber el estado en que se encontraba la guerra que manteníamos con un poderoso país de allende los mares, y hacía voto por nuestro triunfo. El hombre estaba atrasado de noticias, como se dice vulgarmente. Yo, correspondiendo á su manifestación de simpatía, le estreché la mano que me tendía, pero tuve reparo en confesarle nuestro desastre, prefiriendo dejarle en el error en que se hallaba. Mi nuevo amigo era en extremo agradable, y se expresaba con vivacidad y energía, por más que derrochase su elocuencia en balde, pues yo tenía que contentarme con las pocas palabras que entendía ó con las partículas de discurso que me traducía mi acompañante, no gran dominador del castellano. ¿Por qué conducto habían llegado hasta este hombre las noticias que sabía? ¿En qué mercado desconocido las averiguaría, y en dónde comenzaría á sentir ese afecto que, según aseguraba, le inspiraba un país para él tan lejano como desconocido? Todo ello me extrañaba sobremanera. El tipo de aquel individuo era muy diferente del de las demás personas que allí había. Era un verdadero árabe, sin mezcla alguna de otra raza; así parecían indicarlo sus grandes ojos negros y rasgados, de mirar expresivo y orgulloso; su cabellera sedosa y ensortijada, su nariz delgada y aguileña, sus labios finos, sus

facciones delicadas, pero varoniles, y sus elegantes movimientos de hombre libre, robusto y decidido. Se dedicaba al comercio de esclavos y traía muy valiosas piezas al mercado. Este último detalle bastó para hacérmelo antipático.

Mientras tanto, el recinto de *El Bercá* se había llenado de gente. Los compradores acudían á la subasta, no faltando desocupados que buscaban buenos puestos para disfrutar á su sabor del espectáculo. Una vez llegado el *adul* ó notario encargado de legalizar las transacciones, reuniéronse los mercaderes y corredores, y tendiendo las manos hacia adelante con las palmas levantadas hacia el cielo, entonaron una plegaria, para que el omnipotente Allah protegiese los negocios de la tarde. ¡Singular contraste! Invocar el nombre augusto del Todopoderoso con objeto de que santificase un acto inhumano y cruel que se iba á cometer con seres creados á su imagen y semejanza. Tales son las anomalías de la religión mahometana, que mezcla á la divinidad en todos los actos de los hombres.

Terminada la plegaria dióse comienzo á la venta, y el interés de la escena se aumentó sobremanera. Los mercaderes llegaron á los soportales donde se hallaban los esclavos que pretendían exhibir al público, y tras haberles dado los últimos toques para realzar su atavío, los entregaron á los corredores, que empezaron á pregonar el precio de tasación. Formóse entonces una procesión extraña, que daba lentamente vueltas en derredor del pórtico levantado en el centro del patio. Los esclavos marchaban pausadamente, exhibiéndose á las miradas de los circunstantes sin el menor asomo de pudor, como si fueran animales. Los hombres, indiferentes á todo, sin parecer tener idea de la dignidad; las mujeres, descocadas, andando desgarbadamente, y sonriendo estúpidamente con el fin de soliviantar á los compradores. En un rincón del patio se había formado una reunión de ancianas que, según me dijeron, eran las encargadas de hacer el peritage de las mercancías; pero muy pocas personas recurrían á sus buenos

oficios, y casi todos los compradores examinaban por sí mismos el esclavo que querían comprar. A la menor señal de cualquier marchante, el triste sér puesto en venta se aproximaba á él y humildemente se detenía, dejándose registrar el cuerpo y palpar las piernas y los brazos. Sin un solo gesto de protesta consentían que descubrieran sus miembros para cerciorarse de la fortaleza de la musculatura, y abrían la boca para que el marchante observase la dentadura y apreciase su estado saludable, cualidad á la que parecen conceder gran precio. En una palabra, eran tratados como bestias, y se les examinaba prolijamente, como se haría con un caballo ó con una vaca. Los defectos físicos se sacaban á relucir sin la menor piedad, la miseria humana aparecía en todo su esplendor, y á lo mejor se establecían repugnantes controversias acerca de cualquier individuo entre el corredor, que alababa sus cualidades, y el marchante, que con intención de regatear ponía de manifiesto los defectos. Los tristes esclavos permanecen indiferentes á todo; con humilde sumisión se prestan á cuanto quiere el marchante, á quien miran dulcemente, como agradeciéndole que se haya dignado fijarse en alguno; y si por este ó el otro concepto no se verifica la transacción, se alejan abatidos, cubriendo cuidadosamente lo macilento y degradado de sus cuerpos, avergonzados, como si ellos fuesen los culpables del estado de miseria en que se encuentran.

Aunque parezca ridículo, confieso que más de una vez las lágrimas asomaron á mis ojos. Me sentía no sólo indignado, sino que me daba vergüenza, esta es la verdad lisa y llana, de presenciar aquello sin poder protestar con todas las energías de mi alma. Parece mentira que la culta Europa consienta semejante infamia, y que no recuerde que hace diez y nueve siglos se estableció la religión sublime de la fraternidad humana. No; no es justo que se permita semejante monstruosidad, no sólo en las puertas de nuestro continente, sino en ninguna parte, y es un padrón de ignominia para los hombres que se llaman civilizados el solo hecho de tolerarla. Todas las refle-

xiones que se hagan son inútiles, no hay razones de ninguna clase; los derechos del hombre son sagrados, y no es preciso haber visto un mercado de esclavos para comprender lo indigno de la esclavitud. Si se llega á verlo, la impresión será inolvidable.

Recuerdo que oí llorar á un niño, y que me dirigí al sitio de donde provenían los lamentos. Era una chiquilla de ocho ó nueve años, que separaban de su hermana mayor. La mozuela, ya adulta y bien formada, acababa de ser comprada por un opulento árabe, que se la llevaba de la mano, muy satisfecho y orondo de su adquisición. La niña, desconsolada al ver alejarse el único objeto de su cariño, gemía amargamente, sin atender á las órdenes del dueño, que, lejos de ocuparse en consolarla, sólo buscaba medio de deshacerse de ella. También ví vender á la dolorosa madre negra de que antes hablé. Esta fue más afortunada, pues tuvo la fortuna de que el mismo que la compraba adquiriese á su hijo. ¡Pero qué drama tan horrible pude presenciar en tanto se desarrollaba la transacción! El comprador examinó primero durante largo rato á la madre, parecía que le agradaba; mientras que ella sólo tenía miradas para el hijo de sus entrañas, que el corredor le había arrebatado de los brazos para dejarla más libre y desembarazada en sus movimientos. Después comenzó el examen de la criatura, y con él se produjo un nuevo terror para la madre; quizá el desconocido pensara tan sólo adquirir al pequeñuelo. Todas estas emociones se reflejaban en su rostro, que se inundó de alegría cuando el marchante se decidió á ofrecer precio por ambos, y el mercader, satisfecho con la ganancia, cerró el trato.

Había de todo. Muchachas modestas é inocentes que, llenas de miedo y como cortadas, se paseaban lentamente, siguiendo como perros á los corredores encargados de venderlas; y jovenzuelas procaces y desvergonzadas que marchaban alegremente, exhibiendo sus formas y cimbreando sus cuerpos, irguiendo la cabeza y mirando con descaro, deseosas de excitar el apetito de los compradores; y ancianas venerables que para nada ser-

vían, y vírgenes cándidas á quienes sonreía la vida, y mancebos arrogantes en la flor de la edad, y hombres hechos dispuestos al trabajo, y niños ingenuos ajenos por completo á su triste destino; todos miserables, degradados de su cualidad de seres racionales, indignamente privados de libertad. ¡Horrorosa procesión que desfilaba sin cesar ante mi vista, circulando continuamente en torno del pórtico que se levantaba en el centro del espacio descubierto, y que acompañaban los gritos cadenciosos de los corredores que proclamaban las pujas en el precio de las mercancías.

Ni quise preguntar por qué precio se realizaban las ventas, ni adquirir detalles sobre tan inmundo comercio. El bueno del musulmán que me acompañaba, encontrándolo todo lo más natural del mundo, pretendía explicarme cuanto allí ocurría. Me decía que los tipos establecidos para la subasta aquel día eran muy altos; que cuando el Sultán destruía alguna kábila, las mujeres y los niños se vendían á precios irrisorios, y que entonces era buena ocasión para comprar; que á los mercaderes les estaba rigurosamente prohibido entrar en tratos con los cristianos, pues de adquirir estos esclavos, perdería prosélitos la religión mahometana; y qué sé yo cuantas razones más, que escuchaba inconscientemente, distraído por completo, contemplando el doloroso desfile que sin interrupción pasaba ante mis ojos, presentándome un sin fin de tristezas, de vergüenzas, de amarguras y de miserias. Parecíame que era víctima de una pesadilla angustiosa, tal era la desagradable impresión que me dominaba, y aún creía que me hallaba en uno de los círculos más tenebrosos, lóbregos y espantables del infierno dantesco.

Ignoro cuánto tiempo pasó. Mi emoción fue tan intensa, que llegué á perder la noción del tiempo, y sólo logró sacarme de mi abstracción dolorosa la obscuridad que todo lo invadía. Se había hecho la noche, y comprendí que convenía regresar á *Dar Muley Alí*. En *El Bercá*, aquel antro de horror, todo había terminado, la subasta concluyó por

falta de postores, la animación había disminuído poco á poco, los compradores se habían alejado, sólo quedaban algunos pobres esclavos, paseando en torno de la plaza, cabizbajos, taciturnos y cansados. Es posible que temiesen el castigo de sus dueños respectivos, pero á mí me pareció que estaban avergonzados, como si ellos, pobres desgraciados, tuvieran la culpa de no haber encontrado quien quisiera comprarlos.

Me alejé del recinto maldito, prometiéndome no volver á poner los pies en él en tanto estuviese en Marrakesh, y mi vuelta al espléndido palacio que habitamos, no fue como otras veces alegre. Por primera vez me dolía haber visto, y comprendía que mi curiosidad había sido castigada. Jamás olvidaré lo que he podido presenciar, declarando ingenuamente que preferiría ignorarlo. El desconocimiento de lo que desagrada y duele es deseable.

Cuando me hallé entre mis compañeros, respiré alegremente por primera vez en toda la tarde. ¡Había salido de la *citta dolente!*

RAFAEL MITJANA.

(*Se continuará.*)

CRÓNICA LITERARIA

La Goletera (novela), por D. Arturo Reyes.—Las Ingenuas (novela), por D. Felipe Trigo.—Rinconete y Cortadillo, comedia en tres actos, sacada de la novela de Cervantes, por D. Vicente Colorado.

La abundancia de asuntos ha sido parte para que vaya retrasándome en dar noticia á los lectores de La España Moderna de algunas obras literarias publicadas en los últimos meses. A fin de ir liquidando este atraso, me limitaré á decir breves palabras acerca de los libros á que me refiero.

Uno de ellos es *La Goletera*, novela del celebrado escritor D. Arturo Reyes. Se ha publicado ya su segunda edición, lo cual dice mucho en demostración del agrado con que el público ha acogido esta obra, pues es sabido que, á excepción de los libros de media docena de escritores de primer orden, como Galdós, Pereda, etc., las primeras ediciones de las obras literarias no suelen agotarse, ni venderse siquiera, y no hay lugar, por tanto, á las segundas.

A sus méritos positivos de escritor, une el Sr. Reyes la feliz circunstancia de haber tenido propicia á la prensa desde que publicó su primera novela *Cartucherita*, y haberse dado á conocer de este modo rápidamente.

La Goletera tiene un marcado aire de familia con las dos novelas anteriores del autor, y no es extraño que lo tenga, puesto que procede de la misma pluma y las ha segui-

do tras un intervalo de tiempo no muy largo. Es, como aquéllas, un cuadro de costumbres andaluzas, y los méritos de la nueva novela son del mismo género de los que aplaudimos en las anteriores, si bien en ésta los aumenta la mayor experiencia adquirida por el Sr. Reyes en el arte de novelar. Se observa, efectivamente, en *La Goletera,* mayor soltura en el desarrollo de la acción; hay progreso en la manera de presentar en escena y de mover á los personajes, y también en la naturalidad del lenguaje que en boca de ellos pone el novelista.

Los defectos que pueden señalarse en *La Goletera* son también semejantes á los de *Cartucherita* y *El lagar de la Viñuela.* Todas estas novelas son, en realidad, cuentos largos. La parte episódica es muy rudimentaria. El autor profundiza poco. La psicología de los personajes es superficial, *epidérmica, á fleur de peau,* como dicen los franceses. Sus pasiones no tienen complicación alguna, son elementales y sencillas. Mientras se mantienen dichos personajes en este terreno, mientras no pasan de las formas comunes de lo afectivo, resultan figuras vivas y animadas. Cuando se elevan á más altas regiones, pierden casi toda su naturalidad, y con ella casi todo su encanto.

El Sr. Reyes es, ante todo, un colorista. La calificación de color aplicada á lo literario abarca una amplia esfera metafórica: vale tanto como adecuada y expresiva representación de lo sensible, de lo exterior, con sus caracteres individuales. En esto sobresale el autor de *La Goletera;* por eso puede decirse que su estilo tiene mucho colorido, y sí parece demasiado manoseado el símil pictórico, que es muy *representativo,* que expresa muy bien lo físico, la vida exterior. De ahí que en su novela lo que más atrae no es la acción en sí misma, ni los caracteres de los personajes, sino las escenas descriptivas, algunas de ellas secundarias con relación al argumento de la novela.

El asunto corresponde también á esta tendencia colorista del estilo: lo representado está en armonía con las formas de la representación artística. En *La Goletera* vemos escenas de

celos entre mozas de empuje y majos enamorados y valientes; amores y puñaladas; la guapeza y el ardor de la pasión amorosa, los dos rasgos característicos con los cuales nos representamos el tipo popular andaluz. Gran parte de nuestro público tiene debilidad por esta clase de asuntos. Y acaso es un error creer que lo que se ha llamado el *andalucismo* es una superposición artificial de influencias extrañas al verdadero carácter español, como sostienen algunos. Precisamente por la conformidad entre las tendencias del carácter nacional y el andalucismo, se explica la influencia de éste hasta en sus degeneraciones y caricaturas, como el flamenquismo.

Pero si la representación de escenas y de tipos corresponde en *La Goletera* á la realidad popular, no podría asegurarse lo mismo de la vida interior de los personajes, de los sentimientos é ideas por los cuales aparecen movidos. El Sr. Reyes, como muchos literatos buenos y malos, y hasta algunos eminentes, de España y de fuera de España, idealiza *interiormente* á sus personajes populares, atribuyéndoles refinados sentimientos morales que son, en gran parte, resultado de la educación y de las condiciones de vida de las clases elevadas. No es nueva esta tendencia, y se explica fácilmente que haya sido para los literatos una tentación muy viva la de presentar el contraste entre la humildad de la condición social de un personaje y la elevación de sentimientos que le convierte en tipo caballeresco. Mas estos contrastes suelen ser puramente artificiales é imaginarios. Muy lejos estoy de querer significar con esto que el pueblo sea inmoral, ni siquiera menos moral (dadas sus condiciones de vida) que las clases elevadas de la sociedad. Lo que quiero decir es que tiene otra manera de ser moral. El problema de la conducta humana no se ofrece bajo el mismo aspecto en una cabaña que bajo el *dorado techo* de un palacio. El código de las conveniencias y de las preocupaciones que regula tanta parte de la conducta de todos los hombres, nobles ó pecheros, campesinos ó ciudadanos, es un código de clase que, en cada una de éstas, dicta diferentes reglas. De ahí que

los sentimientos de exaltado honor caballeresco que mueven en ocasiones á *Trini* la Goletera, á Paco *el de las Campanillas* y al *Cantimplora*, personajes todos ellos de la novela del señor Reyes, me parezcan colocados un tanto fuera de su lugar propio. La discusión de este punto me apartaría acaso de los propósitos de brevedad que he anunciado al principio, por lo cual la omito, reduciéndome á hacer la indicación anterior.

No diré tampoco que en el ancho campo de las posibilidades no pueda darse alguna vez el caso de esta trasposición de sentimientos; pero los literatos que entienden y pintan de ese modo los personajes populares, no suelen concebirlos como tipos excepcionales. Lo que les ocurre es que, sin darse cuenta de ello, trasladan sus propios sentimientos de clase á los entes creados por su fantasía, y les atribuyen lo que por más noble y elevado tienen, sin curarse de si pegará ó no en las figuras novelescas y dramáticas, dada la condición social que se les supone.

Con todo, la novela del Sr. Reyes es obra de muy agradable lectura. Entretiene y no fatiga. Llena, pues, cumplidamente el fin más inmediato de las obras de literatura amena.

***

Las ingenuas, de D. Felipe Trigo, es una novela de muy diferente índole. Al parecer, el autor quiere presentarnos tipos de *demi-vierges* ó semidoncellas, y en el título de su obra «ingenuas» quiere decir tanto como sencillas, sin doblez, etcétera. Pero, dada la naturaleza de los sucesos que nos presenta la novela, resulta más adecuado el título si lo entendemos con arreglo al sentido etimológico. Ingenuo llamaban los romanos al que, habiendo nacido libre, continuaba siéndolo. Las heroínas del Sr. Trigo han nacido libres también y perseveran en su libertad..... de costumbres.

El estilo deja bastante que desear en esta novela, en la cual se podrían señalar, además, otros varios defectos. Sin em-

bargo, el Sr. Trigo, que hace en *Las ingenuas* sus primeras armas como novelista, muestra tener condiciones para cultivar con fortuna este género literario. Su libro es más que un ensayo. La condición primordial del género novelesco, que es la plasticidad imaginativa, el arte de evocar vidas imaginarias, infundiéndolas el movimiento de la realidad, la posee el autor de *Las ingenuas*.

Se descubre en su libro la influencia de la moderna literatura francesa. El Sr. Trigo debe de haber leído mucho á los novelistas contemporáneos de allende el Pirineo. En su obra se respira el cálido erotismo de las novelas amorosas de París. Es, pues, un libro que no deben leer las *ingenuas* de verdad... las que no lo sean en sentido etimológico.

Pero como hay más público que las colegialas y las señoritas casaderas, no es defecto grave para una novela el ser algo atrevida. Muchas obras maestras de este género, no son lectura propia para doncellas, con lo cual no dejan de ser obras maestras. Sin llegar á estas alturas, la obra del señor Trigo revela felices disposiciones y se lee con interés. Si el autor de *Las ingenuas* persevera, llegará á ser un buen novelista.

***

Vicente Colorado, que además de ser un excelente prosista y un inspirado poeta, posee condiciones de autor dramático no inferiores á las de muchos que triunfan en la escena, ha impreso recientemente su comedia en tres actos *Rinconete y Cortadillo*, sacada de la novela ejemplar de Cervantes.

Rinconete y Cortadillo no se ha representado. En unas cuantas palabras desdeñosas y amargas, no exentas de la arrogancia del que tiene conciencia de su mérito, explica el autor por qué da sus obras á la imprenta y no al teatro: *Un padecimiento crónico del estómago que me impide tragar porquerías*, —dice—*la imbecilidad de los cómicos, las intrigas de los que*

nada pueden y las malas pasiones de los que tienen más reputación que mérito, son causas bastantes para que dé mis obras á la imprenta y no al teatro.

La falta de representación parece como que mutila en cierto modo á la obra dramática, puesto que la priva del complemento sensible de sus medios de expresión. Pero los autores que por su independencia de carácter ó por cualquier otra razón ajena al valor intrínseco de sus producciones, no encuentran llano y fácil el camino de los triunfos de la escena, deben consolarse pensando que con el tiempo, las representaciones pasan y las obras de verdadero mérito quedan. Cosa esencial es la representacióu en la dramática; á sus exigencias tiene que amoldarse la composición de las obras; es el carácter distintivo más saliente del género; pero con todo eso, sólo dramas y comedias que no pasan del nivel de la medianía, duran lo que sus representaciones. En las obras de verdadero mérito, el período durante el cual se representan es breve y pasajero, comparado con la existencia de tales creaciones en la memoria de las gentes y en los archivos de la historia literaria. Seguimos admirando la tragedia griega, aunque ya no se representa; la lectura basta para hacernos saborear las bellezas de muchos autos sacramentales y muchas comedias de nuestro teatro clásico que ya no se ponen en escena. Y esta subsistencia es gloria más envidiable que la del pasajero triunfo en las tablas, aunque de la última disfrute inmediatamente el autor y de la primera no. Además, la lectura es con frecuencia la piedra de toque más eficaz para graduar el mérito literario de las obras dramáticas. Podrá pasar una comedia mediana ó mala, bien representada por cómicos insignes; mas leída, ¿habrá quien la soporte? Así, la obra dramática que resiste victoriosamente la prueba de la lectura, tiene grandes probabilidades de conquistar los lauros de la escena.

No es empresa liviana la de sacar una comedia de una novela de Cervantes. Censuran muchos las obras de esta clase inspiradas en alguna otra de universal renombre, advirtiendo

que los grandes maestros de la literatura ponen á sus producciones el sello de definitivas, y fijan de una vez para siempre los personajes, escenas y argumentos que engendró su fantasía. No siendo posible superarlos, el literato que sigue sus huellas y penetra en su campo, tiene que contentarse con combinar de nuevo los elementos y materiales con que trazaron ellos la combinación más adecuada y perfecta, por donde suele acontecer que no pasen las obras de este linaje de imitaciones más ó menos apreciables, si es que no se quedan reducidas á pálidas parodias ó á frías y desabridas glosas.

A esto puede oponerse que no hay asunto agotado, ni tipo en que no sea dable descubrir algún nuevo aspecto; que al tomar el asunto ó los personajes de las grandes obras literarias nada se les quita, puesto que subsisten en su integridad, y que, por el contrario, se tributa á tales obras maestras especial homenaje al convertirlas en modelo y fuente de inspiración de otras creaciones poniéndolas á par de la realidad. Tome cada cual el partido más conforme á su gusto, el hecho es que obras de esta clase, continuaciones, refundiciones y transformaciones de los modelos literarios, se han escrito y se escribirán muchas, y algunas hay entre ellas dignas de aplauso.

La novela de Cervantes, joya de la literatura picaresca, se presta poco á las exigencias de la dramática. Su acción es sencillísima y compendiosa; no tiene desenlace. El autor del *Quijote* hubiera podido continuarla, sin que los nuevos capítulos resultasen una superposición forzada. Por eso Vicente Colorado, para escribir su comedia, tomando los personajes y las escenas principales de la novela ejemplar, ha tenido que idear un argumento dramático y un desenlace. El nudo de la comedia consiste en los amores entre Rinconete y la Gananciosa, y en el desenlace vemos á los dos muchachos de la novela de Cervantes dejar la vida de pícaros por la de soldados y embarcarse en las galeras de América, con la Gananciosa de vivandera. Como dice uno de ellos, van

A buscar la redención
De nuestra vida pasada.

A primera vista parece que el Sr. Colorado ennoblece de tal suerte los tipos que presentó Cervantes en su novela ejemplar, que los cambia de índole y condición. En las páginas del gran manco, Rinconete y Cortadillo se nos presentan como pícaros, no como soldados ambiciosos de gloria; la Gananciosa como una daifa cualquiera, no como fina enamorada. Pero mirándolo más despacio, se adquiere la convicción de que esa mudanza en la manera de ser de los personajes, que por necesidades de la fábula dramática ha introducido el Sr. Colorado, no es contraria al espíritu de la obra de Cervantes, ni tampoco está reñida con la índole de los tipos, ni con el ambiente social que pinta en su novela el autor del *Quijote*.

Al final de su obra presenta Cervantes á Rinconete disgustado de la vida picaresca; «propuso en sí—dice—de aconsejar á su compañero no durase mucho en aquella vida tan perdida y tan mala, tan inquieta y tan libre y disoluta», y añade luego que con todo pasó en ella algunos meses, lo cual da á entender que hubo de dejarla pronto. La novela de Cervantes es un episodio, un cuadro de las costumbres del hampa sevillana. Su asunto, estrictamente trasladado al teatro, no da materia más que para un sainete ó para una comedia de costumbres en un acto. Para sacar una comedia en tres actos era forzoso prolongar la acción é introducir en ella elementos dramáticos, como lo ha hecho Colorado. Y esta prolongación no puede tildarse de enteramente caprichosa, puesto que se halla conforme con el final que puso á su obra Cervantes, y puede decirse que arranca de ese final y le toma por punto de partida.

No había tampoco en la socidad española de entonces la diferencia radical que hoy vemos entre el pícaro y el soldado. Lo picaresco era, en cierto sentido, una modalidad social. De ahí que produjera una literatura tan abundante y de tanta importancia en la historia de las letras españolas. En esa misma literatura hallamos la justificación del desenlace de la comedia de Vicente Colorado. En las novelas picarescas vemos

con frecuencia figurar soldados entre los pícaros, ó á éstos convertirse en soldados. El autor expresa, sin duda, su pensamiento en los siguientes versos, que pone en boca de Cortadillo:

«Uno son los dos estados,
las Indias, Italia y Flandes
son bolsas mucho más grandes
que cortan nuestros soldados.»

Quizás expresan con sobrada crudeza estas frases el carácter aventurero de la guerra; quizás la metáfora es demasiado truhanesca; pero tiene un fondo de verdad histórica y social indudable. La leva arrastraba á las empresas heroicas de la conquista á muchas gentes maleantes; hoy mismo, á pesar del progreso de los tiempos y de la relativa civilización de las guerras, los reclutamientos de voluntarios suelen llevar á los ejércitos lo peor de cada casa. Y en Melilla vimos á los presidiarios convertidos en temibles guerrilleros.

Si la cultura literaria estuviese más extendida entre nosotros, y hubiese mayor afición á nuestros clásicos, la comedia de Colorado habría tenido, sólo con su asunto, una recomendación poderosa para ser representada en el teatro Español. Por otra parte, su versificación fácil y correcta, su castizo lenguaje y el acertado desarrollo de su acción, hacen de ella una obra nada vulgar.

E. Gómez de Baquero.

REVISTA HISPANOAMERICANA

SUMARIO: La Exposición Panamericana de Búffalo.—Su fracaso inicial y su tendencia, nuncio del fracaso del programa del segundo Congreso Panamericano de Octubre próximo.—El Congreso Científico de Montevideo y la cuestión del arbitraje internacional.—Actitud de Chile.—El arbitraje no resuelve nada en el sentido de la unión de los pueblos iberoamericanos.—El arbitraje será desechado en el segundo Congreso Panamericano y será su segundo fracaso.—Tendencias de la política yanqui que deben llamar la atención de los pueblos hispanoamericanos más que la cuestión del arbitraje.—Cuestión de Cuba: inminencia de su anexión á los Estados Unidos.—Exposición de Búffalo: espíritu del discurso de Roosevelt.—Aspiraciones leales y eficaces á la unión latinoamericana.—Chile y el Salvador.—El Perú y Costa Rica.—Méjico y la Argentina.—Necesidad de la consolidación de la paz en Colombia, Venezuela y Bolivia.—Los mensajes de la prosperidad: Porfirio Díaz, Tomás Regalado, Campos Salles, Julio A. Roca.

Había de inaugurarse el 1.° de Mayo, como estaba anunciado, la Exposición Panamericana de Búffalo, que ha de servir de vestíbulo al Congreso Panamericano de Méjico, citado para el día 28 del próximo Octubre; pero la primera de estas dos solemnidades no se ha verificado hasta el día 20. Los Estados Unidos no han tenido hasta aquí gran fortuna con sus Exposiciones Universales: en la de Filadelfia quedó demostrado que sus esfuerzos eran inútiles para sostener, como deseaba, la competencia con las que periódicamente el continente antiguo celebra en París; la de Chicago, para el centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, fue un completo fiasco, y ahora la de Búffalo, por más que se haya contraído á la representación de las producciones naturales, etnográficas,

agrícolas é industriales del continente nuevo, cuya absoluta soberanía moral procura arrogarse, cualesquiera que hayan sido las propagandas encomiásticas que se hicieran por medio de la publicidad, es ya desde su inauguración un fracaso, así en su sentido recóndito como en su expresión exterior, tan grande, si no mayor, que la Universal de Filadelfia y la centenaria de Chicago.

Para persuadirse de esta verdad basta echar una rápida ojeada por el cuadro de asistencia que ofrecen las Repúblicas iberoamericanas, cuya concurrencia ha sido solicitada, lo mismo que el de las colonias europeas, á las que se dirigió la misma invitación. Colombia, que acaba de salir de una larga y ruinosa revolución interior que ha sido atizada con elementos de fuera, desde el primer momento comunicó que no concurría. Sin motivar su ausencia en causas de este género, el Paraguay y el Uruguay también se han excusado de tomar parte oficial en la Exposición de Búffalo. En Venezuela llegaron á votarse 100.000 pesos oro para concurrir dignamente; pero con posterioridad, motivos de índole interior le han hecho desistir de sus propósitos. De las demás Repúblicas de origen peninsular, sólo siete han votado ó decretado créditos, la mayor parte insignificantes, para construir edificios propios en que instalarse, y algunas se han limitado á autorizar la traslación de los productos que tienen presentados con carácter permanente en el Museo Comercial de Filadelfia, desde este lugar al de la Exposición de Búffalo en las márgenes del Niágara.

Indudablemente, Chile y Méjico serán las Repúblicas que estén más espléndidamente representadas. Chile ha votado 170.000 pesos oro, de los que 28.000 se han empleado en la construcción de un edificio, todo de acero y cristal, de forma rectangular y que mide 160 pies de ancho por 150 de largo y 38 de altura, emplazado sobre 9.000 pies de superficie, en el cual exhibe los productos que salieron premiados en la Exposición Nacional Chilena que se efectuó en Santiago desde el 8

de Diciembre de 1900 hasta el 6 de Enero último. El edificio ha sido construído en forma que pueda desmontarse y transportarse fácilmente, á fin de que, después de la Exposición actual, pueda ser reconstruído en la capital de Chile, y es ocioso añadir que la mayor parte de los productos que exhibe son excelentes muestras de las riquezas naturales del país y de algunos elementos de su naciente industria. Méjico no ha destinado el edificio que en Búffalo ha construído también, de 60 pies por 40, y con dos pisos, más que á contener su producción minera. Este edificio es muy modesto y sólo ha costado unos 5.000 pesos oro. No obstante, á Méjico se le han reservado otros 3.000 pies en el edificio de la Agricultura, 2.000 en el de la Selvicultura, 2.000 en el de la Horticultura, 3.000 en el de Industrias y otros 2.000 en el de Etnografía, Arqueología é Historia. Como elementos de progreso, Méjico presenta en la sección de industrias agrícolas vinos excelentes y bastante bien manipulados, y en la hortícola preciosas variedades de plantas vivas; y el cuerpo de Artillería, representado por el teniente coronel D. Enrique Mondragón, el capitán D. Víctor Hernández Covarrubias y el teniente D. Francisco Narváez, ha llevado á Búffalo algunas piezas fundidas en Méjico y otra porción de pertrechos de guerra y aparejos navales, que son la demostración de los adelanttos efectivos que Porfirio Díaz ha llevado al perfeccionamiento de los institutos armados de aquella República. El complemento de esta parte de la educación artístico-militar de Méjico, que en Búffalo se exhibe, lo forman una banda de música de uno de sus regimientos y una compañía de guardias rurales á caballo, que ha sido alojada en los terrenos de la Exposición. Los Estados Unidos pidieron á todas las Repúblicas hispanoamericanas que enviasen secciones de sus respectivos ejércitos para el estudio de su organización, armamento y vestuario; pero no todas han accedido.

El Brasil, á quien se le habían adjudicado 500 pies cuadrados de espacio en el edificio de la Agricultura, ha aprovechado

otros 400 al aire libre para el establecimiento de una *hacienda rústica* en miniatura, donde se demuestran las fases del cultivo que se da al café, al corcho y á los demás productos agrícolas del país. Pero edificios formales para sus instalaciones, además de los de Chile y Méjico, sólo los han construído el Ecuador, que ha levantado un pabellón muy modesto, pues sólo ha votado 16.000 pesos oro para todos sus gastos en la Exposición, y Honduras, que ha invertido 6.000. En el que ha fabricado la República Dominicana, se han gastado 3.500; en el suyo, Cuba, presupuestó 25.000 para los 160 pies por 275 de construcción en que se instala, y Puerto Rico, que todavía, á pesar de la miseria en que le ha envuelto la dominación yanqui, ha podido sacar de su Tesoro 2.000 pesos oro, ha edificado un típico *rancho* portorriqueño de 12 pies por 78 y 20 de altura. La Argentina se ha contentado con solicitar 1.500 pies cuadrados en el edificio de la Selvicultura, y 3.700 en el de la Agricultura. Bolivia distribuye sus ejemplares de Exposición en 2.400 pies, que ocupa entre las secciones ó edificios de Agricultura, Minas, Etnología y Arqueología. Costa Rica se exhibe en otros 1.660 pies cuadrados, dispersos entre las secciones de Botánica, Selvicultura, Mineralogía, Etnografía é industrias varias. Los productos guatemaltecos están emplazados en 150 pies cuadrados del edificio de Minas, 400 en el de Horticultura, 400 en el de Agricultura y 200 en el de Etnología. Haiti se exhibe sin formar sección especial. Nicaragua está representada en 150 pies cuadrados en el edificio de Minas, 300 en el de Horticultura, 400 en el de Agricultura, 350 en el de Floricultura y 200 en el de Etnología. El Perú ocupa 1.000 pies en el de Agricultura, 500 en el de Manufacturas, 500 en el de Selvicultura y 500 en el de Minas. Y por último, el Salvador ha emplazado todos sus productos en otros 1.500 pies, distribuídos en todas las secciones mencionadas. Con estos antecedentes, se advierte con bastante claridad que la representación de las Repúblicas iberoamericanas en la Exposición de Búffalo se ha limitado á significar que no son más que huéspedes, en lugar de partí-

cipes, á pesar del nombre de *panamericana* atribuído á la solemnidad político-industrial.

Respecto á las colonias americanas de potencias europeas, se han excusado de concurrir las de Dinamarca y Holanda; de las inglesas, no ha respondido á la invitación más que Jamaica, y de las francesas, la Martinica y Guadalupe.

No es necesario tener vista ni penetración de lince para apreciar bien el fiasco á que estos resultados equivalen. No han concurrido Colombia, Venezuela, el Paraguay y el Uruguay, que ocupan geográficamente casi toda la banda meridional del Atlántico y los afluentes interiores del Plata. Fuera de Chile y Méjico, cada una de las que, por consideraciones especiales, debían responder á la invitación que se les hacía, teniendo Chile en reserva el papel que ha de representar ante el programa del próximo Congreso Panamericano, y Méjico, el compromiso de cortesía que le impone la designación de su capital para punto de reunión para dicho acto, puede decirse que las construcciones especiales que en Búffalo se han hecho, casi todas insignificantes por su escasa importancia, han quedado limitadas á los simples ranchos, haciendas ó pabellones del Brasil, el Ecuador, Honduras, Cuba y Puerto Rico. La Argentina ha enviado por base de sus productos los que tiene exhibidos en el Museo Comercial de Filadelfia, y á esto se han limitado otras varias Repúblicas. ¿No es esto el fracaso patente de esa decantada primera Exposición del continente americano, circunscripta especialmente á los países del hemisferio occidental, con que tratábase de inaugurar, con la entrada del siglo XX, la nueva corriente de la política exclusiva é imperialista de los poderosos *trusts*? ¿No es este fracaso patente anuncio del que en breve ha de sufrir el programa diestramente hipnotizador del segundo Congreso Panamericano, que se ha de reunir para el 28 de Octubre próximo?

Pero todavía hacen más patente esta derrota los incidentes de la inauguración verificada el día 20. El Presidente Mac-Kinley no sólo había ofrecido ir personalmente á canonizar el

acto, sino que toda la prensa yanqui había anunciado que le acompañaría el Presidente de Méjico, Porfirio Díaz. Porfirio Díaz se ha excusado, y Mac-Kinley no ha querido hacerse cómplice personal del fracaso: se limitó á enviar el día 20 de Memphis (Feunesse), donde se hallaba, un telegrama de felicitación, en que se lee esta sibilítica frase:—*¡Ojalá se realicen plenamente los anhelos de sus promotores!*—Ha quedado, por lo tanto, excluído del programa el acto de que el Presidente, en el de la inauguración oficial, oprimiera el botón que debía poner en movimiento la maquinaria. En lugar de Mac-Kinley presidieron el Vicepresidente Roosevelt y el senador Lodge, éste para sostener que el canal de Nicaragua debe su obra y propiedad exclusiva de los Estados Unidos, y aquél para proclamar *la necesidad de la unión de Sudamérica á los Estados Unidos contra una agresión europea* (¡!).

Además del telegrama de felicitación de Mac-Kinley, se recibieron en el acto de la solemnidad los de los Presidentes de las Repúblicas Argentinas, Colombia, Ecuador, Haiti, Nicaragua, Paraguay, Perú y Santo Domingo; total ocho de las veinte invitadas. No tuvieron oportunidad, ó no quisieron adherirse á estas felicitaciones, Bolivia, el Brasil, Chile, Costa Rica, Cuba, Guatemala, Honduras, Méjico, Puerto Rico, Salvador, Uruguay y Venezuela; total doce. A pesar de lo desapacible del día, se lanzaron al espacio 10.000 palomas, muchos globos de goma henchidos de gas que llevaban banderitas estrelladas con la palabra *Welcomí;* se hicieron salvas de 125 cañonazos, se remontaron 27 globos de 12 pies cada uno, y hubo fuegos japoneses de artificio y otros regocijos públicos semejantes.

*
* *

En una multitud de cuestiones jurídicas, económicas y morales, se envuelve el dédalo del programa del próximo Congreso Panamericano, con tal artificio dispuesto, que constituye para las Repúblicas de origen ibérico del Norte, del centro y

del Sur una celada inextricable. No sabemos cómo tantos hombres perspicaces é ilustres, como los que se hallan en la gloriosa vanguardia del saber y del patriotismo en Hispanoamérica, se han dejado encerrar en el estrecho baluarte del arbitraje obligatorio, que ha venido á distraer el movimiento de unión de los pueblos de nuestro origen de la triunfal corriente que les conducía á establecer las bases de la más cordial inteligencia. Si el arbitraje internacional llegara á codificarse en preceptos jurídicos obligatorios, inútiles serían todas las tentativas que se hicieran para limitarle á la mera acción de los intereses latinos ni en los dos mundos, ni en el nuevo emisferio. Los tratados parciales dilatarían su horizonte, despojándole de sus miras iniciales exclusivas, y cuando por medio de los tratados sirviera de obstáculo á toda empresa activa exterior, los pueblos que á él se hubieran amarrado, en vez de hallar en él una garantía de seguridad, de integridad, de independencia, sólo habrían conseguido atarse las manos é inmovilizarse en su actual situación, al menos mientras fueran débiles y no pudieran romper los compromisos contraídos de la manera única que los compromisos de orden exterior se rompen: es decir, con la fuerza, que exime de todo derecho. Si el principio del arbitraje obligatorio, que no se ha podido hacer prevalecer en el primer Congreso Panamericano de Washington, ni en el Iberoamericano de Madrid, ni en el científico de Montevideo, llegara á triunfar é imponerse en el próximo de Méjico, las Repúblicas de nuestra sangre que lo suscribiesen, lo que únicamente asegurarían ante el enemigo y la amenaza común de otra raza, que los acecha, y en cuya defensa se pronuncian las corrientes de unión, sería el estado actual de impotencia en que la mayor parte se halla, agravado por los pactos de su inmovilidad á que el nuevo derecho internacional las condenaría. El movimiento de inteligencia y unión que el peligro común impone para garantizar la inviolabilidad y la integridad de todos y de cada uno de los miembros de la gran familia iberoamericana, no excluye las empresas de aproxi-

mación, de federación, de incorporación y hasta de conquista con que el equilibrio de la historia habrá entre las mismas Repúblicas latinas de perfeccionar, en el transcurso del tiempo, las mejores limitaciones de la geografía.

Lo que la idea de la unión implica es que no se ingiera ningún nuevo elemento extranjero dominante en el seno de los pueblos constituídos de nuestra raza. Lo que el movimiento de la unión trata de fiar y de imponer, es que elementos extranjeros dominantes, en cualquier forma pública ó clandestina, no puedan impedir, con medios como los empleados en Centro América, la realización de aproximaciones redentoras como las fracasadas con el atropello revolucionario apoyado ocultamente por auxilios extranjeros del pacto y constitución de Amapala. A lo que el movimiento de la unión ha de tender vigilantemente para que no ocurra de nuevo, es á que con revoluciones auxiliadas clandestinamente por instrumentos y apoyos extranjeros y enemigos de nuestra raza, se impidan reconstituciones apetecidas como la de la antigua Colombia, y mucho más intrusiones capciosas y solapadas como las que trataron de crear una nueva República enteca en el territorio del Acre, á favor de las revoluciones atizadas en Bolivia. Lo que el movimiento de la unión debe vigilar é impedir es que elementos extranjeros y rivales de nuestra raza se hagan traspasar y ceder territorios, donde se establezcan para siempre con el continuo peligro de su dilatación por su poder ó su ascendiente, como se han traspasado ó están para traspasarse á los norteamericanos las fajas territoriales de Nicaragua y Costa Rica, por donde ha de atravesar el siempre nonnato canal interoceánico, si llega su perforación á practicarse alguna vez fuera de los proyectos del papel, ó que poderes extranjeros y enemigos de nuestra raza pretendan cesiones de territorios de otra índole, ya bajo el pretexto de los intereses de las grandes obras, como las del canal ó el ferrocarril intercontinental, ya bajo el pretexto de los intereses de la navegación mercantil ó militar, ó que bajo el disfraz de arbitrajes inicuamente falla-

dos por árbitros sin pundonor, ni honradez, ni lealtad, se concedan territorios, disputados por la habilidad y la astucia, donde puedan aparecer cualquier día ingeridas, en el seno de los nuevos pueblos independientes de nuestro origen, colonizaciones más militares que agrícolas y civiles, á entorpecer el camino espléndido de estas nacionalidades nuevas, á coartar su libertad y á sutilizarle dificultades que, cuando menos, den ocasión á las vejaciones y las injusticias que recientemente ha tenido que sufrir Honduras, agobiada con el peso de una indemnización de diez millones de pesos oro, por el disparo de un centinela, en el cumplimiento de su deber militar, contra un súbdito norteamericano.

Al movimiento de la unión de nuestra raza en América, para impedir todas estas y otras muchas invasiones que se le vienen encima, ya de una manera sagaz, ya de una manera violenta, ¿qué eficacia puede prestar la consagración del arbitraje obligatorio, aceptado con la fuerza de un tratado internacional y codificado en preceptos jurídicos ejecutivos? La pretensión de esta consagración en el Congreso de Panamá de 1881 no fue aceptada por la Argentina, y Méjico la eludió, declinando la invitación que había recibido, para asistir á aquella Asamblea de una parte de las naciones latinas de aquel continente. Chile creyó que su nueva proposición en el Congreso Panamericano de Washington envolvía una anulación de actos y derechos de su soberanía, de que se consideraba en legítima y perfecta posesión, por haberse querido dar á las resoluciones que acerca de él se tomasen hasta efectos retroactivos. En el Congreso Iberoamericano de Madrid lo resucitó el delegado mejicano D. Justo Sierra, y la delegación española de la corporación que había iniciado este Congreso se dejó influir torpemente por la sujestión del Gobierno norteamericano, que, al paso que con Inglaterra y Portugal obtenían que en la denominación de esta Asamblea el adjetivo *iberoamericano* se sustituyese por el de *hispanoamericano*, trataba de sacar triunfante de los acuerdos de Madrid este principio, para

hacerlo indiscutible en el segundo panamericano de Octubre próximo. En Montevideo ha vuelto á ponerse á la orden del día por el delegado argentino Rodríguez del Busto, á pesar de que el carácter del Congreso, celebrado en la capital de la República oriental, parecía limitado á temas esencialmente científicos y tecnológicos. Pero ¿es que lealmente el argentino Rodríguez del Busto cree que, promulgado el arbitraje obligatorio como principio positivo de derecho internacional entre las nuevas nacionalidades americanas de origen ibérico, su mera virtualidad basta para que por él se aquieten las revoluciones de Santo Domingo contra el General García, y de Haiti contra el General Simón Sam; para que por él se constituya en inviolable el territorio de las Repúblicas de Nicaragua y Costa Rica, que los Estados Unidos se quieren hacer ceder; para que en Colombia cesen las revoluciones de los Uribe y Uribe y de los cien mil Uribes y Uribes que hay en todo país inmoralizado por la influencia, la protección y el dinero de fuera; para que Venezuela salga triunfante de los atropellos de que ha sido objeto por parte de su representante diplomático protector, si no cómplice, de los intereses de una mala Compañía industrial norteamericana, ó para que aleje los peligros que ya le amenazan con la presencia del poder británico, adueñado de la orilla derecha del Orinoco; para que en el Brasil no se tejan nuevas conspiraciones militares imperialistas, apenas Campos Salles ha dado un abrazo de alianza al General Roca en Buenos Aires; para que la Argentina burle el veto que el Gobierno de Washington le ha impuesto, para que no se construyan en el Estrecho de Magallanes fortalezas que puedan ser un obstáculo, en caso de una guerra, á su libre navegación, y, finalmente, para que á Bolivia, sin otras compensaciones, se le devuelva un puerto de salida para su comercio por la orilla del Pacífico ó por el corriente del Amazonas? Desde los tiempos de Bolívar, los tribunales arbitrales han resuelto la mayor parte de las cuestiones domésticas, aunque internacionales, en la gran familia iberoamericana emancipada, sin

necesidad de prescripciones jurídicas imperativas en el Código positivo, que ni existe, ni puede existir, del derecho político internacional. Entre pueblos hermanos, como los de nuestra raza en América, todas las cuestiones domésticas puede resolverlas un tercero, si el tercero es leal, y no un Cleveland en la cuestión Cerrutti, un Loubet en la cuestión de las Guayanas y un Buchanam en la cuestión de la Puna de la Atacama; pero cuando los pueblos, aunque sean hermanos, se erigen en rivales, en enemigos entre sí, entonces no hay más que un derecho: el juicio de Dios; el destino de la Historia; la prueba de las armas y los triunfos de la fuerza.

El arbitraje no resuelve nada para el movimiento de unión que en la solidaridad de su existencia, destinos é intereses, necesitan y reclaman los pueblos iberoamericanos para salvarse de la absorción sagaz, de la protección deprimente, de la invasión violenta, con que la raza anglosajona del Norte la amenaza. La sagacidad de éstos trató de imponerle en el primer Congreso Panamericano de Washington. En el Congreso Hispanoamericano de Madrid ha sido un acto de debilidad proponerlo, cuando los Estados Unidos se lo habían rechazado á España en la cuestión de Cuba. En el Congreso científico de Montevideo ha estado enteramente fuera de su lugar, y si los pueblos concurrentes de oficio al Congreso próximo convocado en Méjico tienen la intención sagaz de sus intereses, declararán que esa cuestión es de importancia secundaria y en la actualidad inoportuna, y la proposición será desechada.

El arbitraje obligatorio sería una cadena; sería condenarse á la inmovilidad, en provecho exclusivo del que acecha desde fuera armado de la fuerza. En negarse á admitirlo, Chile tiene la razón.

***

Mientras los pueblos de nuestra raza se absorben en estas idealidades jurídicas, que á ningún fin práctico conducen para

su bien particular ni recíproco, que atiendan á lo que de la conducta de la política de la Casa Blanca trasciende para sus problemas nacionales del porvenir. Individualicemos algunos hechos. *Cuestión de Cuba.* La discusión constitucional sobre la enmiendaPlatt, y las relaciones futuras entre Cuba y los Estados Unidos, promovió el nombramiento de una comisión de la Asamblea cubana, que iría á Washington á representar, ante el Presidente Mac-Kinley, la imposibilidad de que fuesen aceptadas las imposiciones del General Wood, porque equivaldrían á la renuncia de la ambicionada y de la prometida independencia de la aún nonnata República. Esta comisión estaba compuesta de Méndez Capote, el Presidente de la Asamblea constituyente; de D. Diego Tamayo, el Secretario de Estado; del Magistrado del Tribunal Supremo, González Llorente; del Fiscal de la Audiencia de Puerto Príncipe, Portuondo, y del Rector de la Universidad de la Habana, Berriel. Ya el telégrafo de Nueva York había divulgado por los dos mundos que el Presidente Mac-Kinley no recibiría á esta comisión, bajo el pretexto especioso de que eran el eco de las intrigas de los *politicantes* que dominan la Convención cubana. No obstante, y aunque, al parecer, esta comisión salió de la Habana bien penetrada de la alteza de su misión, fué acompañada del General Wood, y así llegó á Jacksonville, donde tomó el tren para Washington. Sanger, el Subsecretario de la Guerra, y los Capitanes Sawtelle y Overton, en calidad de ayudantes del Ministro Root, salieron á recibirla; es decir, funcionarios del departamento de la Guerra, y no de la secretaría de Estado. El Presidente no recibió esta comisión en la Casa Blanca, sino después de haber conferenciado largamente el General Wood con él y con el General Root, y de haber concertado el programa de la presentación. La comisión cubana trataba de visitar y conferenciar con Mac-Kinley, enteramente sola, y con la libertad de su propio carácter. La comisión no fue admitida, ni pudo conferenciar con el Presidente, sino en presencia del general Wood. La comisión creyó poder entrar de

lleno con Mac-Kinley en el objeto de su misión; Mac-Kinley se limitó á trocar con ella las expresiones estrictas de la cortesía, contestando al mensaje que llevaba preparado Méndez Capote con las generalidades de su disposición personal benévola. Mac-Kinley había delegado, no en Mr. Hay, sino en Mr. Root, la misión de convencer á la comisión cubana de los pensamientos que sobre Cuba y su presente y su porvenir tiene el Gobierno norteamericano. En las diversas conferencias que la comisión celebró con el Ministro de la Guerra, éste se halló asistido, con intervención verbal en los debates, de los ayudantes ya nombrados Sawtelle y Overton. Primero se trató de derecho que los Estados Unidos se reservaban de intervenir en Cuba siempre que lo tuviera por conveniente, y de la facultad que al Gobierno norteamericano quedaba de establecer en la isla cuantas estaciones carboneras creyera oportunas. No hubo transacción. Root invocó la doctrina alcahueta de Monroe. Los Estados Unidos deben permanecer militarmente constituídos en Cuba, para proteger la isla contra toda clase de enemigos interiores y exteriores.

En las conferencias posteriores se trató de las cuestiones económicas, de la enmienda Platt y sobre los derechos arancelarios que se imponen en los Estados Unidos al tabaco y al azúcar. A estas conferencias asistieron algunas personas que en ellas no podrían ostentar ningún carácter oficial y encargadas de *marear* á los comisionados cubanos, convenciéndoles que debían aceptar, *por gratitud*, cuantas condiciones les impusiera el Gobierno yanqui, que los había salvado de la *tutela tiránica de España*. Méndez Capote argüía que los Estados Unidos no debían permitir que la República (?) de Cuba viniera al mundo en la miseria, cubierta de harapos y amarrada con cadenas, y siempre se le contestó que la *enmienda Platt y los aranceles americanos eran leyes del Congreso*, y que no había más remedio que observarlas y cumplirlas *mientras el Congreso* de Washington no las modificase. Análogas contestaciones se dieron á las observaciones sobre las facultades que el

Gobierno federal se había reservado sobre la ocupación militar de Cuba, en términos de que la isla no quedaba realmente soberana de sí misma. La comisión, á la que nada se le concedió en ninguno de los puntos que llevaba en cartera para obtener benignas modificaciones, fue muy obsequiada con banquetes oficiales y agasajos de los que sirven en la política internacional para endulzar con mieles los más amargos despojos; y cuando sin haber conseguido nada en sus pretensiones se embarcó de regreso para la Habana, el telégrafo de las Agencias de Nueva-York, que se nutre de las inspiraciones oficiosas de la Casa Blanca, anunció á todas las Repúblicas americanas del Norte, del Centro y del Sur, en telegramas escalonados: 1.° Que el Presidente Mac-Kinley había puesto á la comisión cubana en contacto con sus ministros y con los miembros del Senado *para que en el trato con los principales hombres de los Estados Unidos se convencieran de* LA INFLEXIBLE RESOLUCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS DE MANTENER EL PROTECTORADO EN LA ISLA. 2.° Que á pesar de la natural reserva en que los comisionados cubanos se habían encerrado, *la opinión general aceptaba como un hecho que ha de producirse más ó menos pronto,* LA ANEXIÓN DE CUBA Á LOS ESTADOS UNIDOS, MEDIANTE UN PLEBISCITO.

Difícil parece concordar estas determinaciones, que otros telegramas suponen acordadas en el banquete dado por Mac-Kinley á la Comisión, entre ésta y aquél, con las ofertas que Méndez Capote hacía al salir de Cuba de que él llevaba fórmulas de arreglo para que la independencia de la Republica fuese completa, *sin la tutela de los Estados Unidos*, como hizo decir al *New York Journal*, y con la candidatura del Sr. Estrada Palma que llevaba *in pectore* para que fuera consagrada por la aprobación de Mac-Kinley. Al volver la Comisión á la isla, *decidida á que la Convención acepte una autonomía temporal limitada por el control americano, que se resolverá más ó menos pronto, con una manifestación explícita en favor de* LA ANEXIÓN Á LOS ESTADOS UNIDOS, cabe decir que los prohombres

que han dirigido los destinos de Cuba en los últimos tiempos, serán calificados por la Historia como dos veces *traidores*: *traidores* á España, á quien debieron todos los beneficios de la civilización, de la prosperidad y de la libertad, y *traidores* á su propia patria que enajenan, encadenada á la coyunda del país que tan alevosamente los ha engañado para alzarse con su dominio.

Pero si esta es la enseñanza que de estos hechos resulta para Cuba, considerada en sí misma, en sus propios destinos y en sus propios intereses, la lección no es menos docente para los pueblos de nuestro origen, á quienes por todos los medios de la seducción trata de engañar la sirena del Norte, que los invita á la Exposición *panamericana* de Búffalo, al Congreso *panamericano* de Octubre próximo, á la *entente* panamericana aduanera que en este Congreso se propondrá, no para un nuevo *zollverein panamericano*, sino para un inmenso *trusts yanqui aduanero* con tendencias á la absorción imperialista, con la empresa gigantescamente deslumbradora del gran ferrocarril intercontinental panamericano, con la no menos fabulosa y nunca resuelta del gran canal interoceánico panamericano, y hasta con esas amenazas que el Almirante Dewey se permite arrojar á los vientos de la publicidad contra el Imperio de Alemania, y los anuncios de un nuevo y próximo duelo naval entre los Estados Unidos y el Imperio de Guillermo II, en defensa de la inviolabilidad panamericana, consagrada por la doctrina de Monroe, en contra de las pretensiones de Alemania á la posesión de la isla Margarita, explorada recientemente por el crucero alemán *Vineta*, y contra cuyos propósitos y en defensa *de las ambiciones europeas sobre la América latina*, tantos artículos disparatados, aunque sensacionales, han escrito ya y escriben casi sin tregua los periódicos *yanquis* que se publican en América y los que se publican ó subvencionan por el Gobierno americano en Europa.

En vano buscarán los Estados Unidos tantas esquinas en que esconder sus propósitos y tantos disfraces con que enmas-

cararlos, cuando no hay acto que de de ellos emane ni ocasión que no preparen teatralmente para el caso, en que sus recónditos pensamientos no salgan á la luz del día en toda su verdadera dirección. ¿Ha podido ocultarlos el Vicepresidente Roosevelt en el discurso pronunciado el 20 de Mayo último en la inauguración oficial de la Exposición Panamericana de Búffalo? ¿Ha sido, por ventura, este discurso una simple contestación al del Almirante italiano Canevaro en la reunión de las escuadras italofrancesas en Tolón, cuando, marcando á Europa los nubarrones que contra ella se levantan del lado allá del Atlántico, abogaba por la necesidad de una liga de las naciones europeas contra las tentativas de invasión y las provocaciones yanquis? El Vicepresidente Roosevelt ha pedido y proclamado en Búffalo *la necesidad de una unión de los Estados Unidos y de las Repúblicas sudamericanas contra una agresión europea*. ¿Dónde están las señales de esa agresión? En la política con que se inicia el siglo xx, en que hemos entrado, no se destacan para un porvenir no lejano más que dos guerras inminentes, y que difícilmente habrá medios de impedir. Las dos serán provocadas por los Estados Unidos. La una será de absorción, en un inmenso federalismo yanquiamericano, de todas las nacionalidades nuevas de nuestra raza en el Norte, en el Centro y en el Sur de América. La otra guerra, si á la victoria sobre la raza ibérica del Nuevo Mundo se llega, será la del Nuevo y el Viejo continente. Esta es la dirección suprema de la Historia en el siglo en que hemos entrado. O la América latina se une en fraternales alianzas para salvar en América así la independencia de los pueblos que la constituyen, como los destinos inmortales de nuestra raza contra la anglosajona invasora, absorbente, dominante; ó la América latina entrará en breve en un período de disolución, que no alcanzarán á dominar los progresos, por todo el mundo reconocidos, de Estados como los de la Unión de Méjico, los de las federaciones brasileñas y argentinas y el de la militante Chile. En Europa, la unión proclamada por el Almirante Canevaro en las

aguas de Tolón, á pesar de todos los inquietos coquetismos de Francia y de todos los inconscientes repulgos de los sabios de Alemania, que en la aproximación de este Imperio á Inglaterra, mediante la iniciativa de su joven Emperador, tantos necios disentimientos neuróticos han mostrado, la unión se impondrá, la unión se hará para responder al reto de la nueva barbarie yanqui del otro continente.

*
* *

No faltan hechos que demuestran que en la América de nuestra sangre hay quienes saben leer los destinos del porvenir, y se adelantan á los sucesos. Se habló hace poco de las pretensiones de Chile á establecer una estación carbonífera en las costas del Salvador. No puede menos de ser plausible esta pretensión. Chile es la primera nación militar y naval de la América del Sur. Su aproximación protectora hacia el Centro sería una garantía. El Perú confía misiones de fraternidad y concordia al ilustre Chocano en Costa Rica. Todo vínculo moral entre pueblos de posición geográfica tan extrema, pero de intereses políticos tan íntimos, es un avance hacia una política tan defensiva, que será para toda la América latina la única salvadora. Méjico también desciende hacia el Mediodía, y la creación de estrechas relaciones diplomáticas por medio de una nueva Legación en sus hermanas del Continente del Sur, es un abrazo más entre hermanos y un baluarte más de solidaridad común. No es extraño que la actitud de Méjico, creando la Legación mejicana en la Argentina, haya llamado la atención de los políticos de la Casa Blanca, de la oficina de Relaciones americanas y de los periódicos que subvenciona el Gobierno de Washington. Esto mismo demuestra que la iniciativa del General Porfirio Díaz ha sido acertada y oportuna, como será eficaz y fecunda.

Acaso en la reciente pacificación de Colombia mediante los convenios hechos con Uribe y Uribe que la mantenía; acaso

en las transacciones del Gobierno de Mac-Kinley con Venezuela en los asuntos provocados por las indiscreciones del representante yanqui Loomis, y la suspensión del *Sugar Trust* que se trataba de constituir en Nueva York por el *Venezuelan Rubbes and Word Trust* para apoyar la idea de la expansión americana en la región del Orinoco; acaso en la fácil victoria con que el Vicepresidente de Bolivia, D. Lucio Pérez Velasco, y el Ministro de la Guerra del mismo Gobierno, Coronel Montes, han sofocado y concluído con las pretensiones de los aventureros pretendientes á la fundación de una nueva República de Acre en la región del Amazonas, no haya más que hábiles concesiones del oportunismo por parte del Gobierno de Washington, que era la mano oculta y auxiliadora de todos estos trastornos en Colombia, en Venezuela y en las fronteras brasileño-bolivianas, en presencia de los dos sucesos panamericanos de que se propone sacar tantos provechos morales en sus pretensiones imperialistas; es decir, la Exposición de Búffalo y el segundo Congreso que se verificará en Méjico. Pero aunque estas pacificaciones no sean, en substancia, sino una tregua, aprovéchanla Colombia, Venezuela y Bolivia, y consolídenla con todas sus fuerzas. La paz interior y los progresos incesantes de la educación y de la fortuna les son tan precisos para su común defensa á todos los pueblos de nuestra raza, como su estrecha unión entre sí.

Hay que seguir los ejemplos ilustres, y leyendo los mensajes que en la reanudación de las tareas legislativas han pronunciado el General Porfirio Díaz, ante las Cámaras de Méjico; el General Tomás Regalado, ante las del Salvador; el Doctor Campos Salles, en las de Río Janeiro, y el General Julio Argentino Roca, ante las de Buenos Aires, el ánimo se ensancha; pues en pueblos que tanto adelantan en sus progresos civiles y en su prosperidad económica, hay que fundar las más bellas esperanzas.

No se dejen seducir y conquistar los pueblos latinoamericanos por las sagaces seducciones panamericanas de Washing-

ton. Cuba les da el ejemplo. Ayer, contra España, los Estados Unidos, mal trajeados con aparentes ropajes de caballeros, se presentaron en la palestra ante la faz del mundo, diciendo á todas las gentes: *Aquí hay un tirano intolerable y un pueblo oprimido, y voy á darle independencia y libertad.* Hoy, la comisión cubana que ha ido á Washington á pedir esa independencia y esa libertad, ha regresado á la Habana con esta única respuesta: *Pedid la anexión.* Ha dicho bien Paul de Cassagnac, cuando en *L' Autorité,* correspondiente al 14 de Abril último, ha escrito:—«Necesitaban los americanos azúcar, y tomaron á Cuba. Necesitaban café, y tomaron á Puerto Rico. Necesitaban abrir camino á su comercio por Oriente, y tomaron á Filipinas. Creyeron poder sacar partido de China, y acompañaron allí á los europeos. Hicieron un simulacro de ocupación y luego se marcharon tranquilamente, dejando en pos y abandonando traidoramente á sus aliados en beneficio de los sanguinarios chinos. Es un pueblo muy vil este pueblo americano, y trata de hacerse creer tan industrioso como parece. Pero hay una cosa que jamás podrá comprar, ni aun monopolizando cobre, petróleo, trigo y puerco, y es la estimación del mundo civilizado.»

Iob.

CRÓNICA EUROPEA

SUMARIO: Esperanzas.—El porvenir de la triple.—Cálculos contradictorios.—Las agrupaciones de raza.—En el extremo Oriente.—El concierto desconcertado.—¿Qué es el gobierno de las potencias?—El imperialismo británico.—La guerra del Transvaal.—No hay engaño.—Peligro para Inglaterra.—La justicia de la Historia.

No todos han de ser duelos y quebrantos para la gran raza latina, á quien el siglo que há poco se hundió en la fosa de los tiempos, hubo de tratar tan despiadadamente. El entusiasmo con que fue recibida y agasajada la comisión argentina, que vino á la Corte con el encargo de entregar á S. M. la Reina el regalo que acordó hacerle el Municipio de Buenos Aires, es, por hoy, el último acto de una serie que acusa, desde algún tiempo á esta parte, el despertar de una raza; acto que, como los anteriores, inspirados en la misma idea, ha hecho resurgir en el corazón de los pueblos latinos un mundo de esperanzas tanto tiempo ocultas, aplastadas bajo la pesada losa de la fatalidad.

La desgracia ha sido siempre mejor consejera que la fortuna, y la desgracia ha hecho ver á las naciones de raza latina la comunidad de sus ideales y de sus destinos, la comunidad también, del peligro que las envuelve y las amenaza. Intereses de momento, exigencias políticas de las mudables circunstancias históricas, habían quebrantado y dividido aquella raza gigantesca que dominó el viejo mundo tres veces, según

la frase de Jhering, y que, encontrándole aún estrecho para contener su grandeza, buscó uno nuevo entre las brumas del Océano. De esta división se aprovechaba una raza fuerte, vigorosa, cuyas energías no se habían gastado en las luchas titánicas de los tiempos, y que encontraba á su enemiga, á quien pretendía suplantar, debilitada, anémica, por el parto laborioso de sus creaciones á través de los siglos, y á la que no era empresa difícil convencer ofreciéndola un apoyo ficticio. Así la Italia caía en las redes de la diplomacia germana, y estrechaba sus relaciones con la Gran Bretaña; Portugal uncíase al carro triunfal de Inglaterra; Francia preocupábase más del porvenir del Austria y del desarrollo de Alemania, que de su porvenir propio; España, en medio de su pobre aislamiento, llegó á sentir también veleidades germánicas. La Historia, siempre implacable, encargóse de castigar con mano dura tales directivas, que conducían al aniquilamiento de una raza, cuyos destinos no se habían realizado en el mundo. Italia ve perecer su ejército en Adua por seguir las inspiraciones de la política británica, comprometiéndose á sacarle las castañas del fuego, y tuvo que sufrir la humillación de abandonar, ante un Estado semibárbaro, la empresa legendaria de una conquista imposible; Portugal, á quien el acta de Berlín permitíale extender sus dominios en el interior de África y unir, por el principio del *hinterland* que se proclamó en aquel documento, su colonia oriental de Mozambique con su colonia occidental de Angola, hubo de encontrarse bien pronto en el camino con su *fiel aliada* Inglaterra, y resignarse á sufrir el cruel bofetón del célebre *ultimatum* de 12 de Enero de 1890, á perder sus territorios de la Manica, la Machoa y el Ñassa; aun después de proclamada de nuevo la alianza lusitano-inglesa, estábale reservada al reino vecino una nueva humillación: el desembarco de las tropas británicas en el puerto de Lorenzo Marqués y su paso á través de la extremidad Sur de la colonia portuguesa del África oriental. La preocupación germana, que obligaba á Francia á inmiscuirse en los asuntos del

otro lado del Rhin, fue, en otro sentido, la verdadera causa, el principal motivo de la guerra de 1870 y del desastre de Sedán. A nosotros, pobres pigmeos de la Europa, no nos había de tocar, necesariamente, otro papel que el de sacrificados; y sacrificados fuímos también por la raza germana, mientras que la raza latina, impotente, se cruzaba de brazos. Pero del fondo de todas esas enseñanzas dolorosas surgió, como al conjuro del mágico *fiat* de una raza que no se resigna á morir, el ideal de la unidad de los pueblos latinos, á quienes la diplomacia y el egoísmo habían separado, y que, maltrechos y heridos por sus aventuras, vuelven á la casa paterna, al calor del hogar de los antepasados, para jurar sobre sus sepulturas el olvido de todos los rencores, y para darse el abrazo fraternal de paz y amor, ante los ojos del mundo entero.

Esto es para mí el alto significado que encierra la aproximación de las Repúblicas americanas á la madre España y la visita de los buques italianos al importante puerto francés de Tolón, últimos hechos que han revelado la solidaridad de la raza. Discutiráse todo lo que se quiera la posibilidad ó dificultad de la renovación de la *triplice:* el hecho de que Italia dé al olvido sus antiguas querellas con Francia y exprese de manera ostensible su amistad hacia ella, sin temor á excitar el descontento de su aliada Alemania y de su casi aliada Inglaterra, es bastante significativo para que pueda servir de base á las consideraciones que dejo apuntadas.

*
* *

Es, en efecto, la discusión entablada acerca del tema de la renovación de la *triplice* una de las que más preocupan hoy en el continente europeo. El tratado que liga á Italia con Austria y con Alemania vence el 5 de Mayo de 1902; denunciado en ese día por la Italia, quedaría ésta libre y en disposición de contraer alianzas nuevas. Los rumores y razonamientos más encontrados han circulado con motivo de tan grave cuestión

europea. El silencio del Presidente Zanardelli, al presentar el Gobierno á la Cámara, sobre el problema que en breve tiene que plantearse de la denuncia ó ratificación por la tácita del tratado; la circunstancia de ser el nuevo Ministro de Relaciones Exteriores, Prinetti, enemigo de la triple, como la misma prensa italiana se ha encargado de demostrarlo exhumando el texto de un discurso por él pronunciado ante la Cámara de Diputados el 15 de Mayo de 1891, en el que se declaraba resueltamente hostil á dicho tratado; el dato, para nosotros muy expresivo, de haber negado el mismo Ministro en una de las primeras sesiones celebradas por la Cámara, desde que ocupa su departamento, que hubiese dicho al barón de Tucher, representante de Baviera, que consideraba como necesaria la renovación de la triple; las palabras del Emperador Guillermo; la acogida que los periódicos austriacos y húngaros han dispensado al Zanardelli ministerio, han sido hechos que la mayoría hubieron de interpretar como un cambio de rumbo en la política exterior de Italia. De contrario, se ha afirmado que si los hombres no son inmortales, los Ministerios, en las naciones latinas sobre todo, nacen ya medio muertos, y que no puede asegurarse que el heterogéneo Gabinete que preside Zanardelli resista mucho tiempo las tempestades violentas de un Parlamento como el italiano, digno émulo de los Parlamentos francés y español.

Yo creo que para dar alguna opinión en este asunto, hay que prescindir de las personas y fijarse en la cosas. ¿Por qué á nadie se le ha ocurrido, que sepamos, afirmar que la denuncia de la *triplice* parta de Alemania y no de Italia? ¿No encajaría un acto de ese género dentro de los moldes de la política de sorpresas á que nos tiene acostumbrados el Emperador Guillermo? ¿Pero hay motivos para que eso pudiera suceder? A nosotros no nos cabe duda alguna, de que tales motivos existen. Quizá más que á Italia, abrumada por el peso de sus presupuestos militares, obligada con obligación moral—ya que no estuviese taxativamente establecida en el tratado de alianza—

á sostener su rango de primera potencia á toda costa, esclava de la política reaccionaria y militarista de dos imperios que sólo le dieron, en cambio de sus sacrificios, humillaciones y ruina; pobre reina condenada á doblegar su altivez soberana ante la fuerza de un pueblo semisalvaje, puede convenirle á Alemania el abandono de la triple. Guillermo II ve próxima la hora del hundimiento del Imperio austro-húngaro. Un país en que impunemente puede lanzarse desde el augusto sitial de la tribuna una frase como la que lanzó M. Stein: «todo austriaco que quiera continuar siendo patriota, es sencillamente un imbécil», es un país moribundo; cuando el fuego sagrado del amor patrio se extingue en el corazón de un pueblo, la vida de ese pueblo desaparece. Las naciones, como los individuos, necesitan que las palpitaciones del corazón no se interrumpan; y corazón que no palpita á impulsos del sentimiento de la patria, es corazón muerto. Por esto la diplomacia europea se preocupa seriamente del porvenir de ese Imperio, dueño un día de los destinos de Europa, y envejecido hoy, como su patriarcal soberano, esperando la hora de su muerte para bajar con él á la tumba. Alemania, no cabe duda, aspira á la sucesión alemana del gran moribundo; pero el día en que el problema se plantee, ¿le ofrecería suficiente apoyo la Italia?

Quiero dejar la respuesta de esa pregunta á mis lectores; pero yo me atrevo á afirmar que el cambio de rumbo en la política exterior del Imperio alemán y su no escondida preferencia por Inglaterra, son motivos más que suficientes para pensar en que si Alemania no se encnentra bastante segura con su sistema de alianza de hoy, menos lo había de estar cuando faltase uno de los sostenes del trípode, y que quiere fortificar bien su situación, para que, en medio de la trepidación que ha de producir en el viejo continente el hundimiento del secular y vasto palacio del Imperio austriaco, no queden sus águilas ofuscadas por el polvo ó atemorizadas ante el espectáculo, sino que puedan remontar el vuelo é hincar su fuerte garra y enseñorearse orgullosas, sobre las ruinas en las que

está escrita la historia de todos los cataclismos europeos.

En cuanto á Italia, es indudable que una inteligencia comercial con Francia le sería más fácil que con Alemania. En ella probablemente, como siempre, nos tocaría ir perdiendo á los españoles. El proteccionismo del conde de Bulow, que amagó una guerra de tarifas con Rusia, y la pérdida de una parte importante del comercio alemán, que se hace con el Imperio eslavo, es un espejo en que puede mirarse Italia. Precisamente el argumento principal de la oposición á la *triplice* que hacen los italianos, es la feudalidad mercantil á que había de condenarla el nuevo tratado. Ahora bien: en estos tiempos en que las relaciones económicas son el principio de las relaciones políticas, una aproximación comercial de Italia á Francia ¿podría concluir en un arreglo político entre ambas naciones?

Siendo tan difícil poner de acuerdo dentro del Estado la multitud de intereses contrarios que luchan á muerte entre sí, júzguese de la dificultad de ese arreglo, cuando son los intereses encontrados de dos naciones los que se ponen en pugna, y no hay otro medio de resolver los conflictos que la habilidad del diplomático y la última apelación á la fuerza bruta. Hoy los intereses de Francia é Italia no están completamente de acuerdo ni mucho menos. De una parte, para realizar el sueño de que el Mediterráneo fuera de los vecinos del Mediterráneo, Italia tiene que apoderarse de Trípoli; pero la posesión de Trpoli por Italia es la compresión de la fuerza expansiva colonizadora de la Francia. Esta aspira á extender sus dominios en el Norte de Africa por el Este, puesto que al Oeste se encuentra con un país difícil de someter, Marruecos, y en el que juegan muchas influencias y muy encontrados intereses. Por otro lado, los intereses franceses é italianos no parecen muy unísonos tampoco en el Este del Africa, donde Francia tiene que conservar hoy su posición, no sólo para impedir en lo posible que se cumpla la profecía imperialista inglesa, de hacer todo el litoral oriental del continente negro una colonia británica, sino también para evitar que el Mar Rojo sea más de lo que es

hoy un lago inglés, y se encuentre á merced del primer golpe de mano de la Gran Bretaña, la colonia francesa de Madagascar. Ahora bien; para conservar Francia su influencia actual en esa parte del continente, interésale la existencia y conservación del Imperio del Negús; y es precisamente el Imperio del Negús el territorio de expansión natural de la colonia italiana de la Erytrea. En la actualidad, y sin remontarnos al porvenir, la posición privilegiadísima del puerto francés de Yibuti, rival futuro de Adén el día en que la línea ferroviaria que hoy termina cerca de Harrar llegue hasta Abdis-Abeba, estaría comprometida con una alianza que hiciese entender á Menelik que su antigua amiga la Francia entraba en tratos con su enemiga natural la Italia. Esto sería sencillamente hacerle el juego al leopardo inglés, que siempre tiene afiladas las garras para coger la presa...

De todo lo expuesto se deduce que, á medida que se profundiza en los graves problemas que preocupan hoy la atención de Europa, la mente vacila más y la solución se encuentra más difícil. Por algo el sentimiento ha hecho siempre más grandes creaciones que la razón. El sentimiento es el creador de los ideales, y en el fuego sagrado de éstos se han purificado los grandes inmortales de la Historia. Hoy el ideal es que, con alianza ó sin alianza, Italia se acerque á su hermana de raza, la estreche contra su pecho y la prometa no volver la espada contra ella. Los tiempos cambian y los ideales quedan. ¿Quién les diría á los revolucionarios de fines del siglo XVIII que Francia había de ser la aliada de Rusia? ¿Quién les diría á los derrotados de Sadowa que sus vencedores habían de ser sus amigos? ¿Quién le diría á España que la nación á quien ella ayudó para conquistar su independencia había de ser la misma que arrancase de su cetro la última joya engarzada en la esmeralda del Océano? ¿Quién le había de decir á la soberbia aislada Inglaterra que había de llegar un momento en que temblase por encontrarse sola? Y, sin embargo, así ha sucedido. Hoy los intereses políticos de las dos naciones, de Francia

y de Italia, parecen estar en desacuerdo; el día de mañana puede encontrarse la fórmula que los sintetice y los funda. Si el camino que siguen la civilización y la humanidad es hacia la paz, hay que fomentar la formación de grandes agrupaciones que, por afinidad de sentimientos y de historia, disminuyan los peligros de futuros conflictos; y para que la paz sea más duradera y más estable, es necesario que cesen las castas de las naciones opresoras y de las oprimidas, que se contrabalanceen las fuerzas, presentándose enfrente de la absorbente raza germana, la raza latina con todas sus energías acumuladas. Esa será quizá la gran obra del siglo que empieza, precursora de la obra de la fraternidad humana, si llega á alborear en la Historia ese hermoso día. Los pueblos, en lo antiguo, necesitaron para desarrollar sus iniciativas propias, aislarse, marchar solos; hoy, cumplida en gran parte la obra de la civilización que nivela, sienten la necesidad de reunirse, respondiendo á las leyes de su afinidad colectiva. Como en la Naturaleza las variedades que condensan sus fuerzas tienden siempre á sintetizarse después de haber realizado su misión propia, los pueblos tienden á fundir su obra civilizadora propia, en una obra común, respondiendo en esta fusión á las leyes de su tradición y de su raza. Fue necesario que existiera Grecia con sus dioses, Roma con sus legiones, los bárbaros con su individualismo, para que en el crisol de la Historia pudiera fundirse la raza latina de hoy, cuyas sienes rodea la aureola de las grandes creaciones, deslumbrante como las leyendas orientales, y en cuyo pecho todavía, á pesar de sus grandes duelos, sigue latiendo el corazón altivo del *cives* romano, y por cuyas venas aún corre la sangre independiente del bárbaro, sometido y adaptado al *medio* de un pueblo más culto, por la civilización romano-cristiana.

***

Siguen pasando los meses, y no se descubre aún á estas fechas en la cerrazón del horizonte, ningún claro por donde

brote la luz que ha de disipar por completo las tenebrosidades de la cuestión china. Algunos rayos de luz rasgaron de vez en cuando las tinieblas (castigo de funcionarios, promesas de reformas), pero la obscuridad más densa sigue envolviendo el porvenir de ese fantasma del extremo Oriente, siempre amenazador para la Europa. Las grandes potencias que se han arrogado el gobierno del mundo, no han dado hasta el presente más pruebas de su solidaridad y buenas intenciones, que pudieron darlas hace cuatro años en la cuestión cretense. Gladstone dijo entonces, juzgando la obra del concierto europeo: «Yo creo que, á pesar de toda su presunción y de su fuerza, no sólo no ha mejorado, sino que empeoró la situación.» El insigne, Castelar en estas mismas columnas, inflamadas por el verbo prodigioso de su grandilocuente estilo, lanzaba sus apóstrofes sublimes sobre las potencias liberales de Europa que se dejaban arrastrar por los tres Imperios autocráticos, y permitían el espectáculo de una Grecia humillada y sacrificada á Turquía. Hoy, en el extremo Oriente, juegan, como factores de gran influencia, otros dos, nuevos, que no la tenían en aquella contienda: los Estados Unidos, y el Japón. Sin embargo, parece que las palabras del inmortal tribuno tienen una actualidad profética. Hoy, como entonces, no los tres Imperios continentales, por que uno de ellos no tiene en China intereses de primera línea, pero sí los otros dos, Rusia y Alemania, son los que mueven toda la trama de las interminables negociaciones, los que dificultan más la solución rápida del problema del extremo Oriente. Siendo un principio profesado, al menos en los labios por todas las potencias, y repetido á cada instante, el de que la integridad del Imperio de los celestes debe de conservarse á toda costa, las dificultades que encierran todas las soluciones estriban, á mi juicio, en que los dos Estados aludidos no quieren dejar pasar la oportunidad que se les presenta de extender sus conquistas territoriales, y que profesan como máxima de su política la necesidad de que continúe una situación inestable de la

que puedan surgir acontecimientos que se temen á cada momento, que les permitan aprovecharse. El Gobierno de los Estados Unidos no sólo ha seguido desde el principio la línea de conducta de limitar las exigencias á la China á la menor cantidad posible, sino que por su conveniencia está interesado en que se conserve íntegramente un Imperio cuya vecindad, respecto de las nuevas colonias norte americanas en Oceanía, no es tan peligrosa como la de cualquier potencia europea. El Japón, sin haberse decidido del todo á sumar su actitud á la de los Estados Unidos, no puede favorecer tampoco empresa alguna europea que represente para el porvenir, un obstáculo á su política de expansión en China. Inglaterra se halla, aunque lo disimule, demasiado preocupada con la guerra del Transvaal para decidirse á tomar la posición que tanto ama su orgullo, de eterna dificultadora; bien prueban este aserto sus complacencias con el Negus el verano último, su debilidad en la cuestión, todavía en pie, del Tratado de Hay-Pauncefote, y el mismo asunto de la Mandchurria. Italia y Austria se limitan á servir de cortejo al Imperio alemán, como Francia tiene que ayudar también á los oficios de su aliada. Por tales motivos, Rusia y Alemania son casi las dueñas de una situación cuyo equilibrio sólo sostiene el balancín de la diplomacia. La primera ha revelado bien claramente sus intenciones en el proyecto de convenio respecto de la Mandchurria, que hubo de desechar el Gobierno chino. Es de notar que á pesar de que el Imperio de los celestes se haya negado á firmarlo, la Rusia no ha perdido un palmo de terreno; con y sin convenio, ella sigue siendo de hecho dueña de la Mandchurria, en la que por otra parte tiene grandes intereses, y cuya zona de influencia le reconoció el último acuerdo ruso-inglés. La tenacidad eslava no es en este punto inferior á la tenacidad sajona. Alemania, ¿se resignará á que un General de la talla de Walderssee haya salido de su país para dirigir sólo unas cuantas escaramuzas contra bandas inorganizadas, y volverse después tranquilamente á su casa? Se resignará si no tiene más

remedio, pero su interés la exige, seguramente, otros rumbos. No hay que olvidar que el espíritu de Bismarck parece que flota aún en el ambiente de la política de la gran federación germánica, y Bismarck había declarado que el Imperio debía de ser á toda costa colonizador. Guillermo II, en cuantas ocasiones ha tenido, procuró demostrar que no se ha olvidado del consejo. De todas maneras, la única situación que puede aprovecharles á Rusia y á Alemania, es la de la incertidumbre y la inseguridad actuales. Sin embargo, los peligros de un tal estado de cosas á nadie se ocultan. Los secretos que encierre la caja de la cuestión china, pueden no ser sólo alhajas para los ambiciosos; pueden ser también dolores y catástrofes, guerras y tempestades.

Desde otro punto de vista más elevado, y aun prescindiendo del gasto de 50 millones de francos mensuales que representa la cifra de las indemnizaciones que en su día han de exigirse á la China, que hay que sumar al nada pequeño fardo de las reclamaciones actuales, perjudica á la Europa y al mundo culto, un estado de cosas tan inseguro y nebuloso. Se ha culpado con insistencia á los celestes de que desconocen y desprecian los modernos principios del derecho internacional y de que todos los esfuerzos hechos para aclimatar en sus costumbres esa planta exótica para ellos, criada en los invernaderos de la civilización europea y trasplantada á América, han sido inútiles. No se piensa, en cambio, en que los principales culpables del fracaso son los europeos. ¿Qué pueden pensar los gobernantes y el pueblo del Celeste Imperio de un derecho internacional que es distinto en París y San Petersburgo que en Londres ó en Berlín? Sólo queda una solución: la fuerza de Europa. ¿Pero á qué viene á reducirse esa fuerza cuando las divisiones intestinas la destruyen? Los letrados chinos saben bien que es muy fácil poner enfrente unas de otras á las potencias civilizadas, y ese es todo el secreto de su política, con la que llegan á imponerse. Cuando las operaciones militares del 60, sólo intervenían dos potencias, Francia é Inglaterra, y, sin

embargo, poco faltó para que las balas cruzadas entre franceses é ingleses de una parte, y los chinos de la otra, se cruzasen sólo entre los primeros. La especial habilidad de la diplomacia china se reveló en aquel entonces con tan pocos elementos. Sabido es que á dichas operaciones había dado motivo la resistencia de la China á cambiar las ratificaciones del tratado del 58, en el que se hallaban igualmente interesadas Francia é Inglaterra. ¿Qué sucederá hoy, cuando tantos intereses distintos se hallan puestos en juego y cuando luchan las más fuertes potencias del mundo civilizado?

Por interés, por egoísmo de la Europa, debe ésta de procurar que su prestigio no se debilite más con unas negociaciones interminables que la han alejado de otros problemas, quizá más importante para ella. No es, ciertamente, la envidia de los pequeños á los grandes, la que me mueve á afirmar que esas naciones, que, sin otro derecho que el de la fuerza, hanse arrogado el gobierno del continente europeo, parece que llevaron siempre sobre su destino colectivo el estigma providencial de la impotencia, y que ese mismo estigma persigue á los Estados que han entrado recientemente en los consejos del mundo. Las potencias europeas quisieron resucitar y formar unidad una vez acabadas las conmociones, los terremotos de las guerras napoleónicas, y no acertaron á constituirse más que como salvaguardia de los tiranos, y no dieron de sí otros frutos que la persecución de las revoluciones, que al fin triunfaron; las potencias europeas se encontraron después, frente á un pueblo heróico que luchaba por su independencia, reivindicando con ella los sagrados derechos de la civilización y los timbres inmortales de su historia, y no se decidieron á protegerlo, hasta que las circunstancias les obligaron á encerrar á la flota turca en la rada de Navarino; las potencias europeas viéronse más tarde sorprendidas por la necesidad de extirpar de un golpe el cáncer de un pueblo atávico que muere de anemia, y no se atrevieron á otra cosa que á sellar, modificándolos en contra de los intereses de la civilización, los pactos

arrancados á la debilitada Turquía por la vencedora Rusia; aún las potencias tenían que terminar su obra de desprestigio, y el desprestigio cayó sobre ellas cuando la última guerra turco-griega; y la falta de su fuerza moral, esa fuerza que, organizada y dirigida, vale más que todos los ejércitos del mundo, se reveló también en la expoliación de España, en la conferencia de la Haya, en la lucha inícua del Transvaal. En medio de este desprestigio inauguran sus tareas y confúndense las potencias nuevas, asiática y americana. Reflexionando sobre tales éxitos, ocúrresele al pensador preguntar qué puede significar y valer un concierto cuya historia es la historia del mayor desconcierto existente, y si, puesto que se crea que los intereses antagónicos de las potencias no pueden resolverse en fórmulas comunes, no sería mucho más cómodo y más práctico que se renunciase á un sistema de gobierno europeo tan opresor para los pequeños y tan inútil para los grandes. El desprestigio de las instituciones es la primera causa de su ruína, y esta institución del gobierno de las potencias, que nació con todos los resplandores de la gloria, arrancados á la aureola del gran Capitán del siglo XIX, ha perdido al presente toda su grandeza y arrastra su manto rasgado, y ciñe su corona, manchada del lodo de los pequeños intereses, ante dos civilizaciones, para las que la majestad y el fausto han sido siempre sus únicos dominadores; la civilización patriarcal de la China, envuelta en la grandeza del culto á los antepasados; la civilización letárgica y suntuosa de Turquía, mecida por los blandos arrullos de las brisas del Bósforo, que llevan dentro de ellas los secretos de un dulce fatalismo y de una vida que se pierde con toda su fecundidad en los abismos insondables del destino.

***

En el momento en que las necesidades de composición del número exigen que se cierre esta crónica, la guerra continúa asolando los campos de las Repúblicas sudafricanas, y la fuer-

za británica inmolando víctimas. De las dos partes, y aunque una de ellas muy debilitada, se mantienen el tesón y la energía. Al nuevo sistema de guerrear adoptado por los boers, ha respondido Lord Kitchener con un nuevo sistema de represión. A las palabras del General Botha, declarando que no quiere á su lado más que á los que estén dispuestos á luchar hasta el fin, se oponen las de Alfredo Milner, de una concisión terrible: «Nada—ha dicho—será capaz de debilitar la política imperial.» Lord Salisbury ha querido cubrirse con piel de oveja, afirmando que la guerra había sido inevitable para Inglaterra. Por fortuna, aún está reciente el recuerdo de las notas del Gobierno inglés, de 30 de Agosto, 2 y 12 de Septiembre de 1899, que equivalían á poner al Transvaal en la alternativa de someterse con ignominia, ó de someterse después de haber defendido su independencia. El derecho internacional tiene también anotada en sus páginas la trasgresión del art. 4.° de la Convención de Londres de 1884, necesaria para que el poderío inglés no tuviese obstáculo en su ruta del Cabo al Cairo. Pero la fuerza y la victoria cuestan mucho, y la Gran Bretaña tiene que aumentar sus presupuestos, recargar sus tributos y crear otros nuevos. De éstos, la tasa sobre los carbones exportados, que se aprobó por 333 votos contra 227, es la que ha motivado más serios debates y la que puede proporcionar en el porvenir al comercio inglés más serios disgustos. Por otra parte, la política imperialista británica, que hasta el presente ha rodeado de esplendores de gloria las hazañas del leopardo sajón, puede convertirse el día de mañana en un peligro, cuando la revolución militarista que ha de operarse, trastorne por completo el modo de ser, la constitución interna del pueblo inglés. La existencia de tal peligro no somos los primeros en denunciarla, y á nosotros se nos ocurre si estará próximo el día en que se cumplan aquellas palabras sentenciosas de David Hume: «Inglaterra no tiene á quién temer más que á sí misma.» Mientras tanto, los éxitos imperialistas y de la fuerza son suficientes para ofuscar la imaginación del pueblo que, en el Norte como

en el Mediodía, es siempre entusiasta de todo lo que deslumbre á la imaginación y huela á gloria. El Imperio británico sigue su marcha triunfal entre los murmullos de enojo reprimido de sus enemigos, la desesperación de la impotencia de los que temen que llegue para ellos el día del despojo, y las maldiciones de un pueblo mártir, cuyas carnes desgarra sin piedad la espada vencedora de Lord Kitchener. Para los oprimidos ó para la justicia, no queda más que una esperanza: la esperanza en las reparaciones de la Historia. Después del camino triunfal, está la muerte y la tumba. Los pueblos tienen en el gran cementerio de los tiempos preparado el nicho en donde han de ir á reposar, y en cuya lápida la Historia justa é implacable, ha de escribir el solemne epitafio que condense las hazañas de su vida y sus servicios á la obra de la civilización y del derecho.

JUAN J. DE REZA.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.=Feminismo: Las «bachilleras» en Inglaterra. = Cuestiones político-sociales: El socialismo en España.=Historia y educación: Cómo ha sido educado el actual Rey de Italia.=Literatura: Las raíces del género chico.=Historia militar: La gran guerra anglo-boer.=Bellas Artes: El proletariado artístico. = Impresiones y notas: El matrimonio de la Princesa Letizia con Ratazzi.—La mujer y la enseñanza oficial.—Cómo la ruta crea el tipo social.

FEMINISMO

Las «bachilleras» en Inglaterra. — Con el nombre de *bachelor-woman* se designa en Inglaterra — según dice Clara de Pratz en la *Revue Bleue* — á las solteras que han sabido crearse una situación independiente por medio de su trabajo personal. Lo que distingue á la *bachelor-girl* de la solterona es que aquélla es célibe por su voluntad, viviendo aparte de su familia, del producto de su trabajo, lo mismo que sus hermanos.

El número de mujeres excede al de hombres en más de un millón, sólo en Inglaterra, y esta desproporción se aumenta no poco con la emigración á las colonias; los novios escasean y buscan á las ricas, casándose con dificultad las que carecen de dote. Esta situación explica en parte la existencia de las bachilleras, pero no es toda la explicación, pues la bachillera no se casa muchas veces, no por falta de marido, sino porque no quiere los que tiene á su disposición. Y se comprende que

así sea: mientras el joven inglés, con mucho desarrollo físico y escasos estudios liberales, entra á los diez y seis años en una oficina ó en un barco de emigrantes, la *miss* sigue estudiando y cultivando su espíritu, y á los veinticinco años es una mujer mucho más fina y culta que todos los hombres de su edad; quiere vivir por su cuenta, y tiene del amor un ideal difícilmente realizable; por eso prefieren el celibato y viven castamente con independencia en sus cuartitos de solteras.

El profesor italiano Ferrero, que las ha estudiado, llama á estas bachilleras «el tercer sexo», no explicándose su castidad, y declarando que son para el hombre terribles competidoras por emplear en el desempeño de sus cargos todas las fuerzas latentes reservadas antes para el amor y la maternidad. Clara de Pratz niega que estas jóvenes estén desnaturalizadas; sueñan con el amor, pero desconfían de que se las quiera para explotarlas, y por eso vacilan en hacer el sacrificio de su libertad y de su bienestar por una dicha matrimonial harto problemática. Muchas, sin embargo, se casan á los treinta y cinco ó cuarenta años, cuando encuentran entre los hombres que las rodean alguno que se acerca al ideal que habían soñado en su juventud, y no son estos matrimonios de los menos felices.

¿Cuáles son las carreras en que pueden ganarse la vida las jóvenes inglesas? La enseñanza ante todo, ya en las *Board Schools,* ya en las *High Schools,* donde pueden ganar hasta cien libras anuales, ya principalmente en las casas particulares ó en los grandes colegios del tipo del *Queens* ó *Bedford;* verdad es que sólo acumulando trabajo con exceso, llegan á ganar dos ó tres mil francos.

Hay también en Londres todo un ejército de dactilógrafas y taquígrafas, que tampoco ganan mucho por la enorme cantidad de la oferta. El periodismo, por su parte, ocupa á no pocas mujeres, variando los productos que perciben entre 2.500 y 12.500 francos anuales, y pasando en casos extraordinarios á una cifra bastante superior; las artistas y las ilustradoras

son también numerosas. Luego están las enfermeras, clase numerosísima cuyo personal se recluta desde las clases más ínfimas hasta las más elevadas, por necesidad las unas y por vocación de caridad las otras; entre ellas conoce Clara de Pratz á una joven archimillonaria que ha dejado su casa y sus comodidades para prestar servicio en un hospital donde su primer deber todas las mañanas consiste en fregar los suelos. La profesión médica es preferida por muchas bachilleras, siendo de las más productivas. Hay también las conferencistas afectas al municipio, y que son enviadas á diversos puntos para dar conferencias públicas sobre diversas materias, especialmente de higiene; éstas sacan de 2.000 á 5.000 francos anuales, llegando las más privilegiadas á obtener hasta 10.000 francos de sueldo. El término medio de todas estas profesiones es de 3.500 á 4.000 francos, siendo raras las mujeres que obtienen más de 6.000 á 8.000 francos.

Algunas tienen su rentita personal, y éstas son las que suelen dedicarse á las carreras filantrópicas. La cosa parece extraña, y sin embargo existe; hay en Inglaterra multitud de instituciones caritativas, y en ellas encuentran lucrativa ocupación no pocas bachilleras, que perciben á veces hasta sueldos de 5.000 francos por estos servicios. Claro es que aquí no se trata de modistas, costureras, obreras ni empleadas, sino sólo de las jóvenes que ganan lo bastante para vivir con cierta independencia, y que hacen vida de sociedad, pues á estas jóvenes es á las que principalmente se refiere el trabajo de Clara de Pratz.

Ahora bien: suponiendo el caso de una de esas jóvenes que gana de 200 á 500 francos mensuales, ¿qué clase de vida es la suya? La bachillera rara vez recurre á la clásica casa de huéspedes, pues quiere ante todo conservar su libertad, entrar y salir á la hora que le acomode y recibir á quien quiera, y esto no puede hacerse en las *boardinghouses*. Las *Ladies Residential flats* atienden mejor á estas necesidades, pues son hoteles donde cada inquilina puede disponer de dos, tres ó cuatro piezas, sin

cuidarse de servicio ni de comidas, bastando dar sus órdenes para comer lo que quieran, cuando quieran y como quieran; pero este sistema es caro. Lo más corriente es el cuarto independiente; pero los *flats* de cuatro piezas cuestan por lo menos de 1.500 á 1.800 francos, y por eso la mayor parte recurren al *upper-part*, habitación situada sobre las tiendas, que tiene escalera y entrada independiente, ó bien al *lodging* de las casas particulares ó á las *artisans flats* de las barriadas obreras. El *upper-part* es preferido, porque como en Inglaterra no hay porterías, la joven se siente protegida por la vecindad del almacén ó tienda; paga por el alquiler de 1.500 á 2.000 francos, y como esta suma no deja de ser crecida, se reunen dos ó tres jóvenes para pagarla: consta de una sala, un comedor, dos ó tres piececitas y el cuarto de baño, que no falta en Inglaterra en ninguna casa, grande ó pequeña.

Los *lodgings* son cuartos subarrendados por un inquilino para ayuda de sus gastos, y constan á veces de una salita y una alcoba; pero las que quieren vivir económicamente se contentan con un cuarto de estudio (*study-bedroom*) ó con una salita (*bettsittingroom*), cuyo diván se convierte por la noche en cama; este lecho es simplemente un colchón de muelles con ruedas, cubierto de paños artísticos por el día; las almohadas se convierten en almohadones con fundas de seda, que se quitan por la noche, y el tocador se halla oculto por un biombo japonés; así, el *study-bedroom* se transforma en un cuartito que hasta parece elegante. El precio de estos cuartos varía según los barrios, pudiéndose encontrar hasta por 15 ó 20 francos semanales, incluyendo el desayuno; la inquilina hace sus comidas en un *A B C* (*Aerated-Bread-Company*) por una cantidad que varía entre 50 céntimos y 1,25, y está así libre de cuidados.

El inconveniente de los *lodgings* es el tropezarse con los demás inquilinos, y por eso muchas jóvenes prefieren vivir en los alojamientos de obreros, donde por 500 ú 800 francos al año tienen un cuarto completo, compuesto de tres piezas y

una cocina. Por una moneda de 10 céntimos que echan en un distribuidor automático tienen media hora de calefacción ó de alumbrado de gas, lo bastante para hacer un bistek ó para calentarse; si se descuidan, el aparato se apaga al llegar el tiempo prefijado, y tienen que correr á la cocina á meter otro penique en el contador. Los inconvenientes de estos alojamientos consisten en los malos olores y en los poco agradables encuentros de la escalera con chiquillos sucios ó con hombres groseros ó borrachos; por eso las *bachelor-women* suelen parar poco en estas *artisans-flats*.

Esté en su casa ó á pupilo, el alma de la bachillera se revela en el decorado de su cuarto: producto en gran parte del movimiento intelectual moderno, la bachillera es la criatura de los Ruskin, del prerafaelismo, de los Wagner y de los Morris. Las paredes están cuajadas de fotograbados de estas escuelas, que cubren los papeles *liberty* ó William-Morris, y todo el decorado de muebles y cojines revela el gusto modernista de estas jóvenes. La bachillera tiene amistades y simpatías en todas las clases sociales, y es bien acogida en todas partes, valiéndole el respeto y la estimación de todo el mundo su vida de sacrificio y de dignidad; esto prueba lo mucho que van ganando las ideas liberales, pues hace veinte años estas jóvenes hubieran sido consideradas como unas *déclassées*.

CUESTIONES POLITICO-SOCIALES

El socialismo en España.—Es un error—dice en *Nuestro Tiempo* Juan José Morato, Secretario del Comité nacional del partido socialista obrero—confundir el socialismo con el movimiento obrero de resistencia; el socialismo es esencialmente una fuerza política constituyendo un partido, y el movimiento de resistencia no es más que un hecho, al que concurren lo mismo los socialistas que cualquier otra fuerza política.

La aspiración del socialismo es la de transformar en pro-

piedad social la propiedad privada, entregando en usufructo á las colectividades los instrumentos del trabajo; esta apropiación privada está hoy garantizada por el poder político organizado en beneficio de la clase capitalista, y por eso el socialismo aspira á conquistar ese poder, aunque creyendo que no llegará á lograrlo sino mediante un largo proceso evolutivo. Entretanto, y como programa transitorio, el partido obrero español aspira á la supresión de la deuda pública, del ejército permanente y del presupuesto del clero, á la confiscación de los bienes eclesiásticos, á la justicia gratuíta y á la enseñanza integral laica y gratuíta en todos sus grados, á la reversión al Estado de las minas, ferrocarriles, arsenales, etc., á la abolición de todo impuesto directo, y al establecimiento del impuesto progresivo sobre toda renta ó beneficio superior á 3.000 pesetas.

Como la política del partido obrero se basa en la lucha de clases, de ahí su espíritu agresivo contra todos los demás partidos, confundidos para él en el dictado común de burgueses. Se ha creído que era enemigo de la política, y es un error, puesto que aspira á intervenir en la gobernación del país; se cree también que no es revolucionario, y es otro error, pues si por ahora le conviene vivir dentro de la legalidad para evitar inútil derroche de energías, mañana obrará como las circunstancias le aconsejen.

La organización del partido es esencialmente democrática, sin jefes ni directores, con iguales derechos y deberes todos. Los socialistas de cada localidad forman una Agrupación, y todas las agrupaciones, unidas en Federación, constituyen el partido, dirigido por un Comité nacional. Los asociados pagan una cuota para gastos de propaganda, elecciones, correspondencia, etc., y cada tres años se reunen en Congreso soberano, que discute todas las reformas y proposiciones presentadas por los socios.

Constituído el partido obrero clandestinamente desde Mayo de 1878 hasta 1882 en Madrid, llegó á contar en 1886

con seis agrupaciones que fueron poco á poco ganando terreno hasta conquistar la beligerancia. El Congreso de Barcelona de 1888 dió á estas asociaciones dispersas la unidad de que carecían, y desde entonces se han celebrado los Congresos de 1890 en Bilbao, 1892 en Valencia y 1894 y 1899 en Madrid. La mejor prueba del desarrollo del partido está en el número de representaciones de cada Congreso, que fue subiendo de 16 en Barcelona á 23 en Bilbao, 37 en Valencia y 45 y 68 en Madrid. En las elecciones generales, los votos obtenidos por los candidatos del partido fueron 5.000 en 1891, 7.000 en 1893, 14.000 en 1896 y 23.000 en 1899.

Hoy cuenta el partido socialista en España con 75 núcleos bien organizados en Alava, Alicante, Almería, Baleares, Barcelona, Burgos, Cádiz, Castellón, Córdoba, Coruña, Guipúzcoa, Jaen, León, Logroño, Madrid, Málaga, Orense, Oviedo, Palencia, Pontevedra, Salamanca, Santander, Sevilla, Toledo, Valencia, Valladolid, Vizcaya y Zaragoza, teniendo además elementos sueltos en todas las demás provincias. En general, estas agrupaciones radican en centros industriales; pero tampoco faltan las formadas por obreros del campo.

El partido cuenta, además de su órgano central *El Socialista*, con otros periódicos en Bilbao, Santander, Vigo, Oviedo, Zaragoza, Ferrol, Palma y Eibar, y aunque el personal es casi en su totalidad obrero, no faltan elementos intelectuales, entre los que figuran como personalidades salientes el Dr. Don Jaime Vera y el Catedrático del Instituto de Alicante D. José Verdes Montenegro. El organismo obrero más poderoso y consistente es la Unión General de Trabajadores, Confederación obrera de 72 sociedades de oficios. El influjo del socialismo, hasta hoy meramente educativo y privado, no tardará en hacerse sentir en la marcha de los negocios públicos.

HISTORIA Y EDUCACION

Cómo ha sido educado el actual Rey de Italia.— Tal es el título de un libro de recuerdos de Luis Morandi, del que da sucinta cuenta en la *Nuova Antologia,* de Roma, Domingo Oliva.

La figura que en este libro campea es la del entonces Teniente coronel, hoy General Osío, viceayo del Príncipe, persona afable, cortés y condescendiente en todo lo que no afectaba al cumplimiento de su misión educativa; pero severo, rígido, inflexible, en todo cuanto con esta misión se relacionaba. Todas las mañanas, dice Morandi, le encontraba con un clásico latino en la mano, y hubiera jurado que en su vida había hecho otro papel que el de estudiar y educar, si las campañas de 1859, 1860, 1866 y otras no demostraran que era un hombre que se había formado en la verdadera escuela de la guerra.

Al dar sus instrucciones al Profesor de Literatura italiana, el terrible coronel, como le llama Morandi, le advierte que debe tratar al Príncipe «como á otro alumno cualquiera, sin indulgencia ni consideración, ni aun para las cosas más menudas; si, por ejemplo, durante las lecciones, hiciese falta algún objeto, él, y no yo, debe levantarse á cogerlo; si se cayese un libro ú otra cosa, él es quien debe bajarse á levantarlo; debe aprovecharse su amor propio, que es grande, y exigírsele siempre y con firmeza el cumplimiento de todos sus deberes»; «en cuanto á mí—añade Morandi,—el coronel me advirtió que, si no obraba bien, no se andaría con contemplaciones».

Ni siquiera los Reyes se atrevían á resolver nada sobre su hijo, sin consultar al coronel. «Oigamos al coronel», era la frase corriente de Humberto ó de la Reina cuando les pedían que el Príncipe aceptase cualquier invitación; y el coronel respondía casi siempre que no, haciendo cumplir el horario que había decretado, como si hubiera jurado no violarlo ni

consentir que nadie lo violara. Destinaba una hora diaria á la equitación, y no retrocedía ante los fuertes romadizos á que estaba sujeto el Príncipe. Una mañana lluviosa de invierno, el Príncipe tenía un constipado atroz, y Morandi hizo notar al coronel que quizá convendría no hacerle montar aquel día. «Y si mañana tuviésemos una guerra—replicó Osío,—¿no tendría el Príncipe que montar á caballo, aunque estuviera constipado?» El médico no se atrevía á llevarle la contraria. «Con estos soldados no se puede razonar,» decía.

No podía aguantar falta ninguna de compostura. Una vez que al corregir uno de sus trabajos, Morandi le señaló, para que la borrase, una palabra supérflua, y el futuro Rey, en vez de tacharla del modo acostumbrado, se divirtió en pintar encima un triangulito, el coronel soltó al culpable un bufido, y luego amonestó severamente á Morandi, por no haber roto el cuerpo del delito, en el que Morandi ni siquiera se había fijado. Los castigos eran siempre iguales, consistiendo en reprensiones severas al Príncipe, sin que Osío se detuviera porque hubiera delante otras personas; á veces, el coronel llegaba á la grosería. «Pensad bien—le dijo una vez—que el hijo de un Rey, como el hijo de un zapatero, cuando es asno, asno se queda.»

Infatigable é incontentable, su índole vigorosa estallaba siempre, y en los primeros exámenes del Príncipe, estando presentes los Reyes, el Ministro de la Guerra y todos los Profesores, el coronel exclamó arrogantemente, al dar los temas al examinando: «¡Aquí no hay imposturas!» Y no quiso que se acortara ni se interrumpiese aquel examen de tres horas, que se hizo sin conceder al Príncipe ni un instante de descanso.

Tal ha sido el régimen espartano á que se ha sujetado la educación de Víctor Manuel III. Lejos de sentirse herido por él, comprendía la necesidad y la conveniencia de aquel rígido proceder. «Lo hace por vuestro bien, Alteza,» le decía Morandi, para consolarle de alguna filípica de Osío. «Lo sé,» re-

plicaba el Príncipe convencido. Tenía ya diez y ocho años, cuando una mañana, dando lección de dibujo con Bazzani, sacaba con frecuencia el reloj para mirar la hora, cosa desusada en él; Bazzani no sabía qué pensar, creyendo que estaba cansado ó aburrido, cuando de pronto el Príncipe se levanta, y corriendo hacia el inflexible coronel, que estaba leyendo, le abrazó y besó con efusión. «En este momento—dijo el Príncipe—hace siete años justos que me presentaron al coronel.» Con toda su severidad, y quizá á causa de ella, el coronel se había hecho querer del Príncipe, y no es este el menor elogio que puede hacerse del Príncipe y del coronel.

Cuando Morandi se encargó de enseñarle la lengua y la literatura italiana, al salir apenas de la puericia, Víctor Manuel sabía ya, además de su lengua nativa, el francés y el inglés, conocimientos de que estaba orgulloso, así como de todos los que abarcaba la cultura general de la enseñanza secundaria, sobre todo la Historia. Le gustaba mucho poder citar una anécdota, ó interrumpir las lecciones con algún recuerdo ingenioso de hombres ó de cosas. «No más paréntesis», decretó el jefe de estudios, y al día siguiente de dar esta orden, la vió escrita en un gran cartel, fijado en la sala de trabajo. El Príncipe, sin embargo, no podía resistir á veces al deseo de contar anécdotas, y á cada paso decía á Morandi: «¡Ah! ¡Esta sí que es buena! ¡Dejádmela decir!»

Su amor propio era grandísimo: «Si hubiera de hacer mal papel—decía la víspera de sus exámenes—sería cosa de tirarme por la ventana.» Los pocos castigos que recibía, las reprensiones del coronel, ó las tachaduras de sus trabajos que tenía que rehacer, bastaron siempre, sin que jamás se notara en él signo alguno de indisciplina ni de rebelión, que no le hubiera sido tolerado.

El Capitán Morelli le enseñaba matemáticas, topografía, artillería, fortificación, armas, ejercicios, códigos y reglamentos militares; el Profesor Zambaldi, latín; Monseñor Anzino, religión y filosofía; Perotti, ciencias naturales; Mariani y Ar-

naud, francés; Bliss, inglés; los pintores Mariani y Bazzani, dibujo, perspectiva é historia del arte; la señora Cerasoli, música, y el Conde Calori y Parise, esgrima. La cuestión del griego fue muy discutida, y el insigne Bonghi, traductor de Platón, la resolvió negativamente, estimando que debía ahorrarse al regio alumno materia tan pesada y difícil, que con tanta facilidad se olvida luego, sin que haya ocasión de aprovecharla en la proporción que cuesta el adquirirla.

La sabia y racional distribución de las horas de estudio y de descanso (nunca de ocio) y la alternación de los ejercicios mentales con los corporales, producían una ponderación y un equilibrio dignos de ser tomados en cuenta; los exámenes los sufría en Diciembre, evitándose así la peligrosa preparación canicular. Su entusiasmo por Dante y por Silvio Pellico era grande; en latín llegó á traducir con soltura, lamentando no tener bastante tiempo para dominarlo; en dibujo llegó á pintar como un buen aficionado, y en música á tocar á primera vista piezas de media dificultad; se dedicó á la fotografía con éxito, y á la numismática con entusiasmo de coleccionista, llegando á ser, en suma, un hombre cultísimo, perfectamente apto para gobernar, acostumbrado al trabajo y á la disciplina, y en condiciones de exigir á todos el cumplimiento de sus deberes, al dar él brillante ejemplo de cumplir como el primero los suyos.

LITERATURA

Las raíces del género chico.—Francisco Navarro y Ledesma dedica en *La Lectura* un enjundioso artículo al estudio del género chico, proponiéndose demostrar cuatro verdades: 1.ª, que el *género chico* tiene raíces más hondas que ningún otro género en nuestro teatro; 2.ª, que en él es preciso buscar algunos de los caracteres más importantes de nuestro teatro grande; 3.ª, que ha florecido en todas las épocas, buenas

y malas, del teatro; 4.ª, que no hay motivo para que decaiga.

Si no en el dialoguito de las *Etimologías* del inmortal Isidoro de Sevilla, es indudable que en el *Auto de los Reyes Magos,* descubierto en un códice del cabildo toledano, y que se remonta al siglo XIII, se encuentran ya todos los elementos característicos de nuestro género chico, como en las famosas *Coplas de Mingo Revulgo* se halla el gérmen de nuestras revistas políticas, y en el *Diálogo entre el Amor y un viejo,* de Rodrigo de Cota, se halla el tipo de la pieza sentimental con argumento nulo y diálogo ardoroso. El *Aucto del Repelón*, del insigne salmantino Juan del Enzina, es ya un verdadero sainete. En la *Farsa llamada Ardamisa*, de Diego de Negueruela, se observan todos los elementos de nuestros juguetes cómico-líricos, viéndose estorbados los amores de Ardamisa y Gualirano por un aguador, un portugués, una gitana, un rufián, un pastor y un fraile.

Enfrascándose en la enrevesada lectura del *Códice de Autos viejos*, de que acaba de publicar el primer tomo el ilustre hispanófilo Rouannet, prestando eminentísimo servicio á las letras patrias, se ve que todos ó casi todos los resortes dramáticos del género chico son cosa de la más antigua solera castellana. Género chico es también, y del más ingenioso y alegre, el del gran Lope de Rueda, que á pesar de su italianofilia, conserva en sus *pasos* el más puro aire castizo.

¿Qué hubo en los orígenes de nuestro teatro, fuera de *La Celestina?* Traducciones é imitaciones; el mismo Cervantes penetra en la dramaturgia del gran siglo, más por el postigo del género chico que por la puerta de la tragedia, porque sainete como *La cárcel de Sevilla*, juguete como *La guarda cuidadosa*, bufonada como *El retablo de las maravillas* y paso como *Los dos habladores*, ni se han compuesto ni tal vez se compondrán, lo que prueba que el género chico vive hasta Cervantes con independencia salvaje, como cosa aparte, sucediendo lo mismo en el siglo de oro, porque el Calderón de *La vida es sueño* no es el Calderón de los entremeses.

Llega la decadencia, todo se hunde, y el género chico se salva, llegando con D. Ramón de la Cruz al pináculo de la gloria. Y si de los tiempos de D. Ramón de la Cruz venimos á los posteriores al silencio de Tamayo, ¿dónde, sino en el género chico, hemos visto refugiarse al ingenio teatral castellano, huyendo de los abstrusos problemas y enrevesadas tesis y de la extranjeriza atmósfera que en el teatro grande se respiraba? ¿Quiénno ha preferido asistir á *Los baños del Manzanares* ó *Pepa la frescachona*, en lugar de los *melos* que pasaban por dramas, y de tantas y tantas extravagancias adulterinas ó incestuosas, que tanto ruido han metido en la crónica de nuestros revisteros?

HISTORIA MILITAR

La gran guerra anglo-boer.—Tal es el título de un libro de Conan Doyle, la obra más ampliamente discutida de las trescientas que se han publicado sobre el mismo asunto en Inglaterra, y cuyas conclusiones pueden resumirse como sigue:

La primera enseñanza militar de esta guerra es que la defensa de un Estado no es misión exclusiva de una casta militar, sino de todos los ciudadanos físicamente hábiles. Con las armas modernas, todo hombre animoso que tenga un fusil, es un soldado formidable, y no necesita ni la difícil instrucción, ni la rígida disciplina clásica. Desde el Ministro de la Guerra, que declaraba ser la infantería, y no la caballería, necesaria para la campaña, hasta el General que, hallándose sobre el terreno, creía poder marchar con diez mil hombres sobre Pretoria, los soldados de profesión han demostrado no tener clara visión de las cosas.

Otra de las enseñanzas más positivas de la guerra es la demostración de lo absurdo que es el espantajo de una invasión en la Gran Bretaña. Con cierta práctica del fusil, la población

físicamente hábil del país podría desafiar, sin su flota y sin su ejército de profesión, á las fuerzas unidas de toda Europa. La ventaja de la defensa sobre el asalto, y de la fuerza estacionaria sobre la movilizada, es tan enorme como probada. Mientras se pueda disponer, para la defensa de las costas, de un bien desarrollado sistema de milicias y de voluntarios, se pueden poner al servicio del Imperio casi todos los soldados de profesión.

Es mejor y menos dispendioso tener pocos soldados bien adiestrados, que muchos de todas clases. Si para asegurar el amor á la profesión y la inteligencia de la moderna táctica hubiera que pagar 3 ó 4 pesetas diarias á cada soldado, se podrá operar con menor número, ahorrando por otro lado en transportes, equipos y cuarteles. En las guerras del porvenir, en que el soldado tendrá que ser transportado al centro del Africa, de la China ó del Afganistán, será necesario que el ejército sea de la mejor calidad, y lo mismo cuesta el transporte y alimento de un hombre hábil que de un inepto. Un hombre que no yerra la puntería, vale por diez que la yerran, y requiere una décima parte de gasto; si pagándole por tres puede uno asegurarse un hombre semejante, el hacerlo es una economía evidente para el país. Eliminad los soldados inútiles y aumentad la paga á los útiles.

La infantería ha demostrado ser tan buena como siempre, y su moral excelente: las tropas derrotadas en Colenso en Diciembre, en Spionkop en Enero, y en Waalkranz en Febrero, son las mismas que tomaron por asalto poco después las barricadas boers, sin sentirse jamás desmoralizadas ni desalentadas. Con una carga de 20 kilos recorrían fácilmente sus 20 millas diarias, llegando á las 40 en casos extraordinarios, como los memorables de la guardia de Bloemfontein y la retirada de la columna Yule. Pero si en cuanto al valor personal nada hay que decir, no así en cuanto á la destreza. La idea de que un soldado de infantería es un alabardero, no se ha desterrado del todo de nuestro ejército. No hay más que una cosa que

pueda dar el triunfo en las batallas modernas: disparar con precisión. El número de cartuchos disparados anualmente en los ejercicios es de 50 en la milicia móvil, y 300 en los regimientos más escogidos; el mínimum debía ser 1.500 para todos; el que no es tirador, debía ser expulsado del ejército. Otro lado débil de la infantería es la construcción de trincheras; el soldado se fía de los zapadores, cuando todo soldado debería saberlas hacer. En suma: mayor habilidad en el tiro y mejores atrincheramientos; tales son las aspiraciones de la infantería.

La Caballería es el ramo del servicio que mayores reformas necesita; la más sencilla y eficaz sería suprimirla, dejando para el servicio público los regimientos interiores. Es lección indiscutible de esta guerra que, fuera de la Artillería, la única arma del mundo es el fusil de repetición; lanzas, espadas y revólvers tienen su puesto en los Museos. Pero si descartamos estas armas y venimos á la uniformidad del fusil, debemos enseñar al soldado de Caballería á usar á pie su fusil, y así se forma automáticamente la Infantería montada. Ninguna operación de la Caballería puede no hacerla la Infantería montada, y en cambio hay muchas operaciones propias de la Infantería montada que no pueden hacerse por la Caballería. Llámese, sin embargo, como se quiera, hay una modificación absolutamente necesaria que hacer: aligerarla de más de treinta kilos de peso superfluo que todo caballo tiene que transportar con detrimento de sus demás deberes.

La Artillería ha tenido muy alto su honor en la campaña. Se creía que era una gran ventaja la posesión de la líddita; pero la ventaja es muy discutible. La gran ventaja de los boers era lo invisible de sus cañones como de sus fusiles; lo primero que hace un boer con su cañón es esconderlo; lo primero que hace un inglés con los suyos es ponerlos en línea recta, y tan poco separados uno de otro, que una bomba afortunada que caiga enmedio, puede poner fuera de combate á los artilleros que sirven á los dos. Otro prejuicio es el de afirmar rutinaria-

mente que «un solo cañón no es un cañón», y no obrar con unidades inferiores á seis piezas. Por lo que hace al efecto de la Artillería, ésta es inofensiva donde las tropas están muy dispersas ó bien atrincheradas, siendo en cambio terrible cuando se presentan en masas.

Los ingenieros han tenido gran éxito en todos los ramos. Los globos son de gran utilidad, sobre todo si se generaliza el uso de las trincheras y el sistema de esconder los cañones. Los pontoneros también han sido muy útiles; pero los que se han llevado la palma, son los ferroviarios. Los ingenieros de Caballería han prestado también grandes servicios, estando demostrado que debe ampliarse su esfera de acción. Los servicios de transportes y Administración militar han sido inmejorables.

BELLAS ARTES

El proletariado artístico.—Pedro Marcel y Camilo Mauclair, estudiando en *La Revue* de París las condiciones de vida del artista contemporáneo y sus relaciones con el socialismo, y Diego Garoglio, exponiendo en la *Rassegna internazionale* de Florencia la servidumbre en que vive el artista, nos presentan un cuadro acabado de costumbres, digno de ocupar la atención de los pensadores, sociólogos y estadistas.

La tan decantada libertad en que vive el artista moderno es sólo aparente, y los pobres bohemios que pasean por París ó Roma sus trajes de veludillo y sus sombreros grasientos, los cambiarían con gusto por un traje á la moda si tuvieran recursos para adquirirlo. La esclavitud económica los ahoga, y el mecenatismo, cada vez menor, no puede sacarlos á flote.

La conquista del pan de cada día es para el artista contemporáneo, generalmente pobre, la gran preocupación. Julio Dupré vendía por 15 francos pantallas de chimenea; Teodoro Rousseau entregaba sus lienzos para comprar tabaco, y Gericault cedió su famoso *Coracero herido* á un marchante, á cam-

bio de tela blanca para pintar otros cuadros; Millet, con sus ocho hijos, anduvo toda su vida malamente, y Tassaert tuvo que coger uno de sus cuadros bajo el brazo si quiso encontrar trabajo en el Museo, suicidándose á los setenta y cuatro años, y no produciendo la venta de su mobiliario más que 38 francos.

Los planteles de artistas están en las escuelas de Bellas Artes; los mejores son pensionados, que disfrutan 800, 1.000 y 1.200 francos; con esto no se puede vivir; el día se va en las clases y talleres, y apenas queda tiempo para ganarse lo necesario para cubrir el déficit de tan reducido presupuesto. Es verdad que hay premios; pero el conjunto de todos ellos asciende á 18.180 francos, mezquina suma para tantísimos necesitados, aparte de los concursos Chenavard y los premios de Roma; éstos son los mejores, pues aseguran la existencia material por cuatro años y garantizan un mínimum de trabajo suficiente para el porvenir. Todo ello, sin embargo, es muy poco, y la generalidad de los artistas no tienen de qué vivir, y muchos mueren de hambre. La causa principal es lo crecido del número, fomentado por la mala dirección de la enseñanza. En lugar de enseñar á los jóvenes, ejercitándolos, por ejemplo, en adornar las telas de seda de Lyon ó los esmaltes de Limoges, les enseñan las artes plásticas, que les abren el camino de la ambición y de la gloria y que no les sirven para nada.

La protección del profesor salva á algunos. La puerta menos difícil de forzar es la del salón; pero si no tienen amigos en la Prensa ó no encuentran un personaje dispuesto á que se haga su retrato, nadie se fija en sus firmas. Uno de los recursos más usuales es llevar sus lienzos á la sala del Hotel Drouot para la venta «al número»; el número es el tamaño de la tela; y en estas ventas el precio se ajusta al tamaño: un lienzo de cinco, cuesta cinco francos, uno de 10, cuesta 10, etcétera, con marco, por supuesto, un hermoso marco dorado. La tela les cuesta 1,25; los colores, secante, etc., 0,50, y los gastos generales (caballetes, pinceles, etc.), 0,25, total, dos francos de gastos; el intermediario les da tres francos, y los

vende á 10, después de ponerles un marco de tres francos, y el pobre pintor saca un franco por cada cuadro de utilidad líquida, necesitando pintar cuatro cada día para hacer frente á sus más perentorias atenciones, viviendo en un quinto piso de Montmartre ó Montparnasse de 15 ó 20 francos, comiendo en los restaurants baratos de las calles de Nevers ó Delfina por 60 ó 70 céntimos, y arrastrando una vida miserable. Algunos, desechando todo escrúpulo, prescinden de intermediarios, y venden por sí mismos en los cafés sus obras, sacando mejor partido, pero pasando horribles momentos, teniendo que aguantar las negativas y las rechiflas de los profanos. Los que renuncian á la quimera del arte en grande, y se lanzan resignados al trabajo artístico para las fábricas de muebles, alhajas, papeles pintados, telas, esmaltes, etc., son los que mejor librados salen y los que más servicios prestan.

Las asociaciones de socorros mutuos, especialmente la Taylor, que empezó con 18 socios y 710 francos, y tiene hoy 7.000 socios y unos cinco millones de francos, contribuyen no poco al alivio de tanta miseria; pero no alcanza, ni con mucho, á remediar el mal. Y no hemos contado toda una clase de artistas: los tímidos, que no se atreven á confesar su pobreza; los orgullosos, que se creerían rebajados si reclamaran ayuda; los holgazanes, incapaces de todo esfuerzo serio, y algunos bohemios, que prefieren sus harapos y su libertad, á todas las dichas del mundo. Todos estos tienen que buscarse la vida, y suelen emplearse en restaurar cuadros, en plagiar estilos, en hacer retratos en los cafés, en las ferias ó en los balnearios, cuando no acaban su vida en las aguas del Sena.

Por lo que hace á las relaciones de los artistas con el socialismo, fuerza es confesar que, si en general siente el artista la necesidad de una reforma social, no es el socialismo el que tiene sus mayores simpatías. El artista está en el socialismo fuera de su centro, y no se le comprende. La sed de medianía del partido socialista, sus gustos groseros, su desamor á todo lo que no es directa é inmediatamente utilitario, aparta del

socialismo al verdadero artista, sin que la amplitud de miras de un Jaurès ó un Baudin puedan rescatar de su mote de «partido de las barrigas» al partido socialista.

De temer es que el progreso del socialismo abra entre él y los artistas un foso difícil de franquear, á pesar de los esfuerzos de algunos espíritus generosos de uno y otro lado. Todos los días se sabe de algún vandalismo, producido por el espíritu estrecho y sectario de los socialistas de acción, y donde quiera que el socialismo domina, el arte lo pasa mal. La fracción de los artistas resueltos por el aristocratismo del gusto, no duda ya de su próximo destierro; aborrece el socialismo, y anda buscando una Coblenza donde emigrar. Los conciliadores, en cambio, tremolan su bandera de paz, confiando en salvar los intereses del ideal de las brutales acometidas de los utilitarios.

IMPRESIONES Y NOTAS

El matrimonio de la princesa Letizia con Ratazzi.— El conocimiento con el que después fue mi marido — dice María Letizia Ratazzi en la *Nouvelle Revue Internationale* — se hizo en circunstancias muy singulares. Teniendo que hablar con él cuando era Ministro del Interior, le escribí dos veces sin recibir respuesta. Entonces me dirigí al Rey, quien después de escucharme con su acostumbrada benevolencia, me dijo sonriendo:

—¡Cómo! ¿Conque así de galante es Ratazzi? ¡Le felicitaré por ello!..... Pero estad tranquila. Mañana os lo enviaré.

Pasó el día siguiente, y el otro y otros más sin que Ratazzi pareciera. Entonces volví á escribir á Víctor Manuel: «Vuestro Ministro—le dije—no quiere verme; me ha enviado á su Secretario general para decirme que tiene los ojos malos; pero esta noticia, por interesante que pueda ser, no hace dar un paso á mi pleito; me voy á marchar.....» El Rey tuvo la bondad de contestarme: «Quedaos; puesto que hay que cambiar

mi súplica en orden, mandaré, y mañana estará Ratazzi en vuestra casa.»

Al día siguiente, en efecto, recibí la visita de S. E. Estuvo poco y se mostró muy frío. Debí causar en Ratazzi muy desfavorable impresión, porque al día siguiente recibí una carta del Rey, que desde mi matrimonio hice colocar en una vitrina para que estuviera siempre á la vista de mi marido.—¿Qué os ha parecido?—había preguntado el Rey á Ratazzi hablándole de mí, según decía en su carta.—¿Os parece linda?—¡Bah! No mucho. Es flaca, y luego..... huele á tartina de manteca. —¿Y os parece eso un defecto? Convenid al menos en que tiene mucho talento.—¡No tanto! Tiene un aire asustado que casi es tonto, y luego me ha hablado muy poco. En fin, su pleito no es de los más claros.

No volví á ver á Ratazzi hasta mucho tiempo después en un baile de corte, siendo presidente de la Cámara; pasó tiempo, caí gravemente enferma y corrió por el mundo la noticia de mi muerte. Sólo entonces sintió Ratazzi, sin acertárselo á explicar, una gran opresión de corazón; aquella noticia le aplastaba; voló á París, donde supo que vivía y que estaba fuera de peligro; trató de verme, y poco después me casaba con aquel hombre que tanto había evitado el visitarme.

***

La mujer y la enseñanza oficial. — Según dice Lamy en la *Revue des Deux Mondes,* la enseñanza libre desempeña en provecho de todos la más importante de las funciones públicas, sirviendo de dique á la anarquía, que amenaza derruirlo todo. Para el autor la enseñanza libre es, naturalmente, la enseñanza católica, y en ella tiene la mujer que desempeñar, como alumna y como institutriz, las más importantes funciones.

Sin hablar de la enseñanza superior, que en ninguna parte se ha organizado todavía seriamente para las mujeres, casi to-

das las jóvenes que estudian la segunda enseñanza piden que sea religiosa, y en cuanto á la instrucción primaria, la mitad de las niñas que la reciben la adquieren por medio de institutrices religiosas, á pesar de las trabas que encuentran en las leyes.

Si el socialismo tiene todavía que conquistar á la mujer, al catolicismo le basta conservar su conquista, siglos hace realizada. Las mujeres, según Lamy, tienen el deber de combatir cuanto se opone á sus creencias. Les queda que utilizar, en provecho de esas creencias, esa fuerza inmensa do respetos y desdenes, admiraciones é ironías, entusiasmos y frialdades, palabras y silencios que pueden emplear en pro ó en contra de toda doctrina. Tienen que echar en la balanza, todavía indecisa, el peso de su influencia, de su número y de su valor.

*
* *

Cómo la ruta crea el tipo social.—Tal es el título de un nuevo libro de Edmundo Demolins, claro y sencillo como todos los suyos, con sencillez y claridad tan grandes que, por lo mismo, ponen al lector en guardia.

Es un hecho que en el globo existen multitud de pueblos diversos. ¿Cuál es la causa de su variedad? La raza, dice Demolins, combatiendo á los partidarios de esta teoría, no es una causa, sino una consecuencia. La causa primera y decisiva de la divèrsidad de los pueblos y de la diversidad de las razas es el camino que los pueblos han seguido; la ruta es la que crea la raza y el tipo social.

Según que un pueblo ha tomado el camino de las grandes estepas, de las sábanas, de los bosques, de los desiertos ó de los mares, así se ha ido modificando, conforme á las condiciones de existencia que le imponían estas diferentes emigraciones: la naturaleza del suelo, el clima, los productos, hacían tomar á las poblaciones viajantes hábitos particulares, y así se

fueron formando el tipo tártaro-mongol, el lapón-esquimal, el piel roja, el indio, etc.

El libro, según Beaunier, está bien hecho, pero la teoría —que, después de todo, nada tiene de nueva en el fondo, pues es la clásica del clima en definitiva—deja bastante que desear.

Fernando Araujo.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Historia é instituciones del Derecho privado (Derecho Civil romano), por Rodolfo Sohm, Profesor en Leipzig. Traducción de la 7.ª edición alemana, por P. Dorado, Profesor de Derecho en la Universidad de Salamanca. Madrid, La España Moderna. Un volumen en 4.° de 764 páginas. Precio, 14 pesetas.

Contra el parecer de cierto catedrático español, quien, según dicen, cree que no es Alemania, sino España, el foco de los estudios romanistas modernos, hay que reconocer que nuestra ciencia jurídica es, en este punto, simple reflejo del grandioso desarrollo que en los países germánicos ha adquirido. No deberá extrañar, con esto, que los mejores libros de Derecho romano, tanto los de alta investigación como los manuales escolares, pertenezcan á la literatura alemana; con lo cual, fácil es comprender el inmenso servicio que á nuestra cultura se hace difundiendo por medio de la traducción esos admirables instrumentos de trabajo.

La España Moderna ha tomado sobre sí tan utilísima tarea, gracias á la cual nuestros estudiosos disponen hoy de los manuales de Krüger y Mommsen, puestos en lengua castellana. A ellos viene á juntarse ahora el de Shom, que completa la serie.

El libro de Krüger, como es sabido, se refiere á la historia externa, y el de Mommsen al Derecho público. El de Sohm desarrolla las instituciones de Derecho privado (Derecho Civil romano). Divídese en tres partes. Una introducción, muy extensa, sobre el carácter de la obra en relación con la enseñanza del Derecho romano en Alemania y la legislación civil

anterior al nuevo Código y según éste, mas un bosquejo de las fuentes y conceptos fundamentales. Sigue luego un excelente resumen de la Historia, hecho de conformidad, principalmente, con los libros de Mommsen y Ihering, y en la pág. 221 empieza la parte principal de la obra, es decir, la exposición del sistema del Derecho privado (Derecho Civil romano). Este sistema, según Sohm, se compone de los siguientes miembros: derecho de las personas, derecho patrimonial (real y de obligaciones), derecho de familia y hereditario.

En el primero trata del concepto y clases de la persona, y de las personas físicas y las jurídicas separadamente. En el segundo, de los actos jurídicos, la protección (acciones y procedimientos), las cosas, la propiedad, los derechos sobre cosa ajena (servidumbres, enfiteusis, etc.), derechos de crédito, obligaciones que nacen de contrato y de delito, y modo de transmitirse y extinguirse todas ellas. En el tercero trata del derecho matrimonial (formas de matrimonio, potestad, bienes), la patria potestad, la guardaduría (tutela y curatela) y las sucesiones. En cada párrafo, la exposición va seguida de los fragmentos correspondientes (en latín) del *Corpus*, que sirven de fundamento. El método es excelente y de un gran efecto educativo para el que estudia.

La traducción está hecha con la conciencia y el tino que el Sr. Dorado pone en todas sus obras, y que son segura garantía para quienes han de aprovecharlas.

R. Altamira.

La mafia e i mafiosi: origini e manifestazioni. *Studio di Sociologia criminale*, per *Antonino Cutrera*.—Palermo, Alberto Reber, editore, 1900.—Un volumen de VII-193 págs., con un cartograma de Sicilia, representativo de la densidad de la mafia en sus varias ciudades y aldeas; 2,50 liras.

En todas partes hay «mala vida», aunque donde ésta presenta caracteres más agudos es en los grandes centros de población.

Esa mala vida ha comenzado á ser, por doquiera, objeto de estudios especiales. Resultado de ello ha sido la publicación, en los últimos años, de libros y trabajos varios referentes al carácter, difusión y demás del fenómeno aludido en diversas localidades (Roma, Nápoles, París, Berlín, etc).

Pero hay regiones donde parece que la mala vida causa mayores estragos que en otras, regiones en que el mal es muy agudo y visible, y está arraigado de largo tiempo. Tradicionalmente se viene hablando en este sentido, de un modo muy especial, de la *camorra* de Nápoles y de la *mafia* de Sicilia. Apenas habrá persona un poco leída á quien no le suenen estos nombres. De la mafia, sobre todo, se ha hablado bastante, hace poco tiempo, por la prensa en general, lo mismo por la española que por la de otros países, con ocasión de un sonadísimo proceso criminal, en que andaba complicado un diputado italiano, jefe de la mafia de su país.

Ahora, el que desee conocer bien lo que sea esta manifestación social morbosa, puede leer el libro del Sr. Cutrera, un delegado de seguridad que, por razón de su cargo, la ha estudiado de cerca, y en el que, al propio tiempo, concurren condiciones de sociólogo.

El Sr. Cutrera busca las raíces etiológicas de la mafia, encontrándolas en el nativo carácter fiero del siciliano, exacerbado por causas históricas. He aquí, sobre el particular, el resumen de su pensamiento: «La larga dominación extranjera en la que nos cabe no pequeña parte á los españoles acentuó la fiereza del carácter siciliano, fiereza que, degenerando, se convirtió en prepotencia ante las leyes en las autoridades, y modificó la naturaleza salvaje del isleño, haciéndolo desconfiado é intolerante. A la violencia de los Gobiernos, su naturaleza ardiente é irascible respondió con la violencia, y esta última llegó á ser para él una segunda naturaleza con manifestaciones especiales. Estas manifestaciones fueron: el desprecio de la ley, el odio á la autoridad, la prepotencia para con todo el que tenga relaciones con uno.»

Explicadas estas fuentes de que la mafia deriva, según el autor, consagra el mismo la segunda parte de su libro á dar noticia detallada de las manifestaciones de aquélla, y en otros tantos capítulos habla de *La mafia de Palermo* (foco principal del fenómeno) *y sus gradaciones,* de *La mafia en la Cuenca de oro* (alrededores de Palermo), de *La jerga en la Vicaría* (cárcel) *de Palermo,* de *La mafia en las provincias* (de la isla de Sicilia), de *Las asociaciones de mafiosos para delinquir* y de *Los grandes procesos de la mafia* (describiendo los más sonados).

Los dos capítulos últimos tratan de la intervención de *La mafia en las revoluciones políticas de Sicilia*, y de los motivos á que obedece la *Persistencia de la mafia en nuestros tiempos.*

P. Dorado.

Batteriologia, per *Giovanni Canestrini.*—Seconda edizione in gran parte rifactta.—Milano, Ulrico Hoepli, editore, 1896.—Un volumen (perteneciente á la serie de los «Manuali Hoepli») de 274 páginas, con 37 grabados; 1,50 liras.=**Microbiologia. Perchè e come dobbiamo difenderci dai microbi,** per *Dott. Luciano Pizzini.*—Milano, Ulrico Hoepli, editore, 1901.—Un volumen (perteneciente á la serie de los «Manuali Hoepli») de 141 páginas; 2 liras.

La vulgarización de los descubrimientos y de las nuevas adquisiciones científicas puede considerarse como una de las misiones más importantes de la sociedad moderna. Las relaciones reales se investigan y se conocen para después servirse el hombre de estos conocimientos en su lucha contra la naturaleza. Para luchar con éxito, hay que conocer las fuerzas del adversario.

Sólo que no todo el mundo puede hacer investigaciones directamente, ni consagrar su vida al estudio. Pero sí debe saber todo el mundo lo más que pueda acerca del poder de las distintas fuerzas naturales y reales, al intento de someterlas á su

servicio, en vez de ser subyugado por ellas, que es lo que le pasa al ignorante.

Este conflicto es el que trata de resolverse con lo que se llama «vulgarización de la ciencia». Y entre los medios diferentes que se vienen poniendo en práctica para conseguirla (extensión universitaria, Universidades populares, *University esttlements*, conferencias, etc.), me parece uno de los más seguros la publicación de cartillas ó manualitos, en los cuales personas de verdadera competencia condensen lo más esencial é indispensable que deben saber, para las más urgentes y comunes necesidades de la práctica, aquellos individuos que no disponen de tiempo, de voluntad, de medios, de facilidades para consagrarse á largos y detenidos estudios.

Las bibliotecas populares y económicas que por doquiera han nacido con este fin son innumerables. Y de las más completas, abundantes y bien cuidadas que yo conozco, es la del editor Hoepli, de Milán, que cuenta á la hora de ahora con más de 700 volúmenes sobre las más distintas materias de ciencia, arte, industria, recreo, etc.

A esa biblioteca pertenecen los dos volúmenes que motivan la presente nota bibliográfica. Son dos libros de vulgarización de un asunto que interesa mucho conocer, cuando menos por encima, á todos, ya que de ese conocimiento depende en parte principalísima la conservación de nuestra salud. La higiene —igual la del cuerpo que la de la casa y sus dependencias, que la de la localidad en que uno viva—y, por lo tanto, la preservación contra muchas enfermedades (en especial contra las infecciosas) depende en parte muy esencial de la manera como nos defendemos de los microbios patógenos ó nocivos. De aquí la importancia de los dos manuales escritos por Canestrini y Pizzini, en los cuales se expone, describe y resume perfectamente el estado actual de la ciencia bacteriológica. El de Canestrini contiene mucha más doctrina que el de Pizzini; no sólo se da en él noticia completa de la biología de los microbios, hasta donde la misma se conoce actualmente, y se da idea

bastante de cada particular microbio productor de las varias enfermedades infecciosas, sino que hasta se consagran bastantes páginas á la técnica, intercalando entre las correspondientes explicaciones grabados de los instrumentos y aparatos más usuales é indispensables en un laboratorio de bacteriología. El de Pizzini, en cambio de ser más breve, es más moderno; acaba de publicarse.

La sustancia de ambos libros es la misma, y el orden y método con que la tratan, idéntico. Primero (parte general en Canestrini, parte primera y segunda en Pizzini) hablan de los microbios en general, sus clases, color, importancia, vías por donde pueden entrar en el organismo humano, medios de defensa contra los mismos, inmunidad, cultivo, vacunación, esterilización, desinfección, etc., etc., y después (parte especial y parte tercera, respectivamente) tratan de un modo particular del microbio productor de cada una de las enfermedades infecciosas (tuberculosis, difteria, sarampión, cólera asiático, carbunclo, etc., etc.), de las fuentes respectivas de infección y de la profilaxia.

P. Dorado.

INDICE

Págs.

Actea (novela), segunda parte 5
Poetas americanos: Aplausos y quejas al inspirado cantor de la raza latina D. Olegario V. Andrade, por Luis Cordero 45
Un autor dramático entre las víctimas del 2 de Mayo de 1808: don Lorenzo Daniel, por Juan Pérez de Guzmán 63
La Exposición de Bellas Artes, por N. Sentenach 86
Lecturas americanas, por Hispanus 105
Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marruecos, por Rafael Mitjana 126
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 137
Revista Hispanoamericana, por Iob 146
Crónica Europea, por Juan J. de Reza 165
Revista de Revistas, por Fernando Araujo 180
Notas bibliográficas, por R. Altamira y P. Dorado 202

AP
60
E8
año 13
no.148-50

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY